

# Historia Augusta

*Edición de*  
Vicente Picón y Antonio Cascón



AKAL/CLASICA

**L**A *Historia Augusta* es una colección de biografías imperiales que, con independencia de los múltiples problemas que suscita a los especialistas, entre los que hay que destacar especialmente aquellos que giran en torno a su fecha de composición y autoría, constituye una fuente muy importante de información para cualquier lector, no sólo respecto de las particularidades de cada una de las vidas de los emperadores, desde Adriano a Numeriano, sino también sobre infinidad de aspectos y detalles relativos a las concepciones políticas, sociales, religiosas, vigentes en Roma entre los siglos II y III d.C. Su lectura, sin duda, ha de resultar provechosa y atractiva a todos los que sientan curiosidad por conocer esta etapa importante de la Antigüedad.

*Vicente Picón García es Profesor Titular de Filología Latina en la Universidad Autónoma de Madrid, donde se doctoró con la tesis «La sociedad romana a través de Suetonio», por la que obtuvo el premio extraordinario de doctorado en la sección de Filología Clásica. Ha publicado diversos trabajos de investigación sobre sintaxis, filología, estilística y, en el campo de la literatura latina, en el que ha centrado su atención especialmente, sobre historiografía y en particular sobre el género biográfico.*

*Antonio Cascón Dorado es Profesor Titular de Filología Latina en la Universidad Autónoma de Madrid, donde se doctoró con la tesis «El pensamiento de Fedro en la tradición fabulística greco-latina». Su actividad investigadora sobre la Literatura latina se ha centrado preferentemente en el campo de la fábula y la historiografía, fruto de la cual son los trabajos que ha publicado sobre distintos aspectos de estas materias.*

Maqueta R.A.G.

Vicente Picón García ha realizado el estudio de la *Introducción general* y la traducción de las vidas que van desde Adriano a Alejandro Severo (1 a 18) y desde Aureliano a Numeriano (26-30). Antonio Cascón Dorado ha realizado la traducción de las vidas que van desde los dos Maximinos al Divino Claudio (19-25).

El índice de nombres, para el que cada traductor ha elaborado la parte correspondiente a las vidas por él traducidas, ha sido redactado conjuntamente por ambos.

© Ediciones Akal, S. A., 1989

Los Berrocales del Jarama  
Aptdo. 400 - Torrejón de Ardoz  
Madrid - España

Tels.: 656 56 11 - 656 49 11

ISBN: 84-7600-361-7

Depósito legal: M. 42.852-1989

Impreso en Anzos, S. A. - Fuenlabrada (Madrid)

# HISTORIA AUGUSTA

Edición de Vicente Picón y Antonio Cascón

Profesores titulares de Filología Latina  
Universidad Autónoma de Madrid



AKAL



# Indice

## I. *Introducción*

1. Título	8
2. Fecha de composición	8
3. Autoría	16
4. Contenido de la obra	20
5. Plan y estructura de las Vidas	25
6. Valor histórico	28
7. Valor literario	31
8. Transmisión del texto	32
9. Principales ediciones y traducciones	35
10. Nuestra traducción	37
11. Bibliografía	38
12. Siglas de revistas y abreviaciones	40

## II. *Vidas*

1. Adriano	44
2. Elio	82
3. Antonino Pío	92
4. Marco Antonino el Filósofo	107
5. Vero	144
6. Avidio Casio	157
7. Cómodo Antonino	173
8. Helvio Pértinax	197
9. Didio Juliano	215
10. Severo	226
11. Pescenio Nigro	254
12. Clodio Albino	269

13.	Antonino Caracalla	286
14.	Antonino Geta	300
15.	Opilio Macrino	308
16.	Antonino Diadumeno	324
17.	Antonino Heliogábalo	335
18.	Alejandro Severo	373
19.	Los dos Maximinos	437
20.	Los tres Gordianos	467
21.	Máximo y Balbino	498
22.	Los dos Valerianos	517
23.	Los dos Galienos	524
24.	Los treinta Usurpadores	547
25.	El Divino Claudio	591
26.	El Divino Aureliano	610
27.	Tácito	655
28.	Probo	673
29.	Firmo, Saturnino, Próculo y Bonoso	696
30.	Caro, Carino y Numeriano	710

### III. *Indice de nombres*

1.	Abreviaturas	727
2.	Índice	728

## I. Introducción

La Historia Augusta es una obra de capital importancia para entender la historia de Roma de los siglos II al IV d. de C. Así se ha puesto de relieve por diversos filólogos, historiadores e incluso autores de obras de divulgación. Chastagnol, por ejemplo, en una ponencia del año 63<sup>1</sup>, en la que da un repaso a los aspectos más fundamentales de dicha obra, señala cómo su utilización es necesaria para la investigación de esa etapa del imperio y encabeza su trabajo con estas palabras de Marguerite Yourcenar: «No es posible a los historiadores modernos de la Antigüedad desconocer la Historia Augusta: los mismos que le niegan todo valor se ven obligados de buen o mal grado a servirse de ella. Dado que los documentos que nos quedan del siglo II y III son escasos y pobres, es en este texto inseguro, y que eminentes eruditos han podido suponer razonablemente que es una impostura casi total, donde a falta de otra cosa podemos encontrar un refrito de verdad.»<sup>2</sup>

Yourcenar deja entrever en ellas la utilidad de la Historia Augusta, pero, al mismo tiempo también, los problemas de base que la afectan.

En efecto, es problemática la fecha de composición y su autoría. Es problemática la restitución del texto en mu-

---

<sup>1</sup> M. A. Chastagnol, *L'Histoire Auguste*, Ass. Guillaume Budé, VII Congrès Aix-en Provence 1-6-1963, «Les Belles Lettres», París, 1964, p. 187.

<sup>2</sup> M. Yourcenar, *Sous bénéfice d'inventaire*, París, 1962, p. 9.

chos pasajes y la veracidad de los datos que transmite, ya que unas veces no están constatados, otras resultan simples inventos del autor, otras no son exactos, las fuentes a veces no son seguras, etc. Por todo ello, vamos a exponer brevemente los aspectos que consideramos más importantes y de mayor utilidad para la comprensión de la obra.

## 1. Título

El título que figura en el *Codex Palatinus Latinus 899*<sup>3</sup> es el siguiente: *Vitae diuersorum principum et tyrannorum a Diuo Hadriano usque ad Numerianum a diuersis compositae* «Vidas de diversos emperadores y pretendientes desde el Divino Adriano hasta Numeriano escritas por diversos autores», título que constata la pluralidad de autores. Sin embargo, desde el siglo XVI se la llama popularmente *Historia Augusta*, debido al título que propuso Isaac Casaubón en su edición de 1603, *Historiae Augustae scriptores sex*, y que extrajo por comparación del título que en la Vida de Tácito 10,3 se le atribuye a la obra del historiador Tácito, a quien se le presenta como antepasado de aquel emperador y a quien se le llama *scriptor historiae Augustae* con poca propiedad, como hizo ver Hohl<sup>4</sup>. Mommsen piensa que el título original sería *De uita Caesarum* o *Vitae Caesarum*, pero el que se ha impuesto definitivamente es el de *Historia Augusta*.

## 2. Fecha de composición

La fecha de composición ha sido objeto de grandes controversias y ha dado lugar a múltiples estudios de tal

<sup>3</sup> El mejor de todos los códices, según E. Hohl, *Scriptores Historiae Augustae*, Lipsiae, 1927, pp. 5-7. Adoptó esta misma postura en dos artículos anteriores en *KLIO*, 1913, pp. 258-288 y 387-423 y en uno posterior en *BERLINER PHILOLOGISCHE WOCHENSCHRIFT*, 48, 1928, pp. 1.115-1.118

<sup>4</sup> E. Hohl, *Scriptores*, I, p. 5, n. 1.



manera que se puede afirmar sin temor a equivocarse que todos los eruditos que se han dedicado al estudio de la obra han propuesto hipótesis nuevas respecto a las existentes hasta entonces o, si han aceptado las de alguno de sus predecesores, las han enriquecido con la aportación de nuevos argumentos. Para no perdernos en detalles sobre las distintas fechas propuestas, hasta el año 1963 aceptamos los tres períodos que en bloque distingue Chastagnol<sup>5</sup>.

El primero se inicia con Dessau, quien en el año 1889, en un artículo que se hizo célebre<sup>6</sup>, negó la datación tradicional que atribuía la composición de la Historia Augusta al período diocleciano-constantiniano (284-337) y propuso que había que retrasarla hasta los años 385-388, en época de Teodosio el Grande.

Dessau se apoyó en dos bloques de argumentos, unos que prueban la existencia de falsedades y otros que abogan por el retraso de fecha. Los primeros se basan en el estudio crítico de los pasajes dedicatorios y de los elogios a la familia Constantiniana, que revela la incompatibilidad de los pasajes entre sí y la discordancia con la época a la que pretenden pertenecer, lo que indicaría que la finalidad del autor era engañar. Los segundos los basa en la idea de que algunos pasajes de la Historia Augusta dependerían de autores de época post-constantiniana. En concreto, el de la Vida de Severo, 17,5 a 19,4 dependería de los *Caesares*, XX,1-30 de Aurelio Victor (editada hacia el 360/1) y el de la Vida de Marco, 16,3 a 18,2, que dependería del *Breviarium historiae Romanae ab urbe condita*, VIII, 11-14 de Eutropio (editada hacia el 369/70). Algunos estudiosos aceptaron la tesis de Dessau, retrasando la fecha incluso hasta comienzos del siglo V como en el caso de Seeck<sup>7</sup>, mientras otros, como Klebs, Peter,

<sup>5</sup> M. A. Chastagnol, *op. cit.*, pp. 191 y ss.

<sup>6</sup> H. Dessau, «Über Zeit und Persönlichkeit der SHA», HERMES, 24, 1889, pp. 436-465.

<sup>7</sup> O. Seeck, «Studien zur Geschichte Diocletians und Constantins», en JARBÜCHER FÜR KLASSISCHE PHILOLOGIE, 26, 1890, pp. 609-639.

de Sanctis, Lecrivain y Homo seguían defendiendo la fecha tradicional. Mommsen<sup>8</sup> adoptó una postura intermedia proponiendo que se publicaría una primera edición hacia el año 330 y una reedición posterior en época de Teodosio (392-395).

El segundo período se inicia con Baynes<sup>9</sup>. También él piensa que la *Historia Augusta* constituye una falsedad, ahora bien, considera que no se puede resolver el problema de dicha falsedad sin explicar la razón por la que se falsificaba y sin identificar la persona en beneficio de la cual se realizaba la falsificación. En consecuencia, realizó en su estudio un detallado análisis de las tendencias que se daban en la obra concluyendo que las dos más importantes serían las siguientes: mostrar el antagonismo entre Constancio y Juliano y propagar las ideas políticas y religiosas preconizadas por Juliano el Apóstata. Por tanto, habría que anteponer la publicación de la obra a los años 361-363 del reinado de este emperador a quien se intentaría beneficiar con ella.

La hipótesis de Baynes tuvo éxito y la aceptaron buen número de estudiosos, aunque algunos siguieron suscribiendo la fecha tradicional, mientras que otros, como Alföldi, Norden y Kornemann se decidían por la época de Teodosio.

El tercer período se inicia con W. Hartke quien publicó en el año 1940 un minucioso estudio sobre el ambiente político, literario y filosófico que late en la *Historia Augusta*<sup>10</sup>. Considera que en ella se hace propaganda en pro de un usurpador de la época de Teodosio y de sus partidarios del estamento senatorial de opiniones paganas y que la finalidad no sería otra sino conseguir que el emperador perdonara a los insurrectos. Por tanto, para él,

---

<sup>8</sup> Th. Mommsen, «Die Scriptorum Historiae Augustae», HERMES, 25, 1890, pp. 223-300.

<sup>9</sup> N. H. Baynes, *The Historia Augusta, its Date and Purpose*, Oxford, 1926.

<sup>10</sup> W. Hartke, *Geschichte und Politik im spätantiken Rom*, Leipzig, 1940.

la obra habría sido escrita en el período que siguió a la usurpación de Eugenio, esto es, entre 394 y 398.

Su hipótesis tuvo éxito de forma que, tras la aparición de su estudio, según Chastagnol, se observa cierta tendencia a considerar el año 394 como fecha a partir de la cual (*terminus post quem*) habría que datar a la Historia Augusta<sup>11</sup>. No obstante, sigue habiendo autores que no aceptan esta datación como es el caso de Stern<sup>12</sup>.

Stern parte de la tesis de Dessau considerando que los pasajes donde el autor/autores pretenden dirigirse a un emperador reinante (Diocleciano, Constantino, Constancio Cloro, etc.) serían escritos falsos para inducir a error.

A este supuesto habría que añadir el hecho de que a lo largo de la Historia Augusta se contiene un auténtico pánegírico que caracteriza a la familia Constantiniana (desde Claudio a Constantino), luego para él es lógico que la obra se haya escrito bajo el reinado de los miembros de esta familia, y, consiguientemente, habría que fecharla antes de la desaparición de esta dinastía, es decir, entre el año 337 (muerte de Constantino) y el 361 (acceso al trono de Juliano). Ahora bien, para Stern ésta última fecha es descartable, pues piensa, en contra de la opinión de Baynes, que la obra no parece un escrito de propaganda en favor de Juliano<sup>13</sup>.

Efectivamente, tras analizar un buen número de contradicciones y falsedades que contiene la obra<sup>14</sup>, deduce que su sentido e intencionalidad radicaría en el deseo de extraviar al lector sobre la fecha de redacción y orientar el contenido en determinada dirección. Esta, según él, es

---

<sup>11</sup> Chastagnol acepta también el año 398 como término *ante quem* propuesto por Hartke, no así otros estudiosos que la fechan en épocas más tardías, como Straub, Mazzarino, Bursian y Cracco Ruggini, Chastagnol, *op. cit.*, p. 193. También A. Belleza, *La problematica sull' Historia Augusta*, MAIA, 1967, pp. 185-189.

<sup>12</sup> H. Stern, *Date et destinataire de l' Histoire Auguste*, París, 1953.

<sup>13</sup> Por otra parte, Stern niega la dependencia de la Historia Augusta de Aurelio Víctor y, por tanto, que el término *a quo* sea el año 361, *cfr.*, *op. cit.*, pp. 18 y ss.

<sup>14</sup> H. Stern, *op. cit.*, pp. 28 y ss.

muy clara en los pasajes dedicatorios <sup>15</sup>: todos ellos convergen en la exaltación de uno de los miembros de esta familia, Constancio II, y en la aceptación de su política aristocrática senatorial romana contra Magencio <sup>16</sup>.

El autor o autores de la Historia Augusta serían, pues, escritores contemporáneos de Constancio II que habrían conocido perfectamente sus ideas políticas y dinásticas y que intentarían con su escrito propagandístico ganarse el favor del soberano.

Stern avala y perfila esta conclusión con otros argumentos complementarios basados en la comparación de la Historia Augusta con los *Annales Caesarum* del 354, en el análisis del ideal del buen príncipe y en el de las tendencias sociopolíticas y religiosas <sup>17</sup>. Todo ello le induce a fechar la obra concretamente entre la derrota de Magencio en Mursa en el 28 de julio del año 351 y el 354.

Pero, aunque la argumentación de Stern es brillante y parece coherente, no tuvo éxito, ni tampoco se aceptaron las hipótesis de los que hasta el año 1963 propusieron fechas similares. Antes al contrario, se han ido imponiendo las hipótesis de los que defienden una datación tardía, como se demuestra en distintos artículos de los *colloquia* de Bonn posteriores a ese año en los que los estudiosos de la Historia Augusta han insistido sobre la problemática de su datación y de sus tendencias <sup>18</sup>. En ellos se advierte cierta unanimidad (aparte de en otros puntos) en que la composición de la obra es de época postconstantiniana, en que el autor o los autores han utilizado directamente escritores del siglo IV como Eutropio, Aurelio Víctor y Amiano Marcelino, en que hay reminiscencias del medio cristiano y en que, por tanto, no es anterior a

<sup>15</sup> *Ibid.*, c. IV.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 50, donde Stern anota el detalle importante sobre la exaltación de Constancio, pues se le presenta como a un descendiente de la estirpe troyana.

<sup>17</sup> *Ibid.*, pp. 52-96.

<sup>18</sup> Cf. A. Chastagnol, *Recherches sur l'Histoire Auguste*, Bonn, 1970, en especial, el primer capítulo titulado «Les recherches sur l'Histoire Auguste de 1963 a 1969» y Th. Liebmann-Frankfort, «Quelques études récentes sur l'Histoire Auguste», *AC*, 38, 1969, pp. 507-514.

fines del siglo IV. Ahora bien, la datación concreta que se propone oscila en un arco de 50 años al menos: Chastagnol<sup>19</sup>, Schwartz<sup>20</sup> y Syme<sup>21</sup> la fechan hacia el año 395 con la muerte de Teodosio, mientras que otros la sitúan en el siglo V: Alföldi<sup>22</sup> después del 405, Straub<sup>23</sup> hacia el 420 y Kohns<sup>24</sup>, incluso en el 440.

A parte de estos intentos de datación de la obra en con-

<sup>19</sup> A. Chastagnol, «Zosime II, 38 et l'Histoire Auguste», BONNER HISTORIA-AUGUSTA-COLLOQUIUM, Bonn, 1964-65, pp. 43-78.

<sup>20</sup> J. Schwartz, «Sur le date dell' Histoire Auguste», BONNER HISTORIA-AUGUSTA-COLLOQUIUM, Bonn, 1966-67, pp. 91-99.

<sup>21</sup> R. Syme, «The bogus Names in the Historia Augusta», BONNER HISTORIA-AUGUSTA-COLLOQUIUM, Bonn, 1964-65, pp. 257-272. Cf. también *Emperors and biography. Studies in the Historia Augusta*, Oxford, 1971, el capítulo primero, pp. 1-16. Syme concluye así: «The present inquiry, based on the bogus names, permits and perhaps encourages a dating in the vicinity of the year 400. That concorde with other types of evidence, many and varied.»

<sup>22</sup> G. Alföldi, «Barbareneinfälle und religiöse Krisen in Italien», BONNER HISTORIA-AUGUSTA-COLLOQUIUM, Bonn, 1964-65, pp. 1-19. Basa su argumentación en la interpretación de la vida de Aureliano, 18,2-21,4. Según él la narración de la incursión de los bárbaros en Italia en el 270-271 y de la consulta a los libros sibilinos sería una transposición del autor de la Historia Augusta de la invasión de la península por los bárbaros del Danubio y de la orden de Estilicón de destruir los libros sibilinos. Con ello el autor pretendería mostrar el sacrilegio cometido por un emperador cristiano indicando que fueron los dioses paganos quienes, bajo Aureliano, libraron a Roma de los bárbaros.

<sup>23</sup> J. Straub, *Heidnische Geschichtsapologetik in der christlichen Spätantike. Untersuchungen über Zeit und Tendenz der Historia Augusta*, 1963, donde planteó los tres principales problemas de la Historia Augusta: el de la autoría y los de la fecha y finalidad de la obra, relacionando estos dos últimos entre sí y tratando de penetrar en el contexto político, social, religioso y cultural que la envuelve. En los capítulos IV y V de la segunda parte revela el carácter apologético de la Historia Augusta concluyendo (pp. 183-193) que ésta constituye una especie de *Historia aduersus christianos* y que no se excluye que se habría compuesto como una especie de réplica a la *Historia aduersus paganos* compuesta por Orosio a instigación de S. Agustín. Cf. la jugosa reseña de G. Sanders en AC, 35, 1966, pp. 585-593.

<sup>24</sup> Para quien las medidas tarifarias de Alejandro Severo se identificarían con los *statuta pretia* fijados por Valentiniano en el año 440 (Nov. Val., 5), cf. BONNER HISTORIA-AUGUSTA-COLLOQUIUM, 1964/65, Bonn, 1966, pp. 99-126.

junto, se han hecho también numerosísimos estudios parciales para determinar la fecha en la que escribiría e incluso viviría cada historiador, suponiendo la diversidad de autoría, y también la fecha concreta en que serían redactadas las distintas vidas. Unos ejemplos.

Peter, ya en 1860, dedicó el capítulo primero de su *Commentatio philologica* a este aspecto titulándolo: *De tempore quo conscriptae esse uidentur singulae scriptorum historiae Augustae uitae*. Sus conclusiones fueron estas <sup>25</sup>:

- |              |   |
|--------------|---|
| años 292-305 | Esparciano escribe las vidas de Adriano *, la de Elio, Didio, Severo y Nigro.<br>Vulcacio Galicano la de Avidio.<br>Capitolino las de Antonino Pío *, Marco Antonino el filósofo, Vero y Marcrino.  |
| años 303-305 | Trebelio Polión escribe las vidas de los dos Valerianos, de los dos Galienos, de los treinta tiranos y de Claudio.  |
| año 305      | Vopisco escribe las vidas de Aureliano, poco después la de Tácito.  |
| año 302      | Vopisco escribe la de Probo.  |
| año 315      | o poco después, Vopisco escribe las de Firmo, Saturnino, Próculo, Bonoso, Caro, Carino y Numeriano.   |
| año 324      | o poco después, Lampridio escribe las de Cómodo *, Diadumeno *, Heliogábalo y Alejandro. Capitolino escribe las de Clodio Albino, los dos Maximinos, los tres Gordianos y Maximino y Balbino *. Esparciano escribe las de Geta y Caracalla *. |

Straub ha defendido que la vida de los treinta tiranos sería posterior al año 404, fecha de la datación de la car-

<sup>25</sup> H. Peter, *Historia critica scriptorum Historiae Augustae*, Lipsiae, 1860, p. 718. Las fechas de las vidas notadas con asterisco son dudosas.

ta 108 de S. Jerónimo, pues hay una relación de dependencia entre la noble Calpurnia a la que se alude en *30 Tiranos*, 32,5 ss. y la Paula de S. Jerónimo <sup>26</sup>.

Chastagnol fija determinadas fechas de la cronología interna de la Historia Augusta, deduciéndolas del análisis de 25 pasajes de Claudiano que delantan distintas relaciones existentes entre ellos y aquélla. Según él, la lectura y utilización de Claudiano por la Historia Augusta se habría dado en un estado muy avanzado de la redacción de ésta, siendo las siguientes las fechas de datación de determinadas vidas: la de Heliogábalo y Probo datan del año 398; las de Alejandro Severo y las de los Gordianos datan de finales de 398 y comienzos del 399, igual que las de los 4 Tiranos, y la Vida de Caro y de sus hijos cerraría la obra en el primer trimestre del 399 <sup>27</sup>.

Birley fecha la vida de Aureliano entre el año 305-6 basando su argumentación en la conversación que, según el prefacio de dicha vida, Vopisco mantuvo con Junio Tiberino el día 25 de marzo en que se celebraban las fiestas en honor de Cibeles <sup>28</sup>.

Romano, tomando como base de su argumentación el consulado de Furio Plácido, ha llegado incluso a fijar determinadas etapas biográficas de Vopisco. Así, piensa que su nacimiento tuvo lugar alrededor del año 280 y que llegó a Roma hacia el año 300. Entre el 304 y 306 escribiría la Vida de Aureliano; entre el 306 y 313 escribiría las otras y publicaría el *corpus* hacia el 344 <sup>29</sup>.

<sup>26</sup> J. Straub, «Calpurnia Univiria», *BONNER HISTORIA-AUGUSTA-COLLOQUIUM*, 1966/67, Bonn, 1968, pp. 101-118.

<sup>27</sup> A. Chastagnol, «Le poète Claudien et l'Histoire Auguste», *HISTORIA*, 19, 1970, pp. 444-463.

<sup>28</sup> A. R. Birley, *The Augustan History*, en *Latin biography*, ed. por A. Dorey, New York, (sin fecha) pp. 113-138.

<sup>29</sup> D. Romano, *Il consulato de Furio Placido e la cronologia de Vopisco*, AAPAL, 36, 1976-1977, pp. 241-249.

### 3. Autoría

El problema de la autoría se plantea así: ¿se debe la obra a una sola persona o a varias que trabajaban en equipo, o se trata de seis nombres ficticios que solaparían el autor único de ella?

La tradición de los manuscritos atribuye seis autores a la obra con sus nombres propios y a cada uno de ellos se les imputan distintas vidas que en su mayor parte contienen dedicatorias específicas por las que los filólogos se orientan como base argumental para la datación. Véanse estos extremos en el cuadro adjunto (págs. 18-19).

Como se advierte fácilmente, a Diocleciano se le dirigen siete vidas, dos más que a Constantino. Esparciano le dirige tres: las de Elio (c. 1), Severo (c. 20) y Pescenio Nigro (c. 9). Julio Capitolino le dirige tres: las de Marco Antonio (c. 19), Vero (c. 11) y Opilio Macrino (c. 15). Vulcacio Galicano, la de Avidio Casio (c. 3), que fue la única que compuso.

A Constancio se le dirigen seis vidas. Julio Capitolino le dirige tres: las de Clodio Albino (c. 4), la de los dos Maximinos (c. 1) y la de los tres Gordianos (c. 1 y 34). Esparciano, una: la de Antonino Geta (c. 1) y Elio Lampridio, dos: la de Heliogábalo (c. 2 y 34) y la de Alejandro Severo (c. 65 y 67).

Trebelio Polión y Flavio Vopisco, que son los últimos autores de la lista, dirigen sus dedicatorias a distintos amigos en las nueve vidas que compusieron, cuatro aquél, a saber, las de los dos Valerianos, de los dos Galienos, de los treinta Tiranos y del Divino Claudio, y cinco Vopisco: las del Divino Aureliano, Tácito y Probo y las conjuntas de Firmo, Saturnino, Próculo, Bonoso y de Caro, Carino y Numeriano.

No contienen dedicatoria alguna las de Antonino Pío, Cómodo Antonino, Helvio Pértinax, Didio Juliano, Antonino Caracalla, Antonino Diadumeno y Máximo y Balbino.



El autor más productivo, supuesta la diversidad de autoría, es Julio Capitolino que compuso 9 vidas. Le siguen Elio Esparciano con 7, Flavio Vopisco con 5, Elio Lampridio y Trebelio Polión con 4 cada uno y Vulcacio Galicano con 1. La producción, según se ve, no observa ninguna proporcionalidad, lo que no tiene nada de extraño, ya que los proyectos de cada autor así como su carácter son distintos, como se desprende de varios pasajes de las biografías<sup>30</sup>. Vopisco se dirige más directamente a sus lectores, habla de sus intenciones y expone diversos puntos de vista sobre diversos aspectos. Esparciano, Capitolino y Vulcacio Galicano anuncian también sus propósitos, mientras que Lampridio se muestra más reservado<sup>31</sup>.

Hasta aquí hemos hablado de diversos autores. Ahora bien, hay que tener en cuenta que desde que Dessau observó que en cada una de las vidas se daban «las mismas tendencias extravagantes, los mismos giros extraños, las mismas manías y el mismo amor a las falsedades», se ha ido imponiendo la hipótesis del autor único en numerosísimos estudios que han ido apareciendo en este sentido<sup>32</sup>. Los argumentos en pro de esta hipótesis se basan fundamentalmente en la homogeneidad de tendencias de todo tipo que se dan en ellas tanto de carácter ideológico como de carácter lingüístico. Pero, para estas últimas, dicha homogeneidad se ha tratado de constatar sobre todo con criterios filológicos, que se prestan más a la cuantificación y a la constatación estadística, puesto que las tendencias de carácter ideológico, las político-sociales, religiosas, etc., son más susceptibles de subjetividad.

Así, por ejemplo, Zernial<sup>33</sup> ha estudiado las cláusulas llegando a la conclusión del autor único, pues, según él, se repiten éstas con las mismas características en todas las vidas y en los documentos que se insertan en ellas. Lo mismo ocurre con las aliteraciones, las asonancias y otros

<sup>30</sup> A. R. Birley, *op. cit.*, pp. 117-118.

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 118, cf. *Heliogábalo*, 35, 1-7.

<sup>32</sup> Cf. M. A. Chastagnol, *L'Histoire Auguste*, pp. 210-211.

<sup>33</sup> H. L. Zernial, *Über den Satzschluss in der H.A.*, Berlín, 1956.

VIDAS	Elio		Julio Capitolino	Vulcacio Galicano		Elio Lampridio		Trebello Polión	Flavio Vopisco	Dedi- cación	Dioclesiano Constantino Amigos	
	Espaciano											
Adriano	x									-		
Elio	x									-	x	
Antonino Pío			x							-		
Marco Antonino			x								x	
Vero			x								x	
Avidio Casio				x							x	
Cómodo Antonino							x			-		
Helvio Pértinax			x							-		
Didio Juliano	x										x	
Severo	x										x	
Pescenio Nigro	x										x	
Clodio Albino			x									x
Antonino Caracalla	x									-		
Antonino Geta	x											x
Opilio Macrino												x
Antonino Diadumeno							x			-		
Antonino Heliogábalo							x					x
Alejandro Severo							x					x

VIDAS	Elio Esparciano	Julio Capitolino	Vulcacio Gálicano	Elio Lampridio	Irrebelio Polión	Flavio Vopisco	Dedi- cación	Dioclesiano Constantino Amigos
Los 2 Maximinos		x						x
Los Gordianos		x						x
Máximo y Balbino		x						
Los 2 Valerianos					x			x
Los 2 Galienos					x			x
Los 30 Usurpadores					x			x
El Divino Claudio					x			x
El Divino Aureliano						x		x
Tácito						x		x
Probo						x		x
Firmo, Saturnino Próculo y Bonoso						x		x
Caro, Carino y Numeriano						x		x

fenómenos estilísticos. Todo ello abogaría además en favor de la hipótesis de la falsificación intencionada del autor, dado que se observan las mismas tendencias entre los documentos y las vidas, siendo así que aquéllos no tenían porque coincidir con éstas, si provenían de distinta mano. Szelest<sup>34</sup> y otros<sup>35</sup> llegan a la misma conclusión fijándose en la unidad lingüística y de composición de las distintas biografías, por lo que se considera legítimo estudiar todas ellas en conjunto como formando una unidad<sup>36</sup>.

#### 4. Contenido

Como ya apuntamos, la importancia de la Historia Augusta reside en el caudal de datos que contiene, que la convierten en una fuente básica para el conocimiento de una etapa del imperio que no es pródiga en ellos. De ahí que se hayan apoyado en ella los más famosos tratados históricos que se han escrito desde el siglo XVIII, como los de Vossius, Tillemont y Gibbon, aunque a veces la han utilizado sin las suficientes reservas críticas como hace notar Birley<sup>37</sup>.

<sup>34</sup> Cf. Meander, 16, 1961, pp. 535-544, donde estudia las introducciones, dedicatorias y epílogos llegando a la conclusión de un autor único. Otro tanto ocurre con las digresiones. Szelest constata cómo éstas tratan temas no conservados en la literatura latina antigua y en todas las vidas en que se dan el estilo es el mismo, cf. «Les digressions chez les auteurs de l'Histoire Auguste», EOS, 58, 1969-70, pp. 115-123.

<sup>35</sup> G. Carlozzo deduce el autor único del conjunto de concordancias que se dan en las vidas en el modo de introducir las citas, los discursos, la narración de oráculos, etc., cf. «Su alcuni procedimenti di composizione nella H.A.», PAN, 5, 1977, pp. 53-57. S. N. Adams concluye lo mismo del análisis de la sutil distinción que se mantiene en todas las vidas entre *interficio/occido*, cf. «The authorship of the Historia Augusta», CA, 22, 1972, pp. 186-194, y del estudio de pares de sinónimos, cf. «The linguistic unity of the Historia Augusta», ANTICHTHON, 11, 1977, pp. 93-102. Véase también en igual dirección, J. Beranger, «Observations sur les clauses dans l'Histoire Auguste», BONNER HISTORIA AUGUSTA-COLLOQUIUM, 1979/81, Bonn, 1982, pp. 43-66. I. Marriot, «The authorship of the Historia Augusta. Two computer studies», JRS, 69, 1979, 65-77.

<sup>36</sup> Cf. Birley, *op. cit.*, p. 127.

<sup>37</sup> *Ibid.*, pp. 114 y ss.

Para el siglo II y el primer cuarto del siglo III tenemos a Dión Casio, pero nos falta la narración del reinado de Antonino Pío desde el año 138 al 161 <sup>38</sup>.

Para el período comprendido entre el año 180 en que murió Marco Aurelio hasta la proclamación de Gordiano III a primeros de julio del 238 contamos con la *Historia del Imperio Romano* de Herodiano <sup>39</sup>.

Para el resto del siglo III hasta el 285 y para las partes no cubiertas por Herodiano y Dión Casio, quedan breves crónicas, como la de Aurelio Víctor, que escribió un sumario histórico de los Césares desde Augusto hasta el 360/1 titulado *Epitome de Caesaribus* y otras fuentes literarias, como Aulo Gelio, Frontón, etc., jurídicas o de autores cristianos.

La *Historia Augusta* relata el período comprendido entre el año 117 (Adriano) hasta el 285 d. C. (Carino, pero falta la etapa transcurrida entre Gordiano y Valeriano con los siguientes reinados:

Filipo el Arabe	244-249
Filipo hijo	247-249
Decio	IX-249-V-251
Decio hijo	250?-V-251
Hostiliano	verano-otoño de 251?
Galo	¿VI?-251-X-253
Volusiano	XI-251-X-253
Emiliano	VI-IX-253

Véase a continuación, salvo esta laguna, la distribución de las distintas biografías que contiene la *Historia Augusta* con las fechas respectivas de los biografiados, se-

<sup>38</sup> A través de la reelaboración que en el siglo XI hizo Juan Xifilino de los libros 36-80 quien ya encontró, según sus propias indicaciones (70,2) una laguna en Antonino Pío y los comienzos de Aureliano. Juan Zonarias en el siglo XII hizo otro extracto de los libros 1-21 y 44-80.

<sup>39</sup> J. J. Torres, *Historia del Imperio Romano*, Madrid, 1985, pp. 34 y ss. Es a partir de la fecha en que falta Herodiano cuando se revela la importancia de la *Historia Augusta*.

gún los períodos que se suelen distinguir en esta etapa imperial:

### *Siglo II*

#### I. *Dinastía Antonina* Adriano a Cómodo (117-192):

Adriano	117-138
Elio	(Adoptado 136-muere en 138)
Antonino Pío	138-161
Marco Antonino	161-180
Lucio Vero	161-169 (asociado al poder con Marco)
Avidio Casio	175 (primavera: auto-proclamado emperador)
Cómodo	180-192

### *Siglo III*

#### II. *Los Severos* de Pértinax a Alejandro Severo (193-235):

Pértinax	193 (1-I al 28-III)
Didio Juliano	193 (60 días)
Septimio Severo	193-211 (aclamado emperador el 9 abril)
Pescenio Nigro	193 (primavera, proclamado emperador)
Clodio Albino	193-195 (nombrado César por Severo)
Antonino Geta	211-212
Antonino Caracalla	212-217
Opilio Macrino	217-218
Antonino Diadumeno	218 (¿primavera? co-emperador con Macrino)
Heliogábalo	218-222
Alejandro Severo	222-235

III. *Anarquía militar* de Maximino a Galieno  
(235-268):

2 Maximinos	235-238
Máximo y Balbino	238
3 Gordianos	238-244
...laguna	...
2 Valerianos	253-260
2 Galienos	260-268
30 Usurpadores	(?)

IV. *Emperadores ilirios* de Claudio el Gótico a  
Diocleciano (268-285):

Claudio el Gótico	268-270
Aureliano	270-275
Tácito y Floriano	275-276
Probo	276-282
Firmo, Saturnino, Próculo y Bonoso (Usurpadores)	
Caro, Carino y Numeriano	282-285

La materia está distribuida en 30 biografías que no guardan uniformidad alguna, puesto que unas narran la vida de un solo personaje, otros incluyen la de dos o más; unas contienen el relato de la vida de los emperadores reinantes (*Augusti*), otras relatan las de los presuntos herederos (*Caesares*) y otras incluso las de los aspirantes al trono (*Tyranni*).

Mommsen distinguió dos tipos entre todas estas biografías. Llamó *Vitae maiores* a las dedicadas a los emperadores y *Vitae minores* las que narran las vidas de los Césares, emperadores *iuniores*, usurpadores y pretendientes, como Elio, Vero, Casio, Pescenio Nigro, Albino, Geta y Diadumeno <sup>40</sup>.

<sup>40</sup> Cf. Mommsen, *op. cit.*, p. 246. Belleza (*op. cit.*, p. 17) las llama vidas «principales» y «secundarias».

La característica más acusada de estas vidas *minores* es que en ellas se multiplican los datos documentales, tal vez para compensar con ello la falta de documentación que existía sobre los personajes en cuestión, como lo reconoce Esparciano en la Vida de Pescenio Nigro con estas palabras: «Es raro y difícil que los escritores relaten correctamente las biografías de aquellos hombres a los que la victoria sobre sus enemigos les convirtió en usurpadores y, por esta razón, es difícil encontrar en actas o crónicas la totalidad de los datos concernientes a ellos; en primer lugar, las cosas que suponían un honor para ellos son deformadas por los historiadores; después, otros datos son eliminados de éstos y, finalmente, la preocupación que se adopta en investigar su vida y su conducta es mínima, ya que se piensa que basta con relatar su osadía, la batalla en la que fueron derrotados y la pena que sufrieron.»<sup>41</sup> Por ello tal vez también los autores de estas vidas repiten igual o con leves variaciones muchas de las noticias relatadas ya sobre los emperadores en las vidas *maiores*<sup>42</sup>.

A parte de esta distinción de Mommsen aceptada en general, se han hecho otras teniendo en cuenta otros puntos de vista. Así D. den Hengst<sup>43</sup> del estudio de los prefacios deduce tres series bien diferenciadas: la primera consta de una secuencia de Augustos del 117 al 217 más próxima al modelo suetoniano, sin prefacios y con dos invocaciones a Diocleciano, sin duda de época posterior. La segunda, a parte de las vidas de Macrino, Heliogábalo, Severo Alejandro, los dos Maximinos, los dos Gordianos y Máximo y Balbino, añade volviendo atrás las de los príncipes asociados Elio, Vero, Geta, Diadumeno y las de los usurpadores Avidio Casio, Pescenio Nigro y Clodio Albino. Se caracteriza esta serie porque apostrofa en forma de dedicación, de epílogo o de transición en el inte-

<sup>41</sup> Esparciano, *Pescenio Nigro*, I,1.

<sup>42</sup> Nosotros hemos reflejado esta característica en nuestra traducción anotando algunos de los pasajes paralelos en las primeras vidas menores.

<sup>43</sup> D. den Hengst, *The Prefaces in the Historia Augusta*, Amsterdam, 1981.



rior, a Diocleciano (cfr. vida de Macrino, Elio, Vero; Avidio Casio, Pescenio Nigro) o a Constancio. La tercera serie reemplaza los apóstrofes a emperadores por los de los amigos y da a los prólogos un carácter panegírico y reflexivo en torno al pasado de Roma o sobre el modo de biografiar del autor.

## 5. Plan y estructura de las vidas

El plan seguido por el autor o autores de la Historia Augusta se acerca en ocasiones al de Suetonio que narra los acontecimientos *per species*, es decir, concentrado los acontecimientos en «tipos» o «categorías», no de acuerdo con el estricto orden cronológico (*per tempora*) en el que se habían realizado con estos pasos fundamentales <sup>44</sup>:

- Nacimiento: fecha y lugar.
- Familia y antepasados.
- Niñez y adolescencia: estudios y preparación para la vida pública.
- Reinado: esplendor y declive.
- Muerte (anticipando o siguiendo prodigios, fisiognomía).
- Honores o *damnatio memoriae*.
- Como ejemplo de acercamiento a este modelo puede servir el siguiente esquema de la vida de Antonino Pío, que es uno de los más sencillos y transparentes <sup>45</sup>:

<sup>44</sup> Para el método suetoniano, cf. Funaioli, RE, IV, A, 1931, p. 631; *Ibid.*, «I Cesari di Svetonio», *Miscelanea per F. Ramorino*, Milán, 1927. E. Cicek, *Structures et idéologie dans les «Vies des douze Césars» de Suetone*, París, 1977. W. Steidle, *Sueton und die antike Biographie*, München, 1963. Sobre la influencia de Suetonio en la Historia Augusta, cf. M. G. Bertinelli, «I dodici Cesari nell'Historia Augusta», en *STUD. DI STOR. ANT. IN MEMORIAM DI LUCA DE REGIBUS*, Genova, 1969, pp. 145-146. H. W. Bird, «Suetonian influence in the later lives of the Historia Augusta», *HERMES*, 99, 1971, pp. 125-134. G. Townend, *Suetonius and his influence en Latin Biography*, pp. 76 y ss.

<sup>45</sup> Cf. Magie, *op. cit.*, p. 16. H. Peter, *op. cit.*, p. 32. Leo, *Die Griechische-Römische Biographie*, Leipzig, 1911, pp. 273 y ss.

I (c. 1, 1-7):	Antepasados.
II (c. 1,8 a 5,2):	Vida hasta el acceso al trono.
III (c. 5,3 a 12,3):	Política y acontecimientos del reinado.
IV (c. 1,5 a 12,3):	Rasgos personales.
V (c. 12, 4-9):	Muerte.
VI (c. 13, 1-2):	Estatura.
VII (c. 13, 3-4):	Honores <i>post mortem</i> .

Ahora bien, la Historia Augusta no sigue siempre este esquema, sino que lo varía con gran flexibilidad<sup>46</sup> y no se acerca estrictamente al plan suetoniano ni siquiera en aquellas vidas en las que reconoce que tiene a Suetonio por modelo, sino que desvirtúa el código biográfico propuesto por él. Una veces lo restringe eliminando determinadas *species*. Otras, las más, lo amplía introduciendo aquí y allá excrecencias ajenas al género biográfico o trastoca y mezcla las rúbricas. Así, Capitolino dice en las vidas de Máximo y Balbino (c. 4) que seguirá a Suetonio exponiendo, antes de narrar las *res gestae*, la *species de moribus atque genere*, es decir, la rúbrica sobre sus costumbres y su linaje, y que adoptará la «brevedad» del estilo suetoniano. Pero basta comparar los capítulos 5, 6 y 7 para ver las distancias entre ambos. Capitolino engloba en ella distintas rúbricas e invierte el orden. Trata no sólo los *mores* y el *genus*, sino también los cargos ostentados. Además ya había anticipado en los capítulos I y II el carácter de los dos emperadores y había expuesto su nombramiento transcribiendo discursos y adoptando una narración casi novelesca. Dentro de la narración de las *res gestae* (8-14), son evidentemente ajenos a la biografía la exposición de las diversas teorías sobre el origen de los *munera* o la época de su celebración (8), o el relato de las características y del origen de la *hecatombe* (c. 11). Digresiones eruditas, como éstas y otras de carácter filosófico, religioso, etc., se desparraman con frecuencia en la

<sup>46</sup> J. M. André y A. Hus, *La Historia en Roma*, 1975, pp. 179-180.

Historia Augusta. Pero es sobre todo en los últimos capítulos donde Capitolino se aparta más de Suetonio enredándose de nuevo en discusiones sobre el carácter y la formación de ambos emperadores y, especialmente, sobre la identificación o no de Máximo y Pupieno en un único emperador, aportando como prueba de su identidad una carta larguísima de un coetáneo <sup>47</sup>.

La lasitud en la utilización de categorías típicamente biográficas y la diferencia en la introducción y tratamiento de los datos, etc., se debe, entre otras razones, a que la Historia Augusta ha utilizado muy diversas fuentes: Dión Casio, Herodiano, Mario Máximo, Junio Cordo, Aurelio Víctor, Eutropio, etc. <sup>48</sup>. De alguna manera, en mayor o menor medida, han debido dejar diversas huellas sobre ella. Así Mario Máximo, autor de una serie de biografías desde Nerva a Heliogábalo y al que se cita en muchas ocasiones, dado su modo peculiar de concebir la Historia <sup>49</sup>, ha debido influir en el autor o autores de la

<sup>47</sup> Cf. V. Picón, «Diversificación del género biográfico en el imperio: factores básicos», ACTAS DEL VI CONG. ESP. EST. CLAS., Madrid, 1983, II, p. 106. Además de estas diferencias, Birley (*op. cit.*, p. 116) destaca otras notables, como la inclusión de las vidas de herederos y usurpadores junto a las de emperadores y la consideración como vida unitaria a un conjunto de dos o más vidas diversas.

<sup>48</sup> El problema de las fuentes que ha seguido la Historia Augusta ha hecho correr mucha tinta. Véase sobre todo la monografía de T. D. Barnes, *The sources of the Historia Augusta*, Bruxelles, 1978. Es especialmente interesante el c. 5 donde estudia la influencia de diversos autores como Dión Casio, Herodiano, los epitomadores (pp. 79-107) y las obras perdidas de autores griegos, señalando luego las relaciones con Aurelio Víctor, Eutropio, Festo y otros autores. Cf. también Chastagnol, *L'Historie Auguste*, pp. 197-199 para otras fuentes distintas de Mario Máximo y Junio Cordo. Respecto a Herodiano y Dión Casio, antes que Baines, Kolb no satisfecho con la indagación de fuentes centrada en la identificación de los historiadores menores que influyen en la Historia Augusta, aborda el problema de la *Hauptquelle*, o fuente principal, a base de contrastación de citas textuales, concluyendo que la obra utiliza abundantemente a Herodiano y Dión Casio mezclándolo, fundiéndolos y creando de ese modo un relato nuevo y distinto, más moralizante y sentencioso, como si los autores quisieran compensar al lector por la alteración de la verdad histórica conseguida.

<sup>49</sup> F. Vopisco, *Firmo*, 1, 2, donde se le califica de *homo omnium verbosissimus qui et mythistoricis se voluminibus implicuit*.

Historia Augusta en esa tendencia que se observa en ésta a acumular ingredientes alusivos a la vida privada y personal de los emperadores <sup>50</sup>. Otro tanto cabe decir de Junio Cordo, del que parece que se ha recogido especialmente lo relativo a los escándalos, chismes y costumbres culinarias, pues este autor era muy aficionado a realzar estas cosas <sup>51</sup>.

## 6. Valor histórico

Además de las distinciones aludidas de Mommsen entre vidas mayores y menores y de D. den Hengst en tres secciones teniendo en cuenta los prefacios, se admite una tercera distinción entre dos secciones que se diferenciarían muy bien entre sí, una que comprendería las vidas compuestas por los cuatro primeros autores y otra que abarcaría las vidas redactadas por Trebelio Polión y Vopisco <sup>52</sup>. Sobre esta segunda sección y sobre las vidas menores se ciernen especialmente las sospechas de inautenticidad y ficción debido sobre todo a la abundancia de documentación que acumulan en sus relatos.

Ya en 1870 Czwalina demostró que los documentos que aparecen en la vida de Casio atribuidos a distintas manos, por ejemplo, las cartas de Vero, del prefecto del Pretorio, de la emperatriz Faustina y del mismo Casio fueron compuestas todas por el mismo autor <sup>53</sup>.

Desde entonces se han realizado múltiples estudios en este sentido avocando a resultados parecidos, de tal manera que se considera que de la lista de 150 cartas, dis-

<sup>50</sup> Magie (*op. cit.*, pp. 18 y ss.) considera, en efecto, que Mario Máximo influye en la enfatización de la vida privada y Cordo en la multiplicación de chismes y que ambos dejaron huellas sobre todo en Vopisco en las vidas de Aureliano y Probo.

<sup>51</sup> J. Capitolino, *Clodio Albino*, 11,2: *golosum enim Cordus, qui talia persequitur in suis voluminibus, fuisse dicit.*

<sup>52</sup> Cf. Birley, *op. cit.*, p. 130.

<sup>53</sup> C. Czwalina, *De epistularum actorumque quae a scriptoribus Historiae Augustae proferuntur fide atque auctoritate I*, Bonn, 1870.

ursos, decretos y aclamaciones que la Historia Augusta contiene, sólo se aceptan como genuinas las dos aclamaciones de Cómodo (c. 18-19) <sup>54</sup>. Estos resultados han inducido a actitudes despectivas hacia la obra, actitudes que L. Homo trató de reorientar tras haber mostrado efectivamente su falsedad en el estudio que acabamos de citar, que se hizo famoso. He aquí sus palabras: «Concluiremos en una palabra. Los documentos de la Historia Augusta no deberán ser abandonados sistemáticamente como inútiles e insignificantes. Sin duda, son apócrifos y han sido compuestos por los autores mismos de las biografías, según creemos haber demostrado, pero no representan menos un elemento de documentación muy apreciable para el período tan mal conocido de la anarquía militar de una parte y para la época diocleciano-constantiniana de otra. La Historia no tiene en absoluto el derecho de ignorarlos.» <sup>55</sup>

Respecto al resto del relato, hay que tener en cuenta también que se dan anacronismos, inexactitudes, contradicciones, incoherencias e interpolaciones <sup>56</sup>. Todo ello invita a aceptar el texto en su conjunto con reservas y con espíritu crítico y hace que, como dice Birley, sea preciso analizar con cuidado el material que contiene. Aceptada esta premisa, la Historia Augusta adquiere una importancia excepcional, pues dicho material con el fondo de verdad que encierra permite trazar un panorama claro sobre los avatares del poder y sobre otros múltiples as-

---

<sup>54</sup> Sobre este aspecto, cf. C. Lecrivain, *Etudes sur l'Histoire Auguste*, París, 1904, pp. 45 y ss. H. Peter, *Die scriptores*, pp. 156 y ss. en relación con las cartas y documentos de las biografías de Polión y Vopisco. Pero, sobre todo, L. Homo, «Les documents de l'Histoire Auguste et le valeur historique», *RH*, 151, 1926, pp. 161-198; 152, 1926, pp. 1-31. B. Baldwin ha estudiado las aclamaciones llegando a la conclusión de que son tan poco auténticas como los demás documentos, cf. «Acclamations in the Historia Augusta», *ATHENAEUM*, 59, 1981, pp. 138-149.

<sup>55</sup> L. Homo, «Les documents», *RH*, 152, 1926, p. 31.

<sup>56</sup> Para los anacronismos, inexactitudes e incoherencias, cf. Chastagnol, *L'Histoire Auguste*, pp. 196 y ss. Stern, *op. cit.*, pp. 28-31. Magie, *op. cit.*, I, pp. 21-22 (sobre las interpolaciones).

pectos de la sociedad imperial desde el punto de vista histórico, cultural, institucional, político, religioso, costumbrista, etc. En efecto, son muchos los estudios que se han realizado en estas direcciones. He aquí el resumen de algunos.

Rostagni en su *Historia de la Literatura* ha sugerido cómo en toda la obra subyace la fe en Roma sustentada por una clase senatorial que ha perdido el sentido de la realidad y suspira por la vuelta a la edad de oro y por un militarismo absurdo<sup>57</sup>. En este mismo sentido, Gaden más recientemente ha defendido que el autor o autores de la *Historia Augusta* no excluirían una vuelta a la edad de oro que se basaría en la constitución de un nuevo equilibrio de poderes que devolvería al senado el que él había perdido<sup>58</sup>. Balbino García en la introducción a su traducción española, tras aludir a las peripecias del poder que se describen en la obra, resume los datos de los cambios producidos en lo económico, social, cultural y religioso que se observa en ella<sup>59</sup>. Beranguer en uno de los coloquios de Bonn ha defendido que la *Historia Augusta* permite reconstruir una ideología imperial proponiéndonos el modelo de soberano ideal: su autor o autores sintetizan en Probo las cualidades que deben adornar al buen príncipe para trasladar luego la idea del soberano ideal al de la tetrarquía, mostrando sus virtudes y dejando traslucir la ideología senatorial que subyace en ella, por lo que precisamente se distingue de las obras de Aurelio Víctor y Eutropio<sup>60</sup>. Pero sin duda los estudios más profundos y más elocuentes son los que han intentado dela-

<sup>57</sup> A. Rostagni, *Storia della Letteratura Latina*, III, Torino, 1964, pp. 527 y ss.

<sup>58</sup> A. Gaden, «*Quelques remarques sur le passé et l'avenir de Rome dans l'Histoire Auguste*», Centre Jean Palerne. *Mémoires* II, Saint-Etienne, 1980, pp. 73-95.

<sup>59</sup> B. García, *Escritores de la Historia Augusta*, Madrid, 1969, pp. 661-679.

<sup>60</sup> J. Beranguer, «*L'Idéologie imperiale dans l'Histoire Auguste*», en *BONNER HISTORIA-AUGUSTA-COLLOQUIUM*, Bonn, 1972/74, 1975, pp. 25-53.

tar las tendencias para determinar la fecha, como los aludidos de Straub, Stern, Baynes, o el de Santo Mazzarino y otros <sup>61</sup>.

También desde posiciones críticas es posible sacar fruto, como ya se ha apuntado, en las vertientes lingüísticas y filológicas. Este es, en definitiva, el camino a seguir para el estudio de esta obra, como ya propuso Mommsen, camino del que sin duda aún quedan trechos por recorrer a pesar de los avances logrados en los últimos años <sup>62</sup>.

## 7. Valor literario

El valor literario de la *Historia Augusta* es escaso <sup>63</sup>. Y no tiene nada de extraño, ya que el autor o autores en repetidas ocasiones dicen que no pretenden exponer con elocuencia o estilo elevado su materia sino con estilo sencillo y que, por su amor a la curiosidad, multiplican los datos para satisfacer así también la curiosidad de sus lectores <sup>64</sup>. Su narración es desmañada, sinuosa e irregular. Constituye una especie de taraceado de fichas temáticas conexionadas sin seguir en muchos casos el pensamiento lógico. En ella se repite el perfecto una y otra vez y se multiplican las oraciones participiales acentuando con ello la pesadez. Los personajes quedan caracterizados, en general, mediante el léxico estereotipado de la fisiognomía, con una ausencia total de dramatismo incluso en pasajes que se prestaban para ello.

La lengua es pobre y la sintaxis irregular y alejada de lo clásico. Se caracteriza, entre otros rasgos, por el uso

---

<sup>61</sup> S. Mazzarino, *Aspetti sociali del quarto secolo*, Roma, 1951, pp. 345-370. Cf. Bibliografía (estudios de G. Kerler y K. P. Johne).

<sup>62</sup> Sobre el interés que ha provocado la *Historia Augusta* en los últimos años, incluso a nivel divulgativo y escolar, cf. Belleza, *Prospettive del testo della Historia Augusta*, Brescia, 1979, pp. 19-21.

<sup>63</sup> Véase especialmente el c. XVI titulado «Literary Talent» de R. Syme, *Emperors and biography. Studies in the Historia Augusta*, Oxford, 1977, pp. 248-265.

<sup>64</sup> Trebelio Polión, 30 *Tiranos*, 33,8; F. Vopisco, *Probo*, 2, 7-8.

excesivo de determinadas partículas, como *nam*, *tamen*, *enim*, *etiam*, *autem*, etc., que dificultan la fluidez de la narración, pues en ocasiones además no se usan con su valor propio; por el abuso de algunas conjunciones como el *cum* histórico empleado torpemente; por la utilización impropia de los pronombres y por la oscuridad de las expresiones debida entre otras causas a la brevedad general, que a veces se salpica con variaciones poco elegantes, y al cambio violento de sujetos sucesivos que impiden la fácil comprensión del texto. Véase el siguiente ejemplo de utilización de *ipse*:

*Laetum ad mortem coegit misso a se ueneno: ipse enim inter suosores Getae mortis primus fuerat, qui et primus interemptus est. Ipse mortem eius saepissime fleuit.*

«Obligó a Leto a suicidarse, enviándole él mismo el veneno: en efecto, aquél (*ipse* = Leto) había sido el primero que le había aconsejado que asesinara a Geta y fue también el primero que pereció. Y el propio Basiano (*ipse* = Basiano) lloró en muchísimas ocasiones su muerte.»

Nótese la confusión a la que da lugar el empleo de *ipse* repetido sucesivamente refiriéndose en cada caso a un sujeto distinto, en el primer caso a Leto, referencia que queda más oscurecida por el *se* que precede al *ipse*, y en el segundo caso a Basiano, que es del que se está hablando. Su bivalencia funcional para identificar a *ille* e *hic idem* no se percibe con claridad hasta que no se entiende el contexto.

## 8. Transmisión del texto <sup>65</sup>

Tras la publicación de la *Historia Augusta*, tenemos noticias ya de la utilización del texto por Símaco en el siglo V. Sedulio Escoto compuso en el siglo IX una colección de fragmentos (*collectaneum*) y en este mismo siglo se copia el *Codex Palatinus* (P). De estas fuentes proce-

<sup>65</sup> Cf. Magie, *op. cit.*, I, pp. 24 y ss.



derán las dos versiones distintas que correrían en este siglo IX. A partir de entonces surgen más copias del P, utilizándosele como base de otras ediciones entre el siglo X y el XIV, hasta que de una copia reciente de dicho manuscrito *Bonus Accursius* preparó en 1475 la *editio princeps* y desde entonces se han sucedido ininterrumpidamente siglo tras siglo las ediciones.

H. Peter, en unos comentarios filológicos que publicó antes de sacar a luz su edición, distinguió dos familias de manuscritos<sup>66</sup>. La primera, a la que llama *antiquior*, estaría constituida por códices que concuerdan siempre en sus lecturas incluso en sus detalles mínimos, entre los que se hallan: 1) el *Codex Bambergensis*, 2) el *Codex Palatinus*, 3) los *excerpta* llamados *Palatina*, 4) el *Codex Murbacensis*, 5) la *editio princeps Medionalensis* y 6) los *Códices Vaticanani* 1899 y 1901. La segunda, que para él es de inferior autoridad (*multo deterior*), estaría constituida por los manuscritos más modernos (*recentioris aetatis*) que utilizó Casaubón en su edición y por otros distintos que existen en otras bibliotecas.

En la actualidad, los filólogos tipifican también en dos series el conjunto de manuscritos que nos han transmitido la *Historia Augusta*. Una estaría representada por el citado *Codex Palatinus* (P) del que piensan que derivarían más o menos directamente el *Bambergensis* (B), el *Ottobonianus* (O), el *Parisinus Latinus* 5816 (*Paris. 5816*), el *Riccardianus* 551 (*Ricc.*) los *Vaticanani* 1899 y 5301 (*Vat. 1899* y *Vat. 5301*) y el *Urbinas* 414 (U). La otra, a la que se la denomina  $\Sigma$  incluiría el resto de los manuscritos, salvo algunos *excerpta*, derivados de un original común distinto del *Palatinus*, tan viejo como él o más y en la que muchas de sus lecturas serían en algunos casos más correctas respecto al arquetipo que las del mismo P.

Así piensa Hohl, quien defiende que ambas series serían independientes y que, a su vez, derivarían de un mis-

<sup>66</sup> H. Peter, *Historia critica*, pp. 19 y ss.

mo arquetipo antiguo<sup>67</sup>. Por eso basa su edición en la reproducción de las mejores lecturas del P<sup>1</sup> que distingue de las introducidas erróneamente (P<sup>a</sup>) y luego corregidas de nuevo (P<sup>b</sup>), pero con la adición de determinadas lecturas de los códices de la serie Σ elegidas de forma racional y metódica ante la sospecha de mayor corrección. Con ello logra un texto que consideramos correcto, por lo cual le hemos adoptado como base para nuestra traducción. No obstante, discrepamos del editor en distintos pasajes. He aquí las lecturas de algunos de los que consideramos más importantes<sup>68</sup>:

Adriano, 4,5: *eosdemque s <a> e pe i <n> isse*  
Hohl // *eisdemque saepe isse.*

Marco, 22,6: *loquentum uel sermoni uel dictis* Hohl // *loquentum dictis uel sermone.*

27,11: *<quod moreretur, sed quod moreretur talem>*  
*>addidit* Hohl // (del.).

Severo, 19, 5: *eiusdemque etiam ian <n>ae* Hohl // *eiusdem etiam Septimianae.*

22,5: *Totum fu <d> isti* Hohl // *Totum fuisti.*

Pescenio Nigro, 11,2: *pu[r] tavit* Hohl // *portauit.*

12,6: *nigrum formaui* Hohl // *nigram formaui-*  
*mus.*

Clodio Albino, 2, 5: *facultatem uel praesente m <e> et*  
*<admissus> ad me* Hohl // *facultatem praesentem et*  
*ab me.*

Alejandro Severo, 4,3: *fuerant, <relictis, cum ante> sa-*  
*lutare... potera <n> t* Hohl // *fuerant, <foribus au-*  
*tem> salutare... poterat.*

<sup>67</sup> E. Hohl, *Scriptores*, p. 6: *...Sui iuris sunt neque ex Palatino pend-*  
*ent, ut praeter codicem Murbacensem... Seduli excerpta Cusana et Pa-*  
*risina, Florilegium Vaticanum Latinum 5114, Σ codicum familia. Ibid,*  
p. 7: *...quod idoneis argumentis mihi quidem probatur ex uno eodem-*  
*que archetypo et Palatinum et hanc familiam originem ducere.*

<sup>68</sup> Alguna otra lectura se ofrece en las notas y otras las hemos omitido por razones de brevedad. Nótese que en las vidas desde los Maximinos a Aureliano estas discrepancias se recogen siempre en las notas correspondientes.

9, 6: *orabis. Ti <bi> certe sum <im> us* Hohl // *ornauisti. certi sumus.*

10, 5: *sunt dicti sic Antoninus, id e [m]st Pius* Hohl // *Sunt dicti [sunt]. Antoninus idem sepius.*

Alejandro Severo, 44, 6: *leges <antiquas> ac no <ua> s* Hohl // *leges in annos.*

48, 6: *iussu imperatoris <Maximini> occissus et... <Alexander> a militaribus occissus est* Hohl // *iussu imperatoris occissus est... et a militaribus occissus est.*

Aureliano, 7, 8: *quasi <dom>in<o>, nemo* Hohl // *quasi in... nemo.*

8, 2: *ne tu id [d] in<s>tius* Hohl // *nec tu id diutius.*

26, 3: *hostium <antum> quantum si uir a me oppugnandus esset <adest, sed sub fem>in<a> conscientia* Hohl // *hostium quantum si uir a me oppugnandus esset, in conscientia.*

26,5: *quasi <uir> poenam timen[te]s* Hohl // *quasi poenam timentes.*

Caro, 2, 6: *quam timeba<n>t boni* Hohl // *quam timebat boni.*

8, 5: *aegrotaret et <in tentorio iaceret>* Hohl // *aegrotaret.*

## 9. Principales ediciones y traducciones <sup>69</sup>

### a) Ediciones:

La *editio princeps* fue publicada por Bonus Accursius en 1947 en Milán. Después, han ido apareciendo en todos los siglos sin interrupción distintas ediciones siendo éstas las más importantes: la Aldina de 1516, la de Erasmo de Rotterdam de 1518, la de Isaac Casaubón de 1603, la de Claudio Salmasio de 1620, una edición de varios au-

<sup>69</sup> Para mayor detalle de ediciones y traducciones remitimos a Magie, *op. cit.*, I, p. 37. Hohl, *Scriptores*, pp. 12 y ss., pero sobre todo A. Belleza, *Prospettive del testo*, en el cap. II titulado: *Le edizione integrale e parziale e la traduzione della Historia Augusta dal 1955 ad oggi*, pp. 29-67.

tores con los comentarios de Casaubón, Gruter y Salmasio, publicada por Hack en 1677, la edición Bipontina en dos volúmenes de 1787 y 1789, la de H. Jordan y F. Eysenhardt de 1864 y la de H. Peter en dos volúmenes de 1865.

En el presente siglo las dos ediciones completas más importantes son: D. Magie, *The scriptores Historiae Augustae*, London, 1921, 1960-1. E. Hohl, *Scriptores Historiae Augustae*, Leipzig, 1927, 1965, 1971, 1973.

Han aparecido además algunas ediciones parciales, como las siguientes:

Elio Pasoli, *Scriptores Historiae Augustae. Iuli Capitolini Opilius Macrinus*, Bologna, 1968<sup>2</sup>.

Eugenio Manni, *Trebellio Pollione. Le vite di Valeriano e di Gallieno*, Bologne, 1969.

*Iuli Capitolini Maximini duo*, con notas de Sebastiano Condorelli, Messina, 1970.

#### b) Traducciones:

Contamos con tres traducciones importantes del siglo pasado, la de C. A. Closs en 6 vs., Stuttgart, 1856-7; la francesa de Th. Baudement de la colección Nisard, París, 1845 y la española de F. Navarro y Calvo, en 2 vs., Madrid, 1889-90.

En el presente siglo han aparecido las siguientes:

D. Magie, cfr. *Ediciones*.

Leopoldo Agnes, *Scrittori della Storia Augusta*, UTET, 1960.

Balbino García, *Escritores de la Historia Augusta*, en *Biógrafos y panegirista griegos y latinos*, Madrid, 1969.

Federico Roncoroni, *Storia Augusta*, Milano, 1972.

P. Soberini, *Scrittori della Storia Augusta*, Torino, 1983.

Además, las siguientes parciales:

H. Bardon, *Le crépuscule des Césars* (selección de textos editados y traducidos), Monaco, 1964.

A. Birley, *Lives of the Later Césars. The firs part of the Augustan History*, London, 1983.

*Historia Augusta. Römische Herrschergestalten, I: Von Hadrianus bis Alexander Seuerus* (obra de distintos autores: E. Hohl, J. Straub, E. Merten y A. Rösger), Bonn, 1976.

## 10. Nuestra traducción

Como hemos señalado hace un momento, hemos seguido la edición de Hohl para nuestra traducción, salvo en los casos que hemos adoptado otras variantes y hemos tenido en cuenta algunas traducciones anteriores, como la francesa de Baudement, la inglesa de Magie y las españolas de Navarro y Calvo y Balbino García, sobre todo.

Nos hemos procurado atener a dos principios básicos, la fidelidad al texto y la facilitación de la comprensión. Ahora bien, teniendo en cuenta las características especiales de la composición, lengua y estilo narrativo de la *Historia Augusta*, si se han dado determinadas condiciones que han imposibilitado atenerse al primer principio, hemos aceptado que prevaleciera el segundo sobre el primero.

También respecto a las notas nos hemos dejado guiar por dos principios, el de la economía y el de la utilidad, de manera que sólo hemos incluido aquéllas que hemos estimado necesarias para entender mejor la traducción, rechazando las que suponen mayor erudición. Por eso hemos anotado preferentemente aquéllas que inciden sobre lo más específicamente romano en estas vertientes: a) histórica, de ahí las anotaciones sobre hombres ilustres, generales famosos, etc.; b) literaria, de ahí las notas sobre escritores, especialmente los menos conocidos; c) de civilización y cultura, de ahí las anotaciones para identificar personas, lugares, edificios públicos, prendas e instrumentos útiles, juegos, cargos, fiestas, divinidades, corporaciones, sobre todo, las más extrañas a nuestro mun-

do y las menos conocidas (por esta razón faltan las anotaciones a las magistraturas ordinarias, cónsul, pretor, edil, etc.); d) lingüística, de ahí las anotaciones a expresiones típicas, juegos de palabras específicos, etc.; y e) de crítica textual en los casos en que hemos aceptado alguna variante respecto a la edición básica.

## 11. Bibliografía

### a) Obras generales, diccionarios, léxicos:

- S. I. Kovaliov, *Historia de Roma*, Buenos Aires, 1964.  
 L. Pareti, *Storia di Roma e del mondo romano*, Torino, 1960, vols. IV y V.  
 A. Piganiol, *Historia de Roma*, Buenos Aires, 1964.  
 M. Rostovtzeff, *Historia social y económica del Imperio Romano*, Madrid, 1962, 2 vols.  
 J. Ellul, *Historia de las instituciones de la antigüedad*, Madrid, 1970.  
 L. Homo, *Las instituciones políticas romanas. De la ciudad al Estado*, México, 1968.  
 J. Guillén, «*Urbs. Roma*». *Vida y costumbres de los romanos*, Salamanca, 1981, 3 vols.  
 U. E. Paoli, «*Urbs.*». *La vida en la Roma Antigua*, Barcelona, 1973.  
 R. J. A. Talbert, *Atlas of classical History*, London, 1985.  
 R. Chevallier, *Dictionnaire de la littérature latine*, París, 1986.  
 Daremberg-Saglio, *Dictionnaire des Antiquités grecques et romaines*, París, 1919, 5 vols.  
 I. Errandonea, *Diccionario del mundo clásico*, Barcelona, 1954, 2 vols.  
 J. C. Fredouille, *Dictionnaire de la civilisation romaine*, París, 1968.  
 A. Rich-M. Chérueil, *Dictionnaire des antiquités romaines et grecques*, París, 1816.  
 C. Lessing, *Scriptorum Historiae Augustae Lexicon*, Hildesheim, 1964.  
 A. Pelletier, *Lexique d'antiquités romaines*, París, 1972.

b) *Estudios específicos de la Historia Augusta:*

Para evitar la prolijidad que supone dar una amplia lista de autores con sus respectivos títulos, remitimos a los numerosos artículos y estudios utilizados, citados en la Introducción, de los que se da cuenta en las notas correspondientes de pie de página, pues ellos contienen abundante material bibliográfico; a las ediciones de Hohl y Magie; al repertorio bibliográfico de J. Marouzeau, *L'Année philologique*, bajo los epígrafes *Historia Augusta* o de los diversos autores de ella; pero sobre todo a los volúmenes titulados *Bonner-Historia-Augusta-Colloquia* de los coloquios correspondientes a los años 1962, 1963, 1964/5, 1966/7, 1968/9, 1970/1, 1972/4, 1975/6, 1977/8, 1979/81, dedicados exclusivamente al estudio de la Historia Augusta y publicados en esa ciudad. He aquí solamente una selección de las monografías más destacables aparecidas desde el año 1970:

- T. D. Barnes, *The Sources of the Historia Augusta*, Bruxelles, 1976.
- A. Belleza, *Prospettive del testo dell'Historia Augusta*, Brescia, 1979.
- H. W. Benario, *A commentary on the Vita Hadriani in the Historia Augusta*, California, 1980.
- A. Chastagnol, *Recherches sur l'Histoire Auguste*, Bonn, 1970.
- D. den Hengst, *The Prefaces in the Historia Augusta*, Amsterdam, 1981.
- K. P. Johné, *Untersuchungen zur Datierung und sozialen Herkunft der Historia Augusta*, Berlín, 1976.
- G. Keller, *Die Aussenpolitik in der Historia Augusta*, Bonn, 1970.
- B. Mouchová, *Untersuchungen über die Scriptorum Historiae Augustae*, Praha, 1975.
- P. Soverini, *Problemi di critica testuale nella Historia Augusta*, Bologna, 1981.
- R. Syme, *The Historia Augusta*, Bonn, 1971.  
*Emperors and biography. Studies in the Historia Augusta*, Oxford, 1971.

12. *Siglas de revistas y abreviaciones:**Siglas*

AAPal	<i>Atti dell'Accad. Letter. e arti di Palermo.</i>
AC	<i>L'Antiquité Classique.</i>
Antichtthon	<i>Journal of the Aust. Soc. for Class. Studies.</i>
Athenaeum	<i>Studi periodici di Letteratura e Storia.</i>
CIL	<i>Corpus Inscriptionum Latinarum.</i>
CQ	<i>Classical Quartely.</i>
DESSAU	<i>H. Dessau, Inscriptiones Latinae selectae.</i>
Eos	<i>Commentarii Societatis Philologicae Polonorum.</i>
Hermes	<i>Zeitschrift für Klassische Philologie.</i>
Historia	<i>Revue d'histoire ancienne.</i>
JRS	<i>The Journal of Roman Studies.</i>
Klio	<i>Beiträge zur alten Geschichte.</i>
Maia	<i>Rivista di Letteratura classiche.</i>
Meander	<i>Revue de civilisation du monde antique.</i>
Paideia	<i>Rivista letteraria de Information bibliographica.</i>
Pan	<i>Studi dell'Ist. Fil. Lat. Univ. di Palermo.</i>
PIR	<i>Prosopographia Imperii Romani.</i>
PLM	<i>Poetae Latini Minores (Barens).</i>
RE	<i>Real-Encyclopädie der Klassischen Altertumswissenschaft.</i>
RH	<i>Revue Historique.</i>

*Abreviaciones:*

Para las citas de las distintas vidas en la introducción y en las notas utilizamos las siguientes abreviaciones.

Adriano.	
Elio.	
Antonino	Antonino Pío.
Marco	Marco Antonino el Filósofo.
Vero.	
Avidio Casio.	
Cómodo	Cómodo Antonino.
Pértinax.	Helvio Pértinax



Didio Juliano.	
Severo.	
Pescenio Nigro.	
Clodio Albino.	
Caracalla	Antonino Caracalla.
Geta	Antonino Geta.
Macrino	Opilio Macrino.
Diadumeno	Antonino Diadumeno.
Heliogábalo	Antonino Heliogábalo.
Alejandro Severo.	
Maximinos	los dos Maximinos.
Gordianos	los tres Gordianos.
Máximo y Balbino.	
Valerianos	los dos Valerianos.
Galienos	los dos Galienos.
Treinta Usurpadores	los treinta Usurpadores.
Claudio.	
Aureliano.	
Tácito.	
Probo.	
Firmo	Firmo, Saturnino, Próculo y Bonoso.
Caro	Caro, Carino y Numeriano.

## II. Vidas

# 1. ADRIANO

(Elio Esparciano)

1 La familia más antigua del emperador Adriano era procedente de Piceno <sup>1</sup>; la más reciente, de Hispania, puesto que el propio Adriano relata en su autobiografía <sup>2</sup> que sus mayores habían nacido en Adria <sup>3</sup> y que posteriormente fijaron su residencia en Itálica <sup>4</sup> en tiempo de los Escipiones. Su padre fue Elio Adriano, llamado el Africano, primo hermano del emperador Trajano; su madre fue Domicia Paulina, natural de Cádiz; su hermana Paulina, casada con Serviano; su esposa, Sabina, y su abuelo, Marilino, el primero que en su familia fue senador del pueblo romano. 2

Adriano nació en Roma, el 3 de las calendas <sup>5</sup> de febrero (el 24 de enero), durante el séptimo consulado de Vespasiano y el quinto de Tito. Al quedar huérfano de padre a los diez años de edad, contó con dos tutores, su primo hermano Ulpio Trajano, 3 4

---

<sup>1</sup> Región de Italia situada en la costa oriental del Adriático.

<sup>2</sup> A esta biografía alude también Esparciano en el c. 16. Debía ser una autojustificación.

<sup>3</sup> Ciudad de Italia, situada al este de la vía Popilia, entre Rávena y Padua.

<sup>4</sup> Ciudad de la Bética, en *Hispania*, fundada por Escipión Africano.

<sup>5</sup> De esta palabra (*Kalendae*) deriva el término calendario. Las calendas eran una de las tres fechas que se tomaban como referencia para determinar el día exacto al que se aludía. Eran el 1 del mes. Las nonas (*Nonae*) eran el 5 o el 7, y los idus (*Idus*), el 13 o el 15 (distribuidas así: 7 y 13: marzo, mayo, julio y octubre; 5 y 15: los restantes meses).

entonces ex pretor y que después asumió el imperio, y el caballero <sup>6</sup> romano Celio Atiano. Tras haberse entregado con gran celo a los estudios griegos a los que le inclinaba su temperamento de tal manera que algunos le llamaban «Griegecillo», regresó a su patria a los quince años de edad e inició inmediatamente el servicio militar, entregándose a la caza con pasión hasta merecer censura por ello. Por este motivo Trajano le sacó de su patria y le tomó por hijo, y no mucho después le nombró decenviro <sup>7</sup> para velar por la libertad y la ciudadanía y, a continuación, tribuno <sup>8</sup> de la segunda legión, la Auxiliadora. Después de esto, fue trasladado a la Mesia inferior cuando ya el gobierno de Domiciano tocaba a su fin. Se dice que allí supo por boca de cierto matemático <sup>9</sup> sobre su futuro gobierno lo mismo que ya sabía por la predicción de su tío paterno, el gran Elio Adriano, que estaba versado en la ciencia de la astrología. Después de haber sido enviado a felicitar al ejército tras la adopción de Trajano por Nerva, fue trasladado a la Germania superior. Partiendo desde allí presuroso a visitar a Trajano con el fin de anunciarle el primero la muerte de Nerva, Serviano, el esposo de su hermana (quien suscitó contra él el odio de Trajano delatando sus gastos y sus deudas) le entretuvo y retuvo

<sup>6</sup> Es decir, miembro del orden ecuestre, frente al senador que lo era del senado. Para pertenecer a él se exigió poseer un censo determinado (400.000 sesteracios en el siglo I a. de C.). En el imperio, el orden ecuestre constituyó la cantera de funcionarios y administradores imperiales.

<sup>7</sup> Miembro de la comisión de los *decemviri stlitibus indicandis*, que poseyeron distintas funciones a lo largo de la historia, entre otras, atender las reclamaciones de libertad.

<sup>8</sup> Uno de los seis comandantes de la legión que ejercían su autoridad bajo el *legatus legionis*. Eran elegidos por el emperador entre los hijos de senadores o caballeros.

<sup>9</sup> Este término (*mathematicus*) designaba en latín a la persona que se dedicaba a las matemáticas, pero también a los astrólogos, como en este caso, por servirse de las matemáticas para hacer sus adivinaciones.

durante mucho tiempo rompiendo a propósito su carruaje, pero él se adelantó al emisario <sup>10</sup> del propio Serviano haciendo el viaje a pie. Gozó del amor de Trajano pero, a pesar de ello, sufrió una maquinación por obra de los pedagogos de unos muchachos a los que Trajano amaba con pasión, con el apoyo de Galo <sup>11</sup>. Por aquel tiempo, por cierto, cuando consultaba las suertes virgilianas <sup>12</sup> por hallarse inquieto ante el juicio que el emperador tenía sobre él, le salió la siguiente profecía que, según la versión de otros escritores, le sobrevino de unos versos sibilinos <sup>13</sup>:

«¿quién es aquél que allá lejos, coronado con  
 [ramas de oliva,  
 lleva las ofrendas sagradas? Reconozco los  
 [cabellos y la barba blanca  
 del rey de Roma, que cimentará por primera  
 [vez una ciudad con leyes  
 y que, desde su humilde Cures y su pobre  
 [tierra,  
 será enviado a regir un gran imperio, al cual  
 [sucederá después...» <sup>14</sup>

Por otra parte, tuvo la premonición de que llegaría después a ser emperador, gracias a una respuesta procedente del templo de Júpiter Nicéforo <sup>15</sup>, que el filósofo platónico Apolonio Siro había

<sup>10</sup> En latín, *beneficiarius*, soldado que no prestaba servicio activo, sino como asistente a los jefes y oficiales.

<sup>11</sup> Pasaje corrompido. Sigo la lectura de P. Soverini, *Problemi*, p. 30.

<sup>12</sup> Las *sortes uergilianae* eran las primeras palabras que se leían al abrir un libro de Virgilio y que se interpretaban como si se tratara de un oráculo. Estas consultas eran muy frecuentes, cf. *Clodio Albino*, 5, 4. *Alejandro Severo*, 4, 6; 16, 5; *Claudio*, 10, 4 ss.

<sup>13</sup> Llamados así porque se encontraban en los *libri Sibyllini* que, según la tradición, redactó la Sibila en Cumas y que el rey Tarquinio encargó custodiar a los *duumviri sacris faciundis*.

<sup>14</sup> Cf. Virgilio, *Eneida*, VI, 808 - 812. Alusión a Numa Pompilio y los primeros pobladores de Roma.

<sup>15</sup> Tal vez en Pérgamo.

incluido en sus libros. Finalmente, gracias al apoyo 10  
de Sura <sup>16</sup>, volvió enseguida a lograr una amistad  
más plena con Trajano, al aceptar como esposa a la  
nieta de la hermana del emperador, matrimonio que  
favorecía Plotina pero que Trajano apenas deseaba,  
según cuenta Mario Máximo <sup>17</sup>.

- 3 Ejerció la cuestura siendo cónsules Trajano, por  
tercera vez, y Articuleyo y, habiendo provocado la  
risa durante el ejercicio de esta magistratura al leer  
en el senado un discurso del emperador con una  
pronunciación muy ruda, dedicó su esfuerzo hasta  
llegar al más profundo conocimiento y elocuencia  
del latín. Después de su cuestura, se encargó de las 2  
actas del senado <sup>18</sup> y acompañó a Trajano a la  
guerra dácica, manteniendo una relación muy amis-  
tosa con él; puesto que, como él mismo afirma, lle- 3  
gó incluso a darse al vino para mostrarse compla-  
ciente con las costumbres de Trajano, y que por  
esto se vio recompensado por él con gran liberali-  
dad. Durante el segundo consulado de Cándido y 4  
de Cuadrato fue nombrado tribuno de la plebe <sup>19</sup>,  
y en el transcurso de su magistratura, según confe- 5  
sión suya, se le vaticinó la perpetuidad del poder  
tribunicio porque perdió la pénula <sup>20</sup> que solían uti-  
lizar en tiempo lluvioso los tribunos de la plebe,  
nunca los emperadores. Y ésta es la razón por la

<sup>16</sup> L. Licinio Sura, cónsul por primera vez en 107.

<sup>17</sup> Autor de las biografías de los emperadores que ocuparon el trono desde Nerva a Heliogábalo.

<sup>18</sup> Como *curator ab actis senatus* o *actorum senatus*. Su función era redactar los decretos que emitía el senado y las relaciones que se presentaban en él.

<sup>19</sup> Creación original de Roma que surgió en el 491 a. de C. para representar y defender a la plebe. El tribuno de la plebe ejerció sus funciones sin tener que manifestar sus motivos, y eran dos: *el auxilium*, socorro al ciudadano, y la *intercessio*, o veto previo de una ley.

<sup>20</sup> La pénula (*paenula*) era un abrigo apropiado para resguardarse del frío y de la lluvia. Tenía forma de capuchón y se colocaba pasando la cabeza por una abertura central, sin necesidad de broches o hebillas.

que todavía hoy los ciudadanos romanos ven a los emperadores sin esta prenda.

En la segunda expedición contra los dacios, Trajano le puso al frente de la primera legión Minervia y se lo llevó consigo. Por cierto, en aquella ocasión se hicieron célebres muchas de sus acciones. Por eso, al galardonarle Trajano con una piedra preciosa de diamante que había recibido de Nerva, le hizo concebir la esperanza de que llegaría a ser su sucesor<sup>21</sup>. Fue nombrado pretor durante el segundo consulado de Suburano y Serviano y, con tal motivo, Trajano le dio dos millones de sestericios<sup>22</sup> para la celebración de los juegos. Destinado después en calidad de legado pretoriano<sup>23</sup> a Panonia inferior, rechazó a los sármatas, mantuvo en el ejército la disciplina militar y reprimió a los procuradores<sup>24</sup> que se extralimitaban excesivamente en sus atribuciones. Por ello fue nombrado cónsul. Durante el ejercicio de esta magistratura, se enteró por mediación de Sura de que Trajano tenía el propósito de adoptarle y, a partir de aquel momento, los amigos del emperador dejaron de menospreciarle y darle de lado. A la muerte de Sura, se incrementó la confianza de Trajano hacia su persona, sobre todo por los discursos que compuso por el emperador.

<sup>21</sup> Esta costumbre se remonta a Augusto quien, según Dión Casio LIII, 30, dio su anillo a Agripa indicando que sería su sucesor.

<sup>22</sup> El sestercio era una moneda romana equivalente a dos ases y medio (*Il et semis*, de donde luego se escribió en abreviaturas *HS*) o a un cuarto de un denario.

<sup>23</sup> Delegado del emperador que recibía generalmente el nombre de *legatus pro praetore*. En este caso, dado que Adriano desempeñó anteriormente el cargo de pretor, se le llama *legatus praetorius*, «legado pretoriano o expretor».

<sup>24</sup> Se trata de los encargados de recaudar los tributos en las provincias para enviarlos al fisco del emperador (cf. n. 75). El término *procurator*, por lo demás, es general pues se aplica a múltiples funciones, de ahí los títulos *procurator a bibliothecis*, *ab epistulis*, *a libellis*, etc.

4 Se valió también del favor de Plotina <sup>25</sup>, por cuya  
 influencia fue nombrado legado cuando se realizó  
 la campaña contra los partos. Por cierto, por aquel 2  
 tiempo, Adriano mantenía amistad con los senado-  
 res Sosio Papiro y Platorio Nepote <sup>26</sup> y con los ca-  
 balleros Atiano, que había sido antaño tutor suyo,  
 Liviano y Turbón <sup>27</sup>. Recibió la promesa de su 3  
 adopción cuando Palma y Celso <sup>28</sup>, que habían sido  
 siempre enemigos suyos y a quienes él mismo per-  
 siguió después, se hicieron sospechosos de aspirar  
 al trono. Después de que fue nombrado cónsul por 4  
 segunda vez con el apoyo de Plotina, adquirió la  
 certeza absoluta de su adopción. Numerosos rumo- 5  
 res aseguraron que había seducido a los libertos del  
 emperador, que se había mostrado solícito con sus  
 favoritos y que les había hecho frecuentes visitas  
 por aquella época en la que gozaba de mayor inti-  
 midad en Palacio <sup>28 bis</sup>. Recibió la carta de su adop- 6  
 ción el día quinto de los idus de agosto (el 9 de  
 agosto), cuando se encontraba como legado en Si-  
 ria y ordenó que se celebrara siempre en dicho día  
 el aniversario de aquel acontecimiento. Le anuncia- 7  
 ron la muerte de Trajano el día tercero de los idus  
 del mismo mes (el 11 de agosto), fecha en la que  
 decretó que debía celebrarse el aniversario de su ac-  
 ceso al poder.

<sup>25</sup> Cf. 2, 10.

<sup>26</sup> Platorio Nepote, personaje muy influyente bajo el reinado de Trajano. Cónsul con Adriano en el 119. Después cayó en su enemistad, cf. 15, 2 y 23, 4.

<sup>27</sup> T. Claudio Liviano fue prefecto de la guardia bajo Trajano (Dion Casio LXIX, 9). Sobre Q. Marcio Turbón, cf. 5 a 7 y 9,4.

<sup>28</sup> A. Cornelio Palma y L. Publilio Celso tuvieron gran prestigio con Trajano. Acusados de conspirar junto con Nigrino y Lusio Quieto, fueron ejecutados, cf. 7. La noticia está documentada también en una inscripción: C.I.L., III, 550 = Dessau, 308: *comes expeditionis Daciae, donis militaribus ab eo (Traiano) donatus bis*.

<sup>28 bis</sup> G. Scarpit (PAIDEIA, 36, 1981, 38) critica la lectura popular *polluisse* propuesta por Soverini (MAIA, 32, 1980, 187-189). Según él, hay que mantener *saepe isse* y corregir *eosdemque* en *eiisdemque*.



Ciertamente, corrieron frecuentes rumores de 8  
 que Trajano había decidido nombrar como sucesor  
 suyo a Neracio Prisco <sup>29</sup>, no a Adriano, y que sus  
 amigos estaban de acuerdo con su designación, has-  
 ta tal punto que le dijo a Prisco en cierta ocasión:  
 «Te confío las provincias, si me ocurre alguna fa-  
 talidad.» También muchos dicen que Trajano de- 9  
 seó morir sin nombrar un sucesor fijo, como Ale-  
 jandro de Macedonia; y otros muchos aseguran que  
 tuvo la intención de enviar un discurso al senado  
 para pedirle que, si le ocurría algo, nombrara un  
 príncipe para la República Romana, adjuntando so-  
 lamente los nombres de algunos candidatos para  
 que el senado eligiera al mejor de entre ellos. Y no 10  
 faltaron quienes propalaron que, por un ardid de  
 Plotina, cuando había muerto ya Trajano, Adriano  
 había sido llamado para recibir la adopción por un  
 individuo que se hallaba escondido y que hablaba  
 en lugar del emperador.

5 Tan pronto como consiguió el poder, se atuvo a  
 las costumbres tradicionales y aumentó su esfuer-  
 zo por mantener la paz en todo el orbe de la tierra. 2  
 Porque, coincidiendo con la sublevación de aque-  
 llas naciones a las que Trajano había subyugado,  
 los moros frecuentaban los ataques, los sármatas in-  
 citaban a la lucha, a los britanos no era posible man-  
 tenerlos sometidos bajo el dominio de Roma, Egip-  
 to se veía apremiado por distintas sediciones y, fi-  
 nalmente, Libia y Palestina dejaban entrever sus in-  
 tenciones hostiles. Por este motivo, Adriano aban- 3  
 donó todas las regiones que poseía Roma más allá  
 del Tigris y del Eúfrates imitando, según él, a Ca-  
 tón, quien declaró libres a los habitantes de Mace-  
 donia dada la imposibilidad de mantener su protec-  
 ción. Al ver que Partamasiris, al que Trajano había 4

<sup>29</sup> L. Neracio Prisco, gran jurista y miembro del consejo imperial de Trajano y consejero también de Adriano, junto con Juvencio Celso, Salvio Juliano y otros: cf. 18.

hecho rey de los partos, no tenía demasiado prestigio entre éstos, le nombró rey de los pueblos de al lado.

Por otra parte, mostró tanta inclinación a la clemencia que, a pesar de que Atiano le aconsejó en los primeros días de su reinado mediante una carta que diera muerte a Bebio Macro <sup>30</sup>, prefecto de la Ciudad <sup>31</sup>, en caso de que se opusiera a su gobierno, a Laberio Máximo <sup>32</sup> que se hallaba desterrado en una isla, pues se había hecho sospechoso de conspirar al trono, y a Frugo Craso <sup>33</sup>, a ninguno causó daño; sin embargo, más tarde y sin orden suya, el procurador asesinó a este último cuando ya había salido de la isla, bajo el pretexto de que tramaba una conjura. Distribuyó entre los soldados una gratificación doble de la normal para celebrar la inauguración de su reinado. Separó a Lusio Quieto <sup>34</sup> del mando de los pueblos mauritanos, que entonces estaban bajo su poder, porque se había hecho sospechoso de aspirar al trono, encargando a Marcio Turbón que reprimiera el tumulto de Mauritania tras apaciguar a los judíos. Tomadas estas medidas, partió para Antioquía con el fin de inspeccionar los restos mortales de Trajano que trasladaban Taciano, Plotina y Matidia. Después de haberse hecho cargo de ellos y de remitirlos por mar a Roma, regresó a Antioquía y, tras poner al frente

<sup>30</sup> Bebio Macro fue un amigo de Plinio el Joven, cf. Plinio, *Epist.*, III, 5.

<sup>31</sup> El prefecto de la Ciudad tenía por misión, durante el imperio, asegurar la tranquilidad en Roma y en un radio de acción de 100 millas. Estaba al frente de las cohortes urbanas y tenía jurisdicción criminal sobre Roma y su región. Era elegido entre senadores y consulares.

<sup>32</sup> M. Laberio Máximo cónsul por segunda vez en 103. No se sabe nada sobre los proyectos a que alude Esparciano.

<sup>33</sup> C. Calpurnio Craso conspiró contra Nerva por lo que fue desterrado a Taranto. Sobre su conspiración contra Adriano cf. Dion Casio, LXVIII, 3 y 16.

<sup>34</sup> Lusio Quieto. Fue acusado de conspirar contra Adriano y por ello condenado a muerte, cf. 7.

de Siria a Catilio Severo <sup>35</sup>, se volvió a Roma atravesando el Ilírico.

- 6 Adriano pidió honores divinos para Trajano mediante una carta refinadísima que entregó al senado y logró su concesión, con el beneplácito general, hasta tal punto que la asamblea decretó espontáneamente en favor de Trajano otros muchos honores que aquél no había pedido. En otra carta que escribió al senado pidió excusa por no haber permitido que la asamblea decidiera sobre su ascensión al imperio pues, como era evidente, había sido aclamado emperador por los soldados con gran celeridad, porque la república no podía permanecer sin él. Al concederle el senado el triunfo que se debía a Trajano, rehusó personalmente dicho honor e hizo transportar la imagen de Trajano en el carro triunfal, con la intención de que un emperador tan extraordinario no se viera privado, ni siquiera después de muerto, del honor del triunfo. Aplazó la aceptación del título de Padre de la patria que le ofrecieron nada más asumir el poder y por segunda vez algo después, argumentando que Augusto se había hecho acreedor de este nombre tarde. Devolvió a Italia el oro coronario <sup>36</sup> y rebajó este impuesto en las provincias, pero solamente después de que le dieron cuenta al detalle y con escurpulosidad de las dificultades por las que atravesaba el tesoro.

7 Cuando se enteró poco después de la sublevación de los sármatas y roxolanos, se dirigió a Mesia, enviando por delante a su ejército. Puso al frente de Panonia y de Dacia provisionalmente a Mar-

<sup>35</sup> L. Catilio Severo fue cónsul por segunda vez en el 120 y prefecto de la Ciudad en el 138 cf. 24, 6-8. Era bisabuelo de Marco Aurelio, cf. Marco, 1, 4.

<sup>36</sup> Se llamaba así el oro destinado a las coronas que ofrecían las ciudades aliadas de Roma a los grandes vencedores y que luego solían ostentarse en el carro del triunfo. Al principio la aportación era voluntaria. Luego se hizo forzosa.

cio Turbón, una vez que dejó la administración de Mauritania, galardonándole con las insignias de la prefectura. Concertó la paz con el rey de los roxolanos, que se quejaba de la disminución de los tributos, pero después de que se informó adecuadamente del tema. 8

7 Adriano se vio libre de las asechanzas que Nigrino <sup>37</sup>, con la complicidad de Lusio y de otros muchos, había tramado contra él, para llevarlas a cabo cuando ofrecía un sacrificio, a pesar de que le había designado como sucesor. Por lo cual, Palma fue asesinado en Tarracina, Celso en Bayas, Nigrino en Faenza y Lusio en el transcurso de un viaje, de acuerdo con las consignas del senado, pero contra la voluntad de Adriano. En consecuencia, para refutar enseguida el amarguísimo concepto que corría sobre su proceder, puesto que había permitido que se diera la muerte simultáneamente a cuatro consulares <sup>38</sup>, regresó a Roma después de haber confiado a Turbón la Dacia, honrándole con el título de prefecto de Egipto <sup>39</sup>, para que gozara de mayor autoridad; y, para reprimir los rumores que corrían en torno a su persona, mandó que se distribuyera al pueblo ante su vista un doble congario <sup>40</sup>, aparte de los tres áureos <sup>41</sup> por persona que habían sido repartidos ya durante su ausencia. Tras justificar también en el senado sus actuaciones anteriores, juró que nunca castigaría a ningún sena- 4

<sup>37</sup> Posiblemente, C. Avidio Nigrino al que menciona Plinio: cf. *Epist.*, LXV y LXVI.

<sup>38</sup> Se llamaban así durante la república las personas que habían ejercido el consulado. En el imperio, sin embargo, el emperador podía nombrar consulares a quienes no habían sido cónsules, con los mismos privilegios ostentados por los antiguos cónsules.

<sup>39</sup> Gobernador de la provincia de Egipto, donde dirigía la administración, mandaba al ejército y hacía justicia.

<sup>40</sup> Distribución al pueblo de víveres, vestidos y otros donativos. Deriva de *congius*, medida de líquido equivalente a 3,283 litros. Cf. n. 104.

<sup>41</sup> Moneda de oro de 100 sestercios o de 25 denarios.

dor sin contar con la resolución de la asamblea. Ins- 5  
 tituyó enseguida un servicio de correo a cargo del  
 fisco <sup>42</sup>, para que los magistrados no se vieran oprimidos por esta carga. No omitiendo ninguna oportu- 6  
 nidad para ganarse el favor popular, perdonó a  
 los deudores privados de la Ciudad y de Italia las  
 incalculables sumas de dinero que debían al fisco y  
 a las provincias también las inmensas cantidades  
 que adeudaban, una vez que fueron quemados en  
 el foro del divino Trajano los pagarés, para confe- 7  
 rirlos a todos mayor seguridad. Prohibió que in-  
 gresaran los bienes de los condenados en su tesoro  
 privado, habiendo sido depositados en su totalidad  
 en el del Estado. Aumentó la cuantía de la dona- 8  
 ción a los niños y niñas a los que Trajano había re-  
 partido ya alimentos <sup>43</sup>. A los senadores que se ha- 9  
 bían arruinado sin culpa propia les completó los  
 bienes patrimoniales de su censo senatorial <sup>44</sup> en  
 consonancia con el número de hijos, de tal modo  
 que a la mayor parte de ellos les proporcionó, en la  
 fecha señalada y sin dilación alguna, la ración que  
 necesitaban para su sustento. Para que pudieran 10  
 ejercer sus cargos, se mostró extremadamente libe-  
 ral en sus donativos no sólo con sus amigos, sino  
 también con otros muchos, sin distinción alguna. 11  
 Ayudó con sus dispendios a algunas mujeres para  
 que pudieran mantener su plan de vida. Ofreció 12  
 combates gladiatorios durante seis días consecuti-  
 vos y exhibió mil animales salvajes en el día de su  
 cumpleaños.

<sup>42</sup> Augusto estableció, a costa de las ciudades de tránsito, un *cursus publicus*, o sea unos cursores o *tabellarii* que llevaban las cartas oficiales haciendo paradas en distintas mansiones (*stationes*) y utilizando ordinariamente el caballo como medio de locomoción. Adriano trasladó los costos de este servicio al fisco, o tesoro particular del príncipe. Para este concepto, cf. n. 75.

<sup>43</sup> Recibía el nombre de alimentos (*alimenta*) las cantidades de dinero que pagaba el poder imperial para alimentar a los niños pobres.

<sup>44</sup> La cantidad precisa para el censo senatorial era de 1.000.000 de sestercios, frente a los 400.000 del censo ecuestre cf. n. 6.

8 Asoció a la intimidad de la majestad imperial a  
 los miembros más distinguidos del senado. Despre- 2  
 ció los juegos circenses decretados en su honor, a  
 excepción de los conmemorativos de su natalicio <sup>45</sup>. 3  
 Aseguró frecuentemente en las asambleas del pue-  
 blo y en el senado que gobernaría la república,  
 consciente de que era un bien del pueblo, no de su  
 propiedad. Nombró a muchos ciudadanos cónsu- 4  
 les por tercera vez, porque él también había osten-  
 tado este cargo tres veces; sin embargo, encumbró  
 a un número incontable de ellos con el honor de  
 un segundo consulado. Y, por lo que respecta a su 5  
 tercer consulado, lo desempeñó sólo durante cua-  
 tro meses y administró justicia con mucha frecuen-  
 cia durante su ejercicio. Asistió siempre a las sesio- 6  
 nes reglamentarias del senado, cuando se encontra-  
 ba en Roma o en sus cercanías. Elevó la dignidad 7  
 del senado a tal altura restringiendo los nombra-  
 mientos de los senadores que, cuando nombró se-  
 nador a Atiano revistiéndole con los ornamentos  
 consulares <sup>46</sup> tras dejar la prefectura del pretorio <sup>47</sup>,  
 manifestó que no disponía de ningún título más  
 honroso que ofrecerle. No permitió que los caballe- 8  
 ros romanos actuaran como jueces en los procesos  
 que afectaban a los senadores, ni cuando él se ha-  
 llaba presente ni cuando estaba ausente. En efecto, 9  
 por aquel entonces era costumbre que, cuando el

<sup>45</sup> La celebración del aniversario del nacimiento del emperador está atestiguada desde Augusto, cf. Suetonio, *Aug.*, 57,1. Además de juegos circenses, como en esta ocasión, se decretaban otros espectáculos, cf. *Pertinax*, 15, 5, *Antonino*, 5, 2.

<sup>46</sup> Estos ornamentos eran los lictores, los fasces y la segur, la banda de púrpura o *laticlauius*, la toga blanca o *praetexta* y los borceguíes rojos *calcei patricii*.

<sup>47</sup> Jefatura de la guardia imperial o cohortes pretorias. La desempeñaban dos prefectos elegidos por el emperador entre los caballeros, que fueron adquiriendo cada vez más poderes y más importantes: mando de las tropas estacionadas en Roma e Italia, participación en el consejo del príncipe (*consilium principis*) y asunción de la presidencia en los procesos, que se celebraban ante el emperador, si éste se hallaba ausente.

príncipe revisaba determinados procesos, llamara a consejo <sup>48</sup> a senadores y caballeros romanos y dictara sentencia ateniéndose a la opinión de ambos estamentos. En fin, despreció a los príncipes que tuvieron menos consideraciones con los senadores. A su cuñado Serviano, con el que mostró tanta deferencia que corría siempre a su encuentro cuando venía de su dormitorio, sin que mediara una petición o una súplica suya, le concedió por tercera vez el consulado, no asumiendo él esta magistratura como colega suyo, para no emitir su opinión en segundo lugar, dado que Serviano había sido ya dos veces cónsul antes que él.

9 Entre tanto, abandonó muchas provincias adquiridas por Trajano y destruyó, contra los deseos generales, el teatro que éste había construido en el Campo de Marte. Y, ciertamente, estas medidas de gobierno parecían mucho más siniestras porque Adriano fingía que Trajano le había dado órdenes en secreto para que realizara todo aquello que considerara molesto para el pueblo. Decidió dar muerte a Atiano su actual prefecto y en otro tiempo tutor suyo, porque no podía soportar su influencia política; pero se retractó inmediatamente porque se veía asediado por el odio que había provocado el asesinato de cuatro consulares, cuya muerte, por cierto, él atribuía a los designios de Atiano. Como no podía darle un sucesor, porque él no lo pedía, se las ingenió para que lo pidiera y, tan pronto como presentó su petición, transfirió la dignidad pretorial a Turbón <sup>49</sup>. Por entonces también nombró a Septicio Claro <sup>50</sup> sucesor de Símile,

<sup>48</sup> Los consejeros del emperador comienzan a utilizarse desde Augusto, pero sólo se constituyen con carácter oficial bajo Adriano.

<sup>49</sup> Cf. n. 27.

<sup>50</sup> Cayo Septicio Claro fue amigo de Suetonio, quien le dedicó las «Vidas de los XII Césares». Septicio, Símile, y el propio Suetonio serían destituidos de sus cargos al mismo tiempo, cf. *Adriano* 11, 3.

el otro prefecto. Después de alejar de la prefectura a estos dos hombres a los que debía el poder, se dirigió a Campania y ayudó a todas sus ciudades con beneficios y largezas, incluyendo entre sus amistades a los mejores ciudadanos. En Roma, en cambio, honró con su presencia las ceremonias con que los pretores y los cónsules inauguraban sus cargos, asistió a los convites que ofrecían sus amigos, visitó dos y tres veces al día a los enfermos, incluso a algunos caballeros y libertos, los restableció con sus consuelos, los animó con sus consejos y los invitó en todo tiempo a sus festines. En definitiva, actuó en todo como un simple particular. Tributo honores extraordinarios a su suegra mediante la celebración de juegos gladiatorios y con otros homenajes.

10 Después de esto, se dirigió a la Galia y ayudó a todas las ciudades con distintas liberalidades. Desde allí se trasladó a Germania y, aunque prefería la paz a la guerra, entrenó a los soldados, como si la guerra fuera inmediata, instruyéndoles con pruebas de resistencia, dándoles ejemplo de vida militar incluso con su presencia entre los pelotones y comiendo con placer el rancho castrense delante de todos, es decir, tocino, queso y agua mezclada con vinagre, a imitación de Escipión Emiliano <sup>51</sup>, de Metelo <sup>52</sup> y de su protector Trajano, remunerando a muchos con premios y a algunos con cargos, para que pudieran soportar sus órdenes que resultaban muy severas. Fue él efectivamente quien, después de César Octaviano, mantuvo la disciplina que se estaba relajando por la despreocupación de los príncipes que le precedieron. Reguló los servicios y los gastos y no toleró jamás que nadie se ausen-

<sup>51</sup> Es decir, P. Cornelio Escipión Emiliano (184-128 a. de C.). Tomó y destruyó Cartago el 146 y en 133 reprimió la revuelta de Numancia, lo que le valió el título de *Africanus Numantinus*.

<sup>52</sup> Cecilio Metelo Numídico, que luchó contra Yugurta en 109-107, cf. Salustio, *Yug.*, 43-80.



tara del campamento sin causa justificada, no siendo la simpatía de los soldados, sino la justicia la que determinaba la recomendación de los tribunos. Y animaba a los demás también con el ejemplo de su virtud, ya que hacía marchas armado por espacio de veinte mil pasos, hacía demoler los suntuosos comedores de los cuarteles, los pórticos, las grutas artificiales y los jardines<sup>53</sup>, vestía con frecuencia una indumentaria muy sencilla, empuñaba un tahalí desprovisto de oro, prendía su sayo con una fibula sin piedras preciosas y llevaba envainada una espada que sólo tenía la empuñadura de marfil; visitaba a los soldados enfermos en sus alojamientos, escogía el lugar para emplazar el campamento, no daba el bastón de mando de centurión a nadie que no fuera fuerte y que no tuviera buena fama, ni nombraba tribunos más que a los que tenían la barba poblada o una edad tal que, por su prudencia y años, pudieran sobrellevar el peso del tribunado y no permitía que los tribunos aceptaran ningún presente de los soldados, hacía desaparecer todo tipo de refinamientos de todas las partes y, finalmente, reparaba el armamento de los soldados y renovaba su equipaje. Respecto a la edad de los soldados, él consideraba también que nadie debía servir en el ejército, contrariando las costumbres ancestrales, con menos años de los que el valor militar exigía, ni con más de los que permitía la condición humana, y procuraba siempre conocer a los soldados y saber su número.

- 11 Procuraba además inspeccionar minuciosamente los almacenes del ejército, examinando también los impuestos de las provincias sagazmente para poder

<sup>53</sup> Se trata de distintos lugares de esparcimiento. Eran famosos, sobre todo, estos dos últimos, los *cripta*, grutas o pasajes subterráneos y *topia*, jardines artificiales al aire libre, con los que los soldados intentaban paliar los rigores del sol. Traducimos por «suntuosos comedores» el término *triclinia*, estancias dedicadas a comedores, algunos de gran lujo y extensión, cf. U. E. Paoli, *Urbs*. pp. 78, 79, 94.

subsanar cualquier necesidad, si se echaba en falta algo en algún sitio. Con todo, se esforzaba más que ningún otro emperador por no comprar nunca ni conservar nada que fuera superfluo. Y así, después de haber cambiado la actitud de los soldados comportándose como un rey, se dirigió a Bretaña donde reprimió gran número de abusos, siendo el primero que construyó un muro de ochenta mil pasos de longitud, para que mantuviera separados a los bárbaros de los romanos <sup>54</sup>.

Sustituyó en sus cargos a Septicio Claro, prefecto del Pretorio, a Suetonio Tranquilo, jefe de la correspondencia <sup>55</sup> y a otros muchos, alegando que por aquella época se habían comportado con su esposa Sabina con mayor familiaridad en el trato de lo que exigía la etiqueta de la corte imperial y asegurando que, si hubiera sido un simple ciudadano, la habría repudiado por su actitud displicente y hurraña. Deseaba saber no sólo lo que ocurría en su palacio, sino también en la casa de sus amigos hasta tal extremo que se enteraba de todos los secretos por mediación de los «frumentarios» <sup>56</sup>, y sus amigos no se daban cuenta de que conocía su vida privada hasta que él mismo no se lo revelaba. Por ello, no resultará aburrido insertar la narración de un incidente que demuestra que él consiguió múltiples noticias sobre sus amigos. En efecto, en una ocasión en que a cierto individuo le había escrito su esposa reprochándole que no quisiera volver con ella porque se lo impedía su afición a los placeres y a los baños, y Adriano se había enterado de ello por

<sup>54</sup> La famosa muralla de Adriano de 100 km. que se extendía desde la desembocadura del Tyne hasta el golfo de Solway First.

<sup>55</sup> Cayo Suetonio Tranquilo (75-160 a. de C.), autor de las «Vidas de los XII Césares». Esparciano en lugar de llamarle *procurator ab epistulis*, le llama *magister epistolarum*, utilizando la terminología que se impuso después.

<sup>56</sup> *Los frumentarii* eran una especie de inspectores que utilizaban los emperadores como espías. Cf. *Macrino*, 12,4; *Claudio*, 17,1.

los «frumentarios», cuando aquél le pidió un permiso de viaje, Adriano le reprochó su afición referida. Entonces aquél le replicó: «¿Acaso mi esposa te ha escrito también a ti lo que a mí?» En realidad, 7  
 piensan que esta práctica constituyó su vicio más importante y añaden a él otras afirmaciones sobre su pasión por los muchachos y sus adulterios con mujeres casadas por las que se dice que Adriano anduvo inquieto, imputándole además que no fuera capaz de ser fiel a sus amigos.

- 12 Normalizada la situación en Bretaña, se trasladó a la Galia preocupado por una sedición que surgió en Alejandría a causa del buey Apis <sup>57</sup>. Su hallazgo, después de muchos años, dio origen a una refriega entre diversos pueblos, dado que todos competían con celo por ver en cuál de ellos debía ser entronizado. Por este tiempo hizo construir en Nimes en honor de Plotina una basílica de admirable arquitectura. Después se dirigió a Hispania e inver- 2  
 nó en Tarragona, donde restauró el templo de Augusto a sus expensas. Convocó a todos los colonos de Hispania a una asamblea en Tarragona y al ver 3  
 que los procedentes de Itálica rechazaban el alistamiento entre mofas, como textualmente afirma Mario Máximo, y que el resto de los colonos lo hacían con fuertes amenazas, actuó con prudencia y cautela. Por esta época, cuando paseaba en Tarragona por un bosquecillo, afrontó, no sin que se le 4  
 alabara por ello, un gravísimo peligro, pues (la atacó con violencia, y espada en mano, un siervo de su huésped. Lo retuvo y entregó luego a los criados que corrían hacia él; pero, cuando constató que 5  
 estaba loco, mandó que lo llevaran a los médicos para que lo curaran, sin dar él muestras de turbación alguna. Por estas fechas y en otras ocasiones, 6  
 en muchos lugares en los que servían de frontera

<sup>57</sup> Dios adorado por los egipcios bajo la forma de buey.

con los bárbaros no los ríos sino unos simples mojones, separó a los bárbaros clavando profundamente troncos enormes y entrelazándolos a modo de empalizada que sirviera de muro. Impuso un rey a los germanos, reprimió las revueltas de los mauritanos y consiguió suplicaciones<sup>58</sup> del senado. Por aquel tiempo la guerra con los partos no fue más que una intentona que Adriano reprimió mediante una entrevista.

- 13 Después de esto, se dirigió por mar a Acaya a través de Asia y de las islas y, siguiendo el ejemplo de Hércules y Filipo, se inició en los misterios Eleusinos<sup>59</sup>, otorgó muchos favores a los atenienses y ocupó un sitial actuando como presidente de los juegos. Y aseguran que en Acaya también se observó la costumbre de que ninguno de sus acompañantes entrara en los templos con armas, a pesar de que durante las celebraciones religiosas muchos de los asistentes solían llevar cuchillos. Después navegó hasta Sicilia, donde subió al monte Etna, para contemplar la salida del sol que, según dicen allí, aparece con varios colores a modo de arco iris. Desde allí vino a Roma y desde Roma se trasladó a África, asignando muchos privilegios a las provincias africanas. Difícilmente emperador alguno recorrió tantas tierras con tanta rapidez. Finalmente, después de volver a Roma tras haber permanecido en África, dirigiéndose inmediatamente a Oriente, hizo el viaje pasando por Atenas, donde inauguró las obras que había iniciado en esta ciudad, como el templo de Júpiter Olímpico y un altar erigido en su propio honor, y, de la misma manera, a lo largo del itinerario que hizo por Asia, consagró los tem-

<sup>58</sup> Las *supplicationes* eran plegarias y ceremonias de acción de gracias decretadas por el senado en honor de una o más divinidades. También las podía decretar el senado, como en este caso, para honrar a un general victorioso, en sustitución del triunfo, la oración, etc.

<sup>59</sup> Misterios relacionados con el culto a Demeter, diosa de la agricultura.

plos que habían recibido su nombre. Después accep- 7  
 to de los habitantes de Capadocia unos esclavos  
 destinados al servicio de los campamentos. Invitó 8  
 a la amistad a gobernadores y reyes, cursando tam-  
 bién dicha invitación a Osdroe, rey de los partos,  
 al que devolvió su hija que había sido hecha prisionera por Trajano, garantizándole la devolución de  
 la silla regia que igualmente le había sido arrebatada. Y, cuando acudieron a visitarle algunos reyes, 9  
 se portó con ellos de tal modo que los que no quisieron venir se arrepintieron de ello; y actuó así especialmente por Farasmanes <sup>60</sup>, que despreció orgullosamente su invitación. Ciertamente, cuando 10  
 hacía el recorrido por las provincias, castigó a los procuradores y gobernadores por sus faltas con tanta rigurosidad que se creía que era él quien por propia iniciativa sobornaba a los acusadores.

- 14 En el curso de estos viajes concibió tal odio contra los habitantes de Antioquía que decidió separar Siria de Fenicia para que no se llamara Antioquía la metrópoli de tantas ciudades. También por este tiempo los judíos se alzaron en guerra, porque se les prohibió la práctica de la circuncisión. En una ocasión en que estaba haciendo un sacrificio en el monte Casio, a donde había subido por la noche para contemplar la salida del sol, se desencadenó una tempestad y un rayo carbonizó a la víctima y al victimario. Tras recorrer Arabia, llegó a Pelusio, 4  
 donde construyó el túmulo de Pompeyo, al que dotó de gran suntuosidad. Perdió durante una travesía por el Nilo a su favorito Antinóo <sup>61</sup>, al que lloró como si fuera una mujer. Sobre lo cual corren 6  
 diversos rumores, pues unos autores dicen que él se había consagrado al servicio de Adriano otros,

<sup>60</sup> Rey de los iberos, que ocupaban parte del actual distrito de Transcaucasia.

<sup>61</sup> Joven hermoso, natural de Bitinia, cf. Dión Casio, LXIX, 11: Adriano fundó en su honor una ciudad llamada Antinoe o Antinópolis.

lo que hace presumir la belleza de Antinóo y la excesiva sensualidad de Adriano. Pero, como quiera que sea, los griegos le deificaron accediendo al deseo de Adriano, pues afirmaban que pronunciaba oráculos que, según dicen, había compuesto el mismo emperador. 7

Fue muy aficionado a la poesía y a la literatura, y muy experto en aritmética, geometría y pintura. Se jactaba de su habilidad para tocar la cítara y para cantar. Era inmoderado en sus deseos. Llegó incluso a componer muchos poemas en verso sobre las personas a las que amaba. 8 9

[Escribió poemas eróticos <sup>62</sup>]. Fue muy diestro en el manejo de las armas y muy entendido en el arte militar, e hizo también prácticas con las armas de los gladiadores. Fue, al mismo tiempo, severo y afable, serio y jocoso, irresoluto y presuntuoso, tacaño y generoso, doble y franco, cruel y clemente y, siempre y en todo, constante. 10 11

15 Enriqueció a sus amigos sin que ellos se lo pidieran realmente, no negándoles tampoco nada cuando se lo pedían. No obstante, también escuchó con complacencia las cosas que se rumoreaban sobre ellos y por esta razón los consideró como enemigos a casi todos, a los más amigos y a aquéllos a los que había elevado a los más altos cargos, como a Átiano, Nepote y Septicio Claro. En efecto, precipitó en la indignencia a Eudemón, anteriormente cómplice de su ascenso al trono; obligó a Polieno y a Marcelo a que se dieran una muerte voluntaria, zahirió a Heliodoro con libelos infamantes y permitió que Ticiano fuera acusado como culpable de un intento de usurpación y que por ello se le proscibiera. Persiguió encarnecidamente a Umidio Cuadrato, Catilio Severo y Turbón y obligó a morir al esposo de su hermana, Ser- 3 4 5 6 7 8

<sup>62</sup> Parece que se trata de una glosa al texto.

viáno, que tenía noventa años de edad, a fin de que no le sobreviviera. En fin, persiguió a libertos y a algunos soldados. Y, a pesar de que poseía mucha facilidad para redactar en prosa y en verso y de que tenía muchos conocimientos en todas las artes, no obstante, se rió, despreció y humilló a los profesores de todas ellas por creerse más entendido que ellos. Con frecuencia compitió con estos mismos profesores y filósofos, y por ambas partes publicaron libros y poemas en plan de réplica. Por cierto, un individuo llamado Favorino, habiéndose visto reprendido por Adriano por el uso que había hecho en cierta ocasión de un término y habiendo cedido a su crítica, ante los reproches de sus amigos que le censuraban su mal proceder por plegarse a la voluntad de Adriano respecto al uso de un término que ya habían empleado escritores afamados, suscitó grandes carcajadas entre todos los presentes, pues les dijo: «No me aconsejáis bien, amigos míos, puesto que no soportáis que yo considere más sabio que nadie a quien tiene bajo su mando a treinta legiones».

16 Adriano deseó tanto que su fama se hiciera célebre, que dio a algunos libertos suyos versados en las letras los libros que había escrito sobre su vida<sup>63</sup>, ordenándoles que los publicaran con sus firmas; por otra parte, también se dice que los libros de Flegonte son de Adriano. Escribió libros muy oscuros de contenido satírico imitando a Antímaco<sup>64</sup>. Al poeta Floro<sup>65</sup> que escribió este poema:

<sup>63</sup> Cf. I, 1.

<sup>64</sup> Antímaco de Colofón (?400 a. de C.), autor de un poema épico, la Tebaida, al que Adriano prefería a Homero, según Dión Casio, LXIX, 4.

<sup>65</sup> L. Aneo Floro, africano, profesor con grandes cualidades de síntesis demostradas en su *Epitome de gestis romanorum*, resumen del *Ab urbe condita* de Livio. Se conocen 30 versos de él incluidos en la Antología Palatina.

«Yo no quiero ser César,  
 caminar entre britanos,  
 ocultarme entre...,  
 soportar hielos de Escitia».

le contestó: 4

«Yo quiero ser Floro,  
 andar de taberna en taberna,  
 ocultarme por los tugurios,  
 soportar rechonchas chinchas».

Le gustaba además el estilo arcaico en la expresión. Declamó controversias. Prefería Catón<sup>66</sup> a Cicerón, Ennio<sup>67</sup> a Virgilio y Celio<sup>68</sup> a Salustio, y con igual jactancia emitía juicios sobre Homero y Platón. Se creyó tan entendido en astrología que el día uno de enero por la noche había escrito ya aquello que podría ocurrirle a lo largo del año y, de hecho, dejó escrito para el año en que murió lo que iba a realizar hasta la crítica hora en que murió. Pero, aunque era propenso a censurar a los músicos, a los autores trágicos y cómicos, a los gramáticos y a los retóricos y oradores, con todo, honró y enriqueció a todos los profesores, a pesar de que les acosaba constantemente con preguntas. Y, aunque él mismo era el culpable de que muchos se apartaran de su presencia apesandumbrados, afirmaba que le causaba mucha tristeza ver a alguien afligido. Trató con gran familiaridad a los filósofos Epicteto y Heliodoro y, para no citar a todos por su nombre, a los gramáticos, retóricos, músicos, geómetras, pintores y astrólogos, y por encima de los demás, según dicen, a Favorino. A los maestros

<sup>66</sup> Marco Porcio Catón (95-46), orador cuya característica más acusada es su austeridad de estilo.

<sup>67</sup> Ennio (239-169), famoso sobre todo por su poema épico titulado *Annales*.

<sup>68</sup> Lucio Celio Antípater, analista que escribió una historia sobre la segunda guerra púnica.



que parecían ineptos para ejercer su profesión los enriqueció y dio distintos honores, pero luego los destituyó.

- 17 A los que tuvo por enemigos mientras era un ciudadano particular los despreció siendo emperador hasta tal extremo, que a un enemigo capital de antaño le dijo cuando ya ocupaba el trono: «te has librado». Proporcionó siempre caballos, mulos, vestidos y todo el equipamiento necesario a los alistados por él personalmente a las armas. Envió frecuentemente a sus amigos, sin que lo esperaran, los regalos típicos de las Saturnales<sup>69</sup> y las Sigilarias<sup>70</sup> y los recibía también gustoso de ellos y, a su vez, les ofrecía otros. Para descubrir los fraudes de sus proveedores, cuando ofrecía banquetes en múltiples triclinios<sup>71</sup>, ordenaba que sirvieran manjares de otras mesas, incluso de las más alejadas. Superó a todos los reyes en sus dádivas. Se bañaba frecuentemente en público y mezclándose con todo el mundo. Por ello, se hizo célebre aquella broma de los baños: en una ocasión en que vio a un veterano al que había conocido en el ejército restregarse en la pared la espalda y el resto del cuerpo, le pregun-

<sup>69</sup> Las *Saturnalia* eran una fiestas que se celebraban en honor de Saturno para conmemorar su acogida en el Lacio por Jano, cuando aquél fue destronado por Júpiter. Comenzaban con un sacrificio en el templo de Saturno, celebrándose después banquetes públicos tras los que la gente gritaba ¡*Io Saturnalia!* ¡*Bona Saturnalia!* Los esclavos, sobre todo, se entregaban al regocijo, pues se recordaba la edad de oro en la que no existía la esclavitud. Se intercambiaban regalos de muchas clases, como en las Sigilarias, cf. *infra*.

<sup>70</sup> *Sigillaria*. Fiestas que se celebraban a continuación de las *Saturnalia*, llegándose a fundir con ellas, y en las que se repartían como obsequios estatuillas de arcilla (cf. *sigillae*), u otras figuras de cobre o bronce.

<sup>71</sup> El triclinio era un lecho de tres plazas en el que se podía comer recostado. Después de la república se fue reemplazando por un lecho de madera semicircular (cf. Marcial, XIV, 87; Apuleyo, *Metamorfosis*, V), dispuesto alrededor de una mesa redonda llamada *sigma*, al que alude el texto, nombre que recibía por una de las formas primitivas de la letra griega sigma, que se escribía con forma de C.

tó el motivo por el que se rascaba en el mármol y, cuando oyó que actuaba así porque no tenía esclavo, le regaló esclavos y dinero para que los mantuviera. En cambio, otro día, cuando una multitud de ancianos se restregaban en la pared con el fin de provocar su generosidad, ordenó que los hicieran acudir ante él y que luego se rascarán los unos a los otros mutuamente. Fue también amante de la plebe, pero muy jactancioso. Era tan aficionado a los viajes que quería aprender personalmente todo lo que había leído sobre los distintos lugares del mundo. Soportó fríos y tempestades con tanta paciencia que nunca se cubrió la cabeza. Se mostró extremadamente deferente con muchos reyes, en cambio, a un gran número de ellos llegó a comprarles la paz, se vio despreciado por algunos, y a muchos hizo extraordinarios regalos, pero a ninguno más espléndidos que al rey de los iberos<sup>72</sup>, al que envió un elefante y una cohorte de cincuenta soldados, además de otros magníficos presentes. Habiendo recibido de Farasmanes también como donación personal ricos regalos, y entre ellos unas clámides<sup>73</sup> de oro, Adriano envió a luchar a la arena a 300 reos vestidos con clámides de oro para reirse de tales regalos.

- 18 Cuando administraba justicia, mantenía en el tribunal no sólo a sus amigos o a los miembros de su séquito, sino también a jurisperitos, principalmente a Juvencio Celso, Salvio Juliano, Neracio Prisco, y otros, a condición de que su elección la hubiera realizado la totalidad de los senadores. Entre otras disposiciones, estableció que no se destruyera ninguna casa en ninguna ciudad con el propósito de transportar a otras ciudades sus materiales

<sup>72</sup> Farasmanes, cf. 13, 9.

<sup>73</sup> Manto cuadrado o rectangular echado sobre la espalda y prendido mediante un broche. Procedía de Tesalia donde se llamaba *chlamys*. (Λχαμύς).

de construcción, aunque fueran de poco valor. 3  
 Concedió la duodécima parte de los bienes de sus 4  
 padres a los hijos de los proscritos. No admitió acu- 5  
 saciones de lesa majestad <sup>74</sup>. Rehusó las herencias 6  
 de las personas desconocidas, y no aceptó tampoco 7  
 las de las conocidas si tenían hijos. Respecto a 8  
 los tesoros, dispuso que si alguien se los había en- 9  
 contrado en sus propias fincas, se hiciera dueño de 10  
 ellos; si los había encontrado en terreno ajeno, die- 11  
 ra la mitad a su dueño; y, si los había encontrado  
 en unas fincas de dominio público, los repartiera a  
 medias con el fisco <sup>75</sup>. Prohibió que los amos ma-  
 taran a sus esclavos y ordenó que fueran los jueces  
 quienes los condenaran, si eran dignos de condena.  
 A los mercaderes y maestros de gladiadores les pro-  
 hibió la venta de esclavos o esclavas, si no había ra-  
 zón para ello. Mandó azotar en el anfiteatro a los  
 que habían dilapidado sus propios bienes, si tenían  
 poder legal sobre ellos, y luego les dejó libres. Eli-  
 minó los calabozos de esclavos y de siervos. Re-  
 partió los baños por sexos. Ordenó que, si algún

19 amo había resultado asesinado en su casa, no se in-  
 terrogara a todos los esclavos, sino a aquéllos que  
 podían saberlo por vivir cerca.

19 Desempeñó la pretura en Etruria siendo empe-  
 rador. Fue dictador <sup>76</sup>, edil y duunviro <sup>77</sup> en distin-

<sup>74</sup> Se llamaban delitos de majestad los que atentaban contra el Esta-  
 do. Para castigarlos Sila sancionó una ley llamada *lex majestatis*. Bajo  
 el imperio se siguió legislando en contra de estos delitos con penas que  
 iban desde el exilio a la muerte.

<sup>75</sup> El *fiscus* era una canastilla que utilizaban los romanos para guar-  
 dar la moneda. Luego vino a significar la cantidad de dinero destinada  
 a los gastos del soberano y del tesoro de la corona por oposición al te-  
 sorero del Estado (*aerarium*).

<sup>76</sup> No se trata del antiguo magistrado extraordinario nombrado por  
 el senado en casos excepcionales, pues Antonio abolió definitivamente  
 esta magistratura, sino de un cargo que en algunas ciudades sustituía al  
 de los pretores o duunviros (cf. n. 77).

<sup>77</sup> Cargo honorífico asumido por Adriano. Los duunviros (*duumui-  
 ri iuri dicundo*) eran los magistrados principales de las colonias.

tas ciudades latinas, demarco <sup>78</sup> en Nápoles, magistrado quinquenal <sup>79</sup> en su país natal y en Adria, a la que consideró como su segunda de patria, y arconte <sup>80</sup> en Atenas.

En casi todas las ciudades construyó algún edificio y organizó juegos. Ofreció en el estadio de Atenas una cacería de un millar de fieras. Jamás destruyó de la ciudad de Roma a ningún cazador ni a ningún actor. En Roma, además de otros espectáculos desmedidos, distribuyó especias al pueblo en honor de su suegra y dio órdenes para que rociarán las gradas del teatro con chorros de bálsamo y de azafrán en honor de Trajano. Ofreció en el teatro representaciones de todo tipo, siguiendo una costumbre ancestral e hizo actuar públicamente a los histriones de la corte. Hizo dar muerte a multitud de fieras en el circo, y a menudo hasta un centenar de leones. Ofreció con frecuencia al pueblo las danzas militares pírricas <sup>81</sup>. Asistió a menudo a las luchas gladiatorias. A pesar de que erigió infinidad de construcciones en todas las partes, nunca grabó su propio nombre, excepto en el templo de su padre Trajano. En Roma reconstruyó el Panteón <sup>82</sup>, los Setos <sup>83</sup> y la basílica de Neptuno <sup>84</sup>, un

<sup>78</sup> Era el magistrado principal de Nápoles donde, por ser ciudad griega, se conservó su nombre originario «*demarchos*» [δημαρχος].

<sup>79</sup> Magistrado con poderes censorios para cinco años.

<sup>80</sup> El arconte por excelencia era el primero de los nueve magistrados de Atenas que recibían dicho nombre. Adriano fue arconte en el año 112, como consta por una inscripción, cf. C.I.L., III, 550.

<sup>81</sup> Las danzas pírricas (Πυρρική) eran danzas guerreras inventadas, según la tradición, por Pirro o Neoptólemo, hijo de Aquiles. Los danzarines imitaban en ellas todas las fases del combate. César introdujo una imitación de ellas en Roma, cf. Suetonio, *Caes.*, 39, y luego se siguieron representando ininterrumpidamente, cf. Suetonio, *Nero*, 12.

<sup>82</sup> Edificado junto a los *Saepta Iuliae* (cf. n. 83). La primera construcción del Panteón (Πανθεῖον) data del año 27 a. de C., en tiempos de Agripa. Fue reconstruido por primera vez por Domiciano tras un incendio que le destruyó parcialmente. La segunda reconstrucción a que alude el texto fue encomendada probablemente a Apolodoro de Da-

gran número de templos, el foro de Augusto <sup>85</sup>, los baños de Agripa <sup>86</sup>, y consagró todos ellos con los nombres propios de sus fundadores. Cons- 11  
truyó también un puente, al que le dio su propio nombre, un sepulcro al lado del Tíber <sup>87</sup> y el templo de la Buena Diosa <sup>88</sup>. También, con la colabo- 12  
ración de su arquitecto Decriano, llevó a cabo el traslado del Coloso <sup>89</sup> del lugar en el que actualmente está situado el templo de la Ciudad, manteniéndolo en pie y en suspenso, pero con un esfuerzo tan gigantesto que tuvo que emplear para su transporte veinticuatro elefantes. Y, después de haber consagrado al Sol esta estatua, tras borrar el rostro de Nerón al que había estado dedicada anteriormente, proyectó tallar otra similar en honor de la Luna, bajo la dirección del arquitecto Apolodoro. 13

20 Fue muy afable en las entrevistas, incluso en las de los más humildes, despreciando a aquéllos que trataban de privarle de la satisfacción de ser bondadoso, bajo el pretexto de que así preservaba su dignidad imperial. Cuando estuvo en Alejandría pro- 2

---

masco, quien reformó su arquitectura originaria, constituyéndose luego como modelo para muchas obras del neoclasicismo.

<sup>83</sup> Se llamaban «Setos» (*saepta*) a los cercados del Campo de Marte donde se reunían las tribus y centurias en los comicios romanos para proceder a las votaciones. Inicialmente se delimitaron con vallas de madera, pero luego con distintas construcciones, como las galerías de mármol que inició César y recibieron el nombre de *Saepta Iuliae*.

<sup>84</sup> Estaba al Norte de los *Saepta*, construido por Agripa en el año 25 d. de C.

<sup>85</sup> Al Noreste del Foro Romano y contiguo al templo de *Mars Ultor*.

<sup>86</sup> Al Sur del Panteón.

<sup>87</sup> Se trata del *Mausoleum Hadriani*, ubicado a la orilla derecha del Tíber, la actual residencia veraniega de los Papas, el castillo de S. Angelo. Lo acabó de construir Antonio Pío, cf. *Antonino*, 8, 2.

<sup>88</sup> Una divinidad romana que recibía también otros nombres como *Fauna*, por ser esposa del dios Fauno, y *Fausta*, y cuyo culto estaba reservado a las mujeres romanas y vedado a los hombres.

<sup>89</sup> Estatua de Nerón de dimensiones gigantescas que estuvo emplazada en el vestibulo de la *Domus Aurea* de Nerón, cf. *Suetonio Nero*, 31, 1.

puso en el museo a los profesores múltiples cuestiones y respondió él personalmente a las que ellos le proponían. Mario Máximo dice que fue cruel por naturaleza y que realizó con humanidad muchas de sus acciones precisamente movido por el temor de que le aconteciera lo mismo que a Domiciano. Y, aunque no eran de su agrado las inscripciones en las obras públicas, dio el nombre de Adrianópolis a muchas ciudades, como por ejemplo, a la propia Cartago y a una parte de Atenas. También impuso este nombre a un número incalculable de acueductos. Fue el primero que instituyó el abogado del fisco<sup>90</sup>. Tenía una gran memoria y un talento extraordinario; en efecto, dictaba personalmente sus discursos y respondía a todo tipo de cuestiones. Se conservan muchísimos de sus chistes, pues era muy dicharachero, de ahí que se hizo famosa aquella respuesta que dio a un individuo que ya comenzaba a estar cano, cuando se le presentó por segunda vez con la cabeza teñida a pedirle algo que le había pedido antes: «Ya le he dicho que no a tu padre». Llamaba por su nombre, sin necesidad de *nomenclator*<sup>91</sup>, a muchísimas personas, cuyos nombres había oído una sola vez y todos juntos, de tal modo que, en muchas ocasiones, corregía las equivocaciones de los *nomenclatores*. Decía también los nombres de los veteranos que había licenciado tiempo atrás. Repetía de memoria a muchos oyentes los libros que acababa de leer y que le eran incluso desconocidos. Escribía, dictaba, escuchaba e incluso, si ello se puede creer, hablaba con los amigos al mismo tiempo. Conocía todas las cuentas públicas

---

<sup>90</sup> El *advocatus fisci* representaba los intereses del fisco en los juicios en que éste se veía envuelto. A veces comenzaba la carrera ecuestre con el ejercicio de este cargo.

<sup>91</sup> Esclavo que tenía por función reconocer y nombrar a las personas que visitaban a su amo, o a aquéllas con los que éste se encontraba o cruzaba en la calle.

con más precisión que la que cualquier padre de familia escrupuloso tiene sobre su propia casa. 12 Amaba a sus caballos y a sus perros hasta tal extremo que construyó sepulcros para enterrarlos. 13 Fundó la ciudad de Adrianoteris en cierto lugar <sup>92</sup>, porque allí había tenido una cacería con suerte y había dado muerte a una osa.

21 Investigó sobre todas las sentencias escudriñando constantemente los últimos detalles hasta que consiguió descubrir la verdad. No consintió que sus libertos fueran conocidos por sus actividades públicas ni que poseyeran poder alguno en su casa, culpando con sus propias palabras a todos los emperadores anteriores de los vicios de aquéllos, tras haber condenado a todos los libertos suyos que se habían jactado de su poder sobre él. De ahí que aún se recuerda aquella acción suya severa, pero no ausente de gracia, en relación con el trato a los esclavos. En efecto, como en una ocasión vio que un esclavo suyo paseaba, lejos de su vista, entre los senadores envió a un individuo para que le diera una bofetada y le dijera: «No se te ocurra pasear entre personas de las que algún día puedas ser esclavo». El único alimento que comió con gusto, entre todos, fue el tetrafármaco <sup>93</sup>, un combinado de faisán, tetina de cerda, jamón y pasteles.

Hubo durante su reino hambre, peste y terremotos cuyos efectos, en su conjunto, alivió cuanto pudo, y prestó auxilio a muchas ciudades que habían sido devastadas por ellos. También se desbordó el Tíber. Concedió el derecho Latino <sup>94</sup> a muchas ciudades y a muchas otras perdonó sus tribu-

<sup>92</sup> En Bitinia.

<sup>93</sup> Véase para la discusión del nombre, si tetrafármaco o pentafármaco, en Elio, 5,4 y 5. Fue un plato favorito de Alejandro, cf. *Alejandro Severo*, 30, 6.

<sup>94</sup> Suponía la autonomía municipal y la concesión de la ciudadanía romana a los magistrados locales.

tos. No hubo durante su reinado ninguna expedi- 8  
 ción bélica grave; y las guerras pasaron casi en si- 9  
 lencio. Fue muy amado por los soldados por la ex-  
 traordinaria preocupación que mostró hacia el ejér-  
 cito y, al mismo tiempo, porque fue muy generoso  
 con ellos. Mantuvo siempre la amistad con los par- 10  
 tos, porque destituyó al rey que Trajano les había  
 impuesto. A los armenios les permitió tener un rey, 11  
 siendo así que durante el gobierno de Trajano so-  
 lamente habían tenido un legado. No exigió a los 12  
 habitantes de Mesopotamia el tributo que Trajano  
 les había impuesto. Mantuvo una amistad muy es- 13  
 trecha con los albanos e iberos, pues colmó de do-  
 nativos a sus reyes, a pesar de que habían desdeña-  
 do visitarle. Los reyes de los lactrianos le enviaron 14  
 legados para pedirle en tono suplicante su amistad.

22 Nombró tutores con muchísima frecuencia.  
 Mantuvo tanto la disciplina en la vida civil como  
 en la militar. Ordenó que los senadores y los ca- 2  
 balleros romanos vistieran siempre la toga <sup>95</sup> en pú-  
 blico, excepto cuando volvieran de alguna cena. El 3  
 mismo se presentaba siempre con la toga cuando se  
 encontraba en Italia. A los senadores, cuando acu- 4  
 dían a un festín, los recibía de pie y se reclinaba jun-  
 to a la mesa o cubierto con el palio <sup>96</sup> o con la toga  
 suelta. Actuó con la escrupulosidad de un juez fi- 5  
 jando los gastos de los banquetes y los redujo de  
 acuerdo con las costumbres tradicionales. Prohibió 6  
 que entraran en Roma vehículos con cargas desme-

<sup>95</sup> La *toga* era el vestido distintivo de los romanos, como el *pallium* era el de los griegos. Era ordinariamente de lana blanca, salvo para los pobres que no podían soportar frecuentes limpiezas y para los casos de duelo. Durante el imperio se pusieron de moda las togas de color, que se diferenciaron además según sus diversos usos: *praetexta*, *picta*, *pal-mata*, etc.

<sup>96</sup> El *pallium* (ἰματίον) se introdujo en Roma hacia el siglo I d. de C. como vestido romano (cf. n. anterior). Consistía en un trozo de tela de gran tamaño y de forma rectangular. Su amplitud permitía cubrir todo el cuerpo de distintas formas.



suradas. No permitió montar a caballo en las ciudades. Tampoco permitió a nadie, a menos que se encontrara enfermo, bañarse en público antes de la hora octava. Fue el primero que confió las procuratelas de la correspondencia y de las requisitorias<sup>97</sup> a caballeros romanos. Enriqueció espontáneamente a los que veía que eran pobres e intachables, pero llegó incluso a odiar a los que se habían enriquecido con astucia. Se preocupó con especial atención por los ritos romanos, pero menosprecio a los extranjeros. Desempeñó el cargo de Pontífice Máximo<sup>98</sup>. Presidió frecuentemente los procesos que se celebraban en Roma y en las provincias, admitiendo en su tribunal a los cónsules, a los pretores y a los senadores más conspicuos. Drenó el lago Fucino. Nombró como jueces para toda Italia a cuatro consulares. Cuando visitó África, llovió a su llegada tras cinco años de sequía y por ello fue estimado por los habitantes de esta provincia.

23 Tras haber recorrido casi todas las partes del mundo con la cabeza descubierta, la mayor parte de las veces entre las más violentas tempestades y los fríos más intensos, cayó en una enfermedad mortal. Embargado de preocupación por buscar un sucesor, pensó primero en Serviano al que, como ya dijimos, obligó después a morir. Mantuvo en el más absoluto desprecio a Fusco<sup>99</sup> porque, instigado por los presagios y prodigios, había concebido la esperanza de alcanzar el imperio. Detestó a Platorio Nepote<sup>100</sup>, al que antes había amado de

<sup>97</sup> Se trata de las *procuraciones ab epistulis* y *a libellis*. La reforma de Adriano fue importantísima pues arrebató a los libertos los cargos que ejercían desde Claudio y se los encomendó al estamento ecuestre transformando así la administración imperial.

<sup>98</sup> Es el jefe supremo del colegio de los pontífices que creó Numa, encargado de guardar la tradición, velar por el culto, etc. Después de que César asumió en el 63 este pontificado, todos los emperadores llevaron el título de *Pontifex Maximus*.

<sup>99</sup> Pediano Fusco era abuelo de Serviano, cf. Dión Casio, LXIX, 17.

<sup>100</sup> Cf. 4, 2.

tal manera que, cuando acudió a visitarle porque se hallaba enfermo, o no le admitió a su presencia por considerarle sospechoso, pero tampoco le castigó. 5 Y detestó igualmente a Terencio Genciano <sup>101</sup> aunque a éste con más violencia aún porque veía que entonces el senado le apreciaba y, finalmente, a todos aquéllos que pensó que accederían al poder imperial, como si se tratara de futuros emperadores. 7 Y, realmente, reprimió toda la fuerza de su congénita crueldad hasta el momento en que estuvo a punto de morir en su residencia de Tívoli <sup>102</sup>, debido a una hemorragia. Entonces ya, sin traba alguna, después de haber dado muerte a muchas personas directamente o mediante manejos ocultos, obligó a Serviano a suicidarse, acusándole de que aspiraba al trono porque había obsequiado con una cena a los esclavos imperiales, porque se había sentado en el escaño real que estaba situado junto a su lecho y porque se había presentado en actitud marcial ante las guardias de los soldados, a pesar de ser un anciano de noventa años. También murió por entonces su esposa Sabina, rumoreándose que había sido Adriano quien la había dado un veneno. 9

Entonces determinó adoptar a Ceyonio Cómodo, yerno del antiguo conspirador Nigrino, pues le resultaba agradable por su belleza. Adoptó por tanto a Ceyonio Cómodo Vero, a pesar de la oposición general, y le llamó Elio Vero César. Con ocasión de su adopción <sup>103</sup> concedió unos juegos circenses y distribuyó un donativo <sup>104</sup> entre el pue-

---

<sup>101</sup> D. Terencio Genciano ejerció una comandancia importante en la guerra que Trajano mantuvo con Tracia.

<sup>102</sup> La construcción de esta *villa*, llamada *Villa Hadrianea*, parece que se inició en el 120, creciendo con sucesivos edificios hasta el año 138. «Se levantaron edificios residenciales, palacetes, pórticos, exedras, estadios, teatros, bibliotecas, odeón, etc.», cf. A. García y Bellido, *Arte romano*, Madrid, 1972, p. 385 ss.

<sup>103</sup> Para el concepto de adopción, cf. n. 2 de *Elio*.

<sup>104</sup> El donativo (*donativum*) era una largueza hecha por el empera-

blo y los soldados. Le honró con la pretura y le im- 13  
puso inmediatamente al frente de la Panonia, tras  
habérsele concedido el consulado y las costas pre-  
cisas para su ejercicio. Le volvió a designar cónsul  
por segunda vez. Y, como veía que tenía poca sa- 14  
lud, solía repetir: «Nos hemos apoyado en una pa-  
red caediza y hemos perdido los cuatro millones de  
sestercios que hemos distribuido al pueblo y a los  
soldados por la adopción de Cómodo». Por lo de- 15  
más, Cómodo ni siquiera pudo dar gracias a Adria-  
no en el senado por la adopción a causa de su en-  
fermedad. Por fin, al arreciar ésta por la ingestión 16  
excesiva de un antídoto, murió el mismo día de las  
calendas de enero mientras dormía. Por ello Adria-  
no no prohibió su luto, pues era el día destinado a  
los votos públicos <sup>105</sup>.

24 Y, una vez muerto Elio Vero César, ante el aco-  
so violento de una funestísima enfermedad, Adria-  
no adoptó a Arrio Antonino <sup>106</sup>, que recibió des- 2  
pués el nombre de Pío, pero con la condición de  
que adoptara él, a su vez, a Anio Vero y a Marco  
Antonio <sup>107</sup>. Estos son los primeros que después  
gobernaron el Estado como dos Augustos, en igual-  
dad de condiciones. Respecto a Antonino, se dice 3  
que recibió el nombre de Pío porque ofrecía su bra-

---

dor al ejército distinta del congario (*congariium*) que se distribuía general-  
mente al pueblo, cf. Suetonio, *Nero*, 7; *Alejandro Severo*, 16, 5.  
Nótese como en Elio, III, 3 se diferencia el congario distribuido al pue-  
blo del donativo en metálico.

<sup>105</sup> Votos públicos eran los que formulaban los magistrados en nombre del Estado. A partir del año 30 los votos anuales solían hacerse el día 3 de enero. Por esta razón se suprimió en esta ocasión el luto por Elio muerto el uno de enero, para que no coincidiera con dicha fecha.

<sup>106</sup> Se trata de T. Aurelio Fulvo Boyonio Arrio Antonino, cf. *Antonino*, 1,1, cuyo nombre fue T. Elio César Antonino, después de su adopción.

<sup>107</sup> El autor confunde los nombres. El primero, Lucio Ceyonio Cómodo, fue llamado Lucio Elio Cómodo Antonino tras su adopción, y Anio Vero, al acceder al trono. El segundo, M. Anio Vero fue llamado M. Elio Aurelio Vero tras su adopción, y M. Aurelio Antonino, tras la muerte de Antonino Pío.

zo a su suegro, fatigado ya por la edad, si bien 4  
otros afirman que recibió dicho apodo porque  
arrancó a muchos senadores de las manos de Adria-  
no, que ya comenzaba a mostrarse cruel, y otros,  
porque ofreció grandes honores al propio Adriano 5  
después de su muerte. Muchísimos vieron con do-  
lor que se hubiera adoptado a Antonino en aque- 6  
llos momentos, especialmente Catilio Severo, pre-  
fecto de la Ciudad, que preparaba para sí el trono.  
Pero, cuando se descubrieron sus intenciones, éste 7  
fue destituido de su cargo, tras haberle asignado un  
sucesor.

Adriano, sin embargo, atormentado ya por el tedio 8  
con que vivía los últimos momentos de su vida, or-  
denó que un siervo le atravesara con la espada. 9  
Cuando se dio a conocer este suceso y le llegó la  
noticia también a Antonino, al ver a los prefectos  
y a su hijo que habían entrado a visitarle y que le  
rogaban que sobrellevaara con ánimo sereno el des-  
tino que le reservaba la enfermedad, indignado con-  
tra ellos, ordenó que dieran muerte al delator <sup>108</sup>  
quien, no obstante, fue salvado gracias a la inter-  
vención de Antonino. Enseguida redactó el testa- 10  
mento, pero no por ello abandonó las actividades  
exigidas por la política, mientras que Antonino ase-  
guraba que él sería un parricida si, tras haber sido  
adoptado, permitía que Adriano se suicidara. Des- 11  
pués de haber testado, intentó de nuevo darse la  
muerte, enfureciéndose más aún porque se le había  
sustraído el puñal. Pidió también veneno a su mé- 12  
dico, pero éste se suicidó para no dárselo.

25 Por aquel tiempo se presentó inesperadamente  
una mujer que decía que había recibido durante un  
sueño un aviso para que indujera a Adriano a que  
no se suicidara, pues se iba a restablecer de la en-

---

<sup>108</sup> El delator fue una figura que se hizo famosa sobre todo desde Ti-  
berio: vivía de las denuncias y acusaciones de sus conciudadanos, cf. Tá-  
cito, *Ann.*, IV, 30; Suetonio, *Nero*, 10.

fermedad y que, como no había realizado el encargo, se había quedado ciega; que, no obstante, había recibido por segunda vez la orden de darle el mismo aviso y de besar sus rodillas, con la promesa de recobrar la vista, si así lo hacía; y que, cuando ella hizo esto de acuerdo con la petición del sueño, recobró la vista, después de haber lavado sus ojos con agua del santuario de donde había venido. Acudió también desde Panonia un anciano ciego a visitar a Adriano que estaba con fiebre y le tocó. Como consecuencia de la acción, aquél recobró la vista y la fiebre le desapareció a Adriano, aunque Mario Máximo recuerda que estas cosas se realizaron mediante un simulacro.

Después de esto, Adriano se dirigió a Bayas dejando a Antonino en Roma a cargo del gobierno. Al ver que allí tampoco mejoraba nada su salud, mandó llamar a Antonino y murió en su presencia en la misma ciudad de Bayas el día sexto de los idus de julio. Y odiado por todos, recibió sepultura en una quinta que poseía Cicerón en Puzol. Cuando estaba a punto de morir, como ya dijimos anteriormente, ordenó suicidarse al referido Serviano, ya nonagenario, con el fin de que no viviera más tiempo que él, ni llegara a ser emperador, como él creía; y, por pequeñas ofensas, decretó la muerte de otros muchos ciudadanos a los que salvo Antonino. Se dice que, ya moribundo, compuso los siguientes versos:

«Almilla blandilla y tiernequilla,  
huésped y compañera de mi cuerpo,  
a qué regiones te dirigirás ahora  
paliducha, rígida y desnudita.

Ya no bromearás, como de costumbre». 10

compuso otros versos similares a éstos, y no mucho mejores en calidad, y también versos en griego.

Vivió sesenta y dos años, cinco meses y diecisiete días. Reinó veintiún años y once meses. 11

26 Fue de elevada estatura, de elegante figura, de cabello ondulado; tenía la barba larga, para cubrir las cicatrices que poseía en su rostro de nacimiento, y una complexión robusta. Cabalgaba y caminaba mucho, y se ejercitaba constantemente en el uso de las armas y en el lanzamiento de la jabalina. En las cacerías mató muchas veces un león con su propia mano; pero, un día, en una de ellas, se rompió una clavícula y una costilla. Repartía siempre con sus amigos las piezas cobradas. Exhibió durante sus banquetes tragedias, comedias, Atelanas<sup>109</sup>; a tañedores de sambucas<sup>110</sup>, a lectores y poetas, de acuerdo siempre con las circunstancias. Reconstruyó admirablemente la residencia de Tívoli, haciendo que colocaran en ella inscripciones con los nombres más famosos de las provincias y de otros lugares, como los de Liceo, Academia, Pritaneo, Canope, Pecile y Tempe<sup>111</sup>. Y para no omitir nada, también hizo que representaran los infiernos.

Tuvo los siguientes presagios de su muerte: en su último cumpleaños, cuando estaba encomendando a los dioses a Antonino, su pretexta<sup>112</sup> se le deslizó espontáneamente dejándole la cabeza descu-

<sup>109</sup> Farsas originadas en Atela, ciudad de Campania. En su representación intervenían tipos populares con máscaras disformes y de rasgos jocosos, siendo los más famosos el *Maccus*, el *Pappus*, el *Buccus* y el *Dossenus*. Relacionadas con el género satírico y los flíacos tarentinos, fueron elevadas a género literario por Pomponio y Novio en torno al 90 a. de. C., distinguiéndose nítidamente de la comedia togada y paliada.

<sup>110</sup> La sambuca (σαμβύκη) era un instrumento parecido al harpa.

<sup>111</sup> El Liceo era una célebre escuela situada en las afueras de Atenas donde enseñó Aristóteles. La Academia era la escuela-jardín donde enseñó Platón. El Pritaneo era la residencia de los pritanos o miembros del senado ateniense. Canope era una ciudad del Bajo Egipto, que fue famosa por su corrupción. El Pecile era un pórtico de Atenas célebre por sus pinturas y el Tempe, un valle de Tesalia regado por el Perseo.

<sup>112</sup> La pretexta (*praetexta*) era un tipo de toga especial adornada con una banda de púrpura, tomada primitivamente de los etruscos, que con la *bullae* (dos placas cóncavas de oro que formaban como una especie de globo, cf. Macrobio, *Saturnales*, I, 6) llevaban los niños de nacimiento libre de ambos sexos y los principales magistrados.

bierta. Un anillo, en el que estaba esculpida su imagen, se le cayó espontáneamente del dedo. La víspera de su cumpleaños se presentó un individuo desconocido gritando ante el senado. Adriano se irritó contra él, pensando que hablaba sobre su muerte, aun cuando nadie comprendió sus palabras. El mismo, al querer decir en el senado «Después de la muerte de mi hijo», dijo «Después de mi muerte». Soñó, además, que pedía a su padre una posición soporífera. Soñó, igualmente, que un león le ahogaba.

- 27 Tras su muerte, muchos lanzaron múltiples improperios contra él. El senado quería anular sus actos. Tampoco le hubiera concedido la apoteosis <sup>113</sup>, si no lo hubiera solicitado vivamente Antonino. Finalmente, éste erigió en su honor un templo en Puzol, en lugar de una tumba, instituyó un certamen quinquenal <sup>114</sup>, flámenes, cofrades <sup>115</sup> y otras muchas cosas apropiadas para honrar a alguien

<sup>113</sup> La apoteosis (del griego ἀποθέωσις) o deificación es la ceremonia por la cual un mortal es incluido entre el número de los dioses y llamado a participar en sus honores divinos. Desconocida durante la república, se solía decretar para los emperadores tras su muerte, haciéndose de rigor a partir de Nerva. El rito estaba minuciosamente reglamentado y se celebraba durante varios días al término de los cuales el emperador era declarado *diuus* asegurándose su culto decretándole templos, sacerdotes, etc., como se revela en el texto. El término latino equivalente al griego es *consecratio*, cf. Tácito, *Ann.*, XIII, 2; Suetonio, *Dom.*, 2.

<sup>114</sup> El *certamen quinquennial* fue instituido por primera vez por Nerón, según Suetonio (*Nero*, 12, 3) de tal forma que se le llamó también *Neronianum* (*Nero*, 21). Consistía en competiciones triples: musicales, ginnásticas y ecuestres.

<sup>115</sup> El texto latino dice *flamines et sodales*. *Flamen* era el título dado a los sacerdotes romanos que estaban al servicio de una divinidad y se distinguían de acuerdo con el nombre del dios del que eran ministros, v. g., *Dialis*, de Júpiter, *Martialis*, de Marte, etc. En el imperio, como indica el texto, se nombran flámenes para encargarse del culto a los emperadores divinizados. Los *sodales* son los individuos que pertenecen a una misma corporación a la que se confiaba el culto de un emperador divinizado. Los aquí citados son los llamados *sodales Hadrianales*.

a quien se considera como una divinidad. Como ya 4  
 hemos dicho, muchos piensan que fue por esto por  
 lo que Antonino fue llamado Pío.



## 2. ELIO

(Elio Esparciano)

1 A Augusto Diocleciano, su súbdito, Elio Esparciano, salud.

Tengo la intención, ¡oh, Augusto Diocleciano, el más eximio entre tantos emperadores!, de exponer para conocimiento de tu divinidad no solamente la vida de aquéllos que han ostentado la dignidad de príncipes en esa posición privilegiada <sup>1</sup> que tú mantienes, como he hecho hasta el divino Adriano, sino también la de aquéllos que recibieron el nombre de Césares, sin haber sido emperadores o Augustos, o la de aquéllos que de cualquier otro modo llegaron a suscitar los rumores o a concebir la esperanza de que iban a alcanzar el poder. De entre ellos, debo 2 hablar, en primer lugar de Elio Vero, que fue el primero que recibió solamente el título de César <sup>2</sup> al ser acogido en la familia imperial mediante la adopción de Adriano. Y, puesto que son demasiado po- 3 cos los hechos que hay que narrar y dado que el prólogo no debe ser más extenso que la narración, empezaré ya a hablar de él.

---

<sup>1</sup> Traducción del término *statio*, cuyo sentido militar es el de «puesto de guardia, sitio en el que se permanece, mansión». También se aplica a los puestos de vigilancia situados en los puertos, ríos, etc. Aquí se refiere, como en otras ocasiones, a la dignidad imperial, cf. *Vero*, 1,6; *Caro*, 1,8; *Avidio Casio*, 7,1.

<sup>2</sup> Al adoptarlo Adriano, recibió el conombre de César, pero, dado que no llegó a ser emperador, no recibió este nombre como título imperial ni ningún otro.

2 Ceyonio Cómodo, que también recibió el nombre de Elio Vero <sup>3</sup>, al que adoptó Adriano después de haber recorrido ya el orbe de la tierra y cuando ya se veía agobiado por enfermedades cada vez más siniestras, a medida que su edad se hacía más pesada, no tiene en su biografía nada digno de mención, 2 excepto que fue el primero en recibir solamente el nombre de César, no por testamento, como era costumbre hasta entonces, ni de la manera como Trajano fue adoptado, sino casi del mismo modo que en nuestros tiempos Maximiano y Constancio han sido nombrados Césares por vuestra Clemencia, como si se tratara de determinados hijos de emperadores, designados herederos de la augusta majestad por su virtud.

3 Y, puesto que se debe decir algo sobre el nombre de César, sobre todo en la biografía del hombre que alcanzó este nombre sin otros títulos, los escritores más sabios y eruditos piensan que el primero al que llamaron César recibió dicho nombre porque mató en una batalla a un elefante, animal que en la lengua de Mauritania se llama *caesai*, 4 o porque nació después de haber fallecido su madre tras haberla seccionado el vientre, o porque fue dado a luz ya dotado de una larga cabellera, o porque tenía los ojos de color azul celeste (*caesii*), más intenso de lo que es habitual en los hombres. 5 Ciertamente, cualquiera que fuera la causa, fue un hado feliz el que hizo florecer este nombre tan ilustre y que estaba destinado a perdurar con la eternidad del universo.

6 Pues bien, el hombre de que estamos hablando, recibió primeramente el nombre de Lucio Aurelio Vero; ahora bien, después de que Adriano le adscribió a la familia de los Elios, es decir, a la suya, 7 cambió dicho nombre recibiendo el de César. Su

<sup>3</sup> Cf. Adriano, 23,11, y n. 103.

padre fue Ceyonio Cómodo, a quien unos llama-  
 ron Vero, otros Lucio Aurelio y otros muchos  
 Anio. Sus antepasados, todos nobilísimos, proce- 8  
 dían en su mayor parte de Etruria o de Faenza. 9  
 También hablaremos de la familia de éste con más  
 extensión en la biografía de su hijo Lucio Aurelio  
 Ceyonio Cómodo Vero Antonino, a quien Anto-  
 nino adoptó por orden de Adriano. En efecto, esta 10  
 biografía es la que debe contener todos los detalles  
 que afectan a la genealogía de la familia que cuenta  
 con un emperador sobre el que deben darse múlti-  
 ples noticias.

3 Elio Vero fue adoptado por Adriano por aquella  
 época en que, como dijimos, tenía poco vigor físi-  
 co y cuando pensaba en la necesidad de contar con 2  
 un sucesor. Recibió en seguida el nombramiento de  
 pretor y se le encomendó la provincia de Panonia  
 en calidad de jefe militar y gobernador <sup>4</sup>. Poco des-  
 pués fue elegido cónsul y, puesto que estaba desti-  
 nado a asumir el poder imperial, se le nombró cón-  
 sul por segunda vez. Se ofreció un congiario <sup>5</sup> al 3  
 pueblo con ocasión de su adopción y se repartie-  
 ron entre los soldados tres millones de sestercios;  
 se organizaron juegos circenses y no se omitió nada  
 que pudiera aumentar la alegría del pueblo. Gozó 4  
 de tanta influencia ante el emperador Adriano que, de-  
 jando aparte el afecto demostrado con su adopción,  
 por el cual se sentía más unido a él, era el único  
 que conseguía lo que quería, incluso si se lo pedía  
 por carta. Y, desde luego, no descuidó la provin- 5  
 cia que se le había encomendado: en efecto, al- 6  
 canzó la fama, sino de excelente, sí al menos de  
 buen general porque llevaba a cabo sus empresas  
 con éxito, o mejor dicho, con feliz fortuna. No obs- 7  
 tante, su salud fue tan escasa que Adriano se arre-

<sup>4</sup> *Dux et rector*. Esparciano utiliza aquí estos términos con el senti-  
 do que tuvieron en época posterior a Adriano.

<sup>5</sup> Cf. n. 101 a *Adriano*.

pintió casi nada más adoptarlo y, si hubiera vivido durante más tiempo, posiblemente lo habría apartado de la familia imperial, puesto que pensaba con frecuencia en adoptar a otros candidatos. En fin, cuentan los autores que escribieron con mayor detalle la biografía de Adriano que éste conoció el horóscopo de Vero y que le había adoptado, a pesar de no estar muy de acuerdo con su capacidad para gobernar el Estado, solamente porque quería satisfacer su pasión, y según algunos, para cumplir un juramento que dicen que él y Vero habían contraído con cláusulas secretas. Mario Máximo asegura que Adriano fue perito en astrología y su afirmación la corrobora diciendo que él tuvo conocimiento de todo en torno a su persona, de tal manera que escribió minuciosamente, antes de que ocurriera, lo que iba a acontecer durante todos los días de su vida hasta la hora de su muerte.

4 Además, es bien sabido que solía repetir con frecuencia refiriéndose a Vero:

«Los hados solamente mostrarle han a la  
[tierra;  
pero no le permitirán vivir por más  
[tiempo.»<sup>6</sup> 2

Y cuando en una ocasión cantaba estos versos mientras daba un paseo por un jardín y se le acercó uno de los literatos, con cuya compañía disfrutaba Adriano porque le resultaba agradable, pretendiendo completarlos con estos otros:

«¡Oh, dioses!, la estirpe romana os habría parecido demasiado poderosa, si hubiera alcanzado estos dones.»<sup>7</sup>

<sup>6</sup> Virgilio, *Aen.*, VI, 869. Este y los otros pasajes siguientes aluden a Marcelo, sobrino de Augusto, muerto en el año 33 a de C.

<sup>7</sup> *Ibid.*, *Aen.*, VI, 870.

dicen que Adriano respondió: «La vida de Vero no admite estos versos», añadiendo a continuación este pasaje: 3

... «dad lirios a manos llenas;  
 esparciré flores de púrpura, y el alma de mi  
 colmaré con estos dones al menos, y le rendi- [nieto  
 este vano homenaje <sup>8</sup>. [ré

Se dice que entonces también dijo esta frase, al tiempo que sonreía: «He adoptado a un dios, no a un hijo.» Ahora bien, cuando uno de los literatos que estaba presente trataba de consolarle diciendo: «¿Y qué ocurriría si no se hubiera calculado correctamente el horóscopo de este hombre, pues creemos que él vivirá más tiempo?», dicen que Adriano respondió: «Tú dices esto sin importarte un ble- do, porque buscas un heredero de tu patrimonio, no del Estado.» De ello se deduce que tuvo la intención de elegir otro candidato y, al final de su vida, apartar a Vero de los asuntos del Estado. Pero los acontecimientos favorecieron sus planes. En efecto, Elio murió debido a una ingestión de una bebida, con la que consideraba que se iba a curar, el día de las calendas de enero, cuando había regresado ya de su provincia y había dejado redactado un bellissimo discurso, que se lee todavía hoy, compuesto por él personalmente o con la ayuda de sus bibliotecarios o la de sus maestros de elocuencia, para dar las gracias a su padre Adriano en esa misma fecha. Adriano dio la orden de que no se guardara luto oficial, porque lo impedían los votos solemnes <sup>9</sup> que se efectuaban ese día. 4  
5  
6  
7  
8

5 Vero llevó una vida muy agradable. Fue versado en las letras y, según dicen los maldicientes, más es-

<sup>8</sup> *Ibid.*, VI, 883.

<sup>9</sup> Cf. *Adriano*, 23, 16 y n. 105.

timado por Adriano por su belleza que por sus cos- 2  
 tumbres. No vivió en la corte imperial durante mu-  
 cho tiempo y, aunque en su vida privada no fue dig-  
 no de elogio, no obstante, no mereció ser criticado  
 mostrándose además atento con su familia, elegan-  
 te, hermoso, de belleza regia, de rostro venerable,  
 de elevada elocuencia, versificador fácil y aventaja-  
 do en el conocimiento de la política. Los autores 3  
 de sus biografías dicen que se entregó a múltiples  
 placeres, no deshonrosos ciertamente, pero sí un  
 tanto disipados. En este sentido, se dice que fue  
 Vero el inventor del «tetrafármaco»<sup>10</sup>, o más bien 4  
 del «pentafármaco» que después usó habitualmente  
 Adriano, a saber, un combinado de tetina de cerda,  
 faisán, pavo, jamón adobado y jabalí. Las referen- 5  
 cias de Mario Máximo sobre este tipo de alimento  
 son distintas, pues le llama no «pentafármaco», sino  
 «tetrafármaco», como nosotros también hemos ex-  
 puesto en la vida de Adriano. Corren rumores tam- 6  
 bién sobre otro tipo de diversión que había inven-  
 tado Vero: había ordenado la instalación de un le- 7  
 cho<sup>11</sup>, en el que descansaban cuatro cojines, cerra-  
 do por todas las partes con una menuda redecilla;  
 lo rellenaba con pétalos de rosa de los que había eli-  
 minado la parte blanca y, después, acostándose con  
 sus concubinas, se cubría con un cobertor hecho  
 de lirios tras haberse perfumado con aromas per-  
 sas. Hay ahora algunos que recuerdan frecuente- 8  
 mente que construyó lechos y mesas de rosas y li-  
 rios cuidadosamente escogidos, inventos que, aun-

<sup>10</sup> Cf. *Adriano*, 21, 4 y n. 93.

<sup>11</sup> Se refiere al lecho (*lectus*) para recostarse. Los había de distintos tipos. El *cubicularius* (cf. Cicerón, *Diu.*, II, 65) para dormir, el *lectus genialis* o nupcial, decorado con gran riqueza, el *lectus aduersus*, llamado así porque estaba emplazado en el mismo atrio, frente a la entrada de la casa, el *lectus triclinarius*, para acoger tres personas recostadas durante la comida y el *lectus funebris* sobre el que se llevaban los cadáveres a enterrar. Aquí se trata del primero.

que no son decorosos, no se prestan, sin embargo, a la ruina del Estado. Se dice también que tenía habitualmente en su lecho las recetas de Apicio <sup>12</sup> (recopiladas por otros autores), los Amores de Ovidio, y que afirmaba que Marcial <sup>13</sup>, poeta epigramático, era su Virgilio, y que se lo sabía de memoria al pie de la letra. Algunos recuerdan invenciones suyas más frívolas, por ejemplo, que en repetidas ocasiones dotó de alas a sus mensajeros, imitando a las de Cupido <sup>14</sup>, y les impuso a menudo los nombres de los vientos, al uno Bóreas, al otro Noto, a éste Aquilón, a aquél Cierzo u otros nombres similares, obligándoles a correr infatigablemente y en condiciones inhumanas. Igualmente a su esposa, que se quejaba de sus placeres extramatrimoniales la contestó, según dicen: «Déjame ejercitar mis pasiones con otras: pues el nombre de esposa significa dignidad, no pasión.»

Su hijo es Antonino Vero, que fue adoptado por Marco —o mejor, con Marco—, con el que compartió el imperio con igual poder. En efecto, son éstos los dos primeros que recibieron el título de Augustos y sus nombres aparecen así registrados en las listas de los cónsules de modo que se les llama, no los dos Antoninos, sino los dos Augustos. Y la novedad e importancia de este hecho tuvo tanta in-

<sup>12</sup> M. Gavio Apicio (¿25 a de C.?), célebre gastrónomo, autor de un tratado de recetas sobre salsas (*De condituris*) desarrollado hacia el año 400 en un manual de arte culinaria (*De re coquinaria*) y prescripciones dietéticas.

<sup>13</sup> M. Valerio Marcial, nacido en BÍlbilis, la actual Calatayud, entre el 38 y el 41, autor de catorce libros de epigramas.

<sup>14</sup> Dios del amor, hijo de Venus. Se le representa como un niño provisto de alas, porque la pasión que inspira no es duradera.

fluencia, que algunos de los fastos consulares <sup>15</sup> comienzan la lista de los cónsules por ellos.

6 En atención a su adopción, Adriano ordenó que distribuyeran cantidades de dinero al pueblo y a los soldados. Pero, como era un hombre bastante ingenioso, al ver que tenía una salud debilísima, hasta el punto de que no era capaz de mover un escudo de bastante grosor, se dice que comentó: «Hemos perdido los tres millones de sestercios repartidos al ejército y al pueblo, puesto que nos hemos apoyado demasiado en una pared frágil y que no es capaz de sostener firmemente el Estado, ni tampoco a nosotros mismos». Estas palabras las dijo Adriano en una conversación que mantuvo con su prefecto. Como éste divulgó las palabras del emperador y, como consecuencia de ello, Elio se puso casa día más grave por la inquietud en que se sumió, típica en un hombre desesperanzado, Adriano substituyó al prefecto por sus revelaciones, deseando dar la impresión de que había suavizado el tono de sus siniestras palabras. Pero no sirvió de nada, porque, como dijimos, Lucio Ceyonio Cómodo Vero Elio César (pues recibió todos estos nombres) murió y fue sepultado con ritos funerarios propios de un emperador, sin haber obtenido ningún provecho de su realeza, salvo la consideración que se dio a su muerte. En consecuencia,

<sup>15</sup> Los fastos (*fasti*) eran unos almanaques grabados sobre piedra de mármol que se exponían en recintos públicos para su consulta. Los había de dos tipos: *fasti sacri* o *Kalendares*, semejantes a nuestros almanaques, que señalaban los días de fiesta, los laborables, los mercados, etc., a los que se añadían fechas cronológicas de los acontecimientos importantes de Roma. Los *fasti annales, historici* tenían registrados los nombres de los cónsules (*fasti consulares*) y de otros magistrados, con la indicación de la fecha de entrada en el cargo y de su retirada. El nombre de *fasti* viene de una elipse de la expresión *fasti dies* «días faustos». Como para señalar éstos había que anotar también los «días infaustos», *fasti* significó simplemente, como hemos visto, «lista de días», «almanaque».



Adriano lloró su muerte como un buen padre, no como un buen príncipe. Efectivamente, cuando sus amigos preocupados le preguntaban sobre el candidato que tenía la posibilidad de ser adoptado, se dice que les contestó: «Ya lo tenía decidido, incluso en vida de Vero.» Respuesta que revela su buen juicio, o su conocimiento del porvenir. Finalmente, después de la muerte de Vero, tras dudar durante bastante tiempo sobre lo que debía hacer, adoptó a Antonino, llamado Pío. Le impuso la condición de que adoptara, a su vez, a Marco y a Vero y que diera a su hija en matrimonio a Vero, no a Marco. Y Adriano no vivió durante mucho tiempo, aquejado ya por el abatimiento y por enfermedades de distinto tipo, repitiendo muchas veces que un emperador debía morir sano, no enfermo.

7 Adriano ordenó que se emplazaran por todo el orbe estatuas de gran tamaño en honor a Elio Vero y templos en algunas ciudades. Finalmente, como ya hemos dicho, en atención a los méritos de éste, Adriano confió a su hijo Vero a Antonino Pío, para que le adoptara junto con Marco, puesto que aquél era nieto suyo y había permanecido tras la muerte de Elio en su propia familia, repitiendo una y otra vez estas palabras: «Ojalá la república conserve alguna cosa de Vero.» Sin duda, esto contradice lo que un gran número de escritores han publicado sobre los remordimientos de Adriano en torno a esta adopción, puesto que el segundo Vero no poseyó nada digno en su conducta que diera esplendor a la familia imperial, excepto su clemencia.

Estas son las noticias sobre Vero, que se han reseñado por escrito. Y la razón por la que yo no le he silenciado es porque me he propuesto exponer las biografías de todos los que después del dictador César, esto es, después del divino Julio, recibieron el nombre de Césares, Augustos o emperadores, y las de los que han obtenido la adopción o han sido consagrados con el título de Césares por ser hijos

o parientes de los emperadores, con lo cual yo cumplo con mis íntimos sentimientos, aunque a muchos no les acucie la necesidad de conocer tales cosas.

### 3. ANTONINO PIO

(Julio Capitolino)

- 1 El linaje paterno de Tito Aurelio Fulvo Boyonio  
Antonino Pío<sup>1</sup> procedía de la Galia Transalpina,  
de la ciudad de Nimes, en concreto. Su abuelo fue 2  
Tito Aurelio Fulvo quien, después de haber ocu-  
pado diversos cargos públicos, llegó a alcanzar un  
segundo consulado<sup>2</sup> y la prefectura de la Ciudad. 3  
Su padre fue Aurelio Fulvo que también fue cón-  
sul, hombre austero e íntegro; su abuela materna 4  
fue Boyonia Procila; su madre, Arria Fadila; su  
abuelo materno, Arrio Antonio, dos veces cónsul<sup>3</sup>,  
hombre piadoso y que se compadecía de Nerva por  
haber asumido el poder imperial; su hermana de 5  
madre, Julia Fadila; su padrastro, Julio Lupo, de  
rango consular; su suegro, Anio Vero y su esposa, 6  
Ania Faustina. Tuvo dos hijos varones<sup>4</sup>, dos hijas 7  
y dos yernos, Lamia Silano casado con la hija ma-  
yor<sup>5</sup> y Marco Antonino, casado con la menor<sup>6</sup>.  
Antonino Pío nació el día 13 de las calendas de 8  
octubre en la villa de Lanuvio durante el duodéci-

---

<sup>1</sup> El nombre correcto anterior a la adopción, como se constata en una inscripción, era T. Aurelio Fulvo Boyonio Arrio Antonino.

<sup>2</sup> Su primer consulado fue en el año 85.

<sup>3</sup> Su primer consulado fue en el año 69.

<sup>4</sup> M. Aurelio Fulvo Antonio y M. Galerio Aurelio Antonino, cf. C.I.L., VI, 984 y 989.

<sup>5</sup> Aurelia Fadila.

<sup>6</sup> Ama Galeria Faustina. Para su matrimonio con Marco, cf. 10,2.

mo consulado de Flavio Domiciano y el primero de Cornelio Dolabela. Se educó en Lorio, que se halla ubicada en la vía Aurelia, donde después construyó Antonino un palacio del que aún hoy se conservan ruinas. Pasó su niñez primeramente con su abuelo paterno, luego con su abuelo materno, tratando a todos sus familiares con piadoso afecto, por lo que se vio enriquecido con la legación hereditaria de sus primos hermanos, de su padastro y de muchos parientes. 9

2 Fue un hombre de notable belleza, de preclaro talento, de moderadas costumbres, de expresión noble, de plácido semblante, de carácter singular, de brillante elocuencia, de particular erudición, sobrio y celoso, aficionado al campo, gentil, generoso y respetuoso con lo ajeno, y mesurado y sin presunción en todas estas virtudes, loable, en fin, en todo y digno de ser parangonado con razón con Numa Pompilio a juicio de los hombres de bien. 3 El senado le dio el nombre de Pío porque, ante todos los senadores, ayudaba a levantarse a su suegro ya fatigado por la edad, ofreciéndole su mano (aunque esto no constituye una prueba de piedad tan relevante como para ostentar este título, puesto que es más bien impío quien no realiza estas acciones, que piadoso el que cumple con lo que está obligado), o porque salvó a aquéllos a los que Adriano 4 había obligado a darse la muerte cuando ya se hallaba enfermo, o porque decretó que se tributaran 5 a este emperador, contra la voluntad general, infinitos e inmensos honores después de su muerte, o 6 porque, cuando Adriano intentó suicidarse, consiguió que no lo llevara a efecto merced a que le sometió a una vigilancia intensa y meticulosa, o 7 que fue realmente clementísimo por naturaleza y no realizó durante su vida ninguna maldad. El mismo 8 exigió un interés del 3 por 100 al mes, es decir, un interés mínimo, con la intención de ayudar a muchos con sus bienes personales. Ejerció la cues- 9

tura con liberalidad <sup>7</sup> y la pretura con magnificencia y desempeñó su consulado con Catilio Severo <sup>8</sup>. 10  
 Durante el tiempo que vivió como un simple ciudadano, residió con mucha frecuencia en sus posesiones y dejó buena fama en todos los lugares. 11  
 Adriano le eligió entre los cuatro excónsules encargados de la administración de Italia, confiándole el gobierno de aquella parte de la península donde tenía el mayor número de posesiones de manera que así Adriano velaba por el honor y la tranquilidad de un hombre tan eximio.

- 3 Cuando era gobernador de Italia, le ocurrió un presagio que le anunciaba el imperio pues, al subir a ocupar el tribunal, recibió la siguiente aclamación, entre otras: «Oh Augusto, que los dioses te guarden». Ejerció el proconsulado <sup>9</sup> en Asia con tal recititud que sólo él sobrepasó a su abuelo. Durante el desempeño de dicha magistratura, recibió otro augurio del poder, del modo siguiente: mientras que una sacerdotisa de Trales <sup>10</sup> solía saludar siempre a los procónsules según la costumbre habitual incorporando en el saludo este título, en su caso se equivocó, pues no dijo «Salud, procónsul» sino «Salud emperador». También en Cízico <sup>11</sup> apareció trasladada una corona de la estatua de un dios a la suya. 4  
 Y, después de su consulado, apareció en el jardín un toro de mármol colgado por los cuernos de las ramas de un árbol que había crecido súbitamente; 5  
 un rayo cayó sobre su casa sin dañarle, cuando el

<sup>7</sup> Alrededor del año 111.

<sup>8</sup> L. Catilio Severo, hermano de Plinio, cf. *Epist.*, I,22 III,12. Fue cónsul por segunda vez en el año 120, cf. *Adriano*, 5,6.

<sup>9</sup> Durante el principado recibían el nombre de procónsules, aunque no hubieran sido cónsules, los gobernadores de las provincias senatoriales. Tuvieron a sus órdenes a los *legati* y a los cuestores y, junto al mando del ejército, ostentaban la suprema jurisdicción en materia civil y criminal, asumiendo funciones similares a las del cónsul en la metrópoli.

<sup>10</sup> Ciudad de Lidia.

<sup>11</sup> Ciudad de Frigia.

cielo estaba despejado; en Etruria se encontraron en la superficie de la tierra unas tinajas que anteriormente habían estado enterradas, un enjambre de abejas cubrió las estatuas que le habían erigido a lo largo de Etruria y frecuentemente recibió avisos entre sueños para que incorporara la estatua de Adriano a sus Penates <sup>12</sup>.

Perdió a su hija mayor cuando se dirigía a tomar posesión del proconsulado. Se propalaron muchos rumores sobre su esposa por el excesivo libertinaje y la gran frivolidad con que vivía, rumores que él trató de ocultar con dolor de su espíritu. Después de su proconsulado, habló frecuentemente en las reuniones del consejo de Adriano, en Roma, sobre todos los asuntos que consultaba el emperador, ofreciendo siempre la opinión más benigna.

4 Dicen que la adopción se realizó en la siguiente manera: después de la muerte de Elio Vero, al que Adriano había adoptado y concedido el título de César, se celebraba una sesión en el senado. A ella acudió Arrio Antonino ayudando a caminar a su suegro y por ello, según cuentan, Adriano le adoptó. Pero ésta no pudo, ni debió ser, en modo alguno, la única causa de la adopción, máxime cuando Antonino había desempeñado siempre correctamente sus cargos públicos y se había comportado de una manera irreprochable y digna en el ejercicio de su proconsulado. Así pues, cuando Adriano hizo público que quería adoptarle, aceptó un tiempo para deliberar si quería ser adoptado. La ley de adopción contenía estas cláusulas: que, así como Adriano adoptaba a Antonino, éste debía adoptar,

<sup>12</sup> Los Penates eran los dioses de la casa, a los que se creía dispensadores de todos los bienes que caían sobre la familia. Se los colocaba como si fueran un tesoro en lo más oculto de la casa. Los había públicos y privados. Se les tributaba honor celebrando sacrificios e interrumpiendo la comida diaria para ofrecerles una parte de los alimentos.

a su vez a M. Antonino, hijo de su cuñado y a L. Vero, hijo de Elio Vero, al que adoptó Adriano, recibiendo después el nombre de Vero Antonino. La adopción se llevó a cabo el día 5 de las calendas de marzo y, en la sesión del senado de ese día, agradeció a Adriano los sentimientos que había mostrado hacia él. Se le designó como colega de su padre adoptivo en el poder proconsular y en la potestad tribunicia <sup>13</sup>. Dicen que fue esta la primera frase que pronunció cuando su esposa le criticaba su poca generosidad con los suyos respecto a un asunto que desconocemos: «Necia, después de que he alcanzado el imperio, he perdido incluso lo que antes poseía». Distribuyó un congiario de su propio peculio a los soldados y al pueblo, así como todo lo que les había prometido su padre. Contribuyó con grandes cantidades a las obras emprendidas por Adriano y devolvió a los itálicos todo el oro coronario <sup>14</sup> que había sido ofrecido con motivo de su adopción y, a las provincias, la mitad.

5 Obedeció con gran escrupolosidad a su padre adoptivo mientras este vivió. Pero, después de que murió en Bayas <sup>15</sup>, trasladó piadosa y reverentemente sus restos a Roma y los depositó en los jardines de Domicia, elevándole a la categoría de los dioses a pesar de la oposición general <sup>16</sup>. Dio permiso al senado para que confiriera el título de Augusta a su esposa Faustina. Recibió el título de Pío.

<sup>13</sup> Por el poder proconsular el príncipe ostentaba el mando supremo y la jefatura de las fuerzas armadas y por la potestad tribunicia su persona se hacía inviolable obteniendo el «derecho de auxilio», de «coerción» y de «intercesión». La asunción de los dos poderes, que eran la base del poder imperial, convertían a Antonino Pío en copartícipe del imperio.

<sup>14</sup> Para el nombre de estas coronas, cf. *Adriano*, 6,5 n. 36. Como se advierte aquí, la utilización del oro de este impuesto era más amplia que en origen (para coronas triunfales).

<sup>15</sup> Cf. *Adriano*, 25,6.

<sup>16</sup> *Ibid.*, 27,2.

Aceptó con agrado la asignación de estatuas en honor de su padre, de su madre, y de sus abuelos y hermanos, una vez muertos. No rechazó los juegos circenses que le dedicaron el día de su natalicio <sup>17</sup>, rehusando en cambio otros honores. Ofrendó un escudo de extraordinaria magnificencia para honrar a Adriano e instituyó un colegio sacerdotal <sup>18</sup>.

Al ser elegido emperador, no nombró ningún sucesor para sustituir a los hombres que había promovido Adriano a algún cargo y mostró tanta firmeza que mantuvo a los buenos gobernadores en sus provincias durante siete y nueve años. Afrontó un buen número de guerras valiéndose de sus legados. En efecto, venció a los britanos por medio de su legado Lolio Urbico, quien levantó otro muro de césped <sup>19</sup> tras remover de allí a los bárbaros y, por medio de sus generales y legados, obligó a los mauritanos también a pedir la paz y sometió a los germanos, dacios y otros muchos pueblos, incluyendo entre ellos a los judíos que habían reanudado las hostilidades. Reprimió las sublevaciones que surgieron en Acaya y en Egipto. Refrenó con frecuencia las incursiones de los alanos.

6 Ordenó a sus procuradores cobrar los tributos con moderación, exigió a los que se extralimitaban rendir cuenta de sus actos y nunca se alegró del lucro con que se oprimía a los habitantes de las provincias. Escuchó con agrado a los que le presentaban quejas contra sus procuradores. Pidió en el senado perdón para los condenados por Adriano, asegurando que el propio emperador habría adoptado también esta misma actitud. Llevó la dignidad im-

<sup>17</sup> Se concedió el mismo honor a Adriano, cf. *Adriano*, 8,2.

<sup>18</sup> El de los *Sodales Hadrianales* mencionado en *Adriano*, 27,3.

<sup>19</sup> Su extensión era de 60 kilómetros, desde el río Forth al Clyde.



perial al más alto grado de moderación <sup>20</sup>. Por ello se encumbró aún más en tanto que arreciaban las protestas de los servidores de palacio, que ya no podían en ningún momento aterrorizar a nadie ni vender decisiones que ya se habían hecho públicas <sup>21</sup>, puesto que él no realizaba ya ninguna gestión valiéndose de intermediarios. Fue tan respetuoso con el senado siendo emperador, como deseó que lo fueran otros príncipes con él cuando era un ciudadano particular. Aceptó con muestras de profundo agradecimiento el título de Padre de la patria que la había ofrecido el senado y que en primera instancia rechazó. Durante el tercer año de su gobierno, perdió a su esposa Faustina a la que el senado había divinizado <sup>22</sup>, después de haber decretado en su honor juegos circenses, la construcción de un templo <sup>23</sup>, la institución de un colegio de sacerdotisas y la erección de estatuas de oro y de plata, mientras que él, por su parte, la concedió también el honor de que su estatua se hallara presente en todos los juegos circenses. Aceptó la erección de una estatua de oro que el senado le había concedido. A petición de esta asamblea, nombró cónsul a M. Antonino, que aún era cuestor. Confirió este mismo cargo antes de la edad reglamentaria a Anio Vero, que después recibió el nombre de Antonino. No tomó ninguna decisión ni sobre las provincias, ni sobre empresa alguna, si no la había consultado antes a sus amigos, y redactaba los decretos de acuer-

<sup>20</sup> El texto latino dice *ad summam ciuilitatem*. Para el sentido de este término, cf. I. Lana, *Civilis, ciuilititer, ciuilitas in Tacito e in Suetonio*, «Att. Ac. Sc. Torino», 106, 1972, 465-487.

<sup>21</sup> El texto alude a la práctica de traficar con las decisiones del emperador, valiéndose de su conocimiento para suscitar falsas esperanzas, en latín *fumos uendere*, cf. 11,1; *Alejandro Severo*, 23,8; 36,2.

<sup>22</sup> Esta divinización se constata por muchas monedas en las que aparece acuñado el título de *Diva Faustina*.

<sup>23</sup> La actual iglesia de S. Lorenzo in Miranda.

do con sus opiniones. Por cierto, éstos pudieron 12  
contemplanle ataviado con el atuendo de un ciuda-  
dano normal y realizando ciertos menesteres do-  
mésticos.

7 Gobernó a los pueblos que le estaban sujetos con  
tanto esmero, que cuidaba de todo y de todos como  
si fueran propiedades suyas. Bajo su gobierno pros- 2  
peraron todas las provincias. Los cuadruplicatores <sup>24</sup>  
fueron eliminados. Las confiscaciones de los bienes 3  
nunca fueron tan escasas como durante su reinado  
de tal modo, que sólo se proscribió por orden del  
senado a un individuo, llamado Atilio Ticiano,  
como reo de pretender el trono, ahora bien, Anto-  
nino prohibió que se buscara a los cómplices, pres-  
tando además ayuda incondicional y en múltiples 4  
ocasiones a su hijo. Pereció también Prisciano  
como reo del mismo delito, pero porque se suicidó  
voluntariamente. Y él vetó una investigación sobre  
esta conjura.

Su modo de vivir fue tal, que primaba en él la 5  
magnificencia sin llegar a hacerse criticable y la eco-  
nomía sin caer en la ruindad; y su mesa se proveía  
solamente por sus propios sirvientes, sus pajareros,  
pescadores y cazadores. Puso a disposición del pú- 6  
blico gratuitamente unos baños que habían estado  
a su servicio y en ninguna ocasión cambió ninguno  
de los hábitos que habían presidido su vida priva-  
da. Suprimió los salarios de muchos que veía que 7  
los percibían a pesar de mantenerse ociosos, ale-  
gando que no había cosa más vergonzosa, o inclu-  
so más cruel, que el que arruinaran a la repúbli-  
ca aquellos individuos que no aportaban nada a ella  
con su trabajo. Por esta razón también disminuyó 8  
el salario del poeta lírico Mesomedis. Tuvo un es-

<sup>24</sup> El texto latino dice *quadruplicatores*: son los delatores del delito de usura que se castigaba haciendo devolver el cuádruplo de los intereses percibidos, de donde recibían el nombre.

pecial conocimiento de las cuentas de todas las provincias y de lo que suponían sus rentas. Otorgó a su hija sus bienes patrimoniales privados, pero lo que ellos producían lo entregó al Estado. Vendió los ornamentos imperiales innecesarios y algunas propiedades y vivió en sus propias fincas rústicas, cambiando de una a otra según las distintas estaciones. No realizó ningún viaje, a excepción del efectuado a sus propias posesiones y a Campania, alegando que el cortejo de un emperador, aunque fuera muy sencillo, resultaba gravoso para los habitantes de las provincias. Y, aunque residía en Roma para poder enterarse más pronto de las noticias que llegaban de todas las partes del mundo, por ser el centro del imperio, sin embargo, gozó de un gran prestigio entre todos los pueblos.

8 Distribuyó un congiario al pueblo y añadió un segundo donativo a los soldados. Instituyó en honor de Faustina un colegio de doncellas sufragado con fondos del Estado, a las que dio el nombre de Faustinianas<sup>25</sup>. Subsisten todavía las siguientes obras públicas realizadas bajo su iniciativa: el templo de Adriano en Roma consagrado para honrar a su padre, el Grecoestadio<sup>26</sup>, restaurado después de haberse incendiado, el anfiteatro<sup>27</sup> reconstruido de nuevo, el sepulcro de Adriano<sup>28</sup>, el templo

<sup>25</sup> Se conservan monedas con el título *Puellae Faustinianae*, acuñadas para honrar la memoria de Faustina.

<sup>26</sup> El Grecoestadio o Grecoestasis era, según unos autores, un edificio en el Foro Romano donde los embajadores de las naciones extranjeras se alojaban a costas del Estado durante el tiempo que ejercían su misión: según otros, una especie de plataforma que ocupaban dichos embajadores para asistir a las sesiones del senado. Los restos arqueológicos hallados al Noreste del Palatino (tres columnas corintias con parte de entablamento) no permiten deducir con certeza las características de esta construcción.

<sup>27</sup> Se trata del Coliseo, anfiteatro por excelencia.

<sup>28</sup> El *Mausoleum Hadriani* iniciado por este emperador, cf. *Adriano*, 19,11.

de Agripa, el puente Sublicio <sup>29</sup>; el Faro restaura- 3  
do, el puerto de Cayeta, la reforma del puerto de  
Terracina, los baños de Ostia, el acueducto de An-  
cio y los templos de Lanuvio. Ayudó además con 4  
dinero a un gran número de ciudades, para que rea-  
lizaran nuevas construcciones o restauraran las an-  
tiguas, y ofrecía su ayuda a los magistrados y se-  
nadores de la Ciudad para que pudieran cumplir  
sus funciones. Rechazó las herencias de los que te- 5  
nían hijos. Fue el primero que decretó que no que-  
dara en herencia ninguna legación hecha bajo la  
amenaza de algún castigo. A ningún juez ímprobo, 6  
en vida, le dio un sucesor, excepto a Orfito, pre-  
fecto de la Ciudad, pero a petición propia. En efec- 7  
to, bajo su gobierno se mantuvo en el cargo duran-  
te veinte años el prefecto del Pretorio Gavio Máxi-  
mo, hombre de gran austeridad, al que sucedió Ta- 8  
cio Máximo. Para ocupar su lugar cuando murió,  
Antonino nombró dos prefectos, Fabio Repentino 9  
y Cornelio Victorino; pero a aquél le hundió la di-  
famación de que había alcanzado la pretura por la  
influencia de una concubina del príncipe. Bajo su 10  
reinado ningún senador fue ejecutado, hasta el ex-  
tremo de que incluso un parricida que confesó su  
crimen fue abandonado en una isla desierta, puesto  
que ya no le era lícito vivir de acuerdo con las le-  
yes de la naturaleza. Alivió la escasez de vino, de 11  
aceite y de trigo, comprando estos alimentos inclu-  
samente con perjuicio de su propio tesoro y repartién-  
dolos gratuitamente al pueblo.

---

<sup>29</sup> Se llamaba así cualquier puente construido sobre pilotes de madera, llamados *sublicae*, que se elevaba ocasionalmente para distintos menesteres, v.g., para hacer pasar un ejército sobre un río, tal como se ven en los relieves de la columna de Trajano y de Antonino. El *pons Sublicius* por antonomasia es el situado al pie del Palatino que fue construido por Anco Marco, según la tradición, y que después de su destrucción en la guerra contra Porsena, fue edificado sin clavos a fin de que se pudiera retirar o colocar cada vez que fuera preciso.

9 En su reinado ocurrieron las siguientes calamidades: el hambre de la que ya hemos hablado, el derrumbamiento del circo, un terremoto que destruyó ciudades de Rodas y Asia, a las que reedificó en su totalidad de un modo admirable, y un incendio en Roma que aniquiló trescientas cuarenta manzanas de casas o viviendas. Ardió la ciudad de Narbona, el recinto fortificado de Antioquía y el foro de Cartago. Se inundó el Tíber, apareció un cometa, nació un niño con dos cabezas, y una mujer dio a luz cinco niños en un solo parto. Se vio en Arabia una serpiente con cresta más grande que las ordinarias, la cual, comenzando por la cola, se devoró a sí misma hasta la mitad del cuerpo. Hubo también en Arabia una epidemia. Nació cebada en las copas de los árboles en Mesia. Además de estos prodigios, en Arabia cuatro leones domesticados se ofrecieron espontáneamente para que les capturaran.

El rey Farasmanes <sup>30</sup> vino a Roma a visitar a Antonino y tuvo más deferencias con él que con Adriano. Nombró a Pacoro rey de los lazos. Una carta suya fue suficiente para hacer desistir al rey de los partos <sup>31</sup> de sus ataques a los armenios y bastó también su autoridad para hacer venir de Oriente al rey Abgaro. Puso término a los litigios de los reyes. Rechazó por completo las pretensiones del rey de los partos que volvía a pedir la silla real que Trajano le había arrebatado. Volvió a enviar a Rhoemetalce al reino del Bósforo, después de haberse enterado del pleito que mediaba entre él y Eupator. Envió tropas al Ponto para auxiliar a los habitantes de Olbiópolis contra los tauroscitas y venció a éstos imponiéndoles la obligación de entregar rehenes a los olbiopolitas. Nadie tuvo, ciertamen-

<sup>30</sup> Rey de los iberos, cf. *Adriano*, 13,9.

<sup>31</sup> Volageso III, cf. *Marco*, 8,6.

te, tanta autoridad sobre las naciones extranjeras, a pesar de que siempre amó tanto la paz, que solía repetir con frecuencia aquella frase de Escipión en la que éste afirmaba que prefería salvar a un solo ciudadano antes de matar a mil enemigos.

- 10 El senado decretó que los meses de septiembre y octubre se llamaran respectivamente Antonino y Faustino, pero Antonino rechazó el decreto. Hizo 2  
famosísimas las nupcias de su hija Faustina al des-  
posarse con Marco Antonino <sup>32</sup>, hasta el punto de 3  
distribuir un donativo a los soldados. Nombró cón-  
sul a Vero Antonino después de que ejerció la cues- 4  
tura. En una ocasión en que llamó a Apolonio <sup>33</sup>,  
al que había hecho venir desde Calcis, para que acu-  
diere a la casa de Tiberio donde entonces residía,  
con el fin de confiarle a Marco Antonino, y aquél  
le dijo: «No es el maestro el que debe visitar al dis-  
cípulo, sino el discípulo al maestro», el emperador  
se rió de él con estas palabras: «Le fue más fácil a  
Apolonio venir desde Calcis a Roma que desde su  
casa al palacio». Y censuró la avaricia que él mos- 5  
traba también respecto a sus honorarios. Entre  
otras pruebas de su piedad se puede citar la siguien-  
te frase que dijo, cuando Marco lloraba la muerte  
de su educador y los siervos del palacio le invita-  
ban a que dejara de mostrar su ternura: «Dejadle  
ser hombre, porque ni la filosofía ni el poder ma- 6  
tan los sentimientos». Enriqueció a sus prefectos y  
los galardonó con los distintivos consulares <sup>34</sup>. 7  
Restituyó los bienes de sus padres a los hijos de los  
condenados por concusión, pero con la condición de  
que ellos devolvieran a las provincias los bienes que  
sus padres las habían cobrado. Fue muy propenso 8

<sup>32</sup> *Elio*, 6,9; *Marco*, 6,2; *Vero*, 2,3.

<sup>33</sup> Filósofo estoico, profesor de Marco y Vero, cf. *Marco*, 2,7; 3,1; *Vero*, 2,5. Según *Marco* (2,7) era de Calcedonia; según Dión Casio (LXXI, 351) de Nicomedia.

<sup>34</sup> Cf. *Adriano*, 8,7, n. 43.

al perdón. Organizó unos juegos en los que exhibió elefantes, hienas, tigres y rinocerontes, cocodrilos e hipopótamos, y toda clase de fieras de todas las partes del mundo. Hizo correr también a cien leones acompañados de tigres en una sola carrera.

- 11 Trató a sus amigos cuando gobernaba de la misma manera que cuando era un ciudadano privado, puesto que jamás pudieron vender en complicidad con los libertos ninguno de sus actos de gobierno <sup>35</sup>, suscitando falsas esperanzas, porque fue muy riguroso en el trato con sus libertos. Gustaba de la habilidad de los comediantes. Le causaba gran placer la pesca, la caza, así como pasear y charlar con los amigos. Pasó con ellos las vendimias <sup>36</sup> como un simple particular. Ofreció honores y sueldos a los retóricos y filósofos en todas las provincias. Muchos afirmaron que los discursos que se presentan firmados con su nombre son de otros autores, pero Mario Máximo asegura que fueron suyos. Compartió con sus amigos banquetes privados y públicos, y no realizó ningún sacrificio mediante sustitutos, salvo cuando se encontró enfermo. Cuando pedía distinciones honoríficas para sí o para sus hijos, hizo todos los trámites como si fuera un ciudadano particular. Asistió ordinariamente también él a los banquetes <sup>37</sup> que daban sus amigos. Entre otras muestras de cortesía que pudieran citarse, una es la siguiente: en una ocasión visitaba

<sup>35</sup> Cf. 6,4, n. 21.

<sup>36</sup> El término *vindemia* al que alude el pasaje se aplica literalmente a la recolección de la uva (cf. Varrón *L.L.*, V, 38), pero también a la recolección de otros productos, como las aceitunas (Plinio, *N.H.*, XV,2), la miel (Columela, IX,1,5,1), etc.

<sup>37</sup> Los *convivia* (σύνδειπνα) a los que alude el texto eran unas fiestas o banquetes que tenían lugar a horas regulares, por lo que estaban exentos de la idea de libertinaje o exceso; se diferenciaban de la *comissatio*, que era una orgía prolongada después del *convivium*.

la casa de Hómulo <sup>38</sup> y, asombrado al contemplar unas columnas de púrpura, le preguntó dónde las había comprado, tolerando pacientemente la respuesta que éste le dio: «Cuando vayas a una casa ajena, mantente mudo y sordo». Por lo demás, siempre acogió sin inmutarse numerosas bromas de este individuo.

- 12 Ratificó muchas prescripciones en materia de justicia y se sirvió de hombres concedores del derecho, como Vindio Vero, Salvio Valente, Volusio Meciano, Ulpio Marcelo y Diabolenio. Reprimió las sediciones en cualquier lugar que surgieron, no con crueldad, sino con moderación. Prohibió sepultar a los muertos dentro de las ciudades. Estableció los costos máximos de los juegos gladiatorios. Puso el máximo esmero en aliviar los gastos del servicio de posta. Rindió cuentas de todos sus actos en el senado y por medio de edictos.

Murió a la edad de setenta años, pero se le añoró como a un adolescente. Dicen que su muerte ocurrió así: habiendo ingerido durante la comida queso de los Alpes con gran ansiedad, devolvió por la noche, y al día siguiente la fiebre le dio escalofríos. Al tercer día, viendo que el mal se agravaba, encomendó el Estado y su hija a Marco Antonino en presencia de los prefectos y ordenó que transfirieran a ésta la estatua de oro de la Fortuna que solía colocarse en el dormitorio de los emperadores <sup>39</sup>; a continuación dio al tribuno la contraseña de «Ecuanimidad» y, volviéndose como si fuera a dormir, espiró en Lorio. Enajenado, durante el acceso de fiebre no habló más que de la república y de los reyes con los que se había irritado. Legó a

<sup>38</sup> M. Valerio Homulo, cónsul en el año 152, cf. *Marco*, 6,9.

<sup>39</sup> La veneración a Fortuna de manera especial por los emperadores está constatada desde Galba, cf. *Suetonio*, Galba, 4,3. Véase igualmente *Marco*, 7,3 y *Severo*, 23,5.



su hija sus bienes patrimoniales privados. Sin embargo, en su testamento honró a todos los suyos con mandas adecuadas. 8

13 Fue elegante y de elevada estatura. Pero como era alto y viejo y se iba encorvando, se vendaba colocándose tablillas de tilo en el pecho para andar derecho. También de anciano, antes de que llegaban los clientes<sup>40</sup>, comía pan seco para mantener las fuerzas. Tenía la voz ronca y sonora pero agradable. 2

Fue divinizado por el senado, asintiendo todos a porfía, puesto que todos alababan su piedad, su clemencia, su talento y su probidad. Se le decretaron además todos los honores que antes se habían ofrecido a los mejores emperadores. Se hizo merecedor de un flamen<sup>41</sup>, de juegos circenses, de un templo y de una cofradía de Antoninianos<sup>42</sup> y, por lo que atañe a su actuación personal, fue el único de casi todos los emperadores que gobernó sin derramar ni una gota de sangre de sus conciudadanos ni de sus enemigos y que con razón puede ser comparado con Numa, pues mantuvo siempre la prosperidad, la religiosidad, la serenidad y las costumbres religiosas de éste. 3 4

---

<sup>40</sup> Se llamaban *clientes* a las personas de distinta procedencia que se ponían bajo la protección de un ciudadano (*patronus*) o de un grupo de familias (*gens*). El lazo que unía e inspiraba las relaciones entre ambos era la *fides*. El *patronus* debía ser el protector y los clientes le debían respeto y sumisión. Una de las obligaciones de los clientes, a la que alude el texto, era acudir todas las mañanas a saludar a su patrón en la *salutatio matutina*, después de la cual éste repartía una porción de provisiones (*sportula*).

<sup>41</sup> Cf. Adriano, 27,3, n. 115.

<sup>42</sup> Los *Sodales Antoniniani*, según el texto latino, creación paralela a la de los *Sodales Hadrianales*, *Flaviales*, etc.

#### 4. MARCO ANTONINO, EL FILOSOFO

(Flavio Vopisco Siracusano)

1 Marco Antonino, que se consagró a la filosofía durante toda su vida y sobrepasó a todos los demás emperadores en pureza de vida, fue hijo de Anio Vero, quien murió siendo pretor. Su abuelo fue Anio Vero, que alcanzó el consulado dos veces y la prefectura de la Ciudad, y que fue admitido entre los patricios por los emperadores Vespasiano y Tito cuando eran censores. El cónsul Anio Libón fue su tío y Galeria Faustina Augusta su tía<sup>1</sup>. Su madre fue Domicia Calvila, hija de Calvisio Tulio, que ostentó dos veces el consulado; su abuelo paterno fue Anio Vero, oriundo del municipio de Subcuba, de Hispania, nombrado senador cuando ya había dejado la prefectura; su bisabuelo materno fue Catilio Severo<sup>2</sup>, dos veces cónsul y prefecto de la Ciudad, y su abuela paterna, Rupilia Faustina, hija del consular Rupilio Bono.

Marco nació en Roma, el día 6 de las calendas de mayo, en una quinta situada en el monte Celio, durante el primer consulado de Augur y el segundo de su abuelo. Remontándose a su origen, se comprueba, como afirma Mario Máximo, que su familia arrastra su sangre del rey Numa<sup>3</sup> y del rey Sa-

<sup>1</sup> Cf. *Antonino*, 1,3.

<sup>2</sup> Cf. *Adriano*, 5,10 n. 35.

<sup>3</sup> Numa Pompilio, que sucedió a Rómulo como rey de Roma entre 717-673 y organizó la vida religiosa de la Ciudad.

lentino Malemnio, hijo de Dasumo y fundador de la ciudad de Lupia <sup>4</sup>. Fue educado en el mismo lugar donde nació, y en la casa de su abuelo Vero, situada al lado del templo de Laterano. Tuvo también una hermana menor llamada Ania Cornificia <sup>5</sup> y se casó con una prima hermana suya, llamada Ania Faustina <sup>6</sup>. Durante sus primeros años, Marco Antonino recibió el nombre de Catilio Severo, que era el de su bisabuelo paterno. Pero, al morir su padre, Adriano le dio el nombre de Anio Verísimo, y, después de tomar la toga viril <sup>7</sup>, el de Anio Vero. Una vez muerto su padre, le adoptó y educó su abuelo paterno.

2 Fue ponderado desde los primeros años de su niñez. Pero, cuando sobrepasó los años en que los niños se ven rodeados de las atenciones de sus nodrizas, le confiaron a eximios preceptores y así llegó a conocer los principios de la filosofía. Tuvo como maestros para sus primeros estudios al literato Euforión, al actor cómico Gémino y al músico y geómetra Andrón. A todos ellos les mostró muchísima deferencia como impulsores de dichas disciplinas. Además, frecuentó la escuela de gramática del griego Alejandro Cotiense y de los latinos Trosio Apro, Polión y Eutiquio Próculo de Sica. Aprovechó la enseñanza de los oradores griegos Aninio Macro, Caninio Céler y Herodes Atico <sup>8</sup> y del la-

<sup>4</sup> En la Calabria, al sur de Bríndisi.

<sup>5</sup> Ania Cornificia Faustina, que casó con Umidio Cuadrato.

<sup>6</sup> Cf. *Antonino*, 1,7.

<sup>7</sup> Se llamaba *toga pura* o viril la que llevaban ordinariamente los hombres, confeccionada de lana blanca, sin ningún adorno ni color extraño, Cf. Cicerón, *Att.*, V,20.

<sup>8</sup> T. Claudio Ático Herodes, cónsul en el año 143.

tino Frontón Cornelio <sup>9</sup>. Pero, de entre ellos, con- 5  
 firmó grandes honores a Frontón, para el que llegó  
 a pedir en el senado la concesión de una estatua. A  
 su vez, promovió a Próculo hasta el proconsulado,  
 asumiendo los gastos de su promoción. Se entregó 6  
 con vehemencia al estudio de la filosofía, incluso  
 cuando era aún un niño. En efecto, tras cumplir los  
 11 años, asumió primero el atuendo propio de los  
 filósofos, adquiriendo después su capacidad de  
 aguante, ya que estudiaba envuelto en el palio grie-  
 go y dormía en el suelo, aunque, siguiendo a rega-  
 ñadientes los consejos de su madre, a veces se acos-  
 taba en un lecho cubierto de pieles. Recibió las en- 7  
 señanzas también del filósofo estóico Apolonio de  
 Calcedonia <sup>10</sup>, maestro de Cómodo, que estaba  
 destinado a ser más tarde pariente suyo.

3 Tuvo tanto amor a la filosofía que, aun después  
 de haber sido admitido en la familia imperial, iba a  
 casa de Apolonio a recibir lecciones. Escuchó tam- 2  
 bién a los estoicos Sexto de Queronea, nieto de Plu-  
 tarco, Junio Rústico, Claudio Máximo y Cina Cá-  
 tulo pero, como era aficionado a la escuela peripa- 3  
 tética, escuchó a Claudio Severo, aunque principal-  
 mente a Junio Rústico, a quien reverenció y siguió,  
 porque gozaba de un gran prestigio en tiempo de  
 paz y de guerra, y que era versadísimo en la filo-  
 sofía estoica, con quien compartió todas las de- 4  
 cisiones, fueran públicas o privadas, a quien dio  
 siempre el ósculo de saludo antes que a los prefec-  
 tos del Pretorio, a quien designó también cónsul por  
 segunda vez y para quien el senado pidió estatuas

<sup>9</sup> M. Cornelio Frontón (100-169), originario de Cirta, cónsul en el año 143 d. de C. Fue un célebre orador. Sus escritos descubiertos en los años 1815 y 1823 en las bibliotecas Ambrosiana y Vaticana contienen principalmente la correspondencia con Marco Aurelio, Antonino Pío y varios amigos, además de una serie de disertaciones y un escrito de consolación a Marco.

<sup>10</sup> Cf. *Antonino*, 10,4.

después de su muerte. Fue tanto el honor que tribu- 5  
 tó a sus maestros, que mantenía imágenes suyas  
 de oro en su larario <sup>11</sup> y honraba sus sepulcros acu-  
 diendo a visitarlos y ofreciendo sacrificios y flores. 6  
 Estudió también jurisprudencia escuchando las en-  
 señanzas de Lucio Volusio Meciano. Y dedicó tan- 7  
 to trabajo y esfuerzo a los estudios, que debilitó su  
 cuerpo, aspecto solo por el que mereció represen-  
 sión la etapa de su niñez. Asistió también con fre- 8  
 cuencia a las escuelas públicas de declamadores y,  
 de entre los alumnos que estudiaron con él, estimó  
 principalmente a Seyo Fusciano <sup>12</sup> y Aufidio Vic-  
 torino <sup>13</sup> del orden senatorial, y a Bebio Longo y 9  
 Caleno, del orden ecuestre. Se mostró especialmen-  
 te liberal con ellos, actuando de tal manera que en-  
 riqueció a aquéllos a los que no podía encomendar  
 un cargo público por el modo de vida que llevaban.  
 4 Se educó bajo la protección de Adriano que,  
 como ya dijimos, le llamaba Verísimo y le distin-  
 guió a los seis años con el honor del caballo públi-  
 co <sup>14</sup> y a los ocho le nombró miembro del colegio 2

<sup>11</sup> Nicho o pequeña capilla con frontón triangular que acoge la imagen pintada o la estatua del *lar familiaris* o «espíritu de la familia». Además del *lar* se acogían otras divinidades o genios tutelares venerados por los miembros de la familia, así como aquellos personajes que se habían hecho famosos por su santidad o por otras cualidades, como en este caso. Véase cómo honraba Alejandro Severo a su larario en 29 de su biografía.

<sup>12</sup> Prefecto de la Ciudad con Cómodo, cf. *Pertinax*, 4,3.

<sup>13</sup> C. Aufidio Victorino fue comandante en Germania (cf. 8,8), próconsul en Asia y cónsul por segunda vez en el año 183.

<sup>14</sup> Entre las centurias que formaban la clase ecuestre, 18 tenían un censo superior y recibían del Estado el caballo público (*equus publicus*), es decir, el precio de la compra y sostén del caballo para servir en la caballería. Estos eran los *equites Romani equo publico*, que eran elegidos por los censores, de condición libre, mayores de 18 años y con una renta de 400.000 sesteracios cf. *Adriano*, n. 6. Frente a ellos, estaban los simples caballeros que se procuraban ellos mismos el caballo. Después de Adriano, los emperadores concedieron títulos honoríficos de *equites equo publico*, como en este caso, que suponía una distinción extraordinaria, aunque no era una realidad en cuanto al servicio.

de los Salios <sup>15</sup>. Siendo miembro de este colegio re- 3  
 recibió un presagio sobre su ascenso al poder: en una  
 ocasión, en que, según la costumbre, todos los asis-  
 tentes a un sacrificio lanzaban sus coronas al le-  
 cho <sup>16</sup> de los dioses, mientras que las de otros se ad-  
 hirieron a distintos lugares, la lanzada por él que-  
 dó prendida en la cabeza de Marte como si él la hu-  
 biera colocado con su mano. Fue durante el ejerci- 4  
 cio de este sacerdocio el primero de los danzari-  
 nes <sup>17</sup>, adivino y maestro, y consagró y rechazó a  
 muchos miembros de esta cofradía, sin que nadie  
 le dictara las fórmulas mágicas rituales pues se las  
 sabía todas de memoria. Tomó la toga viril a los 5  
 quince años de edad y en seguida se desposó con  
 la hija de Lucio Ceyonio Cómodo, de acuerdo con  
 los deseos de Adriano. Y no mucho después, reci- 6  
 bió el nombramiento de Prefecto de las Fiestas La-  
 tinas <sup>18</sup>. Durante el ejercicio de este cargo se com-  
 portó con gran distinción en presencia de los ma-  
 gistrados y en los banquetes que ofrecía el empe-  
 rador Adriano. Después, cuando su madre le llamó 7  
 para hacer las particiones entre él y su hermana, en-  
 tregó todo el patrimonio de su padre a ésta y res-  
 pondió que se sentía satisfecho con los bienes que  
 había recibido de su abuelo, agregando que, si así

<sup>15</sup> Cofradía (*sodalitas*) encargada del culto a Marte.

<sup>16</sup> Al *puluinar*, es decir, un colchón o colchoneta que se tendía sobre los lechos o el edredón que los cubría. Por extensión, la palabra designa los lechos ricamente ataviados sobre los que se colocaban las imágenes de los dioses en la fiesta del *lectisternium* para participar del banquete que se les ofrecía.

<sup>17</sup> *Praesul* es cualquier persona que salta o danza a la cabeza de otros (cf. Cicerón, *Div.*, I,26). Por extensión se aplica, como aquí, al jefe de los salios que todos los años recorría la Ciudad danzando y mostrando a la multitud los escudos sagrados (*ancilia*).

<sup>18</sup> Las Fiestas Latinas (*Feriae Latinae*) comenzaron posiblemente con la constitución de la federación de los pueblos del Lacio. Se celebraban anualmente durante tres días, de los que dos se dedicaban a distintos festejos y uno a la celebración de un sacrificio ofrecido por los pueblos federados.

lo quería, entregara su madre también a su hermana el patrimonio que le correspondía a él, para que ésta no fuera más pobre que su marido. Era con- 8  
 descendiente de carácter, de tal manera que algunas veces cedía a la fuerza a salir de caza, asistir al teatro o presenciar otros espectáculos. Se dedicó 9  
 también a practicar la pintura siguiendo las instrucciones de Diogneto. Tuvo afición por el boxeo, las luchas, las carreras, la caza de aves; pero, ante todo, jugaba a la pelota y salía de caza. Pero su pasión 10  
 por la filosofía le apartó de todas estas actividades y le volvió serio y ponderado, aunque no destruyó en él totalmente la afabilidad que mostraba, ante todo, con los suyos, después, con los amigos y, finalmente, con aquéllos a quienes no conocía. Por lo demás, solía ser frugal, aunque de un modo razonable; tímido, aunque no cobarde; y serio, sin caer en la tristeza.

5 En estas circunstancias, cuando Adriano después de la muerte de Lucio César buscaba un sucesor para el trono, porque no consideraba idóneo a Marco, que contaba sólo con diez y ocho años de edad, eligió para la adopción a Antonino Pío, esposo de la tía de Marco, con la condición de que éste adoptara como sucesor suyo a su vez a Marco <sup>19</sup>, y Marco a Lucio Cómodo. Por cierto, el día en que fue 2  
 adoptado Vero <sup>20</sup> soñó que tenía hombros de marfil y, cuando le preguntaron si éstos serían capaces de aguantar el peso, se dio cuenta de que eran más vigorosos de lo que solían ser habitualmente. Sin 3.  
 embargo, cuando se enteró de que Adriano le había adoptado, en lugar de sentir alegría, se sintió contrariado y, cuando recibió la orden de trasladarse al domicilio particular de Adriano, salió de mala

<sup>19</sup> Es un típico ejemplo de error de la Historia Augusta. Confróntase esta afirmación con *Adriano*, 24,1; *Elio*, 6,9 y *Antonino*, 4,5.

<sup>20</sup> Se refiere a Marco, pues éste poseía el nombre de Vero y el de Verísimo otorgado por Adriano, cf. *Adriano*, 1,10.

gana de la villa de su madre. Y, cuando sus criados 4  
 le preguntaron por qué accedía con tristeza a la  
 adopción a la casa real, les enumeró los males que  
 el poder imperial lleva consigo. Fue entonces cuan- 5  
 do, por primera vez, comenzó a llamarse Aurelio  
 en lugar de Anio, porque había pasado por dere-  
 cho de adopción a la familia Aurelia, es decir, a la  
 de Antonino. Así, pues, tras haber sido adoptado a 6  
 los diez y ocho años de edad, durante el segundo  
 consulado de Antonino, ya padre adoptivo suyo,  
 recibió el nombramiento de cuestor a instancia de  
 Adriano pasando por alto su edad. Cuando se tras- 7  
 ladó al palacio imperial después de su adopción,  
 mostró a todos sus familiares el mismo respeto que  
 les había mostrado siendo un simple particular. Y  
 era tan frugal y cuidadoso de sus bienes como ha- 8  
 bía sido en su casa privada, deseando acomodar sus  
 actos, sus palabras y sus pensamientos a las ense-  
 ñanzas de su padre.

6 A la muerte de Adriano en Bayas, mientras Pío  
 partió allí para trasladar sus restos, Marco se que-  
 dó en Roma y cumplió las normas de rigor en ho-  
 nor de su abuelo y, aunque era cuestor, ofreció un  
 espectáculo gladiatorio como si fuera un particular. 2  
 Inmediatamente después de la muerte de Adriano,  
 Pío inquirió de Marco por medio de su esposa si,  
 una vez roto el compromiso de matrimonio que ha-  
 bía adquirido con la hija de Lucio Ceyonio Cómo-  
 do, querría desposarse con (su hija Faustina)<sup>20 bis</sup>  
 a pesar de la diferencia de edad. Y aquél, tras haber  
 reflexionado, dijo que aceptaba. Después de estos 3  
 sucesos, Pío nombró a Marco cónsul como colega  
 suyo, cuando aún era cuestor, le galardonó con el  
 título de César, y, siendo ya cónsul designado, le

<sup>20 bis</sup> Casiodoro estableció aquí una laguna que los editores pretenden completar con *Antonino*, 4,5 y *Vero*, 2,3.



nombró sevir<sup>21</sup> de los escuadrones del orden ecuestre, se sentó a su lado cuando organizó junto con sus colegas los juegos seviraes, le ordenó trasladarse a la casa de Tiberio, le honró, a pesar de su oposición, con todo el boato de la corte y le admitió en los colegios sacerdotales<sup>22</sup> ateniéndose a la voluntad del senado. Le designó también cónsul por segunda vez cuando él asumió por cuarta vez dicha magistratura. Por aquellos mismos tiempos se dedicó a sus estudios con gran pasión, a pesar de que se hallaba ocupado en múltiples tareas y de que asistía a los actos oficiales de su padre para adquirir la formación precisa para gobernar el Estado. Después de esto, tomó por esposa a Faustina y, tras reconocer a su primera hija, recibió la potestad tribunicia, el poder proconsular fuera de la Ciudad<sup>23</sup> y el derecho de hacer cinco proposiciones en el senado<sup>24</sup>. Y adquirió tanto prestigio ante Pío que éste nunca promocionó a nadie de buena gana sin su consejo. Por su parte, Marco se mantenía en la más estricta sumisión a su padre, aunque no faltaban quienes le hacían objeto de algunas murmuraciones, destacándose sobre los demás Valerio Hómulo, quien un día que vio a la madre de Marco, Lucila, que estaba adorando una imagen de Apolo en su jardín, cuchicheó en voz baja: «Ahora está suplicando para que acabes tus días y

<sup>21</sup> Es decir, comandante de uno de los seis escuadrones o *turmae* en que estaban encuadrados los caballeros.

<sup>22</sup> En los de los *Pontifices*, los *Augures*, los *Quindecimviri sacris faciundis*, los *Septemviri epulonum* y probablemente también en los de los *Fratres aruales* y en las cofradías de los *Augustales*, *Faviales* y otros de época imperial, pues el hijo del emperador entraba a formar parte de estos colegios al ser nombrado César.

<sup>23</sup> Cf. *Antonino*, 4,7, n. 13.

<sup>24</sup> Aunque este derecho varió según las épocas, nunca se permitió presentar más de cinco proposiciones, cf. *Pértinax*, 5,6; *Alejandro Severo*, I,3; *Probo*, 12,8.

llegue al gobierno su hijo». Su insinuación no tuvo efecto alguno ante Pío: tan grande era la honradez 10 de Marco y tan grande la moderación con que éste participó en el gobierno imperial.

7 Cuidó tanto su reputación que, cuando era aún un niño, aconsejaba constantemente a sus administradores para que no actuaran con demasiada presunción, y en alguna ocasión rechazó las herencias que le ofrecían, devolviéndolas a los parientes del difunto. Finalmente, vivió durante veintitrés años 2 en el domicilio de su padre con un comportamiento tal, que el amor de éste aumentaba día a día; y, durante tantos años, nunca durmió fuera del palacio, salvo dos noches en distintas ocasiones. Por ello, 3 Antonino Pío, al ver que llegaba el fin de su vida, llamó a sus amigos y a los prefectos y le recomendó a todos ellos confirmándole formalmente como sucesor del trono, e inmediatamente, tras dar al tribuno el santo y seña de «Ecuanimidad», ordenó traladar al dormitorio de Marco la estatua de oro de la Fortuna <sup>25</sup> que solía guardar en el suyo. En 4 entregó parte de sus bienes maternos a Umidio Cuadrato <sup>26</sup>, hijo de su hermana, ya que ésta había muerto. Después de la muerte del divino Pío, al ha- 5 berse visto obligado por el senado a asumir la dirección del Estado, designó a su hermano copartícipe del gobierno, dándole el nombre de Lucio Aurelio Vero Cómodo y le confirió los títulos de César y de Augusto. A partir de entonces, 6 comenzaron a gobernar el Estado simultáneamente y fue entonces cuando el imperio romano comenzó a tener por primera vez dos Augustos <sup>26 bis</sup> ... pues

<sup>25</sup> Cf. *Antonino*, 12,5-6.

<sup>26</sup> M. Umidio Cuadrato, cónsul en el año 167. Fue hijo de Ania Cornificia Faustina (cf. 1,8 y 3,7).

<sup>26 bis</sup> Hay una laguna en el texto. Suplo, según Mommzen, < cum imperium sibi re>lictum.

compartió con otro el imperio que <le habían con-  
fiado a él >. Después, él mismo recibió el nombre  
de Antonino. Y, como si fuera padre de Lucio Có- 7  
modo, no sólo le llamó Vero, añadiéndole el nom-  
bre de Antonino, sino que desposó a su hija Lucila 8  
con él, a pesar de que legalmente era hermano suyo.  
Para celebrar esta unión, ordenaron que los niños  
y niñas de corporaciones de nueva creación <sup>27</sup> se  
inscribieran para recibir una ración de alimentos. 9  
Así, pues, después de que llevaron a cabo los actos  
que tenían que realizar en el senado, se dirigieron  
juntos al cuartel de los pretorianos y, para celebrar  
el reparto del poder, prometieron veinte mil sester-  
cios a cada uno de los soldados y una suma equi-  
valente al resto de los militares. Enterraron el cuer- 10  
po de su padre en el sepulcro de Adriano <sup>28</sup>, ho-  
menajeándole con fastuosas honras fúnebres. Des-  
pués, en el día de luto que siguió, se organizó una  
procesión para celebrar los funerales públicos. Y 11  
ambos emperadores pronunciaron elogios fúne-  
bres <sup>29</sup> por su padre en la tribuna de los oradores  
y nombraron en su honor un flamen y cofrades Au-  
relianos <sup>30</sup>, eligiendo a aquél entre sus parientes y  
a éstos entre sus amigos más íntimos.

8 Cuando alcanzaron el poder ambos emperado-  
res, se portaron con tanta civilidad que nadie echó  
en falta la dulzura de Pío, dándose la circunstancia  
de que un mimógrafo de su tiempo llamado Maru-  
lo les hostilizaba con sus mofas, sin que fuera cas-

<sup>27</sup> Serían corporaciones similares a las *puellae alimentariae Faustianae* creadas por Antonino Pío, cf. *Antonino*, 8,1.

<sup>28</sup> *Adriano*, 19,11.

<sup>29</sup> Un tipo de oratoria que se practicó en distintos pueblos. En Grecia se echó mano de ella para elogiar a los muertos por la patria. En Roma se utilizó como pretexto para exaltar a personajes e ideales políticos determinados y como dedicación póstuma a los familiares desaparecidos.

<sup>30</sup> Son los llamados *Sodales Antoniniani*, cf. *Antonino*, 13,4 y *Adriano*, 27,3, n. 113.

tificado por ello. Ofrecieron unos juegos gladiato- 2  
 rios funerarios en honor de su padre. Marco se en- 3  
 tregaba por completo al estudio de la filosofía y se  
 ganaba el amor de los ciudadanos. Pero interrumpió 4  
 esta felicidad y seguridad del emperador la primera  
 inundación del Tíber, la más grave que ocurrió en  
 aquellos tiempos, pues conmovió muchos edificios  
 de la Ciudad, mató a muchos animales y provocó  
 una escasez de alimentos que originó gravísimas  
 consecuencias. Marco y Vero 5  
 aliviaron todos estos males con su solicitud y su  
 asistencia personal. En aquel tiempo estalló tam- 6  
 bién la guerra contra los partos que Vologeso ha-  
 bía estado preparando ya bajo el reinado de Pío <sup>31</sup>,  
 aunque la declaró formalmente en época de Marco  
 y Vero, después de que obligó a huir a Atidio Cor-  
 neliano que entonces gobernaba Siria. Era inminen- 7  
 te también la guerra en Bretaña y los catos se ha-  
 bían introducido en territorio de Germania y Re-  
 cia. Se envió a Calpurnio Agrícola <sup>32</sup> contra los bri- 8  
 tanos y a Aufidio Victorino <sup>33</sup> contra los catos. En 9  
 cambio, a la guerra contra los partos se envió a su  
 hermano Vero con el consentimiento del senado,  
 mientras que él se quedó en Roma, porque los pro-  
 blemas de la Ciudad exigían la presencia de un em-  
 perador. Por cierto, que Marco agasajó a Vero 10  
 acompañándole desde el senado hasta Capua junto  
 con una comitiva de amigos, a la que se sumaron los  
 jefes de todos los cargos de la administración. Pero, 11  
 cuando Marco llegó de regreso a Roma y se enteró  
 de que Vero se hallaba enfermo en Canusio, <sup>34</sup>, acu-  
 dió a visitarle después de haber hecho votos por él  
 en el senado, votos que cumplió tan pronto como

<sup>31</sup> *Antonino*, 9,6.

<sup>32</sup> Se le menciona en las inscripciones de Bretaña.

<sup>33</sup> Cf. 3,8.

<sup>34</sup> Es la actual Canosa, en Apulia, cf. *Vero*, 6,7.

regresó a Roma y se enteró de que Vero se había hecho a la mar. Este, ciertamente, después de que llegó a Siria, vivió entregado a una vida licenciosa en las ciudades de Antioquía y Dafne y se ejercitó en las luchas de gladiadores y en cacerías, siendo entonces cuando recibió el título de *imperator*<sup>35</sup>, aunque hacía la guerra con los partos por medio de sus legados, mientras que Marco se entregaba sin descanso a las actividades que exigía el gobierno y soportaba con paciencia, y casi con gusto y hasta deseándolo, la vida placentera de su hermano. En fin, fue Marco quien, desde su residencia en Roma, planeó y ejecutó todo lo necesario para la continuación de la guerra.

9 Estacio Prisco acabó con éxito la guerra en Armenia después de tomar Artaxata y se propuso para los dos emperadores el título de Arménicos. Marco rechazó dicho título inicialmente por modestia, pero después lo aceptó. Al acabar la guerra con los partos, los dos recibieron el título de Párticos. Marco también rehusó este ofrecimiento aunque posteriormente aceptó el título. Por otra parte, rehusó también el título de Padre de la patria que le habían ofrecido en ausencia de su hermano, hasta que éste volvió a Roma. En el transcurso de esta guerra acompañó hasta la ciudad de Bríndisi a Cívica<sup>36</sup>, tío paterno de Vero, y a su hija a la que, a punto ya de contraer matrimonio, había confiado a su hermana después de haberla entregado una riquísima dote. La envió a Vero y se volvió inmediatamente a Roma, requerido por los rumores de quienes aseguraban que Marco quería reivindicar para sí la gloria de haber acabado la guerra y que por ello mar-

<sup>35</sup> «Emperador», «caudillo», título que solían recibir los generales después de una victoria y que suponía la concesión del triunfo.

<sup>36</sup> M. Ceyonio Cívica Bárbaro, cónsul en el año 157, un hermano de L. Elio César.

chaba a Siria. A continuación escribió una carta a 6  
los procónsules para que nadie saliera a recibir su  
hija <sup>37</sup> durante su viaje.

Mientras tanto, protegió las causas destinadas a 7  
defender la libertad de tal modo que fue el primero  
que ordenó a todos los ciudadanos registrar ante  
los prefectos del tesoro de Saturno <sup>38</sup> el nacimiento  
de sus hijos e imponerlos el nombre en el plazo de 8  
treinta días después de su nacimiento. Impuso en  
las distintas provincias el uso de archivos públicos  
ante los cuales se debía seguir el mismo procedi-  
miento para el registro de los nacimientos que se se-  
guía en Roma, con el fin de que cualquier ciuda-  
dano pudiera sacar de ellos las pruebas testimonia-  
les, si por casualidad entablaba en su provincia un 9  
proceso respecto a su condición de hombre libre.  
Apoyó todos los términos de esta ley sobre la rei-  
vindicación de la condición de hombre libre y dic-  
taminó otras leyes sobre los banqueros y sobre las  
subastas públicas.

10 Designó al senado como juez para muchas inves-  
tigaciones y, muy en especial, para aquéllas que  
eran de su jurisdicción. Ordenó también que las in-  
vestigaciones sobre la condición de los fallecidos se  
realizaran en el plazo de cinco días. Ningún empe-  
rador mostró mayor respeto que él hacia el sena-  
do. Sin embargo, para conferir aún más honor a  
esta asamblea, delegó la resolución de determina-  
dos problemas a muchas personas de rango preto-  
riano y consular que en esos momentos no eran  
magistrados, con el fin de que se aumentara más su  
prestigio con el ejercicio de la jurisprudencia. Eli-  
gió como senadores a muchos de sus amigos otor-  
gándoles el rango de ediles o pretores. A muchos 4

<sup>37</sup> Lucila, cf. 7,7; *Vero*, 7,7.

<sup>38</sup> El templo de Saturno contenía el tesoro público (*aerarium*). En él se guardaba el producto de las rentas anuales, las cuentas públicas, los decretos del senado y los estandartes de las legiones.

senadores que eran pobres pero honestos les concedió la dignidad de tribunos o de ediles. Y no eligió a nadie para el orden senatorial sin conocerlo bien. Con los senadores tuvo también la delicadeza de estudiar en secreto los casos en que había que decidir sobre la pena capital de alguno de ellos y de hacer pública la decisión sólo después de haberla estudiado adecuadamente, y no permitió que los caballeros romanos intervinieran en estos procesos. Por otra parte, siempre que le fue posible, asistió a las sesiones del senado si se encontraba en Roma, aunque no hubiera ninguna proposición que someter a consulta; ahora bien, cuando quería hacer alguna propuesta, la presentaba personalmente aunque tuviera que venir desde Campania. Además, frecuentemente permaneció en los comicios <sup>39</sup> incluso hasta bien entrada la noche y nunca se retiró de la Curia <sup>40</sup>, antes de que el cónsul hubiera dicho: «No os detenemos más tiempo, senadores». Designó al senado como juez de las apelaciones hechas por el cónsul.

Mostró una especial atención en la administración de la justicia. Añadió los días «judiciarios» al calendario, fijando así en doscientos treinta los días del año destinados al estudio de causas y discusión de litigios. Fue el primero que instituyó el cargo de

---

<sup>39</sup> Con el término de comicios (*comitia*) se designan las diferentes asambleas del pueblo que, junto con las magistraturas y el senado constituían los tres órganos de gobierno del Estado Romano. En ellas tenían lugar los grandes debates políticos. De los votos que se sacaban en ellas dependía el nombramiento de los magistrados y ostentaban atribuciones judiciares importantes; pero durante el imperio su papel legislativo y electoral es puramente formal, careciendo ya de competencia judicial.

<sup>40</sup> La *Curia* en su origen era una sala común o plaza donde los ciudadanos romanos se reunían para intercambiar problemas. Luego se aplicó esta palabra al edificio donde se reunía el senado. Hubo varias: la *Hostilia*, la *Iulia*, la *Pompeia*. Donde habitualmente se reunía el senado era en la primera.

pretor tutelar <sup>41</sup>, para que en adelante se tratara con más celo el problema de los tutores, ya que hasta entonces éstos eran designados por los cónsules. En 12 cambio, estableció que todas las personas adultas pudieran aceptar administradores sin tener que exponer las causas de su decisión, mientras que hasta entonces el nombramiento de aquéllos se había realizado sólo en caso de incontinencia o de locura, siguiendo las cláusulas de la ley Pletoria <sup>42</sup>.

- 11 Se preocupó también de los gastos públicos y acabó con las calumnias de los cuadruplicatores, marcando con una nota infamante a los falsos acusadores. Despreció las delaciones que enriquecían al fisco. Encontró prudentes medidas para la distribución de los alimentos públicos. Por decisión del senado concedió procuradores a muchas ciudades, para ampliar aún más los cargos senatoriales. En 3 tiempo de hambre distribuyó trigo entre los ciudadanos de Italia, sacándolo de los graneros de Roma y veló porque el aprovisionamiento de grano fuera completo. Moderó con todo tipo de medidas los 4 combates de gladiadores. Moderó también los donativos que se hacían a los actores ordenando que éstos recibieran sólo cinco piezas de oro y que ningún promotor de espectáculos sobrepasara los diez 5 áureos. Vigiló cuidadosamente las travesías de Roma y de los caminos. Adoptó con rigurosidad las medidas precisas para el aprovisionamiento de trigo.

<sup>41</sup> Este oficio fue instituido después de la muerte de Vero en el año 169. El primero que ostentó el cargo fue Arrio Antonino, según consta en una inscripción, cf. C. I. L. V, 1874 = Dessau 1118.

<sup>42</sup> Los manuscritos dan *letoria* P y *lectoria* Σ. Acepto *Plaetoria*, conjetura propuesta por Jordan, aceptada por Magie. La ley *Plaetoria de circumscriptione adolescentium* de 186 a. de C. amparaba a los púberes menores de veinticinco años, castigando a aquéllos que, abusando de su inexperiencia, les indujeran a realizar negocios jurídicos perjudiciales. Existe una laguna en el texto.



Se preocupó de los jueces que había nombrado 6  
 para Italia, siguiendo el ejemplo de Adriano <sup>43</sup>,  
 quien había encargado ejercer la justicia a personas 7  
 que ostentaban el rango consular. Veló con discre-  
 ción por las provincias de Hispania que estaban ex-  
 haustas por las levas de colonos itálicos... <sup>43 bis</sup> con- 8  
 traviniendo las disposiciones de Adriano y Trajano.  
 Promulgó también leyes sobre los impuestos de la  
 vigésima parte de las herencias, sobre las tutelas de  
 los libertos, sobre las propiedades que las madres  
 recibían por herencia así como sobre las herencias  
 de los hijos a la parte que le correspondía a su ma-  
 dre, y para que los senadores que no fueran de Ita-  
 lia poseyeran en la península la cuarta parte de sus  
 bienes. Dio además a los comisarios encargados de 9  
 los distritos y de las calles poder para castigar a  
 quienes habían exigido a alguien impuestos que ex-  
 cedieran lo establecido o para entregarlos al prefec-  
 to de la Ciudad, a fin de que fuera él quien los cas-  
 tigara. Con todo, se dedicó a restaurar la antigua ju- 10  
 risprudencia más que a establecer otra nueva. Man-  
 tuvo a su lado prefectos, a cuya autoridad y expe-  
 riencia siempre se atuvo para la promulgación de le-  
 yes. Pero se sirvió sobre todo de Escévola, hombre  
 muy experimentado en la jurisprudencia.

12 Tuvo con el pueblo un comportamiento similar  
 al que se muestra en un Estado libre. Actuó con 2  
 gran moderación en todo, intentando apartar a los  
 hombres del mal, iniciarlos en el bien, remunerar-  
 los con riquezas y perdonarlos indulgentemente, e  
 hizo de los malos buenos y de los buenos buenísi-  
 mos, y sobrellevó también pacientemente las iron-  
 nías de algunos individuos. En efecto, en una oca- 3  
 sión en que aconsejaba a un tal Vetrasino, que a pe-

<sup>43</sup> Cfr. *Adriano*, 22,13; *Antonino*, 2,11.

<sup>43bis</sup> Existe una laguna en el texto. Adopto la lectura de *Bal: Tra<ia-  
 ni Hadria> nique* (cf. *Adriano*, 12,4).

sar de su mala reputación le pedía un cargo, para que se defendiera de la opinión que el pueblo tenía de él y aquél le contestó diciendo que veía entre el rango de pretores a muchos de los que habían luchado con él en el circo, aguantó pacientemente la respuesta. Y, para no castigar a cualquiera a la ligera, en lugar de ordenar que pidiera el cese de su cargo a un pretor que había ejercido mal algunas de sus funciones, confió la administración de la justicia a un colega suyo. Nunca favoreció al fisco con su juicio en los procesos por lucro. Realmente, aunque era firme, se mostraba también razonable.

Después de que su hermano volvió victorioso de Siria, se decretó para ambos el título de Padre de la patria, puesto que Marco durante la ausencia de Vero se había comportado con extraordinaria consideración con todas las personas, fueran senadores o particulares. Se les ofreció a ambos la corona cívica <sup>44</sup>, además de otros honores; Lucio pidió que Marco obtuviera el triunfo con él y que, además, sus hijos <sup>45</sup> recibieran el nombre de Césares. Pero Marco fue tan modesto que, aunque había desfilarado triunfalmente con Lucio, solamente después de la muerte de éste se dejó llamar Germánico, título que había conseguido para sí en esta guerra que no había compartido con otro. Ahora bien, en la procesión triunfal llevaron consigo a los hijos de Marco de ambos sexos, incluso a las muchachas aún vírgenes. Asistieron también a los juegos decretados para honrar el triunfo vistiendo la indumentaria

<sup>44</sup> Era la corona que se le ofrecía a un soldado romano como premio por haber salvado la vida de un conciudadano y haber dado muerte al enemigo. Al principio la confería el ciudadano salvado, luego el emperador.

<sup>45</sup> Marco Aurelio Cómodo y M. Anio Vero. La ceremonia se realizó el 12 de octubre del año 166, cf. *Cómodo*, 1,10; 11,13.

triumfal <sup>46</sup>. Entre otras manifestaciones de su piedad, hay que reseñar también este acto de prudencia: ordenó que se colocaran colchonetas debajo del lugar donde actuaban unos funámbulos, pues algunos muchachos se habían caído de la cuerda. Esta es la razón por la que todavía actualmente se coloca debajo una red.

Mientras se luchaba contra los partos, surgió la guerra marcománica, que se había suspendido durante mucho tiempo por la habilidad de los que participaban en ella, para poderla activar de nuevo una vez que hubiera acabado ya la de Oriente. También, tras hacer ciertas alusiones al pueblo sobre esta guerra en unos momentos en que cundía el hambre, presentó una moción en el senado a la vuelta de su hermano, que había estado ausente cinco años, asegurando que eran necesarios los dos emperadores para dirigir la guerra contra Germania.

13 Fue tan grande el terror que suscitó la guerra contra los marcomanos, que Antonino mandó llamar sacerdotes de todas las partes, practicó ritos extranjeros y purificó Roma con todo tipo de sacrificios; y, habiendo retrasado por estas circunstancias su salida para emprender la guerra, celebró también durante siete días un «lectisternio» <sup>47</sup> siguiendo el rito romano. Sin embargo, surgió una 3

<sup>46</sup> Una toga pintada (*picta*) y una túnica bordada (*palmata*), un cetro con la imagen de un águila, una guirnalda de hojas de laurel y una corona de oro.

<sup>47</sup> Un *lectisternium*, banquete de gran suntuosidad ofrecido a los dioses, tras sacar las imágenes de sus nichos, eran colocadas sobre lechos delante de una mesa provista de los más delicados platos que preparaban los *Epulones*, sacerdotes que presidían los festines de los sacrificios. La forma más solemne de los lectisternios deriva de Grecia, aunque los latinos también tomaron modelos de Etruria. L. Q. Stella, *La civiltà Micenica nei documenti contemporanei*, 1965, p. 237. C. Pascal (*De lectisterniis apud Romanos*, «Riv. di Filol.», 22, 1894, pp. 272-279) los relaciona con ritos iraníes y griegos.

- epidemia tan grande que los cadáveres se transportaron en distintos vehículos y carruajes. Los Antoninos promulgaron entonces leyes severísimas respecto a la inhumación y a las sepulturas, pues prohibieron que nadie las construyera a su gusto, reglamentación que se observa todavía hoy. Por cierto, dicha epidemia acabó con muchos miles de personas, muchas de ellas de entre los primeros ciudadanos, y Marco Antonino dispuso que se erigieran estatuas en honor de los más prestigiosos. Y fue tanta su bondad que ordenó sepultar los cadáveres de los más pobres, incluso a costas del fisco, y perdonó, después de haber confesado su impostura cuando le llevaron a su presencia, a un impostor que, buscando el momento oportuno para saquear la ciudad acompañado de otros cómplices, arengaba a la plebe desde una higuera salvaje en el Campo de Marte, asegurando en su discurso que iba a caer fuego del cielo y que sobrevendría el fin del mundo si se caía del árbol y se convertía en cigüeña, dándose la circunstancia, en efecto, de que se cayó del árbol en el momento señalado y que al caerse dejó escapar una paloma que tenía en el pliegue de la toga.
- 14 Los dos emperadores, ataviados con el manto de generales <sup>48</sup>, se pusieron en marcha para atacar a los victuales y a los marcomanos que promovían todo tipo de tumultos y a otros pueblos que habían huido presionados por los bárbaros más alejados y que estaban dispuestos a la guerra, sino se les recibía en nuestras provincias. La expedición alcanzó gran éxito puesto que llegaron hasta Aquileya. En efecto, la mayor parte de los reyes se retiraron con sus pueblos y dieron muerte a los autores de la sedi-

<sup>48</sup> Es decir, *paludati*, vestidos con el *paludamentum*, manto militar que los generales y oficiales superiores llevaban por encima de su armadura. Era más amplio que el sayo (*sagum*), de un tejido más fino y de más ricos coloridos, blanco, escarlata o de púrpura.

ción. Los cuados, sin embargo, tras la pérdida de 3  
 su rey, afirmaban que no aceptarían al candidato  
 propuesto para sustituirle hasta que nuestros em- 4  
 peradores no hubieran dado su asentimiento. No  
 obstante, Lucio marchó a regañadientes, dado que  
 la mayor parte de estos pueblos habían enviado  
 mensajeros a los legados de los emperadores para 5  
 pedir perdón por la sublevación. Más aún, pensaba  
 que era preciso volver, puesto que había muerto el  
 prefecto del Pretorio, Furio Victorio, y una parte  
 del ejército había perecido. Marco, por el contra-  
 rio, pensaba que había que atacarlos por conside-  
 rar que los bárbaros fingían la huida y otras arti-  
 mañas que pudieran hacer creer que estaban al mar-  
 gen de la guerra, para que no cayera sobre ellos  
 aquél ejército tan bien equipado. Finalmente, des- 6  
 pués de haber pasado los Alpes, avanzaron aún más  
 y tomaron todas las medidas necesarias para la de-  
 fensa de Italia y del Ilírico. Sin embargo, cediendo 7  
 a las presiones de Lucio, ordenó que éste regresara  
 a Roma, después de haber enviado una carta al se-  
 nado. Y, a los dos días de haberse puesto en cami- 8  
 no, Lucio pereció de un ataque de apoplejía, cuan-  
 do viajaba sentado con su hermano en un carruaje.

15 Marco Antonino tenía la costumbre de leer, de  
 escuchar informes y de sellar documentos durante  
 los juegos del circo. Por ello, según dicen, fue fre-  
 cuentemente zaherido por chanzas populares. Los 2  
 libertos Gémino y Agaclito <sup>49</sup>, gozaron de gran in-  
 fluencia bajo el gobierno de Marco y de Vero.

Marco fue de una bondad tal que ocultó y excu- 3  
 só los vicios de Vero a pesar de que le causaban pro-  
 fundo malestar, le otorgó el título de «divino» des-  
 pués de su muerte, le honró con muchísimos sacri-  
 ficios, y ayudó y promocionó a sus tías y a sus her-  
 manas decretando para ellas distintos honores y

<sup>49</sup> Cf. *Vero*, 9,3.

asignaciones, y honró su memoria multiplicando las  
 ceremonia religiosas. Le dedicó un flamen y cofra- 4  
 des Antoninianos <sup>50</sup>, y le rindió todos los honores  
 que se tributan a los emperadores divinizados. No 5  
 hay ningún príncipe que no se vea salpicado por la  
 mala fama, de manera que también sobre él se di-  
 fundió el rumor de que había dado muerte a Vero,  
 bien mediante la aplicación de un veneno cortando  
 una tetina de cerdo con un cuchillo por el lado que  
 previamente había sido envenenado y dándole a com-  
 er la parte envenenada mientras que se reservaba  
 para sí la parte inofensiva, bien mediante la utiliza- 6  
 ción de los servicios del médico Posidipo que, se-  
 gún cuentan, le hizo una sangría antes de tiempo.  
 Después de la muerte de Vero, Casio se reveló con-  
 tra Marco <sup>51</sup>.

Luego éste fue tan bondadoso con los suyos que  
 ofreció a todos sus parientes todo tipo de distin-  
 ciones y cargos y confirió enseguida el nombre de  
 César a su hijo Cómodo —hombre criminal y de-  
 pravado—, a continuación el sacerdocio, e inme-  
 diatamente después el título de emperador, la par-  
 ticipación en su triunfo y el consulado. Precisamen- 2  
 te entonces sin... <sup>51 bis</sup> el emperador corrió a pie en  
 el circo junto al carro triunfal de su hijo.

Después de la muerte de Vero, Marco Antonino 3  
 gobernó sólo la nación mucho mejor que lo había  
 hecho antes y mostrándose más virtuoso, puesto 4  
 que ya no se veía embarazado por ninguno de los  
 extravíos que Vero solía disimular y que se debían  
 a su fingida gravedad, por la que sufría como por  
 un vicio congénito, ni por aquellos otros vicios que  
 disgustaban de un modo especial a Marco Antoni-

<sup>50</sup> Cf. *Adriano*, 27,3 y *Antonino*, 13,4.

<sup>51</sup> En el año 175, cf. 25,6; *Avidio Casio*, 7 ss.

<sup>51 bis</sup> Existe una laguna con el texto. *Helm* lee *sine <insignibus> vel sine <purpura>* «sin las insignias» o «sin el manto de púrpura».

no y que poseía ya desde sus primeros años, ni por los principios que regían su mente depravada, ni por su modo de vivir. En efecto, poseía una calma tan grande que nunca cambió su rostro ni por la tristeza ni por la alegría, ya que seguía los principios de la filosofía estoica que había aprendido de los mejores maestros y que él había espigado por su cuenta en todas las fuentes posibles. Por otra parte, también Adriano le hubiera nombrado su sucesor, si no lo hubiera impedido su juventud, lo que se prueba por el hecho de que le escogió como yerno de Pío, para que ocupara algún día el imperio romano, ya que era persona que merecía tal cargo.

- 17 Así pues, desde entonces gobernó las provincias con gran moderación y bondad. Llevó a cabo con éxito la guerra contra los germanos. Puso fin personalmente, gracias a su valor y a la fortuna, a la guerra marcománica que revistió caracteres especiales y que fue de tal magnitud como no se recordaba otra igual, además de que coincidió con el momento en que una terrible peste estaba acabando con muchos millares de ciudadanos y de soldados <sup>52</sup>. Liberó de la esclavitud a las provincias de Panonia, después de haber destruido a los marcomanos, sármatas, vándalos y cuados y celebró en Roma el triunfo <sup>53</sup> con su hijo Cómodo al que ya había nombrado César, como ya dijimos. Mas, como había agotado todo el tesoro para llevar a cabo esta guerra y no tenía la intención de ordenar a las provincias que aportaran ningún impuesto ex-

<sup>52</sup> Cf. 13,3.

<sup>53</sup> El triunfo era una gran procesión (*pompa*) triunfal militar con la cual un general victorioso y sus tropas entraban en la Ciudad después de haber acabado una guerra importante. El cortejo entraba por la puerta triunfal y atravesaba los lugares más céntricos de la Ciudad hasta llegar al templo de Júpiter Capitolino.

traordinario, hizo una subasta pública de los ornamentos imperiales en el foro del divino Trajano y en ella vendió copas de oro, de cristal y de murra, vasos reales, vestidos de seda y oro de su esposa, y aún más, numerosas piedras preciosas que había encontrado en el tesoro privado de Adriano. Esta venta se prolongó durante dos meses y reunió tal cantidad de dinero que, después de haber conseguido finalizar la guerra marcománica, como había resuelto, facultó a los compradores para que pudieran devolver lo comprado y recuperar el oro si así lo quería. Y no se enojó con ninguno de aquéllos que no devolvieron lo comprado ni con los que lo devolvieron. Entonces permitió a los ciudadanos más distinguidos exhibir en sus festines el mismo lujo que exhibía él en los suyos y utilizar una servidumbre parecida a la que él utilizaba. Se mostró tan magnánimo en los espectáculos públicos que presentó en una sola cacería simultáneamente un centenar de leones que fueron abatidos a saetazos.

18 Murió a los sesenta y un años, después de un reinado de dieciocho años, durante los que gobernó siendo amado por todos los ciudadanos que le estimaban y le llamaban hermano, padre o hijo, según la edad de cada uno. Y en el día de su funeral se hizo tan evidente el grandísimo amor que se le profesaba, que nadie consideró que había que llorarle, pues todos tenían la certeza de que había sido un regalo de los dioses y que por ello había vuelto junto a ellos. Finalmente, antes de sepultar su cadáver, como dicen muchos escritores, ocurrió algo que no había ocurrido antes, ni ocurriría posteriormente, que el pueblo y el senado le nombraron dios propicio tras haberse reunido, no por separado, sino en un único lugar.

Este hombre tan grande, tan bueno y que estuvo tan unido a la divinidad durante su vida y cuando murió, dejó un hijo llamado Cómodo: si hubiera sido realmente feliz, no hubiera dejado descendentes.



cia. No fue suficiente que todo el mundo, sin distinción de edad, de sexo, de condición y de rango social le tributara honores divinos, porque llegó a considerarse sacrílego a todo aquél que no tenía en su casa una estatua suya si, por su fortuna, podía o debía haberla adquirido. En fin, hoy en día se encuentran en muchas casas estatuas de Marco Antonino entre los dioses Penates <sup>54</sup>. Y hubo también quienes adivinaron acontecimientos futuros y que ocurrieron realmente, asegurando que él había predicho muchos de ellos entre sueños. Por ello, también se le construyó un templo, se le asignaron sacerdotes Antoninianos, sodales, flámenes y todo lo que la antigüedad decretó para las personas sagradas <sup>55</sup>.

- 19 Algunos dicen, y ello parece verosímil, que Cómodo Antonino, su hijo y sucesor, no fue engendrado por él, sino que nació a causa de un adulterio, y urden la siguiente historieta, basándose en los rumores del vulgo: que Faustina, la hija de Pío y esposa de Marco, habiendo visto en cierta ocasión pasar a unos gladiadores, se enamoró ardientemente de uno de ellos y luego reveló a su marido este amor cuando se hallaba postrada por una larga enfermedad; que los caldeos <sup>56</sup>, al relatarles Marco el caso opinaron que, tras hacer morir al gladiador, Faustina debía bañarse en su sangre y acostarse seguidamente con su esposo; y que, después de haber ejecutado su consejo, la reina se vio libre, en efecto, de dicha pasión, si bien dio a luz a Cómodo, que fue un gladiador, no un príncipe, puesto que, cuando fue emperador, luchó públicamente

<sup>54</sup> Divinidades del fuego, a las que se ofrecía una parte de los alimentos durante la comida, cf. *Antonino*, 3,5, n. 12.

<sup>55</sup> Cf. *Adriano*, 27,3.

<sup>56</sup> Pueblo de raza semita perito en la astrología. Los judíos dieron este nombre también a los astrólogos y los romanos llamaban así a astrólogos y adivinos.

ante la espectación de las masas en casi un millar de combates gladiatorios, como se mostrará en su vida. Esta historia se considera más verídica, sin 6  
duda, porque el hijo de un príncipe tan virtuoso observó una conducta como no la había observado ningún maestro de esgrima, ningún histrión, ningún esclavo del circo, o ningún individuo engendrado de la escoria del deshonor y del crimen. Por otra parte, 7  
muchos escritores aseguran que Cómodo nació realmente de un adulterio porque está suficientemente comprobado que Faustina, cuando estuvo en Gaeta, escogió como amantes a marineros y gladiadores. Cuando a Marco Antonino le hacían comentarios sobre ella con el fin de que la repudiara, 8  
si no la condenaba a muerte, dicen que contestó: «Si repudio a mi esposa, tendré que devolver también la dote». Pero ¿qué otra cosa se consideraba 9  
como dote, sino el imperio que él había recibido al ser adoptado por su suegro y por la voluntad de Adriano? En verdad, la vida de un príncipe irreprochable, su santidad, su serenidad de alma y su piedad tienen tanto valor que el odio suscitado por un pariente suyo no es capaz de deshonar su fama. 10  
En fin, ni un hijo gladiador, ni una esposa infame dañaron a Antonino, puesto que conservó siempre sus costumbres y no se inmutó ante las murmuraciones de nadie: hasta en nuestro tiempo se le considera un dios, trato que vos mismo, sacratísimo emperador Diocleciano, habéis aceptado siempre y aceptáis aún, ya que lo veneráis entre vuestras divinidades, no como al resto de los dioses sino de un modo especial, y soléis repetir que deseáis igualarlos en la conducta y en la clemencia a Marco, aunque en conocimientos filosóficos ni Platón mismo podría igualarse, si volviera a la vida. Éstos son realmente sus datos biográficos, resumidos brevemente. 12

20 Pero éstos son los actos que realizó Marco An-

tonino después de la muerte de su hermano <sup>57</sup>: primero trasladó su cuerpo a Roma y le enterró en el sepulcro de sus antepasados <sup>58</sup>. Se le decretaron honores divinos. Después, tras agradecer al senado el decreto de la apoteosis de su hermano, mostró, aunque de una manera velada, que habían sido suyos todos los proyectos bélicos con que habían vencido a los partos. Añadió además otros detalles con los que manifestó que desde entonces, por fin, iba a gobernar el Estado como si partiera de cero, al haber sido apartado aquél que parecía el más indolente. El senado interpretó las palabras de Marco en el mismo sentido que éste las había pronunciado, pues parecía que daba gracias porque Vero había abandonado esta vida. Después, llenó de poder, de consideración y de riqueza a todas las hermanas y a los parientes y libertos de Vero. Velaba, en efecto, de una manera especial por su propia reputación, pues preguntaba qué era lo que decían unos y otros de él hasta que daba con la verdad, tratando de corregirse en aquello que le parecía que le habían reprendido con razón.

Cuando iba a partir a la guerra contra los germanos, y antes de que hubiera transcurrido el tiempo destinado al luto, casó a su hija con Claudio Pompeyano, hijo de un caballero romano, hombre ya muy anciano y originario de Antioquía, pero no lo bastante noble (al cual después otorgó dos veces el consulado), aunque su hija tenía el título de Augusta y era hija de una Augusta. Pero tanto Faustina como la que se iba a desposar aceptaron estas nupcias con contrariedad.

21 Cuando los mauritanos estuvieron a punto de devastar todo el territorio de las provincias hispanas, sus legados culminaron con éxito la guerra. Y,

<sup>57</sup> Cf. 15,8.

<sup>58</sup> En la tumba de Adriano, cf. *Vero*, 11,1.

cuando los soldados «Bucólicos»<sup>59</sup> causaron múltiples daños en Egipto, fueron humillados por Avidio Casio, que después intentó apoderarse del trono. Por los mismos días de su marcha, cuando descansaba en su retiro de Preneste, perdió a un hijo de siete años llamado Vero César, al sajarle un tumor debajo de la oreja. Guardó luto solamente durante cinco días por él, y, consolando a los médicos que les habían atendido, se entregó de nuevo a la administración de los asuntos públicos. Y, como se estaban celebrando los juegos de Júpiter Óptimo Máximo<sup>60</sup>, no consintió que se interrumpieran con luto público y ordenó que se limitaran a decretar la erección de estatuas en honor de su hijo muerto, que una imagen suya de oro fuera paseada en la procesión de los juegos circenses y que su nombre fuera inscrito en los himnos de los Salios. Dado que entonces arreciaba aún la epidemia, restableció con gran escrupulosidad el culto a los dioses y, como se había hecho durante la guerra púnica, ordenó preparar para la milicia a esclavos a los que como a los «volones»<sup>61</sup> dio el nombre de «voluntarios». Equipó con armas también a los gladiadores a los que llamó «complacientes». Enroló como soldados también a ladrones de la Dalmacia y de la Dardania. Armó también a los «diogmitas»<sup>62</sup>. Compró tropas auxiliares a los germanos

<sup>59</sup> Recibirían este nombre, según algunos, los soldados procedentes de una tribu de pastores y bandoleros del Noroeste del Delta del Nilo, cerca de Alejandría, cf. *Adriano*, 6,7.

<sup>60</sup> Probablemente los *ludi Capitolini*, el 15 de octubre.

<sup>61</sup> Recibieron este nombre los esclavos que se ofrecieron como voluntarios para luchar en la segunda guerra púnica tras el desastre de Canas, cf. Livio, XX,57,11.

<sup>62</sup> Los *diogmitae* eran unos cuerpos de tropas armados a la ligera que ejercían la policía militar en las ciudades griegas y que fueron utilizados a veces durante el imperio como tropas regulares emplazadas en las fronteras para impedir las incursiones enemigas, perseguir a los ladrones, etc., cf. Amiano Marcelino, XXVII,9,6.

para luchar contra ellos mismos. A parte de estas 8  
medidas, preparó sus legiones con toda la diligen-  
cia posible para la guerra contra los germanos y los  
marcomanos. Y, para no causar perjuicios a los ha- 9  
bitantes de las provincias, hizo en el foro de Tra-  
jano, como ya dijimos <sup>63</sup>, una subasta de los obje-  
tos de palacio en la que vendió, además de vesti-  
dos, copas y vasos de oro, esculturas y pinturas de  
artistas muy famosos. Aniquiló a los marcomanos 10  
en el mismo paso del Danubio y devolvió a los ha-  
bitantes de las provincias el botín que aquéllos les  
habían arrebatado.

22 Se habían sublevado todos los pueblos que habi-  
tan desde la frontera ilírica hasta la Galia: los mar-  
comanos, los varistas, los hermundurios y cuados,  
los suevos, los sármatas, los lacringes y los bureos;  
éstos y otros más que se juntaron con los victuales,  
como los sosibes, los sicobotes, los roxolanos, los  
basternas, los alanos, los peucinos y los costoboc-  
cos. Era inminente también la guerra contra los par-  
tos y los bretones. Así, pues, venció a pueblos muy 2  
belicosos con gran esfuerzo, incluso con el suyo  
personal, merced a la colaboración de los soldados  
que imitaban su ejemplo y de los legados y prefec-  
tos del Pretorio que mandaban también el ejército,  
y aceptó la rendición de los marcomanos, muchos 3  
de los cuales fueron deportados a Italia. Realmen-  
te, antes de hacer algo, consultaba siempre con los  
*optimates* <sup>64</sup>, tanto sobre problemas bélicos como  
sobre problemas civiles. Finalmente, su frase pre- 4  
ferida fue siempre la siguiente: «Es más justo que  
yo siga el consejo de tantos y tan eximios amigos  
que tantos y tan eximios amigos sigan mis deseos,

<sup>63</sup> Cf. 17,4-5.

<sup>64</sup> Se llamaba así a aquéllos que apoyaban al partido senatorial o aristocrático, en oposición a los *populares* que favorecían a los partidarios de la plebe.

pues soy uno sólo». Por cierto, era criticado con rigor porque, de acuerdo con los principios de su doctrina filosófica, se mostraba imperturbable ante las fatigas de la milicia y en su conducta general, pero él replicaba incluso por escrito a los dichos de aquéllos que hablaban mal de él. En la guerra germánica, en la marcománica y, más aún, en las promovidas por otros muchos pueblos perecieron también muchos nobles (y para honrarlos a todos ellos les erigió estatutas en el foro Ulpio); por ello sus amigos le aconsejaron frecuentemente que abandonara las expediciones bélicas y que se volviera a Roma; pero él despreció estos consejos, continuó en campaña y no se retiró hasta que finalizó todas las guerras. Cambió provincias proconsulares en consulares y provincias consulares en proconsulares o pretorianas<sup>65</sup> según las necesidades de la guerra. Reprimió también con rigor y autoridad las agitaciones que se habían originado entre los secuanos. Apaciguó igualmente la situación en Hispania, soliviantada por la intervención de Lusitania. Ordenó a su hijo Cómodo que viniera a la frontera y le confirió la toga viril, aprovechando la ocasión para distribuir un congiario al pueblo, y le designó cónsul antes de la edad legal.

23 Si alguna vez fue proscrita alguna persona por el prefecto de la Ciudad, no aceptó con gusto semejante decisión. Personalmente se mostró muy parco en la distribución de dinero del tesoro público, lo cual merece más bien elogio que censura; sin em-

<sup>65</sup> El pasaje es oscuro. Las provincias proconsulares las gobernaba un procónsul y dependían del senado. Eran las más pacíficas y estaban desguarnecidas de tropas. Las consulares las regía el emperador como si fuera un cónsul. Eran las más recientes por lo que requerían la presencia de tropas. Son las llamadas también *provinciae Caesaris*, encomendadas a los *legati Augusti pro praetore* a los que designaba el príncipe para que hicieran sus veces. Respecto a las pretorianas, no es clara su designación, ni se sabe con certeza a quién estaba encomendado su gobierno.

bargo, repartió dinero entre personas honradas, auxilió a las ciudades amenazadas de ruina y perdonó tributos e impuestos allí donde la necesidad lo exigía. Dio órdenes enérgicas para que durante su ausencia los empresarios de espectáculos más acaudalados proporcionaran juegos al pueblo romano. Efectivamente, cuando alistó gladiadores para la guerra, se corrió entre el pueblo el rumor de que pretendía obligarle a que se dedicara a la filosofía, dado que le privaba de los espectáculos. En efecto, había dado órdenes, a fin de que no se impidiera el comercio, que los pantomimos ofrecieran sus exhibiciones bastante tarde y no todos los días. Corrió el rumor de que su esposa tenía relaciones amorosas con pantomimos, como ya dijimos anteriormente. Pero él rebatió estas noticias mediante unas cartas. El mismo Marco prohibió pasear a caballo o en carruajes dentro de las ciudades. Eliminó los baños mixtos. Puso freno a la disolución de las costumbres de las matronas y de los jóvenes nobles. Apartó al vulgo de Pelusio de los cultos sagrados de Serapis <sup>66</sup>. Corrió la noticia de que algunos individuos, simulando que eran filósofos, oprimían a la república y a los particulares; mas él refutó esta imputación.

24 Antonio tenía la costumbre de castigar todos los crímenes con una pena menor que la que las leyes suelen imponer, aunque algunas veces se mantenía inexorable contra los reos convictos de graves crímenes. Instruyó personalmente los procesos de pena capital incoados a hombres de familia distin-

<sup>66</sup> El nombre de Serapis o Sarapis procede de la aféresis de Osarapis, compuesto de Osiris y Ápis, Divinidad creada por los Ptolomeos como dios de Alejandría. Eran famosas sus curaciones y sus adivinaciones por medio de sueños. Sus fiestas se celebraban el 25 de abril y el 20 de marzo se hacía un festival llamado *Pelusia* para celebrar el desbordamiento del río. La intención del emperador sería evitar que los ritos de Serapis se contaminaran de la licencia de los de Pelusio.

guida dando pruebas, ciertamente, de una gran equidad, de tal forma que llegó a reprender a un pretor la precipitación con que había visto las causas de unos reos y le ordenó revisar el proceso, diciendo que interesaba el rango social de aquellos reos que entendiera su causa un juez que juzgara en nombre del pueblo. Por otra parte, observó la justicia también con los prisioneros de guerra. Asentó sobre territorio romano innumerables extranjeros. Logró con sus súplicas desviar un rayo del cielo para que cayera contra una máquina de guerra de los enemigos, consiguiendo la lluvia para su ejército que se veía angustiado por la sed.

Quiso convertir a Marcomania y a Sarmatia en provincias romanas y hubiera realizado este proyecto si no se hubiera rebelado Avidio Casio bajo su reinado en Oriente <sup>67</sup>. Además, éste se nombró a sí mismo emperador, según dicen algunos, siguiendo el deseo de la emperatriz Faustina que había perdido la esperanza de que su esposo recobrarla la salud. Otros dicen que Casio se nombró emperador después de haber fingido que Antonino había muerto y de haberle proclamado «divino». Por lo que respecta a Antonino, no se alteró gran cosa por la deserción de Casio, ni dejó que su ira se cebara contra sus amigos. No obstante, el senado le declaró enemigo público y sus bienes fueron confiscados para engrosar el erario público.

25 Dejando, pues, la guerra sarmática y marcománica, marchó contra Casio. También en Roma surgieron diversos tumultos, pues se pensaba que Casio se presentaría en la Ciudad al hallarse ausente Antonino. Pero Casio fue asesinado enseguida y su cabeza se la presetaron a Antonino. Sin embargo, Marco no se alegró de su muerte y ordenó que inhumaran su cabeza. El ejército dio muerte también

<sup>67</sup> Cf. *Avidio Casio*, 7, ss.



a Meciano <sup>68</sup>, a quien Marco había confiado Ale- 4  
 jandría; por otra parte, también fue asesinado el  
 prefecto del Pretorio que Casio se había nombrado  
 para sí. Marco Aurelio prohibió al senado que cas- 5  
 tigará severamente a los cómplices de esta revuelta, 6  
 al tiempo que le pidió que ningún senador recibie-  
 ra la muerte durante su principado para no manci- 7  
 llar así su reinado —dio órdenes para que llamaran  
 también a los deportados—, pues solamente fueron 8  
 condenados a muerte unos cuantos centuriones.  
 Perdonó a las ciudades que habían estado en con-  
 nivencia con Casio, perdonó también a los antio-  
 quenses que habían dicho muchas cosas contra  
 Marco y a favor de Casio, a los que anteriormente 9  
 había abolido sus espectáculos, sus asambleas pú-  
 blicas y todo tipo de reuniones y contra los que ha-  
 bía enviado un edicto muy severo. Sin embargo, un 10  
 discurso que pronunció Marco ante sus amigos y  
 que fue trasmitido por Mario Máximo revela tam-  
 bién que éstos se habían amotinado. En fin, quan- 11  
 do se dirigía a Siria, no quiso visitar Antioquía, ni 12  
 tampoco Cirro de donde era Casio.

Estuvo en Alejandría donde se comportó afable-  
 mente con sus habitantes. Después, no obstante, vi-  
 sitó Antioquía. Mantuvo múltiples negociaciones  
 con los reyes y consolidó la paz cuando todos los  
 reyes y legados de los persas salieron a su encuen- 2  
 tro. Fue muy amado por todas las provincias orien-  
 tales. En muchas de ellas, además, dejó vestigios de  
 su pensamiento filosófico. Entre los egipcios se 3  
 comportó como un ciudadano normal y como fi-  
 lósofo en todas las actividades que desarrolló, tan-  
 to en los templos como en otros lugares. Y, aun-  
 que los alejandrinos dijeron muchas cosas venturo-  
 sas en favor de Casio, no obstante, Marco les per-  
 donó a todos, e incluso dejó a su hija entre ellos. 4

<sup>68</sup> Tal vez el jurista L. Volusio Meciano, citado en la vida de Anto-  
 nino, 7,1.

En la villa de Halala, situada al pie del monte Taurro, perdió a su esposa Faustina, que murió como consecuencia de una súbita enfermedad. Pidió al senado que decretara para ella honores divinos y la construcción de un templo, y pronunció su elogio fúnebre, a pesar de que había tenido que agüantar con desagrado los rumores que corrían sobre su deshonestidad, rumores que Antonino o desconoció o disimuló. Instituyó una nueva corporación de niñas llamadas Faustianas<sup>69</sup> en honor de su difunta esposa. Agradeció también al senado el acuerdo de honrar con la apoteosis a Faustina, a la que había tenido consigo incluso en los campamentos de verano, llamándola por ellos «Madre de los campamentos». Convirtió también en colonia la aldea donde murió Faustina y la dotó de un templo, pero éste fue dedicado después a Heliogábalo. De acuerdo con su habitual clemencia, soportó que Casio fuera asesinado, pero no fue él quien ordenó su asesinato. Heliodoro, el hijo de Casio, fue deportado, mientras que los otros cómplices pudieron elegir el lugar del exilio recibiendo una parte de sus bienes. En cambio, los otros hijos de Casio recibieron más de la mitad del patrimonio paterno y fueron ayudados con donaciones de oro y plata y las mujeres, en cambio, con distintos ornamentos; y su permisividad llegó hasta el punto de que Alejandría, la hija de Casio, y su yerno Drunciano pudieron gozar de la potestad de viajar libremente, encomendados a la protección del marido de su tía. En fin, se lamentó de la muerte de Casio, pues afirmaba que su intención era gobernar sin que se derramara la sangre de ningún senador.

27 Después de que normalizó la situación en Oriente, se detuvo en Atenas y se acercó a iniciarse en

<sup>69</sup> Cf. *Antonino*, 8,1.

los misterios de Ceres <sup>70</sup>, para probar que era inocente, y entró él sólo en el santuario. Al volver a Italia en un navío, sufrió una violentísima tempestad. A su llegada a Italia por Brindisi, se vistió la toga y dio la orden a sus soldados de que también ellos utilizaran esta prenda, de modo que durante su reinado ya nunca vistieron el sayo <sup>71</sup>. Celebró su triunfo en cuanto llegó a Roma y desde allí partió hacia Lanuvio. A continuación, asoció a Cómmodo como colega para ejercer la potestad tribunicia, y dio al pueblo un congiario y magníficos espectáculos. Después corrigió muchos abusos civiles. Limitó los gastos que originaban los juegos gladiatorios. Siempre tuvo en sus labios la máxima de Platón, según la cual las ciudades son florecientes si las gobiernan filósofos, o si los gobernantes practican la filosofía. Casó a su hijo con la hija de Brucio Presente celebrándose la boda como la de cualquier particular; y, para festejar el acontecimiento, distribuyó un congiario entre el pueblo.

Después puso de nuevo su empeño en finalizar la guerra, pero murió mientras dirigía las operaciones, cuando ya su hijo comenzaba a desviar sus costumbres de los principios que le había inculcado. Después sostuvo la guerra durante tres años con los marcomanos, hermundurios, sármatas y cuados de forma que, si hubiera vivido un año más, habría

<sup>70</sup> Divinidad romana de la vegetación y de la tierra, cuyas fiestas (*Cerealia* y *Fordicialia*) se celebraban el 15 y el 19 de abril respectivamente. Su culto se adaptó luego al de Deméter griega, con lo cual Ceres adquirió nuevas atribuciones, como la protección del matrimonio. En 191 a. de C. se introdujo el ayuno de Ceres (*ieiunium Caereris*) y otra fiesta después según el modelo de los misterios de Eleusis a la que tal vez alude el texto.

<sup>71</sup> Capa o manto de origen celta, de lana gruesa y de forma cuadrada, que se plegaba en dos y se sujetaba con una fíbula o un simple nudo. Se usaba especialmente como vestido militar por los oficiales y soldados y los ciudadanos la vestían en casos de tumultos o de desórdenes interiores.

convertido a estos pueblos en provincias romanas. 11  
 Se dice que dos días antes de expirar reunió a sus  
 amigos y les dio el mismo parecer sobre su hijo que  
 Filipo dio sobre Alejandro, cuando aún pensaba  
 mal de él, añadiendo que aceptaba gustoso la muer-  
 te porque moría dejando a tal hijo como sucesor.  
 En efecto, Cómodo se mostraba ya torpe y san- 12  
 guinario.

- 28 Así fue su muerte: cuando comenzó a sentirse  
 enfermo llamó a su hijo y le pidió ante todo que  
 no despreciara los últimos coletazos de la guerra,  
 para que nadie le tomara como un traidor de la pa-  
 tria. Y, al responderle su hijo que su primer deseo 2  
 era velar por su salud, le permitió que hiciera lo  
 que deseara, pidiéndole, no obstante, que esperase  
 unos pocos días para no partir al mismo tiempo  
 que él. Después, deseando morir, se abstuvo de co- 3  
 mer y de beber, y así aumentó su mal. A los seis 4  
 días llamó a sus amigos y, al tiempo que se reía de  
 las cosas humanas y despreciaba la muerte, les dijo:  
 «¿Por qué me lloráis y no pensáis más bien en la  
 epidemia y en la muerte de todos?». Y, al ver que 5  
 deseaban retirarse, dijo gimiendo: «Si ya me des-  
 pedís, os digo adiós, y me adelanto a vosotros». Y, 6  
 cuando le preguntaron que a quién recomendaba a  
 su hijo, les contestó: «A vosotros, si es digno de  
 ello, y a los dioses inmortales». Cuando el ejército 7  
 se enteró de la maligna enfermedad que le aqueja-  
 ba, sintió un vivo dolor porque le había amado de  
 un modo singular. Al séptimo día se puso más gra- 8  
 ve y aceptó sólo la visita de su hijo, al que despidió  
 enseguida, para que no se contagiara con la enfer-  
 medad. Después de despedirle, se cubrió la cabeza 9  
 como si quisiera dormir, y durante la noche exhaló  
 su espíritu. Dicen que, dado que veía que su hijo 10  
 iba a ser tal cual fue después de que él murió, de-  
 seó su muerte para que no se asemejase, como él  
 mismo decía, a Nerón, Calígula o Domiciano.
- 29 Se le recriminó a Marco Aurelio la promoción a

distintas dignidades de los amantes de su esposa Tértulo, Tutilio, Orfito y Moderato, a pesar de que sorprendió a Tértulo incluso desayunando con su esposa. Un pantomimo aludió a éste en el teatro y en presencia de Antonino: en una ocasión en que un bufón preguntaba a su esclavo el nombre del amante de su esposa y éste le decía tres veces Tulo, ante la insistencia del bufón que volvía a preguntarle, le respondió «Ya te lo he dicho tres veces: se llama Tulo<sup>72</sup>». Sobre este incidente el pueblo y otras personas hicieron muchos comentarios, recriminando a Antonino su paciencia. Por cierto, antes de morir y de iniciar su segunda expedición contra los marcomanos juró en el Capitolio<sup>73</sup> que no había consentido que se condenara a muerte a ningún senador y aseguraba que él habría conservado también la vida de los insurgentes si se hubiera enterado de su condena. Nadie temió más, ni trató de evitar a base de súplicas, como su fama de avaro, sobre la que intentó justificarse en muchas cartas. Le imputaron también no haber sido sincero, ni tan franco como parecía o como había sido Pío o Vero. Le reprocharon igualmente haber institucionalizado el boato de la corte apartando a sus amigos de las relaciones sociales generales y de los banquetes.

Decretó la consagración de sus padres. Honró con la erección de estatuas a los amigos de sus padres que habían muerto.

No creyó a la primera a los que recomendaban a alguien, sino que investigó en todos los casos hasta descubrir la verdad.

<sup>72</sup> Juego de palabras basado en que el nombre *Tertullus* es un compuesto de *ter* y *Tullus*.

<sup>73</sup> Templo construido por el último Tarquinio sobre la cima meridional del monte Capitolio en honor de Júpiter, Juno y Minerva.

Después de que murió Faustina, Fabia se esforzó en contraer matrimonio con él. Pero Marco tomó como concubina a la hija del administrador de su esposa para no asignar a tantos hijos una madrastra.

## 5. VERO

(Julio Capitolino)

1 Se que la mayor parte de los escritores han transmitido a la literatura y a la historia las biografías de Marco y de Vero de tal manera que ofrecieron primero la de Vero a sus lectores para que la conocieran, sin seguir el orden de sucesión del gobierno, sino el de la vida. Yo, por el contrario, he considerado que debía publicar primero la biografía de Marco y luego la de Vero, puesto que Marco comenzó a gobernar primero y luego gobernó Vero <sup>1</sup>, que pereció cuando aún vivía aquél. 2

Pues bien, Lucio Ceyonio Elio Cómodo Vero Antonino, que recibió el sobrenombre de Elio por voluntad de Adriano y el de Vero y Antonino por su parentesco con Antonino <sup>2</sup>, no está catalogado ni entre los malos ni entre los buenos emperadores. Pues se sabe que no estaba erizado de vicios, que no abundó en virtudes y, en fin, que vivió, no en un principado propio e independiente, sino ostentando un poder similiar y de igual dignidad bajo el de Marco, de cuya línea de conducta se apartó, pues estaba marcada por el libertinaje de costumbres y por los excesos de una vida bastante disoluta. 3  
En efecto, Vero era de costumbres sencillas e incapaz de fingir en nada <sup>3</sup>. Su padre fue Lucio Elio Vero, 4 5 6

<sup>1</sup> Sobre la asociación de Vero al poder, cf. *Marco*, 7,5.

<sup>2</sup> Cf. *Marco*, 7,7.

<sup>3</sup> Cf. *Marco*, 16,4; 19,6,7.

que, tras haber sido adoptado por Adriano, fue el primero que recibió el título de César y que murió situado en esta misma dignidad. Sus abuelos, bisabuelos y muchos de sus antepasados fueron consulares <sup>4</sup>. Lucio nació en Roma cuando su padre ejercía la pretura el día dieciocho de las calendas de enero, la misma fecha en la que nació también Nerón <sup>5</sup>, que luego llegaría a emperador. Su familia paterna era en su mayor parte originaria de Etruria, mientras que la materna procedía de Favenza.

2 Como procedía de este linaje, entró a formar parte de la familia Elia cuando su padre fue adoptado por Adriano y, cuando murió aquél, que era el César, permaneció en la familia de Adriano, por quien fue confiado Vero a Aurelio para que fuera adoptado cuando, tomando las medidas pertinentes para su sucesión, decidió que Pío fuera su hijo y Marco su nieto, con la condición de que Vero aceptara a la hija de Pío <sup>6</sup>, que se casó en realidad con Marco, porque Vero parecía incapacitado para ello a causa de su edad, como ya expusimos en la vida de Marco. En cambio, tomó por esposa a Lucila, hija de Marco, y se educó en la casa de Tiberio. Escuchó las enseñanzas del gramático latino Escaurino, hijo de Escauro <sup>7</sup>, que fue profesor de gramática de Adriano, las de los gramáticos griegos Télefo, Efestión y Harpocración, las de los maestros de retórica Apolonio, Céler <sup>8</sup>, Caninio y Herodes Atico, las del latino Cornelio Frontón y las de los filósofos

<sup>4</sup> Cf. Su abuelo era Lucio Ceyonio Cómodo, cónsul en 106, cf. *Elío*, 2,7. Su bisabuelo fue probablemente L. Ceyonio Cómodo, cónsul en el año 28.

<sup>5</sup> Suetonio, *Nero*, 6,1.

<sup>6</sup> Cf. *Elío*, 6,9.

<sup>7</sup> Famoso gramático al que alude Plinio, *Epist.*, V, 11 y Aulo Gelio, *N. A.*, 11,15,3.

<sup>8</sup> *Marco*, 2,4.



Apolonio <sup>9</sup> y Sexto <sup>10</sup>. A todos ellos los amó de 6  
 una manera singular y, del mismo modo fue ama-  
 do por ellos, a pesar de que no tuvo mucho talento  
 para las letras. Con todo, cuando era niño, tenía a- 7  
 fición a componer versos, y más tarde, discursos. Por  
 cierto, se dice que fue mejor orador que poeta o,  
 para hablar con más propiedad, peor poeta que re-  
 tórico. Y no faltan quienes aseguran que sus ami- 8  
 gos le ayudaron con su talento y que los escritos  
 que se le atribuyen a él fueron otros los que los es-  
 cribieron, puesto que, según dicen, mantuvo constan-  
 temente a su lado a muchas personas elocuentes  
 y sabias. Tuvo como preceptor a Nicomedes. Fue 9  
 sensual, muy alegre y extraordinariamente capaci-  
 tado para todo tipo de diversiones, juegos y bro-  
 mas. Cuando cumplió los siete años pasó a formar 10  
 parte de la familia Aurelia <sup>11</sup> y fue educado según  
 las costumbres y los deseos de Marco. Fue aficio-  
 nado a las cacerías, a los ejercicios gimnásticos y a  
 todos los ejercicios propios de la juventud. Y per- 11  
 maneció como un simple ciudadano en el palacio  
 imperial durante veintitres años.

3 El día en que Vero tomó la toga viril, Antonino  
 Pío, aprovechando la oportunidad de que dedicaba  
 un templo a su padre, se mostró liberal con el pue- 2  
 blo, y cuando aquél ofreció unos juegos al pueblo,  
 siendo ya cuestor, se sentó entre Pío y Marco. In- 3  
 mediatamente después de la cuestura, recibió el  
 consulado con su colega Sextio Laterano. Trans-  
 curridos unos años, fue nombrado cónsul por se- 4  
 gunda vez con su hermano Marco. Pero se mantu-  
 vo durante mucho tiempo como un particular y ca-  
 reció del honor con que era distinguido su herma-  
 no. En efecto, ni se sentó en el senado antes de asu- 5

<sup>9</sup> Antonino, 10,4; Marco, 2,7.

<sup>10</sup> Marco, 3,2.

<sup>11</sup> Es decir, fue adoptado por Pío.

mir la cuestura, ni cuando viajaba iba con su padre, sino con el prefecto del Pretorio, y no recibió ningún otro título honorífico que el de hijo de Augusto. Fue tan aficionado a los juegos circenses como a las luchas de gladiadores. A pesar de que se veía zarandeado por los grandes desvaríos a que le conducían sus placeres y su afán de lujo, Antonino le mantuvo como hijo, al parecer, porque Adriano había ordenado que pasara a ser hijo adoptivo de Pío, para así poderle llamar nieto suyo. Hay indicios de que Vero mostró hacia Pío lealtad, pero no amor. Sin embargo, Antonino Pío apreció su ingenuidad de carácter y su pureza de vida y llegó a exhortar a su hermano Marco a que le imitara. Al morir Pío, Marco le confirió todos los honores haciéndole partícipe del poder imperial y le convirtió en colega suyo, a pesar de que el senado le había otorgado a él solo el imperio.

4 Así, pues, después de haberlo elevado al trono y de haberle conferido el poder tribunicio, tras haberle otorgado también el honor del consulado, ordenó que le dieran el nombre de Vero traspasándole su propio nombre, pues anteriormente le llamaban Cómodo. Lucio, por su parte, correspondiéndole a Marco, le obedeció en lo que proponía, como un legado obedece al procónsul, o un gobernador al emperador. Fue entonces la primera vez que Marco arengó a los soldados en nombre de los dos, y para mantener la armonía en el gobierno, Vero se comportó con dignidad y de acuerdo con el plan de vida que seguía Marco. Pero, cuando marchó a Siria, se desacreditó no sólo por el desenfreno de su vida, bastante licenciosa, sino también por sus adulterios y por sus relaciones amorosas con muchachos jóvenes <sup>12</sup>, porque, según dicen, fue tan grande su afán de placeres que, después que volvió

<sup>12</sup> Cf. *Marco*, 8,12.

de Siria, estableció un figón en su casa donde acudía después de comer con Marco y donde le servían todo tipo de personas infames. Dicen también 6 que aguantaba jugando a los dados toda la noche <sup>13</sup>, pasión que había adquirido en Siria, y que emuló de tal manera los numerosos vicios de Gayo, Nerón y Vitelio, que recorría por las noches las tabernas y lupanares cubriendo su cabeza con un capuchón, como el que usa la gente corriente en los viajes, y andaba en francachelas con individuos pendencieros, se mezclaba en reyertas, disimulando su personalidad, y había vuelto muchas veces a casa con la cara amoratada por los golpes recibidos tras haber sido identificado en las tabernas, a pesar de que trataba de ocultarse. Arrojaba también 7 monedas de gran volumen en los figones para romper con ellas las copas. Fue aficionado también a 8 las carreras de caballos tomando partido por los verdes <sup>14</sup>. Ofrecía además con mucha frecuencia 9 luchas de gladiadores durante los banquetes, prolongando las comidas hasta el anochecer y quedándose dormido en el diván donde había comido, hasta que se lo llevaban envuelto en los cobertores a su dormitorio. Tenía el sueño muy ligero y hacía la 10 gestión enseguida. Pero Marco, a pesar de que sabía 11 todas estas cosas, hacía como que no estaba enterado del asunto, por vergüenza de reprender a su hermano.

5 Se cuenta que fue muy famoso un banquete de las características que siguen, en el cual dicen que

<sup>13</sup> Este juego estaba muy extendido en Roma. Se sabe que Augusto perdió en una noche 20.000 sestercios (Suetonio, *Aug.*, 71). Las apuestas que hizo Nerón fueron muy cuantiosas (Suetonio, *Nero*, 30,3) y Claudio fue tan fanático de los dados que hizo construir un tablero especial para su carro (Suetonio, *Claud.*, 33).

<sup>14</sup> Se trata de una bandería (la *factio prasina*) de las cuatro en que se distribuían los conductores de carros en el circo y los equipos de hinchas que los apoyaban. Las otras tres eran: la blanca (*factio alba* o *albata*), la encarnada (*factio russata*) y la azul (*factio uenetata*).

se sentaron a la mesa por primera vez doce personas, a pesar de que todo el mundo conoce la siguiente frase sobre el número de invitados: «Siete hacen un festín, nueve, un tropel.» Se regalaron a cada uno de los comensales hermosos esclavos que les servían a la mesa, se regalaron también a cada uno de los asistentes vajillas y maestresalas, se regalaron animales vivos domésticos o salvajes, aves o cuadrúpedos de la misma especie de aquéllos que se habían servido, se regalaron también copas de mirra o de cristal de Alejandría para que cada comensal bebiera en ellas una sóla vez, se regalaron vasos de oro y de plata y otros guarnecidos de piedras preciosas, es más, coronas adornadas con cintas de oro y con flores que no eran del tiempo y se regalaron, también, vasos de oro que contenían esencias, como los vasos de alabastro que se emplean para los perfumes, y finalmente, carros con sus mulos y mulateros y con arreos de plata, para que pudieran volver a casa. Dicen que se evaluó todo el festín en seis millones de sestercios. Y que, cuando Marco se enteró del convite, se hechó a llorar y sintió un profundo dolor por el destino de la república. Después de que finalizó el banquete, aún siguieron jugando a los dados hasta el amanecer. Esto ocurrió, realmente, después de la guerra con los partos, a donde se dice que Marco le había enviado para que no cometiera sus extravíos en Roma a los ojos de todo el mundo, o para que aprendiera lo que es la privación viajando por tierras extrañas, o para que el temor de la guerra le hiciera corregirse, o para que se diera cuenta de que era emperador. Pero el resto de su biografía y este banquete que acabamos de narrar demostrarán cuánto provecho sacó.

6 Se preocupó tanto por los juegos circenses que remitió frecuentemente desde las provincias cartas para interesarse por ellos, y a su vez, las recibió. En fin, en una ocasión en que asistía personalmen-

te a las carreras y se sentaba junto a Marco, soportó muchas injurias de la facción de los azules<sup>15</sup>, porque favorecía con demasiado descaro a la bandera contraria. Efectivamente, incluso llevaba consigo una imagen de oro de un caballo verde llamado Alado; ordenaba que le sirvieran en el pesebre como pienso uvas pasas y parte de frutos secos en lugar de cebada y que se lo llevaran al palacio de Tiberio, cubierto de capotes teñidos de púrpura y, cuando murió, hizo erigirle una tumba en el Vaticano. Fue entonces cuando por primera vez, en atención a este caballo, comenzaron a pedirse figuras de caballos de oro como premios por la victoria en los juegos. Y, en este sentido, aquel caballo recibió honores tan grandes, que frecuentemente la facción de los verdes pedía para él un modio de áureos<sup>16</sup>.

Marco acompañó a Vero hasta Capua cuando éste partió a luchar contra los partos. Y, como a partir de allí se hartaba de comida en las fincas de todo el mundo, atacado por una indisposición, cayó enfermo junto a Canusio y allí acudió su hermano a visitarle. Durante su vida, e incluso en tiempo de guerra, quedaron al descubierto muchas de sus cobardías y ruindades. En efecto, mientras que los sirios devastaban el Oriente tramando una sublevación después de haber dado muerte al legado del emperador y de haber pasado a cuchillo a las legiones, él cazaba en Apulia, hacía excursiones marítimas cerca de Corinto y de Atenas, entre orquestas y coros, y se entretenía recorriendo las ciudades

<sup>15</sup> La *factio ueneta*.

<sup>16</sup> El áureo (*aureus* o *nummus aureus*) era el patrón de la moneda de oro de los romanos. Su valor, en principio de 25 denarios de plata, varió con el tiempo, así como su tamaño. El modio era, después del ánfora, la medida romana más grande para los áridos, equivalente a 16 sextarios, es decir, a 8,75 litros.

costeras de Asia, una a una, y las de Pamfilia y Cilicia que eran más célebres por sus fiestas.

- 7 Cuando llegó a Antioquía, se dedicó a disfrutar de los placeres. En cambio, sus generales Estacio Prisco, Avidio Casio y Marcio Vero acabaron la guerra con los partos en cuatro años e incluso llegaron a Babilonia y a la Media y recuperaron Armenia <sup>17</sup>. Consiguieron así para él los títulos de 2 Arménico, Pártico y Médico, que ofrecieron también a Marco, aunque se encontraba en Roma. Por 3 otra parte, Vero pasó durante cuatro años el invierno en Laodicea, el verano en Dafne, y el resto del año en Antioquía <sup>18</sup>. Fue el admerreir de todos 4 los sirios, de los que se conservan muchos de los chistes que dijeron contra él en el teatro. En las Sa- 5 turnales y en los días festivos siempre solía admitir a sus esclavos a su mesa. No obstante, marchó por 6 segunda vez al Eúfrates porque sus satélites le estimulaban favorablemente a ello. Volvió también a 7 Efeso para recibir a su esposa Lucila, enviada por su padre Marco; pero, sobre todo, para que Marco no llegara con ella hasta Siria y así no se enterara de sus escándalos, pues Marco había comunicado al senado que iba a llevar personalmente a su hija hasta Siria. Una vez acabada la guerra, confió a los 8 reyes el gobierno de sus reinos y las provincias a sus satélites. Desde allí regresó a Roma para celebrar su triunfo, aunque en contra de sus deseos, porque abandonaba Siria que había sido como un 9 reino de su propiedad, y celebró el triunfo junto con su hermano, recibiendo del senado los mismos títulos que había recibido en el ejército <sup>19</sup>. Dicen 10 también que se quitó la barba cuando estuvo en Si-

<sup>17</sup> Cf. Marco, 9,1-2. La campaña de Armenia fue la primera. Luego siguieron las de la Partia y la Media.

<sup>18</sup> Cf. Marco, 8,12.

<sup>19</sup> Los de Arménico Pártico Máximo y Médico, cf. Marco, 9,1-2.

ria, siguiendo los deseos de una amante suya de baja catadura. Ello dio motivo a que los sirios lanzaran muchas bromas contra él.

- 8 Tuvo la fatalidad, según parece, de llevar consigo la peste a todas las provincias por donde pasó hasta que llegó a Roma <sup>20</sup>. Y dicen que la epidemia surgió en Babilonia cuando se escapó un baho pestilente de una arquita de oro del templo de Apolo, en la que un soldado había abierto por casualidad un resquicio, y que desde allí apestó el reino de los partos y el orbe, y esto, no por culpa de Lucio Vero, sino por culpa de Casio, que, en contra de lo que había prometido, tomó por asalto la ciudad de Seleucia que había acogido a nuestros soldados como amigos. Esta acción, por cierto, la justifica entre otros también Cuadrato <sup>21</sup>, historiador de la guerra pártica, acusando a los seleucios de haber sido ellos los primeros en romper el juramento. Vero tuvo esta deferencia con Marco: que en el día del triunfo compartió con su hermano los títulos que le habían ofrecido a él solo. Cuando volvió de la guerra con los partos fue ya menos deferente con su hermano; porque no sólo secundó los deseos de sus libertos con excesiva desvergüenza sino que también estableció muchas disposiciones sin contar con aquél <sup>22</sup>. Añadió a estos actos la desfachatez de importar histriones de Siria, como si llevara ciertos reyes para celebrar el triunfo, de entre los cuales el más importante fue Maximino, a quien dio el nombre de Paris. Hizo construir además en la vía Claudia una quinta de muy mala reputación en la cual se entregaron con gran lujuria a excesos báquicos durante muchos días él, sus libertos y los amigos

<sup>20</sup> Cf. *Marco*, 13,3 y ss.

<sup>21</sup> Anio Cuadrato, además de la historia de la guerra contra los partos a que alude el texto, fue autor de una historia de Roma desde su fundación hasta el reinado de Severo, cf. *Avidio Casio*, 1,1.

<sup>22</sup> Cf. 9,3-5.

de Paris, sin que le ofreciera ningún reparo la presencia de éstos, e invitó a Marco, que acudió allí con el fin de ofrecerle una muestra de su virtud para que la respetara e imitara, y, durante los cinco días que residió en dicha mansión, se entregó sin interrupción a resolver cuestiones jurídicas, mientras Vero se dedicaba a asistir y a ofrecer festines. Manténia también al actor Agripo, apodado Menfio, al que igualmente había traído de Siria como un trofeo de la guerra de los partos y al que impuso el nombre de Apolausto<sup>23</sup>. Había traído además consigo tañedores de lira, flautistas, bufones, actores de pantomima, prestidigitadores y todo tipo de esclavos, con cuyos juegos se recrean Siria y Alejandría, hasta el punto de que daba la impresión de que había concluido una guerra contra comediantes, no contra los partos.

9 Un falso rumor, más que indicios de auténtica veracidad, había hecho creer que esta diferencia en el modo de vivir de ambos y otras muchas causas habían dado origen a las rivalidades de Marco y Vero. Pero el principal incidente que ocurrió fue el siguiente: en una ocasión en que Marco envió como legado a Siria a un primo suyo paterno llamado Libón, y éste se mostraba más insolente de lo que cuadraba a un senador modesto, diciendo que escribiría a su primo si por azar se le ofrecía cualquier duda, Vero, que se hallaba en Siria, no pudo aguantarlo; y, como se dio la circunstancia de que Libón murió a consecuencia de una súbita enfermedad con casi todos los síntomas de envenenamiento, algunas personas creyeron, aunque no Marco, que se podía imputar su muerte a una artimaña de Vero. Esta circunstancia aumentó los rumores de sus enfrentamientos. Tuvieron gran influencia ante Vero,

<sup>23</sup> Del griego απολαυστός, «apto para el deleite».



como dijimos en la vida de Marco <sup>24</sup>, sus libertos Gémino y Agaclito, a quien aquél hizo desposar con la mujer de Libón, a pesar de la oposición de Marco; finalmente, Marco no asistió al banquete que se dio cuando Vero celebró las ceremonias del matrimonio. Vero aún tuvo otros libertos de depravada conducta, como Coedes y Eclecto y algunos más. Después de la muerte de Vero, Marco les apartó a todos de su lado simulando que les honraba, pero se quedó con Eclecto que fue quien después asesinó a su hijo Cómodo <sup>25</sup>.

Como Marco no quería enviar solo a la guerra a Lucio ni dejarle en Roma a causa de sus excesos, marcharon juntos a luchar contra los germanos y llegaron a Aquileya. Luego, a pesar de la oposición de Lucio, atravesaron los Alpes, dedicándose Vero exclusivamente a cazar y banquetear en Aquileya, mientras Marco se ocupó de todos los preparativos para la campaña. Sobre esta guerra —que se acabó, en parte por mediación de los embajadores de los bárbaros que pedían la paz, en parte por la actuación de nuestros generales— ya hemos hablado con profusión en la vida de Marco <sup>26</sup>. Una vez terminada la guerra de Panonia volvieron a Aquileya a instancias de Lucio y a continuación se apresuraron a tornar a Roma, porque éste echaba en falta los placeres de la Ciudad. Pero no lejos de Altino, y cuando iba en un carruaje, tuvo un ataque súbito de la enfermedad que llaman apoplejía. Le bajaron del carruaje y, luego de hacerle una sangría, le condujeron a Altino, donde murió después de haber vivido tres días sin musitar una palabra.

<sup>24</sup> Cf. *Marco*, 15,2.

<sup>25</sup> Cf. *Cómodo*, 15,2. Es dudosa, no obstante, la identificación del liberto de Vero con el asesino de Cómodo.

<sup>26</sup> Cf. *Marco*, 14,3-4.

10 Corrieron rumores de que había cometido inces-  
to incluso con su suegra Faustina. Se dice igual-  
mente que pereció por haber comido unas ostras  
salpicadas con veneno astutamente por ésta, por-  
que decía que él había revelado a su hija las rela-  
ciones que había mantenido con su madre. No obs- 2  
tante, también surgió aquella otra historieta que ex-  
pusimos en la biografía de Marco <sup>27</sup>, que resulta in-  
compatible con la vida de un hombre de tales cua-  
lidades. Además, hay otros muchos autores que atri- 3  
buyen este crimen a su esposa, porque Vero había  
favorecido demasiado a Fabia, pues Lucila no po-  
día soportar su poder. La intimidad entre Lucio y 4  
su hermana Fabia fue tan grande realmente, que la  
estimación popular percibió también esto: que am-  
bos concibieron un plan para quitar de en medio a  
Marco; y que, cuando esto fue revelado a Marco 5  
por el liberto Agaclito, Faustina se anticipó a él con  
el veneno, para que éste no tomara la delantera.

Era hermoso de cuerpo, encantador de rostro, de 6  
barba casi tan larga como la de los bárbaros, alto y  
con la frente contraída en las cejas, de forma que  
inspiraba respeto. Se dice que cuidó tanto sus ru- 7  
bios cabellos que salpicaba su cabeza con polvillo  
de oro para que su cabellera, al recibir más luz, des-  
pidiera destellos dorados. Fue muy torpe de pala- 8  
bra y muy amante del juego de dados. Vivió siem-  
pre entregado al placer y fue otro Nerón en múlti-  
ples aspectos, salvo en la crueldad y las burlas. Ten- 9  
nía, entre otros objetos de lujo, un cáliz de cris-  
tal que tenía más capacidad de lo que un hombre  
puede beber y al que había dado el nombre de Ala-  
do, que era el de su caballo favorito.

11 Vivió cuarenta y dos años <sup>28</sup>. Gobernó once con

<sup>27</sup> Aquí se repite la versión de *Marco*, 15,5.

<sup>28</sup> Es un error de la *Historia Augusta*, pues nació el 15 de diciembre del 130 y murió en enero del 169 (30 años).

su hermano <sup>29</sup>. Su cuerpo fue enterrado en el sepulcro de Adriano donde también está enterrado Elio César, su padre natural.

Es conocido el rumor popular <sup>30</sup>, inadmisibile 2  
 ante la vida que llevó Marco, según el cual éste ha-  
 bía ofrecido a Vero una parte de una matriz enve-  
 nenada, pues la había cortado con un cuchillo un-  
 tado con veneno por uno de sus lados. Pero pensar 3  
 esto de Marco es un sacrilegio, aunque los placeres  
 y las acciones de Vero lo justifiquen. Nosotros no 4  
 dejaremos en suspenso dicha historia, sino que la  
 rechazamos en su totalidad, tras haberla esclareci-  
 do y refutado adecuadamente, dado que hasta el  
 momento, después de Marco, si exceptuamos a  
 vuestra Clemencia, Augusto Diocleciano, ni la adu-  
 lación parece que ha sido capaz de modelar un em-  
 perador como él.

<sup>29</sup> Otro error, pues reinó desde el 161 al 169.

<sup>30</sup> Véase la misma versión en 11,2 y *Marco*, 15,5.

## 6. AVIDIO CASIO

(Vulcacio Galicano)

1 Avidio Casio, como quieren algunos escritores, fue descendiente de la familia de los Casios por parte de madre, según dicen, e hijo de Avidio Severo <sup>1</sup>, un hombre nuevo <sup>2</sup>, que había sido jefe de la primera centuria <sup>3</sup> y había llegado después a los más altos cargos. Cuadrato <sup>4</sup> le recuerda en sus historias, y realmente con respeto, puesto que le defiende como un varón eximio e indispensable a la república y muy influyente ante el propio Marco; y <sup>3</sup> se dice que, por un destino fatal, murió cuando ya éste gobernaba.

Pues bien, el referido Casio, como ya hemos dicho, descendiente de la familia de los Casios, que conspiraron contra Julio Cesar <sup>5</sup>, mantenía un odio secreto hacia el principado y no podía soportar el nombre de emperador, afirmando que no existía <sup>4</sup>

---

<sup>1</sup> Su nombre real fue C. Avidio Heliodoro. Fue secretario imperial de Adriano y prefecto de Egipto bajo Antonino.

<sup>2</sup> Con esta expresión se designaba a cuantos iniciaban carrera política sin contar con algún antepasado de su familia que hubiera obtenido una magistratura curul (censura, consulado, etc.) Entre los más célebres «hombres nuevos» están Catón el Censor (cf. *infra*, n. 31), Mario (cf. *infra*, n. 12) y Cicerón.

<sup>3</sup> Traducción de *ordines duxerat*, que es la expresión regular para indicar el mando de las primeras centurias (*ordines*). Fue, por tanto, primer centurión o *primus pilus*.

<sup>4</sup> Cf. *Vero*, 8, 4, n. 21.

<sup>5</sup> A saber, C. Casio Longino y C. Casio Parmense.

nada más oneroso que el nombre de imperio, puesto que no podía eliminarse de la república si no mediante otro emperador. En fin, se dice que en su niñez intentó arrebatarse a Pío el principado, pero que esta pretensión de apoderarse del trono se mantuvo oculta gracias a su padre, hombre sabio y ponderado, pero que, no obstante, sus jefes siempre lo consideraron sospechoso. En este sentido, una carta de Vero, que he incluido aquí, indica que conspiró contra él. Extracto de la carta de Vero: «Avidio Casio, por la impresión que yo tengo y por lo que se descubrió ya bajo el gobierno de mi abuelo <sup>6</sup>, que fue tu padre, está “ávido” de poder. Desearía que ordenaras vigilarle. Todo lo nuestro le desagrade, acopia grandes recursos y se ríe de nuestras cartas. A ti te llama una viejecilla filósofa, a mí un monstruo de lujuria. Ve qué medidas debes tomar. No odio a este hombre, pero ten cuidado, no vayas a tomar una decisión perjudicial para ti y para tus hijos, manteniendo entre los jefes en activo a un hombre tal que los soldados escuchan complacientes y contemplan con agrado».

- 2 Contestación de Marco Aurelio sobre Avidio Casio: «He leído tu carta que revela mayor preocupación de la que debe tener un general y que no se corresponde con las exigencias de nuestro tiempo. Porque, si está destinado por voluntad divina para el imperio, no podremos darle muerte, aunque queramos —pues conoces la frase de tu bisabuelo <sup>7</sup>: “Nadie ha dado muerte a su sucesor—”; si no es así, él mismo, espontáneamente y sin que nosotros recurramos a medios crueles, caerá en los lazos del destino. Añade, además, que nosotros no podemos considerar como reo a una persona a la que nadie

<sup>6</sup> Aquí se alude a Antonino Pío como abuelo de Vero, cuando realmente era su padre adoptivo, lo que prueba la falsedad de la carta, cf. Introducción, pp. 16-18.

<sup>7</sup> Se alude a Trajano.

acusa y a la que, como tú mismo afirmas, aman los soldados. En fin, en los casos de lesa majestad existe la posibilidad de que parezca que sufren injusticias incluso aquéllos cuya culpabilidad ha sido probada. En efecto, tú conoces esta frase de tu abuelo Adriano: "Es miserable la condición de los emperadores, que no gozan de la posibilidad de que nadie les crea sobre los complots de los usurpadores, sino después de asesinados". Sin embargo, he preferido ponerte este ejemplo y no el de Domiciano que, según dicen, fue el primero que dijo esta frase <sup>8</sup>, porque ni aún las frases famosas de los tiranos tienen tanto prestigio como deberían tener. Que mantenga, por tanto, sus propias normas de conducta, sobre todo, mientras siga siendo un buen general, firme, esforzado y útil a la república. En cuanto a los consejos que me das para que vele por mis hijos procurando su muerte: que perezcan en hora buena mis hijos, si Avidio merece más que ellos ser amado, y si conviene para el bien del Estado, que viva Casio y no los hijos de Marco». Estas son las opiniones de Vero y de Marco sobre Casio.

- 3 Pero explicaremos brevemente el carácter y las costumbres de este hombre. Efectivamente, no se pueden tener muchas noticias sobre aquellas personas a las que nadie ha osado dedicar una biografía por temor a aquéllos que les aniquilaron. No obstante, nosotros añadiremos algunos detalles de cómo llegó al trono, de cómo fue ejecutado y del lugar donde fue derrotado, pues me he propuesto, Augusto Diocleciano, escribir las biografías de todos aquéllos que poseyeron con legítima razón o sin ella el título de emperadores, a fin de que conozcas, ¡oh Augusto!, a todos los que vistieron la púrpura.

<sup>8</sup> Cf. Suetonio, *Dom.*, 21.

Su carácter fue tal que unas veces se mostraba 4  
duro y cruel; otras veces dulce y apacible; con fre-  
cuencia piadoso y en otras ocasiones despectivo con  
la religión; apasionado por el vino y abstinentes;  
glotón y comedido, lujurioso y casto. No faltaron 5  
quienes le llamaron Catilina<sup>9</sup> pues se daba la cir-  
cunstancia de que le gustaba que le llamaran así, a  
lo que añadía que hubiera llegado a ser Sergio<sup>10</sup>,  
si hubiese dado muerte al «disputador»<sup>11</sup>, aludien- 6  
do con este nombre a Antonino, que había alcan-  
zado tanta reputación en el conocimiento de la fi-  
losofía que, cuando iba a partir para la guerra de  
los marcomanos, ante el temor de que le ocurriera  
un desenlace fatal, todos le rogaron, no por adula-  
ción sino con franqueza, que publicara sus precep-  
tos de filosofía. Y no sintió temor alguno, sino que 7  
declamó durante tres días una serie sucesiva de ex-  
hortaciones, —esto es de preceptos—. Fue además 8  
Avidio Casio implacable en la aplicación de la dis-  
ciplina en el ejército, y deseó que le llamaran Ma-  
rio<sup>12</sup>.

4 Puesto que hemos comenzado a hablar de su se-  
veridad, hay que constatar que existen más sínto-  
mas de su crueldad que de su severidad. Efectiva- 2  
mente, fue el primero que hizo crucificar a los sol-  
dados que habían cometido alguna violencia entre

<sup>9</sup> Lucio Sergio Catilina (108-63 a. C.) fue un patricio que, rodeándose de algunos otros nobles, de jóvenes arruinados y de la hez del populacho dirigió durante dos años (65-63) la conjuración que llevó su nombre hasta que murió en Pistoya luchando contra el ejército republicano. Según el autor de la Historia Augusta, algunos comparaban a Casio con Catilina por sus deseos de acabar con Marco.

<sup>10</sup> El mismo Catilina.

<sup>11</sup> Traducimos así el término *dialogista*, acuñado del griego διαλογίσται «disputo, discuto».

<sup>12</sup> C. Mario (157-86), a pesar de su humilde condición, escaló los más altos puestos de la república. Venció a Yugurta en el año 104, a los teutones y a los cimbrios y luchó contra Sila y el partido de los *optimates* en favor de los *populares* (cf. *Marco*, n. 64) y reformó profundamente el ejército dando un papel predominante a la cohorte, constituida por 600 hombres, la décima parte de una legión.

los habitantes de las provincias, en los mismos lugares donde habían cometido la falta. Fue también el primero que inventó este tipo de suplicio: hincaba en el suelo un gran poste de madera de ciento ochenta pies y ataba en él a los condenados desde la parte superior a la inferior; hacía encender una hoguera y acababa así con ellos, unos abrasados por las llamas y otros asfixiados por el humo, agotados por el tormento o, también, presos de terror. Mandaba igualmente arrojar a un río o a la mar a los condenados encadenándolos de diez en diez. Amputó también las manos a muchos desertores y a otros les cortó las piernas y las rodillas, diciendo que era más ejemplar la vida de un criminal que inspiraba compasión, que su ejecución. En una ocasión en que marchaba al frente del ejército y las tropas auxiliares, impulsadas por sus centuriones, habían dado muerte sin su conocimiento a tres mil sármatas que vivían sin preocupación alguna a orillas del Danubio y habían vuelto luego a su presencia con un gran botín, esperando sus centuriones que iban a ser recompensados porque con un puñado de hombres habían acabado con tantos enemigos mientras los tribunos pasaban el tiempo indolentemente y sin enterarse de la acción, ordenó que fueran apresados, crucificados y castigados como se castiga a los esclavos —ejemplo que no tenía precedentes— alegando que podría haberse tratado de una emboscada que acabara con el temor reverencial que inspiraba el imperio romano. Y, en otra ocasión en que surgió una violenta sedición en el ejército, salió desnudo de su tienda, cubierto únicamente con el calzón<sup>13</sup>, y dijo: «Heridme, si os

<sup>13</sup> Traducción del término *campestre*, especie de «calzón» o «taparrabos» que se ataba alrededor de los riñones y descendía hasta los dos tercios del muslo. Era una prenda utilizada por los gladiadores, los soldados y aquellas personas que realizaban ejercicios violentos para mantener el decoro al despojarse de sus vestidos, cf. Horacio, *Ep.* I, 11, 18. El nombre lo tomaba de su empleo en el *Campus Martis*.



atrevéis, y añadid este crimen al quebrantamiento de la disciplina». Entonces, todos se aplacaron y logró hacerse temer por no haber dado él muestras de temor. Este ejemplo infundió tanta disciplina a los romanos e inspiró tanto terror en los bárbaros, que pidieron a Antonino, entonces ausente, un tratado de paz para cien años, pues habían visto que, por decisión de un general romano, había sido condenados a muerte incluso aquéllos que habían logrado la victoria actuando ilegalmente.

5 Muchas de las rigurosas medidas de Casio contra el desenfreno de los soldados se hallan en la obra de Emilio Parteniano que ha relatado la historia de los que conspiraron al trono desde los años más remotos. En efecto, después de haberlos hecho azotar en el foro y en medio del campamento, mandó decapitar con el hacha a los soldados que había merecido este castigo y a muchos les amputó las manos. Prohibió también que los soldados llevaran en campaña otra provisiones que no fueran tocino, bizcochos y vinagre y, si descubría algún otro alimento, castigaba este lujo con una pena severa. Hay una carta del divino Marco sobre Casio dirigida a su prefecto que dice así: «Confíe a Avidio Casio las legiones siríacas, que se encuentran disipadas por el lujo y que viven de acuerdo con las costumbres de Dafne. Sobre ellas Cesonio Vectiliano me escribió diciendo que había comprobado que todas ellas hacían uso de los baños calientes. Y pienso que no me he equivocado pues también tú conoces bien a Casio, un hombre de una severidad y disciplina «casiana». En efecto, a los soldados no se les puede gobernar sino con la antigua disciplina, pues conoces este verso compuesto por un famoso poeta, y que todo el mundo recita a menudo:

«El Estado romano se mantuvo firme gracias a las costumbres y a los hombres antiguos<sup>14</sup>.

Haz únicamente que las legiones tengan provi-

siones en abundancia pues, si conozco bien a Casio, sé que no se emplearán inútilmente». Carta del 9  
 prefecto a Marco: «Habéis actuado con cordura, mi 9  
 señor, al confiar a Casio la jefatura de las legiones 10  
 de Siria, pues a soldados de costumbres griegas 11  
 nada les conviene más que un jefe de cierto rigor. Sin 11  
 duda, él prohibirá todos los baños calientes y 12  
 hará caer a base de golpes todas esas flores que lle-  
 van los soldados en su cabeza, en su cuello o en su  
 seno. Todos los aprovisionamientos de los que ne- 12  
 cesita el ejército están a punto y nada falta bajo el  
 mando de un buen general; porque o no son mu-  
 chas las exigencias o no son muchos los gastos».

6 Y Casio no traicionó la opinión que se habían  
 forjado sobre él. Efectivamente, enseguida ordenó  
 que se convocara una asamblea <sup>14 bis</sup> y fijó sobre los  
 muros unos edictos en los que anunciaba que, si en-  
 contraba en Dafne algún soldado ceñido con el cin-  
 turón, posiblemente volvería sin él <sup>15</sup>. Acostumbra- 2  
 ba a pasar revista a las armas de los soldados cada  
 siete días así como a sus vestidos, calzados y pol-  
 lainas; eliminó en el campamento todo tipo de co-  
 modidades y dio órdenes para que las tropas pasa-  
 ran el invierno en las tiendas de campaña, si no  
 corregían sus costumbres, y hubieran pasado en  
 ellas el invierno, sino hubieran vivido con más de-  
 coro. Cada siete días todos los soldados hacían ejer- 3  
 cicios que consistían en lanzar flechas y manejar las  
 armas. Decía, en efecto, que era lamentable que los 4  
 soldados no realizaran ningún ejercicio, mientras

<sup>14</sup> Es un fragmento de los *Annales* de Ennio, citado por Cicerón en el *De República*, 5.

<sup>14 bis</sup> El texto dice *in signa* «ante los estandartes», lugar donde se celebraban las asambleas militares. Estos *signa* eran: la gavilla o haz de heno, el *vexillum* o lienzo cuadrado fijo en una lanza y el águila.

<sup>15</sup> Despojar del cinturón a un soldado suponía una degradación y un castigo. En este caso el castigo se imponía por ir ceñido con él (*accintus*) en lugares impropios de la ciudad.

que los atletas y los cazadores sí que los realizaban; que la fatiga les resultaría después menor, si se acostumbraban a ella.

Así, pues, una vez que enderezó la disciplina militar, llevó a cabo con gran éxito distintas empresas bélicas en Armenia, Arabia y Egipto, y fue amado por todos los pueblos orientales, especialmente por los habitantes de Antioquía que le apoyaron en sus aspiraciones al trono, como cuenta Mario Máximo en la biografía de Marco Aurelio. Y, también, cuando los soldados Bucólicos cometieron muchos hechos graves en Egipto <sup>16</sup>, fueron reprimidos por éste, como el mismo Mario Máximo refiere en la vida del divino Marco.

7 Se proclamó emperador en Oriente, según dicen algunos, a instancias de Faustina <sup>17</sup>, que desconfiaba de la salud de Marco y temía que no iba a poder defender ella sola a sus hijos, niños aún, y que apareciera alguien que se los quitara de en medio, después de apoderarse de la mansión real. Sin embargo, otros dicen que Casio, para poder conseguir que los soldados y los habitantes de las provincias se pusieran de su parte y abandonaran su afecto hacia Marco, empleó el siguiente ardid: decir que Marco había muerto. En efecto, se dice que incluso le dio el título de «divino», para calmar la añoranza hacia él. Cuando ya siguió adelante en su propósito de hacerse emperador, nombró rápidamente prefecto del Pretorio a aquel hombre que le había procurado las insignias reales <sup>18</sup>, el cual fue también asesinado en contra de la voluntad de Antonino por

<sup>16</sup> Cf. *Marco*, 15, 2.

<sup>17</sup> *Ibid.*, 24, 6.

<sup>18</sup> Alusión a los distintivos imperiales, posiblemente al *paludamentum* «manto de púrpura» (cf. *Marco*, n. 49), *pugio* «daga corta» y *sceptrum*, primitivamente un largo bastón semejante a la madera de una lanza (Virgilio, *Aen.*, XII, 206), luego más evolucionado y de distintos materiales, como el que acababa en una figura de águila que representa al emperador Antonino grabado en la columna erigida en su honor.

el ejército <sup>19</sup>, que también con la oposición e incluso el desconocimiento de Antonino acabó con Meciano, a quien se le había confiado el gobierno de Alejandría y quien se había puesto de acuerdo con Casio con la esperanza de participar en el poder. 5  
 Con todo, Antonino ni se irritó violentamente al enterarse de la sublevación, ni se enfureció contra los hijos de Casio ni contra sus parientes. El senado le declaró enemigo público y confiscó sus bienes <sup>20</sup>. Antonino no quiso añadirlos a su tesoro particular, y por ello se adjudicaron al tesoro público de acuerdo con la prescripción del senado. No faltó 7  
 consternación en Roma cuando algunos aseguraban que Avidio Casio se iba a presentar en Roma durante la ausencia de Antonino, que era estimado de un modo excepcional por todos salvo por los degenerados, y que iba a saquear la Ciudad como un tirano, por culpa sobre todo de los senadores, que habían confiscado sus bienes y le habían considerado enemigo del Estado. Y el amor que inspiraba 8  
 Antonino se reveló sobre todo en que el asesinato de Casio se ejecutó con el beneplácito de todos los pueblos, a excepción de los antioquenses. Por cierto, 9  
 Antonino no ordenó su ejecución, sino que se limitó a permitirla, dado que para todo el mundo era evidente que, si hubiese estado en su poder, le habría perdonado.

8 Cuando presentaron a Antonino la cabeza de Casio, él no sólo no se regocijó, ni se enorgulleció <sup>21</sup>, sino que incluso sintió pena de que se le privara de una ocasión propicia para mostrar su clemencia, diciendo que su deseo hubiera sido prenderle vivo para echarle en cara los beneficios de que le había hecho objeto y conservarle la vida. En fin, en una 2

<sup>19</sup> Cf. *Marco*, 25, 4.

<sup>20</sup> *Ibid.*, 24, 9.

<sup>21</sup> *Ibid.*, 25, 3.

ocasión en que un individuo decía que había que reprochar a Antonino la excesiva benignidad que había mostrado hacia un enemigo personal suyo, hacia sus hijos y allegados, y hacia todos los que había descubierto como cómplices de un usurpador, y añadía en tono de reproche: «¿Qué hubiera ocurrido, si hubiera vencido Casio?», dicen que el emperador respondió: «No hemos honrado a los dioses ni hemos vivido tan indignamente como para que él nos derrotara». Después mostró que todos los emperadores que habían sido asesinados habían dado motivos para que les dieran la muerte merecidamente y que ningún emperador bueno había sido vencido o asesinado a la ligera por un tirano, asegurando que Nerón había merecido la muerte, que Calígula debió morir y que Otón y Vitelio no desearon realmente gobernar<sup>22</sup>. Una opinión similar tenía sobre Pértinax y sobre Galba, diciendo que la avaricia era el peor mal que existía en un emperador. Añadía, en fin, que ni Augusto, ni Trajano, ni Adriano, ni su padre habían podido ser vencidos por los rebeldes dado que muchos de ellos fueron eliminados o en contra de su voluntad, o sin su conocimiento. Por su parte, el propio Antonino pidió al senado que no castigara con rigor a los cómplices de la rebelión rogando al mismo tiempo que no impusiera la pena capital a ningún senador durante su reinado, lo que le granjeó una grandísima estima. Finalmente, después de castigar a un insignificante número de centuriones, hizo llamar a los que habían sido deportados<sup>23</sup>.

<sup>22</sup> Alusión a los distintos modos como murieron estos emperadores, cf. Suetonio, *Cal.*, 58; *Nero*, 47-49; *Otho*, 11; *Vit.*, 17: a Calígula le asesinaron dos oficiales de la guardia. Nerón se suicidó para evitar que le asesinaran. Otro tanto hizo Otón, tras la derrota de su ejército por Vitelio, y éste fue asesinado por los soldados de Vespasiano.

<sup>23</sup> Cf. *Marco*, 26, 12.

9 No castigó a los habitantes de Antioquía que habían conspirado con Avidio Casio, sino que los perdonó, adoptando la misma actitud con los habitantes de otras ciudades que le había ayudado, aunque al principio se irritó profundamente con los antioquenses y les prohibió los espectáculos, privándoles también de otros muchos títulos honoríficos de su ciudad que posteriormente volvió a otorgarles. Antonino donó a los hijos de Avidio Casio la mitad de los bienes de su padre, de la misma manera que a sus hijas las honró con la concesión de oro, plata y piedras preciosas. Y, por lo que respecta a Alejandría, la hija de Casio, así como a su yerno Druenciano, les concedió la libertad de ir donde quisieran. Y así vivieron gozando de la máxima seguridad, no como rehenes de un usurpador, sino como miembros de la clase senatorial, puesto que Antonino prohibió que ni siquiera en los juicios se les echara en cara la desgracia de su familia, condenando a algunos que se habían mostrado insolentes con ellos injuriándolos. Es más, les puso bajo la protección del marido de su tía.

Pero, si alguien desea conocer toda esta historia, que lea el segundo libro de la vida de Marco escrito por Mario Máximo, en el cual narra las acciones que éste realizó cuando gobernó solo después de la muerte de Vero. Entonces, en efecto, tuvo lugar la revuelta de Casio, como lo prueba una carta que se envió a Faustina, de la cual es una copia ésta que sigue: «Vero me escribió la verdad sobre Casio: que deseaba ser emperador. En efecto, pienso que tú ya has oído lo que contaban de él los servidores de Vero. Ven, por tanto, a Albano para que tratemos de la situación general, con el beneplácito de los dioses. Nada temas». De aquí se deduce que Faustina no estaba enterada de estas cosas, aunque Mario Máximo, deseando desacreditarla, afirme que Casio había asumido el poder con su complicidad. En efecto, se conserva una carta de ésta dirigida a su marido en

la que le apremia a vengarse con rigor de Casio. Copia de la carta de Faustina a Marco: «Me dirigiré a Albano mañana, obedeciendo tus órdenes; no obstante, desde este mismo momento te exhorto, si es que amas a tus hijos, a perseguir con suma energía a estos rebeldes. Efectivamente, se han acostumbrado mal los jefes y los soldados, pues, si no se les reprime, se convierten ellos en opresores».

10 Otra carta de la misma Faustina a Marco: «Cuando se sublevó Celso, mi madre Faustina exhortó a tu padre Pío a que observara piedad, primero con los suyos y luego con los extraños. Pues no es piadoso el emperador que no piensa en su esposa y en sus hijos. Ya ves la edad que tiene nuestro hijo Cómodo. Pompeyano<sup>24</sup>, nuestro yerno, es bastante anciano y, además, extranjero. Considera cuál va a ser tu actuación con Avidio Casio y sus cómplices. No seas indulgente con unos hombres que no han sido indulgentes contigo, ni lo serían conmigo ni con nuestros hijos, de haber resultado vencedores. Enseguida seguiré yo también tu ruta. No he podido ir a Formiano, porque nuestra hija Fadila<sup>25</sup> está enferma. Pero, si no puedo encontrarte en Formias, trataré de llegar a Capua, ciudad que podrá aliviar mi enfermedad y la de nuestros hijos. Te pido que envíes a Formiano al médico Sotéridas. Por mi parte no tengo ninguna confianza en Pisiteo que no conoce los remedios oportunos para curar a una doncella aún virgen. Calpurnio me ha entregado una carta tuya sellada: si tardo en ir, te contestaré a ella por medio del viejo eunuco Cecilio que, como sabes, es un hombre fiel. A él confiaré de palabra los rumores que la esposa de Avidio Casio, sus hijos y su yerno lanzan, según dicen, sobre ti».

<sup>24</sup> *Ibid.*, 20, 6.

<sup>25</sup> Arria Fadila, cuarta hija de Marco, nacida en el año 150.

- 11 Se deduce por esta carte que Faustina no fue cómplice de Casio, más aún, que exigió con energía su castigo, puesto que a Antonino, que se mantenía inalterable y planeaba medidas más indulgentes, le convenció de que era preciso vengarse de él. 2 La carta que transcribo a continuación mostrará lo que Antonino le contestó: «Realmente, mi querida 3 Faustina, actúas con escrupulosidad velando por tu marido y por nuestros hijos. En efecto, he vuelto a leer en Formiano una carta tuya en la que me exhortas a castigar a los cómplices de Casio. Pero yo 4 estoy dispuesto a perdonar a sus hijos, a su yerno y a su esposa y voy a escribir al senado para que actúe de modo que la confiscación de sus bienes no sea demasiado gravosa, ni la pena demasiado cruel. 5 En este sentido, no hay ninguna cosa que suponga para un emperador romano mayor recompensa ante los pueblos que la clemencia. Ésta elevó a Cesar al 6 rango de divinidad, ésta divinizó a Augusto, ésta consiguió para tu padre el honor especial del título de Pío<sup>26</sup>. En definitiva, si el dictamen sobre esta 7 guerra se hubiera ajustado a mi criterio, Avidio no hubiera sido ejecutado. Por tanto, no estés inquieta: 8

«Los dioses me protegen, a ellos es grata mi [piedad]<sup>27</sup>.

He nombrado cónsul para el año próximo a nuestro yerno Pompeyano». Ésta fue la respuesta de Antonino a su esposa.

- 12 Interesa, sin embargo, conocer las características del discurso que Marco Antonino envió el senado. 2 Extracto del discurso de Marco Antonino. «Así, pues, padres conscriptos<sup>28</sup>, en recompensa de

<sup>26</sup> Cf. *Adriano*, 24, 4, *Antonino*, 2, 4.

<sup>27</sup> Horacio, *Od.*, I, 17, 13.

<sup>28</sup> *Patres conscripti* es un apelativo referido a los senadores. La traduciremos por el giro castellanizado «padres conscriptos», como aquí, o simplemente por «senadores».



vuestras felicitaciones por mi victoria elevo al consulado a mi yerno; me refiero a Pompeyano, cuya edad debería haber sido remunerada hace tiempo con esta magistratura, si no lo hubieran impedido esforzados ciudadanos, a los que la república tuvo que pagar lo que les debía por sus méritos. Ahora, en relación con la rebelión de Casio, yo os ruego y suplico, padres conscriptos, que depongáis vuestro rigor y mantengáis intacta mi piedad y mi clemencia, mejor dicho, la vuestra, y no permitáis que el senado envíe a la muerte a ningún ciudadano. Que ningún senador sea castigado, que no se derrame la sangre de ningún noble, que vuelvan los deportados y que los proscritos recuperen sus bienes. ¡Ojalá pudiera hacer subir también a muchos ciudadanos de las regiones infernales!

En efecto, jamás es del agrado de un emperador la venganza de su propio dolor pues, por muy justa que ella sea, se considerará demasiado rigurosa. Por tanto, deberéis perdonar a los hijos de Avidio Casio, a su yerno y a su esposa. Pero ¿por qué digo yo perdonar, cuando no han cometido ningún crimen? Que vivan con seguridad, sabiendo que viven bajo el reinado de Marco Aurelio. Que vivan disfrutando de la parte del patrimonio de sus padres que les ha correspondido, que disfruten del oro, de la plata y de los vestidos, que sean ricos, que estén exentos de preocupaciones, que vayan donde quieran y que sean libres y que lleven por los confines de todos los pueblos del mundo el testimonio de mi piedad y de la vuestra. Y no es, padres conscriptos, un acto importante de clemencia conceder el perdón a los hijos y esposas de proscritos: os pido, pues, que liberéis de la muerte, de la confiscación de sus bienes, del temor, del deshonor, del odio y, en fin, de todo tipo de injurias a los cómplices de Avidio del orden senatorial y del orden ecuestre y que otorguéis esta prerrogativa a mi reinado: que quien haya caído en la contienda, con ocasión de

la sublevación de un pretendiente, sea elogiado aún después de muerto».

- 13 El senado honró este ejemplo de clemencia con las siguientes aclamaciones<sup>29</sup>: «Antonino piadoso, que los dioses te conserven. Antonino clemente, que los dioses te conserven. Tú has querido lo que era lícito; nosotros hemos hecho lo que convenía. Pedimos para Cómodo el poder imperial legal. Consolida tu descendencia. Haz que nuestros hijos vivan tranquilos. Ninguna fuerza daña un imperio legítimo. Pedimos para Cómodo Antonino el poder tribunicio, pedimos tu presencia. Honor a tu filosofía, a tu paciencia a tu ciencia, a tu nobleza y a tu integridad. Tú vences a tus enemigos, triunfas sobre los enemigos de la patria; los dioses te protegen». Y aún seguían más.

Así pues, los descendientes de Avidio Casio vivieron sin inquietud y tuvieron acceso a los cargos del Estado. Pero Cómodo Antonino después de la muerte de su padre, ya deificado, los condenó a todos a ser quemados vivos, como si se les hubiera sorprendido en una rebelión.

Éstas son las noticias que hemos hallado sobre Avidio Casio. Su carácter, como antes dijimos, fue siempre tornadizo, pero inclinado sobre todo al rigor y a la crueldad. Si hubiera llegado a ocupar el trono, hubiera sido no solamente clemente, sino también bueno, y además, un extraordinario y eficaz emperador.

- 14 Efectivamente, se conserva una carta que escribió a su yerno cuando ya se había declarado em-

<sup>29</sup> El sentido general de esta palabra (*acclamationes*) es el de aprobación entusiasta manifestada con aplausos, gritos de alegría, etc., y se refiere a distintos actos de la vida, v. g. a las bodas (*Thalassio*), triunfos (*io triumphe*), etc. En sentido político, como aquí, significa asentimiento a algún acto extraordinario, a la elección de un emperador, etc., o por el contrario, rechazo a determinados actos. Véanse otras aclamaciones en *Cómodo*, 18-19 y *Alejandro Severo*, 6-11.

perador, en la que dice: «Desdichado el Estado que 2  
 soporta a individuos como éstos, ávidos de rique- 3  
 zas y opulentos. Desdichado Marco Aurelio, hom- 3  
 bre sin duda extraordinario, que, no obstante, deja  
 vivir a hombres cuya conducta no aprueba por el  
 deseo de que le llamen clemente. ¿Dónde está Lu- 4  
 cio Casio<sup>30</sup> cuyo nombre me cautiva en vano?  
 ¿Dónde, aquel Marco Catón el Censor<sup>31</sup>? ¿Dón- 4  
 de, toda la disciplina de nuestros antepasados? Esta,  
 ciertamente, tiempo ha desapareció; pero ahora ni  
 siquiera se la busca. Marco Aurelio filosofa e 5  
 investiga sobre los principios de las cosas, sobre las  
 almas, sobre lo honesto y lo justo; pero no se preo- 5  
 cupa del Estado. Ya ves que se necesitan muchas es- 6  
 padas, muchos epitafios para que la imagen de la  
 nación vuelva a su antiguo estado. Pero yo a estos 7  
 gobernadores de las provincias —¿Consideraré yo  
 acaso procónsules o gobernadores a quienes creen  
 que el senado y Antonino les confiaron las provin-  
 cias para que se entregaran a la lujuria y para que  
 se enriquecieran? Tú has oído que el prefecto del 8  
 Pretorio de nuestro filósofo era un pobre y un men-  
 digo tres días antes de alcanzar este cargo, pero que  
 súbitamente se hizo rico. ¿De dónde sacó las rique-  
 zas, pregunto yo, sino de las entrañas de la repú-  
 blica y de las posesiones de los habitantes de las  
 provincias? Que sean ricos, que naden en la opu-  
 lencia: así llenarán el erario público; que los dioses  
 favorezcan sólo las buenas causas; los casia-  
 nos devolverán el principado a la república». Esta  
 carta de Casio indica que habría sido un empera-  
 dor muy severo y riguroso.

<sup>30</sup> No Lucio Casio, sino Cayo Casio Longino, quien conspiró con-  
 tra César, cf. 1, 4.

<sup>31</sup> M. Porcio Catón (234-149) que se hizo famoso por su actuación  
 como Censor en contra de la influencia del helenismo.

## 7. CÓMODO ANTONINO

(Elio Lampridio)

1 Ya hemos hablado bastante en la vida de Marco  
Antonino <sup>1</sup> de los antepasados de Cómodo Anto-  
nino. Este nació con su hermano gemelo Antonino 2  
la víspera de las calendas de septiembre durante el  
consulado de su padre y de su tío en Lanuvio, don-  
de también se dice <sup>2</sup> que nació su abuelo materno. 3  
Cuando Faustina estaba a punto de dar a luz a Có-  
modo y a su hermano, vio en sueños que paría ser-  
pientes, pero una de ellas más fiera. Y, después de 4  
que dio a luz a Cómodo y a Antonino, éste murió  
a los cuatro años de edad, aunque los astrólogos  
aseguraban que según el curso de los astros sería  
igual que Cómodo. Así, pues, una vez muerto su 5  
hermano, Marco intentó educar a Cómodo con sus  
propias enseñanzas y con las de grandes y eximios  
maestros. Tuvo como maestros de gramática griega 6  
a Onesicrates, como maestro de gramática latina a  
Capela Antistio; Ateyo Santo fue su profesor de  
oratoria. Pero no le fueron útiles en ningún senti- 7  
do los maestros de tantas disciplinas. Tanto puede  
la fuerza del propio carácter o la de aquéllos que  
actúan como preceptores en palacio. Porque desde  
su infancia fue impúdico, malvado, cruel, libidino-  
so, impuro en su boca y pervertido, y ya desde en- 8

<sup>1</sup> Cf. *Marco*, 1, 1-2.

<sup>2</sup> Cf. *Antonino*, 1, 8.

tonces un artista en todas aquellas artes que no eran a la dignidad de un emperador, hasta el punto de que modeló copas, danzó, cantó, silbó y, en fin, demostró su valía como bufón y consumado gladiador. A los doce años dio en Centuncelas<sup>3</sup> una muestra de su futura crueldad, pues una vez se bañó en un baño que casualmente estaba demasiado tibio, ordenó arrojar al horno al bañero; entonces el pedagogo que había recibido esta orden quemó en el horno la piel de carnero para hacer que Cómodo creyera que se había cumplido la pena por la fetidez de aquel olor.

Recibió el título de César<sup>4</sup> junto con su hermano Vero<sup>5</sup>, cuando era aún niño. A los catorce años de edad fue admitido en el colegio de los sacerdotes.

2 Fue cooptado entre los «tressolos<sup>6</sup>» como príncipe de la juventud<sup>7</sup>, cuando vistió la toga viril. Cuando aún vestía la pretexta de la infancia, distribuyó un congiario al pueblo y ocupó la presidencia en la basílica de Trajano. Vistió la toga el día de la nonas de julio, el día en el que desapareció de la tierra Rómulo y en que Casio se separó de Marco. Después de haber sido recomendado a los soldados, partió con su padre a Siria y Egipto y volvió

<sup>3</sup> La actual Civitá Vecchia, en la costa de Etruria.

<sup>4</sup> Cf. 12, 3; *Marco*, 22, 12.

<sup>5</sup> Marco Anio Vero que murió en el 169. Cf. *Marco*, 21, 3.

<sup>6</sup> «Jóvenes aspirantes a caballeros». El texto es inseguro. Acepto la conjetura de *Lipsius*: *trossulos*, corrección de *tressolos* P. Los *trossuli* eran caballeros romanos que recibían su nombre de la ciudad de Etruria, *Trossulum*, conquistada por ellos sin el concurso de la infantería, cf., Plinio, *Nat. Hist.*, 23, 2, 35 ss. Luego el nombre adquirió un sentido figurado, como jóvenes que aspiraban a entrar en el censo ecuestre, que es el que tal vez tiene en el texto. Mommsen rechazó la lectura de *Lipsius*, proponiendo *inter<fra>tres solus*, basado en la que da el manuscrito Σ: *tres solos*. De aceptar su lectura la traducción sería: «de entre sus hermanos fue nombrado él sólo príncipe de la juventud».

<sup>7</sup> Título concedido por el orden ecuestre al hijo del emperador al tomar la toga viril e ingresar en la caballería romana.

con él a Roma. Después de esto, tras conseguir la 4  
 dispensa de la ley anaria <sup>8</sup>, fue nombrado cónsul y  
 saludado como emperador junto con su padre, el  
 día cinco antes de la calendas de diciembre, duran-  
 te el consulado de Polión y Apro y obtuvo los hon-  
 ores del triunfo junto con su padre; efectivamen-  
 te, también este honor se debió a un decreto del se-  
 nado. Después, partió con su padre a la guerra con- 5  
 tra los germanos.

No pudo aguantar a los pedagogos que le habían 6  
 puesto para cuidar de su vida porque eran muy vir-  
 tuosos, mantuvo a los más degenerados y, cuando  
 les apartaron de su lado, sintió nostalgia por ellos  
 hasta el punto de enfermar. Después de que consi- 7  
 guió que volvieran gracias a la debilidad de carác-  
 ter de su padre, montó constantemente en las es-  
 tancias palaciegas, tabernas y figones y no puso lí-  
 mite ni al pudor ni a los gastos que originaban. Ju-  
 gaba a los dados en casa. Esclavizando a las mu- 8  
 jierzuelas de más bella contextura como en los pros-  
 títulos, reunió un lupanar para mofarse de la cas-  
 tidad. Siguió a los revendedores ambulantes y ad-  
 quirió caballos de carreras para su uso particular. 9  
 Guió carros con el atuendo de auriga, convivió con  
 los gladiadores, transportó agua como un servidor  
 de vendedores de esclavos, hasta el punto de que  
 podrías creer que él había nacido para la infamia  
 más que para aquel rango al que le elevó la fortuna.

3 Apartó de sus cargos a los más antiguos servidores  
 de su padre y alejó a los amigos que eran ya ancia-  
 nos. Intentó ganarse, proponiéndole placeres des- 2  
 honestos, al hijo de Salvio Juliano <sup>9</sup>, que entonces  
 se hallaba al frente del ejército, más no lo logró y  
 desde entonces se dedicó a tender trampas a Julia-

<sup>8</sup> La *lex Vilia annalis* o *annaria* era la que fijaba la edad para acceder a las magistraturas.

<sup>9</sup> P. Salvio Juliano, cónsul en el año 175.

no <sup>10</sup>. Alejó de sí a los ciudadanos más honestos o 3  
 de forma ultrajante o mediante la concesión de car- 4  
 gos muy dignos. Fue apostrofado en escena por los 4  
 actores de pantomimos como una persona deshon-  
 rada y por ello los deportó inmediatamente hasta el 5  
 punto de que no aparecieron más en escena. Cediendo a las estipulaciones de los enemigos, abandonó también la guerra que su padre casi había terminado y se volvió a Roma. Cuando volvió a Roma, 6  
 colocó detrás de sí en su carro al actor Saotero y celebró el desfile triunfal de tal manera que, volviendo la cabeza en múltiples ocasiones, le besaba públicamente. También hizo esto mismo en la orquesta del teatro <sup>11</sup>. Y, aunque bebía hasta el amanecer y devoraba los recursos del imperio romano, también por las mañanas volaba de taberna en taberna hasta dar en los lupanares. Envió a gobernar 8  
 las provincias a individuos que eran cómplices de sus vicios o que habían sido recomendados por otros criminales. Llegó a ser odiado por el senado hasta tal extremo que también él, a su vez, se en- 9  
 sañó contra este estamento tan prestigioso, deseando destruirle y se volvió sanguinario por verse despreciado.

4 La vida que llevaba Cómodo incitó a Cuadrato y Lucila <sup>12</sup>, ayudados por los consejos del prefecto del Pretorio Tarruteno Paterno, a proyectar su muerte. Sin embargo, confiaron la ejecución de la 2

<sup>10</sup> Cf. 4, 8.

<sup>11</sup> La orquesta (*orchestra*: ορχήστρα) era la superficie que existía bajo el proscenio en la que actuaba y danzaba el coro (ορχέομαι) en el teatro griego. Estaba limitada por la fila de asientos más bajos por un lado y por el muro sobre el que montaba la escena. En los teatros romanos, por la ausencia de coro, se destinaba este espacio para los senadores y personas distinguidas, cf. Suetonio, *Aug.*, 35; *Nero.*, 12.

<sup>12</sup> M. Umidio Cuadrato, cónsul en el año 167. Era hijo de Ania Cornificia Faustina, hermana de Marco, cf., *Marco*, 7,4. Lucila era la hermana mayor de Cómodo, viuda de L. Vero y casada tras la muerte de éste con Claudio Pompeyano, cf. *Marco*, 20,6.

muerte a su pariente Claudio Pompeyano. Cuando 3  
éste disponía ya de la posibilidad de llevar a cabo  
su propósito, después de haber entrado con la es-  
pada desenvainada donde se encontraba Cómodo,  
descubrió estúpidamente el crimen al pronunciar  
estas palabras: «El senado te envía esta espada». Y así  
no llevó a cabo una acción en la que participaban,  
además de él, otros muchos. Después de estos su- 4  
cesos, fueron asesinados primeramente Pompeya-  
no y Cuadrato, después Norbana, Norbano y Para-  
lio; también la madre de éste junto con Lucila fue-  
ron desterradas. Entonces los prefectos del Preto- 5  
rio, viendo que Cómodo había provocado un odio  
inmenso por culpa de Saotero, cuyo poder el pue-  
blo romano no podía soportar, hicieron salir con  
astucia a Saotero de Palacio para una ceremonia re-  
ligiosa y cuando volvía a su quinta le dieron muer-  
te valiéndose de unos mercaderes de trigo. Este 6  
atentado le resultó a Cómodo más molesto que el  
que tramaron contra su propia persona. Sin embar- 7  
go, a Paterno, aunque era el culpable del asesinato  
de Saotero y, por lo que se podía conjeturar, cómp-  
lice del plan para asesinar a Cómodo y mediador  
para que la conjura no se castigara con mayor am-  
plitud, a instigación de Tigidio<sup>13</sup>, lo apartó del car-  
go de prefecto concediéndole la laticlavia. Pero, des- 8  
pués de unos pocos días, le acusó de conspirar con-  
tra él, afirmando que la hija de Paterno había sido  
prometida al hijo de Juliano porque quería confiar-  
le a éste el poder imperial. Por ello dio la muerte 9  
a Paterno, a Juliano y a Vitruvio Segundo, íntimo  
amigo de Paterno y encargado de la corresponden-  
cia imperial. Además, la familia de los Quintilios  
fue aniquilada en su totalidad, porque se decía que  
Sexto, el hijo de Condiano, se había evadido simu-  
lando su muerte para organizar una revuelta. Fue- 10

<sup>13</sup> Tigidio Perene fue coprefecto con Paterno en el 182.



ron asesinados también Vitrasia Faustina, Velio Rufo y el consular Egnacio Capitón. Los cónsules 11 Emilio Junco y Atilio Severo, sin embargo, fueron desterrados y el emperador desahogó su crueldad en otras muchas personas de múltiples formas.

- 5 Después de esto, nunca se presentó en público de buen grado y no permitió que nadie le comunicara noticia alguna si antes no la había dado el visto bueno Perene. Sin embargo, éste, que conocía 2 perfectamente a Cómodo, encontró el modo de aumentar su poder. En efecto, convenció a Cómodo 3 a que se dedicara a los placeres, asegurándole que él, en cambio, se consagraría personalmente a la administración de los asuntos públicos, lo que Cómodo aceptó gustoso. En consecuencia, ajustando 4 su vida a esta propuesta, se entregaba a los delirios báquicos en Palacio entre banquete y baños con trescientas concubinas que había reunido eligiéndolas, de acuerdo con la belleza de su figura, entre matronas y meretrices, y con otros trescientos jóvenes libertinos a los que había elegido igualmente entre los nobles o entre la plebe, bien por la fuerza, bien mediante recompensas, siendo su figura la que determinaba la elección. Entre estas bacanales, inmoló víctimas vestido de victimario <sup>14</sup>. Luchó en 5 el anfiteatro con las varas gladiatorias <sup>15</sup> entre los gladiadores que pertenecían a sus ayudas de cámara y, a veces, con espadas bien afiladas. Por entonces Perene reclamó que se le entregara todo el poder: mató a los ciudadanos que le vino en gana, des- 6

<sup>14</sup> Los victimarios (*victimarii*) eran servidores o ministros de los sacrificios, cuya función era encender el fuego, preparar los objetos e instrumentos necesarios para el sacrificio y sujetar la víctima cuando el *papa* (Livio, XL,29) la iba a golpear para abatirla.

<sup>15</sup> Las *rudes*, unas varas o bastones que acababan en una especie de bola o botón y que utilizaban los gladiadores y soldados cuando se les enseñaba a atacar o defenderse. Era el arma específica del gladiador llamado *rudarius*.

pojó a muchísimos, dio al traste con todas las leyes y arrojó en su bolsillo cuantos bienes robaba. Por su parte, Cómodo, después de haber enviado a Capri a su hermana Lucila, la mandó matar. Después, tras haber cometido estupro con sus otras hermanas, según dicen, y haber acogido entre sus brazos a una prima hermana, impuso el nombre de su madre a una de sus concubinas. Expulsó a su mujer que había sido sorprendida en adulterio, después la envió al exilio y finalmente la asesinó. Obligaba a sus concubinas a entregarse al amor ante sus ojos. Ni se privaba de la infamia que suponía que se entregaran muchachos en sus brazos y no había parte de su cuerpo, incluida la boca, que no hubiera mancillado en ambos sexos. También por entonces, haciendo ver que era obra de unos ladrones, se llevó a cabo el asesinato de Claudio<sup>16</sup>, padre de aquél que entró un día a presencia de Cómodo con una espada en la mano, y fueron ejecutados otros muchos senadores sin haber sido juzgados, así como algunas mujeres ricas. Y algunos individuos fueron esquilmados por Perene en las provincias a causa de las riquezas que poseían o incluso fueron quitados de en medio. Es más, a aquéllos que carecían de acusaciones por algunos crímenes ficticios, se les reprochaba no haber querido instituir como heredero a Cómodo.

6 En esta época Perene atribuía a su hijo las empresas bélicas que habían llevado a cabo con éxito otros generales romanos en Dalmacia. Pero este Perene que tuvo tanto poder, acusado de que en la guerra de Bretaña había puesto al frente de las tropas a algunas personas del orden ecuestre desposeyendo de su cargos a los senadores, fue declarado enemigo público por los legados del ejército en el

---

<sup>16</sup> Otro error. El asesinato fue el hijo de Claudio Pompeyano, pues éste todavía vivía en el año 193, cf. *Pértinax*, 4,10 y *Didio Juliano*, 8,3.

mismo momento en que descubrieron esta circunstancia y, en consecuencia, fue entregado a los soldados para que le hicieran pedazos. Para ocupar un puesto de tanta influencia Cómodo eligió a Cleandro<sup>17</sup>, uno de sus camarlangos. Después de la muerte de Perene y de su hijo, Cómodo revocó realmente muchas de sus disposiciones, como si él no las hubiera dictaminado, simulando que las restablecía a su antiguo estado. Por cierto, no fue capaz de mantener el arrepentimiento de sus crímenes durante más de treinta días, ya que recurría a Cleandro para cometer crímenes más atroces que los que había cometido por medio del susodicho Perene. Cleandro sucedió a Perene en el poder, pero en la prefectura le siguió Nigro, que, según cuentan, fue prefecto del Pretorio sólo durante dos horas; en efecto, se cambiaba a los prefectos del Pretorio de una hora a otra y de un día a otro y la actuación general de Cómodo era peor que había sido antes. Marcio Cuarto fue prefecto del Pretorio durante cinco días. Los sucesores de éstos fueron retenidos en sus cargos o asesinados a voluntad de Cleandro; a un gesto suyo también fueron elegidos libertos para formar parte del senado y engrosar las filas de los patricios, y entonces por primera vez se nombraron cinco cónsules para un solo año y se pusieron en venta todas las provincias. Cleandro vendía todo por dinero: llamaba a los desterrados a Roma y los honraba con cargos públicos y anulaba las causas que ya habían recibido sentencia. Fue tan grande su poder, a causa de la necesidad de Cómodo, que al esposo de la hermana de éste llamado Burro, que reprendía a Cómodo y le tenía al corriente de lo que ocurría, le prendió bajo la sospecha de que aspiraba al trono y le mató, tras haber acabado también con otros muchos que le de-

<sup>17</sup> Un frigio llevado a Roma como esclavo.

fendían. También fue ejecutado entre éstos el prefecto Ebuciano; y para ocupar su puesto fue nombrado el propio Cleandro, junto con otros dos que él personalmente había elegido. Y entonces por primera vez hubo tres prefectos del Pretorio, entre ellos un liberto, que recibió el nombre de «prefecto del puñal<sup>18</sup>».

7 Pero a Cleandro se le confirió también la muerte que había merecido. En efecto, como Arrio Antonino había sido asesinado por sus intrigas mediante las que se habían inventado algunos crímenes para ganarse el favor de Atalo, a quien Arrio había condenado durante su proconsulado en Asia, y, como Cómodo tampoco había podido frenar la hostilidad que suscitó entre el pueblo encolerizado, aquél fue entregado a la plebe para que ésta le impusiera el castigo, y junto con él fueron ejecutados también Apolausto y otros libertos de palacio. Otra acción de Cleandro fue la violación de las concubinas de Cómodo, con las que tuvo algunos hijos que después de que el murió fueron asesinados junto con sus madres. Para ocupar su puesto fueron elegidos Juliano y Regilo, a los que luego Cómodo también castigó con la muerte. Tras su asesinato, ejecutó a los Silanos Servilio y Dulio junto con sus familiares, después a Antio Lupo y a los Petronios Mamertino y Sura y a Antonino hijo de Mamertino y de una hermana suya, y después de ellos a seis consulares a la vez, a Alio Fusco, a Celio Félix, a Luceyo Torcuato, a Larcio Eurupiano, a Valerio Basiano, a Pactumeyo Magno y a toda su familia; en Asia, al procónsul Sulpicio Craso y a Julio Proculo con su familia, y en Acaya, al antiguo cónsul Claudio Lucano, a la prima hermana de su padre, Faustina Ania, y a otros muchísimos. Había deci-

<sup>18</sup> El puñal o daga (*pugio*) era el símbolo del oficio del prefecto. Se utilizaba también como insignia imperial, cf. *Avidio Casio*, n. 21.

dido también dar muerte a otros catorce más, puesto que los recursos del imperio romano eran insuficientes para sufragar sus gastos.

- 8 Mientras tanto, el senado concedió a Cómodo el título de Pío, para mofarse de él, por haber designado cónsul al amante de su madre; y, cuando mató a Perene, le concedió el título de Feliz, considerándole como un nuevo Sila <sup>19</sup> por hallarse implicado en un gran número de asesinatos de muchos ciudadanos. Dicen que fue este mismo Cómodo, el llamado Pío y Feliz, quien fingió también una conjuración contra su propia persona, para poder dar muerte así a un gran número de ciudadanos. Pero no hubo ninguna otra conjuración que la de Alejandro, quien después se suicidó junto con los suyos, y la de Lucila, hermana de Cómodo. Los aduladores le dieron también el sobrenombre de Británico, siendo así que los británicos tuvieron la intención incluso de elegir a otro emperador en su lugar. Recibió además el sobrenombre de Hércules Romano <sup>20</sup>, porque había matado fieras en el anfiteatro de Lanuvio. En efecto, tenía la costumbre de ejercitarse matando animales salvajes en sus fincas. Además, fue tal su locura que deseó dar a la ciudad de Roma el nombre de Colonia Comodiana. Cuentan que se le ocurrió semejante monstruosidad cuando se encontraba disfrutando de las caricias de Marcia. Deseó igualmente conducir cuadrigas <sup>21</sup> en 7

<sup>19</sup> L. Cornelio Sila (137-78) fue el vencedor de Mario en la guerra civil. Tras su victoria, llevó a cabo las más terribles represalias, ordenando degollar a siete mil personas y anunciando que ninguno de sus enemigos podría esperar el perdón.

<sup>20</sup> Cf. 9. El título de *Hércules Romanus* lo constata también Dión Casio. LXXII, 15,5 y C.I.L. XIV, 3449 = Dessau, 400.

<sup>21</sup> Carruaje tirado por cuatro caballos, pero especialmente aplicado a los carros que tomaban parte en las carreras del circo que disponían de dos largas varas y de un yugo para sujetar la cerviz de los cuatro caballos.

el circo. Se presentó en público con una dalmática<sup>22</sup> y, con este atuendo, dio la señal de salida de las cuadrigas. Y por la época aquella en que propuso al senado cambiar el nombre de Roma por el de Comodiana, no sólo aceptó con gusto el senado semejante proposición para mofarse de él, según parece, sino que incluso se impuso a sí mismo el nombre de senado Comodiano, al tiempo que confería a Cómodo el título de Hércules y de Dios.

9 Hizo el simulacro también de que iba a ir a África, para hacer que le pagaran los gastos del viaje. Consiguió el dinero, pero lo invirtió en banquetes y jugando a los dados. Se quitó de en medio al prefecto del Pretorio Motileno dándole a comer higos envenenados. Aceptó estatuas suyas con el traje de Hércules y le ofrecieron sacrificios como a un dios. Había proyectado, además, el asesinato de un buen número de personas, proyecto que se descubrió gracias a un muchacho que sacó de la habitación de Cómodo una tablilla en la que figuraban los nombres de los que estaban destinados a la muerte. Practicó el culto a Isis<sup>23</sup> hasta el punto de hacerse reparar la cabeza y de llevar en procesión la estatua

<sup>22</sup> Larga blusa hecha de lana de Dalmacia. No la usaron los romanos de los primeros tiempos y jamás fue de uso general hasta que la adoptó la Iglesia Católica, pues se consideró siempre como prenda afeminada.

<sup>23</sup> Diosa de origen egipcio. Isis es la tierra a quien Osiris, el sol, hace germinar con su calor dando lugar así al nacimiento de todos los seres. Representa, pues, el principio generador femenino. También está relacionada con ella el culto de ultratumba. Sus fiestas llamadas *Isia* se celebraban en Roma entre marzo y abril. Sus misterios eran muy similares a los de Eleusis. Para la celebración de su culto existieron numerosas asociaciones presididas por un *pater*, al que asistía un gran cortejo de sacerdotes, servidores, etc.

de Anubis <sup>24</sup>. Su tendencia a la crueldad le llevó a 5  
ordenar a los fieles de Belona <sup>25</sup> que se cortaran  
realmente el brazo. También obligaba a los sa- 6  
cerdotes de Isis a golpear su pecho con piñas hasta  
la muerte. Cuando llevaba la estatua de Anubis,  
golpeaba con violencia las cabezas de los sacerdo-  
tes de Isis con el rostro del ídolo. Dio la muerte a  
leones e incluso a multitud de hombres golpeándo-  
les con una clava, vestido de mujer y cubierto con  
una piel de león. A los individuos que tenían sus  
pies enfermos y a los que estaban imposibilitados  
para andar, les hizo adquirir el aspecto de gigantes  
envolviéndoles desde las rodillas hasta abajo con  
cintas de paño y lienzo como si fueran dragones, y  
al punto acabó con ellos a flechazos. Profanó con  
un homicidio real los misterios de Mitra <sup>26</sup>, siendo

<sup>24</sup> Dios muy venerado entre los egipcios, que aparecía representado por un chacal o lobo de montaña. Su misión fundamental era pasar las almas acompañadas de *Horus* en el juicio final ante Osiris, de ahí que se le asimiló a *Hermes* y se le incorporó al panteón romano con el nombre de *Hermanubis*.

<sup>25</sup> Diosa de la guerra asimilada a la *Palas* griega, esposa o hermana de *Marte*. Su culto procede tal vez de los ritos de la diosa *Ma* de *Capadocia*, en cuyas procesiones públicas se veía a la sacerdotisa azotarse hasta derramar sangre. De ahí que entre los distintos ritos con los que se adoraba en *Roma* se incluyeran las maceraciones y autotorturas.

<sup>26</sup> Dios iranio o persa, mediador entre los dos principios del bien, *Ormuzd*, y del mal, *Ahriman*, pero como emanación del bien supremo, que se identifica con el sol, ayuda a los fieles a que triunfe el reino del bien. En occidente se identifica con el *sol invictus*. Se le representa como un joven cubierto con gorro frigio, con túnica y con una capa echada al hombro, apoyando la rodilla en un toro sujetado con la mano izquierda mientras le hunde un puñal con la derecha. Aparece también rodeado de los signos del *Zodiaco*. Los fieles, que debían ser virtuosos, sufrían distintos ritos de iniciación que conocemos gracias al testimonio sobre todo de *San Jerónimo*, *Ep.* 107 y de *Tertuliano*, *De corona*, 15 *De Praescr. Haeret.*, 40,3. *S. Jerónimo* da el nombre de los iniciados en cada uno de los siete grados. *Tertuliano* recuerda alguna de las pruebas, como saltar un depósito de agua con los ojos vendados y las manos atadas con tripas de pollos o tomar parte en una muerte simulada. Así se explica que en muchas de ellas se causaba gran terror o se simulaba que se causaba, como se alude en el texto.

así que en ellos sólomente solían decirse o inventarse cosas que simulaban causar gran temor.

- 10 Fue desde su infancia glotón y obsceno. En su adolescencia deshonró a todos los hombres que le rodeaban sin importarle su categoría, y, a su vez, fue deshonrado por todos ellos. A los que se reían de él, los arrojaba a las fieras. Incluso ordenó arrojar a las fieras a un individuo que leía la biografía de Calígula escrita por Suetonio, porque había nacido el mismo día que el emperador. Si a alguno se le había ocurrido comentar en público que deseaba morir, ordenaba que se le diera rápidamente la muerte, aunque no quisiera. Era peligroso incluso en las bromas. En efecto, a un individuo, al que vio que entre sus cabellos negros tenía otros blancos que parecían gusanillos, le colocó encima un estornino que creía que perseguía gusanos auténticos, y así consiguió que su cabeza supurara a causa de los picotazos de éste. A un hombre grueso le abrió en canal el vientre para que se desparramaran inmediatamente sus intestinos. Llamaba monopodios<sup>27</sup> y miopes a los que había hecho sacar un ojo o cortar un pie. Hizo morir, además, por aquí y por allá a un gran número de hombres, a unos porque se presentaban ante él vestidos con traje extranjero, a otros porque eran nobles y muy distinguidos. Tuvo entre sus amantes a hombres a los que llamaba con los nombres de las partes privadas de ambos sexos y a los que besaba con gran placer. Amó muchísimo también a un hombre provisto de un pene que superaba las dimensiones del de los animales, al que llamaba Onón<sup>28</sup>. Le llenó de riquezas y le nombró jefe de los sacerdotes de Hércules Rural.
- 11 Se dice que solía mezclar excrementos humanos con alimentos muy costosos y que no se privó de

<sup>27</sup> Del griego μόνος y ποῦ «un solo pie».

<sup>28</sup> Del griego ὄνος «asno».



gustarlos, pensando que así se reía de sus convida-  
 dos. Exhibió en una fuente de plata a dos joroba- 2  
 dos contrahechos, después de haberlos cubierto de  
 mostaza; les promovió enseguida a distintas digni-  
 dades y les llenó de riquezas. Hizo arrojar a una 3  
 piscina, con su toga y en presencia de su servidum-  
 bre, a su prefecto del Pretorio Juliano. Además le  
 obligó a danzar desnudo delante de las concubinas,  
 tocando el címbalo <sup>29</sup> con su rostro demudado. Fue 4  
 rara la vez que no pidió para sus banquetes todo  
 tipo de verduras cocidas para prolongar por más  
 tiempo sus placeres. Se bañaba siete y ocho veces 5  
 al día y comía en el mismo baño. Acudía a los tem- 6  
 plos de los dioses, a pesar de estar manchado de im-  
 purezas y de sangre humana. Incluso imitó a los 7  
 médicos sacando sangre a algunos individuos con  
 mortales escalpelos <sup>30</sup>. También en su honor, los 8  
 aduladores llamaban Cómodo al mes de Agosto,  
 Hércules al de septiembre, Invicto al de octubre,  
 Triunfador al de noviembre y Amazonio al de di- 9  
 ciembre, de acuerdo con su signo. Sin embargo, el  
 de Amazonio lo recibió como consecuencia del  
 amor que mantenía con su concubina Marcia, a la  
 que le gustaba contemplar retratada como una  
 Amazona, y en atención a la cual quiso salir al an-  
 fiteatro romano vestido de Amazona. Participó 10  
 también en combates gladiatorios y aceptó distin-  
 tos nombres de gladiadores con tanto placer como  
 si recibiera las insignias de triunfador. Acudió re- 11  
 gularmente a los juegos públicos y ordenaba que  
 se registrara en los monumentos públicos las ve-

<sup>29</sup> Calco del griego κύμβαλον: instrumento musical parecido a los platillos. Lo utilizaban sobre todo los oradores de Cibeles (cf. Virgilio, *Georg.*, IV,64; Lucrecio, II,619) y los de Baco (Livio, XXXIX, 8 y 10); pero también se utilizó en actos profanos.

<sup>30</sup> El escalpelo (*scalprum*) era un instrumento agudo y cortante que empleaban los artistas y artesanos para distintos usos, adecuándose sus formas a ellos.

ces que acudía. Se cuenta que participó en los combates gladiatorios setecientas treinta y cinco veces.

Fue nombrado César bajo el consulado de Pudente y Polión, el día cuarto de los idus de octubre, al que después llamó de Hércules. Recibió el sobrenombre de Germánico en los idus de Hércules, siendo cónsules Máximo y Orfito.

12 Fue admitido como sacerdote en todos los colegios sacerdotales el día trece de las calendas de Invicto durante el consulado de Pisón y Juliano. Partió para la Germania el día catorce de las calendas de Elio, como las llamó después. Tomó la toga viril bajo dicho consulado. Fue saludado como emperador con su padre el día cinco de las calendas de Vencedor, cuando eran cónsules por segunda vez Polión y Apro. Celebró el triunfo el diez de las calendas de enero del mismo año bajo los mismos cónsules. Salió otra vez de Roma el día tres de las nonas de Cómodo, bajo el consulado de Orfito y Rufo. El ejército y el senado le presentaron oficialmente en la casa Palatina llamada Comodiana, para que viviera en ella perpetuamente, el día once de las calendas de Roma durante el segundo consulado de Presente. Cuando proyectaba por tercera vez otra expedición, fue retenido por el senado y por el pueblo. Se hicieron votos por él en las nonas de Pío, el año en que Fusciano fue cónsul por segunda vez. En el intervalo de estos sucesos, según se refiere en unos escritos, realizó trescientos sesenta y cinco combates durante el reinado de su padre y, tras la muerte de éste, consiguió tantas palmas gladiatorias <sup>31</sup> venciendo o matando a recia-

<sup>31</sup> La palma o ramo de palmera fue adoptada por los antiguos como símbolo de victoria y, como tal, se la ofrecían a los atletas, gladiadores, conductores de carros, etc., de ahí que recibe distintos adjetivos para especificar su clase, como aquí el de gladiatoria.

rios <sup>32</sup>, que llegó a alcanzar el millar. Mató con su 12  
propia mano muchos miles de fieras salvajes de dis-  
tintas clases, llegando incluso a dar muerte a ele-  
fantes. Y muchas veces realizó estas hazañas asis-  
tiendo el pueblo romano al espectáculo.

13 Fue enérgico para estas acciones, pero para otras  
fue débil y enfermizo; además tenía una excrecen-  
cia entre la ingle de tales proporciones, que el pue-  
blo romano podía percibirla a través de sus vesti- 2  
dos de seda. Por esta razón se escribieron muchos  
versos, de los que Mario Máximo se vanagloria en 3  
su obra. Gozó de tantas energías para reducir a las  
fieras que llegó a atravesar de parte a parte a un ele- 4  
fante con una lanza y traspasó el cuerpo de una ga-  
cela con una estaca y mató a muchos millares de  
bestias enormes, a cada una con un solo golpe. Su 4  
desvergüenza fue tan grande que bebió en muchí-  
simas ocasiones a la vista de todos, sentado en el an-  
fiteatro o en el teatro vestido de mujer.

Sin embargo, durante su gobierno y a pesar de 5  
vivir de esta manera, fueron vencidos por medio de  
sus lugartenientes los moros y los dacios, fueron  
pacificadas también las Panonias y Bretaña y se ex-  
tendió su imperio a las provincias de Germania y  
Dacia a pesar de la resistencia que oponían sus ha-  
bitantes; pero todos estos territorios fueron apaci- 6  
guados por sus generales. Por su parte, Cómodo 7  
era perezoso y descuidado a la hora de firmar do-  
cumentos, de tal manera que solía estampar su fir-  
ma en muchos libelos con una sola estampilla,  
mientras que en muchísimas cartas escribía sólo la  
palabra «adiós». Y todos los asuntos se llevaban a 8  
cabo por mediación de otros individuos quienes,  
según cuentan; llegaron a utilizar hasta las conde-  
nas para llenar sus bolsillos.

<sup>32</sup> Gladiador romano cuya arma específica y distintiva era la red (*retis*) para envolver a su adversario, generalmente un *secutor*, cf. n. 37.

14 A causa de esta incuria, como además robaban  
 las provisiones de víveres aquéllos que entonces ad-  
 ministraban la república, surgió también en Roma  
 una gran escasez, aunque no faltaban productos. 2  
 Por cierto, poco después Cómodo dio muerte o  
 proscribió a aquéllos que se dedicaban a robar de  
 todo. Pero él mismo, simulando un siglo de oro 3  
 bajo el nombre de Comodiano, propuso un abara-  
 tamiento de los víveres y con ello hizo que la es-  
 casez fuera mayor.

Muchos individuos bajo su gobierno obtuvieron 4  
 por dinero el castigo de otros y su propia salva-  
 ción. Llegó a vender incluso los diversos tipos de 5  
 suplicio, las sepulturas, la atenuación de los casti-  
 gos y dio muerte a unos ciudadanos por otros. Ven- 6  
 dió también las provincias y los cargos administra-  
 tivos, de forma que él recibía una parte del dinero  
 y la otra, los que hacían la venta. Vendió a algunos 7  
 incluso la muerte de sus enemigos. Sus libertos ven-  
 dieron también los resultados de los procesos. A 8  
 los prefectos Paterno y Perene no los aguantó mu-  
 cho tiempo, pero tampoco ninguno de los prefec-  
 tos que él había nombrado ejercitó este cargo du-  
 rante tres años, pues a la mayor parte de ellos o les  
 envenenó o les pasó a cuchillo. Con la misma faci-  
 lidad cambió también a los prefectos de la Ciudad.

15 Eliminó con gusto a sus ayudas de cámara, a pe-  
 sar de que había acomodado toda su actuación a  
 sus deseos. Su camarlengo Eclecto, viendo la faci- 2  
 lidad con que eliminaba a sus colegas, se anticipó a  
 su actuación y tomó parte en un complot contra su  
 vida.

Incluso cuando estaba de espectador se equipó con 3  
 las armas de los gladiadores, cubriendo sus hom-  
 bros desnudos con una banda de púrpura. Tuvo 4  
 también la costumbre, como atestiguan los es-  
 critos de Mario Máximo, de ordenar que se regis-

traran en las actas de la Ciudad <sup>33</sup> todas las acciones que había realizado de manera indigna, vergonzosa, cruel y como un gladiador o un rufián. Llamó también Comodiano <sup>34</sup> al pueblo romano, delante del que actuó como gladiador en muchísimas ocasiones <sup>35</sup>. Y, como el pueblo le aplaudió como a un dios en muchas de las luchas en que intervenía <sup>36</sup>, creyendo que se había burlado de él, dio órdenes para que el pueblo romano fuese masacrado en el anfiteatro por los soldados de la flota que tensaban las velas. Había ordenado también incendiar Roma, como si se tratara de una colonia de su propiedad; y se habrían ejecutado sus órdenes si el prefecto del Pretorio, Leto, no hubiera hecho desistir a Cómodo de su propósito. Entre otros títulos triunfales recibió también seiscientas veinte veces el de «jefe de los secutores» <sup>37</sup>.

16 Estos son los prodigios que ocurrieron durante su reinado, tanto públicos como particulares: apareció un cometa; se vieron en el foro las huellas de los dioses orientadas hacia la salida; y antes de la guerra de los desertores se incendió el cielo; en las calendas de enero apareció en el foro repentinamente una densa niebla que lo oscurecía; y antes del amanecer se habían presentado aves incendiarias y de mal agüero; el mismo Cómodo tuvo que tras-

<sup>33</sup> Las comenzó a publicar César, siguiendo su ejemplo sus sucesores. Contendían los anuncios oficiales y las noticias de interés para el pueblo romano.

<sup>34</sup> Cf. 8,6.

<sup>35</sup> Cf. 9,11.

<sup>36</sup> Cf. 11,10.

<sup>37</sup> El *secutor*, literalmente «perseguidor». Era el gladiador que luchaba con el *retiarius* persiguiéndole, cuando aquél fallaba en su asalto. Sus armas eran el casco, el escudo largo y rectangular y la ocrea. Traduzco como «jefe de los secutores» la expresión *prima palus*, que está formada por analogía de *primus pilus*, pues así como ésta significa «el primer centurión», aquélla significaría «la primera pica, el primero, el jefe, el capitán» de los *secutores*.

ladarse de Palacio a la villa Vectiliana <sup>38</sup> situada junto al monte Celio porque decía que no podía dormir allí; las dos puertas del templo de Jano <sup>39</sup> se abrieron espontáneamente y se vio moverse a la estatua de mármol de Anubis; la de Hércules, que era de bronce y estaba emplazada en el pórtico de Minucio <sup>40</sup>, se cubrió de sudor durante muchos días; se vio también un búho sobre su dormitorio, tanto en Roma como en Lanuvio. Pero el mismo Cómodo suscitó un prodigio que le resultó funesto: en efecto, en una ocasión se secó la mano en su cabeza, después de haberla introducido en la herida de un gladiador muerto en su presencia, y, contra la costumbre habitual, ordenó que los espectadores acudieran a presenciar los combates gladiatorios no con la toga, sino con la pénula <sup>41</sup>, como solía hacerse en los funerales, mientras que él ocupaba la presidencia con vestidos de luto; su casco fue sacado dos veces a través de la puerta de Libitina <sup>42</sup>. Repartió al pueblo un congiario distribu-

<sup>38</sup> La escuela para gladiadores. Se sabe por Dión Casio (LXXII, 22,2) que Cómodo se propuso pasar allí la noche del 31 de diciembre del año 192 para presentarse el día siguiente como *secutor*.

<sup>39</sup> El dios romano por excelencia y el más antiguo de toda Italia. Es el principio de las cosas, la entrada de la ciudad, el principio de la luz y dios supremo de las tribus fundadoras de Roma, cf. L. M. de Padiérgana, *Naturaleza de Jano según los fastos de Ovidio*, «Em», 1942, p. 66-97.

<sup>40</sup> Había dos pórticos de Minucio situados entre el monte Capitolino y el Tíber. El uno se llamaba Viejo y el otro Frumentario.

<sup>41</sup> La penula (*paenula*) era un vestido encimero, una especie de blusa redonda protegida por un capuchón, con un agujero redondo en la parte superior por donde se introducía la cabeza, y enteramente cerrado por delante o con una abertura desde la parte inferior hasta medio cuerpo, pero siempre sin mangas. Se utilizaba para resguardarse del frío, para los viajes, etc., a pesar de que a veces resultaba incómodo pues impedía la movilidad, cf. Cicerón, *Mil.*, 20: los que lo llevaban se sentían *adstricti et uelut inclusi* «constreñidos y como encerrados».

<sup>42</sup> La puerta de un anfiteatro por donde eran arrastrados los muertos. El nombre lo recibía de Libitina, la diosa que presidía los funerales.

yendo setecientos veinticinco denarios <sup>43</sup> por cabeza. Fue muy tacaño con todos los demás, porque había disminuido el erario por los costes de su vida licenciosa. A los juegos ordinarios de circo añadió 9 otros muchos, mas para satisfacer sus caprichos que por motivos religiosos y para enriquecer a los jefes de las banderías.

17 Instigados por su conducta, Quinto Emilio Leto y su concubina Marcia, aunque demasiado tarde, tramaron una conjura para darle muerte. Le ofrecieron primero veneno; pero al no ser efectivo, se sirvieron para estrangularle de un atleta con el que solía ejercitarse. 2

La contextura de su cuerpo era proporcionada, el aire de su rostro atolondrado, como es habitual en los alcohólicos, y su lenguaje confuso. Llevaba siempre teñido su cabello y lo mantenía brillante salpicándolo con limaduras de oro, y quemaba superficialmente su cabellera y su barba por miedo a su barbero. 3

El senado y el pueblo pidieron que su cuerpo fuera arrastrado con un garfio y arrojado al Tíber <sup>44</sup>, pero después fue trasladado al mausoleo de Adriano por orden de Pértinax <sup>45</sup>. 4

No subsiste ninguna obra suya, a excepción de los baños que Cleandro había construido en su nombre. Pero el senado arrancó su nombre que se había grabado en construcciones promovidas por otros. No acabó las obras iniciadas por su padre. 5  
Organizó la flota Africana para que sirviera de ayuda en caso de que escasease el trigo que llegaba de Alejandría. Dio a Cartago también en plan jocoso 6  
7  
8

<sup>43</sup> Moneda de plata que valía al principio 10 ases (as: unidad de valor equivalente a 12 onzas o una libra de peso), luego 16, al reducirse su peso. La suma parece exagerada.

<sup>44</sup> Costumbre antigua en Roma. Lo mismo pidió el populacho que se hiciera con Tiberio, cf. Suetonio, *Tib.*, 65,1.

<sup>45</sup> Cf. 20,1.

el nombre de Alejandría Comodiana Togada y a la flota Africana el de Comodiana Hercúlea. Impuso al Coloso algunos adornos que después fueron arrancados en su totalidad. Hizo quitar la cabeza del Coloso que representaba a Nerón, colocó encima la suya y grabó debajo una inscripción, como era habitual, pero sin olvidar los títulos de Gladiador y Afeminado <sup>46</sup>. No obstante, Severo, un emperador riguroso y un hombre de tal nombre, lo incluyó entre los dioses por odio al senado, según parece, y le dio además un flamen, el Herculeano Cómodiano, que el propio Cómodo eligió para sí cuando aún vivía.

Dejó tres hermanas que le sobrevivieron. Severo estableció que se celebrara el aniversario de su nacimiento.

18 Las aclamaciones del senado después de la muerte fueron rigurosas. Y para que se sepa cuál fue la opinión que tenía el senado sobre Cómodo, yo he insertado aquí dichas aclamaciones, copiándolas de Mario Máximo, y el juicio de la resolución del senado:

«Quítensele todos sus honores al enemigo de la patria, quítensele al parricida, que se le arrastre por el suelo. Que el enemigo de la patria, el parricida y el gladiador sea despedazado en el espoliario <sup>47</sup>. ¡Enemigo de los dioses! ¡verdugo del senado! ¡Enemigo de los dioses y parricida del senado! ¡Enemigo de los dioses! ¡Enemigo del senado! ¡que el gladiador acabe en el espoliario!; que el asesino de senadores sea expuesto en el espoliario. Que el ase-

<sup>46</sup> Cf. *Adriano*, n. 89 a 19, 12-13. Pasaje incorrecto, pues para esta época el Coloso ya no tenía la cabeza de Nerón sino la del sol por la que la sustituyó Adriano.

<sup>47</sup> Recinto del anfiteatro donde se desnudaba y despojaba de sus armas y vestidos (*spoliare*) a los gladiadores muertos en la arena.



sino de senadores sea arrastrado con un garfio: que  
 el asesino de inocentes sea arrastrado con un gar-  
 fío. ¡Enemigo! ¡parricida! ¡sí! ¡sí! Que sea arrastra- 6  
 do por el suelo el que no perdonó a su familia. Que  
 sea arrastrado con un garfío el que quiso darte  
 muerte. Con nosotros temiste, con nosotros estu- 7  
 viste en peligro. ¡Oh, Júpiter Óptimo Máximo!,  
 para que nos sintamos salvos, consérvanos a Pérti- 8  
 nax ¡Buena suerte a los pretorianos fieles! ¡Buena 9  
 suerte a las cohortes pretorianas! ¡Buena suerte a  
 los ejércitos romanos! ¡Buena suerte a la piedad del  
 senado! Que se arrastre al parricida. Augusto, te 10  
 pedimos que se arrastre al parricida. Te lo pedimos,  
 que se arrastre al parricida. Escucha César: ¡a los  
 leones los delatores! Escúchanos, César ¡Esperato  
 a los leones! Buena suerte a la victoria del pueblo 11  
 romano. Buena suerte a los soldados por su leal-  
 tad. Que las cohortes pretorianas tengan éxito. 12  
 Destrónense por todas partes las estatuas del ene-  
 migo de la patria, destrónense por todas partes las  
 estatuas del parricida, destrónense por todas par-  
 tes las estatuas del gladiador. Abajo las estatuas del 13  
 gladiador y parricida. Que arrastren al asesino de  
 ciudadanos, que arrastren al parricida. Abajo las es-  
 tatuas del gladiador. Si tú estás a salvo, nosotros es- 14  
 tamos a salvo y seguros; sí, sí, lo estamos, sí, dig-  
 namente; lo estamos, sí, con libertad. Ahora esta- 15  
 mos seguros: que teman los delatores. Que ellos te-  
 man para que nosotros estemos seguros. Para que  
 estemos a salvo, fuera del senado los delatores, que  
 ellos sean azotados. Puesto que estás a salvo, a los  
 leones los delatores. Bajo tu reinado apaléese a los 16  
 19 delatores. Que se borre el recuerdo del gladiador  
 parricida; que se arrojen por los suelos las estatuas  
 del gladiador parricida. Que se borre el recuerdo  
 del gladiador impuro, al espoliario el gladiador. Es-  
 cúchanos César: que se arrastre por los suelos con  
 un garfío al verdugo. Que se arrastre por los sue- 2  
 los, siguiendo la costumbre de nuestros antepasa-

dos, al matarife del senado. Ha sido más cruel que Domiciano. Ha sido más impuro que Nerón. Así actuó, pues que así sufra. Que se mantenga el recuerdo de los inocentes. Devuélveles sus honores, te lo rogamos. Que el cadáver del parricida sea  
 3  
 arrastrado con un garfio, que arrastren con un garfio el cadáver del gladiador. Que se deposite en el espoliario el cadáver del gladiador. Pídenos nuestros votos, pídenoslos. Todos votamos que se le arrastre con el garfio. Él cometió una matanza general: que le arrastren con el garfio. Él asesinó a  
 4  
 personas de todas las edades: que le arrastren con el garfio. Él asesinó a personas de ambos sexos: que le arrastren con el garfio. Él no perdonó a los suyos: que le arrastren con el garfio. Él saqueó los templos: que le arrastren con el garfio. Él anuló testamentos: que le arrastren con el garfio. Él desposeyó a los vivos: que le arrastren con el garfio. Hemos servido a esclavos. Él exigió dinero por la vida: que le arrastren con el garfio. Él exigió dinero por  
 6  
 la vida y no guardó fidelidad: que le arrastren con el garfio. Él vendió al senado: que le arrastren con el garfio. Él arrebató a los hijos las herencias de sus padres; que le arrastren con el garfio. ¡Fuera del senado los espías! ¡Fuera los delatores! ¡Fuera los que  
 7  
 sobornan a los siervos! También tú, al igual que nosotros, has sentido temor. Estás enterado de todo y conoces a los buenos y a los malos. Lo sabes todo, corrige, pues, todos los abusos. Hemos temido por tí. ¡Oh!, somos dichosos porque tu gobiernas. Consulta al senado sobre el parricida, consúltale y luego recuenta los sufragios. Pedimos tu presencia.  
 9  
 Los inocentes aún están sin sepultar. Que el cadáver del parricida sea arrastrado. El parricida ha exhumado a los muertos. Que el cadáver del parricida sea arrastrado.»

20 El cadáver de Cómodo fue enterrado por la noche, después de que Livio Laureense, administrador

del patrimonio imperial <sup>48</sup> se lo entregó al cónsul designado Fabio Cilón por orden de Pértinax. Los 2  
senadores gritaron: «¿Por orden de quién le han se- 3  
pultado? Que desentierren al parricida inhumado, 3  
que le arrastren por el suelo». Cingio Severo dijo:  
«Se le ha sepultado de forma ilegal. El colegio de 4  
pontífices <sup>49</sup> dice lo mismo que digo yo, que hablo 4  
como pontífice. Puesto que ya he referido cosas que 4  
son gratas, hablaré ahora de otras que nos apre-  
mian: pienso que se deben abolir las disposiciones  
que obligó a decretar en su honor este ser que no  
vivió sino para destruir a los ciudadanos y para des- 5  
honrarse a sí mismo; que se deben derribar las es- 5  
tatuas que se le han erigido por todas las partes;  
que hay que raer su nombre de todos los monu-  
mentos públicos y privados <sup>50</sup> y que hay que lla-  
mar a los meses con los nombres que tenían <sup>51</sup>  
cuando esta peste se cernió por primera vez sobre  
la república».

---

<sup>48</sup> Oficio creado probablemente por Claudio. El *patrimonium* era el conjunto de bienes considerados propiedad del emperador y que se transmitían, aunque la sucesión no fuese directa, de un emperador a otro. Se distinguía del *fiscus* o tesoro imperial (cf. Adriano, n. 75) y fue administrado independientemente. Septimio Severo consideró distinto de ellos la *res priuata*, para la que creó un procurador especial, cf. *Severo*, 9,4.

<sup>49</sup> Lo creó Numa y dispuso de tres, cinco y dieciséis miembros sucesivamente. Era el encargado de mantener la tradición y vigilar el culto público y privado, ostentando otras funciones adicionales: interpretar las leyes, como en este caso, consagrar edificios, etc.

<sup>50</sup> Cf. 17,6.

<sup>51</sup> Cf. 11,8.

## 8. HELVIO PÉRTINAX

(Julio Capitolino)

1 El padre de Publio Helvio Pértinax fue el liberto  
Helvio Suceso del que se dice que impuso este  
nombre a su hijo a causa de su perseverancia en el  
oficio de la compra-venta de lana, puesto que se de-  
dicaba a él con pertinacia. Pértinax nació en los 2  
Apeninos en la casa de campo de su madre. En el  
momento de su nacimiento un potro se subió a un  
tejado de una casa y, tras permanecer allí durante  
unos breves instantes, descendió y expiró al punto. 3  
Su padre, conmovido por este acontecimiento, se  
dirigió a consultar a un astrólogo <sup>1</sup>, el cual le dijo  
que ya había perdido a su hijo, mientras que a éste  
le vaticinó grandes cosas. Fue iniciado ya desde 4  
niño en los conocimientos elementales de las letras  
y del cálculo y le confiaron además a un gramático  
griego y después a Sulpicio Apolinar <sup>2</sup>; después de  
que éste murió, él mismo ejerció la profesión de  
gramático.

Pero, viendo que no aumentaba sus beneficios 5  
con el ejercicio de esta profesión, pidió la dignidad  
de centurión, utilizando la mediación de Loliano  
Avito <sup>3</sup>, varón consular, y patrono <sup>4</sup> de su padre. 6

<sup>1</sup> A un caldeo (*chaldaeum*), cf. *Marco*, n. 56.

<sup>2</sup> C. Sulpicio Apolinar, natural de Cartago. Fue maestro de Pértinax y de Aulo Gelio. Le debemos las *periochae* de Terencio, de la Eneida y las *Quaestiones epistolicae*.

<sup>3</sup> Cónsul en el año 144.

<sup>4</sup> Para este concepto cf. *Antonino*, n. 40.

Después se dirigió a Siria como prefecto de una cohorte <sup>5</sup> durante el reinado de Tito Aureliano <sup>6</sup>, pero el gobernador de esta provincia le obligó a hacer el viaje a pie desde Antioquía a su destino, porque había realizado el recorrido sin las cartas de recomendación. Habiendo merecido ser promocionado por el celo que mostró durante la guerra contra los partos fue trasladado a Bretaña, donde se le retuvo un tiempo. Después, fue comandante de un cuerpo de caballería de tropas auxiliares <sup>7</sup> en la Mesia y, más tarde, actuó como procurador de la distribución de aprovisionamientos que se efectuaban en la vía Emilia <sup>8</sup>. Desde allí pasó a dirigir la flota de Germania. Su madre le siguió hasta este país, pero murió en él, y dicen que todavía se conserva allí su sepulcro. Después de esta expedición, fue trasladado a la Dacia para ocupar un cargo de doscientos mil sestercios <sup>9</sup>; pero, habiéndose hecho sospechoso, fue sustituido en el cargo por Marco por las maquinaciones de algunos y, posteriormente, fue llamado de nuevo por mediación de Claudio Pompeyano, yerno de Marco <sup>10</sup>, para confiarle el mando de la caballería, alegando que le iba a hacer ayudante suyo. Habiendo merecido la aprobación por el modo como ejerció este cargo, fue elegido para formar parte del senado. Después, tras su segundo éxito en la guerra, se descubrió la trama que se ha-

<sup>5</sup> El *praefectus cohortis* era el jefe de una cohorte auxiliar de infantería que, tras la reforma de César y Augusto, constaba de 200 hombres.

<sup>6</sup> Es decir, Antonino Pío.

<sup>7</sup> Es decir, *praefectus alae*. El cuerpo de caballería auxiliar (*ala*) constaba de 1.000 jinetes distribuidos en 20 escuadrones (*turmae*).

<sup>8</sup> Es decir, *procurator* (o *praefectus*) *alimentorum*. Para el concepto de estas subvenciones llamadas *alimenta*, cf. *Adriano*, 7,8. La distribución de los pagarés se hacía a lo largo de la Vía Emilia que corría como continuación de la Flaminia desde Rímmini hasta Placencia.

<sup>9</sup> Esto es, como procurador llamado ducenario (*ducenarius*), encargado de supervisar las finanzas de la provincia.

<sup>10</sup> Cf. *Marco*, 20,6.

bía urdido contra él y el emperador Marco, para reparar la injuria que se le había infligido, le confirió el rango de pretorio <sup>11</sup> y le confió el mando de la primera legión y enseguida arrancó a los enemigos la Recia y la Nórica. Como consecuencia de esta hazaña, en la que se hizo notoria su destreza, fue elevado al consulado por deseo de Marco. Hay un discurso en la obra de Mario Máximo que contiene el elogio de Pértinax y todo lo que hizo o padeció. Pero, dejando a un lado este discurso, cuyo contenido hubiera resultado pesado incluir aquí, diré que Pértinax fue elogiado por Marco con mucha frecuencia en las asambleas del ejército y en el senado y Marco testimonió públicamente su dolor porque era senador y porque no podía hacerle por tanto prefecto del Pretorio. Después de que quedó neutralizada la sublevación de Casio, abandonó Siria para defender el Danubio y recibió enseguida el nombramiento de gobernador de las dos Mesias y poco después de la Dacia. Por la correcta administración de estas provincias mereció el gobierno de Siria.

3 Pértinax se mantuvo íntegro hasta que fue gobernador de Siria. Pero, después de la muerte de Marco Aurelio, se aficionó al dinero, por lo que se vio zaherido por chascarrillos populares. Después de haber gobernado cuatro provincias consulares <sup>12</sup> entró en la Curia de Roma cuando ya era rico, dándose la circunstancia de que anteriormente no la había visto cuando era senador, puesto que había ejercido su consulado estando también ausente de Roma. Además recibió enseguida órdenes de Pernen para que se retirara a una quinta de su padre en Liguria; en efecto, su padre se había hecho cargo

<sup>11</sup> A saber, el rango que ocupaba en el senado quien había sido ya antes pretor.

<sup>12</sup> Sobre las provincias consulares, cf. *Marco*, n. 65.

en esta región de una tienda de fieltro <sup>13</sup>. Pero después de que llegó a Liguria, compró muchas fincas y rodeó la tienda de su padre de una infinidad de construcciones aunque conservando su forma primitiva, permaneció allí durante tres años traficando por medio de sus esclavos. Después del asesinato de Perene, Cómodo hizo justicia con Pértinax y le escribió una carta pidiéndole que partiera para Bretaña. Tras haber llegado allí, logró mantener a los soldados al margen de cualquier complot dado que deseaban tener un emperador, fuera quien fuera, aunque preferían al propio Pértinax. Entonces éste se expuso a convertirse en blanco del odio, porque se dijo que había acusado ante Cómodo a Antistio Burro y a Arrio Antonino de aspirar al trono <sup>14</sup>. Y, en realidad, él mismo reprimió algunas sediciones que surgieron contra Cómodo en Bretaña y afrontó un gran peligro por la sublevación de una legión, pues estuvo a punto de ser pasado a cuchillo, si no hubiera sido abandonado entre los muertos. Esta amenaza la vengó Pértinax mismo con extraordinario rigor, por cierto, pero, al fin, poco después pidió el cese en esta legación, alegando que las legiones le eran ya hostiles por haber defendido la disciplina.

4 Tras recibir un sustituto, le encomendaron la administración de los aprovisionamientos <sup>15</sup>. Después fue nombrado procónsul en África. Se dice que durante el ejercicio de esta magistratura reprimió muchas sediciones, pues le infundió una gran decisión el conocimiento de los vaticinios procedentes del

<sup>13</sup> El texto latino dice *taberna coactiliaria*. Se llamaba así porque el fieltro procede de lana sometida a presión (cf. *coactilis* de *coago* «presionar») para formar con ello una pieza consistente.

<sup>14</sup> Cf. *Cómodo*, 6,11 y 7,1.

<sup>15</sup> Cf. 2, n. 8, donde se alude a la *curatela alimentorum* para la región cruzada por la Vía Emilia. Ahora le hace *praefectus*, es decir, administrador de ellos en toda Italia.

templo de la diosa Celeste <sup>16</sup>. Después recibió la 3  
 prefectura de la Ciudad. Fue muy dulce y bonda-  
 doso en el desempeño de esta magistratura en la  
 que sucedió a Fusciano, hombre severo, y se mos-  
 tró muy complaciente con el propio Cómodo, por  
 lo cual... <sup>16 bis</sup> <cuando éste fue cónsul por séptima  
 vez> Pértinax recibió el segundo consulado. Enton- 4  
 ces no rechazó la oportunidad que le ofrecieron  
 otros conspiradores de actuar como cómplice en el  
 asesinato de Cómodo.

Después del asesinato de Cómodo, el prefecto 5  
 del Pretorio Leto y el ayuda de cámara Eclecto  
 se dirigieron a Pértinax con intención de infundirle  
 valor y le condujeron al cuartel pretoriano. Allí 6  
 Pértinax arengó a los soldados, prometió un dona-  
 tivo y dijo que Leto y Eclecto imponían sobre sus  
 hombros el poder imperial. Se fingió que Cómodo 7  
 había muerto de enfermedad, porque también  
 los soldados tenían mucho miedo de que se pusiera  
 a prueba su lealtad. Finalmente, Pértinax fue pro-  
 clamado emperador al principio por un pequeño  
 número de individuos. Se elección tuvo lugar la vís- 8  
 pera de las calendas de enero, superados ya los se-  
 senta años de edad. Cuando llegó al senado desde 9  
 el cuartel, ya de noche, y dio la orden de que abrie-  
 ran las estancias del interior de la Curia y no fue  
 hallado el guardián en ella, se sentó en el templo  
 de la Concordia <sup>17</sup>. Y cuando se presentó ante él el 10  
 yerno de Marco, Claudio Pompeyano, llorando la

<sup>16</sup> Se refiere a Tanith, la diosa tutelar de Cartago, llamada en Roma *Caelestis Afrorum Dea*, es decir, «diosa Celeste o Celestial de los Africanos».

<sup>16 bis</sup> Hay una laguna que completamos con la frase propuesta por Ritschl, según Hohl.

<sup>17</sup> Diosa romana protectora de la vida moral y social y representante de la buena armonía en la patria y en el seno de las familias gobernantes. Su templo estaba al extremo Oeste del Foro, a los pies del monte Capitolino.



muerte de Cómodo, Pértinax le exhortó para que asumiera el trono. Pero éste rehusó, porque veía que Pértinax era ya emperador. En consecuencia, inmediatamente todos los magistrados con el cónsul vinieron a la Curia adonde ya había entrado por la noche Pértinax, y le proclamaron emperador. 11

5 Pértinax, después de escuchar el elogio que en su honor pronunciaron los cónsules y la vituperación de Cómodo, que el senado mostró con sus aclaraciones, dio las gracias a esta asamblea y sobre todo a Leto, prefecto del Pretorio, por haber sido el promotor de la muerte de Cómodo y de su elección personal como emperador. Pero cuando Pértinax 2  
hubo dado las gracias a Leto, el cónsul Falcón dijo: «comprendemos ya qué clase de emperador vas a ser por este detalle, porque vemos en los puestos que siguen al tuyo, a Leto y Marcia, los instigadores de los crímenes de Cómodo». Pértinax le res- 3  
pondió: «Eres un cónsul joven y no comprendes que es necesaria la obediencia. Obedecieron a Cómodo contra su voluntad, pero en cuanto han tenido una posibilidad, han mostrado qué es lo que siempre desearon realmente». Flavia Ticiano, su es- 4  
posa, recibió el título de Augusta en el mismo momento en que él cumplía los votos en el Capitolio. 5  
Y fue el primero de todos que, en el mismo día en que fue aclamado como Augusto, recibió también 6  
el título de Padre de la patria, y al mismo tiempo, el poder proconsular y el derecho de presentar en el senado cuatro mociones <sup>18</sup>; lo que fue para Pértinax como un presagio. Así, pues, Pértinax enca- 7  
minándose al Palacio, que entonces no estaba ocupado porque Cómodo había sido asesinado en la villa Vectiliana <sup>19</sup>, al pedirle el primer día el tribuno

<sup>18</sup> Cf. *Marco*, 6,6 y n. 24.

<sup>19</sup> La quinta o casa de verano a que se alude en *Cómodo*, 16,3 y n. 38.

la contraseña, le entregó la siguiente: «luchemos», con lo cual reprochaba sin reserva la indolencia de los reinados anteriores. Se trataba, realmente, de la misma contraseña que había dado en todas las ocasiones anteriores que había ejercido el mando.

6 Sin embargo, los soldados no soportaron este reproche y pensaron enseguida sustituirle por otro emperador. Ese mismo día también Pértinax invitó 2 a los magistrados y a los jefes del senado a un banquete, una costumbre que Cómodo había omitido. 3 Por cierto que, cuando las estatuas de Cómodo fueron abatidas por los suelos, al día siguiente de las calendas de enero, los soldados prorrumpieron en quejas, porque el emperador había vuelto a dar otra vez el mismo santo y seña. Además, temían tener que servir bajo las órdenes de un emperador ya viejo. Finalmente, el tercer día de las nonas, el día de 4 los votos anuales, los soldados intentaron llevar al campamento a Triario Materno Lascivio, senador de noble familia, para ponerle al frente del Estado romano. Pero el se escapó desnudo, se dirigió a Palacio a ver a Pértinax, y luego se marchó de la Ciudad. 5

Pértinax, coaccionado por el miedo, ratificó todas las concesiones que Cómodo había hecho a los soldados y a los veteranos. Dijo que él también recibía el imperio de manos del senado, aunque lo había asumido ya por propia voluntad. Abolió por 8 completo, y bajo juramento, los procesos de lesa majestad e hizo venir a aquéllos que habían sido exiliados por este crimen, rehabilitando la memoria de aquéllos que habían sido asesinados. El senado 9 confirió a su hijo el título de César. Pero Pértinax rehusó para su mujer el título de Augusta y, con relación a su hijo, dijo: «Cuando lo haya merecido». Y, como Cómodo había creado una gran 10 confusión en las cohortes pretorianas con innumerables nombramientos, Pértinax promulgó un decreto del senado, mediante el cual ordenaba que

los que no habían ganado realmente la pretura, sino que la habían recibido por designación, quedaban pospuestos a los que habían sido pretores de verdad. Pero esta disposición también le acarreó una 11 gran aversión por parte de muchos ciudadanos.

7 Ordenó que se realizara un nuevo censo <sup>20</sup>. Dio órdenes para que se castigara severamente a todos los delatores, estableciendo, no obstante, las penas con mayor flexibilidad que los emperadores que le precedieron y graduándolas de acuerdo con la condición social de la persona que incurría en el crimen de delación. Promulgó una ley para que los 2 primeros testamentos que se hicieran no se consideraran nulos hasta que no se redactaran otros nuevos, con el objeto de que el fisco no pudiera por tanto nunca erigirse en sucesor. Por su parte, 3 declaró públicamente que no aceptaría ninguna herencia que le dejaran por adulación o como consecuencia de un litigio confuso, de forma que se privara de sus derechos a los legítimos herederos o a los parientes. Y añadió estas palabras como preámbulo al decreto del senado: «es mejor, padres conscriptos, conservar un Estado pobre que llegar a 4 amontonar riquezas a través de senderos de peligros e infamias. Pagó los donativos y congiarios que había prometido Cómodo <sup>21</sup>. Veló con gran 5 solicitud por los aprovisionamientos de trigo. Y, 6 como la penuria del erario era tan grande que no encontró, según confesó él mismo, más que un millón de sestercios, se vio obligado a exigir los impuestos que había establecido Cómodo rompiendo 7 las promesas que había hecho públicamente. Finalmente, cuando el ex cónsul Loliano Genciano le atacó

<sup>20</sup> El censo era la revisión que se hacía cada cinco años, tanto de la fortuna como de los ciudadanos romanos, para empadronar a éstos y distribuirlos en las distintas tribus, clases y centurias.

<sup>21</sup> Cf. 6,6.

porque había actuado en contra de lo que había prometido, aceptó que lo había hecho movido por la necesidad <sup>21 bis</sup>. Subastó públicamente los bienes de Cómodo e incluso mandó poner en venta sus esclavos y concubinas, exceptuando aquéllos que parecían haber sido llevados a Palacio por la fuerza. Pero muchos de los que fueron incluidos por orden suya en la subasta después fueron incorporados de nuevo a su servicio y le divirtieron de anciano.

Algunos llegaron a alcanzar con otros príncipes la dignidad senatorial. Proscribió y vendió a los bufones que toleraban la ignominia de llevar nombres indecentísimos. La cuantía que supuso esta venta, que fue enorme, la distribuyó como donativo entre los soldados.

8 Exigió también a los libertos la restitución de aquellos bienes con los que se había enriquecido al vendérselos Cómodo. Ciertamente, la subasta de las propiedades de Cómodo fue muy célebre por los siguientes artículos: un vestido singular tejido de seda y bordado con hilos de oro, además de túnicas normales <sup>22</sup>, pénulas <sup>23</sup>, lacernas <sup>24</sup>, quiridotas <sup>25</sup> al estilo dálmata, sayones militares bordados

<sup>21 bis</sup> Traduzco así la expresión *necessitatis rationem*, que luego quedará fijada como un cliché con el calco «razón de necesidad».

<sup>22</sup> La túnica ordinaria era una simple camisa de lana ceñida alrededor de los riñones que caía hasta las rodillas, con mangas cortas hasta la parte superior del codo. Las clases bajas la usaban como prenda única. La población libre la empleaba ordinariamente como prenda interior a la que sobreponía la toga. Existían muchas variedades.

<sup>23</sup> Cf. *Adriano*, 3,5 n. 20.

<sup>24</sup> Manto amplio, no completamente cerrado como la pénula, sino abierto por delante y recogido con broche (*fibula*) sobre la garganta. Podía sobreponerse a la toga o a otro vestido y disponía de capuchón ( *cucullus*).

<sup>25</sup> La quiridota (*chiridota de χειριδωτός*) era una túnica de mangas largas que llegaban hasta la mano (*χείρ*, de ahí su nombre), característica de los pueblos asiáticos y celtas. Se consideraba un vestido afeminado, de ahí el sarcasmo de Virgilio (*Eneida*, IX, 616) llamando mujeres a los troyanos por su utilización.

con franjas y clámides <sup>26</sup> de púrpura a la griega y al estilo castrense, y capuchones <sup>27</sup> como los que llevan los bardos, capotes militares y armas de gladiadores recamadas de oro y de piedras preciosas. Puso en venta también espadas como la de Hércules, collares de gladiadores, vasos de electro, de oro, de marfil, de plata y de vidrio y copas de la misma materia representando un falo <sup>27 bis</sup>, vasos de Samnio para calentar resina y pez, con el fin de quitar el vello a los hombres y suavizar su piel. También carruajes contruidos con una técnica nueva, dotados de ruedas intrincadas y de varios tipos y de asientos muy bien estudiados para evitar el sol o para poder tomar el aire en ellos con sólo darles un giro, y otros que medían el camino recorrido e indicaban las horas y algunos otros diseñados de acuerdo con sus vicios. Además, devolvió a sus dueños a los esclavos que se habían refugiado en palacio escapándose de las casas particulares de aquellos. Redujo a sus justos límites los inmensos gastos de los banquetes imperiales. Redujo también todos los gastos de Cómodo. Y por la moderación que todos observaron siguiendo el ejemplo del emperador que se comportaba con gran austeridad, se originó un abaratamiento de los precios; en efecto, disminuyó los gastos imperiales a la mitad de lo usual rechazando los que no eran necesarios.

9 Estableció premios para los que servían en el ejército. Pagó las deudas que había contraído en los primeros años de gobierno. Restituyó el erario a su situación anterior. Estableció un límite fijo para los gastos de las obras públicas. Recaudó fondos para

<sup>27 bis</sup> El pasaje está muy corrompido. Acepto la conjetura de Egnatius, *phallo vitrobuli*.

<sup>26</sup> Cf. Adriano, 17,12 n. 73.

<sup>27</sup> Son los *cuculli Bardaici* o *Bardocuculli*, una prenda de vestir que acababa en capuchón (*cucullus*) utilizada por esta tribu iliria. Se manufacturaba también en la Galia (cf. Marcial, I,53,5).

la reparación de calzadas. Pagó a muchas personas las cantidades que se les debían de tiempo atrás. Finalmente, hizo al fisco capaz de afrontar todos los gastos ordinarios. También, con perseverante discreción, sufragó los gastos realizados para dar de comer a los pobres que se adeudaban ya desde hacía nueve años, de acuerdo con un decreto de Trajano. No se vio libre de la sospecha de avaricia cuando era un simple ciudadano, puesto que extendió más lejos los linderos de sus fincas en Vada Sabatia<sup>28</sup>, tras haber ahogado a otros propietarios con los intereses que exigía. En fin, recibió el apodo de somormujo rural, tomado de un verso de Lucilio. Por otra parte, muchos le acusaron en sus cartas de haberse comportado con mezquindad en las provincias que administró como procónsul, pues, según dicen, vendió licencias y legaciones militares. Al fin, se hizo rico súbitamente, siendo así que el patrimonio de sus padres era de poquísima cuantía y él no había recibido ninguna herencia. Ahora bien, devolvió sus propiedades a todos aquéllos a los que Cómodo les había privado de ellas, pero no sin el precio correspondiente. Asistió siempre a las sesiones reglamentarias del senado y en ellas presentaba habitualmente alguna proposición. Se mostró siempre amable con los que le saludaban y le dirigían la palabra. Dejó en libertad a aquéllos que habían sido atacados con calumnias levantadas mediante el concurso de esclavos, condenando a los delatores y elevando en la cruz a dichos esclavos; e incluso rehabilitó la memoria de algunos que ya habían muerto.

10 Falcón tramó una conspiración contra él...<sup>28 bis</sup> y se lamentó ante el senado..., pues deseaba gobernar. 2

<sup>28</sup> *Vada Sabatia* o «bancos de arena»: puerto de Liguria próximo a Savona, llamado actualmente Vadi o Vai.

<sup>28 bis</sup> Estos puntos suspensivos y los que siguen indican que el pasaje está corrompido.

El senado creyó lo que decía..., cuando un esclavo exigía como residencia, un tanto ridículamente, la casa Palatina, como si fuera hijo de Fabia y de Vero y por tanto de la familia de Ceyonio Cómodo, ...y, al haber sido identificado, atendiendo a las órdenes recibidas, fue devuelto a su dueño tras ser azotado con el látigo. En el castigo de este hombre, los que odiaban a Pértinax encontraron, según dicen, una ocasión para la sedición. No obstante, Pértinax concedió el perdón a Falcón y pidió su impunidad al senado. Y, al fin, Falcón vivió seguro disponiendo de sus bienes y falleció dejando a su hijo como heredero. A pesar de ello, muchos corrieron la voz de que Falcón ignoró que se le estaba preparando el trono imperial, y otros dijeron que él había sido atacado por los testimonios fraudulentos de sus esclavos, que habían falsificado sus cuentas.

Pero el prefecto del Pretorio, Leto, y aquéllos que odiaban la probidad de Pértinax, tramaron una conjura contra él. En efecto, Leto se había arrepentido de haber hecho emperador a Pértinax porque éste le criticaba acusándole de que divulgaba estúpidamente algunas de sus acciones. Además, a los soldados les pareció grave que en el proceso de Falcón hubiera ordenado asesinar a muchos compañeros teniendo en cuenta el testimonio de un sólo esclavo.

11 Así pues, salieron trescientos soldados armados del cuartel formando una cuña para dar muerte al emperador. Dicen que ese mismo día Pértinax no encontró el corazón de la víctima cuando la inmolaba y, que, al tratar de espiar el prodigio, no descubrió la parte más importante del hígado <sup>29</sup>, y en

<sup>29</sup> Todas estas circunstancias eran indicio de mal presagio. La parte importante del hígado (*caput*) debía residir en la extremidad del lóbulo derecho.

aquel momento, todos los soldados se mantenían en el campamento.

Como algunos de ellos se habían reunido saliendo de sus cuarteles para formar la escolta del príncipe y Pértinax a causa del prodigio había retrasado aquel día el viaje que había preparado al Ate-neo<sup>30</sup> para escuchar a un poeta, los que habían acudido para escoltarle comenzaron a volverse a su cuartel. Pero súbitamente llegó a Palacio el pelotón mencionado de trescientos soldados y ya no fue posible alejarlos de allí ni dar aviso al emperador. Y, en verdad, fue tan grande el odio que concibieron todos los cortesanos contra Pértinax que exhortaron a los soldados a consumir el crimen. Éstos se encontraron con Pértinax en el momento en que estaba organizando el servicio palaciego, y rebasaron los pórticos de Palacio hasta llegar al lugar al que llaman Sicilia y cenador de Júpiter. Cuando Pértinax se enteró de esto, les envió al prefecto del Pretorio Leto. Pero éste, escapando por el pórtico con la cabeza cubierta, tras haber esquivado a los soldados, huyó a su casa. Ahora bien, cuando se adentraron en las estancias más interiores, Pértinax se acercó a ellos y les aplacó con un largo y ponderado discurso. Pero un soldado de los tongros<sup>31</sup> llamado Tausio arengó a sus compañeros incitándoles a la ira y al temor, y a continuación arrojó su lanza contra el pecho de Pértinax. Entonces el emperador, implorando a Júpiter Vengador, se cubrió la cabeza con su toga, y fue acribillado a puñaladas por los demás. Eclcto murió al mismo tiempo que él también, pero después de haber dado muerte a dos atacantes, mientras que el resto de los ayudas

<sup>30</sup> Fundado por Adriano en el 135 en el Capitolio de Roma. Dotado de 10 profesores de gramática, 5 de dialéctica, 3 de elocuencia, 2 de jurisprudencia y 1 de filosofía. Allí acudían los retóricos y poetas a hacer sus lecturas, cf. *Alejandro Severo*, 35,2.

<sup>31</sup> Pueblo de Bélgica.



de cámara de Palacio (pues los suyos, personales se los confió a sus hijos ya emancipados cuando fue nombrado emperador) huyeron por distintos sitios. 13  
 Ahora bien, hay muchos que dicen también que los soldados irrumpieron en su dormitorio y que le mataron allí mismo junto a su lecho cuando intentaba huir.

12 Fue un anciano venerable, de barba larga, de cabello rizado, de cuerpo bastante obeso, de vientre un tanto prominente, de talla adecuada a un emperador, de mediana elocuencia, y más lisonjero que amable, y nunca se le creyó franco. Y, aunque era amable en palabras, en la realidad se comportaba con descortesía y rayano a la mezquindad, hasta tal extremo que, cuando aún era un ciudadano particular, solía ofrecer en sus convites medias lechugas y cardos. Y a no ser que le hubieran regalado algún comestible, ofrecía a sus amigos, sin tener en cuenta el número, nueve libras de carne repartidas en tres servicios. Pero si le enviaban algún presente de más envergadura, lo reservaba también para el día siguiente, puesto que siempre invitaba a un número de comensales a sus festines. También cuando era emperador observaba esta misma costumbre en sus comidas, si no le acompañaban invitados. Si alguna vez quería enviar a sus amigos algún alimento de su propia comida, les mandaba dos trocitos de carne, una porción de tripas y a veces contra-muslos de gallina. Nunca comía faisanes<sup>32</sup> en sus banquetes privados, ni se los enviaba a nadie. Cuando cenaba sin amigos invitaba a su esposa y a Valeriano, que había enseñado con él, para poder conversar sobre temas literarios.

No cambió a ninguno de los administradores que 8

<sup>32</sup> Se consideraba un plato exquisito que se reservaba para ocasiones de especial importancia, cf. *Alejandro Severo*, 37,6; *Íceto*, XI,5.

Cómodo había nombrado, aguardando hasta el día del aniversario de la fundación de la Ciudad, porque deseaba que dicho día constituyera el comienzo de su reinado y se dice que por esto también los ministros de Cómodo resolvieron darle muerte en su baño.

- 13 Tuvo horror al poder imperial y a todas las atribuciones imperiales, pues dio siempre pruebas de que le disgustaba hacer uso de ellas. En fin, no quería que creyeran que era distinto del que había sido anteriormente. Observó una gran dignidad en el senado de tal forma que agradeció a la asamblea su apoyo, y compartía sus charlas con todos como si fuera el prefecto de la Ciudad. Tuvo intención también de dejar el poder y volver a la vida privada. No quiso que sus hijos se criaran en Palacio, fue tan tacaño y tan aficionado al lucro que, cuando llegó a emperador, practicó negocios en Vada Sebastia <sup>33</sup> por medio de hombres de su confianza, igual que solía hacer cuando era un ciudadano particular. No obstante, no se le tuvo mucha estima, puesto que todos los que se atrevían a conversar con franqueza, hablaban mal de él llamándole Crestólogo <sup>34</sup>, porque hablaba bien pero actuaba mal. En efecto, le llamaban así también incluso sus partidarios, los cuales se habían arrimado a él cuando ya era emperador, aunque no habían obtenido ninguna prebenda. Aceptó con complacencia regalos, llevado también por su amor a las riquezas. Dejó tras su muerte un hijo, una hija y una esposa, la hija de Flavio Sulpiciano <sup>35</sup>, que le reemplazó en el cargo

<sup>33</sup> Cf. 9,4.

<sup>34</sup> «De lenguaje seductor» y «de palabra halagadora», del griego χρηστόλογος apelativo que, según Aurelio Víctor (*Épitome*, 18,4), se le aplicaba porque era lisonjero más que generoso (*blandus magis quam beneficus*).

<sup>35</sup> Véase *Didio Juliano*, 2,4 ss.

de prefecto de la Ciudad. No se preocupó de la virtud de su esposa, aunque ella amaba públicamente a un citaredo. Además, se dice que también amó a Cornificia con lo que se desacreditó extraordinariamente. Reprimió con gran dureza a los libertos de Palacio, provocando así un odio impacable en este estamento.

- 14 Los prodigios de su muerte fueron los siguientes: tres días antes de ser asesinado, estando en la piscina, creyó ver a un hombre que le perseguía con una espada. Y, en el día en que fue asesinado, dicen que no se habían visto en las pupilas de sus ojos las imágenes que ofrecen a los que las contemplan. Y en el momento en que ofrecía un sacrificio ante los lares, se extinguieron unos carbones que estaban al rojo vivo, cuando normalmente se encienden más. Y, como ya hemos dicho, no se encontró ni corazón ni hígado en las víctimas. También se habían visto el día antes de su muerte unas estrellas brillantísimas junto al sol durante el día. Se dice que su misma persona fue objeto de un presagio sobre la sucesión de Juliano. En efecto, cuando Didio Juliano le presentaba a su sobrino al que acababa de desposar con su hija, Pértinax le exhortó a honrar a su tío y le dijo: «Respetar a mi colega y sucesor»; en efecto, Juliano no sólo había sido anteriormente su colega en el consulado, sino que también le había sucedido en el proconsulado.

Los soldados y los cortesanos le odiaron, pero el pueblo acogió su muerte con gran indignación porque veía que él podía haber restablecido en su totalidad las antiguas tradiciones. Los soldados que le habían dado muerte clavaron su cabeza en una pica y la pasaron por toda la Ciudad hasta llevarla a sus cuarteles. Sus restos, tras unir a ellos la cabeza, fueron depositados en la tumba del abuelo de su esposa. Y Juliano, su sucesor, le enterró con los máximos honores que le permitieron las circunstancias, después de que se encontró su cuerpo en

Palacio. Nunca habló de él en público, ni ante el 10 pueblo, ni ante el senado, pero después de que los soldados le abandonaron también a él, Pértinax fue incluido por el pueblo y el senado entre los dioses.

15 En cambio, bajo el gobierno de Severo, una vez que Pertinax recibió la aprobación del pleno del senado, se organizó en su honor un funeral sin la presencia del difunto y similar al que se concede a los censores <sup>36</sup>, y Severo le honró pronunciando su elogi- 2o fúnebre. Por su parte, el propio Severo aceptó del senado el nombre de Pértinax por amor a un 3 buen príncipe. El hijo de Pértinax fue nombrado flamen de su padre. Los cofrades Marcianos que es- 4 taban encargados del culto de Marco Aurelio fueron llamados Helvianos, en honor de Helvio Pér- 5 tinax <sup>37</sup>. Se celebraron además unos juegos circenses festejando también el aniversario del día que asu- 6 mió el poder, festejos que suprimió más tarde Se- 7 vero, y otros juegos para celebrar el aniversario de su nacimiento, que aún subsisten <sup>38</sup>.

Nació el día de las calendas de agosto, bajo el 6 consulado de Vero y Bíbulo. Fue asesinado el día cinco antes de las calendas de abril, bajo el de Fal- 7 cón y Claro. Vivió sesenta años, siete meses y veintiséis días. Fue emperador dos meses y veinticinco días. Distribuyó entre el pueblo un congiario de

<sup>36</sup> Capitolino caracteriza al funeral como un *funus imaginarium et censorium*, aludiendo con el primer adjetivo al montaje del cenotafio y con el segundo a los funerales de los censores que durante la república revistieron gran honor, en consonancia con esta alta magistratura que, aunque desaparecida desde época de Augusto, sin embargo, conservaba aún el recuerdo de su importancia. El senado votó estos funerales ya para Augusto, cf. Tácito, *Ann.*, 12,69, y Claudio, *Ibid*, 13,2.

<sup>37</sup> Estos cofrades fueron cambiando su nombre según el emperador. Con Antonino se llamaron Antonianos (cf. *Marco*, 15,4 y n. 30), después de la deificación de Marco, Marcianos, después de la muerte de Pértinax, Helvianos, después de la de Severo, Severianos, y después de la de Alejandro, Alejandrianos, cf. *Alejandro Severo*, 63,4.

<sup>38</sup> Para esta segunda costumbre, cf. *Adriano*, 8,2 y n. 45.

cien denarios. Prometió a los pretorianos doce sextercios, pero les dio la mitad. No dio al ejército lo que le había prometido porque le sorprendió antes la muerte. Una carta que Mario Máximo incluye en la biografía de este príncipe revela que tuvo horror al poder imperial; pero yo no la he querido transcribir aquí porque es demasiado larga.

## 9. DIDIO JULIANO

(Elio Espartiano)

1 El bisabuelo de Didio Juliano, que alcanzó el poder después de Pértinax, fue Salvio Juliano, cónsul en dos ocasiones, prefecto de la Ciudad y jurisperito, cargo que le confirió mayor celebridad; su madre fue Clara Emilia; su padre, Petronio Didio Severo; sus hermanos, Didio Próculo y Numio Albino; su tío materno, Salvio Juliano; su abuelo paterno era ínsubro, nacido en Milán, y su abuelo materno, de la colonia de Hadrumeto. 2

Fue educado en la casa de Domícia Lucila, madre del emperador Marco Aurelio <sup>1</sup>. Gracias a su apoyo, fue elegido entre los «vingintiviros» <sup>2</sup>. Fue designado cuestor un año antes de lo que permitía la edad legal. Con el favor de Marco Aurelio alcanzó la edilidad. También fue pretor gracias a su apoyo. Y después de ejercer la pretura estuvo en Germania al mando de la legión vigésimo segunda Primigenia. Después gobernó Bélgica durante largo tiempo y de una manera irrefutable. Allí, con tropas auxiliares de las provincias enrolados precipita- 3 4 5 6 7

<sup>1</sup> Cf. *Marco*, 1,3.

<sup>2</sup> Se llamaban *vingintiviri* a los 20 miembros de empleados subalternos de otros magistrados que se repartían en cuatro comisiones con distintas funciones: diez jueces civiles (*decemviri litibus iudicandis*); tres comisarios de policía (*tresviri capitales*); tres controladores de la moneda (*tresviri monetales*) y cuatro adjuntos de los ediles para inspeccionar la ciudad (*quattuorviri viis purgandis*). La elección de Didio fue para formar parte de la primera comisión, es decir, *decemvir litibus iudicandis*, como se constata por una inscripción, cf. C. I. L. VI,1401 = Dessau, 412.

damente, se opuso a las incursiones de los caucos, pueblos de Germania, que habitaban junto al río Alba. Por esta acción, con la aprobación del emperador, mereció el consulado. Venció también a los catos. Después recibió el nombramiento para administrar Dalmacia y la libró de sus enemigos limítrofes. A continuación gobernó la Germania inferior.

2 Después de ésto, mereció el nombramiento de administrador de los alimentos en Italia. Entonces fue acusado por un soldado de la marina llamado Severo de conspirar con Salvio contra Cómodo; pero éste, como había dado ya muerte a muchos senadores y a ciudadanos distinguidos y poderosos implicados en causas de alta traición, para que nadie le pudiera imputar acciones tan crueles, puso en libertad a Didio Juliano después de haber condenado a su acusador. Tras su absolución, fue enviado de nuevo a gobernar su provincia. Luego gobernó Britania, pero no con la misma reputación con la que había gobernado las otras provincias.

Fue cónsul junto con Pértinax, al que luego sucedió en el proconsulado de África, y por ello siempre le llamó colega y sucesor, sobre todo aquel día en que Juliano deseando desposar a su hija con un pariente fue a visitar a Pértinax para comunicarle dicho desposorio, pues le dijo: «<Respétala> con la debida deferencia, ya que es mi colega y sucesor <sup>2 bis</sup>». Y, en efecto, enseguida tuvo lugar la muerte de Pértinax. Después del asesinato de éste, cuando Sulpiciano pretendía que le otorgaran el título de emperador en los cuarteles de los pretorianos y Juliano acudió con su yerno al senado al enterarse de la convocatoria de la asamblea y halló las puertas cerradas encontrándose allí con los dos tribunos Publio Floriano y Vectio Apro, éstos co-

<sup>2 bis</sup> El texto está incompleto. Lo traduzco siguiendo a Helm: <ob-serva> que «y <respétala>».

menzaron a exhortarle a que ocupara el trono. A pesar de que Juliano les repetía que ya se había nombrado un emperador, ellos le retuvieron a la fuerza y le condujeron al cuartel pretoriano. Pero cuando llegaron al cuartel, como nadie dejaba entrar a Juliano a pesar de que hacía grandes promesas desde la muralla, debido a que el prefecto del Pretorio y suegro de Pértinax, Sulpiciano, pronunciaba una arenga a los soldados y exigía para sí el trono, Juliano primeramente exhortó a los pretorianos a que no eligieran como emperador a un individuo que pretendía vengar a Pértinax; después escribió en una tablilla que él trataría de rehabilitar la memoria de Cómodo<sup>3</sup>. Y sólo así fue admitido dentro y luego proclamado emperador, pero con los ruegos de los pretorianos para que no hiciera ningún daño a Sulpiciano por haber deseado ser emperador.

3 Entonces Juliano nombró a Julio Flavio Genial y a Tulio Crispino prefectos del Pretorio, a petición de los pretorianos, y fue escoltado por un batallón imperial alistado por Maurencio, que anteriormente se había asociado también a Sulpiciano. Y en realidad, aunque había prometido veinticinco mil sestericios a los soldados, les dio treinta mil. Desde allí, tras la celebración de una asamblea militar, se dirigió al atardecer al senado y se puso incondicionalmente a su disposición y por votación de un decreto de esta asamblea fue proclamado emperador y obtuvo la potestad tribunicia y el derecho proconsular, siendo incluido entre las familias patricias<sup>4</sup>.

<sup>3</sup> Porque el senado mandó eliminar su nombre de las construcciones no realizadas por él, cf. *Cómodo*, 17,6 y de todos los monumentos públicos y privados, cf. *Cómodo*, 20,5.

<sup>4</sup> Tenían de suyo el rango de patricias aquellas familias que descendían de los *patres reipublicae*, como la Julio-Claudia. Dado que ello era considerado como un honor, el senado otorgaba el patriciado a los emperadores que no lo tenían por nacimiento, que desde Vespasiano fueron casi todos.



También su esposa Malia Escantila y su hija Didia Clara recibieron el título de Augustas. Desde allí se retiró a Palacio llamando a su esposa y a su hija para que se unieran con él, si bien ellas se trasladaron allí a regañadientes y temblando, como si preveyeran ya el trágico fin que les amenazaba. Nombró a su yerno Cornelio Repentino prefecto de la Ciudad para que supliera a Sulpiciano. Entre tanto, Didio Juliano era odiado por el pueblo porque se había difundido la creencia de que Pértinax con su autoridad corregiría los males de los tiempos de Cómodo y se tenía la idea de que Pértinax había sido asesinado por determinación de Juliano. Y, enseñuida, los que habían comenzado a odiar a Juliano hicieron correr en primer lugar el bulo de que éste, desde el primer día, despreciando las comidas que ofrecía Pértinax, había dispuesto un banquete suntuoso en el que sirvieron ostras, aves de corral y peces. Consta que esta noticia fue falsa, pues se dice que Juliano fue tan sobrio que racionaba para tres días la carne de lechón y para otros tres la de liebre, si alguien le hacía tales regalos y, con mucha frecuencia, sin que le moviera ningún escrúpulo religioso para ello, no probaba la carne en sus comidas, contentándose con unas verduras y legumbres. En fin, no hizo ninguna comida en regla antes de que Pértinax fue sepultado, tomó algún alimento, aunque embargado de tristeza por su muerte, y se mantuvo en vela durante la primera noche, angustiado por tan terrible destino.

4 Ahora bien, tan pronto como amenejó, recibió al senado y al estamento ecuestre que se presentaron en Palacio y saludó con gran cariño a cada uno de sus miembros, de acuerdo con su edad, como si fuera un hermano, un hijo o un padre. Pero el pueblo le hostigaba en las asambleas y delante de la Curia con graves invectivas, confiando en la posibilidad de su renuncia al trono que los soldados le habían concedido. Cuando bajaba acompa-

ñado de los soldados y de senadores a la Curia, le colmaron de imprecaciones y pidieron a los dioses que, al realizar el sacrificio, no obtuviera buenos auspicios. Lanzaron también piedras contra él, a pesar de que trataba de aplacarlos constantemente con la mano. Sin embargo, cuando entró en la Curia habló con suavidad y prudencia. Dio gracias al senado por su elección y por la concesión, tanto a él mismo como a su esposa y a su hija, del título de Augustos. También aceptó el título de Padre de la patria, pero rechazó una estatua de plata. El pueblo le cerró el paso cuando se dirigía desde el senado al Capitolio, pero fue alejado y disuadido de sus propósitos por las armas, por los golpes y por las promesas de unas monedas de oro, en la cuantía que el propio Juliano indicaba con los dedos para infundir confianza. De allí se dirigió a presenciar unos espectáculos circenses. Pero, tras haber ocupado indiscriminadamente las gradas de los distintos estamentos, el pueblo redobló los improperios contra Juliano y llamó para que defendiera la Ciudad a Pescenio Nigro<sup>5</sup> que, según decían, ejercía ya el poder. Juliano aguantó todos estos ultrajes sin perturbarse y fue muy diligente durante todo el tiempo de su reinado; sin embargo, el pueblo se dejaba llevar por violentos impulsos contra los soldados que habían asesinado a Pértinax por dinero. Así pues, para ganarse el apoyo del pueblo, restableció muchas de las disposiciones decretadas por Cómodo y suprimidas por Pértinax. No tomó ninguna medida ni favorable ni adversa con relación a este emperador, lo que pareció a algunos excesivamente riguroso. Por otra parte, consta que por miedo a los soldados guardó silencio sobre los honores debidos a Pértinax.

<sup>5</sup> Cf. *Pescenio Nigro*, 3,1.

5 Juliano no temía ni a los ejércitos de Bretaña ni a los de Iliria, a pesar de lo cual envió a un primipilario <sup>6</sup> con la misión de asesinar a Nigro, pues sus temores se centraban sobre todo en los ejércitos de Siria. Entonces, Pescenio Nigro se rebeló contra él 2 en el Ilírico y Septimio Severo en Siria, con los respectivos ejércitos que tenían a su mando. Pero ante el anuncio de que se había rebelado Severo, del que 3 no tenía sospecha alguna, se alteró extraordinariamente: acudió al senado y consiguió que se le declarase enemigo público; más aún, a los soldados 4 que habían estado de parte de Severo, se les fijó un día tope después del cual serían considerados también enemigos públicos, si seguían con él. Además de estas disposiciones, el senado envió una legación 5 de consulares <sup>7</sup> a los soldados para que trataran de persuadirles de que abandonaran el partido de Severo y de que aceptaran como emperador al que eligiera esta asamblea. Entre otros, fue enviado como 6 embajador Vespronio Cándido, un viejo consular, odiado en otro tiempo por los soldados a causa de su mandato cruel y mezquino. Enviaron a Valeria- 7 no Catulino para que reemplazara a Severo, como si fuera posible sustituir a alguien que se había granjeado ya el favor del ejército. Enviaron también al 8 centurión Aquilio, que ya era famoso por los asesinatos que había ejecutado entre los senadores, para que asesinara a Severo. Por su parte, Juliano 9 dio personalmente a los pretorianos la orden de salir al campo y de fortificar las torres, pero realmente hizo salir a combate a hombres inactivos, corrompidos por los placeres de la ciudad y reacios a los

<sup>6</sup> Era el primer centurión del primer manípulo de los *triarii*, cuerpos de infantería de arma pesada que formaban la tercera división de una legión romana. Estaba encargado de custodiar el águila y tenía derecho a asistir a las deliberaciones de los oficiales superiores y, en ausencia del tribuno, tomaba el mando de la legión.

<sup>7</sup> Para este concepto, cf. *Adriano*, 7,3, n. 38.

ejércitos militares, hasta el extremo de que compraban con dinero a otros soldados para que los sustituyeran en el trabajo que se les había encomendado.

6 Severo se acercaba a la Ciudad con un ejército hostil, mientras que Juliano no hacía ningún progreso con el ejército pretoriano y el pueblo le odiaba y se mofaba de él cada día más. Y, creyendo que Leto apoyaba a Severo, a pesar de que por su mediación había logrado escapar de las manos de Cómodo, Juliano ordenó su muerte, olvidando tamaño beneficio. Y al mismo tiempo ordenó también la muerte de Marcia. 2

Pero, mientras Juliano actuaba así en Roma, Severo se apoderó de la flota de Rávena y se pasaron al bando de Severo los legados del senado que habían prometido a Juliano su apoyo <sup>8</sup>. Tulio Crispino, prefecto del Pretorio, que había recibido el encargo de lanzar la flota contra Severo, fue derrotado y se volvió a Roma. Al conocer estas cosas, Juliano pidió al senado que las vírgenes Vestales <sup>9</sup> y todos los sacerdotes salieran junto con los senadores al paso del ejército de Severo y le implorasen con sus cintas desplegadas hasta el suelo, adoptando así una...medida inútil contra un ejército de bárbaros. Sin embargo, el consular Plaucio Quintilo, que era augur <sup>10</sup>, se opuso a la actuación de Juliano, afirmando que no debería regir el imperio un 3 4 5 6

<sup>8</sup> Cf. *Severo*, 5,5.

<sup>9</sup> Muchachas que se consagraban con voto de castidad al servicio de la diosa Vesta. Entre su indumentaria hay que destacar, porque alude a ello el texto, las cintas de lana blanca (*infulae*) y las vendas (*uittae*) con las que sujetaban sus cabellos.

<sup>10</sup> El augur era un sacerdote romano que interpretaba la voluntad de los dioses mediante la observación de las aves, como hace ver el término griego *ὄωνοσκοπός* de su vuelo y de su canto. Gozaban en Roma de gran autoridad y estuvieron asociados en una corporación llamada *collegium Augurum*. El emblema de su autoridad era un cayado llamado *lituus*.

individuo que fuera incapaz de enfrentarse con las 7  
 armas a su enemigo. Muchos senadores estuvieron  
 de acuerdo con él. Por ello Didio, lleno de ira, pi- 7  
 dió que enviaran soldados desde los cuarteles para  
 que redujeran a los senadores a obediencia, o de lo 8  
 contrario, les masacraran. Pero esta disposición no  
 gustó a nadie. En efecto, no parecía adecuado que 8  
 el senado soportara a Juliano, que le era hostil, sien-  
 do así que había sido esta asamblea la que había de-  
 clarado enemigo a Severo por causa del propio Ju-  
 liano. Por lo cual, tras habérselo pensado mejor, 9  
 volvió al senado con un plan más adecuado, y pi-  
 dió que la asamblea redactara un decreto para re-  
 partir el imperio. Inmediatamente se llevó a cabo  
 su propuesta.

7 Entonces todos se acordaron de un presagio que  
 se dio el propio Juliano el día que recibió el impe-  
 rio. En efecto, cuando el cónsul designado, al emi- 2  
 tir el juicio que tenía sobre él pronunció esta frase:  
 «pienso que Didio Juliano debe ser nombrado em-  
 perador», éste sugirió: «añade también Severo», tí-  
 tulo que Juliano se había arrogado de su abuelo y de 3  
 su bisabuelo. No obstante, hay quienes dicen que  
 Juliano no tuvo intención alguna de pasar por las  
 armas al senado, dado que la asamblea había toma-  
 do muchas decisiones a su favor.

Inmediatamente después de votar el decreto del 4  
 senado, Didio Juliano envió a uno de los prefectos  
 llamado Tulio Crispino y nombró como tercer pre- 5  
 fecto a Veturio Macrino, a quien Severo había es-  
 crito ya anteriormente una carta, con el fin de con-  
 ferirle el cargo. Pero el pueblo propaló el rumor de 6  
 que se había fingido la paz y de que se había enco-  
 mendado el asesinato de Severo al prefecto del Pre-  
 torio Tulio Crispino y Severo también lo sospechó. 7  
 En definitiva, de acuerdo con los soldados, Severo  
 prefirió ser enemigo de Juliano que copartícipe del  
 poder. Escribió enseguida a Roma a muchas perso- 8  
 nas y envió secretamente unos edictos que se ex-

pusieron al público. Juliano tuvo además la insensatez de utilizar a los magos <sup>11</sup> para celebrar muchos ritos con los que pensaba aplacar el odio del pueblo o apaciguar la exaltación bélica de los soldados. En efecto, los magos sacrificaron algunas víctimas que no eran adecuadas para los ritos romanos y cantaron himnos profanos y Juliano hizo los ensalmos que, según las prescripciones, se hacen ante un espejo, en el que dicen que los niños ven el futuro, después de haber vendado sus ojos y haber pronunciado fórmulas mágicas sobre su cabeza, y en aquella ocasión se dice que un niño vio la llegada de Severo y la retirada de Juliano.

8 Por cierto, cuando salió al encuentro de unos emisarios de Severo, Crispino fue asesinado por orden de éste a instancias de Julio Leto. Se anularon también los decretos del senado. Juliano no obtuvo ninguna respuesta concreta del senado, a pesar de haber reunido a la asamblea y de haber pulsado las opiniones de los senadores sobre lo que se debía hacer. Pero, actuando después por propia iniciativa, dio órdenes para que Loliano Ticiano armara a gladiadores de Capua y mandó llamar de su villa de Tarracina <sup>12</sup> a Claudio Pompeyano para hacerle partícipe del imperio, porque había sido yerno de un emperador y había estado durante mucho tiempo al frente del ejército. Pero éste rehusó respondiendo que era anciano y que tenía ya la vista cansada. Se habían pasado ya también desde Umbria algunos soldados al partido de Severo y éste había enviado también una carta dando órdenes para que mantuvieran vigilados a los asesinos de

<sup>11</sup> Realmente, eran los ministros del culto entre los medos y los persas; ahora bien, los romanos designaban también con el nombre de *magi* a los que predecían el porvenir.

<sup>12</sup> Ciudad de los Volscos en la costa del Lacio, entre las antiguas ciudades de *Antium* al Norte y *Fundi* al Sur.

Pértinax. Y en un breve espacio de tiempo, Juliano 6  
 se vio abandonado por todos, aunque permaneció  
 en Palacio con sólo uno de sus prefectos, Genial,  
 y con su yerno Repentino. Al fin, se propuso que 7  
 el senado con su autoridad arrancara el poder a Ju-  
 liano. Y no sólo se llevó a cabo esta propuesta, sino  
 que además se proclamó enseguida emperador a  
 Severo fingiendo que Juliano se había dado la muer-  
 te con un veneno. No obstante, el senado envió a 8  
 unos individuos por cuya intervención, con la ayu-  
 da de un simple soldado, Juliano fue asesinado en  
 Palacio, a pesar de que imploraba clemencia del Cé-  
 sar, es decir, de Severo. Cuando alcanzó el poder 9  
 imperial, Juliano había emancipado a su hija dán-  
 dote su patrimonio; pero le fue arrebatado éste in-  
 mediatamente, junto con el título de Augusta.

Severo entregó el cadáver a su esposa Manlia Es- 10  
 cantila y a su hija, para que le dieran sepultura, y  
 ellas le llevaron a enterrar a la tumba de su bisabuelo situada a cinco millas en la vía Labicana <sup>13</sup>.

9 Se le echaron en cara a Juliano estos vicios: que  
 había sido goloso y jugador, que se había entrega-  
 do a los ejercicios gladiatorios y que todas estas pa-  
 siones las había adquirido de anciano, ya que du-  
 rante su juventud jamás se le había acusado de ellas.  
 Se le reprochó también su orgullo, aunque fue muy  
 humilde, incluso cuando ejerció el poder. Por el con- 2  
 trario, fue muy afable en los banquetes, muy bon-  
 dadoso ante las peticiones que le hacían y muy co-  
 medido respecto a la concesión de la libertad.

Vivió cincuenta y seis años y cuatro meses. Os- 3  
 tentó el poder imperial durante dos meses y cinco

<sup>13</sup> Arrancaba de Roma y, atravesando la ciudad de los *Labici* al lado de Túsculo, cruzaba entre la vía Prenestina por el Norte y la Tusculana por el Sur hasta encontrarse con ésta en Tolería.

dias. Se le reprochó principalmente que hubiera 4  
nombrado como lugartenientes suyos para gober-  
nar la república a personas a las que tenía que ha-  
ber controlado con su autoridad.



## 10. SEVERO

(Elio Esparciano)

1 Después del asesinato de Didio Juliano, alcanzó  
el poder imperial Severo, que era oriundo de África. Su ciudad natal fue Leptis, su padre fue Geta y 2  
sus antepasados fueron caballeros romanos, antes  
de que hubiera sido otorgada a todos la ciudadanía; su madre fue Fulvia Pía; sus tíos paternos fue-  
ron Apro y Severo, los dos consulares; su abuelo  
materno fue Macro y su abuelo paterno, Fulvio Pío. 3  
Nació el seis de los idus de abril, durante el segun-  
do consulado de Erucio Claro y el sexto de Seve- 4  
ro. En los primeros años de su niñez, antes de ins-  
truirse en la literatura griega y latina, en las que lue-  
go fue muy versado, no se ejercitó con los niños  
de su edad en ningún otro juego que en el que los  
jueces, pues se sentaba e impartía justicia rodeado  
de una hilera de niños que le ofrecían los haces y  
las segures <sup>1</sup>. A los dieciocho años declamó en pú- 5  
blico. Después se dirigió a Roma a causa de sus es-  
tudios, pidió al divino Marco el laticlavo <sup>2</sup> obte-

---

<sup>1</sup> Loa haces (*fascēs*) eran un manojo de varas de abedul, fresno u olmo atadas con correas en forma de haz. En medio de ellas se emplazaba un hacha (*securis*). Eran el emblema del *imperium* y los llevaban los lictores delante de los magistrados dotados de él.

<sup>2</sup> «Laticlavo» de *latus clauus*, larga raya o banda de color púrpura que corría a lo largo de la túnica en dirección perpendicular delante del pecho. Su uso era originariamente privilegio de los senadores romanos, aunque parece que luego algunas veces se concedió este derecho excep-

niéndole gracias al apoyo que le prestó su pariente Septimio Severo, que había sido ya dos veces cónsul.

6 Cuando llegó a Roma, se encontró con un huesped que estaba leyendo en ese preciso momento la vida del emperador Adriano, coincidencia que consideró como un presagio de su suerte futura. Tuvo 7 además otro presagio sobre su acceso al imperio. Aceptó la toga presidiana <sup>3</sup> del propio emperador en una ocasión en que se presentó vestido con el manto griego <sup>4</sup> a un banquete que se le había invitado con el emperador, siendo así que debía haber 8 acudido vestido con la toga romana. Esa misma noche soñó que mamaba de las tetas de una loba, como hicieron Remo y Rómulo. Se sentó también 9 en la silla del emperador que un esclavo había dejado allí al azar, porque no sabía que no estaba permitido hacerlo. También un día que dormía en un 10 establo, una serpiente se enrolló en torno a su cabeza y, ante los gritos y el terror de los esclavos, desapareció sin causarle ningún daño.

2 Vivió una juventud cargada de pasiones y a veces de crímenes. Se defendió de una acusación de 2 adulterio y fue absuelto por el procónsul Juliano al que sucedió en el proconsulado, tuvo como colega en el consulado y sucedió igualmente en el imperio. Ejerció con escrupulosidad la cuestura, renunciando al tribunado militar. Después de ejercer dicha magistratura recibió por sorteo la cuestura de 3 la Bética y desde aquí se dirigió a África para poner en orden su situación familiar tras la muerte de su padre. Pero mientras se encontraba en África le 4 fue encomendada Cerdeña en lugar de la Bética, porque los mauritanos saqueaban la Bética. (Así) 5

cionalmente a algunos caballeros, cuyo distintivo era el *augustus clauus*, la banda estrecha.

<sup>3</sup> Una toga especial que se utilizaba entre las guarniciones.

<sup>4</sup> Es decir, con el *pallium*, cf. *Adriano*, 22,4, n. 96.

pues, después de ejercer la cuestura en Cerdeña, recibió la legación de procónsul de África. Durante esta legación, cuando uno de sus conciudadanos de Leptis, a pesar de ser plebeyo, le saludó dándole un abrazo como a un antiguo compañero ante los que le escoltaban con las haces, Severo le golpeó con las vasas, mientras el heraldo proclamaba: «No oses tu, un hombre plebeyo, abrazar temerariamente a un legado del pueblo romano.» Este incidente hizo que también viajaran sentados en un carruaje los legados, que anteriormente viajaban a pie. Entonces, en una ciudad de África, cuando acudió angustiado a consultar a un matemático, después de que se le descifró el horóscopo y vio en él los extraordinarios acontecimientos que le aguardaban, el astrólogo le dijo: «Dime tu horóscopo, no uno ajeno.» Y, cuando Severo le juró que aquél era el suyo, el astrólogo le hizo una exposición de todos los hechos que acaecieron después.

3 Se hizo acreedor al tribunado de la plebe que le concedió el emperador Marco por un decreto y lo ejerció con gran severidad e inteligencia. Por entonces tomó por esposa a Marcia, a la que no mencionó en el relato de su vida privada<sup>5</sup>. Después, cuando fue emperador, erigió estatuas en su honor. Fue nombrado pretor por Marco Aurelio a los treinta y dos años de edad, no como candidato oficial del emperador, sino como uno más entre otros competidores<sup>6</sup>. Entonces fue enviado a Hispania donde soñó primero que se le encargaba restaurar el templo de Augusto en Tarragona, que se estaba ya derrumbando; después contempló desde la cima

<sup>5</sup> Se refiere a la autobiografía que Severo escribió después de la muerte de Albino para justificarse de sus acciones y de su crueldad, cf. 18,6 y *Clodio Albino*, 7,1.

<sup>6</sup> Cierta número de aspirantes a las magistraturas eran elegidos por el emperador. Se llamaban *candidati Caesaris* porque llevaban la toga *candida*.

de una montaña muy alta el globo terráqueo y la ciudad de Roma, mientras las provincias entonaban un canto con la lira, a viva voz o con la flauta. Concedió distintos espectáculos. A continuación fue nombrado jefe de la legión cuarta, la Escítica, que acampaba en las inmediaciones de Marsella. Después de esto se dirigió a Atenas para perfeccionar sus estudios y conocer los ritos sagrados, las construcciones públicas y las antigüedades de la ciudad. Dado que, durante su estancia en esta ciudad, recibió ciertos ultrajes de los atenienses, se enemistó con ellos y luego, cuando fue emperador, se vengó disminuyéndoles los privilegios que disfrutaban. Después tomó posesión como legado de la provincia de Lión. Como deseaba casarse de nuevo al haber perdido a su esposa, se informaba del horóscopo de las prometidas, pues él mismo era también muy versado en astrología; y, cuando oyó que había una mujer en Siria con un horóscopo tal, que la destinaba a casarse con un rey, la pidió por esposa —se trata de Julia— y se desposó con ella gracias a la mediación de sus amigos. Esta le hizo padre enseguida.

4 Los galos le estimaron como a ningún otro emperador por su severidad, honorabilidad e integridad. Después gobernó las dos Panonias en calidad de procónsul. A continuación recibió por sorteo la provincia proconsular de Sicilia. Y reconoció otro hijo que le nació en Roma. Durante su estancia en Sicilia se le acusó de haber acudido a consultar unas veces a los adivinos, otras a los Caldeos sobre su acceso al poder. Los prefectos del Pretorio, a quienes se les había encomendado oír su causa, le absolvieron dado que ya Cómodo empezaba a hacerse odioso y enviaron a la cruz a su acusador. Ejerció su primer consulado con Apuleyo Rufino, designándole Cómodo entre muchos candidatos. Después del consulado, se mantuvo casi durante un año inactivo; pero después, gracias al apoyo de Leto, re-

cibió el mando del ejército de Germania. Cuando iba a partir a este destino compró unos jardines de grandes dimensiones <sup>7</sup>, siendo así que hasta entonces había poseído una casa muy pequeña en Roma y una sola finca en Venecia. Un día que tendido sobre el suelo comía un menú modesto con sus hijos en estos jardines y su hijo mayor, que entonces tenía cinco años, distribuía a sus compañeros de juego con mano excesivamente liberal las frutas que les habían servido y él le dijo reprendiéndole paternalmente: «Reparte con más comedimiento, pues no posees las riquezas de un rey», el muchacho, de cinco años aún, le contestó: «Pero algún día las poseeré.» Marchó a Germania y se comportó de tal manera en el desempeño de su legación, que aumentó su reputación ya puesta de relieve con anterioridad.

Hasta entonces ejerció el arte militar como un particular. Pero después, a instancias de una gran mayoría y a pesar de su resistencia, el día de los idus de agosto fue nombrado emperador en Carnunto por las legiones de Germania, cuando se enteraron de que Cómodo había sido asesinado y de que Juliano ocupaba el trono, odiado también por todo el mundo. Dio a los soldados <cincuenta mil> sesteracios, lo que no había hecho ningún emperador anterior <sup>7 bis</sup>. Después de consolidar las provincias que iba dejando a sus espaldas, se dirigió a Roma, sometiéndose a él todos los habitantes de las regiones por donde pasó, dado que los ejércitos de la Iliria y de las Galias ya le habían prestado juramento

<sup>7</sup> Se designaba con el nombre de jardines (*horti*) a los parques de diversión en los que solía haber, según las dimensiones, humbrosas avenidas (*gestationes*) para pasear en silla o andaderas (*sella, lectica*), espacios para los ejercicios de equitación (*hippodromi*), fuentes, grutas, estatuas y otras obras de arte convenientemente repartidas para mayor esparcimiento.

<sup>7 bis</sup> Hay una laguna según Hohl que llenamos con <quingena> de Σ.

de fidelidad obligados por sus jefes, pues era con- 4  
siderado por todos como el vengador de Pértinax. 5  
Por aquel tiempo, a instancias de Juliano, Septimio  
Severo fue declarado enemigo público por el sena-  
do, después de que se envió una embajada para que,  
por decreto de la asamblea, los soldados desertaran  
de su ejército. Y, cuando Severo se enteró de que 6  
le habían enviado la embajada por resolución uná-  
nime del senado, primero se llenó de temor, pero  
después sobornó a los legados y consiguió que ha-  
blaran al ejército en su favor y que se pasaran a su  
partido. Cuando se conocieron estos hechos, Julia- 7  
no consiguió que el senado redactara un decreto  
para repartirse el poder imperial con Severo, aun- 8  
que no se sabe con seguridad si esto lo hizo de bue-  
na fe o por engaño, dado que ya en una ocasión an-  
terior había enviado a algunos célebres asesinos de  
generales para que mataran a Severo, de la misma  
manera que los había enviado para que mataran a  
Pescenio Nígro, que también había asumido perso-  
nalmente el poder contra él, instigado por los ejér- 9  
citos de Siria. Pero Severo, tras haber burlado la ac-  
ción de aquéllos a los que Juliano había enviado para  
asesinarle, escribió una carta a los pretorianos con  
la consigna de abandonar a Juliano o de darle muer-  
te, consigna que fue atendida enseguida, pues Ju- 10  
liano fue asesinado en Palacio y a Severo se le in-  
vitó a entrar en Roma. De esta manera Severo re- 11  
sultó vencedor sin que mediara nada más que una  
orden suya, lo que jamás había ocurrido a nadie an-  
teriormente, y acto seguido se dirigió con su ejér-  
cito a Roma.

6 Después de que Juliano fue asesinado, como Se-  
vero se mantenía aún en los cuarteles y en las tien-  
das de campaña como si hiciera la marcha a través  
de un territorio enemigo, el senado le envió una de-  
legación de cien senadores para felicitarle y presen-  
tarle sus súplicas. Los senadores se encontraron con 2  
él en Terni y le saludaron, pero después de que fue-

ron registrados, para que no guardarán ningún arma, mientras que él se mantenía armado y escoltado por hombres con armas. Al día siguiente entregó setecientos veinte áureos a los miembros de la legación del senado, cuando salía a recibirle toda la servidumbre de Palacio, y les envió por delante a Roma, ofreciendo a los que así lo deseaban la posibilidad de permanecer a su lado y de volver luego con él a la Ciudad. Nombró también enseguida prefecto del Pretorio a Flavio Juvenal, al que Juliano había nombrado también como tercer prefecto suyo. Mientras tanto se originó en Roma una inmensa agitación entre los soldados y los ciudadanos, porque Severo avanzaba armado contra los que le habían declarado enemigo público. A estos sucesos se sumó la circunstancia de que Severo supo que las legiones de Siria habían concedido el título de emperador a Pescenio Nigro. Entonces, valiéndose de unos emisarios suyos, interceptó los edictos y las cartas que éste dirigió al pueblo y al senado, para conseguir que no fueran expuestos al pueblo ni leídos al senado. Por aquel mismo tiempo Severo pensó también nombrar como sucesor suyo a Clodio Albino, a quién se le había concedido por Cómodo mediante un decreto el poder de César <sup>7 ter</sup>. Pero, como sentía gran temor hacia las personas que le merecían una opinión favorable, envió Heráclito para que ocupara Bretaña y a Plauciano para que se apoderara de los hijos de Nigro. Cuando Severo llegó a Roma, ordenó que los pretorianos salieran a recibirle desarmados y con túnicas

<sup>7 ter</sup> Acepto la segunda lectura de Hohl I, p. 307: *a[ut] Commod<o>ia[nu]m*.

«subarmales»<sup>8</sup>. Y, tal como estaban, los convocó al tribunal, rodeándoles por todas partes de hombres armados.

Después de que entró en Roma armado, subió también al Capitolio con una escolta de soldados armados. Desde allí se dirigió con la misma indumentaria al Palacio, haciendo que llevaran delante los estandartes que había arrebatado a los pretorianos, no derechos, sino vueltos hacia abajo. Después, los soldados se establecieron por toda la Ciudad en los templos, en los pórticos y en las estancias de la corte, como si fueran posadas, con lo que la entrada de Severo en Roma fue odiosa y terrible, puesto que los soldados se apoderaban de las cosas sin comprarlas, amenazando con la destrucción de la Ciudad. Al día siguiente, Severo vino al senado escoltado no sólo por soldados armados, sino también por su amigos. Explicó en la asamblea la razón por la que había asumido el poder imperial alegando que Juliano había enviado para matarle a unos individuos que ya eran célebres por haber asesinado a generales<sup>9</sup>. Obligó a firmar un decreto del senado que prohibiera al emperador enviar a muerte a ningún senador sin contar con la asamblea. Pero, mientras se hallaba en el senado, los soldados se amotinaron y exigieron a la asamblea diez mil sestercios por cabeza, siguiendo el ejemplo de aquéllos que habían conducido a Roma a Octavia-

<sup>8</sup> El texto dice *cum subarmalibus inermes*. El *subarmale* es un tipo de vestido cuya naturaleza no está bien determinada. Algunos suponen que debía este nombre a que pasaba bajo uno de los brazos, como un *exomis*, túnica griega sin mangas muy corta (*substricta*) que al ponerla dejaba libre la espalda derecha (*ὤμος*) y el brazo. Otros piensan que se llamaba así porque se llevaba sobre la armadura (*arma*). El texto, al constatar que debían ir desarmados, hace suponer que se trataría de un *exomis*.

<sup>9</sup> Cf. 5,8; *Didio Juliano*, 5,8; *Pescenio Nigro*, 2,5.



no Augusto y que habían recibido la misma cantidad. Y, aunque Severo no pudo reprimirlos como era su deseo, sin embargo, logró apaciguarlos y disolverlos, tras haberles dado una gratificación. Después organizó un funeral como el de los censores para honrar a la estatua de Pértinax y consagró a éste incluyéndole entre los emperadores divinizados, después de haberle asignado además un flamen y una cofradía de Helvianos que anteriormente habían sido Marcianos. Ordenó además que se le llamara Pértinax, aunque después decidió que se le suprimiera este nombre, pensando que constituía un mal presagio. Después pagó las deudas de sus amigos.

8 Casó a sus hijas con Probo y Ecio, después de haberlas dotado convenientemente. Y, cuando ofreció a su yerno Probo la prefectura de la Ciudad, éste la rechazó diciendo que le parecía menos ser prefecto que yerno del príncipe. Sin embargo, nombró cónsules inmediatamente a sus dos yernos y los llenó de riquezas. Otro día acudió al senado y, tras acusar a los amigos de Juliano, los proscribió y condenó a muerte. Presidió muchísimos procesos. Castigó severamente a los jueces acusados por los habitantes de las provincias, una vez demostrada su culpabilidad. Se encontró con una gran escasez de víveres preocupándose de su aprovechamiento de tal manera, que a su muerte dejó al pueblo romano una reserva para siete años.

Partió para consolidar la situación política en Oriente, sin haber hecho aún ni un sólo comentario en público sobre Nigro. No obstante, envió legiones a África con el fin de que éste no pudiera

<sup>10</sup> Cf. *Pértinax*, n. 36. Nótese que aquí el funeral se decreta para honrar la estatua del emperador muerto.

<sup>11</sup> Cf. *Marco*, 15,4. *Pértinax*, 15,4.

ocupar esta región pasando por Libia y Egipto ni acosar al pueblo romano con la escasez de alimentos.

Dejó como prefecto de la Ciudad a Domicio Dextro en lugar de Baso y salió de Roma a los treinta días después de haber llegado a ella. Ya fuera de la Ciudad, tuvo que afrontar una violenta sedición de su ejército junto al paraje denominado «las rocas rojas»<sup>12</sup> a causa del emplazamiento del campamento. Su hermano Geta<sup>13</sup> corrió rápidamente a su encuentro y, en contra de lo que esperaba, Severo le ordenó asumir el gobierno de la provincia que le había sido confiada. Le llevaron a su casa los hijos de Nigro a los que mostró la misma estima que a los suyos. Había enviado una legión para que ocupara Grecia y Tracia anticipándose a Pescenio; pero Nigro ya tenía a Bizancio bajo su poder. Desseando ocupar también Perinto, Nigro mató a un gran número de soldados de Severo por lo cual fue declarado enemigo público junto con Emiliano. Y cuando invitó a Severo a repartirse el poder, éste rechazó con desdén su proposición. De hecho, prometió a Nigro un exilio seguro, si éste era su deseo; en cambio, a Emiliano no le perdonó. Éste, vencido poco después en Helesponto por los generales de Severo, se refugió primero en Cízico y luego en otra ciudad donde fue asesinado por orden de aquéllos. Y las tropas de Nigro también fueron dispersadas por estos mismos generales.

9 Cuando se enteró de esto, Severo escribió al senado, como si ya hubiera acabado la guerra. Después se enzarzó en la lucha con Nigro, lo mató cerca de Cízico e hizo que pasearan su cabeza clavada en una pica.

<sup>12</sup> En latín, *Saxa Rubra*, en la vía Flaminia, diez millas aproximadamente al Norte de Roma.

<sup>13</sup> P. Septimio Geta, probablemente gobernador de Dacia en el año 195.

Después de esto, envió al destierro con su madre 2  
a los hijos de Nigro a los que había mantenido en  
el mismo género de vida que a los suyos propios. 3  
Envío una carta al senado anunciándole su victoria  
y no castigó con la muerte a ninguno de los sena-  
dores que habían seguido el partido de Nigro, sal-  
vo a uno. Se irritó mucho con los habitantes de 4  
Antioquía porque se habían reído de él cuando era  
administrador en Oriente y porque habían ayuda-  
do a Nigro, incluso después de su derrota. Final-  
mente les quitó muchas de sus prerrogativas. Tam- 5  
bién privó del derecho de ciudadanía a los habitan-  
tes de Neápolis<sup>14</sup> de Palestina, porque se habían  
mantenido en pie de guerra durante mucho tiempo  
apoyando a Nigro. Castigó con crueldad a un buen 6  
número de ciudadanos que habían seguido a Ni-  
gro, exceptuando a los que pertenecían al estamen-  
to senatorial. Infligió también diversas afrentas y 7  
multas a muchas de las ciudades que habían abra-  
zado su causa. Ordenó la muerte de los senadores 8  
que habían luchado con Nigro como generales o  
como tribunos. Después llevó a cabo múltiples ope- 9  
raciones próximas a Arabia, una vez sometidos los  
partos al arbitrio de Roma, así como los adiabenos,  
pueblo que en su totalidad había tenido los mismos  
sentimientos que Pescenio. Y, por estas acciones, 10  
cuando volvió a Roma se le concedieron los hono-  
res del triunfo y el título de Árabe, Adiabénico  
y Pártico. Pero rechazó el honor del triunfo para 11  
que no se pensara que celebraba una victoria obte-  
nida contra sus conciudadanos. Rehusó también el  
título de Pártico para no irritar a los partos.  
10 Justamente cuando volvió a Roma, tras finalizar  
la guerra civil de Nigro, se le anunció que Clodio

<sup>14</sup> «Ciudad nueva» del griego νέα-πόλις. Probablemente se trata de Jerusalén, destruida en la rebelión de los judíos y reconstruida por Adriano, a la que llamó *Elia Capitolina*.

Albino había suscitado otra rebelándose en la Ga-  
 lia. Por ello fueron asesinados algo después los hi-  
 jos de Nigro junto con su madre. Por tanto, inme-  
 diatamente declaró a Albino enemigo público, así  
 como a los que le habían escrito o contestado con  
 excesivos halagos. Y cuando se dirigía a luchar con-  
 tra él, en plena marcha, confirió el título de César  
 a su hijo mayor Basiano en Viminacio, añadiéndole  
 el nombre de Aurelio Antonino para quitar a su  
 hermano Geta la esperanza que había concebido de  
 llegar a emperador. Por cierto, puso a su hijo el  
 nombre de Antonino porque había soñado que iba  
 a ser su sucesor un Antonino. Por ello piensan al-  
 gunos autores que concedió a Geta también el nom-  
 bre de Antonino para que también él le sucediese  
 en el imperio. Otros creen que la razón por la que  
 Basiano fue llamado Antonino fue porque el propio  
 Severo quería pasar a formar parte de la familia  
 de Marco. Por cierto que, en las primeras escaramu-  
 zas, los generales de Severo fueron derrotados  
 por los de Albino. Entonces, angustiado, cuando  
 acudió a consultar a los adivinos, se enteró por las  
 respuestas de los augures<sup>15</sup> de Panonia que resul-  
 taría vencedor, pero que su enemigo no caería en  
 sus manos ni lograría escapar, sino que perecería  
 junto al agua. Enseguida se pasaron a su lado de-  
 sertando muchos amigos de Albino y fueron prendi-  
 dos muchos de sus generales, a los que Severo  
 castigó.

- 11 Después de que los dos bandos librarán en la Ga-  
 lia en este intervalo múltiples combates con distin-  
 to resultado, Severo luchó con gran éxito contra Al-  
 bino por primera vez en los alrededores de Tinur-  
 cio. Entonces afrontó realmente un gran peligro  
 al caer de su caballo, de tal forma que llegaron a creer

<sup>15</sup> Cf. *Didio Juliano*, 6,6.

que había muerto al haber sido alcanzado por el impacto de una bola de plomo y, como consecuencia de ello, el ejército estuvo a punto de elegir ya otro emperador. Por entonces, cuando se leyeron las actas que el senado había redactado proponiendo la exaltación de Clodio Celsino, que era de Hadrumeto y pariente de Albino, irritándose Severo contra el senado pensando que la asamblea había defendido esta propuesta para favorecer a Albino, propuso que se admitiera a Cómodo en el rango de los dioses, pensando que de esta forma podía vengarse del senado. Y fue el primero que confirió públicamente el título de «divino» a Cómodo en presencia de los soldados, y luego se lo comunicó al senado por escrito, enviándole al mismo tiempo un discurso sobre su victoria. Ordenó que fueran despedazados los cadáveres de los senadores que habían recibido la muerte durante esta guerra. Después, cuando le llevaron el cuerpo de Albino, que aún estaba medio muerto, ordenó que le cortaran la cabeza y que le enviaran a Roma, adjuntando una carta. Albino fue derrotado el día onde de las calendas de marzo. El resto de su cadáver fue expuesto por orden de Severo delante de su propia casa y allí permaneció durante bastante tiempo. El mismo Severo, además, montó sobre su caballo y le hostigó para que saltara por encima del cadáver de Albino y, al ver que se espantaba, le incitó para que a rienda suelta le pisoteara sin ningún miramiento. Otros dicen que fue él mismo quien dio la orden de arrojar su cadáver al Ródano, junto con el de su esposa y los de sus hijos.

12 Una vez que fueron asesinadas muchísimas personas del partido de Albino, entre las que se encontraban muchos próceres de Roma y mujeres de alta reputación, quedaron confiscados los bienes de todos ellos, con lo cual acrecentaron el erario. También entonces recibieron la muerte muchos patricios españoles y galos. Finalmente, Severo dio a los

soldados más estipendios <sup>16</sup> que ningún otro emperador. Y, gracias a la confiscación que hemos mencionado, dejó a sus hijos un patrimonio mayor que ningún otro emperador, pues convirtió en propiedad del emperador la mayor parte del oro cobrado en las Galias, en las provincias de Hispania y en Italia. Entonces se creó por primera vez el cargo que cuidaba de la fortuna privada del emperador <sup>17</sup>. Después de la muerte de Albino, fueron derrotados en la guerra por Severo muchos que aún le eran fieles. Por aquella misma fecha anunciaron a Albino también la defección al partido contrario de una legión de Arabia.

Así, pues, después de haber vengado con severidad la revuelta de Albino dando muerte a un gran número de personas y habiendo extinguido el linaje de su rival, volvió a Roma airado contra el senado y el pueblo. Hizo el elogio de Cómodo en el senado y delante de la asamblea del pueblo, le llamó dios y afirmó que este emperador sólo había desagrado a los infames, con lo que se vió con claridad la revuelta de Albino, dando muerte a un gran número. Y después de esto, disertó sobre su propia clemencia, a pesar de que fue extraordinariamente cruel e hizo perecer a los senadores a continuación reseñados <sup>18</sup>.

13 Ejecutó sin defensa alguna a estos nobles: Mumio Secundino, Aselio Claudiano, Claudio Rufo, Vitalio Victor, Papio Fausto, Elio Celso, Julio

<sup>16</sup> Se llamaba estipendio (*stipendium*) a la paga o sueldo de los soldados. Se comenzó a pagar en Roma en el año 406 a de C. durante el sitio de Veyes. Inicialmente se daban tres ases por día para la infantería y seis para la caballería. Durante el imperio, las cantidades variaron; pero, en general, la caballería cobraba el doble.

<sup>17</sup> El *procurator rerum priuatarum*, cf. Cómodo, 20,1.

<sup>18</sup> Según Dión Casio (LXXV,8), ejecutó a veintinueve y perdonó a treinta y cinco. La lista de cuarenta y uno que da Esparciano incluye probablemente a algunos partidarios de Nigro.

Rufo, Lolio Profeso, Aurunculeyo Corneliano, Antonio Balbo, Postumio Severo, Sergio Lustral, Fabio Paulino, Nonio Graco, Masticio Fabiano, Casperio Agripino, Ceyonio Albino, Claudio Sulpiciano, Memio Rufino, Casperio Emiliano, Coceyo Vero, Erucio Claro, L. Estilón, Clodio Rufino, Egnatuleyo Honorato, Petronio el Joven, los Pescenios Fausto, Veraciano, Aureliano, Materiano, Juliano y Albino; los Cerelios Macrino, Faustiniiano y Juliano; Herenio Nepote, Sulpicio Cano, Valerio Catulino, Novio Rufo, Claudio Arabiano y Marcio Aselión. Así, pues, el asesino de tantos ciudadanos y tan ilustrés como éstos —pues un buen número de ellos eran consulares o pretoriales y todos ellos sin duda varones eximios— fue considerado como un dios por los africanos. Acusó a Cincio Severo de haber querido envenenarle y, en consecuencia, le dio muerte.

14 Después, arrojó a los leones a Narciso, el estrangulador de Cómodo<sup>19</sup>. Además quitó la vida a muchos hombres, de familia poco conocida, para no hablar de aquéllos a los que aniquiló el fragor del combate. Después de estos asesinatos, deseando congraciarse con todos pasó, de manos privadas al fisco el servicio de correos públicos<sup>20</sup>. Luego hizo que el senado diera el título de César a su hijo Basiano Antonino y le concedió las insignias imperiales. A continuación surgió el rumor de una guerra con los partos. Por propia iniciativa erigió estatuas en honor de su padre, de su madre, de su abuelo y de su primera esposa. Al conocer la conducta de Plauciano, hasta entonces muy amigo suyo, le cobró tal odio que le declaró enemigo público y le in-

<sup>19</sup> Cf. *Cómodo*, 17,2; aunque según Dión Casio éste fue muerto por Didio Juliano.

<sup>20</sup> Parece que completó así la reforma emprendida por Adriano, cf. *Adriano*, 7,5, n. 42.

famó con una injuria pesada, pues hizo derribar sus estatuas en todo el orbe de la tierra, irritado sobre todo porque aquél había emplazado su estatua entre las de los parientes y familiares de Severo. Perdonó a los habitantes de Palestina la pena que habían merecido por ponerse de parte de Nigro. Posteriormente se reconcilió con Plauciano y, tras entrar en Roma como los que obtienen los honores de la ovación <sup>21</sup>, se dirigió con él al Capitolio, aunque, andando el tiempo, también mando ejecutarle. Dio la toga viril a su hijo menor, Geta, y al mayor le unió en matrimonio con una hija de Plauciano <sup>22</sup>. Los que habían declarado a Plauciano enemigo público fueron exiliados. —Así cambian siempre todas las cosas, como regidas por una ley natural—. En seguida nombró cónsules a su dos hijos. Engrandeció a su hermató Geta. Partió después a luchar contra los partos, pero antes ofreció un espectáculo público de gladiadores y distribuyó entre el pueblo un congiario. En el intervalo de estos sucesos, dio muerte a muchos ciudadanos aduciendo motivos reales o inventados. Sin embargo, la mayor parte de ellos eran condenados bajo la acusación de haber dicho bromas, otros bajo la de haberse callado y otros bajo la de haber pronunciado frases en tono alegórico, como: «he ahí a un emperador realmente concorde con su nombre, verdaderamente pertinaz (*Pertinax*), verdaderamente severo (*Seuerus*).»

<sup>21</sup> El texto dice *ueluti ouans*. La ovación (*ouatio*) era una recompensa concedida al general victorioso inferior al triunfo, cf. *Marco*, n. 53. La primera que se concedió fue al cónsul Postumio, vencedor de los sabinos, hacia el año 500 a de C. El vencedor galardonado entraba en la ciudad a pie o a caballo, pero no sobre carro como en el triunfo, al son de flautas y no de trompetas, y se dirigía al Capitolio a hacer un sacrificio de un cordero (*ouis*, de donde *ouatio*). El cortejo era menos espectacular que en el triunfo: los soldados le precedían con ramos de olivo y le acompañaban senadores, caballeros y los más destacados ciudadanos.

<sup>22</sup> Fulvia Plautila.



- 15 Los rumores de la gente aireaban la noticia de que Septimio Severo promovía la guerra contra los partos movido por el deseo de hacerse famoso, no por ninguna necesidad. Finalmente, después de transportar su ejército en Brindisi; llegó a Siria sin interrumpir su marcha y luego rechazó a los partos. Pero después volvió de nuevo a Siria, con el fin de hacer los preparativos para guerrear contra aquéllos. Mientras tanto, por instigación de Plauciano, perseguía a los partidarios de Pescenio Nigro que quedaban, de tal manera que atacaba incluso a algunos de sus propios amigos, achacándoles que habían atentado contra su vida. Hizo también morir a muchos bajo la acusación de haber consultado a los Caldeos o a los adivinos sobre su salud, sospechando especialmente de todos los que podían aspirar al trono, porque tenía hijos de muy corta edad aún y porque creía u oía decir que era esta la circunstancia que se alegaba por aquéllos que auguraban para sí el trono. Finalmente, después de haber ordenado la muerte de algunos ciudadanos, pedía excusas y, una vez que habían muerto, aseguraba que no había sido él quien había ordenado tales ejecuciones. Según Mario Máximo, así es como actuó sobre todo con Leto <sup>23</sup>. En una ocasión en que acudió a visitarle su hermana Leptitana, que apenas hablaba latín, como él sentía mucha vergüenza de ella por ser el emperador, tras concederle múltiples presentes y a su hijo la laticlavia, le ordenó volver a su patria junto con su hijo, que murió enseguida.
- 16 Así pues, cuando acababa ya el verano, tras haberse internado en Partia, llegó a Ctesifonte después de expulsar de allí al rey y se apoderó de la ciudad, ya casi en la estación invernal, porque en aquellas regiones se hacía mejor la guerra durante

<sup>23</sup> Legado suyo en la anterior campaña y defensor de Nisibis, ciudad de Mesopotamia, contra los partos.

el invierno, aunque los soldados se alimentaran con raíces de hierbas y contrajeran por ello enfermedades e indisposiciones. Por esta razón, aunque no pudo adentrarse más a causa de la resistencia de los partos y de las diarreas de los soldados provocadas por una dieta desacostumbrada, persistió en su empeño, tomó la ciudad, puso en fuga al rey y dio muerte a un gran número de enemigos, con lo que se hizo merecedor del nombre de Pártico. Por estos éxitos los soldados proclamaron también copartícipe del imperio a su hijo Basiano Antonino que tenía trece años y ya había recibido el título de César. También a su hijo menor Geta le dieron el título de César llamándole también a él mismo Antonino, según aseguran muchos escritores. Para celebrar la concesión de estos nombres, distribuyó un magnífico donativo entre los soldados y les concedió todo el botín que pudieran capturar en la capital de Partia, que era lo que ellos deseaban, y desde allí volvió a Siria como vencedor y con el título de Pártico. Como no podía mantenerse erguido en el carro debido a que se veía afectado por la gota, rechazó el honor del triunfo que le ofrecieron los senadores; pero permitió obtener los honores del triunfo a su hijo, a quien concedió el senado por decreto el triunfo Judaico, porque Severo había luchado con éxito también en Siria. Después, cuando se trasladó a Antioquía designó como colega suyo en el consulado a su hijo mayor, concediéndole la toga viril, e inmediatamente ambos tomaron posesión de dicha magistratura en Siria. Después de esto se dirigió a Alejandría tras haber distribuido entre los soldados un sueldo muy sustancioso <sup>24</sup>.

- 17 Durante su viaje, dio muchas leyes a los palestinos <sup>24</sup>. Prohibió bajo severas penas hacerse judío.

<sup>24</sup> Cf. 14,6.

Respecto al cristianismo estableció una prohibición semejante. Después concedió a los habitantes de Alejandría el derecho de elegir senadores, pues no contaban con una asamblea pública como anteriormente en época de los reyes y estaban satisfechos con un sólo juez que había nombrado el César. Además cambió muchas de sus leyes. El propio Severo indicó siempre posteriormente que este viaje le había resultado agradable por las ceremonias del culto del dios Serapis<sup>25</sup>, por el conocimiento que había adquirido de los monumentos de la antigüedad y por la novedad de los animales y de los paisajes que había visto; porque visitó con mucha atención la ciudad de Menfis, la estatua de Memnón<sup>26</sup>, las pirámides y el laberinto<sup>27</sup>.

Y, puesto que es largo exponer los pormenores de su actuación, he aquí sus acciones más salientes: licenció a las cohortes pretorianas, después de haber vencido y dado muerte a Juliano<sup>28</sup>; divinizó a Pértinax oponiéndose a la voluntad de los soldados y ordenó abolir las decisiones de Salvio Juliano, aunque no consiguió su propósito. En fin, parece que recibió el sobrenombre de «Agarrado» (*Pertinax*) no tanto por propia elección como por su carácter ahorrativo. Por otra parte, se le consideró excesivamente cruel por sus múltiples asesinatos; así, en

<sup>25</sup> Cf. *Marco*, 23,8, n. 66.

<sup>26</sup> Gigantesca estatua sedente del rey egipcio Amenofis III, colocada a la entrada de su templo funerario de Medinet-Abu, a la orilla del Nilo, frente a Tebas. Los griegos la llamaron de Memnón, porque creyeron ver en ella la figura de este personaje mitológico, hijo de la Aurora.

<sup>27</sup> Construcción, en parte palacio y en parte templo y tumba, elevada por el faraón Amenemhat III en Egipto, formada por una red complicada de pasillos y habitaciones.

<sup>28</sup> Aquí y en el pasaje correspondiente de Aurelio Víctor (*Caes.*, XX,1) parece confundirse a Salvio Juliano (cf. *Adriano*, 18,1) y el *Edictum perpetuum* del que fue compilador con Didio Juliano y sus *Acta*. Pero las actas fueron rescindidas, no así el *Edictum*, que permaneció en vigor.

una ocasión en que se presentó en actitud suplicante uno de sus enemigos y le preguntó cual habría sido su actuación si se hubiera encontrado en una situación como la suya, Severo ordenó que le asesinaran sin inmutarse ante tan prudente pregunta. Anhelaba acabar con todo tipo de conspiraciones y no se retiró casi de ningún combate sin salir vencedor.

18 Subyugó al rey de los persas Abgaro. Sometió a su autoridad a los árabes. Hizo tributarios a los adiabenos. Fortificó la Bretaña, lo que constituyó la mayor gloria de su reinado, por medio de un muro construido atravesando la isla hasta tocar el Océano por ambos lados<sup>29</sup>. Por ello recibió el nombre de Británico<sup>30</sup>. Hizo segurísima a la ciudad de Trípoli, de donde era originario, aniquilando a los pueblos cercanos más belicosos, y aseguró para siempre al pueblo romano una ración de aceite diaria gratuita y muy abundante.

Fue inexorable con las faltas y mostró una sagacidad singular para promocionar a los hombres más activos. Dedicó bastante tiempo al estudio de la filosofía y de la oratoria y se excedía en sus ansias de aprender. Fue enemigo implacable de los ladrones<sup>31</sup>. Escribió él mismo su propia biografía pública y privada de forma veraz, justificando únicamente el vicio de su crueldad<sup>32</sup>. Teniendo en cuenta este vicio, el senado declaró que no debería haber nacido o que no debería haber muerto, porque fue demasiado cruel y, al mismo tiempo, demasiado útil a la república. Sin embargo, en su propia

<sup>29</sup> Probablemente se trata de la reconstrucción del de Adriano, cf. *Adriano*, 11,2 y *Antonino*, 5,4.

<sup>30</sup> *Britannicus Maximus*, según una inscripción.

<sup>31</sup> Cf. Dión Casio, LXXVI,10, por quien se conoce un famosísimo ladrón llamado *Bulla Félix* que causó el terror en Italia.

<sup>32</sup> Cf. 3,2.

casa fue poco precavido, puesto que mantuvo en ella a su esposa Julia que se había deshonrado por sus adulterios e incluso era cómplice de una conjuración. Como demoraba la guerra debido a que la gota enervaba sus pies y los soldados, incapaces de soportar semejante situación, proclamaron Augusto a su hijo Basiano que estaba con él, ordenó que le levantaran en brazos y le llevaran al tribunal<sup>33</sup> y que se presentaran enseguida allí todos los tribunos, los centuriones, los generales y las cohortes que habían originado tal situación y que, a continuación, se pusiera en pie su hijo que había aceptado el título de Augusto. Y, habiendo dado órdenes para que castigarán a todos los autores de la elección excepto a Basiano, ante las súplicas que todos le hacían postrados ante el tribunal, dijo: «Al fin comprendéis que quien gobierna es la cabeza, no los pies.» Y, como la fortuna le había conducido desde lo más bajo hasta el imperio gracias a sus servicios militares y a su sabiduría pasando por múltiples escalones, solía repetir: «Lo fui todo, pero de nada me sirve.»

- 19 Murió en Eboraco<sup>33 bis</sup> en Bretaña, después de haber sometido a los pueblos que se mostraban hostiles con esta provincia, en el año decimoctavo de su gobierno, consumido por una enfermedad gravísima cuando era ya anciano. Dejó dos hijos, Antonino Basiano y Geta, a quien también impuso el nombre de Antonino, en honor de Marco. Fue enterrado en el sepulcro de Marco Antonino, al que honró sobre los demás emperadores hasta tal pun-

<sup>33</sup> El tribunal (*tribunal*) era una plataforma elevada que formaba uno de los extremos de una sala de juicio sobre el que se emplazaban las sillas curules de los jueces y otras personas de distinción que querían asistir a los debates; pero también recibía este nombre la plataforma elevada sobre la cual se sentaba el general para impartir justicia.

<sup>33 bis</sup> La actual York.

to que hizo figurar a Cómodo entre los dioses y consideró que el nombre de Antonino debería ser asignado a todos los emperadores que le siguieron, así como se les asignaba el de Augusto. El mismo fue incluido en el rango de los dioses por el senado a propuesta de sus hijos, que habían celebrado en su honor un suntuosísimo funeral. 4

Las principales obras públicas realizadas por él, que se conservan todavía hoy, son el Septizonio <sup>34</sup>, las termas de Severo y también las Septimianas en el distrito del otro lado del Tíber, junto a la puerta que lleva su nombre <sup>35</sup>; pero su estructura se derrumbó enseguida e impidió que el público las utilizara. 5

Todo el mundo emitió un juicio elogioso sobre él después de su muerte, sobre todo, porque durante mucho tiempo sus hijos no realizaron ninguna acción beneficiosa para el Estado y porque la nación se vio expuesta al saqueo de los depredadores cuando múltiples usurpadores intentaron ocupar el trono. 6

Severo usó vestidos tan baratos que su túnica apenas tenía retazos de púrpura y cubría sus espaldas con una tosca clámide. Comía muy poco, le gustaban mucho las legumbres de su patria, a veces le apetecía el vino y con frecuencia no probaba la carne. Era hermoso, corpulento, de promesa barba, 7 8 9

---

<sup>34</sup> Edificio de una gran magnificencia hecho de siete pisos de columnas, unas sobre otras, que soportaban cada una un entablamento distinto y una cornisa que daba la vuelta (*zona*), de donde recibía el nombre de *septi-zonium*. Hubo dos construcciones de este tipo en Roma, una anterior a Tito (cf. Suetonio, *Tit.*, 2), en la región XII, y otra en la región X, al pie del Palatino y cerca del Circo Máximo, a la que alude el texto. Tres pisos de los construidos por Severo se aprovecharon bajo el pontificado de Sixto V para erigir la columnata del Vaticano.

<sup>35</sup> Según una antigua descripción de Roma, de la época de Constantino, la *notitia regionum*, estarían estos baños en la 1.<sup>a</sup> región, en la parte más meridional de la Ciudad.

de cabeza cana y rizados cabellos, de rostro venerable y de voz clara, aunque conservó hasta la vejez su acento particular africano. Después de su muerte fue muy amado, una vez que desapareció el odio que inspiraba su poder o el miedo que suscitaba su crueldad.

20 Recuerdo haber leído en un libro de Elio Mauro, liberto de un liberto de Adriano, llamado Flegonte, que Septimio Severo cuando iba a morir se alegró sin medida alguna, porque dejaba a dos Antoninos con el mismo poder al frente de la república, como había hecho Antonino Pío, que había dejado al frente de ella a los Antoninos Vero y Marco. Pero que era mejor en su caso, porque Antonino había dado a la república romana como emperadores a hijos adoptivos, mientras que él había entregado a sus hijos legítimos: a Antonino, es decir, a Basiano, que le había nacido de su primer matrimonio, y a Geta, de su segunda esposa Julia. Pero su esperanza le resultó totalmente fallida. En efecto, un parricidio privó al Estado de uno de ellos, y del otro, su vida licenciosa. Y ninguno de los dos ostentó por mucho tiempo aquel nombre venerable. Y, al dar un repaso a los grandes personajes, Augusto Diocleciano, se me aparece con suficiente claridad que ninguno de ellos han dejado un hijo óptimo y útil al Estado. En fin, o bien fueron hombres que murieron sin hijos, o bien muchos de ellos los tuvieron de tales cualidades, que mejor hubiera sido que se hubieran ido de este mundo sin descendientes.

21 Para comenzar por Rómulo<sup>36</sup>, él no dejó ningún hijo. Ninguno dejó Numa Pompilio<sup>37</sup> que pudiera ser útil al Estado. Y ¿qué decir de Camilo?<sup>38</sup>

<sup>36</sup> Rómulo, primer rey de Roma, que reinó hasta el 717.

<sup>37</sup> El sucesor de Rómulo (717-673).

<sup>38</sup> M. Furio Camilo, Dictador, que se apoderó de Veyes en el 396. Desterrado tras el incendio de Roma por los galos en el 390, se enfren-

¿tuvo acaso hijos que se parecieran a él? ¿Y Escipión? <sup>39</sup> ¿Y los Catones, que fueron tan grandes? 2  
 ¿Y qué decir de Homero, de Demóstenes, de Virgilio, de Crispo <sup>40</sup>, de Terencio, de Plauto y de otros más? ¿qué decir de César? ¿qué de Tulio <sup>41</sup>, a quien sobre todo le hubiera resultado mejor no tener hijos? ¿Qué de Augusto, quien ni siquiera 3  
 tuvo un buen hijo adoptivo, cuando gozó de la posibilidad de elegir entre todos? Se engañó también el mismo Trajano eligiendo a un sobrino y conciudadano suyo. Pero pasemos a tratar de los hijos legítimos, para dejar a un lado los adoptivos, no nos vayan a venir al pensamiento los Antoninos Pío y Marco, deidades del Estado, ¿qué hubiera sido más 4  
 venturoso para Marco Aurelio que no haber dejado como heredero a Cómodo? ¿Y qué dicha mayor para Septimio Severo, que no haber engendrado a Basiano? Quien asesinó enseguida a su hermano, tras haberle acusado de que se proponía tramitar asechanzas contra él, alegando incluso una ficción de parricidio: aquél que se casó con su madrastra —¿qué digo madrastra?— o más bien con su propia madre, en cuyo regazo había matado a su hijo Geta; aquél que asesinó a Papiniano, asilo 8  
 del derecho y tesoro de la ciencia de la jurisprudencia, por no haber querido justificar el fratricidio que él había cometido, a Papiano, que además era prefecto para que ya no le faltara tampoco esta dignidad a un hombre como él excelente por sí mismo y por la sabiduría que poseía. En fin, para dejar a 9  
 un lado otros detalles, considero que los vicios de

tó victoriosamente a ellos y recuperó el tributo que habían pagado los romanos, por lo que se le consideró como el segundo salvador y fundador de Roma.

<sup>39</sup> Escipión Africano el Joven, quien parece que no tuvo hijos.

<sup>40</sup> C. Salustio Crispo (86-35), que escribió, entre otras obras, la Guerra de Yugurta y la Conjuración de Catilina.

<sup>41</sup> Es decir, M. Tulio Cicerón, el más famoso orador romano (106-43).



Basiano contribuyeron a que Severo, que era un hombre muy severo en todo, e incluso muy cruel, fuera considerado piadoso y digno de alcanzar los altares de los dioses. Dicen que cuando se vio pos- 10  
trado por la enfermedad, envió a su hijo mayor aquel divino discurso transmitido por Salustio, con el que Micipsa exhortaba a sus hijos a la paz <sup>42</sup>. Pero esto fue en vano y... a un hombre al que ya sólo le afectaba la enfermedad. En fin, Antonino vi- 11  
vió durante mucho tiempo siendo blanco del odio popular y, en consecuencia, aquel nombre, que había sido venerable durante largo tiempo, dejó de ser estimado, aunque repartió al pueblo vestidos por lo que recibió el nombre de Caracalla <sup>43</sup>, y construyó unas termas suntuosísimas. Se conserva aún 12  
en Roma el pórtico de Severo, que reproduce sus gestas esculpidas por orden de su hijo, según enseñan muchísimos escritores.

22 Estos fueron los presagios de su muerte: soñó que era elevado al cielo en un carro recamado de piedras preciosas, tirado por cuatro águilas y delante del cual volaba no sé qué cuerpo inmenso con la forma de una figura humana y que, mientras era transportado, contó hasta el número ochenta y nueve, por encima del cual no vivió ni un año más, pues llegó al trono imperial cuando ya era viejo. Y, 2  
habiendo sido colocado en medio de un inmenso círculo de bronce, permaneció en él durante mucho tiempo sólo y abandonado. Más cuando temía caer cabeza abajo, vio que Júpiter le llamaba y le colocaba entre los Antoninos. Una vez que duran- 3  
te la celebración de unos juegos circenses se habían emplazado, como de costumbre, tres estatuillas de yeso de la Victoria con su palma cada una, la del medio, que tenía un globo en el que estaba inscrito

<sup>42</sup> Salustio, *Iug.*, 10.

<sup>43</sup> Cf. *Caracalla*, 9,7, ss. Vestidos usados por los galos con la misma función que cumplía la túnica para los romanos.

su nombre, se cayó de su peana impulsada por el viento, pero se mantuvo erguida y así se quedó en el suelo; la que estaba grabada con el nombre de Geta se precipitó al suelo también y se hizo pedazos; pero aquélla que llevaba el nombre de Basiano, una vez perdida su palma, apenas se mantuvo erguida por el remolino del viento. Después de visitar el muro que había construido junto a una empalizada en Bretaña, cuando regresaba a la posada más próxima no sólo victorioso, sino con la paz asegurada para siempre, pensando qué presagio le sobrevendría, un soldado etíope que estaba enrolado en uno de sus destacamentos militares, de insigne fama entre los bufones y cuyos chistes eran muy conocidos, se presentó ante él ceñido con una corona de ciprés<sup>44</sup>. Al ordenar airadamente que le apartaran de su presencia, conmovido por el presagio que auguraba el color de este hombre y el de la corona que llevaba el etíope, dijo, según cuentan, para mofarse de él: «Tú lo has sido todo, tú has vencido totalmente, sé pues ya un dios victorioso.» Y, al llegar a una ciudad, cuando pretendía hacer un sacrificio, primero le condujeron al templo de Belona<sup>45</sup> por una equivocación del arúspice rural<sup>46</sup> y después le presentaron cinco víctimas de color negro. Y, cuando se retiraba a Palacio después de haber despreciado aquel presagio, las negras víctimas le siguieron casi hasta el mismo umbral de la casa Palatina porque los sacerdotes las habían dejado sueltas.

23 Existen todavía repartidas por muchas ciudades

<sup>44</sup> Era indicio de muerte.

<sup>45</sup> Diosa de la guerra.

<sup>46</sup> Los arúspices eran unos adivinos de origen etrusco que deducían sus predicciones del examen de las entrañas de la víctima del sacrificio. Su prestigio creció durante época imperial. Claudio creó una corporación con un *Haruspex Maximus* como jefe. Alejandro Severo creó una cátedra de aruspicina.

las obras públicas singulares mandó construir. Pero el hecho más notable de su política fue la reconstrucción de todos los santuarios públicos de Roma que por culpa de los años se estaban derruyendo, sin haber inscrito casi nunca su propio nombre, antes bien, habiendo mantenido en todos los lugares las inscripciones grabadas por sus fundadores. A su muerte, dejó los fondos correspondientes a la contribución de siete años, con el fin de que se pudieran distribuir merced a ellos setenta y cinco mil modios<sup>47</sup> de trigo diarios y una cantidad tan grande de aceite como fuera precisa, no sólo para el uso de la ciudad de Roma sino para las necesidades de toda Italia.

Dicen que sus últimas palabras fueron éstas: «recibí un Estado alborotado por todas las partes y lo dejé en paz incluso con la Bretaña, entregando a mis Antoninos, a pesar de mi vejez y de la gota que me acosa, un imperio sólido, si ellos actúan adecuadamente, pero muy débil, si gobiernan mal.» A continuación, ordenó que dieran al tribuno como santo y seña la palabra «trabajemos», porque Pértinax dio la palabra «luchemos» como santo y seña cuando fue llamado al trono. Había encargado después que se hicieran dos estatuas de la Fortuna real que suele acompañar a los emperadores y que suele colocarse en las estancias de éstos, con el fin de dejar a cada uno de sus hijos la imagen de una divinidad tan venerable; pero, viendo que le apremiaba la hora de la muerte, ordenó, según dicen, que colocaran dicha Fortuna alternativamente en la habitación de los dos emperadores. Basiano despreció esta orden incluso antes de cometer el fratricidio.

24 Su cuerpo fue recibido con gran veneración por todas las provincias, desde Britania hasta Roma,

<sup>47</sup> Para su capacidad, cf. Vero, 6,6.

aunque algunos autores afirman que solamente se trasladó a Roma una cajita de oro que encerraba sus cenizas y que fue ésta la que sepultaron en el sepulcro de los Antoninos, mientras que Septimio fue incinerado allí mismo donde murió.

Cuando construía el Septizonio <sup>48</sup>, lo único que 3  
pensó fue que su obra fuera la primera con la que 3  
se toparan los que venían de África. Y dicen que, si 4  
durante su ausencia no hubiera sido colocada por 4  
el prefecto de la Ciudad en el medio una estatua 1  
suya, su deseo habría sido hacer por aquella parte 1  
la entrada a las estancias de Palacio, es decir, al atrio 1  
real. Después, cuando Alejandro quiso llevar a cabo 5  
este proyecto, se dice que los arúspices le hicieron 5  
desistir de él, porque no logró obtener buenos 5  
augurios.

---

<sup>48</sup> Cf. n. 34.

## 11. PESCENIO NIGRO

(Elio Esparciano)

1 Es raro y difícil que se confíe adecuadamente a la literatura la biografía de aquéllos a los que la victoria sobre otros les convirtió en usurpadores y por ello también difícilmente se encuentran en las memorias y anales todos los datos por completo que existen sobre ellos, pues, en primer lugar, aquellos hechos que son importantes para su honra aparecen deformados por los historiadores; en segundo lugar, otros han sido suprimidos por éstos y, por último, su vida y su conducta no se investiga con mucha escrupulosidad, porque se considera que es suficiente exponer su osadía, la batalla en la que fueron derrotados y la pena que sufrieron. 2

Dicen, en efecto, que Pescenio Nigro era descendiente, según unos, de familia humilde, y, según otros, de familia noble; que su padre era Anio Fusco; su madre, Lampridia, y su abuelo, el administrador de Aquino, de donde procedía su familia. Pero este detalle aún hoy en día es dudoso. Éste, educado de forma mediocre en literatura, feroz de carácter, rico en exceso, frugal de vida e inclinado a gozar desenfrenadamente de todo tipo de placeres, tuvo durante mucho tiempo el cargo de centurión en el ejército y llegó a ocupar muchas veces el de general, hasta el punto de que, por orden de Cómodo, fue nombrado comandante de la armada de Siria, influyendo de manera decisiva en su nombramiento, como ocurría entonces con todo, la recomendación del atleta que estranguló a Cómodo. 3 4 5

2 Después de que le llegó la noticia de que Cómodo había sido asesinado, de que Juliano había sido proclamado emperador y éste mismo había recibido la muerte por orden de Severo y del senado y de que también Albino había asumido en la Galia el nombre de emperador, Pescenio fue proclamado emperador por las legiones de Siria que tenía a su cargo, según algunos más por odio a Juliano que por rivalidad contra Severo. Durante los primeros días de su gobierno, a causa del odio que se había suscitado contra Juliano, se le favoreció a éste en Roma de tal manera, al menos por parte de los senadores que odiaban también a Severo, que éstos rogaban por sus éxitos, entre las lapidaciones y maldiciones generales, y el pueblo le aclamaba diciendo: «Que los dioses nos le otorguen como emperador, que nos le otorguen como Augusto.» Sin embargo, los populares<sup>1</sup> odiaban a Juliano, porque los soldados habían dado muerte a Pértinax y le habían aclamado a él como emperador, contraviniendo la voluntad popular. Por ello, al fin hubo grandes sediciones. Para dar muerte a Nigro, Juliano había enviado a un primipilario<sup>2</sup>, una determinación realmente estúpida, pues iba dirigida contra quien ya disponía de un ejército y se podía defender a sí misma, como si cualquier emperador pudiera ser asesinado por un simple primipilario. Impulsado, igualmente, por una insensatez similar había enviado un sucesor a Severo, cuando éste ya era emperador. En fin, había enviado también al centurión

<sup>1</sup> Para el sentido de *populares*, cf. *Marco*, n. 64. Aquí parece que se trata de la chusma, de la masa popular.

<sup>2</sup> Cf. *Didio Juliano*, 6,1; *Severo*, 5,8. El primipilario (*primipilaris* o *primipilarius*) era el título que conservaba como una distinción honorífica, después de que había recibido su licencia, el oficial que había tenido el rango de *primipilus*, es decir, de primer centurión del primer manipulo de los *triarii*), cf. Suetonio, *Cal.*, 35 y 38.

Aquilio <sup>3</sup>, conocido ya por sus asesinatos de generales, creyendo que un centurión podría acabar con un emperador tan grande. Igual locura fue, según cuentan, la actuación que tuvo con Severo, pues se valió de un interdicto que le prohibía asumir el poder, para que pareciera que había accedido antes que aquél al principado legalmente.

3 El juicio que el pueblo tuvo sobre Pescenio Nigro se hizo patente en el siguiente hecho: en una ocasión en que Juliano ofrecía unos juegos circenses en Roma y los asientos del circo Máximo <sup>4</sup> se ocuparon indiscriminadamente por el pueblo que le lanzaba graves injurias, todo el mundo, de común acuerdo, reclamó la presencia de Pescenio Nigro por odio, como dijimos, a Juliano y por amor a Pértinax, aunque éste ya había sido asesinado. Y se dice que entonces Juliano aseguró que ni a él ni a Pescenio les estaba reservado un gobierno duradero, sino a Severo, a quien iban a odiar más los senadores, los soldados, los habitantes de las provincias y los populares. Esto quedó comprobado por los hechos.

Pescenio fue muy amigo de Severo durante el tiempo en que administró la provincia de Lión. En efecto, él mismo había sido enviado allí para capturar a los innumerables desertores que por aquel tiempo agitaban las Galias. Se ganó la máxima simpatía de Severo por la honorabilidad con que desempeñó esta tarea, hasta el punto de que éste, en los informes que remitía a Cómodo, hablaba de él como de un hombre imprescindible para la república. Y, realmente, se mostró enérgico en la disci-

<sup>3</sup> Cf. *Didio Juliano*, 5,7-8; *Severo*, 5,8.

<sup>4</sup> Fue el circo más importante construido por Tarquinio Prisco entre las dos colinas del Aventino y el Palatino, al sur del Capitolio, con capacidad para 150.000 personas en tiempo de César, ampliándose posteriormente para 385.000 espectadores.

plina militar. Bajo su mando, ningún soldado exi- 6  
gió por la fuerza a los habitantes de las provincias  
leña, aceite y otra ayuda similar. Por su parte, tam- 7  
poco aceptó de los soldados ningún regalo. Igual  
proceder observó cuando desempeñó el cargo de  
tribuno. Y, ya de emperador, ordenó a un destaca- 8  
mento de tropas auxiliares cargar a pedradas con-  
tra dos tribunos que habían recibido, según se const-  
tató, algunas cantidades ilícitas de manos de los 9  
proveedores. Se conserva una carta de Severo en la  
que escribe lo siguiente a Ragonio Celso, goberna-  
dor de las Galias: «Es una desgracia que no podamos 10  
imitar en la observación de la disciplina mili-  
tar a aquél al que hemos vencido en la guerra. Tus  
soldados andan de un sitio para otro, tus tribunos 11  
se pasan la mitad del día bañándose; en lugar de tri-  
clinios tienen tabernas; en lugar de dormitorios, ha-  
bitaciones de alquiler; danzan, beben, cantan y con-  
sideran que lo que da la medida de los banquetes 12  
es el beber sin medida. ¿Sucedería esto si quedara  
aún alguna veta de la disciplina de nuestros padres?  
Corrige, por tanto, primero a los tribunos; después,  
a los soldados. Éstos te obedecerán, mientras te te-  
man. Pero conviene que sepas, y ello por el testi-  
monio que nos ofrece Nigro, que no es posible que  
los soldados teman a los tribunos y sus jefes, si éstos  
no son íntegros.»

- 4 Esto era lo que decía Severo Augusto de Pesce-  
nio. De él, cuando servía aún en la milicia, Marco  
Antonino escribió a Cornelio Balbo lo que sigue:  
«Me alabas a Pescenio: lo apruebo, porque también  
tu antecesor afirmó que era valiente en el combate,  
ponderado en su modo de vivir y, ya entonces, más  
que soldado. En consecuencia, he enviado una car- 2  
ta, para que se lea ante las banderas, con la orden  
de que se ponga al frente de trescientos armenios,  
cien sármatas y mil de nuestros soldados. Tu obli- 3  
gación es mostrar que este hombre no ha llegado  
por la ambición, pues no estaba de acuerdo con



nuestras costumbres, sino por el valor al rango que mi abuelo Adriano y mi bisabuelo Trajano sólo conferían a aquéllos que habían sido puestos a prueba anteriormente.» Cómodo escribió sobre este mismo: «Sé que Pescenio es un hombre decidido y le he nombrado ya por segunda vez tribuno: le nombraré general en el momento en que Elio Cordueno haya renunciado a su cargo político, debido a sus muchos años.» Éstas eran las opiniones generales sobre él. Y hasta el propio Severo aseguró en muchas ocasiones que perdonaría a Pescenio si no se obstinaba en su propósito. Finalmente, Pescenio, al ser promovido al consulado por Cómodo, se vio antepuesto a Severo, quien se irritó más aún porque Nigro había obtenido dicha magistratura gracias a las recomendaciones de los centuriones. Severo afirma en su biografía <sup>5</sup> que en una ocasión en que estuvo enfermo, antes de que sus hijos tuvieran la suficiente edad como para poder asumir el poder, tuvo la intención de nombrar como sucesores, en caso de que le ocurriera alguna desgracia, a Pescenio Nigro y Clodio Albino, que fueron después los dos sus más encarnizados enemigos. Esto indica también cuál era la opinión que Severo tenía sobre Pescenio.

5 Si creemos a Severo, Nigro ambicionaba la gloria, vivía hipócritamente, tenía costumbres depravadas y era de edad avanzada cuando asaltó el trono (por eso le echa en cara sus ambiciones), como si el propio Severo hubiera llegado al trono siendo más joven, él, que se quita años, pues fue emperador durante dieciocho años y murió a los ochenta y nueve.

Severo envió a Heráclito para que ocupara Bitinia y a Fulvio para que se apoderara de los hijos de Nigro, ya crecidos <sup>6</sup>. No obstante, no hizo nin-

<sup>5</sup> Cf. *Severo*, 3,2.

<sup>6</sup> *Ibid.*, 4,10.

gún comentario en el senado sobre Nigro, a pesar de que había recibido noticias sobre su acceso al poder y de que se dirigía personalmente a resolver la situación crítica de Oriente. En realidad, lo único que hizo al partir fue enviar unas legiones a África para que Pescenio no la pudiera ocupar ni pudiera apremiar al pueblo romano con el hambre, pues parecía que aquél podía conseguir este propósito atravesando Siria y Egipto, provincias próximas a África, a pesar de la dificultad del itinerario por tierra y por mar. Mientras Severo se dirigió a Oriente, Pescenio mantenía realmente el control sobre Grecia, las Tracias y Macedonia, después de haber dado muerte a un gran número de ciudadanos ilustres, y exhortaba a Severo a participar con él en el gobierno del imperio. Pero fue declarado enemigo público por éste junto con Emiliano a causa de los asesinatos que había realizado. Después fue derrotado por los generales de Severo en la batalla que presentó por medio de su lugarteniente Emiliano. Y, a pesar de que le prometía un destierro seguro si se retiraba de las armas, inició la lucha por segunda vez persistiendo en su propósito, pero fue derrotado y herido en los alrededores de una laguna<sup>7</sup>, junto a Cízico, mientras intentaba huir. Y en estas condiciones fue llevado ante Severo, recibiendo inmediatamente la muerte.

- 6 Su cabeza fue enviada a Roma después de haber sido paseada clavada en una pica, sus hijos y su esposa fueron asesinados, sus bienes patrimoniales confiscados y toda su familia extinguida. Pero todos estos actos se llevaron a cabo después de que se tuvo conocimiento de la sublevación de Albino, pues anteriormente Severo sólo había desterrado a los hijos de Nigro y a su esposa. Pero Severo se en-

<sup>7</sup> En Bitinia, cerca de Nicea.

fureció por esta segunda guerra civil; más aún, la  
tercera le volvió más cruel, y fue entonces cuando, 4  
al asesinar a un número de senadores incalculable,  
unos le dieron el nombre de Sila el Africano y otros  
el de Mario <sup>8</sup>.

Fue de elevada estatura, de elegante figura, de ca- 5  
bellos con rizos graciosos en su coronilla, de voz  
cavernosa, aunque armoniosa, de tal manera que  
cuando hablaba en el campo se le podía oír a mil  
pasos de distancia, a no ser que el viento fuera con-  
tario, de rostro pudoroso y permanentemente son-  
rosado, de cuello negro hasta tal punto que, al  
decir de muchas personas, recibió por ello el nom-  
bre de Nigro, de blancura deslumbrante en las res- 6  
tantes partes del cuerpo y bastante grueso, insacia-  
ble en la bebida, parco en la comida y desconocedor  
absoluto del placer sexual, salvo para engendrar hi-  
jos. En fin, incluso tomó la determinación de cele- 7  
brar en la Galia determinados ritos sagrados que  
se reservan a las personas honestas, pero con el con-  
sentimiento del pueblo. A éste le contemplamos ac- 8  
tualmente en la columnata semicircular de los jar-  
dines de Cómodo, en una pintura de un mosaico,  
celebrando los ritos de Isis <sup>9</sup> entre los amigos ínti-  
mos de Cómodo. A ellos se entregó con tanta de- 9  
voción que se afeitaba la cabeza, llevaba en proce-  
sión la imagen de Anubis y hacía en ella todas las  
pausas rituales.

El fue, pues, excelente soldado, tribuno excep- 10  
cional, eminente general, legado severísimo, cónsul  
insigne, hombre admirado por su comportamiento  
en su casa y fuera de ella, y emperador desdichado.  
Hubiera sido muy útil al Estado bajo el gobierno

<sup>8</sup> Alusiones a las proscripciones de Sila y Mario. Recibía el apelativo de Africano (*Punicus*) por haber nacido en Africa.

<sup>9</sup> Cf. *Cómodo*, 9,3 y ss.

de Severo, hombre de rígido carácter, si hubiera aceptado mantenerse unido a él.

- 7 Pero Nigro fue engañado por los funestos consejos de Aureliano, quien le hizo persistir en sus pretensiones al trono, desposando a sus hijas con los hijos de aquél.

Fue tan grande su autoridad que, al ver que las 2 provincias se arruinaban por la facilidad con que se cambiaba el aparato administrativo, escribió primero a Marco Aurelio y después a Cómodo recomendándoles como primera medida que no cambiaran a ningún gobernador, legado o procónsul antes de que transcurrieran cinco años, pues en ese caso se verían obligados a dejar el cargo antes de haber aprendido a desempeñarlo. Después, para que 3 no accedieran a gobernar el Estado hombres «nuevos», exceptuando los cargos administrativos del ejército, dispuso que los que habían sido asesores <sup>10</sup> fueran luego gobernadores en aquellas provincias en las que habían desempeñado aquella función. 4 Posteriormente, Severo y muchos otros emperadores mantuvieron estas disposiciones, como lo prueban las prefecturas de Paulo y de Ulpiano, que formaron parte del consejo de Papiniano e inmediatamente después de haber ejercido el uno la secretaría de las memorias y el otro la de los informes <sup>11</sup>

<sup>10</sup> Se debe el nombre de asesores (*assessores*) a las personas que aconsejaban y ayudaban a un magistrado en sus funciones, formando parte de su séquito. También los gobernadores de provincia llevaban en sus séquitos un *consilium* de asesores que no podían ser naturales de las provincias donde ejercían el cargo y que recibían el nombre de *comites* o *contubernales*. En el Bajo Imperio los rectores y *praesides* debían requerir sus consejos en asuntos judiciales.

<sup>11</sup> Se trata de dos funcionarios, el *a libellis* y el *ab epistulis*, que ejercían la administración de los oficios (*scrinia*) imperiales, creados por Claudio. Adriano los eligió luego entre el orden ecuestre. Los otros dos fueron el *a rationibus* de «cuestiones financieras» y el *a cognitionibus* de «denuncias y litigios». Caracalla creó el quinto, *a memoria*, que entendía de distintos problemas políticos, cf. 22,8.

fueron nombrados enseguida prefectos. Cursó tam- 5  
 bién la disposición de que nadie desempeñara la  
 función de asesor en su propia provincia y que na-  
 die que no fuera romano de Roma, es decir, oriun- 6  
 do de la misma Ciudad, pudiera desempeñar un  
 cargo administrativo en Roma. Asignó además  
 sueldos a los jueces asesores para que no resultaran  
 gravosos a las personas que aconsejaban, pues de-  
 cía que el juez no debía ni dar ni recibir nada. Mos- 7  
 tró una severidad tan grande con sus soldados que  
 un día que le pidieron vino las tropas que prote-  
 gían la frontera de Egipto, respondió: «¿Tenéis el  
 Nilo y me pedís vino?» En efecto, la dulzura del  
 agua de este río es tan grande que los que habitan 8  
 sus riberas no sienten deseos de beber vino. Y a los  
 soldados que habían derrotado a los sarracenos, que  
 alborotaban y decían: «No podemos luchar, pues  
 no tenemos vino», les dijo: «Avergonzaos, pues los  
 que os han vencido beben agua.» Y a los palestinos 9  
 que le pedían que aliviara sus impuestos, pues se  
 los habían sobrecargado, les respondió: «Vosotros  
 queréis ver disminuido el impuesto sobre vuestras  
 tierras; yo, en cambio, desearía que pagarais inclu-  
 so por el aire que respiráis.»

8 Finalmente, la pitonisa del Apolo de Delfos<sup>12</sup>,  
 en un momento de gravísima turbación del Estado,  
 cuando corrían rumores de que había ya tres em-  
 peradores, Septimio Severo, Pescenio Nigro y Clo-  
 dio Albino, a las consultas que le hicieron pregun-  
 tándole quién de los tres convenía más a la repú-

<sup>12</sup> Delfos, ciudad de la Fócida, al Sureste del monte Parnaso. La parte superior de la ciudad estaba consagrada a Apolo, cuyo templo, universalmente famoso, fue construido por el corintio Espintoro a costa de todos los griegos. Su oráculo era consultado por todo el mundo pagano. Se hizo célebre su pitonisa, la sacerdotisa que lanzaba sus vaticinios entre los vapores que salían de la boca de un antro que había en el templo.

blica contestó, según dicen, con un verso griego de este tenor:

«Extraordinario es el Negro, bueno el Africano, pésimo el Blanco.»

De acuerdo con el verso, se interpretó que el vaticinio llamaba Negro a Nigro, Africano a Severo y Blanco a Albino. Y hubo quienes, movidos por otra extraña curiosidad, preguntaban quién sería el que alcanzaría el imperio. A estas preguntas el oráculo respondió con otro verso como el que sigue:

«Se derramará la sangre de un animal blanco  
[y negro  
y regirá el imperio del orbe un descendiente  
[cartaginés.»

Igualmente, cuando preguntaron quién sería el que sucedería a éste, dicen que respondió también con un verso griego:

«A quien concedan los dioses ostentar el  
[nombre de Pío»

verso que no se comprendió hasta que Basiano tomó el nombre de Antonino<sup>13</sup>, que fue la verdadera marca de identidad de Pío. Igualmente, cuando se preguntó durante cuánto tiempo iba a ser emperador, dicen que respondió en griego:

«Se embarcará dos veces en el mar de Italia  
[con cien naves<sup>14</sup>  
siempre que una sola nave logre atravesar el  
[mar»,

de donde se dedujo que Severo iba a estar en el poder durante veinte años.

9 Éstas son, ¡oh, Diocleciano, el más eximio de los

<sup>13</sup> Cf. *Severo*, 10,3.

<sup>14</sup> Adaptación del verso I,386 de la Eneida.

Augustos!, las cosas que hemos llegado a saber sobre Pescenio, merced a la lectura de muchos libros. En efecto, como dijimos al comienzo de este volumen, no es fácil que haya alguien que se dedique a escribir las biografías de aquéllos que no fueron príncipes de la república, o no fueron proclamados emperadores por el senado, o no pudieron llegar a la cima de la fama por haber recibido muy pronto la muerte. Ésta es la razón por la que Vindex <sup>15</sup> permanece ignorado, Pisón <sup>16</sup> es desconocido y son desconocidos también todos aquéllos que solamente lograron ser adoptados, o fueron aclamados emperadores por los soldados, como Antonio <sup>17</sup> en época de Domiciano, o fueron rápidamente asesinados perdiendo su vida y la posesión ilícita del trono. Réstame ahora hablar sobre Clodio Albino, al que se le considera casi como un aliado de Pescenio, pues se rebelaron a un mismo tiempo contra Severo y fueron derrotados y muertos por este mismo emperador. Sobre él tampoco existen datos suficientemente claros, porque su suerte corrió pareja a la de Pescenio, aunque su vida difiere bastante de la de aquél.

Y para que no dé la impresión de que he pasado por alto algunos detalles que atañen a Pescenio, aunque éstos se pueden leer en otros libros, diré que los adivinos predijeron a Septimio Severo que Pescenio no caería ni vivo ni muerto en sus manos,

<sup>15</sup> C. Julio Vindex, gobernador de la Galia Lugdunense que persuadió a secuanos, eduos y arvernos para rebelarse contra Nerón. Las legiones germanas, incitadas por la posibilidad de saquear las ciudades rebeldes, lucharon contra él, que al fin se suicidó, cf. Suetonio, *Nero*, 60.

<sup>16</sup> C. Calpurnio Pisón, cabecilla de una conspiración contra Nerón en el año 65, cf. Tácito, *Ann.*, XV, 48-52.

<sup>17</sup> L. Antonio Saturnino, gobernador de la Germania superior que consiguió que en el año 88 le nombraran emperador dos legiones de Manguncia; pero Lucio Norbano, el gobernador de la Germania inferior, acabó con sus pretensiones.

sino que perecería junto a las aguas, predicción que algunos autores atribuyen al mismo Severo, que era muy perito en el arte adivinatorio. Y la verdad no faltó a las respuestas de los adivinos, puesto que los soldados de Severo encontraron a Pescenio moribundo junto a la laguna <sup>18</sup>.

- 10 Éste fue de una severidad tan grande que, cuando vio que algunos soldados bebían en una copa de plata durante las marchas, dio la orden de que alejaran todos los utensilios de plata del alcance de los expedicionarios, con una cláusula adicional que permitía la utilización de vasos de madera, disposición que suscitó realmente el odio del ejército contra él. Argumentaba, en efecto, que podía darse el caso de que los bagajes de los soldados cayeran en poder de los enemigos y que no se debía permitir que las naciones extranjeras se pudieran vanagloriar de utilizar nuestros vasos de plata, siendo los de madera, al parecer, menos a propósito para inflamar la jactancia de los enemigos. Ordenó que los soldados no bebieran vino en campaña, sino que todos se contentaran con vinagre. Prohibió también que los confiteros siguieran tras las expediciones, ordenando que los soldados y todos los demás se contentaran con la galleta <sup>19</sup>. Mandó cortar la cabeza a diez soldados de una misma compañía por haberse comido un pollo que había robado uno de ellos, y hubiera hecho ejecutar la orden, si no le hubiera rogado todo el ejército hasta el punto casi de infundirle miedo de que se originara una sedición. Y, a pesar de que perdonó la acción, condenó a los diez soldados a pagar al provinciano diez veces el valor que tenían los pollos, añadiendo que durante toda la expedición nadie encendiera fuego en las

<sup>18</sup> Cf. 5,8:

<sup>19</sup> El *buccellatum*, galleta dura que se distribuía en las raciones que se repartían para las marchas.



acampadas que hacían los manípulos, para que los soldados no pudieran comer ningún alimento recién cocido, sino sólo pan y viandas frías, asignándoles vigilantes que les hicieron cumplir estas órdenes. Ordenó igualmente que los soldados que iban a ir a la guerra no llevaran monedas de oro ni de plata en el cinto, sino que las confiaran a una caja pública, para recuperarlas después de la guerra, asegurándoles que los depositarios a quienes se las habían confiado se las devolverían con toda seguridad a sus hijos y esposas, como legítimos herederos, para que no llegara a manos de los enemigos ningún botín, si por azar la fortuna les era adversa. Pero todas estas disposiciones, a causa de la disolución general que reinaba en tiempo de Cómodo, le fueron desfavorables. En fin, aunque en su tiempo no se consideró a ningún general más severo que a él, esta severidad fue causa de su ruina más que <de su gloria><sup>19 bis</sup>; sin embargo, después de muerto, una vez que desaparecieron la envidia y el odio, se admiraron aquellos ejemplos.

11 En todas las expediciones que hacían, comía el rancho del ejército delante de su tienda a la vista de todos. Y nunca buscó lugares cubiertos para guarecerse del sol o de la lluvia si los soldados tampoco disponían de ellos. En fin, tras haber mostrado la lista de los vagajes a los soldados, consideró que él y sus esclavos debían llevar en tiempo de guerra la misma cantidad que se llevaba por aquellos, aunque a sus esclavos los cargaba también con las provisiones, para que no hicieran ellos las marchas despreocupados y los soldados cargados, lo que podría ser visto por el ejército con desagrado. Juró también en el curso de una asamblea que, durante todo el tiempo que había permanecido en campaña y el que aún permanecería después, ni ha-

<sup>19 bis</sup> Recojo en la traducción la idea que se sugiere con la conjetura de Peter: <gloriam attulerunt>.

bía actuado ni actuaría de distinta manera que un soldado, pues tenía ante sus ojos a Mario y otros generales similares. Y no trabó jamás otras conversaciones que no versaran sobre Aníbal<sup>20</sup> y generales como él. Finalmente, un día que un individuo quiso recitar un panegírico en su honor, cuando ya era emperador, le dijo: «Escribe las glorias de Mario, de Aníbal o de cualquier otro general extraordinario que haya muerto y di cuáles fueron sus gestas, para que nosotros le imitemos. Porque es una mofa cantar la gloria de los vivos, sobre todo la de los emperadores de quienes se espera conseguir algo, a quienes se teme, quienes pueden promocionar a diversos cargos públicos, dar la muerte o enviar al destierro.» Su deseo, en cambio, era agradar en vida y que se le elogiara una vez muerto.

- 12 Entre los emperadores, estimó a Augusto, a Vespasiano, a Tito, a Trajano, a Pío y a Marco; a los otros los llamaba hombres de paja o seres venenosos. Y entre los otros personajes celebrados en las historias prefirió a Mario<sup>21</sup>, Camilo<sup>22</sup>, Quintio<sup>23</sup> y Marcio Coriolano<sup>24</sup>. Pero cuando le pidieron su opinión sobre los Escipiones, dicen que respondió que habían sido más dichosos que fuertes, y que esto lo demostraban tanto su vida de familia como su juventud, pues ésta no había sido brillante en los dos casos durante el tiempo que vivieron en la patria. Todos tienen la seguridad de que, si hubiera

<sup>20</sup> Aníbal, famoso general cartaginés (247-138) que participó activamente en la segunda guerra púnica.

<sup>21</sup> Sobre Mario, cf. *Avidio Casio*, 3,8, n. 12.

<sup>22</sup> M. Furio Camilo, cf. *Severo*, n. 38.

<sup>23</sup> Quintio Cincinato, dictador en el año 458 a. de C., en el que venció a los ecuos que se habían sublevado, y en el 439, para calmar los disturbios que originó el asesinato de Espurio Malio.

<sup>24</sup> Cn. Marcio Coriolano, que destacó en la toma de la ciudad de Corioles, por lo que adquirió este nombre. Intentó eliminar el tribuno de la plebe y fue desterrado. Desde el destierro se dirigió contra Roma, pero rompió el cerco de la Ciudad a instancias de su madre Veturia.

alcanzado el imperio, habría corregido todos los excesos que Severo no pudo o no quiso corregir y que habría actuado no con crueldad, sino, más bien, con benignidad, pero con una benignidad al estilo militar, no indolente, necia o ridícula.

Aún se puede visitar hoy en Roma, en el campo de Júpiter<sup>25</sup>, su casa, que se conoce con el nombre de Pesceniana, en la cual se emplazó un año después de su vuelta de Tebas, en un salón con tres estancias, una estatua suya esculpida en marfil tebanos, que él había recibido del rey de Tebas y que reproducía sus facciones. Se conserva también un epigrama griego que en latín encierra esta idea:

«Yérguese aquí la estatua del corpulento Nigro, terror del soldado egipcio, aliado de Tebas y que desea la edad de oro. Le aman los reyes, le aman los pueblos, le ama la dorada Roma y es querido de los Antoninos y del imperio. Tiene el nombre de Nigro, negra hemos esculpido su estatua, para que, oh metal, el aspecto de su figura coincida con el tuyo.»

Ciertamente, Severo no quiso que se borrarán los versos de esta inscripción, a pesar de que así se lo propusieron los prefectos y los maestros de oficios, a los que les añadió: «Si él fue así, que todos sepan qué clase de hombre es el que hemos vencido; si no lo fue, que todos piensen que nosotros hemos vencido a un hombre semejante: por tanto, que se mantenga así la inscripción, pues éstas fueron sus características.»

<sup>25</sup> Lugar desconocido actualmente.

## 12. CLODIO ALBINO

(Julio Capitolino)

1 Después de la muerte de Pértinax, que fue asesinado por instigación de Albino, casi a un mismo tiempo simultáneamente fueron proclamados emperadores Juliano en Roma por el senado, Septimio Severo por el ejército en Siria, Pescenio Nigro en Oriente y Clodio Albino en la Galia. Por cierto, Herodiano dice que Albino fue el César de Severo <sup>2</sup> <sup>1</sup>. Pero, como cada uno de ellos consideraba indigno que reinara el otro y los ejércitos de la Galia y de la Germania tampoco podían tolerar que cada cual tuviera su propio emperador, surgió una agitación general por todas las partes del imperio.

Clodio Albino fue de familia noble y natural de la ciudad de Hadrumeto, de África. Por esto se atribuía a sí mismo aquel oráculo por el que dijimos en la vida de Pescenio que Severo había sido alabado, no queriendo que se interpretara como «el más malvado es el Blanco (*Albus*)», aquella frase <sup>3</sup> <sup>4</sup>

---

<sup>1</sup> Herodiano, historiador griego que describió en ocho libros el período que media desde la muerte de Marco Aurelio hasta la elevación de Gordiano. Para más detalle, cf. la introducción de Juan J. Torres Esbarranch, Herodiano, *Historia del imperio romano después de Marco Aurelio*, Madrid, 1985. El pasaje paralelo es II,15,3, donde dice: «Con el señuelo de los honores sedujo a Albino, que por otra parte era un hombre vanidoso y muy simple... Lo nombró César y con esta participación en el poder se anticipó a la aspiración que más ilusionaba a Albino.»

que figuraba en el mismo verso en el que se contenía el elogio de Severo y la alabanza de Pescenio Nigro. Pero, antes de que yo disertase sobre su vida y sobre su muerte, será preciso decir qué es lo que le hizo ilustre. 5

- 2 En una ocasión en que Cómodo quería nombrar un candidato para que sucediera a Albino, le remitió a este mismo una carta en la que le ordenaba que asumiera la dignidad de César. He insertado aquí un extracto: «El emperador Cómodo a Clodio Albino. En otra ocasión te envié una carta oficial para hablarte de tu sucesor y de tu nuevo cargo; pero ahora te envío ésta de carácter familiar e íntima, como ves, escrita toda ella de mi puño y letra, por la que te he concedido autorización para que, si fuera preciso, te presentes a los soldados y asumas el título de César, pues tengo entendido que Septimio Severo y Nonio Murco hablan mal de mí ante los soldados, para procurarse la dignidad del puesto de Augustos. Cuando hayas hecho esto, tendrás además libre facultad para otorgar una paga de hasta tres monedas de oro, porque he enviado también yo a mis administradores una carta en este sentido, sellada con una estampilla de la Amazona<sup>2</sup>, que tu recibirás personalmente y que entregarás a los recaudadores, si es necesario, para que te obedezcan cuando des alguna orden relativa al erario. Y para que tú ostentes además algún símbolo de la majestad imperial, dispondrás de la inmediata facultad de utilizar el manto de escarlata<sup>3</sup>, tanto cuando te halles lejos de mí como en mi presencia, para después vestir también la púrpura, pero sin 5

<sup>2</sup> Según *Cómodo*, 9,9, este emperador tenía un retrato de Marcia, ataviada de Amazona.

<sup>3</sup> Se trata del *paludamentum*, que se usaba en la época republicana por los generales, cf. *Marco*, 14,1, n. 48.

oro <sup>4</sup>, porque también mi abuelo Vero, que murió cuando era un niño, recibió esta distinción de Adriano que le adoptó».

3 Aunque Albino recibió esta carta, no quiso hacer lo que se le ordenaba en ella, pues veía que Cómodo estaba a punto de ser asesinado, porque con sus desmanes había destruido la república y se había cubierto de ignominia y porque temía que iba a recibir la misma suerte que aquél. En fin, se conserva un discurso suyo en el que hace mención a esta negativa, pronunciado cuando recibió el poder imperial que, según algunos, le fue confirmado también por la decisión de Severo. Éste es un extracto de él: «Compañeros de armas, yo he sido inducido a asumir el imperio en contra de mi voluntad. Lo prueba el hecho de que yo desprecié el título de César que Cómodo me otorgaba; pero debo someterme a vuestra voluntad y a la de Severo Augusto, porque creo que sólo un hombre eximio y un varón valiente puede gobernar bien la república. Y no se puede negar lo que cuenta también Mario Máximo: que Severo tuvo al principio la intención de dejar como sucesores suyos a Pescenio Nigro y a Clodio Albino, si le ocurría alguna desgracia. Pero después, deseando apoyar a sus hijos ya mayores y sintiéndose celoso por el amor que suscitaba Albino, cambió de opinión y les aniquiló a ambos en una guerra, impulsado ante todo por los ruegos de su esposa. En fin, Severo le designó también cónsul, lo que no hubiera hecho si no se hubiera tratado de un hombre excepcional, dado que era una persona escrupulosa en la elección de los magistrados.

4 Pero, para volver a hablar de él, Albino fue,

<sup>4</sup> Era la toga triunfal de púrpura, bordada en oro, que los emperadores utilizaban en actos de especial relieve.

como he dicho, oriundo de Hadrumeto, pero de una familia distinguida entre sus paisanos y emparentada remotamente con las familias romanas de los Postumios, Albinos y Ceyonios<sup>5</sup>. Esta familia sigue siendo también hoy, Constantino Máximo, nobilísima y ha sido enaltecida por ti y aún será enaltecida más, aunque ella ya adquirió gran prestigio gracias a Galieno y a los Gordianos. No obstante, éste nació en una casa modesta, con una herencia muy escasa. Su padre, Ceyonio Póstumo, y su madre, Aurelia Mesalina, eran personas piadosas y él fue su hijo primogénito. Recibió el nombre de Albino porque, cuando le extrajeron del útero, en contra de lo que suele ocurrir con los niños, que normalmente adquieren un color rojizo cuando nacen, él era blanquísimo. La veracidad de este hecho queda constatada por una carta que su padre entregó a Elio Basiano, que entonces era procónsul de África, pariente, según parece, de sus padres. Carta de Ceyonio Póstumo a Elio Basiano: «Mi hijo ha nacido el día siete antes de las calendas de diciembre y todo su cuerpo ha adquirido inmediatamente una blancura tal que supera a la del lienzo en el que ha sido envuelto. Por ello, tras aceptarle como hijo legítimo, le he confiado a la familia de los Albinos, que tu compartes conmigo, y le he impuesto el nombre de Albino. Te ruego que sigas velando celosamente, como lo haces, por el Estado, por ti mismo y por nosotros.»

5 Pues bien, Albino pasó toda su infancia en África, habiendo sido mediocrementemente instruido en

<sup>5</sup> Según Magie (*The scriptores*, I, p. 466, n. 2), la formación de estos nombres la utilizaría el autor como un medio para asociar a los Ceyonios Albinos, una famosa familia del siglo IV, con los Postumios Albinos, famosos en el siglo II a. de C. Este deseo de buscar orígenes nobles para los Ceyonios Albinos se ha utilizado como argumento de que parte de la *Historia Augusta* no se escribió antes del final del siglo IV.

las letras griegas y latinas, porque ya desde entonces poseía un espíritu altanero y belicoso. Efectivamente, se dice que solía cantar a menudo en la escuela con los demás niños estos versos: 2

«Empuño, como un loco, las armas; y no hay  
[suficiente razón para ello]»

repitiendo:

«Empuño, como un loco, las armas...»<sup>6</sup>.

Dicen que cuando nació corrieron un buen número de presagios que le anunciaban el imperio. En efecto, nació un toro blanco con cuernos de color púrpura intensísimo, lo que se consideró como un milagro tanto por los cuernos como por el color. Y dicen también que dichos cuernos, que habían sido depositados por él mismo en el templo de Apolo de Cumas siendo tribuno, permanecieron allí mucho tiempo y que, cuando intentó sacar de este templo las suertes sobre su destino, se le respondió por el oráculo con estos versos: 3 4

«Éste salvó al Estado romano cuando le per-  
[turbaba un gran tumulto,  
cual jinete, destruirá a los cartagineses y al in-  
[domable Galo]»<sup>7</sup>.

Y, realmente, consta que él subyugó a muchos pueblos en la Galia<sup>8</sup>. Sin embargo, personalmente tenía la sospecha de que se le había atribuido a él la expresión «destruirá a los cartagineses» que se refería a Septimio Severo, puesto que era africano. Hubo también otro presagio que le auguró el imperio. En efecto, cuando nació este pequeñuelo, un pescador le llevó a su padre como regalo una tortuga gigantesca, siendo así que la familia de César tenía la costumbre especial de lavar a los niños de la casa en una concha de tortuga. El padre de Al- 5 6 7

<sup>6</sup> Virgilio, *Eneida*, II,314.

<sup>7</sup> *Ibid.*, 6, 857-858.

<sup>8</sup> Cf. 6,3.



bino, que era una persona instruida, considerando ese hecho como un presagio, aceptó con gusto la tortuga y ordenó que cuidaran de ella y que la utilizaran para los baños calientes del niño, esperando que ello provocaría su futuro prestigio. A pesar de que raramente se ven águilas por el lugar donde nació Albino, el séptimo día de su nacimiento, a la hora del convite que se ofrecía para festejar el nacimiento del niño y en el momento en que se le imponían los distintos nombres, siete águilas pequeñas fueron arrancadas de sus nidos y colocadas, como si se tratara de un juego, en torno a la cuna del niño. Tampoco su padre despreció el presagio, sino que ordenó que las alimentaran y cuidaran con atención. Sobrevino otro presagio más: aunque era costumbre envolver a los niños de su familia en pequeñas vendas de color rojo, a éste le cubrieron con una venda ancha de color púrpura porque, casualmente, estaban aún húmedas las vendas pequeñas que había lavado y preparado su madre antes de dar a luz. Por ello su nodriza en plan jocoso, le dio también el nombre de Porfirio <sup>8 bis</sup>. Éstos y otros más fueron los signos de su futura soberanía. Quien quiera conocerlos que lea a Elio Cordo <sup>9</sup>, que narra todas las frivolidades que se cuentan sobre presagios como éstos.

6 Tan pronto como llegó a la adolescencia, se consagró al ejército y sus parientes Lolio Sereno, Bebio Meciano y Ceyonio Postumiano le dieron a conocer a los Antoninos. Mandó como tribuno jinetes dálmatas. Mandó también a los soldados de la cuarta y de la primera legión. Mantuvo con fide-

<sup>8 bis</sup> *Porphyrius* «Porfirio» y *purpura* están relacionados, pues ambos términos devienen del griego πόρφυρη.

<sup>9</sup> Elio Junio Cordo, historiador citado por distintos autores de la Historia Augusta, cf. *Maximinos*, 4,1; 6,8; *Gordiano*, 4,6; 5,6; *Maximo y Balbino*, 4,2.

dad los ejércitos de Bitinia durante la rebelión de Avidio. Posteriormente, Cómodo le trasladó a la Galia, donde hizo célebre su nombre no sólo entre los romanos, sino también entre los bárbaros, porque puso en fuga a los pueblos que habitaban mas allá del Rin. Animado por estas hazañas, Cómodo le ofreció el título de César y le permitió ofrecer un donativo a los soldados y vestir el manto de escaurlata <sup>10</sup>. Pero Albino rechazó prudentemente todos estos honores, diciendo que Cómodo buscaba algunas personas que perecieran con él o algunas a las que él mismo pudiera enviar a la muerte bajo algún pretexto. Se le eximió de la cuestura. Tras dicha exención, ejerció las funciones de edil solamente durante diez días, porque rápidamente le enviaron al ejército. Después ejerció la pretura bajo el gobierno de Cómodo, alcanzando gran fama. En efecto, durante sus juegos, dicen que Cómodo hizo representar combates en el foro y en el teatro. Severo le nombró cónsul en aquella época en que se había decidido a elegirle a él y a Pescenio para que le sucedieran en el poder.

7 Accedió al imperio cuando ya era de edad muy avanzada y más viejo que Pescenio Nigro, como el propio Severo cuenta en su biografía <sup>11</sup>. Pero, una vez derrotado Pescenio, como Severo quería retener el imperio para sus hijos y veía que el senado sentía un gran amor hacia Clodio Albino, porque pertenecía a una antigua familia, le envió unos emisarios con una carta, redactada con extraordinario amor y afecto, en la que le exhortaba a compartir fielmente con él el gobierno de la república, ya que Pescenio Nigro había muerto. He aquí un fragmento de ella, según Cordo: «El emperador Severo Au- 3

<sup>10</sup> El *pallium coccinum*, igual que en II,5 es decir, el *paludamentum*, Cf. n. 3.

<sup>11</sup> Cf. Severo, 3,2.

gusto a César Clodio Albino, su hermano queridísimo y profundamente añorado, salud. Después de haber vencido a Pescenio, he enviado a Roma una carta que el senado, que te ama sobremanera, ha recibido con complacencia. Te ruego que gobiernes la república con la misma pasión con la que eres amado, hermano mío, en el espíritu y en el poder. Basiano y Geta te saludan. Nuestra Julia te saluda a ti y a tu hermana. Enviaremos a tu hijito, Pescenio Princo, unos presentes que están de acuerdo con su posición y con la tuya propia. Desearía que mantuvieras al ejército fiel a la república y a mí, tú que sintonizas conmigo y eres mi queridísimo y amantísimo amigo.»

8 Severo entregó esta carta a unos guardias de su escolta, que le guardaban profunda fidelidad, encargándoles que se la entregaran a Albino a la vista de todos, pero que le dijeran que después querían comunicarle en privado muchos detalles sobre las operaciones bélicas, los secretos de los campamentos y la lealtad del personal de palacio; y que cuando se encontrasen a solas con él, bajo el pretexto de que iban a exponerle su misión, los cinco más fuertes de entre ellos lo mataran con las dagas que escondían bajo sus vestidos. Los emisarios cumplieron a la perfección su palabra. En efecto, cuando se presentaron a Albino y le entregaron la carta, éste la leyó; pero, cuando le dijeron que tenían que comentarle ciertas cosas a solas y le pidieron para ello un lugar al que no pudiera acceder ningún testigo y no consintieron de ninguna manera que nadie pudiera acompañar a Albino a aquel pórtico tan distante, bajo el pretexto de que el mensaje no debía divulgarse, Albino comprendió sus asenchazas. Finalmente, cediendo a sus sospechas, hizo que les aplicaran la tortura. Al principio, ellos se negaron obstinadamente, pero después, vencidos por la necesidad, confesaron aquello que Severo les había ordenado.

Entonces, una vez que se revelaron los hechos y se descubrió la conjura, cuando Albino se dio cuenta de que se habían esclarecido sus sospechas, reunió un gran ejército y marchó contra Severo y sus generales. 4

9 Por cierto, en el primer combate que trabó con los generales de Severo, salió con ventaja; sin embargo, después de que el propio Severo hizo todo lo posible ante el senado para que Albino fuera declarado enemigo, marchando contra él se le enfrentó en la Galia con gran fuerza y coraje, aunque con distinta suerte. Finamente, cuando consultó a los 2  
augures, pues se encontraba intranquilo, éstos le respondieron, según cuenta Mario Máximo, que Albino caería con toda seguridad en su poder, pero ni vivo ni muerto. Y así ocurrió. En efecto, cuando 3  
se enfrentaron en el último combate, después de que un incontable número de los suyos cayeron muertos y de que muchísimos se dieron a la fuga y otros muchos se entregaron a sus enemigos, Albino se escapó y se atravesó con la espada, como dicen muchos, o, como afirman otros, después de haber sido herido por un esclavo suyo, fue conducido moribundo ante Severo<sup>12</sup> —por lo que se corrobora aquel augurio que se le había predicho anteriormente—. Hay además muchos que dicen 4  
que fue asesinado por sus soldados que trataban de conseguir el perdón de Severo a cambio de la muerte de aquél.

Albino, según algunos, tuvo sólo un hijo; pero 5  
Mario Máximo dice que tuvo dos. A éstos, Severo primero les concedió el perdón, pero después los atravesó con la espada juntamente con su madre, y ordenó que se les arrojara a un río. Mandó pasear 6  
en la punta de una lanza la cabeza de Albino y lue-

<sup>12</sup> *Ibid.*, 11,6.

go la envió a Roma, después de haber remitido una carta al senado en la que se burlaba de los senadores porque habían amado a Albino hasta tal extremo que habían colmado de honores a sus parientes y en especial a su hermano. Dicen que el cuerpo de Albino permaneció durante muchos días tirado en el suelo delante de la tienda de Severo hasta que comenzó a despedir mal olor, y que allí los perros desgarraron sus carnes, hasta que, al fin, le arrojaron al río. 7

10 Hay varias versiones sobre sus costumbres. El propio Severo dice lo siguiente de él: le llama vil, malicioso, perverso, desvergonzado, ambicioso y lujurioso<sup>13</sup>. Pero le imputó estos defectos durante la guerra que mantuvo con él, o después de ella, cuando ya no se le podía creer, pues hablaba de él como de un enemigo, puesto que anteriormente también él le dirigió frecuentes cartas personales como a un amigo muy íntimo, muchos tuvieron buena opinión sobre Albino y hasta el propio Severo deseó que le nombraran su César y, cuando pensaba en un sucesor, a él fue a quien tuvo primero ante sus ojos. Además se conservan otras cartas de Marco Aurelio que ofrecen un testimonio no sólo de sus virtudes, sino también de su carácter. Incluir aquí una de ellas remitidas a sus prefectos, informándoles sobre su fama, no fue desatinado: «Marco Aurelio Antonino a sus prefectos, salud. Yo he dado a Albino, de la familia de los Ceyonios y yerno de Plautilo, natural de África, por cierto, aunque con escasos rasgos de los africanos, la comandancia de dos cohortes de tropas auxiliares<sup>14</sup>. Es un hombre experimentado, austero de vida y pon-

<sup>13</sup> *Ibid.*, 3,2.

<sup>14</sup> Se trata de las llamadas cohortes *alariæ*, cuerpos de tropas aliadas o extranjeras que se organizaban en cohortes porque no llegaban a constituir una legión.

derado de carácter. Pienso que él ha de ser útil al ejército y que no le perjudicará con ninguna sorpresa. He decretado que se le dé doble salario, un atuendo militar sencillo, pero adecuado a su rango, y un cuádruple estipendio. Exhortadle a que se dé a conocer a la república, pues recibirá el premio merecido.»

Existe también otra carta en la que el mismo Marco escribió sobre él por la época en que Avidio Casio se rebeló, de la que ésta es una copia: «Es preciso elogiar la firmeza de Albino que retuvo a los ejércitos que cometían una grave traición, cuando intentaban pasarse a las filas de Avidio Casio. Si no hubiera estado él, todos lo hubieran hecho. Contamos, por tanto, con un hombre que merece el consulado, a quien yo voy a otorgar este cargo en sustitución de Casio Papirio, que me dicen que está ya casi acabado. Entre tanto deseo que no hagas público mi propósito, para que no llegue a oídos del mismo Papirio o de sus amigos y para que no dé la impresión de que nombramos a un cónsul para que ocupe el lugar de otro cónsul aún vivo.»

11 Así, pues, esta carta prueba que Albino fue un hombre leal; pero su lealtad la corrobora, sobre todo, el hecho de que envió dinero para reconstruir las ciudades que Pescenio Nigro había destruido, con lo cual lograba más fácilmente el apoyo de los que las habitaban; Cordo, que narra en sus libros estos pormenores, dice que fue un glotón y que llegó a devorar una cantidad tan grande de frutas como no tolera la naturaleza humana. En efecto, dice que comió en ayunas quinientos higos-pasas, a los que los griegos llaman *callistruthias*<sup>15</sup> y cien melocotones de Campania, diez melones de Ostia,

<sup>15</sup> Higos muy apetecibles para los gorriones (στρουθοί), de donde reciben el nombre.

veinte libras de uvas de Labico <sup>16</sup>, cien papafigos <sup>17</sup> y cuatrocientas ostras. Este mismo autor dice que bebía poco vino, extremo negado por Severo, que asegura que aquél se emborrachaba incluso en tiempo de guerra. Nunca mantuvo buenas relaciones con los suyos, o por su embriaguez, como dice Severo, o por la acritud de su carácter. Fue muy odioso para su esposa, injusto con sus siervos y cruel con los soldados. Efectivamente, con frecuencia mandó colgar de la cruz también a centuriones regulares <sup>18</sup>, aun cuando el motivo que se aducía no exigiera tal castigo. En muchísimas ocasiones los azotó con vergas y jamás perdonó delito alguno. Fue elegantísimo en el vestir, de proverbial mequindad en los banquetes, preocupándose solamente de la cantidad, mujeriego y uno de los amantes famosos; no conoció nunca los placeres del amor invertido, ni persigió tales vicios y fue muy versado en la agricultura hasta el punto que escribió unas Geórgicas. Algunos autores dicen que se conservan unos cuentos Milesios <sup>19</sup> suyos, cuya fama era notoria, aunque los escribió en un estilo mediocre.

- 12 Fue amado por el senado como ningún otro príncipe, debido especialmente al odio que sentían los senadores hacia Severo, al que aborrecían con vehemencia por su crueldad. Por fin, cuando venció a Albino, Severo dio muerte a un gran número de

<sup>16</sup> Ciudad situada entre Roma y Preneste.

<sup>17</sup> Pájaro que come higos.

<sup>18</sup> Los *centuriones ordinarii*, que en ese preciso momento estaban al mando directo de las centurias, frente a otros con funciones administrativas en el estado mayor del gobernador, alistados en la guardia pretoriana, etc.

<sup>19</sup> Narraciones de carácter erótico llamadas así por el título de la obra de Aristides de Mileto, autor del siglo II, llamada *Milesiaca* (Μιλησιακά) traducidas al latín con ampliaciones obscenas por C. Cornelio Sisena, cf. Ovidio, *Tr.* II, 443 y ss.: *uertit Aristiden Sisenna, nec obfuit illi historiae turpes inseruisse iocos.*

senadores que se habían alistado realmente en el partido de aquél, o habían dado la impresión de hacerlo. Finalmente, cuando le dio muerte cerca de Lión, ordenó que buscaran su correspondencia para averiguar a quién había escrito él o quién le había contestado, e hizo que el senado declarara enemigos públicos a todos aquéllos de los que encontró alguna carta; y no sólo no les concedió su perdón, sino que ordenó que los ejecutaran y que expusieran sus bienes, remitiendo al tesoro público el producto de la venta. Existe una carta remitida por Severo al senado, que revela sus intenciones. He aquí una copia de ella: «Nada más grave me puede acaecer, padres conscriptos, que si Albino se capta vuestro favor más que Severo. Yo he procurado el aprovisionamiento de la república, yo he trabado múltiples combates por la república, yo he ofrecido al pueblo romano más aceite que puede producir la naturaleza. Al dar muerte a Pescenio Nigro, os he liberado de los males de la tiranía. Ciertamente, me habéis correspondido magníficamente, me lo habéis agradecido sobremanera: a un africano, y además de Hadrumeto, que se fingía descendiente del trono genealógico de los Ceyonios, le habéis exaltado hasta tal extremo que le queréis por emperador, aun cuando yo soy aún vuestro príncipe. Yo pregunto, ¿acaso no había en un senado tan prestigioso un senador al que deberíais amar y que, a su vez, os amara? Habéis exaltado con honores al hermano de éste; esperáis que éste os conceda consulados, preturas o insignias de cualquier magistratura. Vosotros no me habéis mostrado la gratitud que mostraron vuestros antepasados ante la sedición de Pisón, ni la que testimoniaron a Trajano, ni el apoyo que hace poco tiempo ofrecieron oponiéndose a Avidio Casio. Me habéis pospuesto a ese individuo, que es un embustero, que posee habilidad para urdir todo tipo de imposturas y que ha mentido también respecto a su nobleza. Más aún, nos tuvi-



mos que tragar en el senado las palabras de Estatio Corfuleno proponiendo que se decretasen ciertos honores para Albino y para su hermano. Sólo le faltó a Albino que éste noble varón propusiera que él celebrara también un triunfo sobre mí. Mayor dolor para mí fue ver que muchísimos de vosotros considerasteis que se le debía elogiar como a un literato, siendo así que, absorbido por el atractivo de ciertas cantinelas de viejas <sup>20</sup>, se ha hecho viejo entre cuentos milesios púnicos de su amigo Apuleyo <sup>21</sup> y otros divertimentos literarios.» Esta carta muestra con claridad la severidad con que Severo se vengó del partido de Pescenio y de Clodio, todo lo cual ya lo hemos relatado en su vida <sup>22</sup>. No obstante, quien desee conocerlo con más pormenores, que lea entre los autores latinos, a Mario Máximo y, entre los griegos, a Herodiano, pues ellos han narrado la mayor parte de los datos con fidelidad.

13 Albino fue esbelto de estatura, de cabello rizado y con bucles, de frente ancha, de una candidez admirable y asombrosa, de tal modo que la mayor parte de los autores piensa que por eso recibió el nombre de Albino <sup>23</sup>, de voz afeminada y con el timbre próximo al de los eunucos, de tornadizo impulso, de profunda irritabilidad y locura funestísima e inconstante en sus apetencias, pues a veces suspiraba por el vino y con frecuencia se mantenía abstemio, y experimentado en las armas, por lo que con razón le llamaban el Catilina de su tiempo <sup>24</sup>.

<sup>20</sup> Traducimos así la expresión *neniis anilibus*. Las nenas eran canciones fúnebres que cantaban plañideras a sueldo durante los funerales.

<sup>21</sup> L. Apuleyo (125-170), polígrafo conocido, sobre todo, por su novela *Metamorfosis* o *Asno de oro*.

<sup>22</sup> *Severo*, 3,2.

<sup>23</sup> Albino, del adjetivo *albinus*, formado con el sufijo *inus* sobre el adjetivo *albus* «blanco».

<sup>24</sup> Para expresiones como ésta, cf. *Caracalla*, 4,10 *Avidio Casio*, 3,8.

Creemos que no está fuera de lugar señalar las 3  
 causas por las que Clodio Albino mereció la esti-  
 ma del senado: cuando estaba al frente de los ejér- 4  
 citos de Bretaña por orden de Cómodo y se enteró  
 de que era falsa la noticia que corría sobre la muer-  
 te de éste, dado que había sido el mismo Cómodo  
 quien le había conferido el título de César, avanzó  
 ante los soldados y pronunció el siguiente discurs- 5  
 o: «Si el senado del pueblo romano mantuviera  
 aquel poder que antaño tuvo y si un Estado tan im-  
 portante no estuviera confiado al arbitrio de un solo  
 individuo, el destino del Estado no habría venido  
 a parar a los Vitelios, ni a los Neronos, ni a los Do-  
 micianos. Seguirían ostentando el poder consular  
 aquellas familias nuestras, como la de los Ceyonios,  
 la de los Albinos y la de los Postumios, de los cua-  
 les vuestros padres aprendieron muchas cosas que,  
 a su vez, ellos habían oído a sus abuelos. Es cierto 6  
 que el senado anexionó África al imperio romano,  
 el senado anexionó la Galia, el senado subyugó las  
 provincias de Hispania, el senado impuso sus leyes  
 a los pueblos del Oriente, el senado tanteó a los  
 partos; hubiera llegado a someterlos si la suerte de  
 la república no hubiera destinado como jefe del  
 ejército romano a un general avaro<sup>25</sup>. César sub- 7  
 yugó la Bretaña cuando era senador, pero no aún  
 dictador. Este mismo Cómodo del que estamos ha-  
 blando, ¿no habría sido el mejor si hubiera temido  
 al senado? Y, realmente, la autoridad del senado 8  
 tuvo poder hasta el reinado de Nerón, puesto que  
 no temió condenar a un príncipe mezquino, ya que  
 los senadores dieron sus votos contra aquél que en-  
 tonces poseía el poder sobre la vida y la muerte y

<sup>25</sup> Alusión, tal vez a M. Licinio Craso (114-53), que con Pompeyo y César formó en el año 60 el primer triunvirato. Como su sobrenombre indica (*Crassus* «el rico»), representaba los grandes poderes del dinero al final de la república.

ocupaba el trono. Por esta razón, camaradas, yo no 9  
 quiero asumir el título de César que a mí me otor-  
 gó Cómodo. Ojalá los dioses hagan que tampoco 10  
 otros le deseen. Que sea el senado quien gobierne,  
 y quien distribuya las provincias; que sea el senado  
 quien nos haga cónsules ¿el senado, digo yo? Vo-  
 sotros mismos y vuestros padres, pues vosotros se-  
 réis también senadores.»

- 14 Este discurso fue enviado a Roma cuando aún vi-  
 vía Cómodo. Su contenido irritó a Cómodo en  
 contra de Albino y por ello le envió rápidamente  
 como sucesor en el cargo a Junio Servero, uno de  
 sus compañeros de armas <sup>26</sup>. Por el contrario, el dis- 2  
 curso de Albino complació tanto al senado que,  
 aunque él estaba ausente, la asamblea le honró con  
 extraordinarias aclamaciones <sup>27</sup>, tanto en vida de  
 Cómodo como después de su muerte, de tal mane-  
 ra que algunos llegaron a aconsejar a Pértinax que  
 le asociara al trono, y fue su autoridad la que in-  
 fluyó extraordinariamente en Juliano para que pro-  
 yectara la muerte de Pértinax. Y, para que se vea 3  
 que esto es verdad, he transcrito a continuación una  
 carta de Cómodo a sus prefectos del Pretorio en la  
 que señala su intención de dar la muerte a Albino:  
 «Aurelio Cómodo a sus prefectos, salud. Creo 4  
 que habéis oído, en primer lugar, que se ha inven-  
 tado la noticia de que yo he sido asesinado por con-  
 sejo de los míos y, en segundo lugar, que Clodio  
 Albino ha pronunciado un discurso ante mis sol-  
 dados, pues se encomienda en gran manera al se-  
 nado y, por lo que estamos viendo, con éxito. Por- 5  
 que, quien sostiene que no debe de estar al frente  
 del Estado un único príncipe y quien asegura que  
 todos los asuntos del Estado deben estar regidos

<sup>26</sup> Véase Suetonio, *Nero*, 49,2.

<sup>27</sup> *Avidio Casio* 13,1 n. 29.

por el senado, éste tal está pidiendo para sí el imperio utilizando para ello al senado. Manteneos, por tanto, sumamente precavidos, pues ya sabéis que es un hombre al que todos deben rehuir, las tropas, el pueblo y vosotros.»

Cuando Pértinax encontró esta carta, la hizo pública para suscitar el odio contra Albino. Por esta razón, Albino instigó a Juliano para que asesinara a Pértinax. 6

MARCO AURELIO

13. ANTONINO (CARACALLA)

BASIANO

(Elio Esparciano)

- 1 De los dos hijos que dejó Septimio Severo —de los que al uno el ejército le confirió el nombre de Antonino, al otro se lo confirió su padre—, Geta fue declarado enemigo público, mientras que Basiano, como es sabido, alcanzó el poder imperial. 2 Sobre los antecedentes de éste, pensamos que es inútil repetir ningún detalle, porque ya los hemos anticipado todos suficientemente en la vida de Severo. 3 Pues bien, su infancia fue lisonjera, ingeniosa, amorosa para sus padres, complaciente para los amigos de sus padres, bienquista para el pueblo, grata para el senado y apta para granjearse el amor. 4 No se mostró perezoso en sus estudios, ni apático en hacer el bien, ni tacaño en las liberalidades, ni remiso en la clemencia, al menos en vida de sus padres. En fin, si alguna vez veía a los condenados expuestos a las fieras, lloraba o apartaba los ojos, proceder que resultaba al pueblo muy agradable. 5 Siendo un niño de siete años, cuando se enteró de que un compañero suyo de juegos había sido azotado con gran crueldad porque practicaba la religión judía, se opuso durante mucho tiempo a ver a su padre y al padre del niño, pues les consideraba causantes de los azotes. 6 Con su mediación logró devolver sus antiguos derechos a los habitantes de Antioquía y de Bizancio, contra los que Severo se había irritado por haber ayudado a Nigro. 7 Cobró aversión a Plauciano a causa de su crueldad. Rega- 8

ló por propia iniciativa a sus clientes <sup>1</sup> o a sus maestros lo que había recibido de sus padres con ocasión de las fiestas Sigilarias <sup>2</sup>.

2 Pero estas cosas las realizó cuando era aún niño. Ahora bien, después que rebasó la niñez, bien por las advertencias de su padre, bien por la astucia de su carácter, bien porque consideraba que debía equipararse a Alejandro el Grande de Macedonia, se volvió más reservado, más severo e incluso de aspecto más atroz, hasta el punto de que muchos no creían que era el mismo que habían conocido de niño. Tenía siempre en sus labios a Alejandro Magno y las hazañas que éste había realizado. En las reuniones elogiaba a menudo a Tiberio y a Sila. Fue más orgulloso que su padre y despreció a su hermano por su gran modestia. 2 3

Después de la muerte de su padre, se dirigió al campamento de los pretorianos y se quejó ante los soldados de que se veía envuelto en las asechanzas que le tendía su hermano y, en consecuencia, hizo que le asesinaran en Palacio y dio la orden de que quemaran inmediatamente su cadáver. Además, dijo en el campamento que su hermano había intentado envenenarle y que se había comportado irreverentemente con su madre; y dio las gracias públicamente a los asesinos. En fin, les dio además una paga adicional, como si le hubieran mostrado una fidelidad excepcional. Una parte de los soldados que acampaban junto a Alba recibieron con gran indignación la noticia de la muerte de Geta, manifestando todos ellos que habían jurado guardar fidelidad a los dos hijos de Severo y que, por tanto, debían observarla con los dos y, tras haber cerrado las puertas, no se le permitió entrar al emperador hasta que después de un buen espacio de 4 5 6 7 8

<sup>1</sup> Cf. *Antonino*, n. 40.

<sup>2</sup> Cf. *Adriano*, n. 70.

tiempo se calmaron los ánimos, no sólo porque él expuso públicamente sus quejas y acusaciones contra Geta, sino también porque los propios soldados se apaciguaron, como suele ser habitual, por la magnitud de la soldada que les ofreció; y, a continuación, regresó a Roma. Entonces entró en el senado con una coraza<sup>3</sup> bajo su atuendo senatorial<sup>4</sup> escoltado por soldados armados. Colocó a éstos en medio entre los escaños en doble fila y, una vez distribuidos así, pronunció un discurso. Se quejó de las celadas de su hermano de una manera confusa y desordenada, con el fin de acusarle a él y de justificarse a sí mismo. Pero el senado no escuchó con gusto sus palabras, puesto que afirmó que él había permitido todo a su hermano y le había librado de otras insidias y que, no obstante, aquél había urdido gravísimas asechanzas contra él y no había correspondido a su amor fraternal.

3 Después de esto, concedió la repatriación a aquellos que habían sido relegados y desterrados. Desde allí se dirigió a visitar a los pretorianos y pernoctó en los cuarteles. Al día siguiente subió al Capitolio, dirigió afablemente la palabra a aquéllos a los que se disponía a asesinar y volvió de nuevo a Palacio, apoyándose sobre Papiniano y Cilón.

Al ver llorar a la madre de Geta y a otras mujeres después de la muerte de su hermano, intentó darles muerte, pero se abstuvo de ello por no aumentar la reputación de crueldad que le había acarreado su fratricidio. Obligó a Leto a suicidarse, enviándole él mismo el veneno: en efecto, aquél había sido el primero que le había aconsejado que asesinara a Geta, pero también fue el primero que pereció. Y

<sup>3</sup> La coraza (*lórica*) era un corselete de cuero, metal o bandas metálicas entrelazadas que cubría la espalda, el pecho, el vientre y los costados hasta la cintura.

<sup>4</sup> La túnica laticlavía provista del *latus clausus*.

el propio Basiano lloró en muchísimas ocasiones su muerte. Hizo perecer a muchos que habían sido cómplices de su asesinato e incluso a uno que había honrado la imagen de su hermano. Después de esto, ordenó dar muerte a su primo hermano paterno Afro, al que había enviado el día anterior una porción de los manjares de su mesa. Éste, aunque se había precipitado por miedo a los sicarios <sup>5</sup> desde una altura y se había acogido junto a su esposa tras haberse roto una pierna, no obstante, fue capturado entre mofas por aquéllos y asesinado al punto. Hizo perecer también a Pompeyano, nieto de Marco Aurelio, hijo de su hija y de Pompeyano, con quien se había casado Lucila, después de la muerte del emperador Vero, y a quien había nombrado cónsul por segunda vez y había confiado el mando de todas las guerras, que en aquellos momentos eran de extrema gravedad. Sin embargo, le hizo morir de tal forma que pareciera que había sido asesinado por unos ladrones.

4 Poco después Papiniano fue golpeado con un hacha en presencia del mismo príncipe por unos soldados y luego fue asesinado. Y, tras la ejecución, dijo al asesino: «Debías haber cumplido mi orden dándole muerte con la espada». Fue ejecutado también Patruino <sup>6</sup> ante el templo del divino Pío y los cadáveres de ambos fueron arrastrados por la plaza sin el miramiento debido a su condición humana. Igualmente hizo perecer al hijo de Papiniano, que tres días antes había ofrecido como cuestor un mag-

<sup>5</sup> Sicario en general era el que se servía de la *sica*, especie de cuchillo o daga muy puntiaguda y con lámina doblada en forma de diente de jabalí. Era el arma nacional de los tracios y la empleaban también los gladiadores que tomaban su nombre de los tracios (*tracii*). Los romanos la consideraban como arma de ladrones y asesinos, de ahí el sentido despectivo del término sicario.

<sup>6</sup> Valerio Patruino, al parecer, coprefecto de la guardia pretoriana y colega de Papiniano y Leto.



nífico espectáculo gladiatorio. Por aquellos mismos 3  
días fue asesinada una cantidad innumerable de ciu-  
dadanos que se habían puesto de parte de su her-  
mano. Dio muerte incluso a los libertos <sup>7</sup> que ha-  
bían ejercido cargos administrativos al servicio de  
Geta. Después se multiplicaron los asesinatos por 4  
todas las partes. Éstos se llevaron a cabo también  
en los baños públicos, e incluso algunos perecieron  
cuando estaban a la mesa, entre ellos, Samónico Se-  
vero <sup>8</sup>, del que se conservan aún muchos libros eru-  
ditos. También estuvo a punto de perecer Cilón, 5  
que era prefecto y cónsul por segunda vez, porque  
había aconsejado a los dos hermanos que llegaran  
a un acuerdo. En efecto, un día que unos soldados 6  
de la cohorte urbana <sup>9</sup> arrastraban al propio Cilón,  
despojado ya de su atuendo de senador y con los  
pies desnudos, Antonino reprimió el tumulto. Des- 7  
pués cometió otras muchas matanzas en la Ciudad  
además de éstas, pues aquí y allá fueron apresados  
y asesinados por soldados distintos ciudadanos, ha-  
ciendo como que reprimía una conjura. Asesinó a 8  
Helvidio Pértinax cónsul designado <sup>10</sup>, solamente  
porque era hijo de un emperador. Y no cesó hasta 9  
que acabó con aquéllos que habían sido amigos de  
su hermano, aprovechando distintas oportunidades  
para ello. Lanzó arrogantes invectivas muchas ve- 10  
ces contra él y, otras muchas, contra el senado en  
los edictos que publicaba o en los discursos que

<sup>7</sup> Esclavos manumitidos que durante el imperio adquirieron gran prestigio y poder. Entre ellos se reclutaban médicos, arquitectos, músicos, etc., y desempeñaron importantes funciones en la administración imperial.

<sup>8</sup> Samónico Sereno fue autor de varios libros de carácter anticuario.

<sup>9</sup> Los llamados *urbaniaciani*, soldados de las cuatro cohortes urbanas creadas por Augusto y puestas bajo las órdenes del *praefectus urbis* para velar por la guarda de Roma.

<sup>10</sup> Uno de los dos cónsules (*suffecti*: «designados o suplentes») que reemplazaban a los cónsules normales (*ordinarii*).

pronunciaba, mostrando que también él iba a ser un Sila <sup>11</sup>.

- 5 Después de consumir estas matanzas, se dirigió a la Galia, y, nada más llegar allí, dio muerte al pro-  
 cónsul de la Narbonense. Irritados después todos 2  
 los que administraban esta provincia, consiguió que  
 le odiaran como un tirano, aunque en alguna oca-  
 sión se fingía bondadoso, a pesar de que era cruel  
 por naturaleza. Y, después de que cometió múlti- 3  
 ples atropellos contra los ciudadanos y contra los  
 derechos que tenían las ciudades, sufrió un grave  
 peligro, al verse atacado por una enfermedad. Fue  
 extraordinariamente cruel con aquéllos que le cui-  
 daban. Después, cuando preparaba una expedición 4  
 a Oriente, renunció a emprender el camino y se  
 quedó en Dacia. Mató a muchos bárbaros en los al-  
 rededores de Recia y arengó y gratificó a sus sol-  
 dados como si fueran soldados de Sila. Por cierto, 5  
 prohibió que le impusieran nombres de dioses, a  
 pesar de que Cómodo lo había permitido, cuando  
 le dieron el nombre de Hércules por haber matado  
 un león y otras fieras. Y, cuando sometió a los ger- 6  
 manos, se dio el título de Germano <sup>12</sup>, afirmando  
 en serio o en bromas, como era tonto y sin senti-  
 do, que debería haber recibido el título de Lucáni-  
 co si hubiera vencido a los lucanos <sup>13</sup>. Fueron con- 7  
 denados por entonces quienes se habían orinado en  
 lugares en que se hallaban emplazadas estatuas o  
 bustos del príncipe, y aquéllos que habían quitado

<sup>11</sup> Para esta expresión o similares, cf. *Clodio Albino*, 13,2.

<sup>12</sup> Aceptamos la lectura *Germanum*: PΣ, frente a *Germanicum*: uulgo, pues posiblemente Elio Esparciano quiere reflejar el retruécano que supone la utilización del término *germanus*, susceptible de doble significado «hermano» y «germano». El sobrenombre que asumió fue el de *Germanicus Maximus*.

<sup>13</sup> Otro juego de palabras, pues *Lucanicus* puede significar «salchicha» o «Lucánico», es decir, habitante de la región llamada Lucania, en la parte meridional de Italia.

las coronas de flores de éstos para colocarlas en otro lugar, enviando a la muerte también a quienes se las habían adosado al cuello como remedio contra las fiebres cuartanas o tercianas. Hizo una marcha a través de la Tracia acompañado del prefecto del Pretorio; y, cuando desde allí iba a pasar a Asia, estuvo a punto de naufragar al partirse la entena de su nave, de modo que tuvo que desembarcar en un bote salvavidas junto con su guardia. El prefecto del Pretorio le recogió de allí en una trirreme y así escapó del peligro. Cazó con frecuencia jabalíes y también hizo frente a un león. En alguna ocasión también envió cartas a sus amigos en las que se vanagloriaba y se jactaba de haberse acercado al valor que mostró Hércules.

- 6 Después de esto, volviendo su atención a la guerra contra los armenios y contra los partos, eligió como general para dirigirla a un hombre cuyo carácter coincidía con el suyo. Desde allí se dirigió a Alejandría, convocó al pueblo en el gimnasio<sup>14</sup> y le llenó de reproches. Ordenó que se hiciera una leva de hombres fuertes para empuñar las armas; pero inmediatamente acabó con los elegidos, siguiendo el ejemplo de Ptolomeo Everguetes, el octavo que llevaba este nombre. Además, tras dar la señal a los soldados para que asesinaran a sus huéspedes, provocó una gran matanza en la ciudad de Alejandría. Poco después, adentrándose por el territorio de los cadusios y de los babilonios, trabó combate tumultuosamente con los sátrapas<sup>15</sup> de los partos, lanzando contra los enemigos incluso fieras salvajes. A continuación envió una carta al senado, como si hubiera logrado una victoria, otorgándo-

<sup>14</sup> Edificio público donde la juventud perfeccionaba sus ejercicios gimnásticos después de haber pasado por la palestra, donde se iniciaba en ellos.

<sup>15</sup> Gobernadores de una provincia o región, en Persia.

sele el título de Pártico, pues el de Germánico ya le había obtenido cuando aún vivía su padre. Después, cuando pretendía reemprender la guerra contra los partos e internaba en Edesa, y partiendo de aquí, se había presentado en Carras para celebrar la fiesta del dios Luno, el día de su cumpleaños, es decir, el día ocho de los idus de abril y precisamente durante las fiestas Megalenses <sup>16</sup>, en el momento en que se alejaba a un lugar apartado para satisfacer sus necesidades naturales fue asesinado en una emboscada que le tendió el prefecto del Pretorio Macrino, que se apoderó del imperio después de él. Fueron cómplices de este asesinato Nemesiano, su hermano Apolinar y Triciano <sup>17</sup>, comandante de la segunda legión Pártica y jefe de la caballería de reserva, y estaban al corriente del complot también Marcio Agripa <sup>18</sup>, que estaba al frente de la flota, y la mayor parte de los oficiales por instigación de Marcial <sup>19</sup>.

7 Fue asesinado a mitad del camino entre Carras y Edesa, cuando bajó de su caballo para orinar y avanzaba entre los soldados de su escolta, que se habían conjurado también para su asesinato. En fin, su escudero le atravesó el costado con un puñal, en el momento en que le ayudaba a subir al caballo y todos gritaron que Marcial había sido el asesino. Y, puesto que hemos mencionado al dios Luno, con-

<sup>16</sup> Fiestas celebradas del 4 al 10 de abril en honor de Cibele, la gran madre de los dioses y diosa de la naturaleza, durante las cuales las personas distinguidas se intercambiaban obsequios y en las cuales se realizaban juegos escénicos y circenses.

<sup>17</sup> Nemesiano y Apolinar fueron tribunos de la guardia pretoriana y Elio Decio Triciano fue primero prefecto de la segunda legión y luego gobernador de Panonia nombrado por Macrino.

<sup>18</sup> De origen esclavo, escaló distintos puestos administrativos, mandando en aquel momento probablemente la flota que transportaba las tropas del Asia Menor.

<sup>19</sup> Un soldado que, según Dión Casio LXXVIII,5,3, se irritó contra Caracalla por no haberle ascendido a tribuno.

viene saber lo que nos han enseñado hombres muy sabios y a pie<sup>9</sup> juntillas creen actualmente de manera especial los habitantes de Carras: que quien piensa que hay que llamar a la Luna con nombre femenino por ser ése su sexo, deberá servir siempre a las mujeres, quedando sometido a ellas; que quien crea, en cambio, que es una divinidad masculina, ese tal dominará siempre sobre la mujer y no tolerará ninguna asechanza mujeril. Ésta es la razón por la que los griegos y los egipcios, aunque incluyen en el mismo género a la mujer y al hombre y llaman también a la Luna dios, no obstante, en las celebraciones de los misterios le llaman Luno.

8 Sé que muchos han escrito sobre la muerte de Papiniano de tal forma, que su relato prueba que no conocían la causa de su asesinato, ya que cada uno de ellos da una versión diferente; pero yo he preferido dar a conocer la variedad de opiniones que existen antes que guardar silencio sobre la muerte de un hombre tan importante. Se ha difundido tradicionalmente la idea de que Papiniano fue muy amigo del emperador Severo y pariente suyo por parte de su segunda esposa, según dicen algunos, y que Severo le encomendó a él de manera especial sus dos hijos y que por esto Papiniano contribuyó a la buena armonía entre los dos hermanos Antoninos; más aún, que impidió que se diera la muerte a Geta, cuando ya Basiano <sup>20</sup> comenzaba a quejarse de sus maquinaciones, y que por eso fue asesinado por unos soldados juntamente con aquéllos que favorecían a Geta, no solamente con permiso de Basiano, sino incluso por orden suya. Muchos autores dicen que Basiano, después de la muerte de su hermano, mandó a Papiniano que refutara por

<sup>20</sup> Gran error cometido por el autor al creer que Basiano era hijo de Paciana Marciana, la primera esposa de Severo. Su edad era de 29 años.

él este crimen ante el pueblo y ante el senado, pero que aquél le respondió que era más fácil cometer un fratricidio que justificarlo. Corre también esta 6 historieta: que no quiso pronunciar un discurso con el que debería atacar a su hermano justificándose a sí mismo, que había sido el asesino, y que, al negarse a ello, le respondió diciendo que el parricidio era un crimen y otro crimen acusar a un inocente asesinado. Ahora bien, esta versión no res- 7 ponde en absoluto a la verdad, porque, como prefecto, no podía pronunciar discursos y, además, porque se sabe que fue asesinado bajo el pretexto de que era partidario de Geta. Se dice también que, 8 cuando era conducido a Palacio por unos soldados que le habían apresado para asesinarle allí, Papiniano presagió su futuro diciendo que sería un idiota consumado aquél que fuera elegido para sustituirle, si no vengaba una prefectura que había sido atacada con tanta crueldad. Y el presagio se cumplió, 9 pues Macrino asesinó a Antonino, como expusimos más arriba. Y, después de haber sido proclamado 10 emperador en los cuarteles juntamente con su hijo, que hasta entonces se llamaba Diadumeno, impuso a éste el nombre de Antonino, porque un Antonino fue ardientemente deseado por los pretorianos.

9 Basiano vivió cuarenta y tres años. Fue emperador seis años. Fue sepultado con un funeral público. Dejó un hijo, que posteriormente fue llamado 2 también él Marco Antonino Heliogábalo, pues el nombre de los Antoninos se había arraigado de tal manera en los espíritus de los hombres que no podía arrancarse de ellos porque, como el de Augusto, se había adueñado del pecho de todos.

Fue de malas costumbres y más cruel aún que su 3 padre. Fue glotón, borracho, odiado por sus parientes y aborrecido por todo el ejército, salvo por los soldados pretorianos. En suma, los dos hermanos no se parecían en nada.

Entre las construcciones que dejó en Roma, hay 4

que citar unas termas <sup>21</sup> de gran magnificencia que llevan su nombre, cuya sala de forma de sandalia <sup>22</sup> no puede imitarse por otra construcción similar a ella, según aseguran los arquitectos. En efecto, éstos dicen que está construida sobre una balaustrada de bronce o cobre a la que está confiado el peso de toda la bóveda y que posee unas proporciones tan gigantescas que los entendidos en mecánica dicen que es imposible construir una obra así. Dejó también un pórtico <sup>23</sup> al que dio el nombre de su padre para que testimoniara las gestas por él realizadas, sus triunfos y sus guerras. Recibió el nombre de Caracalla <sup>24</sup> por una prenda de vestir, caída hasta los talones, que había repartido al pueblo y que hasta entonces no se usaba. Por eso también hoy se llaman Antoninianas a las «caracallas» de esa clase, utilizadas con mucha frecuencia por la plebe romana. Construyó una nueva vía que pasa al pie de sus termas, es decir, las Antoninianas, la vía más bella que posiblemente tú encontrarás en Roma en-

<sup>21</sup> La *Thermae Antoninianae*, o de Caracalla, a las que Heliogábalo y Alejandro dotaron de un pórtico (cf. *Heliogábalo*, 17,8-9; *Alejandro Severo*, 25,6), cuyas ruinas aún subsisten a la derecha de la vía Apia, cerca de la puerta Capena.

<sup>22</sup> No se sabe exactamente el sentido de la expresión *cella solaris*, empleada por Esparciano. Las habitaciones que había en los baños con las comodidades necesarias para tomar el baño frío y caliente se llamaban *cellae*, porque los baños se componían de un número de recintos comunicados unos con otros como las celdillas de una colmena. Se llamaba *cella caldaria* la que contenía recipientes de agua caliente; *tepidaria* la que se utilizaba para el baño tibio y *frigidaria* o *frigidarium*, la que se usaba para el frío. Un adjetivo distinguía los diversos tipos, como ocurría con las *cellae*, que servían para otros usos, como la *cella uinaria*, la cava para guardar vino, *cella olearia*, para guardar aceite, etc. En el texto *solaria* parece que alude a la *cella frigidaria* que contendría una gran piscina ¿de forma de sandalia? que le daría el nombre. Cf. Magie, *op. cit.*, II, p. 24, n. 2.

<sup>23</sup> Cf. *Severo*, 21,12.

<sup>24</sup> *Ibid.* 21,11.

tre sus anchas vías. Trajo a Roma los cultos a Isis 10  
 y erigió por todas las partes magníficos templos en  
 honor de esta diosa, celebrando sus ritos incluso  
 con mayor reverencia que con la que se celebraban  
 hasta entonces. Y en este sentido, ciertamente, me 11  
 parece extraño que se pueda decir que las ceremonias  
 sagradas en honor de Isis llegaron a Roma por  
 primera vez por su mediación, ya que Antonino  
 Cómodo celebró estos ritos con tanta devoción que  
 cargaba en sus hombros la efigie de Anubis y hacía  
 las pausas que exigía el ritual<sup>25</sup>, a no ser que fuera  
 él quien tal vez agregó la efigie a la celebración  
 de la fiesta, no el primero que la llevó a Roma.

Su cuerpo fue sepultado en la tumba de los An- 12  
 toninos, a fin de que recibiera sus restos la misma  
 sede que le había dado el nombre.

10 Interesa saber cómo dicen que se celebró el ma-  
 trimonio con su madrastra Julia. Dicen que un día 2  
 que esta bellísima mujer se presentó casi comple-  
 tamente desnuda, simulando que se trataba de un  
 descuido, y Antonino la dijo: «Te querría, si fuera  
 lícito», ella le replicó diciendo: «Si quieres, es lícito.  
 O ¿acaso no sabes que tú eres emperador, y que  
 tú das las leyes y no las recibes?». Al oír esto, su 3  
 pasión desordenada se vio azuzada a cometer el cri-  
 men y celebró unas bodas que él más que nadie de-  
 bería haber prohibido, si hubiera sido consciente  
 de que era él a quien le competía legislar. Tomó, 4  
 pues, como esposa a su madre (a la que no se la de-  
 bería llamar con otro nombre) y sumó a su fratri-  
 cidio un incesto, ya que se unió en matrimonio a  
 aquella a cuyo hijo había asesinado poco antes.

No está fuera de lugar añadir aquí un dicho 5  
 irónico que lanzaron contra él. Efectivamente, 6  
 puesto que se dio a sí mismo los nombres de Ger-

<sup>25</sup> Cf. Cómodo, 9,4 y 6; *Pescenio Nigro*, 6,9.



mánico, Pártico, Arábigo y Alamánico (pues había vencido al pueblo de los alamanes), dicen que Helvio Pértinax, hijo de Pértinax, le dijo en tono jocosamente: «Añade, si quieres, también el de Gético Máximo», porque había dado muerte a su hermano Geta y se daba el nombre de godos Getas a aquellos pueblos a los que había derrotado en combates improvisados, cuando se dirigió a Oriente.

11 Ocurrieron muchos prodigios sobre la muerte de Geta, como ya expondremos en su vida. En efecto, aunque él murió antes que su hermano, nosotros hemos seguido el método de escribir primero la biografía de aquél que fue el primero que nació y el primero que gobernó. 2

Cuando el ejército le confirió el título de Augusto en vida de su padre, porque éste parecía que era incapaz de gobernar el imperio debido a la gota, dicen que Severo dio vueltas en su mente a la idea de asesinarle también a él, si no se hubieran opuesto a ello sus prefectos, que eran hombres ponderados. Algunos, por el contrario, afirman que los prefectos desearon que se cometiera el asesinato, pero que Septimio se negó a ello para que su severidad no se viera deshonrada con el sambenito de semejante crueldad y, puesto que los auténticos autores del crimen habían sido los soldados, para que un adolescente no pagara las penas de su necia temeridad con el anuncio de un castigo tan grave como el de que se creyera que había sido condenado a muerte por el padre. 3 4

Sin embargo, este individuo, el más cruel de todos los hombres y, para expresarlo con una sola frase, fratricida, incestuoso y enemigo de su padre, de su madre y de su hermano, fue elevado a la categoría de dios por su asesino Macrino por temor a los soldados y, sobre todo, a los pretorianos. Tiene un templo, tiene salios, tiene una cofradía de Antoninianos él, que despojó a Faustina de su templo y de su nombre divino, sin duda del templo que ha- 5 6 7

bía erigido en su honor su marido al pie del monte Tauro, donde su hijo Heliogábalo Antonino consagró después otro templo en honor de sí mismo, de Júpiter Sirio o del Sol —pero esto es incierto.

## 14. ANTONINO GETA

(Elio Esparciano)

1 Yo sé, Constantino Augusto, que tu Clemencia  
y que muchas personas pueden preguntarme por  
qué yo escribo también la biografía de Geta Anto-  
nino. Antes de hablar sobre su vida o sobre su 2  
muerte, voy a exponer por qué también a él le im-  
puso su padre Severo el nombre de Antonino. Pues  
no se pueden decir muchas cosas en la biografía de  
una persona que fue arrancada del mundo antes de  
que ocupara el trono con su hermano.

En una ocasión en que Septimio Severo fue a 3  
consultar a los adivinos y les pidió que le indicaran  
quién sería su sucesor después de su muerte, vió en  
sueños que le sucedería Antonino. Por ello, se 4  
presentó inmediatamente ante los soldados e impuso a  
su hijo mayor Basiano el nombre de Marco Aure-  
lio Antonino. Hecho esto, siguiendo los consejos 5  
que le dictaba su condición de padre o, como di-  
cen otros, amonestado por su esposa Julia que des-  
conocía el contenido del sueño, porque con este  
nombramiento había excluido personalmente a su  
hijo menor Geta del acceso al imperio, dio la or-  
den de que también éste recibiera el nombre de An-  
tonino. En consecuencia, en las cartas que escribía 6  
a sus amigos, si por casualidad se encontraba ausen-  
te, siempre decía: «Saludad con el nombre de An-  
toninos a mis hijos y sucesores.» Pero de nada va-  
lió su prudencia paternal, puesto que sólo le suce-  
dió como emperador el que fue primero en recibir 7

el nombre de Antonino. Éstas son las noticias sobre el nombre de Antonino.

- 2 Sin embargo, recibió el nombre de Geta porque se llamaba así su tío o su abuelo paternos, cuya vida y carácter Mario Máximo relató con bastante profusión en el primer septenario <sup>1</sup> de la biografía de Severo. Por otra parte, Geta fue llamado también Antonino, porque Severo deseaba que todos los príncipes que le sucedieran recibieran el nombre de Antoninos, lo mismo que recibían el de Augustos, y esto por el amor que profesaba a Marco, al que llamaba siempre padre o hermano suyo y cuya filosofía y educación literaria imitó constantemente. Otros dicen que se le dio a Geta el nombre de Antonino no sólo en honor de Marco, puesto que éste tuvo aquel nombre como nombre adoptivo, sino también en honor de aquél que había recibido el sobrenombre de Pío, a saber, del sucesor de Adriano, sin duda porque este príncipe había elegido a Severo para formar parte del consejo de abogados del fisco <sup>2</sup> sacándole del cargo de formulario forense <sup>3</sup> que tenía, dado que el comienzo del primer cargo o dignidad que le había concedido Antonino le había abierto el camino a tan grandes progresos, y porque, además, ningún emperador le parecía a él más apto para imponerle dicho nombre que aquél cuyo nombre propio había pasado sucesivamente por cuatro emperadores.

Severo que conocía su horóscopo y que, como muchos africanos, era muy entendido en horóscopos, según dicen, pronunció esta frase sobre el mis-

<sup>1</sup> El significado originario de *septenarius* no es claro. Puede referirse al curso de la narración de los siete primeros años de la Vida de Severo, o a un verso de siete pies de dicha biografía.

<sup>2</sup> Oficio instituido por Adriano, cf. *Adriano*, 20, 6.

<sup>3</sup> Debía de ser un abogado subalterno experimentado en fórmulas jurídicas (*formularius*) o que tenía como misión redactarlas o proponerlas.

mo Geta: «Me resulta extraño, queridísimo Juvenal, que nuestro Geta llegue a ser divinizado, pues no veo en su horóscopo ningún rasgo propio de un emperador.» —Juvenal era entonces su prefecto del Pretorio— Y Severo no le engañó, porque, después de que Basiano asesinó a aquél y temió el estigma de tiranía que le sobrevendría a causa de su fraticidio, cuando oyó decir que podría verse aliviado su crimen si divinizaba a su hermano, dicen que exclamó: «Que sea divino, con tal de que no esté vivo.»<sup>4</sup> Al fin, colocó a aquél entre los dioses y por ello la opinión pública volvió a serle favorable a pesar de ser un fraticida.

3 Aunque otros autores han dado otra versión, Geta nació el día seis de las calendas de junio durante el consulado de Severo y Vitelio en Milán, de Julia su madre, a la que Severo tomó por esposa, porque había descubierto en su horóscopo que ella sería esposa de un rey, aunque él era aún un ciudadano particular pero de óptima posición en el Estado. Nada más nacer, se anunció que una gallina había puesto un huevo de púrpura en el patio de un corral. Cuando se lo llevaron a su hermano Basiano y éste lo cogió y, como si fuera un niño pequeño, lo rompió estrellándolo contra el suelo, dicen que Julia exclamó en tono jocosos: «Maldito fraticida, acabas de matar a tu hermano.» A esta frase que su madre había lanzado para hacer reír, Severo le dio mayor importancia que el resto de los presentes; sin embargo, los que le rodeaban en aquel momento reconocieron después que Julia había hablado impulsada por una fuerza divina. Ocurrió también otro  
 presagio  
 ↘  
 augurio: una vez que en la granja de un hombre de la plebe llamado Antonino nació un cordero que tenía un vellón de color de púrpura en la frente, precisamente en el día y hora en que había nacido

<sup>4</sup> Juego de palabras en latín: *diuus/uiuus* «divo, divino»/«vivo».

Geta, y oyó aquel hombre decir al arúspice que reinaría un Antonino después de Severo, pensó que la profecía se refería a él mismo; sin embargo, temiendo que semejante anuncio fuera el de su destino, hundió un cuchillo en el cordero. Este augurio fue un anuncio también de que Geta sería aniquilado por Antonino, como se hizo después notorio. Ocurrió también otro presagio sobre este crimen, que se cumplió igualmente, como lo demostró el fin extraordinario que tuvo Geta: en una ocasión en que Severo quería celebrar el natalicio del pequeño Geta con un sacrificio, mató a la víctima un victimario llamado Antonino. Entonces pasó desapercibida esta coincidencia y nadie preguntó nada, pero después se comprendió su significado.

- 4 Fue un joven elegante, de carácter rudo, pero no impío, avaro, aficionado a los juegos de palabras, goloso, glotón y amante de vinos de distinta sole-  
ra. Cuentan que de niño le ocurrió la siguiente anécdota: en una ocasión que Severo quería asesinar a unos ciudadanos del partido contrario y comentaba entre los suyos: «Os estoy quitando enemigos» y Basiano le apoyaba hasta el extremo de asegurarle que debía asesinar también a los hijos de aquéllos, si buscaba su bien, dicen que Geta preguntó cuántos eran los condenados a muerte; y, cuando su padre le informó de ello, Geta insistió «¿tienen ellos padres? ¿tienen parientes? Y, ante la respuesta afirmativa de aquél, exclamó entre llantos: «Será superior el número de ciudadanos que se entristezcan por nuestra victoria, que el que se alegre por ella.» Y habría prevalecido su opinión si no hubieran insistido el prefecto Plauciano y Juvenal esperando que se decretaran una serie de proscripciones, gracias a las cuales se hicieron ricos. A ellos se sumaba Basiano impulsado por una extrema crueldad, al cual, como se empeñaba en discutir con él afirmando medio en broma, medio en serio, que había que acabar con todos los del partido opuesto

juntamente con sus hijos, Geta, según dicen, replicó: «Tú que no perdonas a nadie, serás capaz de asesinar también a tu hermano.» Frase que en aquel momento no significó nada, pero que después se consideró como un presagio.

- 5 Fue tenaz en el aprendizaje de las obras de los antiguos escritores y recordaba también las ideas que su padre le había inculcado; fue siempre odioso a su hermano, más amable con su madre que con éste y poseía una voz melodiosa, aunque algo balbuciente. Le gustaban muchísimo los vestidos elegantes hasta el punto de que su padre se reía de él. Todo lo que sus padres le daban, lo empleaba para vestir a su gusto y no hizo ningún regalo a nadie. Después de la guerra contra los partos, cuando su padre llegó al cénit de su gloria y concedió a Basiano el título de copartícipe en el trono, Geta recibió también el nombre de César y de Antonino, según dicen algunos autores. Tenía la costumbre de plantear a los gramáticos distintas cuestiones para que dijeran cómo emitían sus sonidos cada uno de los animales, *verbi gracia*: los corderos balan, los cochinitos gruñen, las palomas arrullan, los osos bramaban, los leones rugen, los leopardos chillan, los elefantes barritan, las ranas croan, los caballos relinchan, los asnos rebuznan, los toros mugen, y solía demostrar que emitían así sus sonidos, aportando el testimonio de autores antiguos. Le eran muy familiares los libros que Severo Samónico escribió a Antonino <sup>5</sup>. Tenía también esta costumbre: mandaba a esclavos experimentados que prepararan sus banquetes, y sobre todo los almuerzos, distribuyéndolos de acuerdo con las distintas letras: por ejemplo, en uno de ellos había ganso, jabalí y ánade; o también pollo, perdiz, pavo, puerco, pez, pierna y otros tipos de ali-

<sup>5</sup> Cf. *Caracalla*, 4,4 n. 8.

mentos que comenzaban con esta letra; o también faisán, harina, higos y otros manjares similares <sup>6</sup>. Por eso se le consideraba pródigo ya en su adolescencia.

- 6 Después de su asesinato, una parte de los soldados que había permanecido insobornable, acogió el fratricidio con muchísima pena, pues todos afirmaban que habían prometido fidelidad a los dos hijos y a los dos debían mantenerla y, en consecuencia, cerraron las puertas del cuartel y no dejaron entrar al emperador durante mucho tiempo. En fin, Basiano no pudo volver a Roma hasta que no expresó públicamente las quejas que tenía sobre Geta y aplacó los ánimos de los soldados pagándoles unos sueldos desmesurados. Finalmente, tras su llegada a Roma, fueron asesinados Papiniano y otras muchas personas que apoyaban la concordia entre los dos hermanos o que se habían puesto de parte de Geta, de tal manera que cayeron abatidos distintos ciudadanos del estamento senatorial y ecuestre, no sólo en el baño, sino también en la mesa o en público, y el propio Papiniano fúe asesinado con un hacha, no sin que Basiano reprochara que no se hubiera llevado a cabo la acción con una espada. En fin, la situación llegó a tal punto que se sublevaron los soldados de la guarnición de Roma, a los que reprimió Basiano con fuerte autoridad ordenando dar muerte a su tribuno, según algunos, o desterrándole, según otros. Sin embargo, le entró tanto temor que acudió también a la Curia con una coraza bajo su túnica de senador y, pertrechado de ese modo, rindió cuenta de su actuación y de la muerte de Geta. Se dice que por entonces, cuando un pretor proclamaba los éxitos del emperador y le

<sup>6</sup> En latín *anser*, *apruna*, *anas*; *polux*, *perdix*, *pauus*, *porcellus*, *piscis*, *perna*; *phasianus*, *farrata*, *figus*. Nótese que se considera igual fonema *ph* y *f*.



atribuía los títulos de Sarmático Máximo y Pártico Máximo, el hijo de Pértinax, Helvio Pértinax, que después fue asesinado por el mismo Basiano, le dijo: «Añade también el de Gético Máximo» que es como decir el Gótico. Esta frase caló profundamente en el pecho de Basiano, como quedó después demostrado por el asesinato de Pértinax y por los de otros muchos que perecieron cruelmente y en distintos lugares, como ya dijimos anteriormente. También consideró a Helvio sospechoso de aspirar a la tiranía, porque todos le amaban y porque era hijo del emperador Pértinax, circunstancias que no ofrecen suficiente seguridad a nadie realmente, si es un ciudadano particular.

7 Cuentan que el funeral de Geta se celebró con más esmero del que correspondía a una persona que había sido asesinada por su hermano. Fue enterrado en el sepulcro de sus antepasados, esto es, en el de Severo, que está ubicado en la vía Apia, a la derecha según se va hacia la puerta, construido a imitación del *septizonium* que Severo había engalanado en vida para que luego albergara su cadáver <sup>7</sup>. Tuvo la intención de asesinar también a la madre de Geta, su madrastra, porque lloraba a su hermano, y a otras mujeres a las que encontró llorándole cuando volvió del senado. Además, Antonino fue de uná crueldad tan grande, que se mostraba especialmente lisonjero con aquéllos a los que había decidido dar muerte, de forma que eran más temibles sus lisonjas que su ira. Ciertamente a todo el mundo le pareció extraño que irrumpiera en llantos por la muerte de su hermano cada vez que se hacía mención de su nombre y que veía retratos o bustos suyos. Por otra parte, la versatilidad de Antonino Ba-

<sup>7</sup> El autor confunde el sepulcro de Adriano donde fueron enterrados los Antoninos y Severos (y más tarde Caracalla, cf. *Severo*, 19,3 y *Caracalla*, 9,12), con el *septizonium* construido por Severo, cf. *Severo*, 19,5.

siano fue tan grande, y, más aún, fue tan grande su sed de sangre, que unas veces ordenaba la muerte de los partidarios de Geta y otras la de sus enemigos, cuando el azar los ponía en sus manos. Por esta razón Geta era aún más añorado.

## 15. OPILIO MACRINO

(Julio Capitolino)

1 Las vidas de aquellos príncipes, trátase de usur-  
padores o de Césares, que no ejercieron el poder  
imperial durante mucho tiempo, se esconden en el  
olvido, porque no hay detalles sobre su vida priva-  
da que merezcan ser narrados, ya que ni se tendría co-  
nocimiento de ellos siquiera, si no hubieran inten-  
tado conseguir el trono, y porque no pueden con-  
tarse muchas cosas sobre su acción de gobierno,  
pues reinaron pocos años. No obstante, nosotros  
sacaremos a la luz del día las noticias que hemos ex-  
traído de diversos historiadores, pero sólo las que 2  
merezcan ser narradas, pues no hay nadie que no  
haya realizado alguna que otra acción meritoria du-  
rante su vida. Pero quien se propone escribir bio-  
grafías ajenas, tiene el deber de narrar aquello que  
merece la pena conocerse. Y, por lo que respecta a 3  
Junio Cordo, su afán se centró en publicar las bio-  
grafías de los emperadores que consideraba más  
desconocidos, aunque no obtuvo resultados sensa-  
cionales, porque descubrió pocas cosas y todas ellas 4  
indignas de que se mantengan en el recuerdo, afir-  
mando que su intención era averiguar hasta los mí-  
nimos detalles, como si fuera preciso saber sobre  
Trajano, Pío o Marco, por ejemplo, cuántas veces  
paseaban, cuándo cambiaban de dieta, cuándo se  
mudaban de ropa y cuándo y a quiénes promovie-  
ron a algún cargo. Así, con la exposición de todos 5  
estos detalles, llenó sus biografías de recitados fa-

bulosos describiendo cosas como las referidas, siendo así que no se debe reseñar ningún dato o muy pocos sobre cosas insignificantes; pero, si por estos hechos se pueden comprender las costumbres del biografiado que realmente deben conocerse <yo las consignaré por escrito><sup>1</sup>, pero solo en parte, para que por ella se deduzca el resto.

2 Después del asesinato de Antonino Basiano, el prefecto de su guardia pretoriana, Opilio Macrino, que antes administraba sus propiedades particulares, se apoderó del trono, a pesar de que era de humilde condición y de que poseía un espíritu y un aspecto depravado, y se hizo llamar unas veces Severo, otras Antonino <sup>1bis</sup> dado que era odiado por todos, ciudadanos y soldados; y, habiéndose dirigido inmediatamente a luchar contra los partos <sup>2</sup>, evitó la posibilidad de que los soldados dijeran lo que pensaban sobre él y de que se incrementaran las críticas con las que le agobiaban. Con todo, el senado <sup>3</sup> le aceptó con agrado como emperador por odio a Antonino Basiano, puesto que todos los senadores en la asamblea dijeron a una voz «A cualquiera más <sup>4</sup> que a un parricida, a cualquiera más que a un incestuoso, a cualquiera más que a un impuro, a cualquiera más que a un asesino del senado y del pueblo.»

Y tal vez a todo el mundo le parezca extraña la <sup>5</sup> razón de por qué Diadumeno, el hijo de Macrino, quiso que se le designara con el nombre de Antonino, cuando se asegura que él fue el autor de la muerte de un Antonino.

3 Voy a relatar ahora los hechos que sobre él se hallan reseñados en los anales: durante el reinado de Antonino, la sacerdotisa de la diosa Celeste <sup>2</sup> de Car-

<sup>1</sup> Hay una laguna en el texto. Traduzco así aceptando una adición de P: *conscribam*.

<sup>1bis</sup> Su nombre oficial, después de la asunción del poder, fue realmente M. Opilio Severo Macrino Augusto.

<sup>2</sup> Para esta divinidad, cf. *Pertinax*, 4, 2 y n. 16.

tago, que por inspiración de esta divinidad suele vaticinar cosas verdaderas, en una ocasión en que predecía el porvenir a un procónsul que, como de costumbre, la preguntaba sobre la situación del Estado y sobre su poder futuro, cuando llegó a hablar de los emperadores, ordenó que contaran con voz clara las veces que ella nombraba a Antonino, y entonces, ante el asombro de todos los presentes, repitió ocho veces el nombre de Antonino Augusto. 2  
Pero, contra la opinión general de que Antonino Pío reinaría durante ocho años solamente, éste los sobrepasó, y entre los que creían en los vaticinios quedó constatado que lo que había indicado la profetisa era algo distinto referido a aquel momento o a años más tarde. En definitiva, si se hace un recuento de todos aquéllos que se llamaron Antoninos, se descubre que es ocho su número. A saber, 3  
el primero, Pío; el segundo, Marco; el tercero, Vero; el cuarto, Cómodo; el quinto, Caracalla; el sexto, Geta; el séptimo, Diadumeno; y, el octavo, Heliogábalo. Y no hay que incluir entre los Antoninos a los dos Gordianos, porque éstos tuvieron solamente el sobrenombre de Antoninos, o recibieron también el nombre de Antonios, no el de Antoninos. Este vaticinio fue la causa por la que Severo se impuso a sí mismo también el nombre de Antonino y por la que hicieron lo mismo otros muchos príncipes como Pértinax, Juliano y el mismo Macrino. Pero este nombre fue retenido aún más 7  
que el suyo propio por los mismos Antoninos, que fueron los verdaderos sucesores de Antonino. Esto es lo que dicen unos autores. Pero otros dicen que fue su padre Macrino quien dio a Diadumeno el nombre de Antonino, para ahuyentar de los soldados la sospecha de que había sido él el asesino de Antonino. Otros, en cambio, escriben que fue tan 9  
grande la nostalgia por este nombre, que ni el pueblo ni los soldados consideraban emperador a nadie, si no oían que se le daba este nombre.

4 Y, cuando se anunció que Vario Heliogábalo se  
había erigido emperador, siendo así que ya el sena-  
do había dado el título de César a Alejandro, mu-  
chos senadores expusieron en la asamblea aquellas  
acciones por las que pudiera mostrarse claramente  
que había sido innoble, mezquino e inmundo. En 2  
fin, éstas fueron las palabras de Aurelio Víctor, al  
que se conocía con el apodo de Pinio: «que, du-  
rante el reinado de Cómodo, Macrino había sido  
un liberto que se había prostituido a sí mismo y se  
había dedicado a oficios serviles en la mansión im-  
perial, fácilmente sobornable y de costumbres mez-  
quinas; que, tras haber sido apartado por Severo de 3  
aquellos bajísimos oficios que ejercía y de haber  
sido relegado a África, para ocultar la deshonra de  
esta condena, se había entregado a la lectura, había  
defendido pequeños procesos, había hecho decla-  
maciones y, finalmente, había impartido clases en  
una escuela; pero que posteriormente había sido ga- 4  
lardonado con el anillo de oro <sup>3</sup> y nombrado abo-  
gado del fisco bajo el gobierno de Vero Antonino,  
merced al patrocinio de un compañero suyo de ma-  
numisión llamado Festo.» Pero no sólo estas noti- 5  
cias se consideran dudosas, sino que hay otros au-  
tores que ofrecen otras distintas, que nosotros tam-  
poco callaremos. En efecto, muchos han escrito que  
participó en un combate gladiatorio y que se retiró  
a África tras recibir la vara de honor; que primero 6  
fue cazador, luego notario público y finalmente  
abogado del fisco. Desde este cargo escaló las más 7  
ilustres dignidades. Después, cuando era prefecto  
del Pretorio, tras haber desterrado a su colega, aca-  
bó con la vida de su emperador Antonino Caraca-  
lla con tanta astucia que no pareció que había sido  
él el asesino. Porque, después de haber comprado 8

<sup>3</sup> Signo del rango de los miembros del censo ecuestre.

a su escudero y haber ofrecido una gran perspectiva con la muerte de Caracalla, se esforzó en que se difundiera la noticia de que había sido asesinado en un complot militar, porque ya no era grato a causa de su parricidio o de su incesto.

- 5 En fin, asumió rápidamente el poder imperial, invitando a participar en el gobierno a su hijo Diadumeno, al que los soldados dieron enseguida, como ya dijimos, el nombre de Antonino siguiendo sus indicaciones. Después envió el cuerpo de Antonino a Roma para que le enterraran en el panteón de sus antepasados <sup>4</sup>. Mandó al prefecto del Pretorio, colega suyo poco ha, que cumpliera con su deber y, sobre todo, que sepultara a Antonino con los debidos honores, organizando pompas fúnebres de munificencia regia, pues era consciente de que había sido amado profundamente por el pueblo a causa de los vestidos y congiarios que le había distribuido. Se añade a esto que temía un alboroto militar, pues, en caso de que éste se suscitara, no le permitiría ejercer el imperio, imperio que había usurpado, pero asumiéndolo como si no lo deseara, como ocurre con los hombres que dicen que se les obliga a determinadas acciones que ellos proyectan, incluso recurriendo a los crímenes. Por otra parte, temió hasta a su colega, pensando que también el desearía imperar, pues todos esperaban que, si se producía el asentimiento de una sola unidad militar y él no se oponía a ello, todas las demás unidades harían lo mismo por odio a Macrino a causa de su vida depravada o de su humilde linaje, siendo así que todos los anteriores emperadores habían sido nobles. Además, Macrino añadió todavía a su nombre el de Severo, a pesar de que no le unía ningún parentesco con él. De ahí que se conserva este juego: «Macrino es Severo del mismo

<sup>4</sup> Cf. *Caracalla*, 9, 12. Se refiere al sepulcro de Adriano.

modo que Diadumeno es Antonino.» Sin embargo, para aplacar enseguida el motín de los soldados, dio a los legionarios y a los pretorianos un estipendio más cuantioso que de costumbre, porque deseaba 8  
atenuar al crimen que suponía haber asesinado a un emperador, Y, como suele ocurrir, a aquel individuo al que no podía reportarle utilidad su inocencia, se la reportó el dinero, pues se mantuvo en el trono durante algún tiempo, a pesar de ser un hombre cargado de todos los vicios.

Después remitió una carta sobre la muerte de 9  
Antonino en la que le llamaba a él «divino» y se justificaba a sí mismo y juraba que no sabía nada sobre su asesinato. Así, como es habitual en hombres infames, a su crimen sumó el perjurio en la carta que dirigió al senado, vicio con el que era lógico que iniciara su reinado un hombre sin escrúpulo alguno.

6 Interesa saber cómo fue el discurso con el que justificó su crimen, para comprender así la desvergüenza de este hombre y el sacrilegio con que comenzó su reinado este emperador malvado. Párrafos del discurso de los emperadores Macrino y Diadumeno: «Nuestro deseo hubiera sido, padres conscriptos, contemplar vuestra clemencia con nuestro emperador Antonino a salvo y volviendo recompensados con el triunfo. Porque entonces por fin seríamos todos felices por el esplendor de nuestro país y podríamos vivir bajo el gobierno de aquel príncipe que nos dieran los dioses como sucesor de los Antoninos. Ahora bien, como esto no ha sido 3  
posible debido a la sublevación del ejército, en primer lugar, os indicamos el comportamiento que esta institución ha tenido con nosotros, luego cumpliremos con nuestra primera obligación, decretando honores divinos en honor de aquel varón a quien juramos fidelidad, puesto que el ejército pensó que nadie era más digno para vengar el asesinato de Basiano que su prefecto al que el mismo Basiano ha- 4



bría encargado sin duda castigar esta sublevación, si hubiera podido descubrirla cuando aún vivía.» Y un poco más adelante: «Me confiaron a mi el imperio, cuya tutela, padres conscriptos, yo he recibido de momento, y cuyo timón mantendré, si opináis del mismo modo que los soldados, a los que he abonado su paga y he dado todas las órdenes que suele dar el emperador.» Y un poco más abajo: «El ejército ha galardonado a mi hijo Diadumeno, al que vosotros conocéis, con el imperio y con un nombre, llamándole Antonino, para que sea honrado tanto con este nombre, como con el honor del trono. Os suplicamos, padres conscriptos, que aprobéis esta determinación depositando vuestro voto benévolo y favorable, para que se conserve entre vosotros el nombre de los Antoninos que tantísimo amáis.» Y más adelante: «Los soldados han decretado honores divinos a Antonino y también nosotros los hemos decretado y os pedimos a vosotros, padres conscriptos, que los ratifiquéis, aunque podríamos ratificarlos haciendo uso de nuestra autoridad imperial, erigiéndole dos estatuas ecuestres, dos pedestres con uniforme militar y otras dos que le representen sentado y con el traje civil, e igualmente otras dos estatuas triunfales al divino Severo. Vosotros, padres conscriptos, ordenaréis que se cumplan todos estos decretos accediendo a nuestros piadosos deseos en pro de los que nos han precedido.»

7 Así pues, después de que se leyeron las cartas en el senado, la asamblea, contra la opinión general, acogió con alegría la noticia de la muerte de Antonino y, esperando que Opilio Macrino velaría por la libertad pública, primeramente le elevó al rango de patricio, aunque era un hombre «nuevo»<sup>5</sup> y has-

<sup>5</sup> Como se vio en el capítulo 2,1 era «de humilde condición» (*humili natus loco*). Para el sentido de hombre «nuevo», cf. *Avidio Casio*, n. 2 y para la elevación al patriciado, cf. *Didio Juliano*, n. 4.

ta poco antes había sido sólo administrador del patrimonio privado del emperador <sup>6</sup>. Luego, aunque era un amanuense de los pontífices, de los que actualmente se llaman pontífices menores, le nombró Pontífice Máximo y le impuso mediante un decreto el nombre de Pío. Sin embargo, tras la lectura de estas cartas, se mantuvo el silencio durante mucho tiempo, puesto que nadie en absoluto creía en la muerte de Antonino. Ahora bien, cuando se constató su asesinato, el senado lanzó contra él todas las invectivas reservadas a los usurpadores. Finalmente, se apresuraron a otorgar a Macrino la autoridad proconsular y el poder tribunicio.

Después de haber asumido por su parte el nombre de Feliz, para alejar de sí la sospecha del asesinato de Antonino, a su hijo, llamado hasta entonces Diadumeno, le concedió el nombre de Antonino. Este nombre le asumió también posteriormente Vario Heliogábalo, que se decía hijo de Basiano, hombre de una vileza extrema e hijo de una meretriz. En fin, se conservan unos versos de un poeta anónimo que muestran que el nombre de Antonino comenzó a ser usado por Pío y, poco a poco, después de haberlo ostentado los Antoninos, llegó a la más extrema degradación, puesto que Marco Antonino es el único que parece haber engrandecido la sacralidad de este nombre con la integridad de su vida, mientras que Vero lo envileció y Cómodo también lo mancilló. Y ¿qué se puede decir de Antonino Caracalla? ¿qué de Macrino? ¿qué, finalmente, también de Heliogábalo el último de los Antoninos, del que se recuerda que vivió en la más extrema degradación?

<sup>6</sup> Cf. Cómodo, 10,1 y n. 48

<sup>7</sup> Un *scriba pontificius* «amanuense» o «secretario de los pontífices». Eran, junto con compañeros del mismo oficio, los llamados *pontifices minores* que luego constituyeron una corporación de gran importancia.

8 Pues bien, una vez proclamado emperador, declaró la guerra a los partos y partió contra ellos con un poderoso ejército, pues deseaba eliminar la deshonra de su linaje y la mala reputación de su vida pasada, mediante la consecución de una gran victoria. Pero, tan pronto como inició la lucha contra los partos, fue aniquilado en el curso de una sublevación de sus legiones que huyeron junto a Vario Heliogábalo. Pero su reinado duró más de un año. 2

Por cierto, en esta guerra que había iniciado Antonino, Macrino en un primer momento opuso resistencia, aunque sus fuerzas eran inferiores a las de Artabano, quien trataba de vengar con autoridad la muerte de los suyos; pero después envió al rey Parto una embajada pidiéndole la paz que aquél le concedió de buen grado después de la muerte de Antonino. Habiéndose retirado desde allí a Alejandría y entregándose en esta ciudad a la vida licenciosa, proporcionó al ejército un motivo justificado para darle muerte y para declararse partidario del pretendido hijo de Basiano, es decir, de Heliogábalo Basiano Vario, que posteriormente recibió los nombres de Basiano y de Antonino. 3 4

9 Hubo una mujer llamada Mesa o Varia <sup>8</sup>, natural de la ciudad de Emesa <sup>9</sup>, hermana de Julia, la esposa de Severo Pértinax el Africano, que después de la muerte de Antonino Basiano había sido expulsada de la mansión imperial por la insolencia de Macrino, a la que éste permitió conservar todos los bienes que había reunido después de muchos años. Esta mujer tenía dos hijas, Simiamira <sup>10</sup> y Ma- 2

<sup>8</sup> Confróntese estos datos con Herodiano, V, 3, 2 ss. Julia Mesa, casada con Julio Avito, cónsul *suffectus* en época de Severo y procónsul de Asia. Fue aclamada *Augusta* y *mater castrorum* en el 218.

<sup>9</sup> En Siria central, en el Orontes.

<sup>10</sup> Cf. *Heliogábalo* 2,1 y n. 5.

mea <sup>11</sup>, la mayor de las cuales era madre de Heliogábalo, nombre que dan los fenicios al sol <sup>12</sup>. Pero Heliogábalo era célebre por su belleza, por su estatura y por el sacerdocio que ejercía, y era conocido por todos los fieles que acudían al templo, y sobre todo por los soldados. A éstos Mesa, o Varia, les dijo que Basiano era hijo de Antonino, lo que se divulgó poco a poco entre todo el ejército. La propia Mesa era además inmensamente rica (gracias a lo cual también Heliogábalo vivía con gran lujo) y consiguió mediante sus promesas a los soldados que las legiones abandonaran el partido de Macrino. Pues bien, después de haberle acogido por la noche con los suyos en la Ciudad, su nieto fue aclamado con el nombre de Antonino, tras haberle ofrecido las insignias del imperio.

10 Cuando informaron de todo esto a Macrino que tenía su campamento en Antioquía, admirando la audacia de esta mujer y al mismo tiempo despreciando su proceder, envió a su prefecto Juliano con unas legiones para que la sitiara con sus partidarios. Pero, cuando mostraron a Antonino a las legiones, impulsadas por un extraño amor hacia él, se pusieron todas de su parte y dieron muerte a Juliano. Después, Antonino reunió una parte del ejército y marchó contra Macrino que se apresuraba a cortarles el paso. Trabaron combate, pero Macrino fue derrotado enseguida, pues sus soldados le traicionaron por amor a Antonino. Macrino fue asesinado con Diadumeno en una aldea de Bitinia cuando huía con él y unos partidarios suyos. Arrancaron su cabeza y se la llevaron a Antonino. Conviene saber, además, que el joven Diadumeno fue Cé-

<sup>11</sup> Julia Mamea, la madre de Severo Alejandro, cf. *Alejandro Severo*, 5,1 y n. 8.

<sup>12</sup> Cf. *Heliogábalo*, 1, 5 y n.

sar, según dicen, no Augusto, y que de él transmitieron a la posteridad muchos escritores que había tenido igual poder que su padre. También fue asesinado el hijo, al que el poder imperial sólo le deparó la ocasión de ser asesinado a mano de los soldados. Efectivamente, no se encontrará en su biografía nada que merezca ser narrado, salvo esto: que fue agregado a los Antoninos como un bastardo.

11 Macrino observó mayor rigidez y austeridad en sus costumbres en la etapa que fue emperador, esperando conseguir que se olvidara toda su actuación anterior, siendo así que su misma severidad ofrecía una ocasión propicia para que se le reprochara y se le denigrara. Efectivamente, había deseado que le llamaran Severo y Pértinax, dos nombres que le parecían a él (que denotaban) severidad. Y, a pesar de que el senado le concedió el título de Pío y de Feliz, aceptó este último y rechazó aquél. Ésta es la razón por la que, al parecer, se conserva un epigrama, no exento de humor, de un poeta anónimo griego, que se expresa en latín con estas ideas:

«Histrión ya de anciano, infame, severo, cruel  
[e injusto  
deseó ser al mismo tiempo impío y feliz, de  
[tal forma  
que no quiso ser piadoso, aunque sí dichoso,  
algo que la naturaleza rehusa y la razón no  
[admite.  
Podía, en efecto, haberse llamado piadoso y  
[feliz y haberlo parecido;  
pero es impío y feliz y lo será siempre.»

Éstos versos los escribió un poeta anónimo latino en el foro al lado de los versos griegos que se habían fijado allí anteriormente. Cuando Macrino tuvo conocimiento de ellos, dicen que respondió con estos otros:

«Si el destino hubiera dotado al poeta griego 6  
de las cualidades que ostenta este granuja la-  
[tino,  
el pueblo y el senado hubieran permanecido  
[en la ignorancia,  
y ningún mercader me hubiera dedicado ver-  
[sos abominables.»

Macrino creyó que había dado una respuesta ade- 7  
cuada con estos versos, aunque eran mucho peores  
aún que los latinos; pero la gente se rió más de él  
que del poeta que recibió la orden de traducirlos  
del griego al latín.

- 12 Así pues, fue soberbio, sanguinario, se propuso  
governar al estilo militar y llegó a censurar incluso  
las reglas de conducta de los reinados anteriores,  
elogiando sólo a Severo por encima de los demás. 2  
En efecto, hizo crucificar a los soldados y les im-  
puso siempre penas que estaban reservadas a los es-  
clavos y, cuando sufrió alguna sedición militar, la  
mayor parte de las veces diezmó a los soldados, aun-  
que alguna vez también los «centesimó» —una palabra  
acuñada por él y que la empleaba cuando se quería  
llamar a sí mismo clemente—, porque «centesimaba» a  
aquellos soldados que habían merecido más bien ser  
diezmados o «vicesimados». Es muy largo de 3  
exponer todas sus crueldades; sin embargo, yo citaré  
una que aunque poco importante, según su opi-  
nión, realmente es más horrible que todas las bar- 4  
baridades cometidas por los tiranos. En una oca-  
sión en que unos soldados trataron de violar a una  
sierva de su huésped, que había perdido ya hacía  
tiempo su recato, y Macrino se enteró de ello por-  
que se lo comentó un mercader de trigo, ordenó  
que los llevaran a su presencia y les preguntó si ha-  
bían sido ellos los violadores. Cuando constató su 5  
culpabilidad, ordenó abrir en canal dos bueyes vi-  
vos de gran corpulencia y enterrar en ellos a los dos  
soldados, dejándo las cabezas fuera para que se pu-

dieran hablar. Y de esta forma les impuso su castigo, aunque ni sus antepasados ni sus contemporáneos aplicaron suplicios como el mencionado ni siquiera a los adúlteros. No obstante, Macrino luchó 6 no con menor coraje que éxito contra los partos, los armenios y los árabes, a los que llaman Eudémones <sup>13</sup>. Hizo atar en la parte inferior de un carro 7 de ruedas a un tribuno, que permitió que abandonaran un puesto de guardia, y ordenó que le arrastraran así, primero vivo y luego muerto, durante toda una marcha. Restableció también el suplicio 8 de Mezencio <sup>14</sup>, y, de acuerdo con sus normas, ataba personas vivas con cadáveres y las obligaba a morir consumidas por el prolongado contagio. Por 9 esta razón también, cuando el pueblo mostró su simpatía hacia Diadumeno en el circo, le aclamó así:

«¡Oh joven de excepcional belleza,  
cuyo padre no debía ser Mezencio!» <sup>15</sup>

Ordenó también encerrar y amontonar hombres vivos entre paredes, y a los reos de adulterio los quemó siempre vivos y todos a la vez, haciendo para ello atar sus cuerpos. Condenó a morir bajo la espada de los gladiadores a los esclavos que se habían fugado de la casa de sus dueños, si éstos lograban prenderlos. A los delatores, si no aportaban pruebas, les condenaba a la pena capital, y, si las aportaban, les despachaba con una nota infamante, después de haber percibido el premio del dinero prometido. 11

- 13 Macrino fue experto en derecho, hasta el punto que decidió invalidar todos los rescriptos de los emperadores anteriores, para que en adelante la jurisdicción

<sup>13</sup> Del griego εὐδαίμονες «felices».

<sup>14</sup> Rey etrusco que combatió aliado con Turno contra Eneas. Para la descripción del castigo, cf. Virgilio, *Aen.*, VIII, 485-488.

<sup>15</sup> El primer verso es de la Eneida, XII, 275; el segundo del VII, 654.

prudencia no se apoyara en ellos, sino en el derecho, argumentando que constituía un crimen considerar como leyes las disposiciones de Cómodo, de Caracalla o de otros príncipes ignorantes, siendo así que Trajano jamás había respondido por escrito a las consultas que le hacían, para que no se aplicaran a otras causas las respuestas del príncipe que se habían dictado para conceder algún favor. Fue generosísimo en las distribuciones de trigo, pero muy tacaño en las donaciones de oro, y tan cruel, pertinaz y severo cuando azotaba a los siervos de palacio, que éstos le llamaban Macelino <sup>16</sup> en lugar de Macrino, porque su casa se regaba con la sangre de los esclavos más jóvenes como si fuera una carnicería. Le gustaba mucho comer y beber, hasta el punto de que se emborrachaba algunas veces, pero siempre por la tarde, pues cuando almorzaba sin compañía alguna era extremadamente sobrio, mientras que en la cena comía sin freno. Invitaba a sus festines a literatos para obligarse a comer menos, mientras se entretenía en charlar sobre los estudios liberales.

- 14 Pero, cuando los ciudadanos pensaban en la bajeza de su origen y veían la crueldad de su carácter y ya no podían soportar más como emperador a un hombre corrompido, no pudiéndole soportar sobre todo los soldados que recordaban muchas de sus acciones funestísimas y a veces indignísimas, tras promover una sublevación, le asesinaron junto con su hijo Diadumeno que, como se sabe, tenía el sobrenombre de Antonino y del que ya se ha dicho que había sido Antonino en sueños. Por ello se conservan estos versos que aluden a este hecho:

<sup>16</sup> El «carnicero». Apodo derivado de *macellum* «mercado de carne», alusivo a su crueldad.



«Hemos visto en sueños, ciudadanos, si no  
 [me engaño, también esto:  
 llevaba el nombre de los Antoninos aquel  
 [niño  
 que nació de padre esclavo, pero de madre  
 [“virtuosa”  
 pues resistió a cien adúlteros e hizo proposi-  
 [ciones a otros cien.  
 También este calvo fue amante y después ma-  
 [rido,  
 he aquí un Pío, he aquí un Marco, pues él ja-  
 [más fue Vero.»<sup>17</sup>

También estos versos fueron traducidos del griego 3  
 al latín: y, aunque en griego son muy expresi-  
 vos, me parece a mí que han sido traducidos por al- 4  
 gún poeta vulgar. Cuando Macrino se enteró de su 5  
 existencia, compuso unos yambos que se han per-  
 dido, pero que eran muy graciosos, según dicen. Su  
 pérdida ocurrió en el tumulto en el que fue asesi-  
 nado, cuando también todos sus bienes fueron de-  
 bastados por los soldados.

15 Como ya hemos dicho, su muerte fue como si-  
 gue: cuando el ejército se inclinó a favor de Anto-  
 nino Heliogábalo, Macrino escapó y fue derrotado  
 en la guerra y luego muerto en un arrabal de Biti-  
 nia, tras haberse entregado una parte de sus solda-  
 dos, haber perecido otra parte y haber escapado los 2  
 restantes. Así a Heliogábalo se le consideró famo-  
 so, pues se creía que había vengado la muerte de su  
 padre, y, como consecuencia de ello, accedió al tro-  
 no, al que deshonró con sus desmesurados vicios,  
 como la lujuria, la infamia, la glotonería, el orgullo  
 y la fiereza. Él también obtuvo por suerte una muer-  
 te similar.

<sup>17</sup> Retruécano. *Verus* en latín es nombre de varón, «Vero», o adjeti-  
 vo, «veraz».

Esto es lo que nosotros sabemos de Macrino, 3  
aunque muchos autores discrepan en algunos pun-  
tos, como suele ocurrir con la historia de cualquier  
hombre. Lo hemos espigado en múltiples fuentes y 4  
se lo ofrecemos a tu serenidad, Augusto Dioclecia-  
no, porque nos hemos percatado de tu amor a los  
antiguos emperadores.

## 16. ANTONINO DIADUMENO

(Elio Lampridio)

1 La vida del joven Antonino Diadumeno, al que el ejército proclamó emperador junto con su padre Opilio Macrino después del asesinato de Basiano por la facción de Macrino, no contiene ningún hecho digno de mención, excepto que recibió el nombre de Antonino y que le sobrevinieron extraños presagios anunciándole un breve reinado, tal como ocurrió. En efecto, tan pronto como se supo entre 2 las legiones que Basiano había sido asesinado, una profunda tristeza invadió los pechos de todos los soldados, porque ya no tenían un Antonino al frente del Estado, pensando que con él iba a perecer el imperio romano. Cuando anunciaron estas nuevas 3 a Macrino, que ya era emperador, temiendo que el ejército se inclinase a favor de alguno de los Antoninos, puesto que había muchos generales procedentes de familiares de Antonino Pío entre los generales del ejército ordenó que se convocara inmediatamente una asamblea militar y confirió el nombre de Antonino a su hijo, aunque aún era un niño. 4 He aquí su arenga: «Compañeros de armas, vosotros véis que ya soy de edad avanzada y que, en cambio, es un jovencito aún Diadumeno, al que, si los dioses le son favorables, tendréis como emperador durante muchos años. Además, comprendo 5 que aún añoráis extraordinariamente el nombre de Antonino. Por ello, puesto que parece que no me queda mucha vida, ya que la fragilidad humana im-

pone su ley, otorgó con vuestro permiso a este joven el título de Antonino para que os represente como un Antonino durante mucho tiempo». Entonces aclamaron: «Emperador Macrino, que los dioses te conserven; Antonino Diadumeno, que los dioses te conserven. Todos pedimos un Antonino con larga vida, ¡oh, Júpiter Óptimo Máximo! <sup>1</sup>, que vivan Macrino y Antonino. Tú lo sabes, Júpiter, Macrino no puede ser derrotado. Tú lo sabes, Júpiter, Antonino no puede ser derrotado. Tenemos un Antonino, lo tenemos todo. Los dioses nos han dado un Antonino. El joven Antonino es digno del imperio.»

- 2 El emperador Macrino respondió: «Recibid, por tanto, compañeros de armas, tres áureos a cambio de la potestad imperial, cinco a cambio del nombre de Antonino y los ascensos habituales, pero duplicados. Ojalá que los dioses permitan que se hagan estas donaciones con más frecuencia. Por lo que a nosotros respecta, repetiremos cada cinco años las donaciones que hoy hemos otorgado.» Después de esto, el mismo emperador Diadumeno Antonino, que era aún un jovencito, dijo: «Os doy gracias, compañeros de armas, por haberme galardonado con un imperio y con un nombre, puesto que habéis considerado dignos tanto a mí como a mi padre de proclamarnos emperadores romanos y de confiarnos la república. Mi padre, sin duda, procurará no defraudar al imperio y, por mi parte, yo me esforzaré en no defraudar el nombre de los Antoninos. Porque soy consciente de que he recibido los títulos de Pío, Marco y Vero, pero me va a ser muy difícil corresponder a ellos. Mientras tanto, sin embargo, por mi acceso al trono y por este nom-

<sup>1</sup> El Júpiter *Capitolinus* era el verdadero tutelar del pueblo romano, llamado *Optimus Maximus*, es decir, el mejor y más grande de los dioses. Recibía el culto público del Estado.

bre, yo os prometo todo aquello que os prometió mi padre y otro tanto, duplicando el número de cargos, como prometió también mi venerable padre Macrino, que se halla aquí presente.» El escritor griego Herodiano omite estos detalles y se limita a reseñar estos dos hechos: la proclamación de Diadumeno como César por los soldados siendo aún niño y su asesinato junto con su padre. 5

Nada más acabar esta asamblea, se acuñaron monedas en Antioquía con el nombre de Antonino Diadumeno; pero la impresión de monedas con el nombre de Macrino se diferió hasta que no le decretó el senado. También fue enviada a esta asamblea una carta en la que se le notificaba la concesión del nombre de Antonino a Diadumeno. Por ello dicen que el senado también aceptó con agrado su ascenso al trono, aunque hay otros que piensan que lo hizo por el odio que tenía a Caracalla. El emperador Macrino había decidido distribuir entre el pueblo para honrar a su hijo unas pénulas<sup>2</sup> de color encarnado que deberían llamarlas Antoninianas, como se llamaban Caracallas las distribuidas por Basiano<sup>3</sup>, afirmando que había más motivos para llamar a su hijo Penuleo o Penulario<sup>4</sup>, que Caracalla a Basiano. Prometió también un congario Antoniniano, por medio de un edicto, como el propio edicto lo puede demostrar. Palabras del edicto: 6  
7  
8  
9  
10

«Ciudadanos romanos, desearía ya estar entre vosotros. Vuestro Antonino os donaría un congario que llevaría su nombre e instituiría, además, una cofradía de jóvenes Antoninianos y de doncellas Antoninianas para que propagara la gloria de un nombre tan estimado.» Y así sucesivamente.

3 Realizadas estas cosas, como hemos dicho, orde-

<sup>2</sup> Para esta prenda, cf. *Adriano*, n. 20.

<sup>3</sup> Cf. *Caracalla*, 9,7 y n. 24.

<sup>4</sup> Derivado de *paenula*.

nó que se confeccionaran en los cuarteles enseñas y banderas <sup>5</sup> Antoninianas e hizo unas estatuas de Basiano en oro y plata y se celebraron rogativas públicas <sup>6</sup> durante siete días por el nombre de Antonino.

Fue el más bello de todos los muchachos, bastante alto de talla, de cabellos rubios, de ojos negros, de nariz respingona, de barbilla modelada con todo primor, de boca adecuada para los besos, robusto por naturaleza, pero un tanto afeminado por educación. Cuando por primera vez tomó los vestidos de escarlata y púrpura y las demás insignias castrenses imperiales, resplandeció como si fuera un ser astral o celeste, de forma que todos le tenían afecto a causa de su elegancia.

Esto es lo que tenía que decir sobre este muchacho. Pasemos ahora a exponer los presagios de su reinado, presagios que, si han causado admiración en otros casos, en su caso han sido aún más admirables.

4 El día en que nació, su padre, que era entonces procurador del gran tesoro <sup>7</sup>, inspeccionó unas ropas de púrpura y ordenó que llevaran las que consideró más brillantes a la habitación donde nació Diadumeno dos horas después. Además, los niños 2

<sup>5</sup> Los estandartes (*uexilla*) eran un pieza de tela cuadrada atada por su parte superior a un travesaño horizontal, frente a la enseña o bandera (*signa*), que era un palo coronado con la imagen de un águila, de un caballo, etc. El *uexillum* fue en su origen la enseña única y particular de la caballería romana y luego distintivo de las tropas auxiliares, así como el *signum* fue el de las legiones, de forma que cuando se quería hablar conjuntamente de legiones y tropas auxiliares se empleaba la frase *signa et uexilla*, cf. Suetonio, *Nero*, 13; *Vit.*, 11.

<sup>6</sup> *Adriano*, n. 58.

<sup>7</sup> Según Magie (*op. cit.*, II, p. 88, n. 3), este oficio de *procurator avarii maioris* no existía como tal. Se trataría de un error por *procurator thesaurorum*, ya que en los *thesauri* se incluía todo el atuendo imperial.

suelen distinguirse por una especie de birrete <sup>8</sup> natural que les quitan las comadronas al nacer, para vendérsele después a los abogados crédulos, porque los pleiteantes dicen que les ayuda en los juicios. Pero este muchacho no nació con dicha membrana en forma de birrete, sino de una fina diadema, aunque de una resistencia tan grande que no se podía romper porque estaban entretregidas sus fibras como las fibras que se emplean en los arcos. Dicen también que cuando era muchacho le llamaban Diademado <sup>8 bis</sup>, pero que luego, cuando ya fue un adolescente, recibió el nombre de Diadumeno, el mismo que tenía su abuelo materno, aunque el nombre de Diadumeno no difiere mucho del de Diademado. Se dice que en la finca de su padre nacieron doces ovejas de color púpura, de entre las cuales sólo una tenía tonalidades diversas. Se sabe que, el mismo día en que nació, un águila le trajo, sin que él se diera cuenta, un palomino real, lo dejó en su cuna mientras dormía y luego se alejó sin causarle ningún mal. Los pantagatos <sup>9</sup> anidaron en la casa de su padre.

- 5 Por la fecha en que nació, los matemáticos, al conocer su horóscopo, dijeron con admiración que él mismo era emperador e hijo de emperador, como si su madre hubiera sido culpable de adulterio, tal como sostenía la opinión pública. Cuando paseaba por el campo, un águila le quitó el birrete <sup>10</sup> y, ante

<sup>8</sup> Con este nombre se alude aquí a una membrana natural que aparecía con esa forma al nacer y que se pensaba que tenía determinados poderes mágicos, cf. n. 10.

<sup>8 bis</sup> En latín, *Diadematus* «adornado con diadema». La diadema era una banda blanca y azul que usaban los monarcas en Asia. Se adoptó como emblema de soberanía, cf. Juvenal, XIII, 105.

<sup>9</sup> Aves de buen augurio de identidad desconocida.

<sup>10</sup> Se trata del llamado *pileus*, un birrete o bonete de filtro que llevaban solamente los hombres. Variaba de forma según las distintas naciones, pero en todas era redondo, sin bordes y ceñido a la cabeza.

la gritería que organizaron sus compañeros de infancia, la colocó, según dicen, en el monumento real que estaba situado al lado de la villa donde residía entonces su padre, encima de una estatua del rey, de tal modo que encajara en ella. Muchos lo consideraron como un presagio de mal agüero y cómo un indicio de su muerte; sin embargo, los hechos posteriores probaron que el presagio anunciaba algo glorioso. Además, nació el mismo día en que nació Antonino, a la misma hora, y casi con los mismos signos del zodiaco que se dieron cuando nació aquél, por lo que los matemáticos declararon que él sería hijo de emperador y emperador, pero no por mucho tiempo. Se cuenta también que el día en que nació, como coincidía con el día del natalicio de Antonino, una mujer que vivía próxima a él exclamó: «Que se llame Antonino», pero que Macrino sintió temor y se abstuvo de darle el nombre propio de un emperador, porque ningún miembro de su familia había sido investido con este nombre y porque ya se había difundido públicamente el rumor sobre el significado de su horóscopo. Muchos autores relatan en sus escritos que ocurrieron éstos y otros presagios, pero que el más famoso fue el siguiente: en una ocasión en que se hallaba Diadumeno en la cuna y un león, después de haber roto las cadenas que le sujetaban, se escapó sin que se le pudiera dominar, según algunos, se acercó luego a la cuna, acarició al niño y le dejó ileso, en tanto que su nodriza, que se lanzó contra él, pereció extenuada por sus mordiscos. Y se dio la casualidad de que se la encontró a ella sola en el recinto en que yacía acostado el niño.

6 Éstas son las cosas que he considerado dignas de mención respecto a Antonino Diadumeno. Y hubiera narrado su biografía al mismo tiempo que la de su padre, si el nombre de los Antoninos no me hubiera obligado a publicar aparte la biografía de este niño. Ciertamente, el nombre de los Antoni-



nos fue tan amado en aquellos tiempos que, a aquél que no se apoyaba en dicho nombre, no se le consideraba digno de ser emperador. Ésta es la razón 3 por la que algunos consideran que Severo, Pértinax y Juliano deben ser honrados con los prenombrados de Antoninos y que por ello después recibieron el de Antoninos los dos Gordianos, padre e hijo. Pero 4 es distinto adoptarlo como prenombre que asumirlo como nombre propio. Así, Pío ostentó el nombre propio de Antonino y el sobrenombre de Pío, 5 mientras que Marco Aurelio tuvo el nombre propio de Verísimo, pero, después de que se eliminó este nombre borrándolo de entre los títulos, recibió el de Antonino no como prenombre, sino como 6 nombre. Vero, a su vez, tenía el nombre de Cómodo, pero al ser eliminado éste, recibió el de Antonino, como nombre propio, no como prenombre. 7 Marco, en cambio, confirió a Cómodo el nombre de Antonino y así lo dio a conocer a los registros públicos el día de su nacimiento. Es bien sabido 8 que, a causa de un sueño por el que se enteró de que el destino le reservaba a un Antonino como sucesor, Severo dio este nombre a Caracalla Basiano cuando tenía ya trece años, y en la misma época le otorgó también, según dicen, la potestad imperial. 9 En cuanto a Geta, aunque muchos autores niegan que recibió el nombre de Antonino, se sabe con certeza que lo recibió por la misma razón que Basiano, es decir, para que sucediera a su padre Severo, algo que en realidad no ocurrió. Después de 10 esto, como hay constancia de ello, el propio Diadumeno fue llamado Antonino, para que le aceptara el ejército, el senado y el pueblo romano, puesto que existía una gran nostalgia por Basiano Caracalla.

7 Se conserva una carta de Opilio Macrino, padre de Diadumeno, en la que se gloria no tanto de haber alcanzado el poder imperial, puesto que ostentaba el segundo rango del poder imperial, como de

haber llegado a ser el padre del nombre de Antonino, ya que en aquellos tiempos no había nombre más prestigioso que éste, ni siquiera el de los dioses. Antes de incluir aquí esta carta citaré de grado unos versos compuestos contra Cómodo, que se había llamado a sí mismo Hércules <sup>11</sup>, para que todos comprendan que el nombre de los Antoninos fue tan ilustre que parece que no se le asocia a él dignamente ni siquiera el nombre de los dioses. Versos recitados en contra de Antonino:

«Cómodo desea ostentar el nombre de Hércules, porque cree que no es prestigioso el de Antonino. Es inexperto en la jurisprudencia y en el mando, y, lo que es peor, cree que es más ilustre ser que ser príncipe de egregio nombre. Éste no será dios, ni tampoco hombre.»

Estos versos, compuestos por un poeta griego desconocido, fueron traducidos al latín por un mal poeta. He creído que debía recogerlos aquí para que todo el mundo sepa que los Antoninos fueron estimados más que los mismos dioses, pero ello a causa del amor a tres príncipes, por el que se immortalizó la sabiduría, la bondad y la piedad: ésta en Antonino, la bondad en Vero y la sabiduría en Marco. Vuelvo ahora a la carta de Opilio Macrino:

«Opilio Macrino a su esposa Nonia Celsa. No podemos apreciar, esposa mía, el bien que hemos conseguido, y quizá pienses que me estoy refiriendo al trono —No es un gran bien éste que la fortuna concede incluso a los indignos—: Yo me he

<sup>11</sup> Cf. *Cómodo*, 8,5; 9,2; *Caracalla*, 5,5.

convertido en padre de un Antonino y tú en madre de un Antonino. ¡Felices nosotros!, ¡afortunada nuestra casa!, ¡ilustre gloria para el imperio, que al fin es feliz! Que los dioses y la diosa Juno <sup>12</sup>, a 7  
 quien adoras, hagan que él imite los méritos de un Antonino y que yo, que soy padre de un Antonino, les parezca a todos digno de serlo». Esta carta 8  
 demuestra que Macrino pensaba que había obtenido una gloria inmensa porque su hijo había recibido el nombre de Antonino.

No obstante, a los catorce meses de su reinado, 2  
 fue asesinado juntamente con su padre <sup>13</sup>, no por el nombre que ostentaba, sino por el gobierno altanero e injusto de éste, aunque he descubierto que 3  
 también él descargó sus iras contra muchos ciudadanos con mayor crueldad de la que correspondía a su edad, como lo prueban las cartas que de su puño y letra remitió a su padre. Efectivamente, en 4  
 cierta ocasión en que unos ciudadanos se hicieron sospechosos de conjura y Macrino los castigó severísimamente durante una ausencia casual de su hijo, cuando éste se enteró de que realmente se había dado muerte a los promotores de la conjura, pero que habían quedado absueltos otros cómplices, como el gobernador militar de Armenia <sup>14</sup> y los legados de Asia y de Arabia, en atención a su antigua amistad, se dirigió, según dicen, a su padre con esta carta, remitiendo también otra igual a su madre, de las cuales he considerado obligado incluir aquí un ejemplar por el interés de su relato: 5

<sup>12</sup> Esposa de Júpiter. Personificación de la Luna y diosa de los alumbramientos. Como suprema esposa de Júpiter, recibe el nombre de *regina* y aparece a su lado y al de Minerva en el Capitolio.

<sup>13</sup> Cf. *Macrino*, 10,3.

<sup>14</sup> Se trata de un error, pues este cargo no existía aún. Los *duces* fueron los generales comandantes de los ejércitos estacionados en las fronteras. Como gobernadores fueron instituidos al final del siglo tercero, cuando se separó la autoridad civil de la militar en las provincias.

«Augusto hijo a su padre Augusto. Me parece, padre mío, que no has mantenido convenientemente tu proceder habitual en el amor que me profesas, puesto que has conservado la vida de los cómplices de aquéllos que han intentado usurpar el poder imperial, esperando que ellos iban a ser más amigos tuyos si los perdonabas, o porque creías que debías perdonarlos, dado que te unía a ellos una antigua amistad: no debiste hacerlo, pues de nada te servirá. En primer lugar, es imposible que sigan amándote, porque se han visto acorralados por las sospechas. En segundo lugar, los enemigos más crueles son aquéllos que, olvidando su antigua amistad, se juntaron a tus enemigos más destacados. Añade a todo ello que aún tienen en sus manos el ejército.

«Si a ti no te conmueve la gloria de tan gran- 7  
 [des gestas  
 piensa en tu hijo Ascanio, que ya va crecien-  
 [do, y en las esperanzas del heredero Julo,  
 al cual está destinado el reino de Italia y la  
 [tierra de Roma.»<sup>15</sup>

Si quieres vivir seguro debes darlos muerte, pues a aquél que mantiene salvos a estos enemigos no le faltarán otros, debido a que la especie humana es imperfecta.» Algunos dicen que esta carta es de Diadumeno, otros que la escribió su maestro Celiano, retórico en otro tiempo en África. Por ella se ve con claridad cuán inicuo hubiera sido este joven, si hubiera vivido más años.

9. Existe aún otra carta dirigida por él a su madre en estos términos: «Nuestro señor y Augusto ni te ama ni se ama a sí mismo, puesto que mantiene con vida a sus enemigos. Procura, por tanto, que a Arabiano, Tusco y Gelio se les reserve el suplicio del

<sup>15</sup> Virgilio, *Aen.*, IV, 272-276.

poste, no vaya a ser que, si se les presenta una nueva ocasión, no la dejen pasar.» Y, por lo que dice Lolio Urbico en la historia que escribió sobre su tiempo, hay rumores de que esta carta, dada a conocer por un amanuense suyo, causó un gran desprestigio a aquel joven entre sus soldados. En efecto, algunos querían mantenerle vivo después de haber dado muerte a su padre, pero se presentó su ayuda de cámara, que leyó dicha carta públicamente en una asamblea de las tropas.

Así pues, una vez que fueron ambos asesinados y que sus cabezas fueron paseadas en la punta de una lanza, el ejército se declaró partidario de Marco Aurelio Antonino por el afecto que inspiraba su nombre. Éste pasaba por ser hijo de Basiano Caracalla. Era sacerdote del templo de Heliogábalo, el más impuro de todos los mortales y de tal calaña que, por un hado desconocido, envileció el imperio romano. Puesto que son muchas las noticias que conservamos sobre su vida, las reseñaré en su lugar apropiado.

## 17. ANTONINO HELIOGÁBALO

(Elio Lampridio)

1 Jamás hubiera escrito la vida de Heliogábalo Antonino, conocido también con el nombre de Vario <sup>1</sup>, para que nadie hubiera tenido noticia de la existencia de este emperador romano, si antes no hubieran ocupado el mismo trono imperial príncipes como Calígula, Nerón o Vitelio. Pero, como la misma tierra produce simultáneamente veneno y trigo u otros alimentos saludables, serpientes y animales domésticos, el lector atento se procurará una cierta compensación al leer las vidas de Augusto, Trajano, Vespasiano, Adriano, Pío, Tito y Marco y contrastarlas con estos tiranos monstruosos. Al mismo tiempo comprenderá cómo pensaban los romanos al ver que aquéllos ostentaron el poder imperial durante mucho tiempo y murieron de muerte natural, mientras que éstos, cuyo nombre ni si-

---

<sup>1</sup> Se llamaba Vario Avito Basiano. Era hijo de Soemis (cf. n. 5) y de Sexto Vario Marcelo, un caballero sirio muy influyente durante Septimio Severo. Dión Casio (LXXVIII) lo llama Avito. Cambió su nombre por el de Marco Aurelio Antonino cuando subió al trono, para lo cual su abuela Mesa declaró que era hijo natural de Caracalla (cf. *Caracalla*, 9,2: *Macrino*, 9,4). Adoptó como sobrenombre el de Eliogábalo (Heliogábalo), que era el nombre del dios patrono de Emesa (cf. n. 3), pero nunca fue este nombre oficial. También se le llama Basiano, cf. Herodiano, V,3,3.

quiera es grato pronunciar, fueron asesinados, arrastrados por tierra y llamados tiranos.

Así pues, tras el asesinato de Macrino y de su hijo Diadumeno <sup>2</sup> que había recibido también el nombre de Antonino con igual poder en el trono, se confirió el imperio a Vario Heliogábalo, porque se decía que era hijo de Basiano. Este fue sacerdote de Heliogábalo, de Júpiter o del Sol <sup>3</sup> y se había impuesto a sí mismo el nombre de Antonino, bien para demostrar su origen, bien porque se había dado cuenta de que era tan grande la estima que todo el mundo tenía por este nombre, que hasta el fratricida Basiano era apreciado por llamarse Antonino. Este, ciertamente, se llamó primero Vario, después Heliogábalo por haber desempeñado el sacerdocio del dios Heliogábalo, que importó de Siria y en cuyo honor edificó un templo en Roma, en aquel lugar donde estuvo emplazado anteriormente el santuario de Orco <sup>4</sup>. Finalmente, cuando recibió el imperio, se hizo llamar Antonino y así él fue el último de los Antoninos en el imperio romano.

<sup>2</sup> Cf. *Macrino* 9,10; Herodiano, V. 4,1-2.

<sup>3</sup> Elagábalo, nombre fenicio de un dios (ihgbl) que se veneraba en Emesa a través de un ídolo que Herodiano describe como un meteorito: «una enorme piedra, redonda por la base y terminada en punta por arriba, cónica y de color negro. Aseguran con orgullo que ha caído del cielo y muestra unos pequeños salientes e incisiones en su superficie; pretenden que es la imagan del sol», cf. V,3,5. En Roma fue llamado oficialmente *Deus Sol Elagabalus*; pero debido a la naturaleza solar de este dios, se relacionó con el griego «Ἥλιος sol», y se le llamó también *Heliogabalus*. Este último nombre se aplicó tanto a la divinidad como al emperador.

<sup>4</sup> «Construyó a su dios», dice Herodiano V,5,8, «un templo grandísimo y bellísimo, alrededor del cual levantó muchos altaras», y en V,6,6: «construyó en las afueras de Roma un enorme y magnífico templo, adonde trasladaba el dios cada año a medio verano», cf. n. 8. El templo de Orco es desconocido.

- 2 La sumisión en que le tuvo su madre Simiamira<sup>5</sup> fue tan grande que no realizaba ninguna gestión en la administración del Estado sin su voluntad, mientras que ella, manteniendo una vida similar a la de las meretrices, cometía en palacio todo tipo de deshonestidades, habiéndose hecho famosa por su adulterio con Antonino Caracalla, de tal modo que el mencionado Vario, o Heligáballo, era considerado hijo ilegítimo. Y algunos autores afirman que sus condiscípulos le dieron el nombre de Vario, porque pensaban que había sido concebido de un semen variado (*uario*), como si fuera hijo de una meretriz. Cuando los partidarios de Macrino asesinaron a Antonino, que se decía que era padre suyo, Heliogáballo, según cuentan, se refugió en el templo del dios de este nombre como en un lugar inviolable, para que no pudiera matarle Macrino, que gobernó con gran crueldad junto con su hijo, príncipe disoluto y sanguinario<sup>6</sup>. Pero ya he hablado bastante sobre el nombre, aunque él profanó aquel sagrado nombre de los Antoninos que tú, sacratísimo Constantino, has venerado de tal modo, que has incluido las efigies de Marco y Pío entre los áureos Constancios y Claudios, como si fueran antecesores tuyos, adoptando las virtudes de los antiguos que están en consonancia con tu carácter y que te son gratas y estimables.
- 3 Pero, volviendo a Antonino Vario, tan pronto como asumió el imperio, envió una embajada a Roma; y, estimulados todos los estamentos y todo el pueblo con el nombre de Antonino, que parecía que había sido restituido no sólo como un título,

<sup>5</sup> Era Julia Soemis (Soemias) Basiana, hija de Julia Mesa y de Julio Avito (cf. *Macrino*, n. 8). Estuvo casada con Sexto Vario Marcelo (cf. n.1). No hay una explicación satisfactoria para las formas *Symiamira* de aquí y de *Macrino*, 9,2 y *Symiasera* de Eutropio (VIII,22).

<sup>6</sup> Cf. *Macrino*, 11-12.



tal como había ocurrido en el caso de Diadumeno, sino en la sangre, puesto que él se decía hijo de Antonino Basiano, se originó un vivo deseo de su presencia. Gozaba, además, de la reputación que suele 2 tributarse a los nuevos príncipes que suceden a tiranos, reputación que no se mantiene si no se poseen virtudes eximias y que muchos príncipes mediocres perdieron. Finalmente, en el momento que 3 se leyeron las cartas de Heliogábalo en el senado, se expresaron por los senadores faustos deseos en favor de Antonino y crueles improperios contra Macrino y contra su hijo, y Antonino fue proclamado emperador prestando todos ellos su asentimiento y mostrándose a cual más crédulo, como sucede con los deseos de los hombres que son propensos a la credulidad, cuando ansían que sea verdad lo que anhelan <sup>7</sup>. Pero, tan pronto como entró 4 en la Ciudad, despreocupándose de lo que ocurría en las provincias, consagró a Heliogábalo sobre el monte Palatino, al lado de su mansión imperial y le erigió un templo <sup>8</sup>, con el deseo de trasladar a él la imagen de la Madre de los dioses <sup>9</sup>, el fuego de Vesta <sup>10</sup>, el Paladión y los escudos sagrados <sup>11</sup> y todos los objetos de culto que los romanos veneraban, procurando que en Roma no se adorara a nin-

<sup>7</sup> Según Herodiano, V,5,1-2, le proclamó el ejército, pero las reacciones no fueron tan espontáneas: «Cuando el ejército y el senado fueron informados de lo sucedido, todos escucharon las noticias a disgusto, pero se sometieron por la fuerza a la decisión del senado».

<sup>8</sup> Fueron dos: uno en el Palatino, cerca del palacio imperial, llamado *Eliogabalium* y otro en el suburbio conocido como *Ad Spem Veterem*, al Este de la Ciudad.

<sup>9</sup> Divinidad de origen frigio, cuyas fiestas, junto con las de su amante Atis, se celebraban con danzas jubilosas por sus sacerdotes, dando aullidos frenéticos y entregándose a los mayores excesos.

<sup>10</sup> Diosa del fuego y del hogar. En su templo, levantado por Numa, el fuego que la representaba ardía permanentemente mantenido por las vírgenes llamadas Vestales.

gún otro dios que Heliogábalo. Decía, además, que 5  
había que traspasar a aquel templo el culto de los  
judíos y de los samaritanos y el culto cristiano, para  
que los sacerdotes de Heliogábalo poseyeran los se-  
cretos de todas las religiones.

4 Después, el primer día que el senado celebró  
asamblea <sup>12</sup>, ordenó que convocaran a su madre. 2  
Cuanto ésta se presentó, la llamaron para que ocu-  
para un lugar junto al escaño de los cónsules y asis-  
tió a la firma, es decir, actuó como testigo en la re-  
dacción del decreto del senado, siendo así el único  
de todos los emperadores bajo cuyo gobierno fue  
admitida en el senado una mujer, ocupando el ran-  
go propio de un hombre, como si fuera preclarísi-  
ma <sup>13</sup>. Instituyó un *senaculum* <sup>14</sup>, es decir, un 3  
senado de mujeres, emplazándolo en la colina del  
Quirinal, donde antes se celebraban las reuniones  
de matronas <sup>15</sup>, al menos en días solemnes y cuan-  
do alguna de ellas era galardonada con los orna-  
mentos correspondientes al matrimonio consular,

<sup>11</sup> Estatua de madera que representaba a Palas o Minerva y que la tradición suponía caída del cielo cuando Ilo edificaba Ilión. Según una tradición, fue salvada por Eneas que la rescató de un escondite que le reveló Héctor y en cuyo honor levantó luego un templo en Lavínium donde se depositó para pasar después al templo de Vesta.

<sup>12</sup> O *ancilia*, que el rey Numa mandó fabricar a un forjador llamado Veturio Mamurio para evitar que fuera robado un escudo que apareció en su palacio caído del cielo y que tuvo efectos benéficos, como otros meteoritos, para la Ciudad. Para custodiarlos, además, creó la corporación de los 12 salios.

<sup>13</sup> Lampridio la da el título de *clarissima*, propia del orden senatorial. Agripina asistió a una sesión del senado, pero ésta se celebró en Palacio y ella se mantuvo aislada detrás de una cortina (cf. Tácito, *Ann.*, 13,3).

<sup>14</sup> Estas reuniones de matronas datan de época republicana y sus decisiones parece que recibían cierto reconocimiento oficial.

<sup>15</sup> Se llamaba *senaculum* propiamente el recinto o lugar donde tenía costumbre de reunirse el senado. Hubo tres lugares en Roma: uno entre el Capitolio y el Foro, donde se elevó luego el templo de la Concordia, otro en la puerta Capena y otro cerca del templo de Belona.

distinción que los antiguos emperadores otorgaron a sus parientes y especialmente a aquéllas cuyos maridos no habían sido nobles, para que no permanecieran sin aquella dignidad <sup>16</sup>. Bajo la presidencia de Simiamira se promovieron senados consultos ridículos sobre leyes concernientes a las matronas prescribiendo, por ejemplo, quién de ellas podía aparecer en público y con qué vestido, quién debía ceder el paso a quien, quién debía adelantarse a estampar un beso, quién de entre ellas debía ir en coche, quién a caballo, quién en mulo de carga, quién en asno, quién en coche tirado por mulos; quién en coche de bueyes, quién en litera guarnecida de pieles, marfil u oro y quiénes de entre ellas podrían adornar sus zapatos con oro o piedras preciosas. 4

5 Así, pues, al ver que había pasado el invierno en Nicomedia cometiendo todo tipo de ruindades, dejándose incluso copular y poniéndose celoso como las mujeres, los soldados se arrepintieron rápidamente de haber conspirado contra Macrino, para nombrar emperador a Heliogábalo, y cambiaron sus deseos en favor de su primo Alejandro, a quien el senado había nombrado César después del asesinato de Macrino. Pues ¿quién podía soportar a un emperador que absorbía placer por todas las cavidades de su cuerpo, cuando nadie toleraría un comportamiento similar ni siquiera en una bestia? En fin, se limitaba en Roma, como única actividad, a procurarse emisarios que le buscaran individuos con buenos cojones y se los llevaran a su mansión, a fin de poder disfrutar de sus cualidades. Representaba en la corte la leyenda de Paris <sup>17</sup>, haciendo 2 3 4

<sup>16</sup> Ocurría esto si la mujer se casaba con un hombre de categoría inferior a la suya, a no ser que se mantuviera su rango anterior por un decreto imperial.

<sup>17</sup> Es decir, el famoso «juicio de Paris», hijo de Príamo y de Helena; que dirimió la mítica disputa entre Juno, Minerva y Venus por ver quién se llevaba la palma de la belleza.

él mismo el papel de Venus <sup>18</sup>, de tal manera que, inesperadamente, dejaba caer sus vestidos hasta los pies y se ponía de rodillas, desnudo, con una mano en su pecho y la otra en sus vergüenzas, echando hacia atrás sus nalgas y presentándose a su amante. Depilaba todo su cuerpo y configuraba además su rostro con la misma figura con la que se suele pintar a Venus, pues consideraba que la recompensa más importante de su vida sería que le creyeran digno y capaz de satisfacer la pasión de muchísimas personas. 5

- 6 Vendió, tanto personalmente como por medio de cualquiera de sus esclavos o de los ministros de sus placeres, honores, dignidades y otros poderes. Eli- 2  
gió senadores sin tener en cuenta la edad, ni la fortuna, ni el origen de los candidatos, sino atendiendo al dinero, vendiendo también las comandancias militares, los tribunados, los cargos de legado, de general, e incluso las intendencias y oficios palatinos. A los aurigas Protogenes y Cordio los tuvo 3  
primero como socios en las competiciones circenses y posteriormente como compañeros de las acciones que realizó durante su vida. Trasladó a la 4  
corte a muchos individuos cuya complexión corporal le había agradado, haciéndoles abandonar el teatro, el circo o el anfiteatro. Pero amó a Hierocles hasta tal punto, que besaba sus partes sexuales, lo cual es vergonzoso incluso decirlo, y afirmaba 5  
que, actuando así, celebraba las festividades de Flora <sup>19</sup>. Cometió un incesto con una virgen vestal <sup>20</sup>. 6

<sup>18</sup> En principio, diosa de la naturaleza. Luego, debido a su identidad con Afrodita, se convirtió en divinidad del amor y de la belleza.

<sup>19</sup> Diosa de las flores y los trigos. En su honor se celebraban las fiestas de las flores llamadas *Floralia* (*sacra Floralia*) con danzas ligeras y juegos rústicos y gran licenciosidad.

<sup>20</sup> Aquilia Severa con la que se casó en el año 221, después de divorciarse de su esposa. Pretendía con este matrimonio simbolizar la unión de su dios Helioγάbalo y Vesta, que representaba el Estado romano.

Profanó la religión del pueblo romano destruyendo sus santuarios. Pretendió extinguir el fuego perpetuo. Deseó abolir no sólo los diferentes cultos que se celebraban en Roma, sino también los que se celebraban en todo el orbe de la tierra, movido por la única ilusión de que Heliogábalo fuera adorado como un dios en todo el mundo, y, mancillado con todo tipo de inmoralidades junto con otros hombres que se habían deshonrado a sí mismos, penetró violentamente en el santuario de Vesta, al que sólo pueden acceder las vírgenes vestales y los pontífices. Intentó robar también el Paladión del interior del templo, pero, habiéndose apoderado de una vasija que la Vestal Máxima le había mostrado falsamente, pensando él que se trataba de la vasija auténtica, y no habiendo encontrado nada en ella, la rompió estrellándola contra el suelo. No obstante, no perjudicó en nada el culto porque dicen que se habían fabricado muchas vasijas semejantes para que nadie pudiera robar la verdadera. A pesar de haber sucedido esto así, se llevó una estatua que creía que era el Paladión y la colocó en el templo de su dios, después de haber sido bañada en oro.

7 Admitió también los cultos de la Madre de los dioses y recibió el taurobolio <sup>21</sup>, con el fin de apoderarse de su imagen y de otros objetos sagrados que se mantienen escondidos en el santuario. Por otra parte, agitó su cabeza entre los sacerdotes castrados de Cibeles y se ató los genitales e hizo todo lo que suelen hacer los galos <sup>22</sup> y, tras robar el busto sagrado de esta diosa, lo transportó al templo de su dios. Practicó también los ritos de Salambo <sup>23</sup>,

<sup>21</sup> Sacrificio de un toro en honor de Ceres y de otras divinidades, que se realizaba sobre una plataforma con orificios, bajo la que el fiel recibía la sangre purificadora que se derramaba de la víctima.

<sup>22</sup> Los sacerdotes-eunucos de Cibeles.

<sup>23</sup> Diosa semita emparentada con Afrodita y Celeste.

con todos los gritos y sacudidas con que se celebra este culto sirio, labrándose así el presagio de su inminente muerte <sup>24</sup>. Decía que todos los dioses eran ministros de su dios, llamándolos a unos cubicularios suyos, a otros siervos y a otros ministros de diversos asuntos. Tuvo la intención de trasladar las piedras que la gente llama divinas del mismo templo de aquél y la estatua de Diana <sup>25</sup> de su santuario de Laodicea <sup>26</sup>, en el que Orestes la había colocado. Y, por cierto, dicen que Orestes <sup>27</sup> no se limitó a erigir una sola estatua de Diana en un único lugar, sino que consagró muchas en muchos sitios: y, después de que se purificó junto a los tres ríos cerca del Ebro cumpliendo la respuesta del oráculo, fundó también la ciudad de Oresta <sup>28</sup>, a la que es preciso rociar frecuentemente con sangre de sacrificios humanos. —Y fue precisamente a esta ciudad de Oresta a la que Adriano ordenó imponer su propio nombre en aquella época en la que había comenzado a tener accesos de locura, ateniéndose a la respuesta divina, puesto que recibió la orden de apropiarse de la casa o del nombre de algún otro loco. En efecto, dicen que esta medida suavizó la locura que le había movido a ordenar la muerte de muchos senadores, por cuya salvación Antonino se hizo acreedor del nombre de Pío, pues presentó

<sup>24</sup> Ritos orgiásticos que incluían el acto de castración en conexión con distintos cultos orientales y, sobre todo, con el de Cibeles que parece que el emperador incluyó en el de Helioγάλalo.

<sup>25</sup> Diana era la diosa de los bosques y de la fecundidad. Según Magie (*op. cit.*, II, p. 120. n. 1), aquí no se trata propiamente de Diana, sino de la diosa tutelar de Laodicea asimilada a Artemisa ταυροπόλος.

<sup>26</sup> Ciudad de la costa de Siria, entre Trípoli y Sidón.

<sup>27</sup> Hijo del Agamenón y de Clitemnestra que vengó la muerte de su padre matando a Egisto, asesino de éste y amante de su madre.

<sup>28</sup> Ciudad antigua de Tracia, a la que Adriano impuso el nombre de *Hadrianopolis*, como indica a continuación el texto. Cf. también *Adriano*, 24,4 y *Antonino*, 2,4.

posteriormente en el senado a todos aquéllos a quienes se creía ya muertos por orden del príncipe—.

- 8 Sacrificó también víctimas humanas, eligiendo para ello por toda Italia a niños nobles y hermosos, cuyos padres y madres vivieran aún, creo que con el fin de que la muerte les resultara más dolorosa a ambos. En fin, magos de todas las clases le asistían y celebraban diariamente sacrificios, exhortándoles él personalmente y dando gracias a los dioses, porque había descubierto que les eran propicios cuando examinaba las entrañas de los niños y torturaba a las víctimas siguiendo el rito de su país natal. 2

Quando tomó posesión del consulado, ofreció al pueblo, no monedas de plata o de oro, ni golosinas, ni animales pequeños, sino bueyes lucidísimos, camellos, asnos y ciervos, para que el pueblo se los disputara, asegurando que ésta era una acción que estaba en consonancia con la dignidad imperial<sup>29</sup>. 3

Persiguió cruelmente la memoria de Macrino, pero mucho más la de Diadumeno porque había recibido el nombre de Antonino, a quien él llamaba Pseudo-Antonino, igual que a Filipo se le llamaba Pseudo-Filipo, y porque, según decían, de faustosísimo que era, se había vuelto muy decidido, bondadoso, ponderado y austero. En fin, obligó a algunos escritores a discutir aspectos abominables y hasta sacrílegos sobre sus comidas y su lujo, como en su vida... 4 5

Construyó unos baños públicos en la mansión imperial y, al mismo tiempo, abrió al pueblo los de 6

<sup>29</sup> Herodiano pone estas donaciones en relación con el traslado del dios que el emperador hacía cada año al templo de las afueras de Roma (cf. n. 4). Al acabar la ceremonia, se subía a unas altísimas torres y desde allí arrojaba a la muchedumbre distintos regalos, cf. Herodiano, 5,6,9.

Plauciano, para poder descubrir así las cualidades de los hombres mejor dotados sexualmente. Y puso un particular empeño en que buscaran a los «onobelos»<sup>30</sup> por los lugares más escondidos de toda la Ciudad y entre los marineros. Así llamaban a aquellos individuos que parecían más viriles. 7

9 Cuando proyectaba atacar a los marcomanos, como Antonino había luchado contra ellos con gran éxito, algunos le dijeron que este príncipe había conseguido que los marcomanos fueran siempre leales y amigos del pueblo romano merced a la intervención de los Caldeos y magos y que lo había logrado por medio de cantos mágicos y de un amuleto. Cuando preguntó en qué consistía aquel amuleto y dónde se hallaba, le ocultaron estos extremos. En efecto, existía la persuasión de que buscaba el amuleto para destruirlo, con la esperanza de que iba a suscitar una nueva guerra, sobre todo porque había oído que se había profetizado que la guerra Marcománica sería acabada por un Antonino, mientras que él era llamado Vario, Heliogábalo y escarnio público y había deshonorado el nombre de Antonino que había usurpado. Sin embargo, comenzaron a traicionarle sobre todo aquéllos que se dolían de verse postergados por otros hombres mejor capacitados sexualmente para practicar la lujuria y que disponían de más dinero. Por esta razón comenzó a planearse su muerte. Estas noticias se refirieron a su vida privada. 2 3

10 Pero los soldados no pudieron soportar que una peste como aquella ostentara el título de emperador y comenzaron a dar pábulo a las habladurías, primero entre sí y luego en las asambleas, mostrando todos su simpatía por Alejandro que ya había sido proclamado César en aquella época por el se-

<sup>30</sup> Del griego ὄνوبελος «de pene de asno».



nado y que era primo hermano de este Antonino, pues Varia era abuela de ambos y por esto Helio-gábalo recibió también el nombre de Vario.

Durante su gobierno, Zótico<sup>31</sup> gozó de tanto poder, que los jefes de las distintas cancillerías le respetaban como si fuera el marido de su emperador. Además, este Zótico era un individuo tal que, abusando de la intimidad especial de que gozaba, era capaz de traficar con todos los dichos y hechos de Helio-gábalo a cambio de falsas promesas y amasaba así incalculables riquezas, dado que amenazaba a unos, hacía promesas a otros y engañaba a todos, y cuando salía de ver al príncipe, se acercaba a cada uno de ellos individualmente y les comentaba: «De tí he dicho tal cosa; sobre tí he oído esta otra; a tí te va a ocurrir aquella otra». Así suelen ser los hombres de esta calaña, pues si son admitidos a una excesiva intimidad con los príncipes, venden la reputación de éstos, tanto la de los malos como la de los buenos, y medran lanzando calumnias y habladurías, por la necedad o inocencia de los propios emperadores, que no se dan cuenta de su proceder. Helio-gábalo se casó con Zótico y consumó el acto sexual con él, de forma que tenía a su disposición una *pronuba*<sup>32</sup> a la que gritaba: «golpea cocinero»<sup>33</sup> y esto incluso cuando Zótico se encontraba enfermo. Después preguntaba a los filósofos y a los ciudadanos más circunspectos, si también ellos durante su adolescencia habían sufrido las mismas experiencias que él, y, por cierto, lo

<sup>31</sup> Aurelio Zotico, un atleta de Esmirna llevado a Roma por orden de Helio-gábalo.

<sup>32</sup> La *pronuba* era una matrona que no había estado casada más que una vez y que acompañaba a la novia el día de la boda a todas las partes, aunque su misión fundamental era llevarla al lecho nupcial (*lectus genialis*) y darle instrucciones sobre la nueva vida que iniciaba.

<sup>33</sup> Traducción de la expresión latina *concede Magire* (de μάγειρος «cocinero»), que tiene sentido obsceno.

11 hacía con gran desvergüenza; en efecto, jamás se abstuvo de las expresiones bajas, llegando a mostrar su deshonestidad incluso con los dedos, sin observar recato alguno ni en las reuniones ni cuando el pueblo romano le escuchaba.

Nombró a los libertos gobernadores, legados, cónsules y generales, y deshonoró todas las dignidades promoviendo a ellas a hombres infames y desconocidos. Habiendo invitado en cierta ocasión a unos amigos suyos nobles a hacer la vendimia, cuando descansaban sentados junto a los canastos, comenzó a preguntar a los más ponderados de ellos si aún podían hacer el amor y, ante el rubor de los ancianos, considerando que asentían con su silencio y rubor exclamó: «Se avergüenzan; es buena señal <sup>34</sup>». A continuación añadió a estas bromas el relato de sus experiencias personales sin mostrar recato alguno. Cuando vio que los ancianos se sonrojaban y guardaban silencio porque su edad o su dignidad no permitía tales conversaciones, se dirigió a los jóvenes y comenzó a indagar todas sus cosas. Al escuchar sus relatos, que eran congruentes con su edad, comenzó a alegrarse diciendo que una vendimia que se celebraba así era realmente licenciosa. Muchos dicen que fue el primero que tuvo la idea de que durante la fiesta de las vendimias se dijera contra los amos, incluso si se hallaban presentes, muchas chanzas compuestas por él mismo, sobre todo en lengua griega. Mario Máximo cita un gran número de ellas en su biografía. Tenía amigos lascivos, algunos de ellos ancianos y con aspecto de filósofos, que arreglaban su cabeza utilizando una redecilla, que admitían haber sufrido algunas obscenidades y que se jactaban de tener marido. Según algunos autores, éstos fingieron tales vicios para ha-

<sup>34</sup> Terencio, *Adelph.*, 643.

cerse más gratos al príncipe imitando sus aberraciones.

- 12 Llamó para ocupar la prefectura <sup>35</sup> del Pretorio a un bailarín que había actuado en Roma como actor, nombró prefecto de las guardias <sup>36</sup> al auriga Cordio y prefecto de los víveres al barbero Claudio. Promovió a otros cargos a individuos que le habían recomendado porque poseían descomunales penes. Ordenó recaudar el impuesto de la vigésima parte de las herencias a un mulatero, a un corredor, a un cocinero y a un cerrajero. Cuando entraba en los cuarteles o en el senado, llevaba consigo a su abuela Varia, de la que ya hemos hablado anteriormente, para conseguir más consideración merced a su autoridad, ya que no podía conseguirla por sí mismo. Y, como ya hemos dicho, antes de su acceso al poder, ninguna mujer entró en el senado recibiendo además la petición de redactar un decreto o de dar su opinión. En los banquetes colocaba a su lado preferentemente a viejos degenerados y disfrutaba sobre todo con sus manoseos y estrojuones, y sólomente ellos le ofrecían la copa cuando bebía.
- 13 En medio de estos males que provocaban sus costumbres deshonestas, ordenó que alejaran de su lado a Alejandro, al que había adoptado como sucesor, afirmando que se arrepentía de su adopción, y encargó al senado que le quitara el título de César. Pero en el senado se produjo un gran silencio

<sup>35</sup> El prefecto de las guardias (*praefectus uigilum*) era uno de los comandantes de las siete cohortes creadas por Augusto, y reclutadas entre esclavos y libertos, para luchar contra los incendios y asegurar el orden por la noche.

<sup>36</sup> Es decir, *praefectus annonae*, cargo creado por Augusto, y confiado a un miembro del orden ecuestre, para aprovisionar la Ciudad, función encomendada antiguamente a los ediles. Probablemente se trata de Valerio Comazón Eutiquiano, un liberto miembro de una familia de danzantes y actores (cf. Herodiano, V,7,6).

cuando se hizo público su propósito, ya que Alejandro era un joven excelente, como lo confirmó después su forma de gobernar, aunque precisamente no era del agrado de su padre porque no era un joven impúdico, y, según dicen algunos, era primo hermano suyo <sup>37</sup>; y entonces ya era amado por los soldados y estimado por el senado y por el estamento ecuestre. No obstante, Heliogábalo no se vio libre de locura, hasta el punto de que cayó en el propósito más funesto. En efecto, envió a unos individuos para que le asesinaran <sup>38</sup>, como a continuación expongo: se retiró a los jardines de la Antigua Esperanza, haciendo creer que iba a hacer votos contra un joven inocente y, después de haber dejado en el Palacio a su madre, a su abuela y a su primo, y ordenó que fuera asesinado este joven extraordinario e indispensable ya para la república. Envío también una carta a los soldados en la que les ordenaba privar del nombre de César a Alejandro. Envío a alguien para que cubriera también de lodo las inscripciones de sus estatuas emplazadas en los cuarteles, como suele hacerse con las estatuas de los tiranos. Y transmitió las órdenes oportunas a sus cuidadores, con la promesa de distintos premios y honores, para que le dieran muerte como mejor les pareciera: en el baño, con la espada o envenenándole.

14 Pero los malvados nada pueden contra los virtuosos. Efectivamente, no hubo fuerza capaz de inducir a nadie a cometer tan gran crimen, ya que las armas que Heliogábalo preparaba contra otros se volvieron más bien contra él, pues fue asesinado

---

<sup>37</sup> Según Herodiano V,3,3, Mesa tenía dos hijas, Soemis y Mamea. Basiano era hijo de la primera y Alejandro hijo de la segunda. Herodiano llama a éste Alexiano, que era un nombre de la familia, y Dión Casio le llama Basiano. cf. *Alejandro Severo* 1, n. 2.

<sup>38</sup> Cf. 3,2, n. 8.

por las mismas armas con las que intentaba asesinar a otros.

Pero, tan pronto como se cubrieron de lodo las inscripciones de las estatuas de Alejandro, todos los soldados se encolerizaron, y una parte se dirigió a Palacio, otra a los jardines donde estaba Vario, para vengar a Alejandro y apartar por fin del trono a un hombre impuro y de intenciones fraticidas. Y, cuando llegaron a Palacio, custodiaron a Alejandro junto con su madre y su abuelo, conduciéndole después con suma precaución a los cuarteles. Simiamira, madre de Heliogábalo, les siguió a pie, preocupada por su hijo. Desde allí se dirigieron a los jardines donde se encontraba Vario preparando un concurso de aurigas y esperando con gran tensión el momento en que le anunciaran la muerte de su sobrino. Aterrado por un inesperado griterío de los soldados, se ocultó en un rincón y se cubrió tras una cortina que había a la entrada de su dormitorio, después de haber enviado a uno de sus prefectos para que detuviera a los soldados en los cuarteles y al otro para que aplacara a los que ya se habían introducido en los jardines. Pues bien, uno de los prefectos llamado Antioquiano que había llegado a los jardines, consiguió de éstos últimos, a fuerza de súplicas y recordándoles el juramento que habían hecho, la promesa de que no le darían muerte, puesto que eran pocos los que habían acudido y la mayor parte se había quedado con el estandarte que había retenido el tribuno Aristómaco. Esto ocurrió en los jardines.

15 En cambio, en los cuarteles, ante las súplicas del prefecto, los soldados le respondieron que estaban dispuestos a perdonar a Heliogábalo, si alejaba de su presencia a las personas deshonestas, a los aurigas e histriones y si volvía al camino del bien, apartando sobre todo de su lado a aquéllos que tenían muchísima influencia sobre él, con pesar general, y a aquéllos que vendían todas sus acciones, bien

diciendo la verdad, bien lanzando falsas promesas. 2  
 Al fin fueron apartados de su lado Hierocles <sup>39</sup>,  
 Cordio <sup>40</sup>, Mirismo <sup>41</sup> y dos amigos íntimos per-  
 versos que le convertían en más tonto de lo que era. 3  
 Los soldados ordenaron además a los prefectos que  
 no toleraran por más tiempo su vida licenciosa y  
 que protegieran a Alejandro para que no sufriera  
 ninguna violencia y para que impidieran al mismo  
 tiempo también que el César viera a ninguno de los  
 amigos del Augusto a fin de que no pudiera imitar sus  
 vicios. Pero HelioGáballo no sólo reclamaba con in- 4  
 sistentes súplicas la presencia de Hierocles, indivi-  
 duo de extraordinaria desvergüenza, sino que tam-  
 bién multiplicaba de día en día sus maquinaciones  
 contra el César. Finalmente, no consintió presen- 5  
 tarse en público con su sobrino el día de las calen-  
 das de enero, a pesar de que los dos habían sido de-  
 signados cónsules al mismo tiempo. Al fin, como 6  
 su abuela y su madre le repetían que el ejército es-  
 taba al acecho para darle la muerte, si veía que los  
 dos primos no vivían en armonía, tomó la pretexto  
 y se dirigió al senado alrededor del mediodía, con-  
 vocando a su abuela a la asamblea y colocándola  
 junto a su escaño. Después de la sesión del senado, 7  
 no quiso subir al Capitolio para pronunciar los vo-  
 tos y llevar a cabo las ceremonias tradicionales, de  
 modo que todos estos actos los realizó el pretor ur-  
 bano <sup>42</sup>, como si no hubiera cónsules en Roma.

16 No aplazó la ejecución de su primo, pero, te-  
 niendo que el senado se pusiera de parte de otro  
 candidato si le asesinaba, ordenó que saliera inme-

<sup>39</sup> Cf. 4,5.

<sup>40</sup> Cf. 6,3.

<sup>41</sup> Personaje desconocido.

<sup>42</sup> Magistrado ordinario e independiente, encargado casi exclusiva-  
 mente de la administración de la justicia. Extendía su jurisdicción sobre  
 Roma frente al pretor *peregrinus* y otros pretores para las provincias.

diatamente de la Ciudad. Incluso dio la orden de que salieran inmediatamente de la Ciudad todos aquellos senadores que no disponían de carruajes o esclavos, de modo que unos fueron transportados por esportilleros y otros por animales capturados al azar o alquilados mediante un estipendio. Llamó a un centurión <sup>43</sup> y le dijo quedamente al oído que asesinara al excónsul Sabino <sup>44</sup>, al que Ulpiano <sup>45</sup> había dedicado unos libros por haberse quedado en la Ciudad. Pero el centurión, de oído bastante sordo, creyó que mandaba que le expulsara de la Ciudad, y así lo hizo. De esta manera, el defecto del centurión salvó a Sabino. Removió de sus cargos al jurisconsulto Ulpiano, porque era un hombre ímprobo, y al retórico Sabino, al que había nombrado profesor del César. Por cierto, éste fue asesinado, mientras que Ulpiano quedó a salvo. Pero los soldados, particularmente un pretoriano, o porque sabían que Heliogábalo maquinaba ciertos males contra Alejandro, o porque veían que les iba a coger antipatía por su afecto hacia éste, se reunieron entre sí y, conjurándose para devolver la libertad a la república, primero dieron muerte a los cómplices de las liviandades de Heliogábalo de distintas maneras, puesto que a unos les hacían perecer después de arrancarles las partes vitales y a otros les acribillaban a heridas comenzando por sus partes bajas, para que su muerte estuviera en consonancia con la vida que habían llevado; después de esto se dirigie-

<sup>43</sup> Oficial subalterno que mandaba una centuria, unidad táctica que varió su composición (100 hombres en principio) según los efectivos de la legión.

<sup>44</sup> Tal vez Fabio Sabino, miembro del *consilium* de Alejandro, cf. *Alejandro Severo*, 68,1.

<sup>45</sup> Domicio Ulpiano, famoso jurisconsulto, prefecto del pretorio en el año 222 y amigo de Septimio Severo, del cual los *Digesta* conservan numerosos fragmentos.

ron contra él y le asesinaron en una letrina en que se había refugiado.

17 A continuación le arrastraron públicamente. Los soldados sumaron una afrenta más a su cadáver, pues le lanzaron a una cloaca. Pero, como se dio la casualidad de que no cabía en ella, le arrojaron al Tíber por el puente Emilio <sup>46</sup>, después de atarle un peso para que no flotara, con el fin de que jamás pudieran darle sepultura. Además habían arrastrado ya su cadáver por la arena del circo antes de arrojarlo al Tíber. Su nombre, es decir, el de Antonino, fue borrado por orden del senado, pero se mantuvo el de Vario Heliogábalo, ya que había conservado cuidadosamente aquél, porque deseaba ser tenido por hijo de Antonino. Le llamaron después de su muerte Tiberino, Arrastrado, Impuro y otros muchos mote, cuando querían aludir a los hechos que pensaban que se habían ejecutado bajo su gobierno. Entre todos los príncipes, sólo él fue arrastrado, arrojado a una cloaca y precipitado al Tíber. Ello se debió a que se ganó el odio universal, odio que los emperadores deben evitar particularmente, puesto que quienes no merecen el amor del senado ni del pueblo ni de los soldados tampoco merecen recibir sepultura.

No se conserva ninguna de las obras públicas que promovió, salvo el templo del dios Heliogábalo, al que unos llaman Sol y otros Júpiter, el anfiteatro <sup>47</sup> restaurado tras su incendio y los baños emplazados

<sup>46</sup> El primer puente de piedra sobre el Tíber, entre el puente Sublicio y la isla del Tíber. Iniciaron su construcción M. Emilio Lépido y M. Fulvio Nobilior en el 187 a. C.

<sup>47</sup> El Coliseo. Se incendió como consecuencia del impacto de un rayo durante el reinado de Macrinó. cf. Dión Casio, LXXVII, 25,2-3.



en el barrio Sulpicio <sup>48</sup>, que había iniciado ya Antonino, el hijo de Severo. Por cierto, Antonino Caracalla había inaugurado ya estos baños para su uso particular y para su uso público, pero carecían de pórticos, que fueron después construidos por este falso Antonino y concluidos totalmente por Alejandro.

18 Éste fue el último de los Antoninos (aunque muchos creen que más tarde los Gordianos recibieron el conombre de Antoninos, quienes por el contrario fueron llamados Antonios, no Antoninos), tan odiado por su vida, sus costumbres y su perversidad que el senado hizo que desapareciera de él incluso el nombre. Tampoco yo le habría dado el nombre de Antonino, salvo para lograr su identificación, la cual obliga muchas veces a emplear hasta aquellos nombres que han sido abolidos.

Fue asesinada con él también su madre Simiamira, mujer viciosísima y digna de tal hijo. Una vez muerto Antonino, se procuró ante todo que jamás entrara ninguna mujer en el senado y que se consagrara y se dedicara a los infiernos la cabeza de quien lo hiciera.

Se han escrito ya muchas cosas obscenas sobre la vida de este emperador. Pero, como éstas no son dignas de ser mencionadas, yo he considerado que debía narrar aquellos actos que atañen a su fastuosidad, algunos de los cuales, según cuentan, los realizó cuando era un simple particular, otros cuando ya era emperador, pues él mismo decía que como

<sup>48</sup> Se trata de las *Thermae Antoninianae* o baños de Caracalla (cf. *Caracalla*, 9,4). El *Vicus Sulpicius* era el barrio o calle de este nombre que daba acceso a dichas termas. En efecto, el término *uicus* indica, en su sentido originario, «un cierto número de casas que se tocan», por consiguiente, una calle bordeada de casas en una villa o en una ciudad, y un barrio de ciudad. La alusión a la calle es clara en *Caracalla*, 9,9: *idem uiam nouam muniuit, quae est sub thermis eius*.

particular imitaba a Apicio <sup>49</sup>, pero como emperador imitaba a Nerón, Otón y Vitelio.

- 19 En efecto, fue el primero de todos los ciudadanos privados que cubrió sus lechos con colchas de oro, porque entonces estaba permitido hacerlo por autorización de Marco Antonino, que había vendido en subasta pública los muebles imperiales. Después ofreció durante el verano festines, engalanados con distintos colores, de manera que un día exhibía el verde, otro día el verdemar, otro día el azulado, y así sucesivamente, cambiando continuamente de color durante todos los días de verano. Fue el primero que tuvo marmitas de cocción autónoma y el primero también que tuvo marmitas simples <sup>50</sup>, vasos de cien libras de plata grabados y algunos de ellos deshonorados con figuras muy libidinosas. Fue el primero que inventó el vino aromatizado con almáciga y con poleo y todos los combinados que mantiene nuestro boato actual. En cuanto al vino rosado, utilizado ya por otros, le volvió más oloroso añadiéndole trozos de piñas. En fin, no se encuentran noticias sobre estos tipos de brebajes en las biografías anteriores a Heliogábalos. Para él la vida se reducía a la búsqueda de nuevos placeres. Fue el primero que hizo morcillas de pescado, de ostras normales, de ostras lisas y de otras conchas marinas similares, de langosta, cangrejos y esqui-

<sup>49</sup> M. Gavio Apicio fue el más célebre de los gastrónomos latinos. Escribió un tratado de recetas sobre salsas (*De condituris*) recompuesto hacia el año 400 en un tratado de arte de cocina (*De re coquinaria*).

<sup>50</sup> Traducimos así los dos términos latinos *autepsas* y *caccabos*. *Autepsa*, del griego ἀυθέψης, significa en su sentido original algo que «hierve por sí mismo», de donde se infiere que era un aparato que contenía en un recinto fuego y combustible para cocer el agua o los alimentos, que se albergaban en otro, de forma que con ella se podía cocinar en cualquier parte. En Pompeya se han encontrado algunos ejemplares de este tipo. El *caccabus*, también del griego κακκάβη, era un pote para hervir en él carne o legumbre, colocándolo sobre el fuego o un trípode.

llas. Cubrió de rosas los triclinios, los lechos y los 7  
 pórticos y, una vez que estaban adornados así, cam-  
 minaba sobre ellos; y los cubrió también con todo  
 tipo de flores, con lirios, violetas, jacintos y narcis- 8  
 sos. Sólomente nadaba en piscinas rociadas con no- 9  
 bles perfumes o con azafrán. Tampoco le gustaba  
 acostarse en lechos que no tuvieran pelo de liebre  
 o plumas de perdiz, de debajo de las alas; y cam-  
 biaba con mucha frecuencia los colchones.

20 A veces despreció al senado hasta tal punto, que  
 llamaba a los senadores esclavos togados y al pue-  
 blo romano labrador de una sola propiedad, no ob-  
 servando ninguna consideración hacia el orden 2  
 ecuestre. Invitaba con mucha frecuencia al prefecto  
 de la Ciudad a beber un trago juntos después de co-  
 mer, invitación que cursaba también a los prefec-  
 tos del Pretorio de tal forma que, si la rehusaban,  
 los obligaban a aceptarla los jefes de las cancille- 3  
 rías <sup>51</sup>. Tuvo también la intención de nombrar un  
 prefecto por cada uno de los distritos de la Ciudad  
 para que hubiera catorce en Roma <sup>52</sup>. Y hubiera lle-  
 vado a cabo su propósito, si hubiera vivido, para  
 promocionar a los hombres más degenerados y de  
 las más bajas profesiones, sin excepción.

Tenía lechos de plata maciza en sus comedores 4  
 y dormitorios. Comía con mucha frecuencia, a imi- 5  
 tación de Apicio, pezuñas de camellos, crestas de po-  
 llos recién cortadas y lenguas de pavo y de ruise-  
 ñor, porque decían que quien comiera estos man-  
 jares se vería libre de la peste. Ofreció al personal

<sup>51</sup> Los *magistri officiorum*, es decir, los jefes de las distintas seccio-  
 nes administrativas.

<sup>52</sup> El proyecto de Heliogábalo lo llevó a cabo Alejandro, encomen-  
 dando las 14 regiones a 14 *curatores* de rango consular, cf. *Alejandro Se-  
 vero*, 33,1. Augusto, cuando dividió los 14 distritos, los encomendó a  
 un pretor, edil o tribuno de la plebe, y Adriano posteriormente a per-  
 sonas que no tenían rango senatorial.

de la corte desmesuradas tarteras repletas de entrañas de barbos, de sesos de flamenco, de huevos de perdiz, de sesos de tordos y de cabezas de loros, de faisanes y de pavos. Ordenaba que sirvieran barbas de salmonetes tan descomunales, por cierto, que las presentaba en platos y vasijas de cocer habas completamente llenos, en sustitución de los mastuerzos, adormideras, judías verdes con vinagre y heno griego, lo cual es extraordinariamente asombroso.

- 21 Alimentaba a sus perros con trozos de hígado de ganso. Sentía un pasión especial por los leones y leopardos privados de sus garras, a los que, una vez que les habían adoctrinado ya sus domadores, al servir el segundo y tercer plato, hacía recostarse inesperadamente a los pies de sus invitados para llenarlos de espanto y suscitar carcajadas, puesto que todos ellos ignoraban que estaban domados. Enviaba a las caballerizas uvas de Apamena<sup>53</sup> para alimentar a sus caballos y daba de comer a sus leones y otros animales loros y faisanes. Hizo servir también durante diez días consecutivos treinta tetinas de jabalinas diarias con sus matrices, guisantes con piezas de oro, lentejas con ceraunias, habas con trozos de ámbar y arroz con perlas blancas. Rociaba además los peces y las setas con perlas blancas en lugar de pimienta. En sus triclinios de artesonado giratorio cubría a sus invitados de violetas y flores, hasta el punto de que algunos de ellos murieron al no poder salir al exterior. Mezclaba el agua de sus piscinas y baños con vino aromatizado y con vino de rosas y ajeno. Invitó a beber a la plebe con él y engulló tal cantidad de vino con el pueblo que, cuando se percataron de lo que él sólo había tragado, pensaban que había estado bebiendo en una pis-

<sup>53</sup> Ciudad siria, junto al río Orontes.

cina. Como ofrendas a los comensales <sup>54</sup>, distribuyó eunucos, cuadrigas, caballos enjaezados, mulos, literas cerradas, carruajes, mil áureos y cien libras de plata. 7

- 22 En los banquetes escribía sobre las cucharas unas suertes tan magníficas, que uno salía de ellos con «diez camellos», otro con «diez moscas», aquél con «diez libras de oro», éste con «diez libras de plomo», otro con «diez avestruces» y otro con «diez huevos de gallina», de tal manera que constituían unos auténticos sorteos, en los que los comensales probaban sus respectivos sinos.

La misma costumbre exhibió en los juegos, distribuyendo lotes de diez osos, de diez loros, de diez lechugas o de diez libras de oro. Y él fue el primero que instituyó estos sorteros, tal como los conservamos actualmente. Pero invitó a un auténtico sorteo a los actores de teatro, ofreciendo los siguientes lotes: perros muertos, una libra de carne de buey, cien monedas de oro, mil de plata, cien bolsas de piezas de bronce y otros similares. El pueblo aceptó estos donativos con tanto agrado que tras estos sorteos se alegraba de que fuera él quien imperara. 2  
3  
4

- 23 Se dice que ofreció espectáculos navales y circences en canales llenos de vino, que roció los mantos con esencia de viñas silvestres, que condujo cuatro cuadrigas de elefantes en el Vaticano, tras derruir los sepulcros que estorbaban, y que unció también cuatro camellos a un carro en un circo particular para ofrecer un espectáculo. Se dice que reunió serpientes valiéndose de la ayuda de los sacerdotes del 2

---

<sup>54</sup> Se trata de los *apophoreta* (de ἀποφόρητα «tributo»), nombre que daban los romanos a los regalos con que se obsequiaban en ciertas solemnidades en las comidas, juegos, etc.

pueblo marso <sup>55</sup> y que, antes del amanecer, cuando suele el pueblo reunirse para celebrar los juegos, las dejó sueltas y que muchos concurrentes fueron heridos por sus mordeduras, o a consecuencia de la huida. Utilizaba una túnica toda de oro, pero también utilizaba otra de púrpura y otra Pérsica, recamada de piedras preciosas, diciendo que se sentía agobiado por el peso del placer. Llevaba adornados sus calzados con piedras preciosas, que estaban además grabadas, lo que provocó la burla general, como si los grabados de los artistas ilustres pudieran ser admirados en la piedras preciosas que van sujetas a los pies. Deseaba utilizar una diadema cuajada de piedras preciosas, para adquirir mayor hermosura y un semblante más parecido al de una mujer. Esta diadema la utilizó también en casa. Se dice también que prometió a sus convidados un ave fénix o, en su lugar, mil libras de oro, para despedirlos como cuadraba a un emperador. Construyó estanques con agua de mar, sobre todo en lugares del interior y luego se los remitió a cada uno de sus amigos para que nadaran en ellos, llenándolos posteriormente de peces. Hizo acarrear nieve y erigió con ella una montaña en verano en el jardín de su palacio. Jamás comía peces en la costa pero, si se hallaba en las regiones lejanas al mar, ofrecía todo tipo de productos marinos. Ofrecía como alimento a los campesinos de las regiones del interior leche de murenas y de lobos marinos.

24 Comía siempre los peces con condimentos azu-  
lados, como si se hubieran cocido en agua de mar  
conservando su color natural. Construyó piscinas  
que llenaba momentáneamente con vino rosado y  
rosas y se bañaba en ellas con todos los suyos, pro-

<sup>55</sup> Pueblo que vivía en el actual Abruzzo.

porcionándoles a continuación caldarios <sup>56</sup> perfumados con nardo. Empleaba bálsamo en las lámparas. Nunca gozó dos veces de una mujer, excepto de su esposa. Abrió lupanares en su mansión para sus amigos, sus clientes, y sus esclavos. Nunca comía por menos de cien sestercios, esto es, por treinta libras de plata; sin embargo, en alguna ocasión su comida costó tres mil sestercios, calculando todos los gastos en conjunto. Sobrepasó en sus comidas a Vitelio y a Apicio. Acarreaba con bueyes los peces de sus viveros. Un día, al pasar por el mercado, se lamentó de la mendicidad del pueblo. Ataba a sus parásitos <sup>57</sup> a una rueda acuática y, haciéndola girar, los sumergía bajo las aguas o los lanzaba de nuevo a la superficie, llamándoles por ello sus «amigos Ixiónios <sup>58</sup>». Pavimentó con rocas de Lacedemonia <sup>59</sup> y con otras de color púrpura los patios del Palacio, a los que dio el nombre de Antoninianos. Estas losas se han conservado hasta nuestro tiempo, pero hace poco las han arrancado y las han hecho pedazos. Había ordenado erigir una gigantesca columna en forma de caracol, a la que se pudiera subir por dentro, para emplazar en lo más alto de ella al dios Heliogábalo, pero no en-

<sup>56</sup> El *caldarium* era la habitación destinada al baño caliente, grande y luminosa. En un extremo estaba situado el baño (*alveum*) circular, en el otro el *laconicum* o *assa sudatio*, especie de alcoba semicircular con un recipiente de agua con la que el bañista se rociaba de vez en cuando si la temperatura era excesiva.

<sup>57</sup> Entre los griegos, el ayudante del sacerdote. Entre los romanos, antiguamente, los ayudantes de los oficiales civiles que eran mantenidos por el Estado. Luego, el término adquirió un sentido despectivo indicando el bufón o gorrón que divertía a los comensales para comer a costa de otros.

<sup>58</sup> Por el castigo que sufrió Ixión, rey de los Lapitas, porque sedujo a Juno. La pena consistía en dar vueltas atado mediante unas serpientes a una rueda en perpetuo movimiento.

<sup>59</sup> Territorio de Laconia, en el Peloponeso. Eran famosas las piedras de esta región por su parecido al mármol.

contró una roca de las dimensiones deseadas en Tebas <sup>60</sup>, de donde había pensado traerla.

25 A menudo encerraba en un dormitorio a sus amigos, después de haberles emborrachado, e inesperadamente introducía por la noche leones, leopardos y osos desprovistos de garras para que, al despertarse con la luz del día o, lo que es más grave aún, durante la noche, se encontraran con estas fieras en la misma estancia, y como consecuencia, la mayor parte de ellos murieron. A muchos de sus amigos de condición humilde les hacía sentar en cojines hinchados en lugar de los asientos normales y, cuando estaban comiendo, ordenaba desinflarlos de tal manera que, a menudo, se encontraban de pronto comiendo bajo la mesa. En fin, él fue el primero que introdujo la costumbre de tender en tierra, no sobre los lechos, un recostadero de forma circular <sup>61</sup>, con el fin de que los esclavos pudieran desatar por los pies los cojines para quitarlos el aire. Ordenó que en los adulterios que representaban los mimos se realizaran de verdad aquellas escenas que sólo suelen ejecutarse de forma fingida. Solía comprar meretrices a todos los mercaderes de esclavos y luego las manumitía. Habiendo surgido un día, en el transcurso de una charla privada, el tema del número de herniados que podría haber en Roma, ordenó que los hicieran a todos una señal y que los exhibieran en sus baños, y a continuación se bañó con ellos, aunque algunos pertenecían a la nobleza. A menudo exhibió gladiadores que luchaban en su honor antes de sus banquetes y también púgiles. Se instaló en lo más alto de un anfiteatro un triclinio y, mientras comía, hacía que le exhibieran ejecuciones de delincuentes y cacerías de fie-

<sup>60</sup> Ciudad de Grecia antigua, en la Beocia. Para la afición del emperador por las torres, véase Herodiano, V,6,9.

<sup>61</sup> Un triclinio llamado *sigma*, cf. Adriano, 17,4.



ras salvajes. Al segundo plato, ofrecía a sus parásitos comida, unas veces representada en cera, otras en madera, otras en marfil, en alguna ocasión en barro y algunas veces incluso en mármol o piedra, con el fin de que pudieran contemplar, en distinta materia, todos los alimentos que él comía, aunque sóloamente bebían en cada uno de los servicios y se lavaban las manos, como si hubieran comido. 9

26 Se dice que fue el primero de los romanos que usó vestidos confeccionados totalmente en seda, cuando se usaban ya los que contenían este producto al cincuenta por ciento. No empleaba jamás telas de lino lavadas y llamaba mendigos a los que las utilizaban después de haberlas lavado. Después de comer se presentó siempre en público vestido con dalmática<sup>62</sup>, llamándose a sí mismo Fabio Gurges<sup>63</sup> y Escipión, porque Fabio y Cornelio fueron presentados por sus padres en público con dicho atuendo cuando eran jóvenes, con el fin de corregir sus costumbres. 2

Reunió en unos edificios públicos a todas las meretrices que pululaban por el circo, por el estadio, por los baños y por otros lugares, y pronunció una arenga ante ellas como si se trata de una arenga militar, llamándolas «compañeras de armas», y discutió con ellas sobre las distintas clases de posturas y placeres. Admitió después en una asamblea como ésta a alcahuetes y libertinos, que hizo buscar por todas partes, y a los muchachitos y jóvenes más disolutos. Y, habiéndose presentado ante las meretrices con atuendo afeminado y las tetillas al aire, y, ante aquellos degenerados con el atuendo exterior que utilizan los jóvenes que se prostituyen, después de arengarlos, les prometió un donativo de tres áu- 3 4 5

<sup>62</sup> Cf. *Cómodo*, 8,8, n. 22.

<sup>63</sup> Probablemente Quinto Fabio Máximo Gurges, cónsul en el 292, 276 y 265 a. C.

reos como si fueran soldados y les pidió que suplir-  
 caran a los dioses la posibilidad de disponer de otras  
 personas que merecieran su recomendación.

Bromeaba con sus esclavos hasta el punto de 6  
 mandarles que le llevaran mil libras de telarañas,  
 ofreciéndoles un premio, y se dice que llegó a reu-  
 nir diez mil libras de este tejido, asegurando que  
 también por esto podría comprenderse cuán gran- 7  
 de era Roma. Enviaba a sus parásitos como salario  
 anual, en lugar de provisiones, vasijas llenas de ra-  
 nas, escorpiones, serpientes y otros monstruos se- 8  
 mejantes. Encerraba también en otras vasijas simi-  
 lares una infinidad de moscas a las que llamaba abe-  
 jas domésticas.

27 Hizo exhibir permanentemente para sí en sus co-  
 medores o en sus pórticos, cuando desayunaba y  
 comía, cuadrigas de las que actuaban en el circo,  
 obligando a que las guiaran los ancianos a los que  
 invitaba, aunque algunos de ellos desempeñaran  
 cargos públicos. Siendo ya emperador, ordenaba 2  
 que le procuraran diez mil ratones, mil comadreas  
 y mil lirones. Tuvo a su servicio confiteros y le- 3  
 cheros tan hábiles que imitaban con dulces o con  
 leche los distintos alimentos que representaban sus  
 cocineros, maestresalas y fruteros. Ofreció a sus pa- 4  
 rásitos comidas preparadas incluso con vidrio y, a  
 veces, enviaba para engalanar las mesas tantos man-  
 teles pintados con los manjares que le iban a servir  
 como platos iba a comer, de tal forma que éstos se  
 ofrecían sólomente en figuras hechas con la aguja o 5  
 con el telar. No obstante, a veces les eran ofrecidos  
 incluso cuadros pintados, dando la impresión de  
 que se les servía todo tipo de manjares y, a pesar  
 de ello, se consumían de hambre. Mezcló piedras 6  
 preciosas con frutas y flores. Lanzó también por la  
 ventana la misma cantidad de alimentos que servía  
 a sus amigos. Había dado órdenes de que entrega- 7  
 ran lo equivalente a la contribución de un año apor-  
 tada por el pueblo romano a las meretrices, alca-

huetes y degenerados que habitaban dentro de la Ciudad, prometiendo otro tanto a los que vivían fuera, ya que en aquella época Roma contaba con reservas de trigo equivalentes al tributo de siete años, gracias a la previsión de Severo y Basiano.

28 Unció cuatro perros gigantescos a un carro y se paseó en él por el interior de su mansión imperial, repitiendo así el mismo espectáculo que había ofrecido en sus posesiones cuando él era aún ciudadano particular. Se presentó también en público guiando un carro al que había enganchado cuatro grandes ciervos. Unció también leones a su carro, dándose a sí mismo el título de «gran Madre»<sup>64</sup> e hizo lo mismo con tigres, llamándose en este caso Baco<sup>65</sup> y presentándose con el vestido típico con el que suelen presentarse los dioses a los que imitaba. Poseía en Roma unas pequeñas serpientes de Egipto a las que los habitantes de este país llaman «buenos genios»<sup>66</sup>. Tuvo también hipopótamos, un cocodrilo, un rinoceronte y todos los animales de Egipto que eran aptos, dada su naturaleza, para ser exhibidos. Ofreció algunas veces en sus festines avestruces, afirmando que a los judíos se les había preceptuado comer tales aves.

Resulta realmente sorprendente el siguiente hecho que cuentan del él: habiendo invitado a desayunar a ciudadanos del más alto rango social, hizo que cubrieran los lechos con azafrán, diciendo que les ofrecía heno en atención a su dignidad. Realizaba por las noches las actividades diurnas y durante el día las nocturnas, porque consideraba como un recurso más de su molicie levantarse de dormir

<sup>64</sup> La *Mater magna* o Cibeles, cf. n. 9 y *Clodio Albino*, n. 16.

<sup>65</sup> Dios del vino.

<sup>66</sup> «Buen genio», *agathodaemon*, es traducción del término griego ἀγαθοδαίμων con el que se designa al buen espíritu, algo así como nuestro ángel de la guarda.

e iniciar tarde las audiencias y, viceversa, acostarse a dormir de mañana. Se mostraba a diario generoso con sus amigos y era difícil que despidiera a alguno de ellos sin un regalo, salvo a los que había averiguado que eran ahorradores, pues los consideraba unos infortunados.

29 Disponía de carruajes cubiertos de piedras preciosas y de oro y despreciaba los que estaban hechos de plata, marfil o bronce. Uncía a un pábilo <sup>67</sup> 2  
dos o cuatro mujeres bellísimas, o bien a tres o más, y así era paseado; sin embargo, la mayor parte de las veces le paseaban desnudo, yendo desnudas también las mujeres que tiraban del carro.

Tuvo también la costumbre de invitar a comer a 3  
ocho hombres calvos, y también a ocho tuertos, a ocho gotosos, a ocho sordos, a ocho negros, a ocho individuos espigados o a ocho obesos, con el fin de suscitar la risa general, puesto que tales comensales no podían emplazarse en un sólo lecho. Regalaba 4  
a sus invitados todos los utensilios de plata de sus banquetes y, más frecuentemente, todas las copas en que había bebido. Fue el primer general romano que ofreció públicamente garo mezclado con 5  
agua, que hasta entonces era una comida militar y cuyo uso restableció poco después Alejandro. Proponía además a sus invitados, a modo de tesis, 6  
cómo inventar nuevas salsas para condimentar los manjares y concedía el premio más alto al que hubiera dado con uno de su gusto, otorgándole como regalo un vestido de seda, prenda que se consideraba entonces rara y distinguida; si, por el contrario, 7  
alguien preparaba un condimento que no le gustaba, recibía la orden de comer constantemente de él hasta que inventara otro mejor. Se sentaba 8  
siempre en medio de flores o de esencias de gran valor. Le gustaba que dijeran que el precio de los 9

<sup>67</sup> Carro pequeño de una rueda.

manjares que servían a su mesa era muy alto, pues afirmaba que ésta no era más que un aperitivo para los convites.

- 30 Se pintó como confitero, perfumero, tabernero, tendero y alcahuete, e incluso desempeñó sin cesar todos estos oficios en su casa. Hizo servir en múltiples meses en una sólo comida las cabezas de seiscientos avestruces, para que se comieran los sesos. Ofreció una vez un banquete tan espléndido que sirvieron veintidós platos con grandes cantidades de manjares, pero tanto él como sus amigos se bañaban después de cada plato y hacían el amor, jurando y perjurando que habían satisfecho su deseo. Celebró también otro banquete con las siguientes características: se preparaba en casa de cada uno de sus amigos un plato distinto y, aunque uno habitaba en el Capitolio, otro en la Palatino, otro al lado de la muralla de Roma, otro en el Celio y otro en la ribera de más allá del Tíber, comían dichos platos de uno en uno y por turno en los distintos domicilios, prescindiendo del lugar donde habitaban, y de este modo recorrieron todas las casas. Así, apenas dio tiempo a acabarse en el transcurso de todo el día un solo banquete, porque todos se bañaban después de cada servicio y luego gozaban de mujeres. Ofreció constantemente un plato Sibarítico aderezado con aceite y garo<sup>68</sup>, plato inventado por los sibaritas el mismo año en que murieron. Se dice que mandó construir baños en muchos lugares distintos y que ordenó destruirlos después de haberlos utilizado una sola vez, a fin de no tener baños usados. El mismo proceder observó, según dicen, con sus casas, con sus palacios provinciales

<sup>68</sup> Especie de salsa para mezclarla con las legumbres, carne, vinagre, aceite, etc., con el fin de dar más sabor a la comida. Se preparaba con los menudillos y otras partes de los peces, poniéndolo en salmuera y dejándolo al sol durante algún tiempo.

y con sus dormitorios. Ahora bien, yo creo que es- 8  
tos detalles, y algunos otros que sobrepasan la cre-  
dibilidad, son fruto de la invención de aquéllos que  
han pretendido deshonar a Heliogábalo para favo-  
recer a Alejandro.

31 Se dice que alquiló por seis mil sestercios a una  
cortesana muy conocida y muy hermosa y que la  
respetó sin tocarla, como si fuera virgen. En una 2  
ocasión en que un individuo le preguntaba, cuando  
aún no era emperador: «¿No temes empobrecerte?»,  
dicen que le contestó: «¿Puede ocurrir algo mejor  
que yo sea mi propio heredero y el heredero de mi  
esposa?». Además, se había adueñado de los recur- 3  
sos dejados en testamento por muchas personas en  
atención a su padre. Afirmaba que no quería tener  
hijos, pues temía que alguno le saliera austero. Orde- 4  
naba que quemaran aromas de las Indias para calentar  
sus habitaciones, pero que no emplearan carbón.  
Cuando era un simple ciudadano jamás emprendió  
un viaje con menos de sesenta carruajes, a pesar de  
que su abuela Varia protestaba diciéndole que se 5  
iba a arruinar. En cambio, siendo ya emperador, se  
dice que hacía que le siguieran hasta seiscientos  
carruajes, alegando que el rey de los persas viajaba  
con diez mil camellos y que Nerón había empre-  
ndido una marcha con quinientas carrozas. La causa 6  
que justificaba tal cantidad de vehículos era que fi-  
guraba en su séquito un gran número de alcahuet-  
tes, alcahuetas, cortesanas, degenerados y seductores  
dotados además de buenos cojones. Se bañaba 7  
siempre acompañado de mujeres, de tal suerte que  
las depilaba él personalmente con psilotro <sup>69</sup>, cui-

<sup>69</sup> El *psilothrum*, de griego ψίλωθρον, era un preparado medicinal o unguento hecho a base de arsénico calentado y de cal viva. Lo utilizaban las personas de costumbres afeminadas para eliminar los pelos de la piel, cf. Marcial, III,74; VI,93.

dando también su barba, vergüenza da decirlo, con el mismo psilotro con el que depilaba a las mujeres, y a la misma hora. También rasuró los miembros viriles de sus íncubos usando la misma navaja con la que él se hacía la barba. Cubrió el pórtico con limaduras de oro y plata y se lamentaba de no poder hacerlo con ámbar, y realizó esta misma operación frecuentemente en el trecho de camino que hacía a pie hasta su caballo o carroza, igual que se hace hoy con arena dorada. 8

32 Nunca utilizó dos veces su calzado, pero incluso sus anillos tampoco se los puso dos veces, según dicen. Frecuentemente rasgó vestidos de elevado precio. Capturó una ballena y la pesó haciendo servir a sus amigos una cantidad de pescado porporcional al del peso de aquélla. Hizo hundir en el puerto navíos ya cargados, diciendo que esta acción era una muestra de su magnanimidad. Descargaba el peso de su vientre en recipientes de oro y orinaba en piezas de murra o de ónice. Se le atribuye la siguiente frase: «En caso de que tenga un heredero, le nombraré un tutor que le obligue a hacer lo que yo he hecho y estoy dispuesto a hacer». Tuvo también la costumbre de procurarse las comidas, de tal guisa que un día comía únicamente faisán, y por tanto arreglaba todos los platos sólomente con carne de faisanes, y otro día comía pollo, otro peces de distintas clases, otro carne de cerdo, otro avestruces, otro verduras, otro frutas, otro dulces y otro lactici- 2  
 3  
 4  
 5  
 6  
 7  
 8  
 9  
 10  
 11  
 12  
 13  
 14  
 15  
 16  
 17  
 18  
 19  
 20  
 21  
 22  
 23  
 24  
 25  
 26  
 27  
 28  
 29  
 30  
 31  
 32  
 33  
 34  
 35  
 36  
 37  
 38  
 39  
 40  
 41  
 42  
 43  
 44  
 45  
 46  
 47  
 48  
 49  
 50  
 51  
 52  
 53  
 54  
 55  
 56  
 57  
 58  
 59  
 60  
 61  
 62  
 63  
 64  
 65  
 66  
 67  
 68  
 69  
 70  
 71  
 72  
 73  
 74  
 75  
 76  
 77  
 78  
 79  
 80  
 81  
 82  
 83  
 84  
 85  
 86  
 87  
 88  
 89  
 90  
 91  
 92  
 93  
 94  
 95  
 96  
 97  
 98  
 99  
 100  
 101  
 102  
 103  
 104  
 105  
 106  
 107  
 108  
 109  
 110  
 111  
 112  
 113  
 114  
 115  
 116  
 117  
 118  
 119  
 120  
 121  
 122  
 123  
 124  
 125  
 126  
 127  
 128  
 129  
 130  
 131  
 132  
 133  
 134  
 135  
 136  
 137  
 138  
 139  
 140  
 141  
 142  
 143  
 144  
 145  
 146  
 147  
 148  
 149  
 150  
 151  
 152  
 153  
 154  
 155  
 156  
 157  
 158  
 159  
 160  
 161  
 162  
 163  
 164  
 165  
 166  
 167  
 168  
 169  
 170  
 171  
 172  
 173  
 174  
 175  
 176  
 177  
 178  
 179  
 180  
 181  
 182  
 183  
 184  
 185  
 186  
 187  
 188  
 189  
 190  
 191  
 192  
 193  
 194  
 195  
 196  
 197  
 198  
 199  
 200  
 201  
 202  
 203  
 204  
 205  
 206  
 207  
 208  
 209  
 210  
 211  
 212  
 213  
 214  
 215  
 216  
 217  
 218  
 219  
 220  
 221  
 222  
 223  
 224  
 225  
 226  
 227  
 228  
 229  
 230  
 231  
 232  
 233  
 234  
 235  
 236  
 237  
 238  
 239  
 240  
 241  
 242  
 243  
 244  
 245  
 246  
 247  
 248  
 249  
 250  
 251  
 252  
 253  
 254  
 255  
 256  
 257  
 258  
 259  
 260  
 261  
 262  
 263  
 264  
 265  
 266  
 267  
 268  
 269  
 270  
 271  
 272  
 273  
 274  
 275  
 276  
 277  
 278  
 279  
 280  
 281  
 282  
 283  
 284  
 285  
 286  
 287  
 288  
 289  
 290  
 291  
 292  
 293  
 294  
 295  
 296  
 297  
 298  
 299  
 300  
 301  
 302  
 303  
 304  
 305  
 306  
 307  
 308  
 309  
 310  
 311  
 312  
 313  
 314  
 315  
 316  
 317  
 318  
 319  
 320  
 321  
 322  
 323  
 324  
 325  
 326  
 327  
 328  
 329  
 330  
 331  
 332  
 333  
 334  
 335  
 336  
 337  
 338  
 339  
 340  
 341  
 342  
 343  
 344  
 345  
 346  
 347  
 348  
 349  
 350  
 351  
 352  
 353  
 354  
 355  
 356  
 357  
 358  
 359  
 360  
 361  
 362  
 363  
 364  
 365  
 366  
 367  
 368  
 369  
 370  
 371  
 372  
 373  
 374  
 375  
 376  
 377  
 378  
 379  
 380  
 381  
 382  
 383  
 384  
 385  
 386  
 387  
 388  
 389  
 390  
 391  
 392  
 393  
 394  
 395  
 396  
 397  
 398  
 399  
 400  
 401  
 402  
 403  
 404  
 405  
 406  
 407  
 408  
 409  
 410  
 411  
 412  
 413  
 414  
 415  
 416  
 417  
 418  
 419  
 420  
 421  
 422  
 423  
 424  
 425  
 426  
 427  
 428  
 429  
 430  
 431  
 432  
 433  
 434  
 435  
 436  
 437  
 438  
 439  
 440  
 441  
 442  
 443  
 444  
 445  
 446  
 447  
 448  
 449  
 450  
 451  
 452  
 453  
 454  
 455  
 456  
 457  
 458  
 459  
 460  
 461  
 462  
 463  
 464  
 465  
 466  
 467  
 468  
 469  
 470  
 471  
 472  
 473  
 474  
 475  
 476  
 477  
 478  
 479  
 480  
 481  
 482  
 483  
 484  
 485  
 486  
 487  
 488  
 489  
 490  
 491  
 492  
 493  
 494  
 495  
 496  
 497  
 498  
 499  
 500  
 501  
 502  
 503  
 504  
 505  
 506  
 507  
 508  
 509  
 510  
 511  
 512  
 513  
 514  
 515  
 516  
 517  
 518  
 519  
 520  
 521  
 522  
 523  
 524  
 525  
 526  
 527  
 528  
 529  
 530  
 531  
 532  
 533  
 534  
 535  
 536  
 537  
 538  
 539  
 540  
 541  
 542  
 543  
 544  
 545  
 546  
 547  
 548  
 549  
 550  
 551  
 552  
 553  
 554  
 555  
 556  
 557  
 558  
 559  
 560  
 561  
 562  
 563  
 564  
 565  
 566  
 567  
 568  
 569  
 570  
 571  
 572  
 573  
 574  
 575  
 576  
 577  
 578  
 579  
 580  
 581  
 582  
 583  
 584  
 585  
 586  
 587  
 588  
 589  
 590  
 591  
 592  
 593  
 594  
 595  
 596  
 597  
 598  
 599  
 600  
 601  
 602  
 603  
 604  
 605  
 606  
 607  
 608  
 609  
 610  
 611  
 612  
 613  
 614  
 615  
 616  
 617  
 618  
 619  
 620  
 621  
 622  
 623  
 624  
 625  
 626  
 627  
 628  
 629  
 630  
 631  
 632  
 633  
 634  
 635  
 636  
 637  
 638  
 639  
 640  
 641  
 642  
 643  
 644  
 645  
 646  
 647  
 648  
 649  
 650  
 651  
 652  
 653  
 654  
 655  
 656  
 657  
 658  
 659  
 660  
 661  
 662  
 663  
 664  
 665  
 666  
 667  
 668  
 669  
 670  
 671  
 672  
 673  
 674  
 675  
 676  
 677  
 678  
 679  
 680  
 681  
 682  
 683  
 684  
 685  
 686  
 687  
 688  
 689  
 690  
 691  
 692  
 693  
 694  
 695  
 696  
 697  
 698  
 699  
 700  
 701  
 702  
 703  
 704  
 705  
 706  
 707  
 708  
 709  
 710  
 711  
 712  
 713  
 714  
 715  
 716  
 717  
 718  
 719  
 720  
 721  
 722  
 723  
 724  
 725  
 726  
 727  
 728  
 729  
 730  
 731  
 732  
 733  
 734  
 735  
 736  
 737  
 738  
 739  
 740  
 741  
 742  
 743  
 744  
 745  
 746  
 747  
 748  
 749  
 750  
 751  
 752  
 753  
 754  
 755  
 756  
 757  
 758  
 759  
 760  
 761  
 762  
 763  
 764  
 765  
 766  
 767  
 768  
 769  
 770  
 771  
 772  
 773  
 774  
 775  
 776  
 777  
 778  
 779  
 780  
 781  
 782  
 783  
 784  
 785  
 786  
 787  
 788  
 789  
 790  
 791  
 792  
 793  
 794  
 795  
 796  
 797  
 798  
 799  
 800  
 801  
 802  
 803  
 804  
 805  
 806  
 807  
 808  
 809  
 810  
 811  
 812  
 813  
 814  
 815  
 816  
 817  
 818  
 819  
 820  
 821  
 822  
 823  
 824  
 825  
 826  
 827  
 828  
 829  
 830  
 831  
 832  
 833  
 834  
 835  
 836  
 837  
 838  
 839  
 840  
 841  
 842  
 843  
 844  
 845  
 846  
 847  
 848  
 849  
 850  
 851  
 852  
 853  
 854  
 855  
 856  
 857  
 858  
 859  
 860  
 861  
 862  
 863  
 864  
 865  
 866  
 867  
 868  
 869  
 870  
 871  
 872  
 873  
 874  
 875  
 876  
 877  
 878  
 879  
 880  
 881  
 882  
 883  
 884  
 885  
 886  
 887  
 888  
 889  
 890  
 891  
 892  
 893  
 894  
 895  
 896  
 897  
 898  
 899  
 900  
 901  
 902  
 903  
 904  
 905  
 906  
 907  
 908  
 909  
 910  
 911  
 912  
 913  
 914  
 915  
 916  
 917  
 918  
 919  
 920  
 921  
 922  
 923  
 924  
 925  
 926  
 927  
 928  
 929  
 930  
 931  
 932  
 933  
 934  
 935  
 936  
 937  
 938  
 939  
 940  
 941  
 942  
 943  
 944  
 945  
 946  
 947  
 948  
 949  
 950  
 951  
 952  
 953  
 954  
 955  
 956  
 957  
 958  
 959  
 960  
 961  
 962  
 963  
 964  
 965  
 966  
 967  
 968  
 969  
 970  
 971  
 972  
 973  
 974  
 975  
 976  
 977  
 978  
 979  
 980  
 981  
 982  
 983  
 984  
 985  
 986  
 987  
 988  
 989  
 990  
 991  
 992  
 993  
 994  
 995  
 996  
 997  
 998  
 999  
 1000

dura <sup>70</sup> y recitaba versos acompañado del órgano. 9  
 Se dice también que en un sólo día, tapado con un  
 capuchón de mulero para que no le reconocieran,  
 visitó a todas las meretrices del circo, del teatro, del  
 anfiteatro y de todos los parajes de la Ciudad y, sin  
 haber satisfecho su sensualidad, las regaló a todas  
 algunas monedas de oro diciendo: «Que nadie lo  
 sepa. Antonino os hace este regalo».

Inventó ciertas clases de placeres de tal refina-  
 miento que superó a los *spintrias* de los antiguos  
 emperadores y se conocía todos los dispositivos de  
 Tiberio, Calígula y Nerón <sup>71</sup>.

33 También le había sido vaticinado por unos sacer- 2  
 dotes de Siria que moriría de muerte violenta. Por 3  
 ello, había preparado cuerdas trenzadas con hilo de 4  
 seda y de púrpura oscura y escarlata para hacer con 5  
 ellas un lazo si era preciso y poner fin así a su vida. 6  
 Había preparado igualmente espadas de oro para 7  
 suicidarse, si le apremiaba alguna fuerza imprevis-  
 ta. Había preparado también veneno en piedras  
 preciosas, jácintos y esmeraldas para darse muerte,  
 si le amenazaba algún peligro grave. Y había hecho  
 levantar una torre muy alta, construida bajo su ins-  
 pección con tablados incrustados en oro y pedre-  
 ría, para precipitarse desde ella, porque decía que  
 también su muerte debía ser valiosa y como una es-  
 pecie de lujo, hasta el punto que no se pudiera de-  
 cir que nadie había muerto como él. Pero de nada  
 le sirvieron estas medidas. En efecto, como dijimos,  
 fue asesinado por unos soldados de su guardia,  
 arrastrado por las calles, transportado vergonzosa-  
 mente por las cloacas y sumergido por fin en el Tí-  
 ber.

<sup>70</sup> Un instrumento musical con dos o tres cuerdas. La acción de tocarle se llamaba *pandurizare*, como atestigua Lampridio.

<sup>71</sup> Cf. Suetonio, *Tib.*, 43,1 y Tácito., *Ann.*, VI,1. *Spintrias* era el nombre de ciertos individuos que, según Suetonio, inventaban monstruosas cópulas: *monstrosique concubitus repertores*.



Así acabó el nombre de los Antoninos en la re- 8  
pública, pues de todos es sabido que éste fue un fal-  
so Antonino tanto por su vida como por el nombre.

34 Tal vez a alguien le parezca asombroso, oh res-  
petable Constantino, que esta plaga que he descri-  
to haya ocupado un puesto de emperador, y ade-  
más, casi durante tres años: ciertamente, no hubo  
entonces nadie en la república capaz de separarle  
del timón del Estado romano, mientras que nunca  
faltó un tiranicida para acabar con Nerón, Vitelio,  
Calígula <sup>72</sup> y otros monstruos similares. Pero, antes 2  
que nada, pido perdón por haber reseñado aquí  
estos detalles que he encontrado en distintos auto-  
res, habiendo callado, en cambio, muchas acciones  
impías y que no se pueden narrar sin experimentar  
muchísima vergüenza; ahora bien, todo lo que he 3  
expuesto, lo he encubierto en la medida de lo po-  
sible utilizando distintos eufemismos. En definitiva 4  
va, estoy convencido de que hay que tener presen-  
te aquéllo que suele repetir tu Clemencia: «Que es  
cosa de la fortuna ser emperador». En efecto, ha 5  
habido reyes que no han sido buenos y los ha habido  
muy malvados. Ahora bien, creo también que hay  
que intentar conseguir lo que suele repetir tu Pie-  
dad, que sean dignos del trono aquéllos a los que  
la fuerza del hado les ha destinado necesariamente 6  
a él. Y, puesto que éste fue el último de los Anto-  
ninos y después de él este nombre no le han osten-  
tado frecuentemente en la república los emperado-  
res, para que nadie se equivoque cuando comience  
la narración de la biografía de los Gordianos, pa-  
dre e hijo, que pretendían pertenecer a la familia de  
los Antoninos, haré estas dos observaciones: en pri-  
mer lugar, que tuvieron el título de Antonino no

<sup>72</sup> Nerón se anticipó a su asesinato suicidándose, Vitelio fue asesinado por los soldados y Calígula por un tribuno de la guardia pretoriana.

como nombre, sino como prenombre; en segundo 7  
lugar que, como veo en muchos libros, recibieron  
el nombre de «Antonios» no el de «Antoninos».

35 Esto es lo que se sabe sobre Heliogábalo, cuya  
vida, a pesar de mi oposición y renuncia, me decidí  
a escribir, tras espigar sus datos en distintos auto-  
res griegos y latinos, y a ofrecértela a tí, una vez  
publicada la de los emperadores que le precedieron.  
Voy a comenzar ahora a escribir la de los empera-  
dores siguientes. De ellos el mejor fue Alejandro, 2  
cuya biografía debe ser expuesta con detalle, pues  
fue príncipe durante trece años, mientras que los  
otros gobernaron seis meses y uno o dos años in-  
completos, siendo Aureliano el más importante y  
Claudio, el fundador de la familia, la honra de to-  
dos ellos. Al escribir a tu Clemencia, temo decir la 3  
verdad sobre él, no vayan a pensar los malévolos  
que soy adulador; pero yo quedaré absuelto frente  
a la envidia de los hombres perversos, cuando se re-  
conozca que también otros escritores le conside-  
ran ilustre. A estos príncipes hay que agregar Dio- 4  
cleciano, padre de la edad de oro, Maximiano, a  
quien el vulgo llama padre de la edad de hierro, y  
los restantes príncipes hasta llegar a tu Piedad. Por 5  
lo que a tí respecta, Augusto venerable, tu biogra-  
fía la narrarán en muchas y muy elocuentes pági-  
nas aquellos escritores a los que su ingenio fecun-  
dísimo les concedió tal don. A estos emperadores, 6  
se deben sumar aún Licinio, Severo, Alejandro y  
Majencio <sup>73</sup>, pues el poder de todos ellos ha veni-  
do a parar a tu autoridad; pero debe hacerse de tal  
manera que no se les quite un ápice a su valor. En 7  
efecto, no voy a seguir el procedimiento de la ma-

---

<sup>73</sup> Magencio fue derrotado por Constantino junto al puente Milvio en el año 312, Licinio cerca de Calcedonia en Bitinia en el 324. Los otros dos son Flavio Severo y Domicio Alejandro, según Hohl, *Scriptores*, I, p. 250.

yoría de los escritores consistente en denigrar a aquéllos que han caído derrotados, porque comprendo que voy a acrecentar tu gloria en caso de que diga toda la verdad sobre las buenas cualidades que aquéllos poseyeron.

## 18. ALEJANDRO SEVERO

(Elio Lampridio).

1 Después del asesinato de Vario Heliogábalo  
(pues hemos preferido darle este nombre al de An-  
tonino, porque aquella peste no mostró ninguna de  
las características que poseyeron los Antoninos y 2  
porque este nombre fue borrado de los anales por  
orden del senado) <sup>1</sup>, obtuvo el poder imperial para  
dicha del género humano Aurelio Alejandro, naci-  
do en la ciudad de Arca, hijo de Vario, nieto de Va-  
ria y primo hermano del mismo Gábalo <sup>2</sup>, después  
de que había sido nombrado César con anteriori-  
dad tras la muerte de Macrino, y recibió el nombre 3  
de Augusto, además de asumir también por conce-  
sión del senado en un mismo día el título de Padre  
de la patria, el derecho del proconsulado, la potes-  
tad tribunicia y el derecho de presentar cinco pro-  
puestas en el senado. Y, para que esta acumulación 4  
de honores no parezca precipitada, expondremos  
las causas por las que el senado se vio obligado a  
concedérselos y él a aceptarlos. Porque, efectiva- 5  
mente, no convenía a la dignidad del senado otor-

<sup>1</sup> Cf. *Heliogábalo*, 17,4.

<sup>2</sup> Hijo de Julia Avita Mamaea. Al nacer debió de llevar el gentilicio Gesio. Según Herodiano V,3,3, se llamaba Alexiano y luego pasó a llamarse Alejandro (V,7,3). Dión le llama Basiano (LXVIII,303). Para las versiones de su adopción y nombramiento, Cf. I. Moreno Ferrero, «La adopción de Alejandro Severo y su nombramiento como César», *Studia Histórica*, H.<sup>a</sup> Antigua, I, n.º 1. Univ. de Salamanca, 1983, pp. 99-103. El nombre siendo ya emperador fue Marco Aurelio Severo Alejandro.

gar al mismo tiempo todos los honores, ni a un príncipe bueno asumir a la vez tantas dignidades. 6  
 Los soldados se habían acostumbrado ya a elegir a sus propios emperadores con una decisión tumultuaria y a cambiarlos igualmente con facilidad, diciendo a veces para defenderse que habían actuado así porque no se habían enterado de que el senado había nombrado ya a un príncipe. Efectivamente, 7  
 el ejército eligió como emperadores a Pescenio Nigro, Clodio Albino, Avidio Casio y anteriormente a Lucio Vindex, L. Antonio y al propio Severo, cuando el senado había proclamado ya príncipe a Juliano, y esta circunstancia había encadenado contiendas civiles en las que fue preciso que perecieran luchando fratricidamente unos soldados que habían sido equipados para luchar contra otros enemigos.

2 Así pues, por esta razón se procuró a toda prisa que Alejandro asumiera simultáneamente todos los honores, como si se tratara de un emperador ya anciano. A esto se añade que la inclinación del pueblo y del senado hacia él era extrema, al suceder a aquél ser funesto, que no sólo deshonoró el nombre de los Antoninos, sino que degradó también el imperio romano. En fin, se decretaron a porfía todos los títulos y todos los poderes. Y, en consecuencia, fue el primero que recibió al mismo tiempo todos los emblemas y todas las clases de honores que habían ostentado los demás príncipes, abogando por esta concesión el título de César que ya había recibido años atrás y, sobre todo, su vida y su conducta, habiendo provocado una inmensa simpatía hacia su persona el hecho de que Helio-gábalo intentó asesinarle, aunque no pudo por la oposición del ejército y por la votación en contra del senado. Pero estas consideraciones son pequeñas ante sus méritos, por los que se hizo digno de que el senado le protegiera, los soldados le desearan incólume y el sentimiento de todos los buenos ciudadanos le designara emperador. 5

- 3 Así, pues, Alejandro, que fue hijo de Mamea, —pues así lo afirma también la mayoría de los escritores—, instruido desde los primeros años de su infancia en los conocimientos útiles para la vida civil y militar, no dejó pasar voluntariamente ni un solo día sin ejercitarse en la literatura y en las artes militares. En efecto, durante esos años tuvo como profesores de gramática a Valerio Cordo, Tito Veturio y Aurelio Filipo, liberto de su padre, que después escribió su biografía, como profesor de literatura en su patria natal al griego Nehón, como profesor de retórica a Serapión, como profesor de filosofía a Estilión y, en Roma, como profesor de gramática a Escaurino, hijo de Escaurino, maestro ilustrísimo, y de retórica a Julio Frontino, Bebio Macriano y Julio Graniano, cuyos discursos declamatorios se recitan todavía hoy. Pero Alejandro no hizo grandes progresos en la lengua latina, como se deduce de los discursos que pronunció en el senado y de las arengas que lanzó a los soldados o al pueblo. No sintió demasiado gusto por la elocuencia latina, pero estimó mucho a los hombres letrados, temiendo también que ellos pudieran escribir algo desagradable de él. En fin, deseaba que aquellas personas a las que consideraba con preparación suficiente para informarse tomaran nota de todas las cosas que hacía en público y en privado, asesorándolos él mismo, si por casualidad no habían estado ellos personalmente presentes, y les pedía que las publicaran en sus obras, si respondían a la verdad.
- 4 Prohibió que le llamaran señor<sup>3</sup>. Ordenó que le escribieran las cartas como si fuera un simple particular y que mantuvieran solamente el título de

<sup>3</sup> El título de *Dominus* «Señor» lo aceptó Domiciano, por lo cual la forma de gobierno iniciada con él se llama Dominado, frente a la anterior llamada Principado que inició Augusto, quien rechazó el título de *Dominus* en sucesivas ocasiones, Cf. Suetonio, *Aug.*, 53 y *Tib.*, 57,8.

emperador. Eliminó de los calzados y de los vestidos imperiales las piedras preciosas que había utilizado Heliogábalo <sup>4</sup>. Utilizaba un vestido blanco sin adornos de oro, tal como aparece en sus retratos, y púnulas y togas normales. Vivió con tanta intimidad con sus amigos que se sentaba al lado de ellos en sus reuniones, acudía a sus banquetes, mantenía a algunos de ellos como comensales habituales a pesar de no haberlos invitado, les recibía en visita como si fuera un senador cualquiera con la cortina corrida, tras haber sido retirados los ujieres o con la sola presencia de aquéllos que estaban puestos como guardianes en las puertas, mientras que a los ladrones no les era permitido presentarse a saludar al príncipe, porque él no podía soportar su vista.

Alejandro poseía una constitución corporal tal que, además de la belleza y atractivo varonil que contemplamos todavía hoy en sus pinturas y estatuas, tenía la resistencia característica de un soldado corpulento y la salud de un hombre que conoce el vigor de su propio cuerpo y trata de conservarlo constantemente. Era además estimado por todos los hombres y algunos le llamaban Pío, pero todos le consideraban realmente venerable y útil para el Estado. Cuando Heliogábalo maquinaba contra él, le salió el siguiente oráculo en el templo de la Fortuna de Preneste <sup>5</sup>:

«Si vences algunos hados crueles,  
tú serás un Marcelo» <sup>6</sup>.

- 5 Recibió el nombre de Alejandro porque nació en el templo dedicado a Alejandro Magno, junto a la ciudad de Arca, a donde por casualidad habían acudido su padre y su madre en la festividad de Ale-

<sup>4</sup> Cf. *Heliogábalo*, 23,3-4.

<sup>5</sup> El de *Fortuna Primigenia*, famoso por su oráculo.

<sup>6</sup> Virgilio, *Eneida*, VI, 882-883.

jandro para celebrar aquella solemnidad. La prueba de este hecho es que este Alejandro, hijo de Mamea, celebra su aniversario el mismo día en que murió aquél, llamado el Magno <sup>7</sup>. El senado le ofreció el título de Antonino, pero él lo rehusó, a pesar de que tenía con Caracalla mayor parentesco que aquel falso Antonino, puesto que, como dijo Mario Máximo en la biografía de Severo, éste se desposó, cuando aún era un particular y de una posición social no demasiado elevada, con una mujer noble de Oriente de la que sabía que, según su horóscopo, estaba llamada a ser esposa de un emperador y de la cual fue pariente este Alejandro, que era realmente primo hermano de Vario Heliogábalo, por parte de madre <sup>8</sup>. Rehusó también el nombre de Magno que le fue ofrecido por un decreto del senado, como si se tratara de Alejandro.

6. Interesa releer el discurso con que rechazó los nombres de Antonino y Magno que le fueron otorgados por el senado. Pero, antes de ofrecerle, incluiré también las aclamaciones del senado con las que se votó la concesión de estos nombres. De las actas de Roma: la víspera de las nonas de marzo, cuando acudieron los senadores en gran número a la Curia (es decir, al santuario y templo de la Concordia después de haber sido inaugurado) y pidieron a Aurelio Alejandro César Augusto que fuera a la sesión, éste rehusó en primera instancia, porque sabía que se iba a tratar sobre sus honores; pero, después, cuando se presentó a la sesión, los senadores aclamaron <sup>9</sup>: «Oh Augusto virtuoso, que

<sup>7</sup> Este relato es una ficción. Alejandro nació el 1 de octubre del año 208, mientras que Alejandro Magno murió en Junio.

<sup>8</sup> No es así. Soemis o Symiamira, madre de Heliogábalo, y Mamea, madre de Alejandro eran hermanas y primas hermanas de Caracalla. Heliogábalo y Alejandro eran sobrinos segundos los dos de Caracalla.

<sup>9</sup> Para aclamaciones similares, Cf. 59,9 y 10; *Avidio Casio*, 13,1-5; *Cómodo*, 18-19, *Maximinos*, 16,3-7 y 26; *Gordianos*, 11,9-10; *Maximino y Balbino*, 2,9-12.



los dioses te protejan. Alejandro, emperador, que los dioses te protejan. Los dioses nos han regalado a tu persona, que los dioses nos la conserven. Los dioses te han arrancado de las manos del vicioso, que ellos perpetúen tu existencia. Tú has sufrido a un tirano vicioso y has deplorado también la existencia de un vicioso y deshonesto. Los dioses lo han arrancado de raíz, y a ti te han protegido. Justamente ha sido condenado este infame emperador. Vivimos dichosos con tu reino, dichosa vive la república. El infame emperador ha sido arrastrado con un garfio para que sirva de ejemplo a temer. Con razón ha sido castigado el voluptuoso emperador, el mancillador de todos los honores. Dioses inmortales, prolongad la vida de Alejandro. Los juicios de los dioses se muestran en casos así».

- 7 Cuando Alejandro dio las gracias, los senadores prorrumpieron: «Antonino Alejandro, que los dioses te protejan. Antonino Aurelio, que los dioses te protejan. Antonino Piadoso, que los dioses te protejan. Te suplicamos aceptes el nombre de Antonino. Aventaja a los buenos emperadores aceptando el nombre de Antonino. Purifica el nombre de los Antoninos. Purifica tú lo que aquél mancilló. Restablece a su integridad el nombre de los Antoninos. Que la sangre de los Antoninos se reconozca a sí misma. Venga tú el ultraje hecho a Marco. Venga el ultraje hecho a Vero. Venga el ultraje hecho a Basiano. Sólo Cómodo superó en maldad a Heliogábalo, que no fue ni emperador, ni Antonino, ni ciudadano, ni senador, ni noble, ni romano. En ti está la salvación, en ti está la vida. Para que tengamos ilusión por vivir, que Alejandro alcance la vida de los Antoninos. Para que la vida tenga aliciente, que se llame Antonino. Que un Antonino consagre los templos de los Antoninos. Que un Antonino triunfe de los partos y de los persas. Que sea un hombre sagrado quien lleve un nombre sagrado. Que sea un hombre casto quien lleve

un nombre casto. Que los dioses reconozcan el nombre de Antonino, que ellos mantengan el honor de los Antoninos. En ti todo y por ti todo, Antonino, ¡salud!»

- 8 Después de estas aclamaciones, Aurelio Alejandro César Augusto dijo: «Ya os he dado otras veces las gracias, padres conscriptos, pero ahora os las doy también por el nombre de César, por la salvaguardia de mi vida, y por haberme otorgado además el nombre de Augusto, el pontificado máximo, la potestad tribunicia y el poder proconsular, dignidades que, ofreciendo un ejemplo singular, me las habéis concedido todas en un solo día.» Y, cuando 2 seguía hablando, aclamaron: «Aceptaste estos honores, acepta también el nombre de Antonino. Que el senado se haga merecedor de ello y también los Antoninos. Antonino Augusto, que los dioses te 3 protejan. Que los dioses te conserven, Antonino. Que se devuelva a las monedas el nombre de Antonino. Que un Antonino consagre los templos de los Antoninos.» Aurelio Alejandro Augusto dijo: 4 «Os ruego, padres conscriptos, que no me impulséis a la necesidad de esforzarme para que me sienta obligado a cumplir mis deberes para con un nombre tan importante, siendo así que incluso este mismo nombre que ostento parece ya gravoso por sí mismo, a pesar de que es extranjero. En efecto, estos nombres célebres son onerosos, porque ¿quién 5 llamaría Cicerón a un mudo? ¿Quién llamaría a un ignorante Varrón? <sup>10</sup> ¿Quién llamaría a un malvado Metelo? <sup>11</sup> Y, ojalá los dioses lo impidan, ¿habrá alguien que soporte a un ser que vive participando de las dignidades más esplendorosas, si no

<sup>10</sup> Marco Terencio Varrón (116-27 a. de C.). Un gran enciclopedista. Escribió alrededor de 74 obras.

<sup>11</sup> Q. Cecilio Metelo, que recibió el título de Pío por sus esfuerzos para obtener la vuelta de su hermano Metelo Numídico, desterrado en el año 100 a. de C. por oponerse a Mario y a su partido.

9 vive en consonancia con sus nombres?» Igual que antes, se repitieron las mismas aclamaciones. Del mismo modo, el emperador volvió a decir: «Vuestra Clemencia recuerda cuán grande fue el nombre, o mejor dicho el *numen* de los Antoninos: si se tiene en cuenta la piedad, ¿quién fue más irreprochable que Pío? Si se atiende a la formación, ¿quién más clarividente que Marco? Si se tiene en cuenta la integridad, ¿quién más puro que Vero? Si se tiene en cuenta el valor, ¿quién más decidido que Basiano? Porque no quiero recordar a Cómodo, ya 2 que fue más malvado precisamente por haber mantenido, a pesar de su vida licenciosa, el nombre de Antonino. Por lo que respecta a Diadumeno, ni 3 tuvo tiempo ni edad suficiente y asumió este nombre valiéndose de una artimaña de su padre.» 4 Prorrumpieron en aclamaciones igual que antes y el emperador continuó: «Padres conscriptos, cuando hace poco tiempo el más inmundo de todos los bípedos y de todos los cuadrúpedos se imponía el prenombre de Antonino y superaba en torpezas y liviandades a los Neronés, Vitelios y Cómodos, recordáis cuáles fueron las lamentaciones de todas las gentes, extendiéndose por las reuniones del pueblo y de los hombres distinguidos una voz unánime que decía que a éste se le llamaba impropriamente Antonino y que estaba siendo vilipendiado por semejante peste este nombre tan prestigioso.» Y, mientras 5 seguía hablando, prorrumpieron en aclamaciones: «Que los dioses alejen estos males. Si tú reinas, no les tememos. Si tú eres nuestro jefe, nos veremos libres de ellos. Has triunfado sobre los vicios, has triunfado sobre los crímenes. Has triunfado sobre la ignominia. Tú has honrado ya el nombre de Antonino. Estamos seguros. Lo creemos con 6 razón. Te hemos apreciado desde los primeros años y ahora te apreciamos.» Y el emperador continuó: 7 «No es que yo tema, padres conscriptos, asumir este nombre venerable para todos, porque tengo

miedo de que mi vida pueda hundirse en estos vicios, o porque me avergüence de este nombre, sino que, en primer lugar, no me place asumir el nombre de una familia que no es la mía y, en segundo lugar, pienso que su peso me va a resultar gravoso.»

10 Y, cuando decía estas palabras, fue aclamado  
igual que antes. E igualmente continuó: «En efecto, si yo asumo el nombre de Antonino, puedo asumir también el de Trajano, el de Tito y el de Vespasiano.» Y, a sus palabras, irrumpieron en aclamaciones: «Como tenéis el nombre de Augusto, asumid también el de Antonino,» El emperador respondió: «Ya veo, padres conscriptos, la razón que os mueve a ofrecerme también este nombre. El primer Augusto fue el primer fundador de este imperio y, como por una especie de adopción o por un derecho hereditario, todos le sucedemos con su nombre. Los propios Antoninos han recibido el título de Augustos. El mismo Antonino con mucha frecuencia llamó Augustos a Marco y a Vero por derecho de adopción. Para Cómodo, en cambio, este nombre fue hereditario, para Diadumeno impuesto, en Basiano resultó pedante, y en Vario, ridículo.» Y, a sus palabras, aclamaron: «Alejandro Augusto, que los dioses te protejan. Que los dioses acojan benevolentes tu modestia, tu inteligencia, tu integridad y tu castidad. Por esto nos damos cuenta cuál va a ser tu comportamiento, por esto te apreciamos. Tú conseguirás que el senado acierte en la elección de los príncipes. Tú conseguirás que la decisión del senado resulte la mejor. Alejandro Augusto, que los dioses te guarden. Que Alejandro Augusto consagre los templos de los Antoninos. César nuestro, Augusto nuestro, emperador nuestro, que los dioses te guarden. Que vivas, que tengas salud, que reines muchos años.»

11 El emperador Alejandro replicó: «Ya me doy cuenta, padres conscriptos, de que he obtenido lo que deseaba y lo considero como un regalo, por lo

que os doy muchísimas gracias, prometiendo esforzarme por que este nombre que yo apporto al imperio sea tal que lo deseen otros príncipes después de mí y vuestra piedad lo juzgue digno de atribuírselo a los príncipes buenos.» A estas palabras siguieron las aclamaciones: «Alejandro Magno, que los dioses te protejan. Si has rechazado el nombre de Antonino, acepta el prenombre de Magno. Alejandro Magno, que los dioses te protejan.» Y, como repitieran estas aclamaciones una y otra vez, Alejandro Augusto dijo: «Me habría sido más fácil, padres conscriptos, aceptar el nombre de los Antoninos, pues con ello habría contribuido en alguna medida a emparentarme o a asociarme con un nombre propio de un emperador. Pero ¿por qué voy a aceptar el nombre de Magno? Pues ¿qué he hecho yo hasta ahora que sea grande?, siendo así que Alejandro aceptó este nombre después de grandes hazañas y Pompeyo después de grandes triunfos. Guardad silencio, por tanto, venerables senadores, y vosotros, que sois los auténticamente magníficos, consideradme solamente como uno más de vosotros y no me impongáis el título de Magno. Cuando dijo esto, volvieron a aclamarle: «Aurelio Alejandro Augusto, que los dioses te protejan.» Y abordaron los restantes temas según la norma habitual.

Después de que se trataron otros muchos asuntos en la sesión de ese mismo día, Alejandro disolvió la asamblea y se volvió a su casa como si hubiera obtenido los honores del triunfo. Se consideró que había obtenido más prestigio al rehusar nombres ajenos que si los hubiera aceptado. Y por su actitud obtuvo la fama de hombre firme y extraordinariamente ponderado, ya que el senado en pleno no pudo persuadirle a él sólo, que era aún joven, o más bien adolescente. Pero, aunque el senado con sus ruegos no logró convencerle para que asumiera el nombre de Antonino o el de Mag-

no, no obstante los soldados le impusieron el nombre de Severo por el extraordinario vigor de espíritu <sup>12</sup> y la admirable y singular firmeza que mostró contra la insolencia de las tropas. Esta actitud le granjeó un inmenso respeto entre sus contemporáneos y gran prestigio de la posteridad, puesto que se sumó a ello la idea de que se le había impuesto el nombre por la energía de su espíritu, pues fue el único emperador conocido que licenció a las legiones levantadas en armas, como en su lugar indicaremos, y que castigó con gran dureza a los soldados que por casualidad incurrieron en alguna acción que se considerara ilícita, como también exponremos en sus lugares respectivos <sup>13</sup>.

- 13 Tuvo los siguientes presagios que le anunciaban el poder: primeramente, nació en el mismo día en que se dice que murió Alejandro Magno; en segundo lugar, su madre le dio a luz en un templo; en tercer lugar, recibió el nombre de aquél; además, una viejecilla ofreció a su madre un huevo de paloma de color púrpura puesto el mismo día en que Alejandro había nacido; por esto los arúspices afirmaron que él llegaría a ser emperador, pero no por mucho tiempo, y que accedería pronto al trono. Además, un cuadro del emperador Trajano que estaba colgado sobre el lecho nupcial de su padre cayó sobre su propio lecho, mientras su madre le daba a luz en el templo mencionado. A estos prodigios se añadió la circunstancia de que le dieron por nodriza a una mujer llamada Olimpias, nombre con el que fue llamada la madre de Alejandro. Ocurrió casualmente que su padre nutritivo era un

<sup>12</sup> Una explicación inventada, igual que en el capítulo XXV,2. Responde a la tendencia de los escritores de la H.<sup>a</sup> Augusta a fantasear sobre el nombre de los emperadores, Cf. *Pértinax*, 1,1; *Severo*, 16,13; *Macrino*, 11,2. Adoptó este nombre realmente para asimilarse a Septimio Severo.

<sup>13</sup> Su rigurosidad en la disciplina es un tópico que se repite a lo largo de la biografía, Cf. 25,2; 51,6; 52-54; 59,5; 64,3.

campesino llamado Filipo, como el padre de Alejandro Magno. Se cuenta que, el primer día de su nacimiento, durante toda la jornada, se vió una estrella de extraordinaria magnitud junto a Arca Cesárea <sup>14</sup> y que el Sol quedó coronado por un círculo refulgente en torno a la casa de su padre. Cuando explicaban su horóscopo, los arúspices dijeron que él ostentaría el supremo poder porque habían sido robadas de la alquería que poseía Severo unas víctimas, las mismas que habían preparado unos granjeros para honrar al emperador. Un laurel nacido en su casa al lado de un melocotonero superó la altura de éste antes de que transcurriera un año, detalle por el que los adivinos vaticinaron que él llegaría a derrotar a los persas.

14 Su madre, la víspera del parto, soñó que estaba dando a la luz una pequeña serpiente de color púrpura. Esa misma noche, su padre vió en un sueño que era transportado hasta el cielo sobre las alas de la Victoria Romana <sup>15</sup> que se halla emplazada en el senado. Cuando de niño acudió por propia iniciativa a consultar a un adivino sobre su futuro, se dice que obtuvo como respuesta los siguientes versos escritos en unas tablillas:

«Te está reservada la autoridad sobre el cielo [y tierra],

← lo que se entendió en el sentido de que también sería elevado al rango de los dioses.

«Te está reservada la autoridad para gobernar [un imperio],

de lo que se dedujo que llegaría a ser príncipe del imperio romano; pues ¿dónde hay una autoridad que gobierne un imperio sino entre los romanos? En realidad, estos mismos presagios se extrajeron tam-

<sup>14</sup> Cf. 1,2. Ciudad de Siria cerca de Trípoli.

<sup>15</sup> Parece que se trata de una estatua de la Victoria consagrada por Augusto el año 29 a. de C., después de su victoria en *Actium*.

bién de algunos versos griegos. Y, cuando por consejo de su padre cambió su inclinación hacia otras artes, abandonando la filosofía y la música, su personalidad fue desvelada por los oráculos de Virgilio de la manera siguiente:

«Otros forjarán con más delicadeza pedazos  
 [de bronce infundiéndoles vida,  
 creo yo, y lograrán moldear rostros vivientes  
 [del mármol,  
 defenderán mejor las causas y las órbitas del  
 [cielo  
 trazarán a compás y cantarán la aparición de  
 [los astros:  
 Tú, romano, acuérdate de regir las naciones  
 [con tu autoridad.  
 Estas serán tus artes: infundir el gusto por la  
 [paz,  
 perdonar a los vencidos y derrotar a los  
 [soberbios»<sup>16</sup>.

Ocurrieron otros muchos presagios por los que se sabía que sería el príncipe del género humano.

El brillo de sus ojos era excesivo y molesto para los que le miraban fijamente, frecuentísimos los presentimientos de su espíritu, su memoria sobre los hechos acontecidos extraordinaria, y la ayudaba, según Acolio, con recursos nemotécnicos. Y, como llegó al imperio cuando aún era un niño, despachó todos los asuntos con su madre de manera que daba la impresión de que ella, mujer íntegra pero avara y apasionada por el oro y la plata, reinaba también a la par que él<sup>17</sup>.

<sup>16</sup> Virgilio, *Aen.*, VI, 847-853.

<sup>17</sup> Este aspecto lo desarrolla Herodiano con amplios detalles en VI, 5,10: «Mamea», comienza diciendo, «al quedar sola con su hijo, se esforzó en dirigirle y dominarlo, de la misma manera que Mesa», y cierra el capítulo con estas palabras: «la madre le dominaba sobremano y él hacía lo que ella le ordenaba».



15 Cuando empezó a gobernar en calidad de Augusto, como primera provisión, retiró de la actividad pública, privándoles de sus puestos administrativos y de sus cargos, a los jueces que aquel vicioso Heliogábalo había promovido eligiéndoles entre los hombres más abyectos. Después depuró el senado y el estamento ecuestre. A continuación depuró las 2  
 propias tribus <sup>18</sup>, eliminó a aquéllos que disfrutaban de prerrogativas militares y depuró el Palacio y todo su séquito, apartando de la servidumbre palaciega a todas las personas de vida deshonesta y de mala nota y no permitió que permaneciera en las estancias de Palacio ningún hombre que no fuera imprescindible. Se comprometió bajo juramento a no 3  
 mantener ningún cargo suplementario, es decir, de supernumerarios, con el fin de no aumentar las cargas de la república, diciendo que resultaba una calamidad pública aquel emperador que alimentaba con las entrañas de los habitantes de las provincias a hombres que no eran necesarios ni útiles al Estado. Dio órdenes para que jamás aparecieran por 4  
 ninguna de las provincias jueces concusionarios y para que, si llegaban a verlos los gobernadores, los deportaran. Inspeccionó con atención los víveres de 5  
 las tropas. Castigó con la pena de muerte a los tribunos que habían ofrecido alguna exención a los soldados en recompensa de las ganancias fraudulentas <sup>19</sup> obtenidas en la distribución de los suministros. Dio instrucciones para que los asuntos es- 6

<sup>18</sup> Agrupaciones de ciudadanos romanos que pasaron de las tres de época más arcaica (*Ramnes, Luceres, Titii*) a cuatro, correspondientes a las cuatro regiones establecidas por Servio Tulio en el s. v (*Subura, Esquilina, Colina y Palatina*) y treinta y cinco en el año 241 a. de C. En ellas inscribían los censores a los ciudadanos para así votar en los comicios por tribus (*comitia tributa*) donde se sancionaban leyes, se elegían a los magistrados menores, etc. Las funciones de estos comicios luego las absorbió el senado.

<sup>19</sup> Se trata de los beneficios o ganancias ilícitas, llamados *stellaturae*, que conseguían los tribunos y jefes del ejército traficando con los alimentos que se suministraban a los soldados.

tatales y las causas fueran analizadas y ordenadas primero por los jefes de las respectivas secretarías y por los jurisconsultos entendidos y fieles a su persona, de los cuales Ulpiano era entonces el principal, y que después se los remitieran a él.

- 16 Ratificó numerosas y prudentes leyes sobre los derechos que afectaban al pueblo y al fisco, y no sancionó ninguna disposición legal sin haber consultado previamente con veinte jurisconsultos y con no menos de cincuenta ciudadanos eruditísimos, sabios, y todos ellos grandes oradores, con el fin de que su consejo no dispusiera de menos votos de los que precisaba el senado para aprobar sus decretos, y procuraba que se recogiera la opinión de cada uno de ellos y se redactara lo que había dicho, dándoles sin embargo tiempo para investigar diligentemente y pensar antes de pronunciarse, a fin de no obligarlos a manifestar su opinión sobre asuntos de transcendencia sin haber reflexionado sobre ellos. Tenía también la costumbre de servirse exclusivamente de hombres entendidos y elocuentes, cuando abordaba problemas sobre el derecho o sobre otros asuntos públicos; pero, si abordaba algún problema militar, consultaba a antiguos militares, a ancianos con buena hoja de servicios y que conocían los terrenos, las tácticas bélicas y las características de los campamentos, a todos los hombres de letras y, sobre todo, a aquéllos que sabían historia, a los que preguntaba qué es lo que habían hecho los antiguos generales del ejército romano o de otras naciones extranjeras en cuestiones como aquéllas que se proponían a debate.
- 17 Encolpio, con el que Alejandro mantuvo una gran amistad, contaba que cuando éste se encontraba con algún juez estafador, tenía dispuesto el dedo para sacarle un ojo: tan gran odio le embargaba hacia aquéllos que habían quedado convictos de estafadores. Septimino, que escribió la biografía de Alejandro con cierto estilo, añade que este empe-

rador se irritaba tanto contra los jueces que se habían ganado la fama de estafadores, aunque no hubieran sido condenados, que, si por casualidad los veía, se conturbaba en su espíritu hasta arrojar bilis y se encendía su rostro hasta el punto de que no podía pronunciar palabra. En efecto, en una ocasión en que Septimio Arabiano, famoso por los robos que se le imputaban pero absuelto de esta acusación ya bajo Heliogábalo, se presentó a saludar al príncipe entre un grupo de senadores, Alejandro exclamó: «¡Oh Marna! <sup>20</sup>, ¡oh Júpiter!, ¡oh dioses inmortales! No solamente está vivo Arabiano, sino que incluso acude al senado y tal vez espera alguna recompensa de mi parte: pero ¿tan fatuo y necio me cree?»

18 Se le saludaba diciendo solamente el nombre, por ejemplo: «Salud, Alejandro». Si alguien en alguna ocasión había inclinado la cabeza o había hecho un comentario excesivamente lisonjero, o bien Alejandro le hacía alejar de su presencia como adulator, si la índole de su clase social lo permitía, o bien se reía a grandes carcajadas de él, si la dignidad que ostentaba no admitía la posibilidad de verse sometida a una injuria tan grave. Ofreció asiento a todos los senadores cuando venían a saludarle, pero sólo admitió a la salutación a aquellos ciudadanos que eran honorables y tenían buena fama y ordenó que se proclamara por medio de un pregonero (de la misma manera que se proclama durante la celebración de los misterios Eleusinos que nadie entre a participar en ellos, salvo quien se considere inocente) que nadie que se reconociera ladrón acudiera a visitar al príncipe, para no verse expuesto a la pena capital si se le descubría alguna vez. Prohibió también que se le adorara, aun cuando ya Heliogábalo había comenzado a ser adorado como los

<sup>20</sup> Dios patrono de Gaza, en Palestina, al que se identificó con Zeus.

reyes persas. Además, de él era la siguiente máxi- 4  
 ma: que los ladrones son los únicos que se quejan  
 de ser pobres deseando ocultar así los crímenes de  
 su vida. Y añadía una máxima conocida en griego 5  
 sobre los ladrones que en latín significa lo siguien-  
 te: «quien roba mucho y da poco a los jueces que  
 se venden estará a salvo». Dicha frase en griego es  
 así: <sup>20 bis</sup>:

«El que roba mucho y da poco, será absuelto».

19 Nombró al prefecto del Pretorio ateniéndose a la  
 voluntad del senado y aceptó el prefecto de la Ciu-  
 dad elegido por esta asamblea. Nombró como se-  
 gundo prefecto del Pretorio a un individuo que in-  
 cluso había intentado escaparse, para no recibir el  
 nombramiento, pues decía que había que colocar  
 en los cargos públicos, no a los que los solicitaban  
 sino a los que los rehusaban. Nunca nombró a nin- 2  
 gún senador sin tener en cuenta el consejo de to-  
 dos los senadores que se hallaban presentes, de tal  
 manera que su nombramiento se efectuaba en con-  
 sonancia con la opinión general y presentaban su  
 testimonio ilustres personalidades; pero si los tes-  
 tigos o aquéllos que habían expresado su opinión  
 habían cometido algún engaño, eran relegados en-  
 seguida hasta la última clase de ciudadanos, aplicán-  
 doles la pena como falsificadores de un hecho pro-  
 bado, sin intención de ofrecerles indulto alguno.  
 Tampoco nombró a senadores sino de acuerdo con 3  
 la opinión de los más ilustres ciudadanos que resi-  
 dían en Palacio, pues decía que era preciso ser hom-  
 bre ilustre para nombrar a un senador. Tampoco 4  
 hizo pasar a los libertos al estamento ecuestre por-  
 que decía que este estamento era el semillero del se-  
 nado.

20 Su comedimiento fue tan grande que jamás apar-  
 tó a nadie de su lado; se mostró cariñoso y afable

<sup>20 bis</sup> La frase en griego dice: 'Ο πολλά κλέψας ὀλίγα δούς ἐκ-  
 φεύξε[ν]ται.

con todo el mundo; acudió frecuentemente a visitar a sus amigos <sup>21</sup> cuando estaban enfermos, tanto si su rango era de primera o segunda categoría, como si era de una condición social inferior; ansiaba que todos los ciudadanos le expusieran libremente lo que sentían y los escuchaba cuando lo exponían y, una vez oído, hacía las correcciones y rectificaciones que cada caso pedía, mientras que, al contrario, si algo no se había hecho bien, él mismo demostraba el error, aunque sin soberbia y sin tristeza de espíritu; ofrecía siempre a todos audiencia, salvo a aquéllos que se veían embarazados por numerosos rumores sobre sus malversaciones, y se informaba siempre sobre los que se hallaban ausentes. En fin, como su madre Mamea y su esposa Memia <sup>22</sup>, hija del excónsul Sulpicio y nieta de Cápulo, le decían a menudo a causa de su excesiva afabilidad: «Tú has hecho tu poder excesivamente blando y el del imperio poco respetable», él las respondió: «Pero le hecho más seguro y duradero». Finalmente, no transcurrió un sólo día en el que no realizara alguna acción benévola, afable o piadosa, pero procurando no arruinar al tesoro público.

21 Prohibió que se multiplicaran las condenas y no fue indulgente con aquéllas que se habían dictaminado. Asignó a las ciudades rentas estatales para la construcción de sus propios edificios. Exigió el 4 por ciento de interés al mes de los fondos públicos y, merced a ello, concedió dinero sin intereses a muchos pobres para que compraran campos, exigiendo su devolución en especie. A los prefectos del Pretorio que él nombró, les confirió además la

<sup>21</sup> Recibían este título las personas que formaban el *consilium principis* y otras allegadas al emperador por distintas razones. Como el texto indica, los había de diversas clases: los de primera categoría eran generalmente senadores y los de segunda, caballeros.

<sup>22</sup> Su esposa oficialmente conocida fue Gnea Seya Hernia Salustia Barbia Orbiana, de una familia aristocrática antonina, hija de Lucio Seyo. El relato de Herodiano VI, 1,9, se refiere tal vez a esta Memia.

dignidad senatorial <sup>23</sup> para que obtuvieran el rango y el título de ilustrísimos, concesión que antes de su reinado fue excepcional o que estuvo totalmente en desuso, hasta tal punto que, si algún emperador quería nombrar un sucesor del prefecto del Pretorio, le enviaba la laticlavia <sup>24</sup> por medio de un liberto, como dice Mario Máximo en la vida de muchos emperadores. Alejandro deseaba que los prefectos del Pretorio fueran senadores para que nadie que no fuera senador juzgara a los senadores romanos. En todas las partes reconocía la identidad de sus soldados, disponiendo en su aposento de listas que registraban el número y los años de servicio de los que se hallaban en activo y, cuando se encontraba sólo, se dedicaba a repasar las listas de ellos, su número, sus grados y sus campañas, de manera que estaba plenamente informado de todo. En fin, cuando ocurría algo entre los soldados, sabía decir también el nombre de muchos de ellos. Tomaba anotaciones personales sobre la promoción de los candidatos y repasaba todas las listas y repetía esta misma operación anotando también al mismo tiempo el día, el nombre del candidato ascendido y el de quien había hecho la propuesta.

Se preocupó del aprovisionamiento del pueblo romano de tal manera que, mientras Heliogábalo había acabado con todo el trigo, él lo repuso en los graneros, comprándolo con su propio dinero. Permitted las máximas exenciones a los comerciantes para que acudieran con gusto a los mercados de Roma. Restableció en su integridad las distribuciones de aceite que había hecho Severo al pueblo y que Heliogábalo había reducido, confiando la prefectura de los aprovisionamientos a los hombres

<sup>23</sup> Es decir, *Viri clarissimi*. Era el tratamiento dado a los miembros del orden senatorial. Hasta entonces los prefectos no lo ostentaban, pues pertenecían al orden ecuestre.

<sup>24</sup> Toga con la banda ancha o *latus clauus*.

más infames. Devolvió a todos los ciudadanos el 3  
 derecho de confarreación que aquél impuro emper- 4  
 ador les había arrebatado. Empezó en Roma un  
 gran número de obras de ingeniería. Mantuvo a los 5  
 judíos sus privilegios. Permitió que hubiera cristia-  
 nos. Fue tan deferente con los pontífices, los quin- 6  
 decenviros <sup>25</sup> y los augures, que les permitía revi-  
 sar y cambiar el veredicto de determinadas causas  
 relativas al culto que él ya había sentenciado. A 6  
 aquellos gobernadores de las provincias que descu-  
 brió que eran elogiados sinceramente, no con pa-  
 labras ambigüas, los llevaba con él siempre en su ve-  
 hículo durante los viajes y les ayudaba con regalos,  
 diciendo que los ladrones debían ser apartados de  
 la política y despojados de sus riquezas, mientras  
 que a los hombres sin tacha había que mantenerlos 7  
 en sus cargos y enriquecerlos. Cuando el pueblo ro-  
 mano le pidió que los precios se abarataran, Ale-  
 jandro preguntó por medio de un heraldo qué gé-  
 neros eran los que consideraban caros. Al punto el- 8  
 pueblo gritó: «la carne de vaca y la de cerdo». En-  
 tonces él no solamente propuso el abaratamiento  
 en los precios, sino que dio órdenes para que nadie  
 matase cerdos, ni lechones, ni vacas, ni terneros y,  
 como consecuencia, en el intervalo de dos años o  
 en menos de uno, se produjo un remanente tan  
 grande de carne de cerdo y de vaca, que el precio  
 de una libra de estas carnes se redujo, de ocho mi-  
 nútulos de plata <sup>26</sup>, a dos e incluso a uno.

23 Escuchaba las alegaciones de los soldados contra  
 sus tribunos con tanta escrupulosidad que, si en-  
 contraba culpabilidad en algunos de éstos, les cas-

<sup>25</sup> Colegio de dos, diez, y finalmente, quince miembros encargados de conservar los libros sibilinos, interpretar los prodigios y asegurar el culto de Apolo, Ceres y Cibele.

<sup>26</sup> Se trata del *argenteus minutulus* (Cf. *Aureliano*, IX,7; XII,1), una pequeña moneda de plata del s. III equivalente al denario de época anterior pero muy depreciado en su valor.

tigaba en proporción con la importancia del hecho y sin intención de mostrarse indulgente. Se informaba constantemente sobre todos los ciudadanos valiéndose de hombres de su confianza y de individuos que nadie sabía que desarrollaban esta labor, porque afirmaba que todos los hombres pueden dejarse sobornar si media el lucro. Vistió siempre a sus esclavos con vestidos de esclavos y a sus libertos con el de hombres libres. Destituyó de sus servicios a los eunucos y les ordenó que sirvieran a su esposa en calidad de esclavos. Y, mientras que Heliogábalo fue un esclavo de los eunucos, Alejandro los redujo a un número limitado y dispuso que no se preocuparan de nada en Palacio, salvo de los baños de las mujeres. Habiendo puesto Heliogábalo a muchos de los eunucos al frente de los cargos administrativos y de contabilidad, éste los desposeyó incluso de otros empleos que ejercían desde antiguo. Alejandro decía que ellos formaban una tercera clase de hombres a la que no debían mirar ni emplear para su servicio los varones ni casi tampoco las mujeres de la nobleza. A uno de ellos que había suscitado falsas esperanzas sobre su liberalidad, y que por este acto había recibido cien áureos de un soldado, Alejandro ordenó que le colgaran en una cruz en los alrededores del camino por donde sus siervos iban constantemente a las quintas que poseía cerca de la ciudad.

- 24 Asignó un gobernador ecuestre a muchas provincias regidas hasta entonces por legados y organizó las proconsulares ateniéndose a los deseos del senado <sup>27</sup>.

---

<sup>27</sup> Pasaje difícil. Se trata de la distinción entre las provincias imperiales gobernadas por un lugarteniente del emperador, el *legatus Augusti pro praetore* o *legatus praetorius* (provincias *legatoriae*) y las senatoriales (o proconsulares), Cf. Adriano, 3,9. Hemos traducido como «gobernador ecuestre» el término *praesidiales*, pues *praeses* designa un gobernador provincial, de carácter civil cuando se nombraron



Prohibió que se exhibieran baños mixtos en 2  
 Roma, prohibición que ya había sido hecha real-  
 mente antes, pero que había levantado Heliogába-  
 lo. No permitió que se embolsara en el tesoro sa- 3  
 grado el impuesto de los alcahuetes, rameras y li-  
 bertinos, sino que destinó su importe a los gastos  
 públicos para la restauración del teatro, del circo,  
 del anfiteatro y del estadio <sup>28</sup>. Tuvo la intención de 4  
 detener a los libertinos, medida que adoptó años  
 después Filipo <sup>29</sup>, pero le aterrorizó la posibilidad de  
 que su prohibición tornara esta deshonra pública  
 en un desenfreno de las pasiones individuales, pues-  
 to que los hombres, sacudidos por el deso desenfrenado,  
 exigen cosas que son ilícitas, y más si es-  
 tán prohibidas. Impuso un vectigal elevadísimo <sup>30</sup> 5  
 a los pantaloneros, lenceros, cristaleros, peleteros,  
 cerrajeros, plateros, orfebres y otros artistas, y or-  
 denó que con el dinero recaudado se abrieran al uso  
 público los baños que él había construido y otros  
 antiguos. Asignó también unos bosquecillos a los  
 baños. Hizo además una donación de aceite para 6  
 iluminar las termas, siendo así que hasta entonces  
 no se abrían antes de la aurora y se cerraban antes  
 de la puesta del sol.

25 Algunos autores han transmitido en sus escritos  
 que su gobierno fue incruento, lo que es falso. En 2  
 efecto, no solamente los soldados le llamaban Se-  
 vero a causa de su severidad, sino que realmente  
 fue muy severo en los castigos con que castigó a al-  
 gunos.

---

dos gobernadores, el civil y militar, y como en este caso, de rango ecues-  
 tre.

<sup>28</sup> Se refiere al teatro de Marcelo (Cf. 44,7), al Circo Máximo (Cf. *Adriano*, 19,7), al anfiteatro Flavio o Coliseo (Cf. *Heliogábal*o 17,8) y al estadio construido por Domiciano en el Campo de Marte, la actual Piazza Nabona.

<sup>29</sup> Cf. 39,2; *Heliogábal*o, 32,6.

<sup>30</sup> Impuesto indirecto, frente al *stipendium* y *tributum* que gravaban directamente las personas físicas y propiedades.

Restauró las construcciones que habían levantado los emperadores anteriores y él mismo construyó numerosos edificios nuevos, entre ellos, las termas que llevan su nombre<sup>31</sup> al lado de donde habían estado ubicadas las de Nerón, poniendo en uso el acueducto que todavía en nuestros días se llama Alejandrino. Dotó a sus termas de un bosque, tras derribar los edificios que ocupaban unas viviendas que él había adquirido destinándolas a su uso privado. Fue el primer emperador que dio el nombre de Océano a una bañera suya, puesto que Trajano no hizo tal cosa sino que impuso a sus bañeras los nombres de los distintos días. Acabó las termas de Antonino Caracalla, construyendo en ellas unos pórticos y engalanándolas con otros adornos. Fue el primero que impuso la construcción en mármol llamada Alejandrina en la que se combinaban dos mármoles, el de Pórfido y el de Lacedemonia, ornamentando los patios de Palacio con incrustaciones de este tipo. Emplazó un gran número de estatuas colosales en Roma, buscando escultores por todas las partes. Hizo troquelar su figura con los vestidos de Alejandro en muchísimas monedas, algunas de ellas de ámbar, pero la mayor parte de oro. Prohibió que las mujeres de mala reputación acudieran a visitar a su madre o a su esposa. Pronunció múltiples arengas en la Ciudad, siguiendo la costumbre de los tribunos y de los cónsules.

- 26 Distribuyó tres veces un congiario al pueblo, un donativo otras tres veces a los soldados, pero al pueblo le dio carne, además de congiario. Redujo al tres por ciento de intereses los préstamos de los usureros, preocupándose también por los pobres. Al principio prohibió a los senadores que aceptaran intereses si hacían algún préstamo, permitiéndoles que aceptaran algunas cosas como regalos; pero

<sup>31</sup> Las llamadas *Thermae Alexandrinae*, en el Campo de Marte al Noroeste del Panteón.

después dio instrucciones para que pudieran cobrar el seis por ciento, aunque suprimió los obsequios que les ofrecían como presentes. Emplazó en el foro de Trajano las estatuas de los más ilustres personajes, trasladándolas de los distintos lugares por donde estaban diseminadas. Tuvo en gran honor a Paulo y a Ulpiano quienes, según la versión de distintos autores, fueron nombrados prefectos por Heliogábalo o por el propio Alejandro —pues hay quienes dicen que Ulpiano fue consejero de éste y jefe de una cancillería imperial—. No obstante, los dos, según dicen, fueron asesores de Papiniano. Se había propuesto construir la basílica Alejandrina entre el campo de Marte y las vallas de Agripina, con unas dimensiones de cien pies de ancho por mil de larga y de forma que descansara toda ella en una columnata. No la pudo concluir porque le sorprendió antes la muerte. Ornamentó los templos de Isis y de Serapis<sup>32</sup> con el decoro conveniente, dotándoles además de estatuas, de esclavos de la isla de Delos y de todo el instrumental utilizado en los ritos místicos.

Fue singularmente piadoso con su madre Mamea hasta tal punto que construyó en Roma en el Palacio unos pabellones con el nombre de Salas de Mamea a los que el vulgo ignorante llama hoy *ad Mammam* y un palacio en Bayas al que dotó de un estanque que todavía hoy se llama Mameo. Levantó además en Bayas otros edificios magníficos en honor de sus parientes y unos estanques que causaban admiración porque se proveían de agua del mar. Restauró en casi todos los lugares los puentes que Trajano había levantado y construyó algunos de nueva planta; pero mantuvo el nombre de

<sup>32</sup> En el Campo de Marte, entre el Panteón y los *Saepta* (Cf. *Hadriano*, 19,3, n. 83), al Este de donde está actualmente la iglesia de Santa María.

Trajano en aquéllos que solamente había restaurado.

27 Tuvo el proyecto de asignar a todos los cargos y a todas las dignidades una clase especial de vestidos, para que se distinguieran por ellos, y de hacer lo mismo con todos los esclavos, para que éstos pudieran ser reconocidos entre el pueblo a fin de que no surgiera ningún conspirador y de que los esclavos no se mezclaran con los hombres libres. Pero a Ulpiano y a Paulo no les pareció bien este proyecto, asegurando que se multiplicarían las disputas, puesto que los hombres se volverían proclives a las injurias. Entonces decidió que era suficiente que los caballeros romanos se distinguieran de los senadores por la calidad de la franja de púrpura. Permitió que los ancianos usaran capote dentro de la Ciudad, si hacía frío, pues este tipo de vestido se había usado siempre para los viajes o cuando llovía. No obstante, prohibió a las matronas usar este vestido dentro de la Ciudad, pero permitió que lo utilizaran en los viajes.

Poseía mayor facilidad para expresarse en griego que en latín y no carecía de gracia componiendo versos. Era propenso a la música y entendido en astrología, hasta tal el punto que por orden suya los matemáticos se establecieron oficialmente en Roma y practicaron públicamente su arte para darle a conocer. Fue también muy entendido en el arte de la adivinación y muy versado en la ornitomancia, hasta el extremo de que superó en esta ciencia a los vascos y a los augures de los españoles y de los de Panonia. Practicó la geometría. Pintó admirablemente, cantó de manera notoria pero nunca delante de testigos, a no ser que se tratara de sus esclavos. Escribió en verso las biografías de los emperadores buenos. Tocaba la lira, la flauta, el órgano e incluso la trompeta, aunque cuando llegó a emperador nunca hizo estas exhibiciones. Fue un luchador de primera y en el ejercicio de las armas fue

ilustre, hasta el punto de que llevó a cabo muchas guerras.

28 Asumió solamente tres veces el consulado ordinario y el primer día del ejercicio de su cargo <sup>33</sup> nombró siempre otros cónsules para que le sustituyeran. Fue juez severísimo contra los ladrones a los que llamaba reos de crímenes diarios y condenaba con gran energía, y a ellos sólo les daba el nombre de adversarios y enemigos públicos del Estado. A un amanuense que en una reunión del consejo imperial había expuesto un informe falso de un proceso, Alejandro le envió al exilio, tras haber ordenado que le cortaran los nervios de los dedos para que no pudiera volver a escribir. En una ocasión que un individuo que había desempeñado ya cargos públicos pedía la concesión de un puesto militar movido por la excesiva ambición, a pesar de su conducta rastrera y de haber estado procesado ya alguna vez, como lo pedía por mediación de unos reyes amigos suyos, se le aceptó su petición, pero fue sorprendido inmediatamente en un robo que realizó en presencia de sus propios patronos, y, obligado a ser juzgado por los reyes, tras haberse constatado el hecho, fue condenado. Y, cuando se preguntó a los reyes cuál era el suplicio que en su reino sufrían los ladrones, aquéllos contestaron: «el de la cruz». Y, ante su respuesta, el reo fue crucificado. De esta manera, no sólo fue condenado el intrigante por la decisión de sus protectores, sino que además se vio salvaguardada la clemencia de Alejandro, que él defendía de modo singular.

Erigió a los emperadores divinizados en el foro del divino Nerva, llamado Transitorio, gigantescas estatuas que les representaban a pie y desnudos o

<sup>33</sup> Traducción de la expresión *primo mundinio*, ya que *nundinium* y *nundinia*, que se usó al principio para indicar el día del mercado (de *novem-dies*), luego significó la porción del año durante la cual los dos cónsules ejercían su oficio.

a caballo, todas ellas con sus inscripciones y emplazadas sobre columnas de bronce que contenían el relato cronológico de sus acciones, imitando con ello a Augusto que emplazó en el foro que lleva su nombre las estatuas de los más eximios varones talladas en mármol y con las inscripciones de sus hazañas. Deseaba que se creyera que era descendiente de una familia de romanos, por lo cual le avergonzaba que le llamaran Sirio<sup>34</sup>, sobre todo por que en el transcurso de una festividad unos individuos de Antioquía, Egipto y Alejandría, como suele ser habitual entre ellos, le habían hostigado con pequeñas invectivas llamándole archisinagogo Sirio y sumo sacerdote<sup>35</sup>.

- 29 Antes de hablar de sus guerras, de sus expediciones y de sus victorias, expondré unos pocos detalles sobre la vida que llevaba a diario en casa. Éste fue su plan de vida: primero, si le era lícito, es decir, si no se había acostado con su esposa, hacía un sacrificio por la mañana en su larario en el que tenía las estatuillas de los emperadores divinizados, aunque solamente una selección de los mejores, y las de seres de gran honorabilidad, entre los que se hallaban Apolonio<sup>36</sup> y, según el testimonio de un escritor de su época, Cristo, Abrahán, Orfeo<sup>37</sup> y otros personajes parecidos a ellos, y las estatuas de sus antepasados. Si no podía hacer esto, según las ca-

<sup>34</sup> Cf. 44,3 y 64,3.

<sup>35</sup> Alusión al sacerdocio del dios Eliogábalo de Emesa que era hereditario en la familia de su madre. Las dos denominaciones son calcos del griego: *archisynagogus* (ἀρχισυνάγωγος) y *archiereus* (ἀρχιερεὺς), en este caso un *hapax*.

<sup>36</sup> Apolonio de Tiana, filósofo neopitagórico del siglo I d. de C. Su personalidad fue contrapuesta a la de Jesucristo en una biografía escrita por Filóstrato. Llevó una vida austera y tuvo muchos adeptos a sus predicaciones.

<sup>37</sup> Personaje mitológico, natural de Tracia, poeta, músico y adivino. Tañía la cítara con tal maestría que las fieras se amansaban al oírle y los pájaros suspendían su vuelo.

racterísticas del lugar, daba un paseo en coche, pescaba, caminaba o cazaba. A continuación, si el tiempo lo permitía y después de realizar otros menesteres, se dedicaba, aunque no con mucha intensidad, a resolver los asuntos públicos, porque tanto los problemas relativos al ejército como los de la vida civil, según hemos dicho anteriormente, eran tramitados por amigos, pero si eran irreprochables, fieles e insobornables y, una vez tramitados, los firmaba, salvo si quería introducir alguna novedad. Ahora bien, si la necesidad lo imponía, se consagraba al trabajo antes de amanecer y lo prolongaba hasta horas avanzadas y jamás le venció el hastío, ni cesó en el trabajo rendido por el mal humor o la ira, manteniéndose siempre con frente imperturbable y alegre en todo. Era, por otra parte, de tal sagacidad que nadie le podía engañar y, si alguien trató de seducirle con lisonjas, pagó la pena merecida al descubrirse su intento.

30 Después de las actividades públicas, bien militares, bien civiles, dedicaba mayor atención a la lectura de obras griegas, prefiriendo los libros de Platón de su tratado sobre la república. Cuando leía obras latinas, leía sobre todo las de Cicerón tituladas «Sobre los Deberes» y «Sobre la República», alguna vez también discursos y obras de poetas, como las de Sereno Samónico<sup>38</sup>, al que había conocido personalmente y había apreciado, y las de Horacio. Leyó también la biografía de Alejandro Magno, al que imitó más que a nadie, si bien reprochaba en él su ebriedad y la crueldad que mostró con sus amigos, aunque ambos vicios eran rechazados por los buenos escritores cuyas opiniones casi siempre aceptaba Alejandro. Después de la lectura, dedicaba un tiempo a los ejercicios gimnásticos, al juego de pelota, a las carreras o a luchas más suaves, y a con-

<sup>38</sup> Un hijo de Samónico Sereno el anticuario, Cf. *Caracalla*, 4,4.

tinuación, tras darse una friega de aceite, se bañaba, pero nunca o casi nunca utilizaba el caldario, sino siempre una piscina, donde permanecía casi por espacio de una hora y, cuando aún estaba en ayunas, se bebía casi un sextario <sup>39</sup> de agua fría del acueducto llamado Claudio <sup>40</sup>. Tras salir del baño, tomaba una buena cantidad de leche y pan, huevos y después vino mezclado con miel y, una vez reconstituido con estos alimentos, algunas veces almorzaba, otras veces no tomaba nada hasta la comida, aunque lo más frecuente era que almorzara. También tomó frecuentemente el tetrafármaco <sup>41</sup> que utilizó Adriano, del que habla Mario Máximo en la biografía de este emperador.

31 Las horas de después del mediodía las dedicó siempre a la firma y a la lectura de cartas, de tal modo que se colocaban siempre a su lado de pie los procuradores de la correspondencia, de las peticiones y de los memoriales, aunque algunas veces también se sentaban, si no podían permanecer de pie por alguna enfermedad, mientras que los copistas y los que regían su archivo repasaban todos los documentos, de tal manera que, si había que añadir algo, Alejandro lo añadía después con su propia mano, pero teniendo en cuenta el parecer de aquél al que se le consideraba más entendido. Después de leer las cartas, hacía entrar al mismo tiempo a todos sus amigos y hablaba con todos ellos indistintamente y nunca admitió en audiencia a ninguno a solas, salvo a su prefecto Ulpiano, que había sido siempre su asesor por su extraordinario sentido de la justicia. Y, cuando daba audiencia al otro prefecto, ordenaba que se llamara también a Ulpiano. Llamaba a Virgilio el Platón de los poetas y tenía

<sup>39</sup> Medida de capacidad equivalente a 0,54 litros.

<sup>40</sup> El acueducto *Aqua Claudia* que comenzó Calígula y acabó Claudio en el año 52 a. de C.

<sup>41</sup> Cf. *Adriano*, 21,4 *Elio*, 5,4-5.



a su busto junto con el de Cicerón en su segundo  
 larario <sup>42</sup>, donde tenía también los bustos de Aquil- 5  
 les y de otros ilustres personajes. En cambio deificó  
 a Alejandro colocándole en un larario mayor entre  
 32 los más eximios y los «divinos». Jamás infligió  
 una afrenta a ninguno de sus amigos o de sus  
 acompañantes, ni a los jefes o directores de sus can- 2  
 cillerías. Fue siempre deferente con sus prefectos  
 diciendo que quien merecía sufrir alguna afrenta del 3  
 emperador debía ser castigado, no destituido. Si al-  
 guna vez nombró un sucesor para sustituir a algu-  
 no de los presentes, siempre le dijo esta frase: «El  
 Estado te lo agradece», y le remuneraba con los si-  
 guientes regalos, para que pudiera vivir honesta-  
 mente como un ciudadano particular, de acuerdo  
 con su categoría social: con fincas, bueyes, caba-  
 llos, trigo, herramientas, dinero para construir su  
 casa, mármol para ornamentarla y cuantos jornale- 4  
 ros exigía la naturaleza de su construcción. Rara-  
 mente repartió oro o plata a nadie, salvo a los sol-  
 dados, pues decía que era un crimen que un admi-  
 nistrador público transformara en un instrumento  
 para sus propios deleites o de los suyos el dinero  
 recaudado a los habitantes de las provincias. Remi- 5  
 tió a Roma el oro procedente del comercio y del  
 impuesto coronario.

33 Nombró en Roma catorce administradores de la  
 Ciudad <sup>43</sup>, pero elegidos entre los excónsules, a los  
 que confirió la misión de actuar como jueces jun-  
 tamente con los prefectos en los litigios urbanos,  
 con la condición de que todos ellos o la mayor par-  
 te de ellos estuvieran presentes cuando se hicieran  
 los expedientes. Instituyó corporaciones de todos 2  
 los vinateros, mercaderes de altramuces, zapate-  
 ros y de todos los oficios y los concedió abogados

<sup>42</sup> Distinto del larario principal, Cf. 29,2.

<sup>43</sup> La novedad es que Alejandro elige a estos catorce *curatores* del estamento senatorial, de *ex cónsules*, Cf. Heliogábalo, 20,3.

defensores de su propio ramo, y propuso los jueces que les debían corresponder a cada uno de ellos.

Casi nunca hizo donaciones de dinero a los actores, y nunca, oro ni plata. Eliminó los costosos vestidos que Heliogábalo les había regalado y equipaba a los soldados que llaman «ostensionales», no con vestidos de valor, sino vistosos y elegantes, y no asignaba grandes cantidades de oro o de seda para los emblemas o para aumentar la magnificencia real, pues decía que el poder imperial residía en el valor, no en el atractivo exterior. Volvió a utilizar las clámides de largos pelos <sup>44</sup> que vistió Severo y túnicas sin banda de púrpura, o de largas mangas <sup>45</sup> y mantos cortos de escarlata y de púrpura.

- 34 No conocía el oro en sus banquetes, en los que usó copas pequeñas, aunque elegantes. Los servicios de su mesa nunca sobrepasaron el peso de doscientas libras de plata. Regaló al pueblo enanos y enanas, bufones, viejos cantores y toda clase de músicos y pantomimos; pero asignó a aquéllos que ya no servían para nada a distintas ciudades cada uno, para que éstas les proveyeran de alimentos, con el fin de que no se vieran incomodadas con la aparición de nuevos mendigos. Regaló a sus amigos los eunucos que Heliogábalo mantenía en sus vergonzosos conciliábulos y a los que promovía a cargos superiores, pero con una cláusula por la que les permitía castigarlos con la muerte sin la garantía de un juicio, si no volvían a las buenas costumbres. Ordenó que un número incalculable de mujeres de mala nota, a las que había prendido, fueran puestas

<sup>44</sup> Se trata de las clámides llamadas *hirtae* porque eran de lana tosca.

<sup>45</sup> Sobre la túnica, Cf. *Périntex*, n. 22. Los dos tipos que cita lampridio son la que se llama *asema* (de ἄσημος «sin marca», «sencilla» porque estaba confeccionada sin adornos, sin la franja de púrpura y la llamada *macrochera* (Μαχροχειρ «largos brazos»), porque poseía grandes mangas. El nombre es un sinónimo de *chiridota*.

a disposición del público y deportó a todos los libertinos con los que aquella calamidad de Heliogábalo había tenido relaciones siniestras, llegando incluso a hacer que perecieran algunos en un naufragio. Ninguno de sus servidores utilizó vestidos bordados con oro, ni siquiera en los banquetes públicos. Cuando comía entre los suyos, invitaba a Ulpiano o a hombres ilustrados, para poder mantener con ellos conversaciones sobre temas literarios con los que decía que se nutría y recreaba. Cuando comía en privado, tenía en la mesa un libro y leía en él sobre todo en griego. Leía también frecuentemente a los poetas latinos. Celebraba los banquetes públicos con la misma sencillez que los privados, salvo que en aquéllos aumentaba el número de lechos y la muchedumbre de invitados, por la que él se sentía molesto, alegando que comía en un circo o en un teatro.

- 35 Escuchó gustosamente, no a los oradores y poetas que pronunciaban panegíricos en su honor, lo que consideraba una necedad como Pescenio, sino a los que recitaban discursos o celebraban las hazañas de los antepasados, pero más gustosamente aún, a los que recitaban las loas de Alejandro Magno o de los príncipes buenos del pasado o de las grandes personalidades de la ciudad de Roma. Acudía con frecuencia al Ateneo para escuchar a los oradores o poetas griegos y latinos. Sin embargo, también escuchó a los oradores del foro cuando daban lectura a las causas que habían defendido antes delante de él o de los prefectos de la Ciudad. Presidió la lucha en los juegos públicos, principalmente el certámen de Hércules<sup>46</sup>, celebrado en honor de Alejandro Magno. Nunca recibía a nadie a solas después del mediodía o durante las primeras horas

<sup>46</sup> Un certamen al estilo griego (ἄγωνα), pero que debía de consistir en competiciones atléticas exclusivamente.

de la mañana, porque se había enterado de que habían propalado muchas mentiras sobre él, pero siguió esta costumbre de manera especial con Verconio Turino. Este individuo, a pesar de que él le había tratado como a un amigo íntimo, había vendido incluso con mentiras toda clase de promesas, hasta tal extremo que desacreditó el gobierno de Alejandro, como si éste fuera un necio o una persona a la que él tenía sometido a su influencia y a la que había convencido en múltiples aspectos; y de esta manera había persuadido a todos de que el emperador lo hacía todo siguiendo sus órdenes.

- 36 Por fin, Alejandro le prendió mediante la siguiente estratagema: sobornó a un desconocido para que le pidiera a él mismo algún favor en público y para que, en cambio, le rogara a Turino a ocultas, como si tratara de ayudarle, que hiciera por él alguna sugerencia en secreto a Alejandro; se llevó a cabo lo planeado y Turino le prometió su ayuda y, aunque realmente no había dicho nada, le aseguró que había dicho algunas cosas al emperador, pero que de él dependía (a ún) la posibilidad de conseguir algo, poniendo así a precio su éxito; y, habiendo ordenado Alejandro que se hiciera la petición de nuevo, también Turino, simulando que hacía otra cosa, asintió con movimientos de cabeza, aunque tampoco dijo nada en la audiencia. Y, tras haber alcanzado, en efecto, lo que se solicitaba, Turino recibió grandes premios del solicitante, a pesar de que se había limitado a vender vanas promesas. Entonces Alejandro hizo que le acusaran y, después de que merced a distintos testigos quedarán probados todos los cargos, a saber, la cantidad que había cobrado y quiénes lo habían presenciado y las promesas que había hecho y quiénes las habían oído, ordenó que le ataran a un tronco de un árbol en el foro Transitorio y le hizo dar muerte, sofocándole con el humo de una hoguera que se prendió, según sus órdenes, con pajas de rastrojo

6

2

y leños húmedos, mientras un pregonero decía: «Aquél que ha vendido humo, sea castigado con humo.» Y, para que no pareciera que había sido demasiado cruel apoyándose exclusivamente en una sola causa, hizo minuciosísimas investigaciones antes de condenarle y descubrió que con mucha frecuencia no sólomente había recibido gratificaciones en los procesos de las dos partes en litigio, ya que daba a conocer el resultado a cambio de dinero, sino también de todos aquéllos que habían obtenido intendencias o provincias.

37 Asistió frecuentemente a los espectáculos y fue muy remiso en las donaciones, pues decía que los actores, monteros y aurigas, debían ser alimentados como los esclavos de nuestra propiedad, sean monteros, palafreneros o instrumento de placer. Sus convites no fueron ni opíparos ni demasiado frugales, pero sí de extraordinaria brillantez, de tal manera, no obstante, que hacía que presentaran servilletas blancas, más frecuentemente con rayas de escarlata, pero nunca de oro, aunque Heliogábalo había ya comenzado a utilizarlas, y anteriormente, según dicen, las había utilizado ya Adriano. Ésta fue la dieta diaria de sus festines: treinta sextarios de vino para todo el día, treinta libras de pan selecto y cincuenta de pan de segunda clase para regalar. En efecto, entregaba siempre con sus propias manos el pan y las raciones de verdura, carne o legumbres a los que servían en sus banquetes, actuando como un padre de familia, con un comportamiento casi senil. Se había decidido distribuir treinta libras de carne variada y dos de carne de pollo. En los días de fiesta se servía un ganso, pero en las calendas de enero, en las fiestas de Cibeles <sup>47</sup>, madre de los dioses, en los juegos en honor de Apo-

<sup>47</sup> Fiestas en las que el regocijo popular era inmenso, como apunta su etimología en conexión con el griego ἱλαρός «alegre». Se celebraban el 25 de marzo.

lo <sup>48</sup>, en el banquete sagrado en honor de Júpiter <sup>49</sup>, en las saturnales y en otras solemnidades similares ofrecían en su mesa un faisán, pero en alguna ocasión la invitación incluía dos faisanes, a los que se añadían dos pollos. Comía todos los días liebre, y con frecuencia carne de caza, pero la compartía con sus amigos, sobre todo con aquéllos que sabía que no disponían de ella por sus propios medios. No ofreció ninguno de estos presentes a los ricos, pero siempre recibió los que ellos le ofrecían. Tenía todos los días a su disposición cuatro sextarios de vino mezclado con miel sin pimienta, dos con ella y, para no alargarme incluyendo todos los detalles que ha expuesto Gargilio <sup>50</sup>, escritor de su tiempo, diré que todos los manjares se los ofrecieron con mesura y racionalmente. Comía aspasionadamente distintas frutas, de tal manera que se las debían servir casi siempre como postre. Por eso existe un juego de palabras que dice que Alejandro no comía segundo plato, sino que lo comía por segunda vez <sup>51</sup>. Se atiborraba de alimentos, pero no bebía ni poco ni mucho vino, sino lo suficiente. Bebía siempre agua fría pura y, en el verano, vino aromatizado con rosas; por cierto, éste era el único vino que ha-

<sup>48</sup> Hijo de Zeus y Latona. Los griegos eligieron en su honor un templo en Delfos. Su culto se introdujo en Roma después de la segunda guerra púnica y, bajo Augusto, ocupó un puesto al lado de Júpiter Capitolino. En su honor se instituyeron los *ludi Apollinares* en el año 211 a. de C. que, según Livio, se celebraban del 6 al 13 de julio.

<sup>49</sup> En Roma se solían ofrecer, desde épocas antiguas, banquetes llamados *épula* a las divinidades del Capitolio, que se distinguían del *lectisternium*, en el que los dioses estaban instalados en los lechos (*lecti*). Cf. Marco, XIII,2 n. 47. Los banquetes de Júpiter, *épula Iouis*, fueron dos: el 13 de septiembre y el 1 de noviembre, en conexión respectivamente con los *ludi Romani* (4-19 de septiembre) y con los *ludi Plebei* (4-17 de noviembre).

<sup>50</sup> Probablemente Q. Gargilio Marcial, que escribió un tratado de agricultura, incluyendo también nociones de medicina y veterinaria.

<sup>51</sup> Juego de palabras.

bía mantenido en uso de entre las diversas clases de vino aromatizado inventadas por Heliogábalo.

- 38 Y puesto que se ha hecho mención de los lebratillos, como él tenía para comer liebre a diario, se originó una chanza poética basada en la afirmación de que dicen que las personas que comen liebre se vuelven hermosas durante siete días, como lo indica también un epigrama de Marcial, que el poeta compuso contra una tal Gelia, a este tenor:

«Cuando me envías una liebre, Gelia, siem- 2  
[pre me mandas esta misiva»  
¡Oh Marco, serás hermoso durante siete días!  
si dices la verdad, si tu misiva es verídica, Ge-  
[lia,  
tu Gelia, jamás has comido liebre <sup>52</sup>».

Pero Marcial compuso estos versos contra dicha 3  
mujer porque era contrahecha; en cambio, el poeta de la época de Alejandro escribió contra éste lo que sigue:

«Tú ves que nuestro rey es bello, 4  
y que la raza... nos ofreció un Sirio,  
eso lo logró la liebre (*lepus*) que él caza y  
[come  
de la que saca él su perenne encanto (*le-*  
[pos).» <sup>52 bis</sup>

Cuando uno de sus amigos le refirió estos ver- 5  
sos, se dice que Alejandro respondió con unos ver-  
sos griegos cuyo contenido era el siguiente:

«Porque, ateniéndote a una vulgar historieta, 6  
[pienses  
que tu rey es hermoso, desgraciado poeta,  
yo no me irrito contigo, si crees que ello es  
[verdad.

<sup>52</sup> Cf. Marcial, V,29 con alguna variación. Para esta superstición, Cf. Plinio, *N. H.*, XXVIII, 260.

<sup>52 bis</sup> Nótese el juego de palabras *lepus-lepos* que se da en latín.

Mi deseo sería que tú sólo comieras lebrastas,  
 para que tu alma, tras alejar de sí los males,  
 [se vuelva hermosa,  
 y para que no sientas envidia impulsado por  
 [el odio de tu espíritu.»

39 Cuando recibía como invitados a sus amigos mi-  
 litares, para conservar algo de la costumbre que ha-  
 bía instituido Trajano de beber después de los pos-  
 tres hasta cinco copas de vino, él les ofrecía sola-  
 mente una en honor de Alejandro Magno, y ésta  
 más pequeña, a no ser que alguno pidiese espontá-  
 neamente una mayor, lo cual estaba permitido. 2  
 Practicó el amor de manera razonable y se mantu-  
 vo tan ajeno al trato con hombres degenerados que,  
 incluso, como ya dijimos anteriormente, tuvo la in-  
 tención de proponer una ley para echarlos de la Ciu-  
 dad.

Construyó graneros públicos en los distintos dis- 3  
 tritos de la Ciudad para que pudieran depositar en  
 ellos sus provisiones quienes no dispusieran de cen-  
 tinelas propios. Distribuyó baños públicos en los 4  
 barrios de la Ciudad que aún no contaban con  
 ellos. En efecto, todavía hoy muchos de ellos se  
 llaman baños de Alejandro. Construyó también 5  
 viviendas muy bellas y las repartió como regalo  
 entre sus amigos, especialmente entre los que desta-  
 caban por su integridad. Redujo los ingresos pú- 6  
 blicos en los siguientes extremos: los que habían  
 pagado diez áureos durante el gobierno de Helio-  
 gábalo tenían que pagar sólomente el tercio de una  
 de estas monedas, es decir, la trigésima parte del im-  
 puesto. Se amonedaron entonces por primera vez 7  
 áureos de medio as y, como el impuesto se había  
 reducido al tercio de un áureo, también de un ter-  
 cio de as, asegurando Alejandro que llegaría a ha-  
 ber áureos de un cuarto de as, porque ya no po-  
 dían acuñarse más pequeñas. Cuando ya los tenía 8  
 acuñados, los retuvo en la casa de la moneda, es-



perando para ponerlos en circulación que se hubiera podido reducir más el impuesto, pero, al no ser posible por las necesidades que tenía el Estado, ordenó que los volvieran a fundir y que acuñaran solamente monedas de un tercio de un áureo y sólidos <sup>53</sup>. Mandó fundir y retirar de la circulación las monedas de dos áureos, de tres, de cuatro, de diez, e incluso las de más valor aún, hasta los de una libra y de cien áureos, que había mandado troquelar por primera vez Heliogábalo. Y por eso a estas monedas se las designó con el nombre del metal con el que estaban hechas, pues Alejandro aseguraba que la causa de la excesiva largueza del emperador se debía a que se veía obligado a dar treinta, cincuenta o cien piezas, al dar diez o más en una sola moneda, cuando tenía la posibilidad de repartir muchas monedas de oro de menos valor.

40 Tenía pocos vestidos de seda; los que estaban confeccionados únicamente con seda nunca los utilizó y jamás regaló los que la contenían al cincuenta por ciento. No envidiaba las riquezas de nadie. Ayudó a los pobres. Enriqueció en todo momento con múltiples presentes consistentes en tierras, esclavos, animales, rebaños e instrumentos de labranza, a las personas que habían desempeñado cargos públicos que veía que su pobreza era real, no simulada o debida al boato que llevaban. No permitió nunca que sus vestidos estuvieran más de un año entre sus tesoros, ordenando que los valoraran una vez pasado ese tiempo. Los que destinaba a regalos los inspeccionaba personalmente. Hacía pesar todo su oro y su plata, ordenando que se repitiera con frecuencia la operación. Regalaba también, además de uniformes militares, grebas, pantalones y zapatos. Exigía enérgicamente púrpura de

<sup>53</sup> Estas monedas de un tercio de áureo se llamaban *semisses* y los áureos recibieron el nombre de sólidos (*solidi*) de Constantino en adelante.

la más alta calidad para destinarla no a su uso privado, sino al de las matronas que quisieran o pudieran llevarla, sin duda con el fin de poderla vender, de tal manera que se llama todavía hoy Alejandrina la púrpura que el vulgo llama Probiana, porque fue Aurelio Probo, el jefe de las tintorerías, quien descubrió esa clase de múrices de la que se elabora. Él mismo utilizó muchas veces una clámide de escarlata. Sin embargo, vestía siempre toga 7 en la ciudad de Roma y en las ciudades de Italia. 8 Sólo utilizó la toga pretexta y la toga bordada <sup>54</sup> durante el tiempo que ejerció el consulado, y precisamente aquélla que vestían también otros magistrados, como los cónsules o los pretores después de haberla tomado del templo de Júpiter. Utilizó 9 también la pretexta cuando hacía sacrificios, pero si actuaba como Pontífice Máximo, no como emperador. Era partidario del buen lienzo, y sin duda, 10 del puro, por lo que decía: «¿Si los vestidos se hacen de lino para que no tengan aspereza, qué necesidad hay de que el lino tenga púrpura?» Considera 11 también una locura recamar los vestidos con oro, porque entonces a la aspereza se sumaba la rigidez. Siempre utilizó vendas de tela para el calzado. Vestía bragas blancas <sup>55</sup>, no de escarlata, como las que se usaban anteriormente.

- 41 Vendió todas las piedras preciosas que tenía y el oro de la venta lo ingresó en el tesoro público, diciendo que los hombres no debían hacer uso de ellas y que las matronas reales debían contentarse con una redecilla, unos pendientes, un collar ador-

<sup>54</sup> Antiguamente la llevaba el cónsul con la túnica adornada de palmas (*palmata*) cuando celebraba su triunfo. Los cónsules y pretores la utilizaban cuando celebraban los juegos en el circo, y muchos emperadores la adoptaron como una prenda oficial.

<sup>55</sup> Las *bracae* eran unos calzones cortos que utilizaron los pueblos del Norte. En el siglo I aún se considera prenda bárbara, como testimonia Tácito (*Hist.*, II,2: *bracas barbarum tegmen indutus*). Se prohibió su uso en el siglo IV.

nado con perlas y una corona para utilizarla cuando ofrecieran sacrificios, un solo manto salpicado de oro y una ciclada<sup>56</sup> que no tuviera más de seis onzas de oro. Con sus costumbres ejerció el papel de un auténtico censor en su tiempo. Los hombres importantes le imitaron a él y las matronas de la más alta nobleza imitaron a su esposa. Restringió la servidumbre de la corte haciendo que en cada uno de los cargos administrativos se mantuvieran solamente el número de personas que la necesidad exigiera, de tal forma que los bataneros, sastres, panaderos, coperos y todos los siervos de la corte recibieron por sus servicios una cantidad de víveres y no dignidades, como aquella peste de Heliogábalo había establecido, aunque dichos víveres debían ser individuales, o a lo sumo para dos personas. Y, como no tenía entre los útiles de su servicio más de doscientas libras de plata ni un gran número de criados, cuando ofrecía alguna comida aceptaba de sus amigos vajillas de plata, criados y servilletas, costumbre que se observa todavía actualmente por los prefectos, si ofrecen algún festín cuando el emperador está ausente. Nunca admitió representaciones escénicas durante sus banquetes, sino que sus mayores deleites consistían en contemplar las luchas de cachorrillos con cochinillos, las peleas de perdices o los vuelos de pequeños grajillos, elevándose a las alturas o descendiendo al suelo. Por cierto, mantuvo en Palacio solamente un pasatiempo con el que obtenía un gran deleite y con el que aliviaba las preocupaciones de Estado. En efecto, había mandado construir pajareras de pavos, faisanes, pollos, ánades y perdices con los que se divertía ex-

<sup>56</sup> Ropaje largo y amplio, de tejido muy fino, que se echaba alrededor del cuerpo como el *pallium* y que tenía la suficiente amplitud para cubrir toda la figura. Tenía a lo largo de los bordes una banda de color púrpura o un bordado de oro lo que dio lugar, según parece, al nombre *cyclas*, del griego κυκλάς «circular».

traordinariamente, pero, sobre todo, de palomas torcaces de las que, según cuentan, llegó a tener hasta un número de veinte mil y, para que su mantenimiento no incidiera sobre los aprovisionamientos de grano, contrató a esclavos de alquiler que las alimentaran con el producto de los huevos y de los pollitos y pichones.

- 42 Se bañaba frecuentemente con el pueblo en sus termas y en las de los anteriores emperadores, sobre todo en verano, y volvía a Palacio en traje de baño, manteniendo únicamente como distintivo imperial la utilización de la lacerna de escarlata <sup>57</sup>. 2
- Nunca tuvo ningún corredor que no fuera esclavo suyo, pues decía que los hombres libres sólo debían correr en los juegos sagrados y sólo admitió a los esclavos de su propiedad como cocineros, panaderos, bataneros y bañeros, de tal manera que, si no tenía bastantes, los compraba. Durante su gobierno, uno sólo de los médicos de palacio recibió salario, mientras que los restantes, que llegaron a ser seis, recibían dos o tres raciones de alimentos, pero lograron que una de ellas fuera de alimentos de primera calidad y las otras de otra clase. 3
- Cuando nombraba jueces, a ejemplo de los emperadores anteriores, como enseña también Cicerón, les proveía de plata y de todo lo que precisaran, de suerte que los gobernadores de provincias recibieran veinte libras de plata, seis mulas, dos mulos, dos caballos, vestidos de calle, dos vestidos para casa, uno para el baño, cien áureos, un cocinero, un mulatero y, si no tenían esposas, concubinas, pues pensaba que no podían vivir sin éstas; pero les obligaba a devolver al dejar la administración de la provincia las mulas, los mulos, los caballos, los mulateros y cocineros, pudiendo conservar para sí el resto, si 4

<sup>57</sup> Capa provista de capuchón de tejido grueso que se utilizaba normalmente para los viajes. Había otra de tejido más puro que se usaba en las fiestas y espectáculos.

habían gobernado con rectitud, mientras que, si habían actuado mal, deberían devolver el cruáduple, además de pagar la pena de peculado o de concusión <sup>58</sup>.

- 43 Sancionó un gran número de leyes. Permitió a todos los senadores disponer en Roma de carrozas y carros guarnecidos de plata, pues consideraba que era importante para la dignidad romana que los senadores de un Ciudad tan grande pudieran utilizar tales vehículos. A todos los cónsules que nombró, fueran designados u ordinarios, los nombró de acuerdo con el parecer del senado, reduciendo sus gastos, y estableció el plazo para asumir el cargo ateniéndose a las normas antiguas. Ordenó que los cuestores nombrados por el emperador ofrecieran espectáculos al pueblo a sus expensas <sup>59</sup>, pero con el acuerdo de que, después de la cuestura, recibirían el título de pretores y luego el de gobernadores de provincia. Pero instituyó los interventores del fisco para que ofrecieran juegos con dinero de la caja de éste, aunque más económicos. Tuvo la intención de diseminar los espectáculos de gladiadores durante treinta días, pero no se sabe por qué desistió de ello. Cuando se hallaba en Roma, subía al Capitolio también cada siete días y frecuentaba los otros templos. Tuvo la intención de erigir un templo en honor de Cristo y de incluirle entre los dioses. Proyecto que, según dicen, tuvo también Adriano, quien había ordenado que se construyeran en todas las ciudades templos sin imágenes, los cuales todavía hoy se llaman templos de Adriano, precisamente por no poseer divinidades, pues se decía que los había erigido a este efecto; pero Alejandro fue apartado de su propósito por aquéllos que

<sup>58</sup> Es decir, las penas establecidas por malversación de fondos públicos, Cf. infra *Aureliano*, n. 42.

<sup>59</sup> Se trata de los *quaestores candidati principis* a los que nombraba el emperador sin formalidad alguna.

habían descubierto, mediante sus consultas a los oráculos sagrados, que todos los hombres se iban a convertir al cristianismo, si llevaba a cabo su proyecto, y que todos los demás templos iban a quedar abandonados.

44 Fue muy fino en sus bromas, amable en la conversación y tan afable en los banquetes que cada uno de los comensales podía pedir lo que quería. 2  
Atento para acumular dinero, precavido para conservarlo, solícito en buscarlo, pero sin causar daño a nadie. No quería que le llamaran Sirio, sino que le consideraran romano desde sus remotos antepasados, y había hecho pintar el árbol genealógico de su linaje en el que se demostraba que su familia descendía de los Metelos. 3

Estableció un salario para los retóricos, gramáticos, médicos, arúspices, astrólogos, ingenieros y arquitectos, instituyó auditorios y ordenó que se les confiara como discípulos a los hijos de ciudadanos pobres, con tal de que fueran de condición libre, pero con las correspondientes raciones alimenticias. 4  
También en las provincias mostró gran deferencia con los oradores forenses y entregó víveres a muchos de ellos que sabía que actuaban gratis. Consolidó las leyes para muchos años y las observó personalmente con gran escrupulosidad. Asistía con frecuencia a los espectáculos teatrales. Tuvo la intención de restaurar el teatro de Marcelo. A muchas ciudades, que estaban desfiguradas a consecuencia de los terremotos, las entregó dinero de los impuestos para reparar los edificios públicos y privados. Nunca depositó como ofrendas en los templos más de cuatro o cinco libras de plata y ni siquiera una gota ni una lumina de oro, musitando el verso de Persio Flaco <sup>60</sup>: *v. d.* 5 6 7 8 9

«¿Qué hace el oro en los lugares sagrados?»

<sup>60</sup> Persio, *Sat.*, II, 69.

45 Realizó distintas campañas bélicas, sobre las que voy a hablar siguiendo su orden cronológico. Sin embargo, voy a exponer antes su modo de proceder respecto a las cosas que pensaba que debía callar o anunciar. Se silenciaban los secretos sobre las tácticas bélicas, aunque se anunciaban públicamente los días de marcha, de tal manera que, dos meses antes de la campaña, hacía colgar un edicto en el que se decía: «Saldré de la Ciudad tal día y a tal hora y, si es deseo de los dioses, pernoctaré en la primera posada de la etapa.» Después se enumeraban las otras posadas, a continuación los lugares de acampada, luego los puntos de aprovisionamiento, y esto hasta cuando se llegaba a las fronteras de los bárbaros. Y ya, a partir de allí, se observaba silencio y todos caminaban sin rumbo fijo para que los bárbaros no conocieran la disposición de las tropas romanas. Por otra parte, es seguro que jamás dejó de cumplir aquello que había prometido, afirmando que no deseaba que sus disposiciones se pusieran en venta por sus cortesanos, cosa que había ocurrido bajo el gobierno de Heliogábalo en el que los eunucos lo vendían todo. Esta clase de individuos desean que todas las cosas sean secretas en la corte, con la finalidad de que parezca que son ellos los únicos que saben algo para, valiéndose de ello, conseguir influencia o dinero.

Y puesto que se ha hecho mención sobre su costumbre de hacer públicas sus disposiciones, añadiré que cuando quería nombrar gobernadores para las provincias, elegir comandantes militares o crear procuradores, es decir, aduaneros, hacía públicos sus nombres, exhortando al pueblo para que, si alguien conocía algún crimen cometido por ellos, probara su culpabilidad con hechos incuestionables, pues, si no lo probaba, sufriría la pena capital. Y decía que era grave que no se hiciera esta investigación entre los gobernadores de provincias a los que se confía la fortuna y las vidas de los hom-

bres, siendo así que los cristianos y los judíos la exigían para proclamar públicamente a los sacerdotes que se querían ordenar.

- 46 Estableció un salario para los asesores, aunque solía repetir que había que confiar los cargos solamente a aquéllos que pudieran gestionar por sí mismos negocios públicos, no por medio de asesores, agregando que los militares tenían sus propias tareas y los letrados las suyas y que por esa razón cada cual debía hacer aquello que sabía. Daba los tesoros a los que los habían descubierto y, en caso de que fueran abundantes, sumaba también para el reparto a los funcionarios que tenían sus cancellerías. Daba vueltas en su mente y mantenía grabado en ella los favores que había concedido y a quién se los había concedido y, si se enteraba que algunos no le habían hecho alguna petición o que le habían pedido pocas cosas para aumentar sus recursos, les llamaba y les decía: «¿Cuál es la razón por que no me pides nada? ¿tal vez deseas que yo me convierta en deudor tuyo? Pide, no te vayas a quejar de mí cuando sea un particular.» Entre otras recompensas que daba, con tal de que no lesionaran su reputación, están las siguientes: repartía los bienes de los condenados a muerte, pero nunca con el oro, plata o piedras preciosas que poseían —pues todo esto lo restituía al erario—, repartía las jefaturas de cargos civiles, no de los militares, y distribuía aquellos puestos directivos que formaban parte de la administración. Cambiaba rápidamente a los recaudadores, de modo que ninguno permaneciera en este cargo más de un año, y a estos agentes, aunque fueran ímprobos, les odiaba llamándolos un mal necesario. Pero nunca nombró gobernadores, procónsules o legados pensando en el favor que hacía, sino dejándose guiar por su propia opinión o por la del senado.
- 47 Cuando hacía alguna expedición, distribuía a los soldados de manera que pudieran recibir las provi-



siones en sus alojamientos y no tuvieran que cargar con los víveres durante diecisiete días, como era lo habitual, a no ser que se encontraran en terreno enemigo, aunque, incluso aquí, les prestaba ayuda utilizando mulos y camellos, diciendo que protegía más a los soldados que a su propia persona, porque en ellos residía la salvación del Estado. Visitaba de tienda en tienda a los que se encontraban enfermos, aunque fueran soldados rasos, les transportaba en carros militares y les ayudaba con todo lo que precisaran. Y, si por casualidad sufrían una enfermedad muy grave, les distribuía por las ciudades y los campos confiándoles al cuidado de los padres de familia más distinguidos y de las matronas más honestas, sufragando los gastos que habían ocasionado tanto si habían muerto, como si se habían restablecido.

48 En una ocasión que un senador de una antigua familia llamado Ovinio Camilo, extremadamente afeminado, intentó rebelarse para usurpar el trono y le dieron inmediatamente a Alejandro la noticia aportando diversas pruebas del hecho, Alejandro le llamó a Palacio y le dio gracias por intentar asumir espontáneamente la dirección del Estado, que se había impuesto a los buenos emperadores a pesar de sus renuencias. A continuación se dirigió al senado, nombró copartícipe del trono a Ovinio, que temblaba y se sentía corroído por el fastidio de tan gran culpa, le concedió una audiencia en Palacio, le convidó a un festín y le revistió con ornamentos imperiales, incluso más elegantes que los que llevaba él mismo. Después, cuando se anunció una expedición contra los bárbaros, le exhortó a que marchara él por su cuenta, si quería, o a que hiciera la expedición con él. Y puesto que él mismo realizaba la marcha a pie, le invitó a afrontar este esfuerzo, pero como andaba vacilante tras haber recorrido cinco millas, le ordenó que se montara en un caballo y después le subió a un carruaje militar, pues-

to que tras dos jornadas de camino se había fatiga- 5  
do de ir a caballo. Al desdeñar también esta defe-  
rencia sinceramente o movido por el miedo, renun-  
ciando incluso al poder y mostrándose dispuesto a  
morir, Alejandro le despidió del ejército y, después  
de haberle encomendado a unos soldados que apre-  
ciaban al emperador de forma singular, ordenó que  
se retirara a su finca donde vivió durante mucho  
tiempo. Pero posteriormente Ovinio fue asesinado 6  
por orden del emperador, quien alegaba que desea-  
ba la guerra y su ejecución la llevaron a cabo unos  
soldados. Ya sé que el vulgo imputa este hecho que  
he insertado aquí al emperador Trajano, pero Ma-  
rio no lo narra en la biografía de este emperador,  
ni Fabio Marcelino, ni Aurelio Veno, ni Estacio  
Valente, que escribieron su biografía completa. Al 7  
contrario, los biógrafos Septimino, Acolio, Encol-  
pio y el resto de los escritores atribuyeron estos he-  
chos a Alejandro. Por eso yo he añadido aquí esta 8  
apostilla, a fin de que nadie haga más caso a los ru-  
mores del vulgo que a la historia, pues ésta es más  
verídica sin duda que aquéllos.

49 No toleró jamás que se vendieran los honores  
que suponía el derecho de llevar espada <sup>61</sup> dicien-  
do: «Es necesario que el que compra venda tam-  
bién a su vez. Yo no tolero a mercaderes de potes-  
tades ni a aquellos individuos a los que no pudiera  
castigar, si las adquirieran. Pues me avergüenza cas-  
tigar a un hombre que compra y vende.» Hizo que 2  
las funciones de pontífice, de quindecinviro y de  
augur fueran concedidas mediante un codicilo del 3  
emperador, a condición de que los candidatos fue-  
ron elegidos en el senado.

Dexipo <sup>62</sup> escribió que Alejandro tomó por es- 3

<sup>61</sup> El *ius gladii*, o derecho de imponer la pena capital, que pertenecía al emperador y que éste concedió a algunos gobernadores provinciales.


<sup>62</sup> P. Herenio Dexipo de Atenas. Su crónica abarcaba desde la época legendaria hasta el 268 a. de C. Repelió la invasión de los godos hacia el año 267 a. de C. Cf. *Galienos*, 13,8.

d.

posa a la hija de un individuo llamado Macriano, y  
 que este mismo fue nombrado César por él. Pero, 4  
 como Macriano pretendía darle muerte a traición,  
 tras descubrirse la conspiración, se lo quitó de en  
 medio y repudió a su esposa. El mismo autor dice 5  
 que Antonino Heliogábalo fue tío paterno de Ale-  
 jandro, no hijo de la hermana de la madre de éste <sup>63</sup>. 6  
 Una vez que los cristianos ocuparon un local que  
 había sido público y unos taberneros se opusieron  
 diciendo que les pertenecía, Alejandro respondió a  
 éstos por escrito diciendo que era mejor que allí se  
 adorase a un dios, sin importar cómo se hacía, que  
 entregar el local a taberneros.

50 Así, pues, cuando se había destacado ya como un  
 emperador tan grande y eximio tanto en su patria  
 como fuera, emprendió una expedición contra los  
 partos que dirigió con tanta disciplina y suscitando  
 tanto respeto hacia su persona, que se podía asegu-  
 rar que no eran soldados los que marchaban, sino 2  
 senadores. Por todos los lugares que pasaban las le-  
 giones, los tribunos se mantenían callados, los cen-  
 turiones se mostraban discretos y los soldados ama-  
 bles, y, por tantos y tan grandes bienes, los habi-  
 tantes de las provincias le miraban como a un dios. 3  
 Por otra parte, hasta los propios soldados amaban  
 al joven emperador como a un hermano, como a  
 un hijo o como a un padre. Iban equipados con  
 dignidad, calzados también con decoro, armados  
 con distinción y dotados de caballos aparejados con  
 mantas y frenos adecuados, de tal forma que cual-  
 quiera que contemplara el ejército de Alejandro po-  
 dría descubrir lo que era el Estado romano. En 4  
 suma, se esforzaba por mostrarse digno del nom-  
 bre que llevaba, más aún, de superar al Macedonio,  
 y decía que debía mediar una gran diferencia entre  
 el Alejandro Macedonio y el Alejandro romano. 5

<sup>63</sup> No es así. Fueron primos carnales, pues eran hijos respectivamen-  
 te de Soemis y Mamea, hijos a su vez de Mesa.

Había creado para su servicio un batallón de «argiroaspidas» y «crisoaspidas»<sup>64</sup> y también una falange de treinta mil hombres, a los que había ordenado que llamaran «falangiaros»<sup>65</sup> y con los que realizó grandes proezas en Persia, falange que, por cierto, estaba formada por seis legiones equipadas con armas similares, pero cuyas soldadas fueran más altas después de la guerra con los persas. 

51 Depositó en los templos los dones de los reyes; vendió las piedras preciosas que le habían ofrecido, considerando que poseer piedras preciosas era algo 2  
mujeril, pues no podían regalarse a un soldado ni las podía llevar un hombre. Cuando un legado ofreció a su mujer, por su propia mediación, dos perlas 3  
de un peso enorme y de unas dimensiones inusitadas, ordenó que las vendieran. Y, como no encontraban un precio adecuado, para que la reina no die- 4  
ra un mal ejemplo usando algo que no había posibilidad de comprarlo, las consagró a las orejas de Venus. Tuvo como tutor a Ulpiano, a quien su madre rechazaba al principio, pero al que luego agrade- 5  
ció sus servicios. Le defendió a menudo contra la ira de los soldados cubriéndole incluso con su propia púrpura, y fue tan extraordinario emperador, precisamente porque rigió la república ateniéndose sobre todo a sus consejos. Cuando se hallaba 6  
presto al combate, y durante las marchas militares, almorzaba y comía con la tienda abierta, tomando el rancho de los soldados ante la vista y el regocijo de todos, visitaba casi todas las tiendas y no permitía que nadie se alejara de las banderas. Si alguien 6  
se desviaba de la ruta a una propiedad ajena, se le

<sup>64</sup> Se llamaban así los soldados de infantería que, por un honor especial, iban equipados con escudos (ἄσπις) de plata (ἀργυρος) u oro (χρυσός) y que utilizó Alejandro Magno durante la campaña que llevó a cabo en la India.

<sup>65</sup> Porque formaban una falange (φάλαγγξ), cuerpo de tropas de infantería pesada.

sometía en su presencia, de acuerdo con su clase social, a una descarga de palos, a golpes de látigos o a la pena de muerte, o, si la dignidad del hombre excedía la calidad de todos estos castigos, a durísimos reproches, pues él le decía: «¿Quieres acaso que se haga en tu campo lo que tú haces a otro?» Y repetía con frecuencia en alta voz una frase que había oído a algunos judíos o a algunos cristianos y que retenía en su memoria, y cuando castigaba a alguien, ordenaba que el heraldo la pronunciara diciendo: «No hagas a otro lo que no quieres que te hagan.» Amaba esta máxima hasta tal punto que hizo que la grabaran en Palacio y en los monumentos públicos.

- 52 Cuando se enteró de que una viejecilla había sido cubierta de injurias por un soldado, licenció a éste y se lo entregó a la anciana como esclavo, para que la mantuviera, pues era maestro de carruajes. Y, al ver que los soldados se lamentaban de esta acción, Alejandro persuadió a todos para que la aceptaran sumisamente y los llenó de terror. Su reinado, aunque fue rígido y severo, recibió el nombre de «incruento»<sup>66</sup>, porque no dio muerte a ningún senador, como el escritor griego Herodiano refiere en los libros que narran los hechos de su época. Fue de tanta severidad con los soldados, que muchas veces licenció legiones enteras, llamando a los soldados *Quirites*<sup>67</sup>, en lugar de soldados, y no temió nunca al ejército, puesto que no se podía alegar, para reprender su conducta, que los tribunos u oficiales hubieran escamoteado jamás alguna can-

<sup>66</sup> El texto dice ἀναιμάτων «sin sangre».

<sup>67</sup> El texto latino dice *Quirites*, nombre con el que se designaba a los «ciudadanos» romanos primitivos. El origen del término se hace derivar de *quirinus*, apellido de Rómulo, el fundador de la Ciudad, o de *quiris* que indica lanza en el dialecto sabino. Se dirigía a los soldados en plan de reproche Cf. Suetonio, *Caes.*, 70,1. En los casos en que se dirige a ciudadanos realmente lo hemos traducido por «ciudadanos», cf. *Tácito*, 7,3; *Firmo*, 5,4-6.

tidad de los estipendios de sus soldados, siendo éstas sus palabras: «No hay que temer al soldado si está vestido, armado, calzado y bien comido, y si lleva algo en su pequeño ceñidor», porque a su juicio la mendicidad del soldado, si se halla armado, le impulsa a la total desesperación. No permitió que los tribunos o los generales tuvieran a ningún soldado como ordenanza y ordenó que cuatro soldados precedieran como escolta a los tribunos, seis a los generales, diez a los legados, y que éstos los acogieran en sus casas.

53 Y para que se pueda conocer su severidad he considerado que debía insertar aquí una arenga militar que puede mostrarnos los criterios que siguió en el tema del ejército. En efecto, cuando le anunciaron, al llegar a Antioquía, que los soldados se entregaban a los baños, a las mujeres y a la molicie, ordenó que los prendieran a todos y los arrojaran al calabozo. Cuando cundió la noticia de este hecho, la legión de aquellos soldados cuyos compañeros habían sido arrestados promovió una sedición. Entonces, Alejandro subió al tribunal, hizo que llevaran ante él a todos los arrestados y dirigió el siguiente discurso a los soldados que le rodeaban, con las armas en las manos: «Camaradas, la disciplina de nuestros antepasados aún gobierna nuestra república, si, a pesar de este castigo, seguís reprobando estos actos de vuestros compañeros. Si la disciplina se disipa, perderemos el nombre y el imperio romano; bajo nuestro reinado, pues, no se deben hacer las cosas que se hicieron poco tiempo ha, bajo aquella impura bestia. Soldados romanos, vuestros aliados y mis camaradas y compañeros de armas aman, beben y se bañan como los griegos y se entregan a la lujuria. ¿Lo toleraré durante más tiempo?, ¿no los voy a castigar con la pena de muerte? Ante estas palabras se originó un motín. Y él volvió a decir: «Por qué no reprimís vuestros gritos, necesarios en la guerra contra el enemigo,

pero innecesarios contra vuestro emperador? Sin 9  
duda, vuestros instructores militares os enseñaron  
estos gritos para que los lanzárais contra los sár-  
matas, los germanos y los persas, no contra aquél  
que os proporciona las vituallas recibidas de los ha-  
bitantes de las provincias, que os proporciona un  
uniforme y una soldada. Reprimid, pues, ese grito 10  
amenazador y necesario sólo en el campo de bata-  
lla y durante la lucha, para que yo no os despida  
hoy a todos haciendo salir de mi boca un único gri-  
to, llamándoos *Quirites*, e incluso dudo si daros 11  
este nombre, pues no sois dignos tampoco de per-  
tencer a la plebe romana si no reconocéis el dere-  
cho romano.»

54 Y, como entonces gritaban con más fuerza y lan-  
zaban además amenazas blandiendo sus espadas,  
continuó: «Bajad vuestras diestras, que sólo debéis  
levantar contra el enemigo, si sois valientes, pues a  
mí no me aterran tales amenazas. Pues si me asesi- 2  
náis a mí, que estoy solo, vendrían a vengar mi  
muerte la república, el senado y el pueblo roma-  
no.» Y viendo que, a pesar de todo, seguían gritan- 3  
do después de decir esto, exclamó: «*Quirites*, ale-  
jáos y dejad las armas.» Después de ofrecer un 4  
ejemplo admirable depositando las armas y despo-  
jándose de sus sayos militares, todos se retiraban  
no a los cuarteles, sino a distintas posadas. Y en- 5  
tonces se advirtió por primera vez el poder que te-  
nía su severidad. Finalmente, los que formaban su 6  
cortejo y los que estaban en torno a él llevaron las  
banderas a los cuarteles y el pueblo recogió las ar-  
mas y las transportó al Palacio. No obstante, des- 7  
pués de treinta días, y antes de partir a la expedi-  
ción contra los persas, atendiendo a sus ruegos, res-  
tituyó en su lugar a aquella legión que había licen-  
ciado y consiguió la victoria, especialmente por la  
colaboración que ésta prestó en la pelea, a pesar de  
lo cual castigó a sus tribunos con la pena de muer-  
te, porque los soldados se habían entregado a los

placeres en la ciudad de Dafne por su negligencia y el ejército se había sublevado con su connivencia.

55 Así, pues, Alejandro se dirigió con un gran aparato bélico contra los persas y venció al poderosísimo rey Artajerjes en un combate en el que él personalmente recorría las alas del ejército, estimulaba a los soldados, iba aquí y allá sometido al impacto de los dardos, sostenía múltiples ataques con su propia mano y animaba a la gloria con sus palabras a cada uno de los soldados<sup>68</sup>. Finalmente, tan pronto como derrotó y puso en fuga a un rey tan poderoso que había acudido a luchar contra él con setecientos elefantes, mil ochocientos carros provistos de hoces y muchos millares de caballos, Alejandro se volvió a Antioquía y enriqueció a su ejército con el botín arrebatado a los persas, habiendo dado las órdenes oportunas para que los tribunos, los generales y los soldados se quedaran con los objetos que habían robado en los saqueos de las aldeas. Entonces fue la primera vez que hubo entre los romanos esclavos persas, a los que por cierto dejó libres tras aceptar algunos dineros, puesto que a los reyes de los persas les resultaba difícil soportar que algunos de sus súbditos estuvieran al servicio de otros como esclavos, y el precio del rescate o se lo dio a aquéllos que habían capturado con su propia mano a los esclavos, o lo entregó al tesoro público. Después de esto se volvió a Roma y, tras haber celebrado un hermosísimo triunfo, pronunció en primer lugar estas palabras en el senado.

De las actas del senado del día 7 de las calendas de octubre: «Padres conscriptos, hemos vencido a los persas. No es necesario un gran discurso: únicamente debéis saber cuáles fueron sus armas, cuáles sus instrumentos bélicos. En primer lugar, te-

<sup>68</sup> Véase el relato detallado de Herodiano, VI, 5-6, que narra sólo las derrotas de Alejandro, no la victoria, como Lampridio aquí, y Aurelio Victor (*Caes.*, XXIV) y Eutropio (*Breu.* VIII,23).



nían setecientos elefantes que estaban provistos de torres armadas con arqueros y cargadas de flechas. Les capturamos trescientos, doscientos yacen muertos, y hemos traído aquí dieciocho. Tenían mil ochocientos carros armados con hoces. Pudimos traernos doscientos carros que iban tirados por animales a los que dimos muerte, pero nos abstuvimos de hacerlo porque podía fingirse fácilmente este hecho. Hicimos huir a ciento veinte mil jinetes, dimos muerte durante la guerra a diez mil catafractarios<sup>69</sup> a los que ellos llaman clibanarios y con sus armas armamos a los nuestros. Capturamos un gran número de persas y los hemos vendido después. Hemos vuelto a reconquistar las tierras comprendidas entre los dos ríos que había perdido aquella inmunda bestia. Hemos derrotado y puesto en fuga a Artajerjes, rey poderosísimo por su prestigio y por sus dominios, de tal modo que la tierra de los persas contempló su huida y el propio rey tras abandonar sus enseñas se escapó de aquel lugar por donde en otro tiempo fueron paseadas en triunfo las enseñas de los nuestros. Padres conscriptos, éstas son nuestras hazañas. No es preciso hacer discursos: los soldados vuelven ricos, nadie siente el esfuerzo en la victoria. Vosotros debéis decretar suplicaciones para que nadie piense que somos desagradecidos con los dioses.» Estas fueron las aclamaciones del senado: «Alejandro Augusto, los dioses te protejan Pérsico Máximo, que los dioses te protejan. Con razón te llaman Pérsico, con

<sup>69</sup> Los *cataphracti* (καταφράκτου) eran soldados que formaban parte de la caballería pesada y que iban cubiertos, así como el caballo sobre el que cabalgaban, de un armadura o cota de malla que imitaba las escamas del cocodrilo (Cf. Servio *ad Aen.*, XI, 770 y Amiano Marcelino XXII, 15-16). Esta armadura la utilizaban, sobre todo, los partos, los persas y los sármatas. Se llamaba *clibanarii* a los soldados que iban cubiertos, como los catafractarios persas, con una armadura defensiva parecida a un *clibanus*, vaso de hierro bajo y ancho con pequeñas porosidades (Cf. Columela, V,10,4), del cual recibieron el nombre.

razón, Pártico. Contemplamos vuestros trofeos. Y también vuestras victorias. Loo al joven emperador, al Padre de la patria, al Pontífice Máximo. Con tu ayuda esperamos alcanzar la victoria sobre los germanos y por tu mediación hemos salido victoriosos en todo el mundo. El que guía bien a sus soldados resulta vencedor. Rico es el senado, ricos son los soldados, rico es el pueblo romano.»

57 Una vez disuelta la sesión del Senado, subió al Capitolio y, después de que ofreció un sacrificio y depositó en el templo las túnicas de los persas, pronunció el siguiente discurso: «Ciudadanos, hemos vencido a los persas. Hemos devuelto a casa a los soldados con un gran botín. Os prometemos un congiario y mañana os ofreceremos unos juegos circenses pérsicos.» Estas noticias las hemos hallado en los anales y en otros muchos autores. Pero algunos dicen que Alejandro no sólo no venció al rey por haber sido traicionado por un esclavo suyo, sino que se dio a la fuga por no salir derrotado. Lo que para aquéllos que han leído a un mayor número de escritores no hay duda de que contradice a otros muchos autores. En efecto, también dicen que él perdió su ejército por el hambre, el frío y la enfermedad, como lo asegura Herodiano, contradiciendo la opinión de un buen número de escritores. Después de esto, Alejandro acompañado del senado, del estamento ecuestre y de todo el pueblo con gran majestuosidad y cortejado aquí y allá por mujeres y niños y, especialmente, por las esposas de los soldados, subió a pie al Palacio, mientras su carro triunfal era arrastrado detrás de él por cuatro elefantes. Alejandro era alzado por los brazos de la gente, y a duras penas le fue posible dar un paso durante cuatro horas, mientras por todas las partes todo el mundo gritaba: «Roma está salvada, la república está salvada, pues está a salvo Alejandro.»

Al día siguiente, después que acabaron las carre-

ras en el circo y las representaciones teatrales, hizo que distribuyeran un congiario entre el pueblo romano. Instituyó una agrupación de niños llamados Mameanos y de niñas llamadas Mameanas, de la misma manera que Antonino había instituido las Faustinianas <sup>70</sup>.

58 Se llevaron a cabo con éxito otras campañas bélicas, en la Mauritania Tingitana por medio de Furio Celso, en el Ilírico por medio de Vario Macrino, pariente suyo, en Armenia por medio de Junio Palmato y desde todas las partes le llegaron tablillas laureadas <sup>71</sup>. Una vez que se las dio lectura en el senado y ante el pueblo en diferentes ocasiones, cuando llegaron también desde Isauria otras que se esperaban, fue honrado con la concesión de todos los nombres de esas regiones. Se decretaron los ornamentos consulares para aquéllos que habían gobernado con acierto el Estado, galardonando también con cargos sacerdotales y con distintas propiedades rústicas a las que eran pobres y se veían agobiados ya por la edad. Regaló prisioneros de distintas naciones a sus amigos, si su edad infantil o juvenil lo permitía; no obstante, a aquéllos que eran de familia noble o de estirpe regia los destinó a la carrera militar, pero no a la de alta gradación. A los generales y a los soldados acantonados en las fronteras les dio únicamente aquellas tierras que habían sido arrebatadas a los enemigos para que se apropiaran de ellas, a condición de que sus herederos se alistaran en el ejército, y nunca pasarán ya a manos privadas, alegando que ellos militarían con mayor interés, si tuvieran que defender también sus campos. Les entregó además bestias de carga y esclavos para que pudieran cultivar el campo que les había asignado a fin de que la falta de hombres o

<sup>70</sup> Cf. *Antonino*, 8,1; *Marco*, 16,6.

<sup>71</sup> Tablillas que iban rodeadas con ramas de laurel (*laureata*), como signo de victoria.

la vejez de los propietarios no obligaran a dejar abandonadas las tierras de labranza que lindan con los bárbaros, lo que él consideraba muy deshonoroso.

- 59 Después de esto, cuando gozaba ya de un inmenso amor entre el pueblo y los senadores, partió a la guerra contra los germanos, y aunque todos esperaban su victoria y le despedían de mala gana, le acompañaron por espacio de cien o ciento cincuenta mil pasos. Era para la república y para él personalmente un gravísimo problema que la Galia fuera assolada por las incursiones devastadoras de los germanos. Y aumentaba este bochorno el hecho de que, después de haber vencido a los partos, la nación que amenazaba los hombros de la república era aquélla que siempre había estado sometida, incluso a los más débiles emperadores. Avanzó, pues, haciendo largas marchas y entre la alegría de sus soldados. Pero cuando descubrió que allí también había unas legiones amotinadas, ordenó que las dispersaran. Pero los espíritus galos, como son ásperos, astutos y muchas veces incómodos para los emperadores, no toleraron la excesiva severidad de este hombre, que les resultaba mucho más graboso aún después de Heliogábalo. Finalmente, cuando se encontraba en Bretaña con un reducido séquito o, como otros autores pretenden, en una aldea de la Galia llamada Sicilia, algunos soldados, entre los que se encontraban principalmente aquéllos que habían nadado en la abundancia merced a las recompensas otorgadas por Heliogábalo, como no podían soportar su severidad, le asesinaron como si fueran unos piratas, y sin contar con el parecer de la totalidad. Muchos escritores dicen que le asesinaron unos reclutas infiltrados por Maximino<sup>72</sup>, que le habían sido confiados para su adiestramiento, y otros mu-

<sup>72</sup> Maximino el Tracio, Cf. *Maximinos VII.*

chos dicen que ocurrió de otro modo; no obstante, 8  
se sabe con certeza que le asesinaron soldados,  
puesto que éstos lanzaron muchas injurias contra  
él tachándole de niño y contra su madre tachándola  
de avara y ambiciosa.

60 Gobernó durante trece años y ocho días. Vivió 2  
veintinueve años, tres meses y siete días. Siguió en  
todos sus actos los consejos de su madre, junto con  
la cual fue asesinado.

Éstos fueron los presagios de su muerte: cuando 3  
encomendaba su aniversario a los dioses, la víctima  
se escapó chorreando sangre y, como Alejandro iba  
vestido con la indumentaria de un ciudadano normal  
y se hallaba mezclado con el pueblo, el animal  
salpicó de sangre el vestido blanco que llevaba  
puesto. Un antiguo y gigantesco laurel que había 4  
en el palacio de aquella ciudad de donde iba a partir  
para la guerra se precipitó, cuan largo era, súbitamente  
al suelo. Tres higueras de las que producen 5  
unos higos llamados Alejandrinos cayeron súbitamente  
delante de su tienda, dándose la circunstancia de que  
los pabellones imperiales estaban atados a aquéllas.  
Cuando iba a partir a la guerra, una 6  
Druida<sup>73</sup> le dijo en la lengua de los galos: «Marcha,  
pero no esperes la victoria, ni confíes en tus  
soldados.» Cuando subió a la tribuna para pronun- 7  
ciar una arenga y dar alguna fausta noticia, comenzó  
así: «Una vez asesinado el emperador Heliogábalo.»  
Pero se consideró como un presagio el que, 8  
cuando iba a salir a campaña, comenzó a arengar a  
los soldados con palabras poco favorables.

61 Pero despreció todos estos presagios con gran  
energía y, habiendo marchado a la guerra, fue asesinado  
en el lugar que antes reseñamos, como si-

<sup>73</sup> Los druidas eran sacerdotes galos que formaban una corporación que, aunque vivía alejada del pueblo, le dirigía espiritualmente con sus consejos. Sus doctrinas teológicas eran secretas y practicaban la adivinación. Aquí se trata de una profetisa.

que: había comido casualmente, como solía hacerlo, en un banquete popular, es decir, en una tienda abierta y tomando el rancho de los soldados, pues no fue hallado por éstos en ella al sacudirla ningún otro alimento. Y cuando descansaba después de la comida, aproximadamente a la hora séptima del día, al introducirse en su tienda mientras todos estaban durmiendo, uno de los germanos, que desempeñaba el cargo de escudero, fue visto por el emperador, que se mantenía solo despierto. Alejandro le preguntó: «¿Qué es esto, camarada?, ¿me traes acaso alguna noticia sobre el enemigo?». Pero él, sobreco-gido por el miedo y temiendo que no podría eludir el castigo por haber penetrado en la tienda del emperador, corrió hacia sus camaradas y los exhortó a acabar con un príncipe tan severo. Inmediatamente, un gran número de ellos entraron en la tienda con las armas en las manos y cortaron la cabeza a aquéllos que ponían resistencia, aun estando desarmados, y atravesaron al emperador con múltiples golpes. Algunos escritores dicen que nadie pronunció una sola palabra, sino que solamente los soldados griataron: «Sal, vete de aquí». Y así fue decapitado este joven y extraordinario... Pero todo el aparato bélico, que después Maximino desplazó a Germania, fue obra de Alejandro, y fue realmente poderosísimo, pues estaba compuesto por armenios, osdroenos, partos y por hombres de todas las razas.

62 La arrogancia de espíritu con la que siempre subyugó a los soldados y los detalles siguientes son una prueba de que Alejandro despreció la muerte: el astrólogo Trasíbulo fue muy amigo suyo. Cuando le anunció que su destino fatal era que perecería asesinado por una espada bárbara, primero reaccionó con alegría porque creía que se cernía sobre él una muerte digna de un emperador y de un guerrero; después comenzó a discutir y a intentar probar que los hombres más grandes habían acabado aniquilados por una muerte violenta, mencionando al

mismo Alejandro, cuyo nombre ostentaba, a Pompeyo, a César, a Demóstenes, a Tulio y a otros prestigiosos varones que habían afrontado una muerte poco apacible. Y fue tal su audacia que pensaba que debían equipararle a los dioses si perecía en la guerra. Pero la realidad le engañó, pues pereció efectivamente a manos de un escudero bárbaro y de una espada también bárbara, y no en el combate, aunque sí durante la guerra.

63 Los soldados, incluso aquéllos a los que había licenciado tiempo atrás, aceptaron su muerte con inmensa pesadumbre y masacraron a los que habían cometido el asesinato. Y el pueblo romano y el senado entero, junto con la totalidad de los habitantes de las provincias, jamás sufrieron nada tan doloroso ni tan triste. Al mismo tiempo, la brusquedad y rudeza de su sucesor Maximino, como es habitual en un hombre experimentado en la milicia, al que se le había otorgado el imperio con su hijo después de la muerte de Alejandro, parecía presagiar un destino fatal más cruel. El senado incluyó a Alejandro entre los dioses. Se hizo acreedor de un cenotafio en la Galia y de un sepulcro de grandes dimensiones en Roma. Se nombraron también cofrades de una corporación que recibieron el nombre de Alejandrinos; se instituyó además una fiesta bajo su advocación y la de su madre, que se celebra todavía hoy en Roma con gran piedra en el aniversario de su nacimiento.

Otros autores dicen que la causa de su muerte fue ésta: que su madre deseaba que, tras abandonar la guerra gérmanica, volviera a Oriente para dar pábulo a su vanidad y que por ello el ejército se llenó de enojo. Pero estas son invenciones de los partidarios de Maximino, los cuales no deseaban que se conociera que un emperador tan extraordinario había sido asesinado por un amigo suyo, en contra de las leyes divinas y humanas.

64 El pueblo romano no tuvo hasta entonces a nin-

gún emperador que reinara durante más tiempo pues, después de la muerte de Alejandro, se precipitaron a porfía sobre el imperio diversos candidatos, de modo que unos gobernaron durante seis meses, otros durante un año, la mayor parte durante dos o a lo sumo tres años, hasta los emperadores que extendieron más lejos los territorios imperiales, me refiero a Aureliano y sus sucesores. Sobre éstos, si aún me queda vida, publicaré los datos que haya averiguado <sup>74</sup>.

Alejandro recibió los siguientes reproches: que no quería ser Sirio, que le gustaba el oro, que era excesivamente suspicaz, que se inventaba nuevos impuestos, que quería imitar a Alejandro Magno, que era demasiado severo con sus soldados y que se preocupaba de los problemas de los particulares, defectos todos que había institucionalizado en su gobierno.

Ya sé que la mayor parte de los escritores dicen que no fue el senado, sino los soldados quienes dieron a éste el título de César —pero ignoran por completo la verdad—, y que, además, éste no fue primo hermano de Heliogábalo. Que lean ellos, para aceptar nuestra versión, a los historiadores de su tiempo y sobre todo a Acolio, que ha descrito incluso los viajes de este emperador.

65 Suelas preguntar, Constantino Máximo, qué es lo que ha hecho que sea tan buen emperador un hombre de raza siria y nacido en tierra extranjera, mientras que tantos príncipes de estirpe romana y tantos de otras provincias del imperio han sido malvados, impuros, crueles, despreciables, injustos y libidinosos. En primer lugar, yo te puedo responder que, según la opinión de hombres distinguidos, la aparición de un buen príncipe ha sido posible gra-

<sup>74</sup> Nótese, sin embargo, que las biografías de la Historia Augusta de Alejandro y sus sucesores se atribuyen a Vopisco, no a Lampridio.



cias a la naturaleza que en todas las partes es madre excepcional y, en segundo lugar, que éste se ha vuelto el mejor de los príncipes por temor, al pensar que el más malvado <sup>74 bis</sup> ha muerto asesinado. 3  
 Pero, puesto que para honrar a tu Clemencia y a tu Piedad se exige decir la verdad, te revelaré las cosas que he leído. A tu Piedad le es conocido lo que 4  
 leíste en Mario Máximo: que es mejor y casi más seguro aquel Estado en el que gobierna un mal príncipe que aquél en el que los amigos del príncipe son malos, puesto que un solo hombre malo puede ser corregido por muchos, si son buenos, en cambio, muchos hombres malos no pueden ser corregidos por uno sólo, aunque sea bueno. Y esto 5  
 es lo que le dijo Hómulo <sup>75</sup> al mismo Trajano, al asegurarle que Domiciano había sido un pésimo emperador, pero había tenido amigos rectos, y que por esta razón Claudio había suscitado aún más odio que él, porque confió el gobierno de la república a libertos muy viciosos, ya que es preferible soportar la maldad de uno sólo que la de muchos <sup>75 bis</sup>.

66 Pero, para volver al tema, sin duda Alejandro fue personalmente un extraordinario emperador... —en efecto, nadie sino el bueno desea ésto— y siguió los consejos de su madre que era una mujer excelente. No obstante, tuvo también amigos piadosos 2  
 y respetables, no maliciosos, ni rapaces, ni intrigantes, ni taimados, ni partidarios del mal, ni enemigos de los buenos, ni disolutos, ni crueles, ni zalameros, ni satíricos con él, y que no trataban de engañarle como si fuera un tonto; y, además de piadosos y respetables, eran sobrios, religiosos, aman-

<sup>74 bis</sup> Es decir, Heliogábalo. Cf. Heliogábalo, 17,1.

<sup>75</sup> Tal vez el hermano de Valerio Hómulo, mencionado en *Antonino*, 11,8 y *Marco*, 6,9.

<sup>75 bis</sup> Traducimos el pasaje muy corrompido, de acuerdo con la reconstrucción que hace Holh.

tes de su emperador e incapaces de reirse de él ni de desear que otros lo hicieran, hombres que no traficaban con nada, que no mentían en nada, que no inventaban nada y nunca decepcionaban la estima que su emperador les mostraba, sino que le observaban afecto. Hay que añadir, además, que él no admitió ni en su consejo ni entre su servidumbre a los eunucos, los cuales por sí solos causan la ruina de los príncipes, porque desean que éstos vivan como los extranjeros o como los reyes persas, y los apartan de su pueblo y de sus amigos; ellos actúan de intermediarios refiriendo frecuentemente cosas distintas de las que se les ha dicho realmente, enclaustrando a su príncipe y procurando sobre todo que no sepa nada. Pues, en definitiva, ¿qué pueden saber ellos de lo recto, si no son más que objetos comprados y esclavos? En fin, su frase favorita era la siguiente: «Yo no tolero que esclavos comprados con unas monedas juzguen sobre las vidas de prefectos, cónsules y senadores.»

- 67 Yo se, emperador, el peligro que supone exponer estas cosas a un príncipe que es esclavo de tales individuos, pero, una vez que ha quedado a salvo la república, después de que tú has comprendido cuánta maldad poseen estas calamidades y cómo acechan a los emperadores, también tú les mantienes en una posición tal, que nunca les has invitado a que vistan la clámide<sup>76</sup>, sino que permites únicamente que se ocupen de los menesteres de tu casa. Y es realmente singular la circunstancia de que Alejandro no recibió en audiencia a nadie dentro de Palacio, excepto a su prefecto y a Ulpiano, con lo que no dio a nadie la posibilidad de vender humos sobre lo que él decía, ni de hablarle mal sobre otras personas, máxime después de la ejecución de Turino, que había vendido muchas veces las promesas

<sup>76</sup> Cf. *Adriano*, 3,5 n. 20.

del emperador, como si fuera un necio e insensato. 3  
 A todo esto hay que añadir que Alejandro castigó a los que descubrió que eran malos parientes o malos amigos o, si algún lazo antiguo de amistad o de parentesco lo impedía, los alejó de su lado diciendo: «Me es más estimable el Estado en su conjunto que éstos».

68 Y para que sepas quiénes fueron las personas que formaron parte de su consejo, hélas aquí: Fabio Sabino<sup>77</sup>, el Catón de su tiempo, hijo de Sabino, hombre de gran prestigio; el gran jurisconsulto Dominicio Ulpiano; Elio Gordiano... (padre del) emperador Gordiano, quien también fue un ciudadano ilustre; Julio Paulo, gran conocedor del derecho; Claudio Venaco, orador de suma grandilocuencia; Catilio Severo, pariente suyo y el más sabio de todos ellos; Elio Severiano, el ciudadano más respetable de todos; Quintilio Marcelo, que supera en perfección a todos los hombres que menciona la historia: ¿qué mal se podía hacer o pensar con una pléyade tan grande de consejeros como éstos o de otros similares, siendo así que se ponían de acuerdo para planear el bien? En realidad, a éstos les había expulsado de su lado una banda de malvados que había rodeado a Alejandro durante los primeros años de su reinado, pero, cuando estos individuos fueron ejecutados o desterrados gracias a la prudencia de este joven, se fortaleció también esta amistad sagrada. Éstos son los que hicieron bueno a un príncipe Sirio y, de un modo similar, fueron los malos amigos los que, moldeándolos con sus vicios, entregaron también a sus descendientes pésimos emperadores romanos. 2  
3  
4

<sup>77</sup> Tal vez la persona citada en *Heliofábalos*, 16,2. Los demás consejeros mencionados son desconocidos, salvo Ulpiano y Paulo.

## 19. LOS DOS MAXIMINOS

(Julio Capitolino)

1 Para que no resulte molesto a tu Clemencia, po-  
deroso Constantino, leer en libros separados la vida  
de cada uno de los príncipes y de sus respectivos  
hijos, he adoptado la prudente medida de reunir en  
un único volumen a los dos Máximos, al padre y  
al hijo; a partir de aquí, he mantenido esa disposi- 2  
ción que tu Piedad quiso que fuera conservada por  
Tacio Cirilo <sup>1</sup>, varón «clarísimo <sup>2</sup>» que tradujo  
obras griegas al latín. Esta norma no la observaré 3  
sólo en un libro, sino también en otros muchos que  
vendrán a continuación, exceptuando a los grandes  
emperadores, cuyas muchas e ilustres hazañas re-  
quieren un texto más extenso.

Maximino el Viejo sobresalió bajo el imperio de  
Alejandro. Empezó su carrera militar con Severo. 4 5  
Nació en una aldea de Tracia próxima a la fronte-  
ra, de madre y padre bárbaros; se dice que uno era  
de origen alano y el otro de procedencia goda, y 6  
que su padre se llamaba Mica y su madre Hababa. 7  
Al principio el mismo Maximino declaró estos  
nombres, pero después, cuando llegó al imperio,  
ordenó que se ocultasen para que no se descubrie-  
se que los padres del emperador eran de origen bár-  
baro.

<sup>1</sup> Autor desconocido.

<sup>2</sup> Perteneciente al orden senatorial, Cf. *Heliogábalo*, n. 13 y *Alejan-  
dro Severo*, n. 23.

2 Fue en su adolescencia pastor, cabecilla de los jóvenes, que se enfrentaba a los ladrones y defendía a los suyos de los asaltos. Sus primeros años en el ejército los cumplió en la caballería. Se distinguía por el tamaño de su cuerpo, sobresalía entre todos los soldados por su valor, era agradable por su aspecto viril, bravo en sus costumbres, duro, soberbio, despreciativo, pero casi siempre justo. Esta fue la causa por la que, bajo el imperio de Severo, se dio a conocer por primera vez: el día del nacimiento de Geta, su hijo menor, Severo dio unos juegos militares en los que ofrecía premios de plata: brazaletes, collares y cinturones. Maximino, aún adolescente, semibárbaro y poco conocedor del latín, pidió al emperador, casi en lengua tracia, que le diera permiso para luchar con aquéllos, que ya no servían en un lugar mediocre. Severo, admirado del tamaño de su cuerpo, le alineó primero entre los vivanderos, pero entre los más fuertes, para no romper la disciplina militar. Entonces Maximino, en un solo combate, abatió a dieciséis vivanderos y, tras conseguir dieciséis premios de escasa importancia e impropios del ejército, recibió la orden de servir como soldado. Dos días después, paseando casualmente Severo por el campo de lucha, vio a Maximino provocando un alboroto en medio de la muchedumbre a la manera bárbara, y al punto ordenó a un tribuno que le detuviese y le inculcase la disciplina romana. Entonces aquél, cuando comprendió que el emperador había hablado de él y que a pesar de ser considerado un bárbaro era reconocido por el príncipe y sobresalía entre muchos, se acercó al estribo del emperador, que estaba montando a caballo. Luego Severo, queriendo comprobar cuánto podía correr, lanzó a su caballo con grandes rodeos y, aunque él se esforzó, Maximino no dejó de correr durante un largo espacio de tiempo; entonces el viejo emperador le dijo: «¿Qué de-seas, pequeño tracio?, ¿acaso te agrada luchar des-

pués de la carrera?» Aquél respondió: «Como gustes, emperador». Después de esto, Severo bajó del caballo y ordenó que se le enfrentaran los más aguerridos y fuertes soldados. Entonces, como era normal en él, venció a los siete más fuertes en un solo combate, y sólo a él le fue concedido por Severo, además de los premios de plata, un collar de oro; luego se le ordenó situarse siempre en el séquito imperial, entre los componentes de su guardia personal. A partir de entonces fue alguien distinguido, famoso entre los soldados: era amado por los tribunos, bien acogido por sus compañeros, obtenía lo que quería del emperador y, aunque era muy joven, Severo coadyuvó a sus ascensos en el ejército. Sobresalía entre todos por la altura, tamaño y hermosura de su cuerpo y por la magnitud de sus ojos y la franqueza que éstos desprendían.

4 Es sabido que frecuentemente se bebió en un solo día un ánfora capitolina<sup>3</sup> de vino, que comía cuarenta libras de carne o, según dice Cordo, incluso sesenta. Es también suficientemente conocido que se abstuvo siempre de las verduras y casi siempre de cosas frías, salvo cuando tenía necesidad de beber. Frecuentemente recogía su propio sudor y lo echaba en cálices o en una jarra pequeña y así llegaba a mostrar dos o tres sextarios<sup>4</sup>.

Bajo Antonino Caracalla ocupó durante mucho tiempo el cargo de centurión y a menudo desempeñó otras dignidades militares. En tiempos de Marcrino, puesto que odiaba vehementemente a quien había matado al hijo de su emperador, se apartó del ejército, compró tierras en la aldea de Tracia en la que había nacido y mantuvo siempre relaciones co-

<sup>3</sup> Con capacidad para 26,2 litros. Servía como unidad de medida y recibía el nombre de *capitolina* porque una vasija modelo se guardaba en el Capitolio.

<sup>4</sup> El *sextarius* era la sexta parte de un *congius*, aproximadamente medio litro.

merciales con los godos. Fue amado de manera singular por los getas <sup>5</sup>, como si fuera uno de los suyos. Cualquier alano <sup>6</sup> que llegaba a la ribera <sup>7</sup> le consideraba un amigo e intercambiaba regalos con él. Pero cuando, tras morir Macrino y su hijo, supo que Heliogábalo, como hijo de Antonino, ocupaba el poder, se presentó ante éste, a una edad ya madura, y le pidió que tuviese acerca de él la misma opinión que tuvo su abuelo Severo. Pero nada pudo conseguir de este hombre deshonesto, pues se dice que Heliogábalo bromeó vergonzosamente con él: «Se comenta, Maximino, que tú a veces agotaste a dieciséis, veinte e incluso treinta soldados; ¿puedes “hacerlo” treinta veces con una mujer?» Entonces Maximino, cuando vio que aquel infame príncipe tuvo tal comienzo, se separó del ejército. Sin embargo, fue retenido por los amigos de Heliogábalo, para que no se dijese, aumentando su desafortunado renombre, que el hombre más fuerte de su tiempo, al que unos llamaban Hércules, otros Aquiles, otros Héctor y algunos Ayante se había alejado de sus tropas. Así, pues, bajo el gobierno de este deshonestísimo individuo, ocupó sólo el cargo de tribuno, pero nunca se acercó para tocar su mano, nunca le saludó, yendo de aquí para allá durante todo el trienio; ocupado a veces en los campos, a veces en el ocio, a veces pretextando fingidas enfermedades. Muerto Heliogábalo, tan pronto como se enteró de que Alejandro había sido nombrado emperador, marchó a Roma. Alejandro le recibió con tan admirada alegría y sincero agradecimiento, que pronunció estas palabras en el senado: «El tribuno Maximino, padres conscriptos, a quien he otorgado el “laticlavo” <sup>8</sup>, ha buscado refugio junto

<sup>5</sup> Pueblo escita situado a orillas del Danubio, al Este de la Dacia.

<sup>6</sup> Pueblo sármata que a principios del siglo V habría de invadir Hispania.

<sup>7</sup> Naturalmente, del Danubio.

<sup>8</sup> Cf. *Severo*, n. 2.

a mí; él no pudo servir bajo aquella bestia tan deshonesta, y fue tan importante junto a Severo, mi divino ancestro, como vosotros podéis descubrir por la fama». Inmediatamente le concedió el tribunado de la Legión IV<sup>9</sup>, que él mismo había formado con reclutas, y le dirigió estas palabras: «Mi queridísimo y amadísimo Maximino, no te he confiado soldados veteranos porque temía que no pudieras corregir en ellos defectos que arraigaron cuando estaban al mando de otros. Tienes reclutas: haz que ellos aprendan la milicia con tus costumbres, tu valor y tu trabajo, para que yo tenga muchos Maximinos. Sólo tú harás que ellos sean más valiosos para el Estado».

6 Tras hacerse cargo de la legión, empezó a ejercitarla. Ordenaba correr a los soldados cada cinco días y realizar entre ellos enfrentamientos simulados; y, además, examinar diariamente las espadas, lanzas, corazas, cascos, escudos, túnicas y todas sus armas; incluso él mismo revisaba el calzado, mostrándose como un padre para los soldados. Cuando en cierta ocasión algunos tribunos le amonestaron diciendo: «¿Por qué te esfuerzas tanto, cuando ocupas ya un lugar que te permite aspirar a ser general?», se cuenta que él contestó: «Yo trabajaré más cuanto más alto me encuentre». También él se ejercitaba en los combates con los soldados, derribándolos de cinco en cinco, de seis en seis, de siete en siete y de quince en quince. En fin, como todos le envidiaban, una vez un tribuno muy altanero, de gran corpulencia, reconocido valor y por ello muy bravo, le dijo: «No haces gran cosa venciendo a los soldados tú que eres un tribuno». El respondió: «¿Quieres acaso que luchemos?». Y, como su contrincente respondiese afirmativamente, cuando venía contra él, golpeándole en el pecho con la palma de

<sup>9</sup> Según Magie (*op. cit.* II, pág. 323 y n. 2) puede tratarse de la *Legio IV Flavia*, acuartelada en la Mesia Superior.



la mano, le tumbó de espaldas y dijo a continuación: «Dadme otro, pero que sea tribuno de verdad». Era además, según refiere Cordo, de tal corpulencia que, al parecer, superaba los ocho pies y seis dedos <sup>10</sup> de altura, con un pulgar tan grande que utilizaba el brazalete de su mujer como anillo. Y en boca del pueblo circularon inmediatamente las historias consabidas: que arrastraba un carro con sus manos, que él solo movía una carreta cargada, que si daba un puñetazo a un caballo le saltaba los dientes, que si le daba una patada le rompía las patas, que trituraba las piedras tobas, que abatía los árboles más resistentes, en fin, unos le llamaban Milón de Crotona <sup>11</sup>, otros, Hércules; otros, Anteo <sup>12</sup>.

7 A este hombre, admirable por tales hechos, Alejandro, juez de grandes merecimientos, le puso, para su propia perdición, al frente del ejército, con la alegría de todos, tribunos, generales y soldados, en todas partes. Sometió a su acostumbrada disciplina militar a todo el ejército, que bajo Heliogábalo en su mayor parte se había ablandado. Esto, como hemos dicho, fue muy grave para Alejandro, un óptimo emperador, pero que desde el principio pudo ser menospreciado por su edad. En efecto, encontrándose en la Galia, y tras establecer el campamento no lejos de cierta ciudad <sup>13</sup>, repentinamente un grupo de soldados que, según unos, fueron enviados por el mismo Maximino y, según otros, por ciertos tribunos bárbaros, mataron a Alejandro cuando huía hacia su madre y nombraron a Maxi-

<sup>10</sup> Preferimos aquí la lectura *digitis sex videretur* de Salmasius a la del manuscrito P, *digito videretur*, que Hohl incluye en su edición. La altura de Maximino, según esta referencia, estaría próxima a los dos metros y medio, pues un pie equivalía a 29,6 cms y un *digitus* era la dieciseisava parte de un pie.

<sup>11</sup> Renombrado atleta de la antigüedad.

<sup>12</sup> Anteo, hijo de la Tierra y Poseidón, era un enorme gigante que fue vencido por Hércules.

<sup>13</sup> Tal vez, Mainz (Cf. Magie, *op. cit.* III, pág. 326 y n. 3).

mino emperador. Algunos nos han trasmitido una 5  
 causa de la muerte de Alejandro y otros señalan  
 otra. Unos afirman que Mamea fue la causante,  
 pues hizo que su hijo marchase a Oriente, tras  
 abandonar la guerra con los pueblos germánicos,  
 y que por ello los soldados llevaron a cabo la re-  
 vuelta; otros, sin embargo, dicen que Alejandro era 6  
 demasiado estricto y que pretendía realizar licen-  
 ciamientos en las legiones de la Galia como los ha-  
 bía hecho en Oriente <sup>14</sup>.

8 Muerto Alejandro, Maximino, fue el primer  
 hombre que, procedente del estamento militar, y  
 sin ser aún senador, recibió el título de Augusto de  
 manos del ejército sin que mediara un decreto del  
 senado; enseguida hizo copartícipe del poder im-  
 perial a su propio hijo, de quien a continuación di-  
 remos las pocas cosas que nos son conocidas <sup>15</sup>. 2  
 Maximino tuvo siempre tanta habilidad que no sólo  
 dirigió a los soldados con valor, sino también los  
 volvió muy afectos a su persona con premios y re-  
 compensas. Nunca privó a nadie de su ración. Nun- 3 4  
 ca toleró que algún soldado estuviese en el ejército  
 en calidad de obrero o artesano, lo que son la ma-  
 yoría, sino que entrenaba a las legiones únicamente  
 con cacerías. Sin embargo, a estas virtudes unió tal 5  
 crueldad que unos le llamaban Cíclope, otros Bu-  
 siris <sup>16</sup>, otros Esciron <sup>17</sup>, algunos Falaris <sup>18</sup>, muchos  
 Tifón <sup>19</sup> o Gigante <sup>20</sup>. El senado le temía de tal 6  
 manera que en los templos, pública y privadamente,  
 se hacían votos —las mujeres con sus hijos tam-  
 bién— para que Maximino nunca viese la ciudad

<sup>14</sup> Cf. *Alejandro Severo* 59, 7-8 y Herodiano VI,9.

<sup>15</sup> Cf. *infra* 27-33.

<sup>16</sup> Mítico rey de Egipto que ofrecía a Zeus víctimas humanas.

<sup>17</sup> Ladrón, famoso por su crueldad, que murió a manos de Teseo.

<sup>18</sup> Tirano de Agrigento del siglo VI a. de C. que tenía por costumbre quemar a los condenados.

<sup>19</sup> Titán, hijo de Gaya y Tártaro, que fue abatido por el rayo de Zeus.

<sup>20</sup> Gyges era un gigante de cien brazos, hijo de Gaya y Urano.

de Roma. Pues continuamente oían que unos eran crucificados, otros encerrados en el vientre de animales muertos recientemente, otros arrojados a las fieras, otros quebrantados a golpes, y todas estas cosas sin distinción de dignidad, pues parecía pretender que imperase la disciplina militar. En ese sentido inmediatamente quiso reformar los poderes civiles del senado, lo que no es conveniente a un príncipe que quiere ser amado. Estaba convencido de que el poder se mantenía sólo con la crueldad; al mismo tiempo temía ser despreciado por la nobleza a causa de su humilde origen bárbaro. Se acordaba además de que él había sido menospreciado en Roma incluso por los siervos de los nobles, hasta el punto de que ni siquiera los administradores toleraban su presencia; y —como suele ocurrir con las opiniones necias— esperaba que todos ellos habían de estar en su contra desde el momento en que fuese emperador. Tanto poder tiene el discurrir de un espíritu innoble. Para ocultar su falta de abo-  
lengo, mató a todos los que conocían su origen, incluso a algunos amigos que cuando era pobre le habían dado muchos donativos por compasión. Y no hubo un animal más cruel en la tierra, cifrándolo todo en sus fuerzas, como si así no pudiera ser asesinado. En fin, como se consideraba casi inmortal por el tamaño de su cuerpo y por su valor, se dice que cierto actor, cuando él se encontraba presente en el teatro, recitó unos versos griegos, cuyo sentido en latín era el siguiente: «Quien no puede ser asesinado por uno solo, es asesinado por muchos. El elefante es grande y sin embargo muere, el león es fuerte pero muere, el tigre es fuerte y muere también: si no temes a los individuos protégete al menos de la multitud». Y esto se dijo cuando el propio emperador estaba presente. Como preguntase a sus amigos qué quería decir aquel bufón, le respondieron que recitaba antiguos versos escritos contra hombres violentos, y él, como era tracio y

bárbaro, se lo creyó. Nunca soportó a su lado a ningún noble, intentando gobernar según el ejemplo de Espartaco <sup>21</sup> o Atenión <sup>22</sup>. Además, mató de maneras diferentes a todos los ministros de Alejandro y abolió las disposiciones que éste había tomado. Y a medida que concebía sospechas hacia los amigos y colaboradores de Alejandro se volvía más cruel.

- 10 Aunque se había acostumbrado al modo de vida de los animales salvajes, se hizo más severo e inhumano, con ocasión de una conjura preparada contra él por un tal Magno, hombre consular, quien en compañía de muchos soldados y centuriones había iniciado un plan para asesinarle, pues deseaba obtener el imperio para sí. Tal fue el plan de la conjura: Maximino pretendía cruzar hacia los germanos tras construir un puente; entonces, pareció bien que los conspiradores cruzaran con él y que, después de romper el puente, Maximino fuese asesinado, ya en suelo bárbaro, y Magno se hiciese con el imperio. Pues Maximino había emprendido todas las guerras de forma enérgica desde que se convirtió en emperador, ya que era experto en cuestiones militares y quería mantener la estima que de él se tenía superando ante todos la gloria de Alejandro, a quien él había matado. Por esta razón, aunque era emperador, entrenaba a los soldados con ejercicios diarios y se mantenía en armas, mostrando siempre muchos ejercicios a las tropas con sus manos y su

<sup>21</sup> Espartaco fue el líder de la más importante revolución de esclavos de la antigüedad que tuvo lugar en el año 73 a. de C. y se extendió por toda Italia; a pesar de las numerosas victorias de Espartaco, la revolución fracasó ante el esfuerzo supremo del Estado romano, que mandó contra él a las fuerzas conjuntas de Pompeyo, Lúculo y Craso; se atribuye a este último el mérito de la victoria final.

<sup>22</sup> Atenión acaudilló la revuelta de esclavos que tuvo lugar en Sicilia en el año 104 a. de C. Llegó a formar un estado independiente y organizado —incluso con acuñación de moneda— que duró hasta el año 100, cuando fue derrotado por Mario Aquilio.

cuerpo. Se dice que esta conjura fue urdida por el 5  
 propio Maximino para aumentar las razones de su  
 crueldad. Finalmente, sin juicio, sin previa acusa- 6  
 ción, sin fiscal ni defensor, mató a todos y confis-  
 có sus bienes y, aunque ejecutó a más de cuatro mil  
 11 hombres, no se sintió satisfecho. Hubo también  
 bajo su mandato una conjura de los arqueros os-  
 roenos<sup>23</sup>, quienes se rebelaron contra él por amor  
 y añoranza de Alejandro, a quien, según propia  
 convicción, había dado muerte Maximino, sin que  
 fuera posible persuadirles de otra cosa. Ellos mis- 2  
 mos nombraron su jefe y emperador a Tito, uno  
 de los suyos, a quien Maximino había licenciado.  
 Le agasajaron con la púrpura, le adornaron con 3  
 todo el boato regio y le rodearon como si fueran  
 su guardia personal, todo ello, sin duda, en contra  
 de su voluntad. Pero mientras dormía en su casa fue 4  
 asesinado por uno de sus propios amigos, de nom-  
 bre Macedonio, quien estaba resentido porque Tito  
 fuera su jefe; le traicionó y llevó su cabeza al em-  
 perador Maximino<sup>24</sup>. Este, sin embargo, aunque en 5  
 principio le dio las gracias, después le aborreció  
 como a un traidor y lo mató. Por todo esto se ha- 6  
 cía cada día más inhumano, como les ocurre a las  
 fieras, que se irritan más cuando son heridas.

Después, cruzó a Germania con todo el ejército, 7  
 moros, osroenos, partos y todos los que Alejandro  
 llevaba consigo para esta guerra. Conducía, sobre 8  
 todo, tropas auxiliares de Oriente, porque nadie es  
 más poderoso contra los germanos que los arque-  
 ros libres de bagajes. Alejandro preparó esta admi- 9  
 rable máquina de guerra a la que Maximino —se  
 12 dice— añadió otros muchos elementos. Entonces

<sup>23</sup> Aceptamos aquí la lectura de *Magie Osrhoenis* que parece aludir a los arqueros procedentes de Osroene, región al norte de Mesopotamia.

<sup>24</sup> Esta revuelta contra Maximino se cuenta también en Herodiano (VII 1,9-10). La biografía del tal Tito se incluye entre las de los *Treinta Usurpadores*, 32.

penetró en la Germania Transrenana y se adentró en suelo bárbaro treinta o cuarenta millas, incendió aldeas, se apoderó del ganado, consiguió botines, mató a muchos hombres, enriqueció a su ejército, capturó a numerosos prisioneros y, si los germanos no hubiesen huido desde los campos hacia los bosques y los pantanos, hubiera sometido toda la Germania a la autoridad romana. Maximino en persona llevaba a cabo muchas acciones y en cierta ocasión en que estaba rodeado por los germanos, después de haberse internado en un pantano, hubiera sido capturado si sus soldados no le hubiesen liberado cuando se encontraba atrapado con su caballo en las aguas fangosas. Pues, ciertamente, tenía algo que es propio de la temeridad bárbara: pensar que el emperador ha de servirse siempre de su propio brazo. Finalmente llevó a cabo algo parecido a un combate naval en un pantano y allí causó la muerte de muchos enemigos. Así pues, vencida Germania, envió cartas a Roma, al senado y al pueblo, escritas a su dictado, cuyo texto decía: «No podemos decir, padres conscriptos, todo lo que hemos hecho. A lo largo de cuarenta o cincuenta millas en territorio germano, incendiamos aldeas, robamos ganado, capturamos prisioneros, matamos soldados y realizamos un combate naval en un pantano. Habríamos llegado hasta los bosques, pero la profundidad de los pantanos no nos permitió cruzar». Elio Cordo dice que estas palabras son enteramente tuyas, y es digno de crédito; ¿qué hay, en efecto, en esta carta de lo que no sea capaz un soldado bárbaro? También escribió al pueblo con el mismo contenido pero con mayor respeto, ya que odiaba al senado porque pensaba que éste le despreciaba en gran manera. Mandó además que se realizasen unas pinturas en las que quedara reflejado cómo había sido la guerra, y que éstas fueran colocadas delante de la Curia para que la pintura contase sus hazañas. El senado después de su muerte

13 ordenó retirar estos cuadros y quemarlos. Hubo  
 otras muchas guerras bajo su imperio, de las que  
 siempre volvió triunfante, con numerosos cautivos  
 e inmensos botines. Se conserva un discurso suyo 2  
 enviado al senado del que a continuación interca-  
 lamos una muestra: «En poco tiempo, padres cons-  
 criptos, he realizado tantas guerras como ninguno  
 de los antiguos llevó a cabo. He traído al suelo ro-  
 mano un botín más grande del que nadie pudo es-  
 perar. Conduje tan gran número de cautivos, que  
 los territorios romanos casi no bastan para conte-  
 nerlos». El resto del discurso no concierne al asunto  
 que ahora tratamos. Tras pacificar Germania, lle- 3  
 gó a Sirmio <sup>25</sup> con idea de llevar la guerra contra  
 los sármatas y con el deseo de someter al dominio  
 romano las regiones más septentrionales que bor-  
 dean el Océano, lo que hubiera logrado si hubiera 4  
 vivido, como dice Herodiano <sup>26</sup>, escritor griego que,  
 como fácilmente puede verse, favoreció a Maximino  
 en gran manera, a causa de su odio hacia Alejan-  
 dro.

5 Pero como los romanos no pudieron soportar su  
 crueldad, urdieron una conjura en su contra, pues  
 Maximino incitaba a los delatores, premiaba a los  
 acusadores, inventaba falsos delitos, mataba a los  
 inocentes, condenaba a todos los que acudían ante  
 los tribunales, convertía en pobres a hombres muy  
 ricos y no buscaba dinero en otro lugar que no fue-  
 ra la ruina ajena; además, ejecutó, sin que hubieran  
 cometido ningún delito, a hombres consulares y a  
 muchos generales; a unos los transportaba en  
 carros <sup>27</sup> sin bebida ni alimento y a otros los hizo

<sup>25</sup> Ciudad de Panonia, próxima al Danubio, actual Mitrowitz.

<sup>26</sup> Cf. Herodiano VII 2,9.

<sup>27</sup> Cf. Herodiano VII, 3,4: «... y ordenó que, puestos ellos solos sobre los carros, sin ningún servicio, viajando de noche y de día desde oriente o desde occidente, según el caso, o desde el Sur, los condujeran a Panonia, donde él se encontraba».

prisioneros y, en fin, no dejó pasar ninguna ocasión para ejercitar su crueldad. Y no sólo fueron 6 los romanos, pues también el ejército de África se amotinó por su despótica actitud hacia los soldados, y, en una rebelión repentina y poderosa, hizo emperador al anciano Gordiano, hombre muy enérgico que ocupaba allí el proconsulado. El desarrollo de los acontecimientos fue así: había en Li- 14 bia un procurador de la Hacienda imperial que, según los deseos de Maximino, había expoliado a todos; éste fue asesinado a manos de la plebe campesina y de algunos soldados, tras rechazar a los que defendían al agente imperial<sup>28</sup> por fidelidad a Maximino. Pero como los autores de esta muerte 2 pensasen que debían aliviar su situación con remedios más enérgicos, se dirigieron al procónsul Gordiano —hombre venerable, como dijimos, muy ilustre por su nacimiento, distinguido por todo tipo de virtudes, que fue enviado a África por Alejandro mediante un decreto del senado— y, aunque resistía arrojándose al suelo, los soldados, amenazándole con espadas y todo tipo de armas, le obligaron a tomar el poder cubriéndole con la púrpura<sup>29</sup>. 3 Al principio, Gordiano había aceptado estos hechos de mala gana, pero después, cuando vio que la situación no era segura para su hijo y para su familia, asumió el poder de buen grado y en compañía de su hijo fue proclamado Augusto por todos los africanos en la ciudad de Tusdro<sup>30</sup>. Desde allí lle- 4 gó rápidamente a Cartago con la pompa regia, la guardia personal y los fasces laureados, desde donde envió una misiva al senado romano; la carta, des-

<sup>28</sup> *Rationalis*. El término era empleado en los siglos III y IV para designar a cualquier procurador de provincias, aunque en principio se aplicaba únicamente al *procurator a rationibus*.

<sup>29</sup> Claudio fue el primer emperador romano nombrado por los soldados contra su voluntad (Cf. Suetonio, *Claud.* X), pero después este hecho se repitió con regular frecuencia.

<sup>30</sup> Ciudad situada a 175 kms. de Cartago, en dirección Sureste.



1    pués de que muriese Vitaliano <sup>31</sup>, comandante de la  
 2    guardia pretoriana, fue recibida con regocijo a cau-  
 3    sa del odio que se profesaba a Maximino. Enton- 5  
 4    ces, ambos Gordianos, el viejo y el joven, fueron  
 5    15 proclamados Augustos por el senado. A continua-  
 6    ción se ejecutó a todos los delatores, a todos los  
 7    acusadores y a todos los amigos de Maximino. Mu-  
 8    rió también Sabino, prefecto de la Ciudad, abatido  
 9    a golpes por la multitud. Mientras se llevan a cabo 2  
 10    estos hechos, el senado, que temía en gran manera  
 11    a Maximino, abierta y libremente declaró enemigos  
 12    del Estado a él y a su hijo. Después envió cartas a 3  
 13    todas las provincias para que contribuyesen a la li-  
 14    bertad y a la común salvación, y el llamamiento fue  
 15    bien acogido por todos. En fin, en cada una de ellas 4  
 16    se dio muerte a los amigos, administradores, tribu-  
 17    nos generales y soldados de Maximino; pocas ciu- 5  
 18    dades conservaron su fidelidad hacia el enemigo pú-  
 19    blico, pero éstas traicionaron a quienes habían sido  
 20    enviados y los entregaron a Maximino por medio  
 21    de delatores.

Este es un ejemplo de las cartas que el senado en- 6  
 7    vió: «El senado y el pueblo romano, que gracias a  
 8    los príncipes Gordianos ha empezado a verse libre  
 9    de tan funesta fiera, a los procónsules, gobernado-  
 10    res <sup>32</sup>, legados, generales, tribunos, magistrados y a  
 11    cada una de las ciudades, municipios, pueblos, al-  
 12    deas y fortalezas <sup>33</sup>, les desea la prosperidad que él  
 13    mismo ha empezado a disfrutar. Con la ayuda de 7

<sup>31</sup> La muerte de Vitaliano se cuenta con más detalle en *Gordianos* 10,5-8. Cf. también Herodiano VII 6,5-9.

<sup>32</sup> *Praesides*. Sobre este término, Cf. *Alejandro Severo*, n. 27.

<sup>33</sup> Establece en este pasaje el autor una reveladora distinción jerárquica en los términos empleados para designar las distintas localidades: *civitas* o ciudad regida por las leyes del derecho romano; *municipium*, generalmente, ciudad regida por el derecho latino; *oppidum*, ciudad fortificada, sin tener en cuenta por qué derecho se regía; *vicus*, aldea; y *castellum* que era un campamento fortificado de reducidas proporciones.

los dioses hemos conseguido tener como príncipe al procónsul Gordiano, hombre muy venerable y serenísimo senador, al que hemos proclamado Augusto, y no sólo a él, sino también, como salvaguardia para el Estado, a su joven y noble hijo Gordiano. Ahora sois vosotros quienes tenéis que dar vuestro consentimiento para conseguir la salvación del Estado, para alejar los crímenes y para perseguir a aquella fiera y a sus amigos donde quiera que se encuentren. Hemos considerado a Maximino y a su hijo enemigos públicos».

- 16 El decreto del senado fue así <sup>34</sup>: Después de celebrarse una reunión en el templo de Cástor y Pólux <sup>35</sup>, el día sexto antes de las calendas de julio, el cónsul Junio Silano leyó un carta, recibida desde Africa, del procónsul, padre de la patria y emperador Gordiano: «Los jóvenes, padres conscriptos, a quienes se encargó la protección de África, me llamaron al imperio para que ocupase el poder aunque yo no lo deseaba. Sin embargo, por respeto hacia vosotros, mantengo de buen grado esta situación. Es a vosotros a quienes corresponde determinar qué deseáis, pues estaré indeciso y titubeante hasta que se produzca la decisión del senado». Después de que esta carta fuera leída, el senado exclamó inmediatamente: «Augusto Gordiano, ¡los dioses te guarden! ¡Qué gobiernos feliz y a salvo! Tú nos has liberado. Gracias a ti el Estado está a salvo; todos te damos gracias». De nuevo el cónsul se dirigió al senado: «Padres conscriptos, ¿qué decidimos sobre los Maximinos?». Ellos respondieron: «Enemigos, enemigos. Quien pueda matarlos merecerá una recompensa». Y otra vez habló el cónsul: «En cuanto a los amigos de Maximino, ¿qué se

<sup>34</sup> Nos separamos de Hohl al no admitir la palabra *exemplum*, omitida en P y que aparece en Σ

<sup>35</sup> Aún se mantienen en pie tres columnas de este templo, que se encuentran en la parte sur del foro romano.

determina?» Y ellos gritaron: «Enemigos, enemigos. Quien sea capaz de matarlos merecerá una recompensa». De nuevo dijeron al unísono: «El enemigo del senado sea llevado a la cruz, el adversario del senado sea castigado en cualquier parte. Los enemigos del senado sean quemados vivos. ¡Augustos Gordianos, los dioses os guarden! ¡Ojalá los dos viváis felices! ¡Ojalá gobernéis felizmente! Asignamos la pretura al nieto de Gordiano, prometemos el consulado al nieto de Gordiano. Que el nieto de Gordiano sea designado César. Que el tercer Gordiano reciba la pretura.»

- 17 Cuando Maximino, hombre apasionado por naturaleza, recibió este decreto del senado, se encolerizó de tal manera que si lo hubieras visto no creerías que era un hombre, sino una fiera. Se arrojaba contra las paredes, se tiraba al suelo, gritaba de manera inconexa, desenvainaba su espada como si pudiera matar al senado, desgarraba su vestido regio, golpeaba a los sirvientes con el látigo y, según refieren algunos autores, hubiese arrancado los ojos a su hijo, aún adolescente, si no se hubiese apartado. Se había encolerizado contra él porque, al iniciar su reinado le había ordenado ir a Roma y, a causa del excesivo amor que profesaba a su padre, había descuidado la orden; pensaba que si su hijo hubiera ido a Roma el senado no se hubiese atrevido a hacer nada. En tales condiciones, mientras ardía de ira, le recluyeron sus amigos en el dormitorio. Sin embargo, como no pudiese soportar su propio furor, se dice que, para olvidar sus propios pensamientos, el día en que conoció la noticia se emborrachó de tal manera que perdió la conciencia de lo que había ocurrido. Otro día, con más cordura, tras convocar a sus amigos, que, aunque no toleraban su presencia, guardaban silencio y tácitamente alababan la acción del senado, celebró un consejo para determinar qué convenía hacer. Después del consejo convocó una asamblea en la que

dijo muchas cosas contra los africanos, muchas contra Gordiano y muchas contra el senado, instando a los soldados a vengar las comunes injurias.

18 Toda la arenga fue propia de un soldado; lo que sigue es su reproducción: «Camaradas, damos a conocer algo que os es conocido: los africanos rompieron su fidelidad <sup>36</sup>, ¿cuándo la han tenido? El anciano Gordiano, débil y próximo a la muerte, ha asumido el poder. Aquellos veneradísimos padres 2 conscriptos que mataron no sólo a Rómulo <sup>37</sup> sino también a César, me juzgaron enemigo público, cuando yo he luchado en su lugar y he obtenido triunfos para ellos; y no sólo a mí, sino también a vosotros y a todos los que están de acuerdo conmigo. A los Gordianos, padre e hijo, los han llamado Augustos. Así pues, si sois hombres, si tenéis 3 fuerzas, vayamos contra el senado y los africanos, cuyos bienes, todos, vosotros habréis de poseer».

Así pues, tras conceder una soldada, sin duda 4 magnífica, emprendió el camino hacia Roma al frente de su ejército.

19 Gordiano, por su parte, enseguida empezó a ser atacado en África, por un tal Capeliano, a quien el nuevo emperador había depuesto de su gobierno entre los moros, nombrando un sucesor. Envió 2 contra éste a su hijo, y como el joven Gordiano muriese tras una durísima batalla, el anciano, ahorcándose, puso fin a su vida, consciente de que Maximino tenía muchos recursos y de que entre los africanos, además de no abundar las fuerzas, existía una gran predisposición para la traición. Entonces Ca- 3

<sup>36</sup> Las alusiones a la fidelidad púnica, puesta en entredicho por los romanos desde los tiempos de las guerras con los Barca, constituyen casi un tópico literario entre los historiadores y biógrafos. Cf. Livio, XXI 4,9, referido a Aníbal, *perfidia plus quam Punica*.

<sup>37</sup> Desde luego ésta no es la versión más extendida de la muerte de Rómulo, pero Livio la confirma: *Fuisse credo tum quoque aliquos qui disceptum regem patrum manibus taciti arguerent* (I 16,4).

peliano, victorioso, mató y proscribió en África en nombre de Maximino, a todos los partidarios de los Gordianos, sin perdonar a ninguno; parecía comportarse con el espíritu propio de Maximino: destruyó ciudades, saqueó los templos, repartió donativos entre los soldados y en las ciudades mató tanto a los nobles como al pueblo llano. Al mismo tiempo, se granjeaba para sí las simpatías de los soldados, preparándose para el poder si Maximino moría.

20 Cuando la noticia de estos hechos se conoció en Roma, el senado, que tras la muerte de los Gordianos temía la crueldad natural y en este caso obligada de Maximino, nombró emperadores a Máximo —antiguo prefecto de la Ciudad, de linaje oscuro pero ilustre por sus virtudes, que había desempeñado numerosos cargos de importancia— y a Balbino, de costumbres más refinadas. El pueblo otorgó a ambos el título de Augustos y después, en unión de los soldados, aclamó como César al pequeño nieto de Gordiano<sup>38</sup>. Así, pues, con tres emperadores, el Estado se puso en guardia contra Maximino. Sin embargo, Máximo era el más enérgico de ellos por su experiencia, el más firme por su valor y el más sereno por su sabiduría. Por ello, tanto el senado como Balbino le confiaron a él la guerra contra Maximino. Después de que Máximo marchara a la guerra contra Maximino, Balbino tuvo que hacer frente en Roma a conflictos internos que derivaron en una guerra civil<sup>39</sup>, sobre todo después de que ciertos soldados del pretorio fueran asesinados bajo la instigación de Galicano y

<sup>38</sup> Más tarde sería Gordiano III, Cf. *Gordianos* 22 y ss.

<sup>39</sup> Existe una laguna en el texto que dificulta la comprensión del pasaje. De todos modos, los hechos ocurridos se narran confusamente en *Máximo y Balbino* 9-10, *Gordianos* 22, 7 y 28,1 y especialmente en Herodiano VII 10,5-12,4, quien narra una versión diferente de los acontecimientos a la de la Historia Augusta.

Mecenas. El pueblo, entonces, fue masacrado por los pretorianos al ser incapaz Balbino de contener las revueltas con eficacia. Finalmente, una gran parte de la ciudad fue incendiada.

Sin duda, el emperador Maximino había recobrado su ánimo al conocer la muerte de Gordiano y la victoria de Capeliano sobre su hijo; pero cuando recibió otro decreto del senado en el que se declaraba emperadores a Máximo, Balbino y Gordiano, comprendió que el odio del senado era duradero y que realmente él era considerado un enemigo público en opinión de todos. Entonces se adentró en Italia con más violencia que nunca y, cuando se enteró de que Máximo había sido enviado contra él, irritándose aún más, llegó a Emona <sup>40</sup> en formación cuadrada <sup>41</sup>. Pero los habitantes de la provincia concibieron la idea de encerrarse dentro de sus ciudades, llevando consigo todo lo que pudiese proporcionar alimento con objeto de que Maximino y su ejército sufriesen el agobio del hambre. Cuando por primera vez acampó en terreno llano y no pudo encontrar comida, su propio ejército irritado contra él porque sufría hambre en Italia, donde después del paso de los Alpes confiaba en reanimarse, empezó primero a murmurar y después a hablar libremente elevando la voz. Cuando Maximino intentó reprimir el descontento, el ejército se encolerizó en gran manera, pero guardó en silencio su odio y en el momento oportuno lo dio a conocer con firmeza. Muchos dicen que Maximino, cuando encontró Emona vacía, se alegró estúpidamente como si toda la ciudad se le hubiese entregado.

Después llegó a Aquileya, que cerró las puertas contra él, tras disponer a los soldados alrededor de la muralla; y no fracasó la defensa que fue condu-

<sup>40</sup> Ciudad de la Panonia, hoy Laibach.

<sup>41</sup> Es decir, dispuesto, organizado y preparado para el combate.

22 cida por los consulares Menófilo y Crispino <sup>42</sup>. Así, pues, como el asedio de Aquileya resultase inútil, Maximino envió embajadores a la ciudad, con quienes el pueblo estuvo a punto de llegar a un acuerdo si no se hubieran opuesto Menófilo y su colega, diciendo incluso que el dios Beleno <sup>43</sup> había respondido a través de los arúspices que Maximino sería vencido. Por esto, después los soldados de Maximino, según se dice, repetían que Apolo había luchado contra ellos y que aquella victoria no pertenecía a Máximo o al senado, sino a los dioses. Pero algunos afirman que esto fue inventado por ellos, pues estos guerreros se avergonzaban de haber sido vencidos de tal modo por gente prácticamente desarmada. Así, pues, Maximino, tras construir un puente con cubas de vino, cruzó el río <sup>44</sup> y empezó a sitiar de cerca Aquileya. Se produjo entonces, coincidiendo con un gran asalto, el momento decisivo; los ciudadanos rechazaron a los soldados con azufre, fuego y otros medios de defensa similares. De los hombres de Maximino, unos fueron despojados de sus armas, otros veían arder sus ropas y algunos quedaron ciegos, incluso las máquinas de asalto fueron destruidas. Entretanto, Maximino, en compañía de su joven hijo, a quien había nombrado César, daba vueltas a la muralla y, desde una distancia que le permitía estar suficientemente lejos de los dardos que le arrojaban, dirigía ruegos unas veces a los suyos y otras a los propios ciudadanos. No obtuvo, sin embargo, ningún resultado, pues a cau-

<sup>42</sup> En *Máximo y Balbino* (12,2) se cuenta cómo ambos consulares habían sido enviados a Aquileya por orden del senado.

<sup>43</sup> Divinidad que recibía culto en el Norte de Italia y la Nórica, Cf. Herodiano VII 3,8: «También se habían divulgado algunos oráculos según los cuales el dios de la ciudad había prometido la victoria. Este dios, conocido con el nombre de Beleno, es objeto de un extraordinario culto y le identifican con Apolo».

<sup>44</sup> Se refiere al Isonzo (antiguo *Sentius*) que, según Herodiano VIII 4,1, distaba dieciséis millas de Aquileya.

sa de su crueldad, se había acumulado mucho rencor no sólo contra él, sino también contra su hijo, 23 que era de una belleza extraordinaria. Entonces Maximino, creyendo que la guerra se prolongaba por la pereza de los suyos, mató a sus propios oficiales en el momento más inoportuno. Con ello provocó que los soldados se encolerizaran más contra él. Se añadía a esto la insuficiencia de víveres, 2 pues el senado había mandado cartas a todas las provincias y a los vigilantes portuarios para que ningún alimento llegase a manos de Maximino. Ha- 3 bía enviado, además, por todas las ciudades pretores y cuestores para que vigilaran por todas partes y defendieran todas las cosas contra Maximino. Final- 4 mente, se consiguió que él, mientras sitiaba, sufriera las penurias de un sitiado. En tales condiciones 5 se anunció que todo el mundo era unánime en su odio contra Maximino. Por esta razón, algunos sol- 6 dados, temerosos porque sus seres más queridos estaban en el monte Albano <sup>45</sup>, aprovecharon que por casualidad se hizo un descanso en medio de la batalla y mataron a mediodía a Maximino y a su hijo cuando se hallaban en su tienda de campaña; después mostraron sus cabezas, clavadas en picas, a los aquilenses. Entonces, mientras en la ciudad vecina 7 se retiraron las estatuas e imágenes de Maximino, se ejecutó al prefecto del Pretorio con sus amigos más conocidos. Sus cabezas fueron enviadas a Roma.

24 Éste fue el fin de los Maximinos, digno de la crueldad del padre, indigno de la bondad del hijo. Tras la muerte de ambos, hubo una inmensa alegría entre los habitantes de las provincias y un enor-

<sup>45</sup> Severo había situado allí la segunda legión, llamada Pártica; su proximidad respecto a Roma exponía a sus habitantes a la ira de los senadores en el caso de que —como acertadamente interpreta Balbino García (*op. cit.* pág. 892 y n. 15)— éstos quisieran vengarse de los soldados de Maximino en sus familiares.



me pesar entre los bárbaros. Con todo, una vez que 2  
murieron los enemigos públicos, los soldados, que  
así lo solicitaban, fueron recibidos por los ciudada-  
nos, y enseguida se postraron ante las imágenes de  
Máximo, Balbino y Gordiano, diciendo que los an-  
teriores Gordianos habían sido incluidos entre los  
dioses. Después de esto, una gran cantidad de ví- 3  
veres, a la que se había fijado un precio, fue llevada  
desde Aquileya al campamento, que sufría por la es-  
casez; al día siguiente, cuando los soldados estaban  
restablecidos, se llegó a la asamblea y todos hicie-  
ron el juramento de fidelidad a Máximo y Balbino,  
llamando divinos a los dos anteriores Gordianos.

Apenas puede decirse cuánta alegría hubo cuan- 4  
do la cabeza de Maximino fue llevada a Roma a tra-  
vés de Italia; la gente acudía desde todas partes para  
participar en el regocijo público. Máximo, al que 5  
muchos llaman Pupieno <sup>46</sup>, preparaba la guerra en  
Rávena con tropas auxiliares de los pueblos germa-  
nos; sin embargo, cuando supo que el ejército es-  
taba de acuerdo con él y con sus colegas y que los  
Maximinos habían muerto, licenció a las tropas ger- 6  
manas que había preparado contra el enemigo y en-  
vió una carta laureada a Roma, que causó una enor-  
me alegría en la Ciudad; entonces todos daban gra-  
cias en los templos, altares, santuarios y lugares re-  
ligiosos. Balbino, un individuo cobarde, hasta tal 7  
punto que temblaba cuando oía el nombre de Maxi-  
mino, hizo una hecatombe <sup>47</sup> y ordenó que en to-  
das las ciudades se diesen gracias a los dioses con  
idéntico sacrificio. Después, Máximo llegó a Roma, 8  
entró en el senado, donde se le dieron gracias, y  
convocó una asamblea; desde allí, él, Balbino y  
Gordiano se retiraron al Palacio como vencedores.

<sup>46</sup> Cf. 33,4 y *Máximo y Balbino*, 11,1.

<sup>47</sup> En sentido originario, la hecatombe era el sacrificio de cien vícti-  
mas, aunque luego se aplicó el nombre a cualquier sacrificio solemne  
en el que las víctimas fueran abundantes.

25 Es interesante saber cuál fue la decisión del senado o qué ocurrió en la Ciudad ese día, cuando se anunció que Maximino había sido asesinado. En primer lugar, el mensajero que fue enviado a Roma desde Aquileya, imprimió a su galopar tal velocidad, cambiando de caballo de vez en cuando, que llegó a Roma al tercer día de haber dejado a Máximo en Rávena. Era casualmente un día de juegos, cuando el mensajero entró en el teatro y encontró sentado tanto a Balbino como a Gordiano, y, antes, de que se indicase nada, todo el pueblo exclamó: «Maximino ha muerto». De esta forma tomaron la delantera al mensajero, y los emperadores, que se encontraban presentes, refrendaron la satisfacción pública mostrando su acuerdo con el pueblo. Entonces, interrumpido el espectáculo, todos corrieron al punto a cumplimentar sus prácticas religiosas y, desde allí, los príncipes marcharon al senado, y el pueblo, a la asamblea. El decreto del senado <sup>48</sup> fue como sigue: después de que el emperador Balbino Augusto leyera en el senado la carta, los senadores dijeron al unísono: «Los dioses persiguen a los enemigos del senado, a los enemigos del pueblo romano. Gracias a ti, Júpiter, el mayor de los dioses. Gracias a ti, venerable Apolo. Gracias a ti, Augusto Máximo. Gracias a ti, Augusto Balbino. Decretamos templos para los divinos Gordianos. El nombre de Maximino, que fue borrado recientemente, debe desaparecer ahora de nuestros espíritus ¡Que la cabeza del enemigo público sea arrojada al río! ¡Que su cuerpo no reciba sepultura! Quien amenazó de muerte al senado ha muerto como merecía. Quien amenazó con las cadenas al senado, tuvo la muerte que debía. Venerabilísimos emperadores, os damos gracias. ¡Máximo, Balbino, Gordiano, que los dioses os guarden! Todos anhelamos la presen-

<sup>48</sup> Se trata de aclamaciones muy impropriadamente llamadas *senatus consulta*.

cia de los que han vencido a los enemigos. Todos deseamos la presencia de Máximo. Augusto Balbino, ¡que los dioses velen por ti! Vosotros honraréis este año al ser sus cónsules ¡Que en el puesto de Maximino sea elegido Gordiano!». Después, como se inquiriese su opinión, Cuspidio Celerino <sup>49</sup> tuvo estas palabras: «Padres conscriptos, una vez desaparecido el nombre de los Maximinos, y tras haber divinizado a los Gordianos a causa de la victoria, decretamos para nuestros príncipes, Máximo, Balbino y Gordiano, estatuas con elefantes; decretamos para ellos carros triunfales, estatuas ecuestres y trofeos». A continuación, antes de disolverse el senado, se decretaron suplicaciones <sup>50</sup> en toda la Ciudad. Los príncipes victoriosos se retiraron al Palacio, pero de su vida hablaremos después, en otro libro.

### MAXIMINO EL JOVEN

27(1) Sobre su origen se ha hablado más arriba; era tanta su hermosura, que en todas partes fue amado por las mujeres más atrevidas; algunas incluso habrían deseado concebir de él. Al parecer, era muy alto, tanto que parecía poder alcanzar la estatura del padre si no hubiera muerto a los veintiún años, en la flor de la juventud, aunque algunos dicen que falleció a los dieciocho. Fue educado en las letras griegas y latinas desde la primera enseñanza, pues tuvo como maestro de griego al erudito Fabilo <sup>51</sup>, de quien aún se conservan muchos apigramas griegos, sobre todo en las imágenes del joven Maximi-

<sup>49</sup> Desconocido en otras fuentes.

<sup>50</sup> Cf. *Adriano*, n. 58.

<sup>51</sup> Desconocido en otras fuentes.

no. Además, para describir a éste, hizo una versión 4  
en griego de los versos latinos de Virgilio <sup>52</sup>:

«Como cuando el Lucero del alba, rociado por  
el agua del Océano, saca su rostro sagrado en el cie-  
lo y aparta las tinieblas, tal era el joven, ilustre por  
el nombre de su padre».

Para el latín tuvo como maestro al gramático Fi- 5  
lemón, al jurisconsulto Modestino, al orador Ticia-  
no hijo de Ticiano el Viejo, quien escribió hermo-  
sísimos libros sobre las provincias y fue la mona de  
su época porque imitó todas las cosas. Estudió tam-  
bién con el retórico griego Eugamio <sup>53</sup>, famoso en 6  
aquel tiempo. Su prometida era Junia Fadila, bis-  
nieta de Antonino, que más tarde se casó con Toxo-  
cio, un senador de la misma familia que pereció des-  
pués de la pretura y del que aún se conservan obras  
en verso. Ella guardó las arras reales, que, según 7  
cuenta Junio Cordo —investigador de tales he-  
chos—, dicen que fueron éstas: un collar de nueve 8  
perlas, una redecilla <sup>54</sup> con once esmeraldas, un bra-  
zalete con un engarce de cuatro zafiros, además de  
los vestidos, todos regios y bordados en oro, y los  
demás adornos propios de los esponsales.

28(2) El joven Maximino tenía un orgullo desmesura-  
do; tanto que, cuando su propio padre, hombre tí-  
ránico, se levantaba para recibir a muchas personas  
distinguidas él permanecía sentado; de vida muy 2  
alegre, moderado en lo que al vino se refiere pero

<sup>52</sup> Cf. *Eneida*, VIII 589 y 591. En tales versos Virgilio se refiere a Pallas, hijo de Evandro. Sin embargo, el último verso, *talis erat iuvenis patris sub nomine clarus*, no se encuentra en la *Eneida*.

<sup>53</sup> De Filemón y Eugamio nada sabemos; acerca de los demás, Magie (*op. cit.* II, pág. 366 y ns. 2 y 3) nos da alguna noticia: Modestino tal vez sea un discípulo de Ulpiano mencionado en *Digesta* XLVII 2, 52, 20; Ticiano el Viejo probablemente sea el Julius Titianus autor de las *Chorographia*; Ticiano el Joven es mencionado por Ausonio (*Grat. Actio* VII 31) en una lista de tutores imperiales.

<sup>54</sup> La redecilla era una prenda de malla muy utilizada por las mujeres de la época, que recogía el pelo y servía de adorno para la cabeza.

amante de la comida, sobre todo de la caza, de manera que sólo comía carne de jabalí, patos, grullas y todo aquello que puede ser cazado. Los amigos de Máximo, Balbino y Gordiano le difamaban por su excesiva hermosura, en especial los senadores, que no deseaban que su belleza, casi divina, careciera de todo reproche. Por eso, en aquel tiempo en que rodeando las murallas de Aquileya solicitaba en compañía de su padre la rendición de la ciudad, no le arrojaron nada, limitándose a cubrirle de sucios insultos, que en absoluto correspondían a la vida que llevaba. Estaba tan preocupado por su vestimenta que no hubo en el mundo una mujer más elegante que él. Era asombroso cómo los amigos de su padre le perseguían con la esperanza de recibir regalos y dinero. En los saludos era muy altivo, extendía la mano y toleraba que le besasen las rodillas, alguna vez incluso los pies, lo que nunca toleró Maximino el Viejo, quien decía: «Los dioses prohíban que algún hombre libre bese mis rodillas».

Y puesto que hemos aludido a Maximino el Viejo, no debemos pasar por alto un hecho divertido: como, según dijimos, Maximino tenía casi ocho pies y medio de altura, ciertos individuos colocaron en un bosque que está entre Aquileya y Arcia su calzado; es decir, una de las sandalias reales, pues era evidente que su pie superaba el tamaño de cualquier pie humano. De aquí el vulgo ha tomado la expresión «sandalia de Maximino» cuando habla de hombres altos y estúpidos. Yo he intruducido esto aquí para que, quien lea a Cordo, no piense que he omitido algo relativo al tema que estoy tratando. Pero he de volver al hijo.

29(3) Alejandro Aurelio<sup>56</sup>, que deseaba entregarle en

<sup>55</sup> Ciudad desconocida.

<sup>56</sup> Es decir, Alejandro Severo. Su nombre completo era Marco Aurelio Severo Alejandro.

matrimonio a su hermana Teoclia, escribió a su madre Mamea estas palabras acerca del joven: «Madre 2  
mía, si Maximino el Viejo, que es nuestro general y sin duda uno de los mejores, no tuviese en su carácter rasgos bárbaros, yo ya habría entregado tu Teoclia a Maximino el Joven. Pero temo que mi 3  
hermana, instruida en los refinamientos griegos, no pueda soportar a un suegro bárbaro, aunque, según parece, el Joven, además de hermoso y erudito, ha sido educado en la instrucción griega. Esto es lo 4  
que yo pienso; sin embargo, quisiera saber tu opinión. Respóndeme si quieres como yerno a Maximino, el hijo de Maximino, o a Mesala, de noble familia, orador muy relevante y de gran sabiduría, quien, si no me engaño, llegará a ser diestro en los asuntos bélicos, cuando quiera dedicarse a ello». 5  
Esto dijo Alejandro acerca de Maximino. Sobre él nosotros no tenemos nada más que añadir.

Y para que no parezca que se omite algún detalle, he introducido también una carta de Maximino el padre, cuando ya era emperador, en la que dice que él ha nombrado emperador a su hijo con el fin de que la Ciudad viese, en retratos o en persona, cómo estaba el joven Maximino vestido de púrpura. La carta decía así: «Aunque yo he ordenado que 7  
mi Maximino sea nombrado emperador por causa del afecto que el padre debe al hijo, sin embargo, lo he hecho también para que el pueblo romano y aquel antiguo senado puedan jurar que nunca tuvieron un emperador más hermoso». Siguiendo el 8  
ejemplo de los Ptolomeos, usó también este joven una coraza de oro o de plata; llevaba además un escudo de oro, adornado de piedras, y una lanza del mismo metal. También mandó hacer para él 9  
espadas de plata y de oro, y todo lo que pudiese colaborar a su elegancia, utilizando además cascos y carrilleras con incrustaciones de piedras preciosas.

Esto es lo que conviene conocer y narrar sobre 10  
este joven. Quien quiera saber el resto, es decir, los

asuntos amorios y sexuales con los cuales Cordo le salpica, que lea a éste. Nosotros en este asunto vamos a poner fin al libro, abordando otros temas, pues así lo ordena el deber público.

30(4) Los presagios que indicaron que sería emperador fueron éstos: una serpiente le rodeó la cabeza mientras dormía. Una viña plantada por él, dio, dentro del año, uvas rojas de gran tamaño y creció de manera admirable. Su escudo ardió bajo el sol. Su lanza fue atravesada por un rayo, dividiéndola longitudinalmente en dos partes, incluso en la punta de hierro. A partir de entonces los augurios vaticinaron que habría dos emperador de una misma familia y con estos mismos nombres, que no durarían mucho tiempo. Muchos vieron que la coraza de su padre al oxidarse no tenía el color de la herrumbre, sino que estaba teñida por completo de color púrpura. Pero el hijo tuvo, además, estos otros presagios: cuando inició sus estudios con un gramático, una pariente suya le entregó unos libros homéricos que tenían todos el color de la púrpura y estaban escritos en letras de oro. Siendo niño, como Alejandro le invitó a una cena para honrar a su padre y carecía del vestido apropiado para el banquete. Llevó puesto uno del propio Alejandro. Y cuando era más pequeño, inesperadamente subió al coche de Antonino Caracalla, que circulaba vacío entre la multitud, y, tras sentarse en su interior, sólo con grandes dificultades pudo ser apeado por los cocheros imperiales. No faltaron entonces quienes dijeron a Caracalla que debía guardarse de aquel niño, pero éste respondió: «Está muy lejos el día en que éste pueda sucederme». Ciertamente, en aquel tiempo se encontraba entre las gentes de escaso abolengo y era demasiado pequeño.

31(5) Los presagios de su muerte fueron éstos: cierta mujer se presentó con una lúgubre vestimenta y con los cabellos sueltos ante Maximino, cuando en compañía de su hijo marchaba contra Máximo y

Balbino, y exclamó: «Maximinos, Maximinos, Maximinos», y sin decir más se murió; parece que quiso añadir: «Socorredme». Y en la siguiente parada unos perros, más de doce, aullaron alrededor de su tienda de campaña y, después de sollozar durante toda la noche, se les encontró muertos al amanecer. Quinientos lobos entraron a la vez en una ciudad a la que Maximino se dirigía; muchos dicen que era Emona, otros que Arquimea, el caso es que, abandonada por sus ciudadanos, Maximino la encontró abierta a su llegada. Es largo proseguir; quien quiera conocer algún detalle, si así lo desea, que lea, como frecuentemente he dicho, a Cordo, quien escribió todos estos hechos contando hasta las más nimias anécdotas.

No se conservan sus sepulcros. Sus cadáveres fueron arrojados a un río y sus cabezas ardieron, ante la burla del pueblo, en el Campo de Marte.

32(6) Elio Sabino escribe, y no debe omitirse, que había tanta hermosura en el rostro del hijo que, cuando ya estaba muerto, su cabeza ennegrecida, sucia, golpeada y empapada en sangre, aún dejaba ver la sombra de un hermoso rostro. Y ciertamente, si el contemplar la cabeza de Maximino produjo una gran alegría, casi hubo una tristeza semejante cuando se vio que la cabeza del hijo había sido enviada con la del padre. Dexipo<sup>57</sup> dice que había tanto odio hacia Maximino, que, cuando los Gordianos murieron, el senado designó veinte hombres para que se enfrentaran a él; entre ellos estaban Balbino y Máximo, a quienes convirtieron en emperadores contra Maximino. Este mismo autor añade que su prefecto del Pretorio y su hijo fueron ejecutados en presencia de Maximino, cuando ya había sido abandonado por los soldados. Y no faltan historiadores que dicen que el mismo Maximino, cuando

<sup>57</sup> P. *Herennius Dexippus*, ateniense autor de una historia que comenzaba en el período mítico y se prolongaba hasta el 268 d. de C.



fue abandonado y vio que su hijo había muerto ante sus ojos, se mató con su propia mano para que no le fuese atribuido ningún comportamiento afeminado.

33(7) Tampoco debe omitirse que los aquilenses mostraron tanta fidelidad en favor del senado y en contra de Maximino, que hicieron cuerdas para los arcos con los cabellos de sus mujeres, pues no había otro medio de lanzar las flechas. Se dice que este hecho ocurrió también en Roma en cierta ocasión por lo que el senado inauguró el Templo de Venus Calva <sup>58</sup> en honor de las matronas. 2

Digamos, por último, algo que de ningún modo debe permanecer en silencio: mientras Dexipo, Arriano <sup>59</sup> y muchos otros griegos escribieron que Máximo y Balbino fueron hechos emperadores en contra de Maximino y que Máximo, enviado con el ejército, preparó la guerra en Rávena y no vio Aquileya sino como vencedor, los escritores latinos dijeron que Pupieno, no Máximo, había luchado en Aquileya contra Maximino y que había vencido a éste. De dónde haya surgido la equivocación, no puedo saberlo, a no ser que Pupieno, sea tal vez, el mismo Máximo <sup>60</sup>. He puesto esto aquí, como cosa ya sabida, para que ninguno piense que yo desconozco algo que, en verdad, produce gran asombro y extrañeza. 3  
4  
5

<sup>58</sup> También Lactancio menciona la existencia de este templo (*Inst.* I, 20,27). Sobre el origen de su nombre existen varias leyendas que Servio recuerda en su nota a *Eneida* I 720.

<sup>59</sup> También en otros pasajes se llama así a Herodiano, Cf. *Gordianos* 2,1 y *Máximo y Balbino* 1,2.

<sup>60</sup> Como señala Magie (*op. cit.* II 379 y n. 4) en la propia biografía de Máximo, el autor sigue sin estar seguro de si se trata o no de la misma persona. En Aurelio Victor (*Caes.* XXVI) y Eutropio (IX 2) siempre se le llama Pupieno.

## 20. LOS TRES GORDIANOS

(Julio Capitolino)

- 1 Mi determinación había sido, venerable Augusto, presentar a vuestra Clemencia, siguiendo el ejemplo de otros, un libro para cada uno de los emperadores, pues yo mismo he visto que muchos escritores han hecho esto y así lo he recogido en mis lecturas. Sin embargo, me pareció inadecuado no sólo distraer a vuestra Piedad con tal cantidad de libros, sino también mostrar mi trabajo en un sinfín de volúmenes. Por esta razón he reunido a los tres Gordianos en este libro, intentando, tanto en favor de mi trabajo como de vuestra lectura, que no os esforzaseis en leer una misma historia desenrollando numerosos códices. Pero, para que yo, que evito la extensión excesiva de los libros y las muchas palabras, no parezca incurrir en ese error que me esfuerzo delicadamente en esquivar, abordaré ya el tema que voy a tratar.
- 2 Los Gordianos no fueron dos, como han dicho algunos autores desafortunados, sino tres; y esto lo enseñan tanto Arriano <sup>1</sup>, escritor de historia griega, como Dexipo <sup>2</sup>, autor griego también, quienes, aunque brevemente, contaron todas las cosas con fidelidad. De éstos, Gordiano el Viejo, es decir, el primero, nació de Mecio Marulo y Ulpia Gordiana; por su padre tenía el linaje de los Gracos y, por

<sup>1</sup> Cf. *Maximinos*, n 59.

<sup>2</sup> Cf. *Maximinos*, n 57.

su madre, el del emperador Trajano; su padre, su abuelo y su bisabuelo fueron cónsules; su suegro, los dos abuelos de su mujer y dos de sus bisabuelos también. El mismo fue un cónsul muy rico y muy poderoso; era dueño en Roma de la casa de Pompeyo <sup>3</sup> y tenía en las provincias más tierras que ningún otro individuo. Después del consulado que había ejercido con Alejandro, fue enviado a África como procónsul por decreto del senado.

3 Pero antes de hablar de su mandato diré algunas cosas sobre su carácter: siendo aún un adolescente, este Gordiano del que estamos hablando escribió composiciones poéticas que todavía se conservan con los mismos argumentos que utilizaba Cicerón; es decir, sobre Mario, Arato, Alcionas, Uxorio y Nilo <sup>4</sup>. Sin duda, trató sobre estos temas porque las composiciones de Cicerón se veían como algo muy anticuado. Escribió además —igual que Virgilio una *Eneida*, que Estacio una *Aquileida*; y que muchos otros una *Alejandriada*— una *Antoniniada* sobre Antonino Pío y Marco Antonino, describiendo con detalle, en treinta libros de versos muy elocuentes, la vida, las hazañas y los hechos tanto públicos como privados de aquéllos, y todo ello, siendo un niño. Después, cuando fue adulto, declamó sus discursos en el Ateneo <sup>5</sup>, en presencia incluso de sus propios emperadores.

Desempeñó la cuestura de manera espléndida. Durante su edilidad ofreció al pueblo romano, de su propio dinero, doce espectáculos —es decir, uno por cada mes—, tan brillantes que en ocasiones se mostraron quinientos pares de gladiadores y nunca

<sup>3</sup> Situada en las Carinas, barrio romano emplazado en la ladera sur del Esquilino, perteneció, después de la muerte de Pompeyo, a Marco Antonio y Tiberio (cf. Suetonio, *Tib.* XV). Más adelante, se la llama *domus rostrata* (3, 6).

<sup>4</sup> Magie (*op. cit.* II, p. 383 y n. 5) revela otras fuentes en las que se atestigua que algunos de estos temas fueron tratados por Cicerón.

<sup>5</sup> Cf. *Pértinax*, n. 30.

menos de ciento cincuenta. Una vez ofreció en un sólo día cien leones, y otra, mil osos. En la casa de los Espolones <sup>6</sup> de Gneo Pompeyo, que perteneció a su abuelo, a su padre y a él antes de ser confiscada por vuestra hacienda en tiempos de Filipo <sup>7</sup>, se conserva pintada una memorable cacería de fieras que él ofreció. En esta pintura aún hoy pueden verse doscientos ciervos «palmados» <sup>8</sup> mezclados con otros de raza británica, treinta caballos salvajes, cien ovejas montaraces, diez alces, cien toros de Chipre, trescientos avestruces de Mauritania de color rojizo, treinta onagros, ciento cincuenta jabalíes, doscientos íbices y doscientos gamos. Permitted, además, que todas estas fieras fueran entregadas al pueblo el día en que ofreció el espectáculo por sexta vez. Ejerció una pretura insigne. Después de administrar justicia, asumió el consulado, primero con Antonino Caracalla, después con Alejandro. Tuvo dos hijos, uno que tras alcanzar el consulado fue nombrado Augusto con él <sup>9</sup> y murió durante la guerra en África junto a Cartago <sup>10</sup>, y una hija, Mecia Faustina, que se casó con Junio Balbo, hombre de rango consular. Ejerció sus consulados con más brillantez que ningún otro hombre de su tiempo, hasta tal punto que Antonino le envidiaba, admirando sus togas, su «laticlavo» <sup>11</sup> y sus espectáculos circenses, que superaban incluso los propios juegos imperiales. Fue el primer individuo romano que tuvo en propiedad una túnica palmada y

<sup>6</sup> *Domus rostrata*. Era costumbre romana adornar los templos y edificios con los espolones (*rostra*) arrebatados al enemigo. Tal vez, Pompeyo adornó su casa con los trofeos obtenidos en su victoriosa guerra contra los piratas (67 a. de C.).

<sup>7</sup> Filipo el Arabe fue emperador entre los años 244 y 249. Cf *infra* 28-32.

<sup>8</sup> *Cerui palmati*. Ciervos de cornamenta en forma de palma.

<sup>9</sup> Cf. *infra* 17-22.

<sup>10</sup> Cf. *infra* 15-16.

<sup>11</sup> Cf. *Severo*, n. 2.

una toga pintada <sup>12</sup>, pues hasta entonces incluso los emperadores recibían las que se guardaban en el Capitolio o en el Palatino. Con el permiso de los emperadores distribuyó entre las facciones <sup>13</sup> cien caballos sicilianos y otros cien capadocios, y por esta razón fue bastante apreciado por el pueblo, sensible siempre ante tales hechos. Cordo dice que dio espectáculos escénicos y unas *iuvenalia* <sup>14</sup>, de su propio dinero y durante cuatro días, en todas las ciudades de Campania, Etruria, Umbría, de Flaminia y del Piceno. Escribió en prosa la alabanza de todos los Antoninos que hubo antes de él. Tanta devoción tuvo por los Antoninos, que se otorgó a sí mismo el nombre de Antonino, según dicen unos; de Antonio, según otros que son mayoría. Es suficientemente conocido que a su hijo, que se llamaba Gordiano, le ennobleció con el nombre de Antonino cuando, según costumbre romana, le reconoció ante el prefecto del Erario e inscribió su nombre en las actas públicas <sup>15</sup>. Después del consulado, fue nombrado procónsul de África con el apoyo de todos los que querían que el mandato de Alejandro se considerase, gracias a la dignidad de tal procónsul, también ilustre en aquella región. Aún se conserva una carta del propio Alejandro en la que da gracias al senado por haber destinado a África, como procónsul, a Gordiano. Su reproducción es ésta: «Nada más grato para mí, padres conscriptos, ni más agradable pudisteis llevar a cabo que

<sup>12</sup> Ambas prendas constituían adornos triunfales. La *túnica palmata* iba debajo de la *toga picta* (Clodio Albino, n. 40).

<sup>13</sup> Cf. Vero, n. 14.

<sup>14</sup> Estas fiestas en honor de la diosa *Iuventas*, protectora de la juventud, tenían lugar el 18 de octubre y fueron iniciadas por Nerón.

<sup>15</sup> Alusión a la *professio natalis*, que regulada por una constitución de Marco Aurelio obligaba a los ciudadanos romanos a declarar el nombre y fecha de nacimiento del hijo durante los treinta días siguientes al alumbramiento. Esta declaración se hacía en Roma ante el prefecto del erario y en las provincias ante los *tabularii*, encargados de las *acta publica*.

enviar a Antonino Gordiano a África como pro-  
 cónsul, hombre noble, magnánimo, hábil, justo,  
 moderado y bueno», y continuaba con otras afir-  
 maciones de este tipo. A través de ella puede com- 4  
 prenderse qué gran hombre fue Gordiano en este  
 tiempo. Fue tan querido por los africanos como 5  
 ninguno de los procónsules anteriores, hasta tal  
 punto que unos le llamaron Escipión <sup>16</sup>, otros Ca-  
 tón <sup>17</sup>, muchos Mucio <sup>18</sup>, Rutilio <sup>19</sup> o Lelio <sup>20</sup>. Es- 6  
 tos le otorgaron una aclamación que conservamos  
 escrita por Junio <sup>21</sup>. Cierta día en que leía un acta 7  
 imperial, como al empezar mencionase a los Esci-  
 piones que fueron procónsules, se le aclamó: «Al  
 nuevo Escipión, al verdadero Escipión, al procón-  
 sul Gordiano». Estas y otras aclamaciones simila-  
 res escuchó con frecuencia.

- 6 Tenía la estatura propia de un romano, una ca-  
 nicie elegante y un rostro majestuoso; rojizo más  
 que blanco y de cara muy ancha, sus ojos, su boca  
 y su frente imponían respeto; ligeramente gordo; 2  
 tan moderado en sus costumbres que no podrías  
 decir que él haya realizado algo anhelosa, excesiva  
 o inopinadamente. Amó a sus descendientes de 3  
 manera excepcional, a su hijo y a su nieto más de lo  
 que es normal, a su hija y a su nieta fervorosamen-  
 te. Tuvo tanto respeto por su suegro Anio Severo, 4  
 que se creía que él se había unido a su familia como  
 un hijo más; nunca se bañó con él; nunca, antes de

<sup>16</sup> Parece aludir a Escipión Africano, vencedor de Aníbal en Zama (202 a. de C.).

<sup>17</sup> Sin duda, Catón el Viejo, cuya intervención fue decisiva para la destrucción de Cartago.

<sup>18</sup> Q. Mucio Escévola, maestro de Cicerón, famoso entre otras razones por la proverbial rectitud que demostró en su administración de la provincia de Asia:

<sup>19</sup> P. Rutilio Rufo, orador, jurista e historiador que acompañó a su amigo Mucio Escévola en la administración de Asia.

<sup>20</sup> C. Lelio *Sapiens* (el Sabio), amigo y consejero de Escipión Emiliano, fue cónsul en el año 140 a. de C.

<sup>21</sup> Junio Cordo.

la pretura, se sentó en presencia de aquél. Y cuando fue cónsul, o bien permaneció en la casa de Severo o, si se encontraba en la casa de Pompeyo, por la mañana o por la tarde le visitaba. Sobrio con el vino y muy moderado en la comida; vestía con gran elegancia; era tan aficionado al baño que en el verano se bañaba cuatro y cinco veces al día, en invierno dos. Y le gustaba tanto dormir que a veces, comiendo entre amigos, se dormía sin pudor en los triclinios, lo que no parecía hacer por embriaguez o molicie, sino por una necesidad natural.

7 Pero estas buenas cualidades de nada le sirvieron, pues Gordiano, que llevó una vida venerable en contacto siempre con Platón, con Aristóteles, con Cicerón y con Virgilio y los demás antiguos, sufrió una muerte que no merecía.

Cuando en tiempos de Maximino, hombre cruel y sanguinario, gobernaba el África en calidad de procónsul, el senado, entre todos los individuos de rango consular, le envió como legado a su propio hijo. Entonces un agente imperial<sup>22</sup> persiguió a muchos africanos más de lo que hubiera tolerado el propio Maximino: proscribía a algunos, mataba a muchos y se tomaba más atribuciones que las que hubieran correspondido a un procurador; y, cuando fue refrenado por el procónsul y su legado, llegó a amenazar a estos hombres nobles y consulares. Los africanos no pudieron soportar tan insolentes injurias y, tras unirse a algunos soldados, le mataron; luego, puesto que después de su muerte todo el mundo ardía en odio hacia Maximino, empezaron a pensar de qué modo podían aplacar el conflicto surgido entre los maximinianos y los campesinos o, por mejor decir, los africanos. Entonces, un individuo llamado Mauricio, decurión<sup>23</sup> con

<sup>22</sup> *Rationalis*. Cf. *Maximinos*, n. 28.

<sup>23</sup> *Decurio* o *curiales*. Uno de los miembros de la Curia que en los *municipia* dirigía la administración local.

cierto poder entre los africanos, como quien está acostumbrado a las arengas, habló en las proximidades de Tusedro, tanto a la plebe urbana como a los campesinos, con el nobilísimo discurso que a 8 continuación escribimos: «Gracias a los dioses inmortales porque nos dieron, ciudadanos, la oportunidad, sin duda necesaria, de precavernos contra un hombre tan demente como es Maximino. Pues 2 nosotros, tras haber dado muerte a su recaudador, que era igual a él en su modo de vida y en su carácter, no podemos estar a salvo si no nombramos un emperador. Por consiguiente, puesto que no le- 3 jos de aquí se encuentra un nobilísimo varón, prócónsul, en compañía de su hijo, un legado consular, ambos amenazados de muerte por aquella peste, si os parece bien, les nombraremos emperadores llevando la púrpura de los estandartes, y cuando hayamos reunido los emblemas, les daremos nuestro apoyo con el juramento romano». Inme- 4 diatamente se aclamó: «Es justo, es conveniente. Gordiano Augusto, ¡que los dioses te guarden! Felizmente eres emperador, gobierna con tu hijo».

Después de esto, marcharon con rapidez a la ciudad de Tusedro, donde encontraron a este anciano venerable recostado en un lecho tras haber cumplido con sus obligaciones; cuando se vio rodeado por la púrpura, se arrojó al suelo negándose a aceptarla, pero enseguida le levantaron. Y, al no poder hacer nada por evitar un peligro que, si dudosamente se acercaba de la parte de los partidarios de Maximino, inevitablemente habría de venir de la mano de sus propios favorecedores, el anciano toleró que 5 se le llamase emperador. Era ya octogenario y, como hemos dicho, antes había estado al frente de varias provincias. Por su conducta era recomendable hasta tal punto para el pueblo romano que parecía digno de obtener el poder supremo. En aquel 6 momento Gordiano no tenía conocimiento de la muerte del recaudador, pero cuando descubrió lo 9



ocurrido, próximo ya a la muerte y temiendo en gran manera por su hijo, prefirió tener una causa honesta para morir que ser llevado bajo custodia a la cárcel de Maximino.

Tras nombrar emperador a Gordiano, los jóvenes que habían llevado a cabo tal acción derribaron las estatuas de Maximino, destruyeron sus imágenes, borraron públicamente su nombre y dieron a Gordiano el nombre de Africano. Algunos afirman que el sobrenombre de Africano le fue impuesto a Gordiano, no porque empezase a gobernar en África, sino porque procedía de la familia de los Escipiones. En algunos libros encuentro que Gordiano y su hijo fueron nombrados emperadores con el mismo rango y que ambos recibieron el nombre<sup>24</sup> de Antoninos; en otros libros, sin embargo, se dice que les fue dado el de Antonios. Después de esto, llegó a Cartago con pompa imperial y con los fasces laureados, y su hijo, legado del padre, fue ceñido con igual potestad, siguiendo el ejemplo de los Escipiones<sup>25</sup>, como escribió Dexipo, autor de una historia en griego. Enseguida se envió una embajada a Roma con cartas de los Gordianos relatando los hechos que se habían producido en África; éstas fueron recibidas con regocijo por Valeriano<sup>26</sup>, príncipe del senado, que fue emperador después de estos hechos<sup>27</sup>. Estas cartas fueron enviadas a los

<sup>24</sup> Aunque traducimos por «nombre», el texto dice *cognominatos*, es decir, al *praenomen* y al *nomen* gentilicio añadieron el *cognomen* Antonino. Era frecuente entre los emperadores romanos la asunción de varios sobrenombres o *cognomina*.

<sup>25</sup> Puede tratarse, como indica Magie (*op. cit.* II, p. 396 y n. 4) de una alusión a la campaña de los Escipiones contra el sirio Antioco III (190 a. de C.), donde Escipión Africano actuó como legado de su hermano L. Escipión Asiático.

<sup>26</sup> Recibía el título de *princeps senatus* el primer senador inscrito en la lista de los censores y que votaba el primero después de los magistrados. En determinados momentos el cargo gozó de gran prestigio e influencia.

<sup>27</sup> Entre los años 253 y 260, cf. Valeriano.

amigos nobles para que los hombres poderosos aprobasen esta acción y para que los amigos pudieran convertirse todavía en mayores amigos.

- 10 Sin embargo, el senado recibió con tanta alegría a los emperadores nombrados en contra de Maximino que no sólo estuvo de acuerdo con tales hechos, sino que además eligió a veinte hombres, entre los que estaban Maximo —o Pupieno—<sup>28</sup> y Clodio Balbino, quienes fueron designados emperadores después de que los Gordianos murieron en África. El senado había nombrado a aquellos veinte para dividir las regiones de Italia entre ellos a fin de que éstas fueran defendidas en favor de los Gordianos y en contra de Maximino. Entonces llegaron a Roma embajadas de Maximino que prometían corregir su comportamiento anterior. Con todo, venció la embajada de los Gordianos que prometía todo lo bueno; se tuvo más confianza en ellos porque ofrecía un enorme estipendio a los soldados y campos y donativos para el pueblo. Hasta tal punto se confió más en los Gordianos que en los partidarios de Maximino, que un tal Vitaliano, que se encontraba al frente de los soldados pretorianos, fue asesinado, por orden del senado, a manos de un audaz cuestor y sus soldados. Este individuo antes se había comportado cruelmente y en aquellos momentos se temía su crueldad, afín y acorde con la conducta de Maximino. Acerca de su muerte se ha transmitido la siguiente historia: una falsa carta de Maximino, sellada con una imitación de su anillo, fue llevada a Vitaliano por los soldados comandados por el cuestor; éstos dijeron que además de las cartas debían referirle algunas cosas en lugar secreto. Así, pues, se retiraron para la entrevista a un pórtico alejado y, cuando aquél indagó qué era lo que debían decirle ocultamente, éstos le aconse-

<sup>28</sup> Cf. *Maximinos* 33, 3 y n. 60.

jaron que previamente examinase el sello de la carta, y mientras hacía esto lo asesinaron. Después se convenció a los soldados de que Vitaliano había muerto por orden de Maximino. Tras llevar a cabo tales acciones, se exhibieron en el campamento la carta y las imágenes de los dos Gordianos.

- 11 Interesa dar a conocer en mis escritos el decreto del senado por el cual los Gordianos fueron declarados emperadores y Maximino enemigo público. No en un día regular, sino en una sesión extraordinaria del senado, el cónsul, tras reunirse en su casa con los pretores, los ediles y los tribunos de la plebe, llegó a la Curia. El prefecto de la Ciudad,<sup>29</sup> que se resentía de no sé qué dolencia y no había recibido la convocatoria pública, no participó en la reunión. Pero fue mejor, pues el cónsul, antes de que se dijese algo agradable en relación con Maximino, dijo: «Padres conscriptos, los dos Gordianos, padre e hijo, ambos de rango consular, uno vuestro procónsul y otro vuestro legado, han sido nombrados emperadores en una gran asamblea de los africanos. Por consiguiente, demos las gracias a la juventud tusdritana, gracias al siempre leal pueblo cartaginés: ellos nos han librado de la bestia cruel, de aquella fiera salvaje; ¿por qué escucháis con cobardía?, ¿por qué volvéis la mirada a otras partes?, ¿por qué dudáis? Esto es lo que siempre deseasteis. Maximino es un enemigo público. Los dioses se ocuparán ahora de que él deje de existir y de que nosotros disfrutemos, alegres, de la felicidad y la sabiduría del anciano Gordiano, del valor y la firmeza de su joven hijo». Después leyó las cartas de los Gordianos enviadas a él y al senado. Entonces, el senado aclamó: «Dioses, os damos gracias. Estamos libres de los enemigos; ¡ojalá nos veamos completamente libres de ellos! Todos con-

<sup>29</sup> Cf. *Adriano*, n. 31.

sideramos a Maximino un enemigo público. Confiamos a Maximino y su hijo a los dioses infernales. Nombramos Augustos a los Gordianos. Reconocemos como príncipes a los Gordianos. Los dioses guarden a los emperadores partidarios del senado, ¡ojalá veamos como vencedores a los nobles emperadores!, ¡ojalá Roma vea a nuestros emperadores! Quien ejecute a los enemigos públicos merecerá una recompensa».

- 12 Junio Cordo dice que este decreto del senado fue secreto. Expondré brevemente en qué consiste o a qué debe tal nombre: hoy, el equivalente a un senado consulto secreto no es más que esa acción mediante la que vuestra Clemencia, tras convocar a los ancianos en un lugar confidencial, decide aquello que no debe ser conocido por todos; sobre ello soléis incluso pedir juramento para que nadie oiga o sepa algo antes de que el asunto esté totalmente decidido. Entre los antiguos esta costumbre fue introducida por necesidades públicas, de tal manera que se promulgaba un decreto del senado secreto si por un desgraciado azar las tropas enemigas estaban próximas y era necesario tomar decisiones drásticas o establecer algo que no convenía que fuese dicho antes de ser ejecutado; también se promulgaban cuando no querían que determinados hechos llegaran a oídos de sus propios amigos. En tales casos no estaban presentes ni los escribientes, ni los siervos públicos<sup>30</sup>, ni los oficiales del censo<sup>31</sup>; los senadores tomaban al dictado y llevaban a cabo las obligaciones de estos administrativos y escribientes para que nada, por azar, saliese a la luz. En aquella ocasión se hizo

<sup>30</sup> Los esclavos públicos (*serui publici*) gozaban de una condición de vida superior a la de los particulares; estaban ocupados generalmente en labores administrativas y podían disponer hasta cierto punto de su patrimonio.

<sup>31</sup> No sabemos con exactitud cuáles eran las funciones en una sesión del senado de los *censuales*, administrativos que trabajaban a las órdenes del *magister censum*.

un decreto del senado con carácter secreto para que  
13 el asunto no llegase a oídos de Maximino. Pero éste  
se enteró inmediatamente de todo, pues así es el ca-  
rácter de los hombres, al menos el de éstos: unos  
enrojecen por sí solos si no es conocido lo que ellos  
saben y otros consideran que son innobles si no sa-  
can a la luz lo que se les ha confiado. Maximino re-  
cibió incluso una copia del senadoconsulto secreto,  
lo que nunca antes había ocurrido. En fin, aún se 2  
conserva una carta suya dirigida al prefecto de la  
Ciudad en tales términos: «He leído un senadocon-  
sultado secreto de aquellos nuestros ilustres padres,  
cuya existencia tú, que eres prefecto de la Ciudad,  
quizá desconozcas, puesto que no estuviste presen-  
te en aquella sesión. Te envió una copia de él para  
que sepas de qué modo diriges la administración de  
Roma. No se puede describir la conmoción que su- 3  
frió Maximino cuando escuchó que África se había  
separado para enfrentarse a él. Tras recibir el de- 4  
creto del senado, parecía que iba a volverse loco,  
se golpeaba contra las paredes, se rasgaba las ves-  
tiduras y cogía la espada pensando que podía ma-  
tar a todos. El prefecto de la Ciudad, después de 5  
recibir cartas más enérgicas, se dirigió al pueblo y a  
los soldados diciendo que Maximino ya había  
muerto. Con ello la alegría aumentó e inmediata- 6  
mente se derribaron las estatuas e imágenes de  
quien había sido declarado enemigo público. El se- 7  
nado utilizó entonces los poderes de los que está re-  
vestido en caso de guerra inminente. Mandó ejecu-  
tar a los delatores, falsos acusadores, funcionarios  
y a toda aquella hez que había surgido con la tira-  
nía de Maximino. Y la decisión del senado fue te- 8  
nue comparada con la actitud del pueblo; pues, des-  
pués de ser ejecutados, sus cadáveres fueron arras-  
trados y arrojados a las cloacas. Luego, también Sa- 9  
bino, prefecto de la Ciudad y varón de rango con-  
sular, fue fustigado y ejecutado y su cadáver quedó  
expuesto públicamente.

14 Cuando Maximino descubrió estos hechos, al punto exhortó a los soldados con esta arenga: «Sagrados conmiltones, o mejor aún, partidarios de mi consagración <sup>32</sup> que, en mayoría, habéis hecho la guerra a mi lado; mientras nosotros defendemos la grandeza de la hostil Germania, mientras nosotros protegemos el Ilírico de los bárbaros, los africanos prefirieron conservar la fidelidad púnica <sup>33</sup>. 2  
Pues nos han dado como emperadores a los dos Gordianos, de los cuales, uno está abatido por la vejez hasta tal punto que no puede levantarse, y el otro se ha sumergido tanto en los placeres que tiene la debilidad propia de la senectud. Y por si esto 3  
fuera poco, aquel ilustre senado reconoció la noble acción de los africanos y, aunque nosotros llevamos las armas que deberían empuñar sus hijos, éstos nombraron veinte hombres contra nosotros y promulgaron decretos en contra nuestra, como si fuesemos enemigos. Por todo ello, comportaos 4  
como conviene a los hombres: hemos de marchar hacia la Ciudad, pues debemos hacer frente a los veinte hombres de rango consular que han sido elegidos contra nosotros, con mi fuerte liderazgo y vuestra lucha tenaz.» EL mismo Maximino pudo 5  
ver después de esta arenga que la moral de sus soldados desfallecía y que sus ánimos carecían de entusiasmo. Al punto escribió a su hijo, quien le seguía desde lejos, para que se apresurara con el fin de que los soldados no maquinasen algo contra él aprovechando su ausencia. Julio Cordo ha dado a 7  
conocer una copia de tal carta: «Tincanio, mi asistente, te referirá las cosas que sabemos se han producido en África y en Roma, y te contará en qué disposición se hallan los soldados. Te pido que 8

<sup>32</sup> *Consecranei* son aquéllos que participan de un mismo culto; aquí parece referirse al juramento que obligaba a los soldados a defender la autoridad de Maximino frente a cualquier ataque.

<sup>33</sup> Cf. *Maximinos*, n. 36.

avances todo lo que puedas para que la turba de soldados no pueda tramar nada de lo que acostumbra. Lo que temo lo oirás de éste a quien te he enviado».

- 15 Mientras se producían estos hechos, los Gordianos fueron atacados en África por un tal Capeliano<sup>34</sup>. Era éste, incluso en su vida privada, enemigo personal de Gordiano, quien, al ser nombrado emperador, le apartó del gobierno de Mauritania, cargo que ocupaba, como soldado veterano, por orden de Maximino; tan pronto como fue destituido, reunió a los moros en torno a él y con una tropa tumultuaria se dirigió a Cartago, donde el pueblo, con su acostumbrada lealtad púnica, se inclinó hacia él. Gordiano, deseando experimentar la fortuna de la guerra, envió contra los maximinianos de Capeliano a su propio hijo, quien era ya de edad madura —tenía cuarenta y seis años— y, como hemos dicho, ocupaba el puesto de legado (sobre sus características personales hablaremos en su lugar)<sup>35</sup>.
- 16 Pero como Capeliano era muy audaz en las cuestiones militares y el joven Gordiano no era tan experto, pues se había entretenido en los placeres propios de la nobleza, cuando se llegó a la lucha fue vencido y murió en el mismo campo de batalla. Se dice que la multitud de los partidarios de Gordiano que murió en el combate fue tan grande, que el cuerpo de Gordiano el Joven, aun cuando se buscó durante mucho tiempo, no pudo ser encontrado. Hubo además, cosa rara en África, una enorme tempestad que fustigó antes de la batalla al ejército de Gordiano hasta tal punto que los soldados quedaron incapacitados para la lucha, y así fue fácil la victoria de Capeliano. Cuando el viejo Gordiano descubrió estos hechos, al darse cuenta de que en

<sup>34</sup> Estos hechos se cuentan también en *Maximinos* 19 y Herodiano VII 9, quien refiere que Capeliano, gobernador de Numidia, era un senador enfrentado a Gordiano desde hacía tiempo por una cuestión legal.

<sup>35</sup> Cf. 18-19.

África no podía esperar ninguna ayuda, de que el terror a Maximino era muy grande, de que no podía confiar en la lealtad púnica y de que el ataque de Capeliano era inminente, y, en fin, como el dolor hubiese abatido su mente y su ánimo, decidió poner fin a su vida ahorcándose él mismo.

Este fue el fin de los Gordianos; a ambos el senado les llamó Augustos, situándolos después entre los emperadores divinizados. 4

### GORDIANO EL JOVEN

17 Este hombre era hijo de Gordiano el Viejo, el procónsul de África, y fue nombrado Augusto en compañía de su padre por los africanos y por el senado; ilustre por sus escritos y sus costumbres además de por su nobleza, procedía, según unos, de los Antoninos; según otros, de los Antonios. Algunos escritores, para probar la categoría de su linaje, aducen como pruebas que Gordiano el Viejo era llamado Africano, sobrenombre de los Escipiones, que éste poseía en la Ciudad la casa de Pompeyo, que siempre se le dio el sobrenombre de los Antoninos y quiso que en el senado se llamase Antonio a su hijo. Todas estas versiones parecen apuntar a familias diferentes, pero yo sigo a Junio Cordo, quien dice que la nobleza de los Gordianos deriva de todas estas familias. Gordiano el Joven era el hijo primogénito de Gordiano y Fabia Orestila, biznieta de Antonino, a través de quien parecía emparentar también con la familia de los Césares. En los días posteriores a su nacimiento se le llamó Antonino, pero después se le otorgó en el senado el nombre de Antonio; por último, empezó a ser conocido entre el pueblo como Gordiano. 2 3 4 5

18 Se entregó a los estudios con gran empeño; era distinguido en su aspecto; tenía una memoria singular y tan buen corazón que no podía contener



sus lágrimas cuando en la escuela algún niño era golpeado <sup>36</sup>. En Sereno Samónico <sup>37</sup>, que fue muy 2  
amigo de su padre, tuvo un preceptor muy querido y estimado; tanto que cuando éste murió legó todos los libros de su padre —llamado también Sereno Samónico—, que alcanzaban la cifra de sesenta y dos mil, a Gordiano el Joven. Esto le llevó a 3  
los cielos, pues, gracias al prestigio de las letras, tras entrar en posesión de una biblioteca de tal magnitud y esplendor, alcanzó la fama entre los hombres.

Desempeñó la cuestura gracias a la recomendación de Heliogábalo pues su incontinencia juvenil —que, sin embargo, no fue depravada o infame— fue alabada delante del lujurioso emperador. Detentó la pretura urbana con Alejandro, cargo en el 5  
que mostró tal actitud para la administración de justicia que inmediatamente mereció el consulado, al que el padre había accedido tardíamente. En 6  
tiempos de Maximino, o quizá del mismo Alejandro, fue enviado por el senado al proconsulado de su padre en calidad de legado, y allí sucedieron esos hechos que más arriba hemos narrado.

19 Le gustaba mucho el vino, pero aromatizado siempre de alguna manera, unas veces con rosas, otras con almáciga, otras con ajeno y otros tipos de hierbas que resultan muy agradables para el paladar. Sobrio en la comida, hasta tal punto que acababa su almuerzo —cuando almorzaba— o su cena en un instante. Muy aficionado a las mujeres; se dice que tenía asignadas para él veintidós concubinas y que de cada una de ellas tuvo tres o cuatro hijos. Fue llamado el Príamo <sup>38</sup> de su tiempo, aunque el pueblo, en son de burla, le llamó frecuentemente Príapo <sup>39</sup> en lugar de Príamo, lo que resulta

<sup>36</sup> Es relativamente frecuente en grabados y pinturas la imagen del maestro de escuela romano castigando con la palmeta a sus discípulos.

<sup>37</sup> Cf. *Alejandro Severo*, 30, 2 y n. 38.

<sup>38</sup> Rey de Troya, padre de 50 hijos.

<sup>39</sup> Hijo de Baco y Venus, símbolo de la energía generadora.

más adecuado a su naturaleza. Vivió en la molicie: 5  
 en los jardines, en los baños y en los más placenteros bosques; su padre no se lo reprochó, pues decía muy a menudo que habría de morir muy pronto con la más alta gloria. Su vida, en lo que a valentía se refiere, estuvo a la altura de los mejores; se mantuvo siempre entre los ciudadanos más ilustres y nunca dejó de lado las cuestiones de Estado. En fin, el senado le llamó Augusto de muy buen grado y puso en él la esperanza del Estado. Era muy elegante en su modo de vestir. Fue querido por sus siervos y por todos los suyos. Cordo dice que él nunca quiso tener esposa, pero Dexipo piensa que es hijo suyo el tercer Gordiano, quien después de él, aun siendo un niño, alcanzó el poder imperial con Balbino y Pupieno, al que también llaman Máximo. 6  
7  
8  
9

20 Gordiano el Viejo consultó en cierta ocasión a un astrólogo sobre el horóscopo de su hijo, y el astrólogo respondió, según se dice, que éste sería hijo y padre de un emperador y que él mismo alcanzaría el imperio. Como el viejo Gordiano se riera de tal predicción, dicen que el astrólogo mostró la constelación y leyó en alta voz los libros antiguos hasta probar que decía la verdad. Predijo también el día y el tipo de muerte del padre y del hijo, así como los lugares en los que habrían de morir, con firmeza y veracidad. También se cuenta que, andando el tiempo, Gordiano el Viejo relató todo esto en África y que, incluso cuando ya era emperador y nada tenía que temer, describió su muerte y la de su hijo y la manera en que éstas habrían de producirse. Además, el anciano, cuando veía a su hijo, recitaba frecuentemente estos versos <sup>40</sup>: 2  
3  
4  
5

<sup>40</sup> Estos versos virgilianos están dedicados a Marcelo, el nieto de Augusto que, como se sabe, murió en edad temprana (cf. *Eneida*, VI 869-871).

«Los hados únicamente le mostrarán a la  
 y no permitirán que esté por más tiempo. [tierra  
 Dioses, la raza romana os habría parecido de-  
 [masiado poderosa  
 si le hubieseis otorgado tal don».

Aún se conservan los escritos, tanto en prosa 6  
 como en verso, de Gordiano el Joven, que hoy en  
 día son frecuentemente citados por sus parientes.  
 No son de una calidad excelente, pero tampoco son  
 malos; tienen valor mediano y muestran que su  
 talento, en todo caso, era el de un hombre ingenio-  
 21 so pero amante del placer y despreocupado. Le gustaban mucho las frutas y las verduras y, aunque era muy frugal en el resto de su alimentación, siempre comía con deleite las frutas recién cortadas. Muy 2  
 aficionado a las bebidas frías, difícilmente soportaba el verano si no bebía éstas en gran cantidad. Era, además, de gran corpulencia, lo que provocaba, en mayor medida, su apetencia por las bebidas frescas.

Esto es lo que hemos encontrado sobre Gordiano 3  
 el Joven que merezca ser mencionado. Pues no debemos repetir lo que Junio Cordo ha escrito ridícula y estúpidamente sobre los placeres domésticos y sobre otros asuntos sin importancia. Quien 4  
 quiera conocer estas cosas que lea al propio Cordo, quien describe no sólo qué siervos y qué amigos ha tenido cada uno de los príncipes, sino además cuántas casacas y cuántas clámides tuvo, cosas cuyo conocimiento a nadie aprovecha pero que, sin duda, deben ser contadas por los historiadores en sus obras, bien para hacer caso de ellas, bien para ignorarlas.

No pensé que debiera omitir, pues me pareció 5  
 maravilloso, algo recogido en Vulcacio Terenciano<sup>41</sup>, que escribió también la historia de su tiem-

<sup>41</sup> Autor desconocido.

po; por eso lo he escrito aquí: Gordiano el Viejo tenía gran semejanza en su rostro con Augusto y parecía tener su voz, su carácter y su tamaño; su hijo se asemejaba a Pompeyo, si bien es cierto que Pompeyo no era grueso; en cuanto a su nieto, de quien aún ahora vemos retratos, se parecía a Escipión el Asiático. He considerado que esto, por lo extraño que resulta, no debía pasarlo en silencio.

### EL TERCER GORDIANO

22 Después de la muerte de los dos Gordianos, el senado, alarmado y con gran temor hacia Maximino, nombró emperadores, de entre los veinte hombre que había elegido para proteger el Estado, a Pupieno (o Máximo) y a Clodio Balbino, ambos de rango consular. Entonces el pueblo y los soldados pidieron que se nombrase César <sup>42</sup> al pequeño Gordiano, quien, según dicen muchos, tenía once años; según otros, trece y, si hacemos caso a Junio Cordo, dieciséis (pues este autor asegura que murió a los veintidós); a continuación fue llevado al senado y desde allí a la asamblea, donde tras ser investido con la indumentaria imperial, fue nombrado César. Muchos autores afirman que nació de una hija de Gordiano <sup>43</sup>, pero uno o dos (pues no pude encontrar más) dicen que su padre era el hijo de Gordiano que murió en África. Después de ser nombrado César, se educó junto a su madre, y como Máximo y Balbino —que ocuparon el poder dos años, tras la desaparición de los Maximinos— murieron víc-

<sup>42</sup> Según Herodiano (VII 10 5-9) este nombramiento se produjo tras un motín popular, instigado, al parecer, por los amigos de Gordiano. Sin embargo, en *Máximo y Balbino*, 3, 2-5 y 8, 3 se describe como algo realizado pacíficamente y con el acuerdo de Máximo y Balbino.

<sup>43</sup> Entre ellos Herodiano: «Había un niño de corta edad, hijo de una hija de Gordiano, que se llamaba como su abuelo» (VII 10 7). Una inscripción corrobora tal opinión (cf. Dessau, I. L. S. 498).

timas de una sedición militar, el joven Gordiano, que hasta ese momento había sido César, fue designado Augusto por el favor, la gran admiración y el ingente amor que despertaba no sólo entre los soldados y la población, sino también en el senado y entre todos los pueblos. Era muy querido por los méritos de su abuelo y su tío (o su padre), quienes tomaron las armas contra Maximino, en favor del senado y del pueblo romano, y perecieron uno con una muerte propia de un soldado y otro por la fuerza del destino. Después de esto <sup>44</sup>, un escuadrón de veteranos acudió a la Curia para saber qué se estaba tratando. Dos de ellos entraron al Capitolio —donde estaba reunido el senado— y delante del ara fueron ejecutados por el consular Galicano y por Mecenas, un antiguo general. Entonces se produjo una guerra civil, en la que incluso los senadores estaban armados, pues los veteranos ignoraban que sólo el joven Gordiano detentaba el poder imperial (Dexipo asegura que el tercer Gordiano nació del hijo de Gordiano) <sup>45</sup>. Luego, cuando quedó aclarado también para los veteranos que Gordiano era el único emperador, se consolidó la paz entre la población, de un lado, y los soldados y veteranos, del otro, y con la designación para el consulado del joven Gordiano se puso fin a la guerra civil. Pero un presagio de que Gordiano no había de reinar durante mucho tiempo fue la aparición de un eclipse de sol tan intenso que, como si la noche hu-

<sup>44</sup> No hay conexión con el párrafo anterior; lo que ha hecho pensar a Magie (*op. cit.* II, p. 421 y n. 4) que ha habido una interpolación. El sentido y los testimonios de Herodiano VII 10 y *Maximinos* 20, 6 indican que este pasaje debería ir inmediatamente detrás del parágrafo 3; pero el problema es, a nuestro juicio, más complicado, pues las líneas que siguen parecen señalar que la revuelta se produjo antes del nombramiento imperial de Gordiano y después de la muerte de Máximo y Balbino.

<sup>45</sup> Algunos editores han rechazado esta frase porque su inclusión en este pasaje resulta claramente intempestiva.

biese llegado, ningún asunto podía resolverse sin la ayuda de las lámparas. Después de estos sucesos, el pueblo romano se entregó a los placeres y diversiones para olvidar los hechos que tan violentamente se habían producido. 3

Siendo cónsules Venusto y Sabino, surgió en África una conjuración contra Gordiano tercero comandada por Sabiniano. Gordiano, por mediación del gobernador de Mauritania, que había sido asediado por los conjurados, aplastó de tal manera la revuelta que todos venían a Cartago para entregar a Sabiniano, confesando sus delitos y solicitando el perdón de sus crímenes. Sin embargo, cuando se calmaron los disturbios en África, en el consulado de Pompeyano y Gordiano —éste por segunda vez—, estalló una guerra contra los persas. Aunque todavía era joven, Gordiano, antes de marchar, tomó por esposa a la hija de Timesiteo <sup>46</sup>, hombre sabio, a quien por causa de su elocuencia juzgó digno de su parentesco y a quien inmediatamente convirtió en su prefecto. Después de esto, su imperio no pareció pueril ni despreciable, pues además de ser ayudado por los consejos de un buen suegro, él, gracias a su amor filial, empezó a desarrollar cierta sabiduría y no permitió que sus favores fueran vendidos por los eunucos y funcionarios cortesanos por medio del desconocimiento o la connivencia de su madre. 4 5 6 7

24 En fin, se conserva una carta de su suegro dirigida a él y otra del propio Gordiano a su suegro, a través de las cuales puede entenderse que el gobierno de su época se ejerció con más diligencia y eficacia gracias a la ayuda de su suegro. Esta es la copia de ambas cartas: «A mi soberano hijo y Augusto de Timesiteo, su prefecto y suegro. Es una sa- 2

<sup>46</sup> Aunque el autor de la *Historia Augusta* le llama *Misitheus*, sabemos por una inscripción (Dessau, I. L. S. 1330) que la forma correcta de su nombre era *C. Furius Sabinus Aquila Timesitheus*.

tisfacción que nosotros hayamos alejado de nuestra época una penosa corrupción; la que permitía a los eunucos y a aquéllos que parecían amigos tuyos (aunque eran, sin embargo, peligrosos enemigos) comerciar con los asuntos oficiales. Y ello resulta tanto más agradable porque la desaparición de esta lacra es muy grata para ti, ya que si hubo algunas faltas, consta suficientemente, mi venerable hijo, que no han sido tuyas. Pues nadie podía soportar que las jefaturas militares fueran otorgadas según la decisión de los eunucos, que los trabajos careciesen de recompensa, que se ejecutase o se diese la libertad por capricho o soborno a quien no correspondía, que el erario fuera despojado, que se formaran conspiraciones a través de quienes te visitaban diariamente con objeto de engañarte, dado que los más malvados se ponían de acuerdo previamente sobre lo que debía serte sugerido acerca de los hombres honrados, expulsaban a los justos y admitían a los más detestables y, en fin, todas tus decisiones estaban en venta. Así pues, damos gracias a los dioses porque, según tu deseo, hemos alejado estas desgracias. Deleita ser suegro de un buen príncipe, de alguien que indaga todo, quiere saber todo y rechaza a los hombres que antes le vendían como en una subasta pública».

- 25 Y la carta de Gordiano a su suegro: «El emperador Gordiano Augusto a Timesiteo, su padre y prefecto. Si los dioses todopoderosos no hubieran protegido el imperio romano, todavía hoy seríamos vendidos como en una subasta<sup>47</sup> por esos comprados eunucos. Sólo ahora comprendo que no debía haber puesto al frente de las cohortes pretorianas a

<sup>47</sup> *In hasta positi*. La venta pública se realizaba junto a una lanza (*sub hasta*) clavada en tierra; de ahí el castellano «subasta». Su empleo alterna con el de la palabra *auctio* que el autor ha utilizado más arriba (cf. *in auctione positus*).

Felición <sup>48</sup>, ni debía haber confiado la legión cuarta a Serapamón, ni —para evitar la enumeración de todos mis errores— debía haber hecho muchas cosas de las que hice; pero, ¡gracias a los dioses!, porque tú, que nada maquinas, con tus consejos me enseñaste lo que en mis circunstancias no hubiera podido conocer. Pues, ¿qué hacer, si también mi madre nos vendía cuando, tras celebrar un conciliábulo con Gaudiano, Reverendo y Montano, ensalzaba o censuraba a determinados hombres, y yo aprobaba lo que ella había dicho con el consenso de aquéllos que parecían testigos insobornables? Padre mío, quisiera que escucharas esta verdad: es desagraciado aquel emperador al que se le oculta la realidad, quien, no pudiendo andar entre el pueblo, se ve necesitado de escuchar y de confirmar lo que oye con la corroboración de la mayoría». A través de estas cartas se comprende que el joven emperador se enmendó y corrigió con los consejos de su suegro. Algunos dicen que la carta de Timesiteo estaba escrita en griego, pero en cualquier caso su contenido era el que hemos expuesto <sup>49</sup>. Su probidad y virtud tuvo tal influjo que consiguió hacer de Gordiano, desconocido excepto por su nobleza, un príncipe ilustre también por sus hazañas.

26 En el reinado de Gordiano hubo un terremoto de tal magnitud que las ciudades se hundieron con todos sus habitantes por las aberturas de la tierra. Por ello, se celebraron grandes sacrificios en toda la Ciudad y en el mundo entero. Cordo dice que esta catástrofe natural se apaciguó tras examinar los libros Sibilinos <sup>50</sup> y realizar los mandatos que en ellos se prescribían.

<sup>48</sup> Este nombre y los que siguen son desconocidos por otras fuentes, muy propios de eunucos y, tal vez, ficticios.

<sup>49</sup> Una prueba más de la libertad con que el autor compone estas cartas, a todas luces espurias.

<sup>50</sup> Cf. *Adriano*, n. 13.



Una vez que el terremoto se hubo calmado, sien- 3  
do cónsules Pretextato y Atico, Gordiano abrió las  
puertas gemelas del templo de Jano <sup>51</sup>, que era la se-  
ñal de que se había declarado la guerra, y marchó  
contra los persas con un gran ejército y la cantidad  
de oro suficiente para vencer fácilmente a los per- 4  
sas o con sus soldados o con sus tropas auxiliares.  
Se encaminó hacia Mesia y, durante la expedición,  
destruyó, puso en fuga, desbarató y alejó a algunas  
tropas enemigas que había en Tracia <sup>52</sup>. Desde aquí, 5  
a través de Siria llegó a Antioquía, que ya estaba  
en poder de los persas. Allí realizó numerosos com-  
bates, obtuvo la victoria tras rechazar al rey Sapor, 6  
que reinaba después de Artajerjes, y tomó Antio-  
quía, Carras y Nisibis, ciudades que estaban, todas  
27 ellas, bajo dominio persa. El rey de los persas te-  
mió tanto al príncipe Gordiano que, aunque tenía  
en su poder a sus propias tropas y a las de nuestro  
territorio, por propia iniciativa retiró las defensas  
de la ciudades y entregó éstas intactas a sus habi-  
tantes, sin apoderarse de nada que fuera de su per-  
tenencia. Pero todo esto se llevó a cabo gracias a la 2  
intervención de Timesiteo, suegro y prefecto de  
Gordiano. Finalmente se consiguió con los ataques 3  
de Gordiano que los persas, temidos ya en Italia,  
regresasen a su reino y que el Estado romano man-  
tuviese bajo su poder todo el Oriente.

Se conserva un discurso de Gordiano al senado, 4  
en el que, al escribir sobre sus hazañas, da muchas  
gracias a su suegro y prefecto Timesiteo. He in-  
troducido aquí un fragmento de él para que conoz-  
cas sus propias palabras: «Padres conscriptos, des- 5  
pués de estos hechos, que se llevaron a cabo mien-  
tras hacíamos el trayecto y que en aquel momento

<sup>51</sup> Cf. *Cómodo*, n. 39. El templo de Jano se encontraba al Noreste del foro romano, próximo a la Curia senatorial.

<sup>52</sup> Carpos, godos y, tal vez, alanos, cf. 34, 4 y Máximo y Balbino 16, 3.

se revelaron merecedores de ceremonias triunfales individualizadas, también a los persas —para enlazar muchas cosas con rapidez—, tanto a sus reyes como a sus fueros, los alejamos de las colinas de Antioquía, que estaban ya sometidas al yugo pérsico. Después restituimos Carras y las demás ciudades al imperio romano. Llegamos hasta Nisibis y, si los dioses nos favorecen, llegaremos a Ctesifonte. Ojalá nuestro padre y prefecto Timesiteo goce siempre de buena salud: con su conducción y mediante su estrategia conseguimos llevar a cabo estos hechos y conseguiremos realizar los demás. Por tanto, vuestro cometido es decretar las suplicasiones<sup>53</sup>, encomendarnos a los dioses y dar gracias a Timesiteo». Tras ser leídas estas palabras en el senado, se decretaron cuádrigas de elefantes, para que Gordiano celebrase una ceremonia triunfal al estilo persa, ya que era a ellos a quienes se había vencido. Para Timesiteo decretó una cuádriga de seis caballos, un carro triunfal y la siguiente inscripción: «El senado y el pueblo romano, en justa correspondencia, a Timesiteo, hombre eminente, padre de príncipes, prefecto del Pretorio, defensor del mundo entero y guardián del Estado».

28 Sin embargo, esta felicidad no pudo ser muy duradera, pues Timesiteo murió, según dicen muchos, por las malas artes de Filippo<sup>54</sup>, quien después de él fue prefecto del Pretorio; según otros, a causa de una enfermedad. Dejó como heredero al Estado romano y todo lo que le había pertenecido se añadió a las rentas de la Ciudad. La habilidad de este hombre para los asuntos públicos fue tal que nunca hubo una ciudad fronteriza de importancia, en la que se pudiera custodiar al ejército del pueblo ro-

<sup>53</sup> Cf. *Adriano*, n. 58.

<sup>54</sup> Fue emperador tras la muerte de Gordiano (244-249). Su nombre completo era *M. Iulius Philippus Arabs*, probablemente nacido en Filípolis, la actual Shehba, en el Norte de Arabia.

mano y a su emperador, que no tuviera suministro de de vinagre <sup>55</sup>, trigo, tocino, cebada, y heno para todo un año; incluso otras ciudades menores tuvieron abastecimiento para treinta días, algunas para cuarenta, otras para dos meses y las que menos para quince días. Cuando era prefecto, siempre inspeccionó personalmente las armas de sus soldados. No toleró que ningún anciano sirviera en el ejército, ni que un joven se encargase de los víveres. Revisaba todos los campamentos y sus atrincheramientos, y por las noches visitaba frecuentemente las guardias. Era amado por todos porque también él amaba al Emperador y al Estado. Sus tribunos y generales le temieron y amaron tanto que ni querían causar perjuicio ni lo causaron en ninguna parte. Se dice que Filipo le temía vehementemente por muchas razones, y por ello atentó contra su vida con la ayuda de los médicos. Su plan fue el siguiente: aquejado Timesiteo de disentería, ordenó a los médicos preparar una poción para asentar el vientre; entonces, según se dice, ellos cambiaron el medicamento que había sido preparado y le dieron otro que provocaba más descomposición; así murió.

29 Después de que éste muriera en el consulado de Arriano y Papo, fue nombrado en su lugar prefecto del Pretorio Filipo el Arabe, un individuo de origen humilde pero arrogante, que no se contentó con su nueva y enorme fortuna, pues enseguida se conjuró por medio de los soldados contra Gordiano, quien le había llamado para que ocupase el puesto de su padre. Éstas fueron sus asechanzas: Timesiteo, como dijimos, había almacenado tantos víveres que las reservas romanas no podían debilitarse; sin embargo, a causa de las intrigas de Filipo, primero las naves frumentarias fueron desvia-

<sup>55</sup> Además de vinagre, en ocasiones, el término *acetum* significa vino de mala calidad, como el que acostumbraban a beber los legionarios romanos.

das y después se condujo a los soldados a aquellos lugares en los que no podían ser abastecidos. Entonces, los soldados se volvieron inmediatamente hostiles a Gordiano, sin comprender que el joven había sido engañado por las malas artes de Filipo. Pero además de esto, extendió entre los ejércitos el rumor de que Gordiano era joven y no podía regir el imperio, añadiendo que era mejor que reinase alguien que supiera dirigir al ejército y conociera los asuntos de Estado. Corrompió además a los más notables y consiguió ser llamado al poder públicamente. Los amigos de Gordiano al principio se opusieron con vehemencia, pero cuando los soldados fueron vencidos por el hambre, se entregó el poder imperial a Filipo y se cumplió la orden del ejército: Filipo debía gobernar junto a Gordiano con idéntico poder, como si fuese su tutor.

30 Como Filipo, tras asumir el poder, se comportase de manera altiva con Gordiano, éste se dio cuenta de que él, un emperador descendiente de emperadores y hombre de una nobilísima familia, no podía soportar la insolencia de un hombre tan innoble; entonces, en compañía del prefecto Mecio Gordiano, que era pariente suyo, se quejó ante un tribunal compuesto por soldados y generales, esperando poder arrebatarse el poder a Filipo. Pero nada consiguió con esta denuncia, en la que acusó a Filipo de no acordarse de los antiguos favores que le había prestado y ser poco agradecido. Y aunque imploró a los soldados e intentó ganarse a los generales, el bando de Filipo se impuso. Finalmente, después de ver que se le tenía en menor rango, pidió que al menos entre ellos hubiera el mismo poder, pero no lo consiguió. Luego, pidió que se le tuviese en el lugar de un César, y tampoco obtuvo esto. Incluso solicitó ser el prefecto de Filipo, lo que también le fue denegado. Sus últimos ruegos fueron que Filipo le considerase un general y que le permitiese seguir viviendo. A esto casi había dado

su aprobación Filipo, siempre silencioso y realizando todo con movimientos de cabeza y órdenes secretas que ejecutaban sus amigos. Pero meditando consigo mismo en el amor del pueblo romano, del senado, de toda África, de Siria y de todo el orbe romano hacía Gordiano porque era noble y nieto e hijo de emperadores y porque había liberado todo el Estado con durísimas guerras, concluyó que podía ocurrir que alguna vez cambiase la voluntad de los soldados y el imperio fuera devuelto a Gordiano, y como en ese momento las iras de los soldados contra Gordiano estuvieran desenfrenadas por causa del hambre, mandó que aquél, a pesar de sus ruegos, fuera apartado de su presencia, despojado de sus bienes y ejecutado. Aunque esto al principio fue diferido, después se llevó a cabo tal y como había ordenado. Así, Filipo, de manera sacrílega y por medios ilegales, consiguió el poder imperial.

31 Gordiano reinó seis años. Mientras estos hechos tenían lugar en Asia, Argunte<sup>56</sup>, rey de los escitas, devastaba los reinos fronterizos, envalentonado, sobre todo, porque había descubierto que Timesiteo, bajo cuya dirección se había gobernado el Estado, había muerto. Filipo, para que no pareciese que había alcanzado el poder imperial por medios cruentos, mandó una carta a Roma, en la que notificaba que Gordiano había muerto por enfermedad y que él había sido elegido por todos los soldados. Y, como es lógico, el senado, que no conocía lo ocurrido, fue engañado. Por tanto, Filipo se convirtió en emperador y fue nombrado Augusto, mientras el joven Gordiano era colocado entre los dioses.

Fue un príncipe alegre, hermoso, amable, grato para todos, jovial en su vida y sobresaliente en las

<sup>56</sup> Magie (*op. cit.* II, p. 436 y n. 2) identifica a este Argunte con el líder gótico, llamado *Argaithus* en otras fuentes, que bajo Filipo llegó a sitiar la ciudad de Marcianópolis.

letras; nada le faltaba para ejercer el poder excepto la edad. Antes de que Filipo conspirase contra él, fue querido por el pueblo, por el senado y por el ejército como no lo fue ningún emperador. Cordo dice que todos los soldados le llamaban su hijo, que todos en el senado le daban tal nombre y que el pueblo entero decía que Gordiano era su alegría. Filipo, cuando le asesinó, no se atrevió a retirar sus imágenes, ni a derribar sus estatuas ni a borrar su nombre, sino que llamándole siempre «divino», incluso entre los mismos soldados con los que había conspirado, le veneró con ánimo sereno, pero también con cínica astucia.

32 Todavía hoy permanece en pie la casa de los Gordianos, que fue espléndidamente decorada por este. También existe una villa de su propiedad, situada en la via Prenestina <sup>57</sup>, que tiene en el tetrástilo <sup>58</sup> doscientas columnas, de ellas cincuenta son de mármol de Caristos <sup>59</sup>, cincuenta del tipo claudiano <sup>60</sup>, cincuenta del de Sinada <sup>61</sup> y cincuenta de mármol de Numidia, todas de igual tamaño. En ella hay tres basílicas de cien pies de largo y otras cosas acordes con esta obra, y unas termas, que, si exceptuamos las de la Ciudad tal como estaban entonces, carecían de parangón en el mundo entero.

En favor de la familia de los Gordianos, el senado decretó que sus descendientes estuvieran siempre exentos de las guardias, las embajadas y las obligaciones públicas, a no ser que quisieran afrontarlas.

No se conservan las obras realizadas en Roma por Gordiano, excepto algunas fuentes y los baños. Pero

<sup>57</sup> Unía Roma con Preneste, la actual Palestrina, al sur de Roma.

<sup>58</sup> *Tetrastylus* era aquel lugar en el que había cuatro columnas o cuatro filas de columnas.

<sup>59</sup> Ciudad al Sur de la isla de Eubea.

<sup>60</sup> Probablemente se refiere al mármol de color rojo del monte Claudio, en la costa este de Egipto.

<sup>61</sup> Ciudad de Frigia.

Los baños habían sido contruidos para los particu-  
 lares sin rango y sus adornos eran los que corres- 6  
 ponden a este tipo de construcciones. Había emprendido la erección de un pórtico en el Campo de Marte,  
 al pie de la colina <sup>62</sup>, de mil pies de largo, con idea  
 de que se construyese otro pórtico del mismo tama-  
 ño frente al anterior, de manera que entre ambos que-  
 dase un espacio de quinientos pies; en dicho espa-  
 cio pensaba colocar a los dos lados jardines en los  
 que abundara el laurel, el mirto y el boj, y en medio  
 un mosaico de mil pies de longitud, flanqueado  
 por pequeñas columnas y estatuillas, es decir, una  
 galería que estaría coronada por una basílica de qui- 7  
 nientos pies de longitud. Además, había proyecta-  
 do con Timesiteo la posibilidad de construir detrás  
 de la basílica, unas termas estivales que llevaran  
 su nombre y colocar las de invierno al comienzo  
 de los pórticos, bien dentro de éstos, bien en los jar-  
 dines. Pero ahora todos estos terrenos son propie- 8  
 dad particular, fincas, jardines o viviendas. Hubo  
 33 en Roma, durante el principado de Gordiano, trein-  
 ta y dos elefantes (de los que él mismo había en-  
 viado doce y Alejandro diez), diez alces, diez ti-  
 gres, sesenta leones domesticados, treinta leopar-  
 dos domesticados, diez *belbi* o hienas, mil parejas  
 de gladiadores de propiedad imperial, seis hipopó-  
 tamos, un rinoceronte, diez leones salvajes, diez ji-  
 rafas, veinte asnos salvajes, cuarenta caballos salva-  
 jes y otros animales de este tipo, innumerables y va-  
 riopintos, que Filipo, en los juegos seculares, o re-  
 galó o mató. Gordiano, preparaba todas estas fieras 2  
 las domésticas y las salvajes, para el triunfo so-  
 bre los persas; pero su imperial deseo no prevale-  
 ció, pues Filipo exhibió todas ellas en los espectá- 3  
 culos, en los juegos seculares y en el circo, cuando

<sup>62</sup> Parece referirse al Quirinal.

celebró el milenario de la fundación de la Ciudad <sup>63</sup> en el consulado que compartió con su hijo.

Según Cordo, también en el caso de Gordiano se produjo aquello que la tradición nos cuenta de Gayo César <sup>64</sup>. En efecto, después de la muerte de los Filipo, todos los que atacaron a Gordiano con la espada (se dice que eran nueve) fallecieron, al parecer, víctimas de su propia mano y sus propias espadas, las mismas con las que le habían agredido a él.

34 Esta fue la vida de los tres Gordianos; todos ellos recibieron el título de Augustos.

Los soldados levantaron una tumba a Gordiano en el campamento de Circesio, en la frontera persa, con la siguiente inscripción, en griego, latín, persa, hebreo y egipcio, para que fuese leída por todos: «Al divino Gordiano, vencedor de los persas, vencedor de los godos, vencedor de los sármatas, que alejó de Roma las sediciones, vencedor de los germanos pero no de los Filipo». Esto último verosímelmente ha sido añadido porque se había retirado vencido de los campos de Filipo en un combate tumultuario con los alanos, y al mismo tiempo porque, según parece, fue asesinado por los dos Filipo. Dicen que Licinio <sup>65</sup> destruyó esta inscripción en el tiempo en que alcanzó el poder imperial, pues pretendía aparentar que descendía del linaje de Filipo. Yo he indagado todo esto, Gran Constantino, para que tu conocimiento no fuera privado de nada que parezca digno de saberse.

<sup>63</sup> En abril del 248.

<sup>64</sup> Julio César. Cf. Suetonio, *Caes.* LXXXIX: «Casi ninguno de sus asesinos murió de muerte natural ni le sobrevivió más de tres años. Fueron todos condenados, pereciendo cada cual de diferente manera; unos en naufragios, otros en combate y algunos clavándose el mismo puñal con que hirieron a César».

<sup>65</sup> Compartió el imperio durante algún tiempo con Constantino y fue derrotado por éste en Bitinia en el 324.



## 21. MÁXIMO Y BALBINO

(Julio Capitolino)

- 1 Después de la muerte en África de Gordiano el Viejo y de su hijo, como Maximino, encolerizado, se aproximase a la Ciudad para vengar el hecho de que los Gordianos hubieran sido declarados Augustos <sup>1</sup>, el senado, muy agitado, corrió al templo de la Concordia <sup>2</sup>, siete días antes de los idus de julio —mientras se celebraban los juegos en honor de Apolo— <sup>3</sup>, buscando un remedio contra el furor de un hombre perverso. Así, pues, cuando dos varones consulares eminentes, Máximo y Balbino (aunque Dexipo <sup>4</sup> y Arriano <sup>5</sup> dicen que Máximo y Balbino fueron elegidos en contra de Máximo después de los Gordianos, el nombre de Máximo es omitido por muchos historiadores que ponen en su lugar el de Pupieno) <sup>6</sup>, considerados ambos ilustres, uno por su bondad, otro por su valor y firmeza, entraron en la Curia mostrando en el semblante su gran temor ante la llegada de Maximino, aunque el cónsul había planteado otros problemas, aquél que debía manifestar su oposición en primer lugar, habló de este modo: «Os inquietan asuntos menores» <sup>3</sup>

---

<sup>1</sup> Cf. *Maximinos*, 20,1 y *Gordianos*, 22, 1.

<sup>2</sup> Cf. *Pértinax*, n. 17.

<sup>3</sup> Tenían lugar entre el 6 y el 13 de julio.

<sup>4</sup> Cf. *Maximinos*, n. 57.

<sup>5</sup> Cf. *Maximinos*, n. 59.

<sup>6</sup> A esta confusión también se hace referencia en *Maximinos*, 33, 3.

y debatimos en la Curia cosas propias casi de viejas en un momento crítico. ¿Qué necesidad hay de 4  
tratar sobre la reparación de los templos, sobre la ornamentación de una basílica, sobre las termas de Tito <sup>7</sup>, sobre la construcción del Anfiteatro <sup>8</sup>, cuando Maximino, al que conmigo declarastéis enemigo público <sup>9</sup>, nos amenaza, cuando los dos Gordianos, a quienes habíamos encargado la defensa, están muertos y en el momento presente no hay ningún socorro que nos permita respirar con tranquilidad? Por tanto, padres conscriptos, deliberad y nombrad emperadores. ¿Qué os demora? No debéis ser derrotados mientras cada uno teme por sí 2  
mismo y muestra miedo en lugar de coraje». Después de estas palabras, cuando todos estaban en silencio, Máximo, que era el de mayor edad y el más ilustre por sus méritos, su valor y su firmeza, comenzó a expresar su opinión, indicando que debían ser elegidos dos príncipes. Entonces Vetio Sabino <sup>10</sup>, de la familia de los Ulpios, tras solicitar del cónsul que le fuese permitido interrumpir y hablar, inició así su discurso: «Sé, padres conscriptos, que 2  
es conveniente mostrar firmeza en los momentos críticos para que nuestros proyectos sean tomados con decisión y no con largos titubeos, y que debemos abstenernos de tantas palabras y opiniones cuando el asunto es urgente. Que cada uno piense 3  
en su propio cuello, que se acuerde de su mujer y de sus hijos, y de la fortuna de su padre y de sus antepasados; todo ello está amenazado por Maximino, hombre colérico por naturaleza, cruel, inhumano y ciertamente implacable ahora que la causa

<sup>7</sup> Al sur del Esquilino y junto a las Termas de Trajano, con las que a veces han sido confundidas.

<sup>8</sup> El Coliseo. Cf. *Heliogábalo*, n. 47.

<sup>9</sup> Cf. *Maximinos*, 15,2.

<sup>10</sup> Tras la ascensión al imperio de Máximo y Balbino, se le nombró prefecto de la Ciudad, cf. 4,4.

le parece lo bastante justa. El, en orden de batalla 4  
y tras disponer los campamentos en lugares conve-  
nientes se dirige a la Ciudad; vosotros, en cambio,  
con vuestras deliberaciones pasáis el día aquí sen- 5  
tados. No es necesario un largo discurso: ha de  
nombrarse un emperador, o mejor, han de nom-  
brarse dos príncipes, uno que se ocupe de los asun-  
tos civiles y otro de los bélicos, uno que resida en  
la Ciudad y otro que salga con el ejército al en- 6  
cuentro de los bandidos. Yo os voy a decir el nom-  
bre de los príncipes, vosostros confirmadlos, si os  
parece bien, si no, elegid al menos otros mejores: 7  
Máximo y Balbino, de los cuales, uno en los asun-  
tos militares es tan grande que ha elevado el conoci-  
miento de su linaje con el renombre de su valor, y  
el otro es conocido hasta tal punto por su nobleza  
que resulta necesario al Estado tanto por la delica-  
deza de sus costumbres como por la integridad de  
vida que ha mostrado siempre desde edad temprana 8  
en los estudios y en las letras. Tenéis una opi-  
nión, padres conscriptos, quizá más peligrosa para  
mí que para vosotros, pero tampoco os resultará su-  
ficientemente segura a vosotros si no designáis em- 9  
peradores a éstos o a otros.» Cuando terminó de  
hablar se aclamó de manera unánime: «Es justo, es 10  
ecuánime. Todos estamos de acuerdo con la opi-  
nión de Sabino. Augustos Máximo y Balbino, que  
los dioses os guarden. Los dioses os hicieron prin-  
cipes, ¡qué ellos os protejan! Defended al senado  
de los ladrones, os encomendamos la guerra contra  
los bandidos. Que Maximino, enemigo público, 11  
muera con su hijo; ¡perseguid al enemigo público!  
Felices vosotros por la decisión del senado, feliz el  
Estado por vuestro gobierno. Dirigid con fortaleza 12  
lo que el senado os ha entregado; recibid gustosa-  
mente lo que él os ha encomendado.» Con éstas y  
3 otras aclamaciones fueron hechos emperadores  
Máximo y Balbino.

Entonces, salieron del senado y primero subie- 2

ron al Capitolio y oficiaron sacrificios; después, 3  
convocaron al pueblo ante las tribunas de los ora-  
dores. Allí, tras escuchar el discurso sobre la opi-  
nión del senado y sobre su elección, el pueblo ro-  
mano, en unión de algunos soldados que habían  
acudido por casualidad, gritó: «Todos nosotros so-  
licitamos que Gordiano sea César.» Este, nieto de 4  
Gordiano por parte del hijo que murió en África,  
tenía entonces, según la mayoría han afirmado, ca-  
torce años <sup>11</sup>. Se le buscó apresuradamente y por 5  
una nueva especie de decreto del senado, pues ese  
mismo día se había promulgado ya otro, fue tras-  
ladado con rapidez a la Curia y proclamado Cé-  
sar <sup>12</sup>.

4 La primera propuesta de los príncipes fue que los  
dos Gordianos fueran divinizados. Algunos piensan 2  
que sólo uno, el Viejo, fue llevado entre los dioses,  
pero yo recuerdo haber leído en los libros, que tan  
prolijamente escribió Junio Cordo, que ambos fue-  
ron divinizados. Pues, el Viejo puso fin a su vida 3  
ahorcándose, mientras el joven murió en la guerra,  
lo que sin duda le hace digno de mayor respeto, ya  
que murió luchando. Después de tal propuesta, se 4  
encomendó la prefectura de la Ciudad a Sabino,  
hombre sereno y acorde con las costumbres de  
Máximo, la pretoriana a Pinario Valente <sup>13</sup>.

Pero antes de hablar de sus actos es conveniente 5  
decir algunas cosas sobre sus costumbres y su lina-  
je, no como Junio Cordo, que indagó todos los de-  
talles pormenorizadamente, sino como lo hicieron  
Suetonio Tranquilo o Valerio Marcelino ; aunque  
Curio Fortunaciano <sup>14</sup>, que escribió la historia de este  
período, ha transmitido pocas cosas, Cordo, sin em-

<sup>11</sup> Sobre su edad y parentesco, cf. *Gordianos* 22,2-4.

<sup>12</sup> Cf. *Gordianos*, n. 42.

<sup>13</sup> Pariente de Máximo, cf. 5,5.

<sup>14</sup> Tanto Fortunaciano como Marcelino son autores desconocidos en otras fuentes.

bargo, ha narrado un gran número de anécdotas, algunas de las cuales resultan indecentes.

- 5 Máximo era hijo de Máximo, un individuo de la plebe <sup>15</sup> que, según dicen unos, era herrero y, según otros, fabricante de carretas. Engendró a Máximo de una mujer llamada Prima. Tuvo cuatro hermanos varones y cuatro hembras, que perecieron todos en la pubertad <sup>16</sup>. Cuando nació Máximo, se dice que un águila arrojó en un cuarto de su casa un trozo de carne de buey de gran tamaño, pues estaba abierta al exterior por un pequeño impluvio <sup>17</sup>; como la carne permaneciese allí y nadie se atreviera a tocarla por los escrúpulos religiosos, el águila la cogió de nuevo y la soltó en el recinto sagrado más próximo, que era el de Júpiter Protector <sup>18</sup>. En ese momento aquello no pareció presagiar nada, pero su reinado vino a probar que no se había hecho sin motivo. Pasó toda su juventud en casa de Pinario, su tío paterno, a quien nombró prefecto del Pretorio tan pronto como fue designado emperador. No estudió mucho tiempo con el gramático ni tampoco con el *rhetor* <sup>19</sup>, pues cultivó siempre

<sup>15</sup> Sin embargo, Herodiano (VIII 8,1) se refiere a Máximo y Balbino, calificándolos de patricios: «El pueblo estaba contento con ellos porque le enorgullecía contar con emperadores patricios que fueran dignos del imperio.»

<sup>16</sup> El término *cella* se emplea en un sentido amplio para designar cualquier dependencia de una casa. Propiamente significa el lugar donde se guarda algo, su traducción más corriente es «granero» o «despensa», aunque aquí parece más bien referirse al cuarto de la casa en que Máximo habitaba, haciendo hincapié con tal término en la humildad de origen de éste.

<sup>17</sup> El impluvio era un depósito cuadrado, situado en medio del atrio de la casa, donde se recogían las aguas de lluvia, luego de pasar éstas por el *compluvium*; con el tiempo, sin embargo, adquirió el significado general de espacio descubierto y libre en las casas, significado que, creemos, tiene en este pasaje.

<sup>18</sup> A partir de una inscripción (C. .I. L. XIV 3555) se conoce la existencia de un templo de Júpiter *Praestes*, «Protector», en *Tibur* (Tivoli), pero no se sabe que existiera en Roma ningún santuario con tal nombre.

<sup>19</sup> El *rhetor* era el profesor de elocuencia; su enseñanza constituía el

el valor y la disciplina militar. Fue tribuno militar, 7  
ejerciendo numerosos cargos, y después alcanzó la  
pretura gracias a los dispendios de Pescenia Mar-  
celina que le adoptó y sostuvo como si fuera su  
hijo. Después asumió el proconsulado de Bitinia, 8  
luego el de Grecia y en tercer lugar el de la Galia  
Narbonense. Después de estos cargos, fue enviado 9  
como legado contra los sármatas, imponiendo su  
dominio en el Ilírico; desde allí fue trasladado al  
Rin donde obtuvo buenos resultados en sus enfran-  
tamientos con los germanos. Más tarde, se le adm- 10  
ró como un prefecto de la Ciudad prudentísimo, in-  
teligente y firme. Por ello, el senado le entregó 11  
como premio el poder imperial, aunque, por ser un  
hombre de nueva familia, era contrario a la ley. En  
aquel momento todo el senado estuvo de acuerdo  
en que no había nadie más capacitado que él para  
6 recibir el título de príncipe. Y, puesto que muchos  
desean conocer las cosas menores, diremos que le  
gustaba mucho comer, muy poco el vino y no era  
muy aficionado a los asuntos de Venus; siempre se-  
vero, tanto fuera como en casa, hasta el punto de  
recibir el sobrenombre de Triste. De semblante gra- 2  
ve, incluso huraño, alto de estatura, su apariencia  
corporal era muy saludable, de costumbres poco  
dignas de estima, pero justo, incluso en los momen-  
tos críticos, nunca se mostró inhumano o despia-  
dado. Siempre perdonó a quien lo solicitaba y no 3  
se encolerizó a no ser que hubiera suficiente moti-  
vo para ello. Nunca se prestó a conspirar, fue cons- 4  
tante en sus decisiones y no confió en otros antes  
que en sí mismo. Por ello, fue muy querido por el 5  
senado y temido por el pueblo, que conocía su ri-  
gurosa prefectura y veía que la dureza de su con-

---

grado más elevado en la escuela romana. Enseñaba a los jóvenes a pre-  
pararse para la vida pública, acrecentando su cultura media con el es-  
tudio de los textos clásicos.

ducta podía desarrollarse con más virulencia en su mandato imperial.

7 El nobilísimo Balbino fue cónsul por dos veces y ocupó el gobierno de innumerables provincias. 2 En efecto, dirigió la administración civil de Asia, África, Bitinia, Galacia, el Ponto, Tracia y las Ga-  
lias. De vez en cuando mandó el ejército, pero tuvo siempre menor relevancia en los asuntos bélicos que en los civiles. Por su bondad, su enorme rectitud y su respeto, se había granjeado un inmenso amor hacia su persona. De muy antigua familia —según asegu- 3 raba él mismo—, descendía de Balbo Cornelio Teofanes<sup>20</sup>, quien había conseguido la ciudadanía por medio de Gneo Pompeyo; al parecer, este hombre era muy noble en su propia patria y, además, escritor de historia. Era Balbino de estatura 4 corriente, distinguido en su apariencia y excesivamente proclive a los placeres. Tenía la ayuda de una inmensa fortuna, pues era rico por sus antepasados y había unido a las herencias muchas riquezas conseguidas por él mismo. Ilustre en su elocuencia, 5 destacó por sus escritos entre los poetas de su tiempo. Inclinado al vino, al alimento y a los asuntos 6 amorosos y elegante en su manera de vestir; nunca le faltó de nada. Esto le hizo poco agradable ante el pueblo; sin embargo, fue también muy querido por el senado.

Esto es lo que hemos averiguado sobre la vida 7 de ambos. Algunos pensaron que ellos debían ser comparados del mismo modo que Salustio compa-

<sup>20</sup> Puede aludir a L. Cornelio Balbo, quien obtuvo la ciudadanía romana por sus servicios hacia Pompeyo, bajo cuyas órdenes combatió en Hispania; su personalidad nos es también conocida gracias al *pro Balbo* de Cicerón. Balbo fue adoptado posteriormente por Teófanos de Mitilene, quien acompañó a Pompeyo en sus campañas contra Mitridates, de ahí el *cognomen* Teófanos con que se le menciona en el pasaje. Ahora bien, el autor, según se desprende de las palabras que siguen, parece haber confundido a ambos individuos, pues el famoso escritor de Historia es Teófanos de Mitilene y no Balbo.

<sup>21</sup> Cf. Salustio, *Cat.*, LIX.

ra a Catón y César <sup>21</sup>, señalando que uno era severo y el otro afable, que aquél era virtuoso y éste firme, que uno no era pródigo en sus dádivas y el otro  
8 abundaba en todo tipo de riquezas. Esto sobre sus costumbres y su linaje.

Tras serles entregados todos los honores imperiales y las insignias del cargo, después de asumir la potestad tribunicia, el imperio proconsular, el pontificado máximo <sup>22</sup> y el nombre de padres de la patria, Máximo y Balbino iniciaron su gobierno. 2  
Pero mientras se hacían en el Capitolio los sacrificios rituales, el pueblo romano contestó el imperio de Máximo. Pues, los hombres del pueblo temían su severidad, que consideraban muy favorable para el senado y muy contraria a sus deseos. Por ello, ocurrió, como dijimos, que empezaron a pedir que 3  
el joven Gordiano fuese declarado príncipe <sup>23</sup>; éste fue nombrado inmediatamente y no se les permitió acudir al Palatino con una escolta armada, antes de honrar con el nombre de César al nieto de Gordiano <sup>24</sup>. Después de que esto ocurriera, se celebraron 4  
ritos sagrados y se ofrecieron juegos escénicos y circenses, y un espectáculo de gladiadores. Luego, Máximo realizó sus ofrendas en el Capitolio y fue enviado a la guerra contra Maximino con un enorme ejército, permaneciendo en Roma los pretorianos. Debe decirse con brevedad de dónde procede la costumbre de que los emperadores cuando mar- 5  
chan a la guerra ofrezcan un espectáculo de gladiadores y de fieras salvajes. Muchos afirman que entre los antiguos era un rito concebido en contra de 6  
los enemigos, cuya intención era que Némesis (es decir, una cierta manifestación de la Fortuna) <sup>25</sup> se

<sup>22</sup> Títulos en los que se asentaba el poder imperial, cf. *Antonino Pio*, n. 13.

<sup>23</sup> Cf. 3, 3.

<sup>24</sup> Cf. *Gordianos*, 22,2-3.

<sup>25</sup> Némesis, hija de Júpiter y de la Necesidad, era la diosa vengadora



calmase con la sangre ofrecida por los ciudadanos en aquel tipo de combates <sup>26</sup>. Otros han escrito, lo que yo considero más verosímil, que los romanos, cuando van a la guerra, deben ver luchas, heridas, armas y hombres desnudos peleando entre sí, para que no teman en la guerra a los enemigos armados o se asusten de las heridas y de la sangre.

9 Así, pues, Máximo marchó a la guerra mientras los pretorianos permanecieron en Roma. Entre ellos y el pueblo hubo tantos enfrentamientos que se llegó a la guerra civil: una gran parte de la ciudad de Roma fue incendiada, los templos fueron ultrajados y todas las calles se mancharon de sangre, ya que Balbino, un hombre poco enérgico, era incapaz de calmar la revuelta. Pues, marchando entre la gente, tendía sus manos a todos, estuvo a punto de ser herido por las piedras y, según dicen algunos, fue golpeado incluso con una vara. Y no hubiera calmado el tumulto si no hubiera llevado ante el pueblo al pequeño Gordiano, vestido con la púrpura y colocado sobre los hombros de un hombre muy alto. Después de que éste fue visto, el pueblo los soldados se calmaron y por amor hacia el pequeño Gordiano volvieron a la concordia <sup>27</sup>. Nunca nadie a su edad fue tan querido, gracias a los méritos de su abuelo y de su tío paterno, quienes, enfrentados a Maximino, murieron por el pueblo romano en África. Tanto valor tiene entre el pueblo romano el recuerdo de las nobles acciones. Así, pues, tras marchar Máximo a la guerra, el senado envió hombres de rango consular, pretorio, cues-

---

de los crímenes. Es extraña la relación que el autor establece entre ella y la Fortuna.

<sup>26</sup> El verdadero origen de estos juegos parece hallarse en Etruria, donde empezaron a suplantar en los ritos funerarios a los sacrificios humanos.

<sup>27</sup> El autor parece mezclar esta revuelta de la que habla con la que se produjo antes de la aclamación de Gordiano III como César; cf. 3, 3; *Maximinos*, 20,6; *Gordianos*, 22, 2 y Herodiano, VII 10,5-9.

torio, edilicio e incluso tribunicio a través de todas las regiones, para que cada población preparase las provisiones, las armas, las fortificaciones y las murallas con la intención de que Maximino se desgastase a su paso por cada una de las ciudades<sup>28</sup>. Se ordenó, entonces, que todo lo que hubiera en los campos se llevase al interior de las ciudades para que el enemigo público no encontrase nada. Además se envió a los inspectores del trigo<sup>29</sup> a todas las prinvicias para que llevasen la orden escrita de que se tendría por enemigo a cualquiera que ayudase a Maximino. Entretanto surgieron de nuevo en Roma enfrentamientos entre el pueblo y los soldados. Aunque Balbino promulgaba mil edictos no se le escuchaba; los veteranos, en unión de los pretorianos, se refugiaron en los campamentos del pretorio y el pueblo empezó a sitiarlos. Y nunca se hubiera llegado a la reconciliación si el pueblo no hubiera cortado los canales del agua<sup>30</sup>. En la Ciudad, antes de que se anunciase que los soldados se acercaban ya pacíficamente, se arrojaron tejas desde los techos de las casas y todo tipo de vajilla que se encontrara en su interior. Por ello, la mayor parte de la Ciudad<sup>31</sup> quedó destrozada y muchos perdieron sus riquezas, pues los ladrones se mezclaron con

<sup>28</sup> Cf. *Maximinos*, 21-23.

<sup>29</sup> *Frumentarii*; cf. *Adriano*, n. 56.

<sup>30</sup> Cf. Herodiano VII 11,3-4: «Finalmente, puesto que nada habían conseguido con sus asaltos, los jefes de la operación decidieron cortar todos los conductos de agua que afluían al campamento, a fin de someter a los soldados por sed y por falta de agua corriente. Su táctica de ataque fue, pues, desviar hacia otros canales todo el suministro de agua, cortando y cerrando las tuberías que conectaban con el campamento.» Los orígenes y el desarrollo de estos acontecimientos están expuestos con mayor claridad en Herodiano VII 11-12.

<sup>31</sup> Frente al término *urbs*, empleado en las líneas anteriores (*in urbe autem...*), el biógrafo utiliza aquí la palabra *civitas* (*maior pars civitatis periiit*), ya que se refiere tanto a pérdidas materiales como a las bajas producidas entre la población ciudadana (*civitas*).

los soldados para robar, donde lo encontrarán, aquello que conocían ya de antemano.

11 Mientras estas cosas sucedían en Roma, Máximo  
—o Pupieno— preparaba la guerra en Rávena con  
un gran equipamiento, pues temía enormemente a  
Maximino; al referirse a él, a menudo decía que no  
hacía la guerra contra un hombre, sino contra un  
Cíclope. Pero Maximino fue vencido de una mane- 2  
ra tan absoluta en Aquileya que sus propios solda-  
dos <sup>32</sup> le asesinaron y su cabeza fue llevada a Rá-  
vena y después enviada por Máximo a Roma. No 3  
debe silenciarse aquí la lealtad de los aquileyenses ha-  
cia los romanos, pues, se dice, que para lanzar las  
flechas ofrecieron los cabellos de sus mujeres en lu- 4  
gar de las cuerdas de los arcos <sup>33</sup>. Balbino, que era  
el más temeroso, se alegró de tal manera que, tan  
pronto como recibió la cabeza de Maximino, rea- 5  
lizó una hecatombe. La hecatombe es un sacrificio  
de este tipo: se levantan en un solo lugar cien aras  
construidas con césped y se sacrifican en ellas cien 6  
cerdos y cien ovejas. Ahora bien, si el sacrificio es  
realizado por un emperador, se matan cien leones,  
cien águilas y otros animales de este tipo por cen- 7  
tenas. Según se dice, los griegos realizaban un sa-  
crificio de este tipo cuando padecían una epidemia  
de peste, y consta que muchos emperadores lo han  
celebrado <sup>34</sup>.

12 Así, pues, tras realizar este sacrificio, Balbino ini-  
ció con enorme congratulación la espera de Máxi-  
mo, que volvía desde Rávena con el ejército y las  
tropas intactas. Pues, Maximino había sido venci- 2  
do por los ciudadanos de Aquileya y por unos  
cuantos soldados que allí se encontraban, dirigidos  
por Crispino y Menófilo, hombres de rango con- 3  
sular, enviados por el senado. Máximo, entonces,

<sup>32</sup> Cf. *Maximinos*, 22-23.

<sup>33</sup> Cf. *Maximinos*, 33, 7.

<sup>34</sup> Cf. *Maximinos*, n. 47.

marchó a Aquileya para que todas las regiones permaneciesen seguras e intactas hasta los Alpes y para contener a las poblaciones bárbaras, si es que quedaban algunas, que habían favorecido a Maximino. 4 Después le fueron enviados veinte legados senatoriales, cuyos nombres están en Cordo (entre ellos había cuatro de rango consular, ocho antiguos pretores y otros ocho con el rango de cuestor), con coronas y un decreto del senado en el que se ordenaba la erección en su honor de estatuas ecuestres de oro. Balbino se encolerizó por ello, afirmando que 5 Máximo se había esforzado menos que él, pues mientras él había contenido tan grandes guerras en la Ciudad, aquél había permanecido en Rávena totalmente desocupado. Pero se valoran tanto las intenciones que a Máximo, por haber marchado contra Maximino, le fue atribuida una victoria que él mismo no supo que había sido obtenida. Por tanto, 7 tras apoderarse del ejército de Maximino, Máximo llegó a la Ciudad con gran pompa y rodeado de una gran multitud, mientras los soldados se quejaban de haber perdido al emperador elegido por ellos mismos y de que su lugar fuera ocupado por esos que el senado les había asignado. Y el descontento que aparecía en sus rostros no podía ser disimulado. Ya ni siquiera se abstenían de hablar, aunque Máximo había dicho a menudo a los soldados que debía producirse el olvido de los acontecimientos pasados, les había dado grandes sumas de dinero y había enviado las tropas auxiliares a aquellos lugares que habían elegido. Pero los ánimos de 9 los soldados, nuevamente empapados de odio, no pudieron ser refrenados. Finalmente, aun cuando escucharon aclamaciones del senado que se referían a los soldados, se levantaron con mayor encono contra Máximo y Balbino, debatiendo diariamente

<sup>35</sup> Para los acontecimientos que se narran a continuación, cf. Herodiano VIII 7-8.

entre ellos quiénes debían ser nombrados emperadores.

- 13 El decreto del senado que provocó su amotinamiento tuvo la siguiente forma <sup>36</sup>: Cuando Balbino, Gordiano, el senado y el pueblo romano salieron al encuentro de Máximo que avanzaba hacia la Ciudad, hubo primero aclamaciones públicas, que estaban dirigidas a los soldados. Desde allí se marchó a la Curia, donde, después de las aclamaciones de costumbre, se dijo: «Así actúan los emperadores sabiamente elegidos, así perecen los emperadores elegidos por gente inexperta.» Era evidente para todos que Maximino había sido nombrado por los soldados y que Balbino y Máximo lo habían sido por los senadores. Tras decir esto, los soldados empezaron a irritarse aún más, sobre todo contra el senado, que parecía celebrar su triunfo sobre los soldados.. 2 3

Sin duda Balbino y Máximo regían el Estado con gran moderación y con el contento del senado y el pueblo romano. Tenían en gran respeto al senado; promulgaban óptimas leyes; escuchaban las causas judiciales con imparcialidad y disponían con gran acierto las cuestiones militares. Pero cuando ya se había dispuesto que Máximo marchase contra los partos, Balbino contra los germanos y que el joven Gordiano permaneciese en Roma, los soldados aumentaban día a día en su cólera, pues buscaban la oportunidad de asesinar a los emperadores y difícilmente podían encontrarla con prontitud, porque la guardia germana <sup>38</sup> rodeaba a Máximo y Balbi- 4 5

<sup>36</sup> Naturalmente no se trata de un decreto del senado, sino de una aclamación.

<sup>37</sup> Es decir, los persas, cf. *Gordianos*, 26,3.

<sup>38</sup> Según Herodiano (VIII 8,2) la presencia de esta guardia germana en Roma era uno de los motivos del odio de los soldados hacia Máximo y Balbino: «También motivaba su disgusto la presencia de los germanos junto a Máximo, viviendo en Roma. Pensaban que se opondrían a cualquier intento de su parte, y sospechaban que les estaban al acecho

no. Había también desavenencias entre Balbino y  
 14 Máximo<sup>39</sup>, pero silenciosas y que se intuían más  
 que se veían, pues Balbino despreciaba a Máximo  
 por su humilde origen y Máximo despreciaba a Bal- 2  
 bino por su debilidad. Por ello, se presentó una  
 oportunidad para los soldados, que comprendían  
 que con facilidad podían ser asesinados dos empe-  
 radores en desacuerdo. En fin, en cierta ocasión en  
 que la multitud, los soldados y los sirvientes pala-  
 ciegos se encontraban presenciando representacio-  
 nes escénicas, hicieron un ataque contra los empe-  
 radores que se habían quedado solos en compañía  
 de la guardia germana. Entonces, tras producirse la 3  
 revuelta de los soldados, inmediatamente le fue  
 anunciado a Máximo que se trataba de una pertur-  
 bación y un tumulto difícilmente evitable si no se  
 enviaba a la guardia germana, pero, como, casual-  
 mente, los germanos estuviesen con Balbino en la  
 otra parte del Palacio, Máximo se dirigió hacia Bal-  
 bino para solicitar su ayuda. Entonces, aquél, sos- 4  
 pechando que le pedía la guardia para utilizarla en  
 su contra y que Máximo pretendía la monarquía,  
 primero le eludió y después llegaron incluso a una  
 abierta discusión. Cuando se encontraban enfren- 5  
 tados en tal disputa, llegaron los soldados y, tras  
 despojar a ambos de sus vestiduras reales, los saca-  
 ron del Palacio llenándolos de injurias e incluso  
 pretendieron arrastrarlos hasta su campamento a  
 través de la Ciudad, tras haberlos prácticamente  
 despedazado; pero al advertir que los germanos ve- 6  
 nían en defensa de los príncipes, mataron a ambos  
 y los abandonaron en medio del trayecto. Entre-  
 tanto el César Gordiano, ensalzado por los solda- 7  
 dos, fue nombrado emperador —esto es Augus-

---

para desarmarlos con algún engaño y, al estar allí los germanos, ocupar su sitio sin dificultad. El ejemplo de Severo, que desarmó a los asesinos de Pértinax, acudía a su memoria.»

<sup>39</sup> Cf. Herodiano, VII 8,4.

to—, pues en aquel momento no había otro a quien recurrir; luego, tras proferir insultos contra el senado y el pueblo, los soldados se retiraron inmediatamente a su campamento. Los germanos, por su parte, puesto que los emperadores habían muerto y no tenían ninguna causa por la que luchar, se marcharon fuera de la Ciudad, donde estaban sus cuarteles. 8

- 15 Estos buenos emperadores tuvieron este final, indigno de su vida y de sus costumbres. Pues, como puede verse a través de los hechos, no había nadie más fuerte que Máximo —o Pupieno— ni más bondadoso que Balbino. Aunque tiene potestad para ello, el senado no elige a los malvados. Además, 2  
ambos habían sido puestos a prueba en sus numerosos cargos y dignidades —uno había sido cónsul dos veces y prefecto de la Ciudad, el otro cónsul en dos ocasiones— y habían alcanzado el poder imperial a una edad madura. Fueron queridos por el senado e incluso por el pueblo, que ya temía menos a Máximo.

Esto es lo que sobre máximo hemos recogido principalmente de Herodiano, escritor griego. Pero muchos han dicho que Maximino fue vencido en Aquileya no por Máximo, sino por el emperador Pupieno, y que éste fue asesinado con Balbino. En ambos casos omiten el nombre de Máximo <sup>40</sup>. Es tanto el desconocimiento o la deformación entre estos obcecados historiadores que muchos pretenden llamar Pupieno al mismo Máximo, aún cuando Herodiano, que escribió su vida en los tiempos en que éste vivió, le llama Máximo y no Pupieno y aunque Dexipo, escritor de lengua griega, dice que Máximo y Balbino fueron nombrados emperadores contra Maximino después de los dos Gordianos y que Maximino fue vencido por Máximo y no por 3  
4  
5

<sup>40</sup> Cf. 16,7 y 18 y *Maximinos* 33, 3.

Pupieno. El desconocimiento de estos escritores se 6  
 revela además cuando dicen que el pequeño Gordiano fue prefecto del Pretorio, ignorando muchos que a menudo era llevado a hombros para ser mostrado a los soldados <sup>41</sup>.

Máximo y Balbino ocuparon el poder durante un 7  
 año <sup>42</sup>, después de que Maximino reinara con su hijo durante tres años, según unos, aunque otros aseguran que fue un bienio.

- 16 La casa de Balbino todavía ahora puede verse en Roma, en las Carinas <sup>43</sup>, grande y majestuosa; es hasta el presente posesión de su familia. Máximo 2  
 —a quien la mayor parte de los historiadores llaman Pupieno— no tenía riquezas, pero sí un enorme valor. Bajo el mandato de ambos, los carpos <sup>44</sup> lucharon contra los mesios. Se produjo también el 3  
 principio de la guerra contra los escitas y, en esa misma época, la destrucción de la ciudad de Istria <sup>45</sup>, o, como dice Dexipo, de la ciudad ítrica. 4  
 Este autor alaba mucho a Balbino, dice que se enfrentó a los soldados con ánimo valeroso y así murió, y afirma que no temía a la muerte porque estaba muy versado en todas las doctrinas filosóficas; pero niega que Máximo fuera el hombre que han descrito la mayoría de los autores griegos. Añade, 5  
 además, que era tan grande el odio de los aquileyenses contra Maximino que hicieron las cuerdas de los arcos con los cabellos de sus mujeres y así dispararon las flechas.

<sup>41</sup> Cf. 9,4.

<sup>42</sup> La ascensión de Gordiano III como emperador único parece haber ocurrido en junio del 238; (cf. Magie II, p. 478, n. 3).

<sup>43</sup> *Carinae*. «Quillas». Se daba este nombre al barrio porque el techo de las casas se parecía a la quilla de las naves.

<sup>44</sup> Tribu dacia expulsada del suelo romano por Filippo entre los años 245 y 247 y que participó en la invasión de Tracia que costó la vida a Decio en el 251.

<sup>45</sup> Antigua ciudad de Dobrudja, conquistada por Lúculo en el 72 a. de C.



Dexipo y Herodiano, que han investigado la historia de estos emperadores, dicen que Máximo y Balbino fueron los príncipes elegidos por el senado contra Maximino, después de la muerte de los dos Gordianos en África; con ellos también fue nombrado el tercer Gordiano, todavía un niño. Pero no encuentro el nombre de Máximo en la mayoría de los autores latinos y, sin embargo, he hallado al emperador Pupieno acompañando a Balbino; se dice incluso que este Pupieno luchó en Aquileya con Maximino, cuando los historiadores antes mencionados aseguran que Máximo ni siquiera luchó contra Maximino, sino que permaneció en Rávena y allí le fue comunicado que se había conseguido la victoria: A mí me parece que Pupieno y Máximo son la misma persona.

17 Por esto he intecalado una carta de felicitación, que fue escrita acerca de Pupieno y Balbino por un cónsul de su tiempo, en la que se alegra de que el Estado haya sido restablecido por ellos, después de encontrarse en manos de malvados bandidos:

«Claudio Juliano a los Augustos Pupieno y Balbino. Tan pronto como me he enterado —aunque todavía no por vuestra sagrada proclama, sino sólo a través del decreto del senado, que me envió mi colega Celso Eliano, varón clarísimo<sup>46</sup>— de que por decisión de Júpiter Óptimo Máximo y de los dioses inmortales y del senado, y con la aprobación de todo el género humano, el Estado os había sido confiado para que lo preservaseis de los sacrilegios de un impío bandido y lo gobernaseis de acuerdo con las leyes romanas, yo, santísimos señores e invencibles Augustos, me alegré por la ciudad de Roma, para cuya salvación fuisteis elegidos; me alegré por el senado, al que devolvisteis su antigua dignidad por la confianza que depositó en vosotros; me alegré por

<sup>46</sup> Cf. *Maximinos*, n. 2; *Heliogábalo*, n. 13 y *Alejandro Severo*, n. 23.

Italia, a la que principalmente habéis defendido de la devastación de los enemigos; me alegré por las provincias, a las que, heridas por la insaciable avaricia de los tiranos, habéis devuelto la esperanza de salvación; en fin, me alegré incluso por las legiones y por las tropas auxiliares, que adoran ya vuestras imágenes en cualquier parte del mundo y, libres de la antigua deshonra, han recibido con vuestro nombre un símbolo digno del principado romano. 3  
Nunca hubo una voz tan potente, ni un discurso tan afortunado ni un ingenio tan fecundo, que pueda expresar dignamente la felicidad del Estado por estos hechos. Cuán grande es esta felicidad y qué 4  
características tiene hemos podido comprobarlo desde el inicio mismo de vuestro principado, pues habéis restablecido las leyes romanas, la justicia, que ya no existía, la clemencia, que había desaparecido, y la vida y las costumbres y la libertad y la esperanza de sucesores y herederos. Es difícil enu- 5  
merar estas cosas y aún más describirlas con la dignidad con que merecen ser expuestas. Pues, ¿de qué 6  
modo explicaría o contaría yo cómo vosotros nos habéis devuelto la vida, que un execrable bandido, tras desplegar sus verdugos por cada una de las provincias, había amenazado claramente, confesando su cólera contra nuestro ilustre estamento?, sobre 7  
todo cuando mi mediocridad no sólo no puede expresar la felicidad pública, sino que ni siquiera da a entender la alegría particular de mi ánimo, al ver a estos hombres como Augustos y príncipes del género humano. Desearía que su inalterable conducta aprobase mi sobriedad y mis costumbres como si fueran antiguos censores y así, aunque yo confié en que éstas hayan sido ya confirmadas por los testimonios de los anteriores príncipes, me enorgullecería por la importancia de vuestras opiniones. Ojalá 8  
los dioses protejan ahora y en el futuro esta felicidad del mundo romano. Pues cuando os veo, no puedo desear ninguna otra cosa, sino aquello que

se dice imploró el vencedor de Cartago <sup>47</sup> a los dioses, a saber, que conservasen la república en la condición en que entonces se encontraba, porque ninguna mejor podría tener. Del mismo modo, yo pido <sup>9</sup> que conserven el Estado para vosotros en esas condiciones en las que lo habéis logrado colocar cuando todavía se tambaleaba».

- 18 Esta carta prueba que Pupieno es el mismo a quien muchos llaman Máximo. Sin duda, en estos <sup>2</sup> tiempos no se ha encontrado fácilmente entre los griegos el nombre de Pupieno e igualmente ha sido difícil hallar entre los latinos el de Máximo; por ello, las gestas llevadas a cabo contra Maximino, en unos casos se dice que fueron realizadas por Pupieno y en otros por Máximo.

<sup>47</sup> Escipión Emiliano. Cf. Valerio Máximo IV 1,10.

## 22. LOS DOS VALERIANOS <sup>1</sup>

(Trebelio Polión)

.....

1 Velsolo, rey de Reyes, a Sapor: «Si yo supiera  
que los romanos pueden ser vencidos de manera de-  
finitiva alguna vez, te felicitaría por esa victoria de  
la que te jactas. Sin embargo, puesto que, ya sea <sup>2</sup>  
por la fuerza del destino o por sus propias virtu-  
des, aquel pueblo es muy poderoso, vigila para que  
el haber capturado a un anciano emperador —y  
esto con ayuda de artimañas— no resulte perjudi-  
cial para ti o para tus sucesores. Recuerda a cuán- <sup>3</sup>  
tos pueblos enemigos los romanos han puesto bajo  
su yugo, aunque aquéllos a menudo resultasen ven-  
cedores en muchas batallas. En efecto, hemos oído <sup>4</sup>  
que los galos les vencieron e incendiaron aquella  
gran ciudad <sup>2</sup>: hoy están sometidos a los romanos.  
¿Qué decir de los africanos <sup>3</sup>? ¿Acaso no les ven-  
cieron? Ahora, sin embargo, están sometidos a los <sup>5</sup>  
romanos. Nada digo sobre ejemplos más lejanos y

---

<sup>1</sup> Una laguna en el texto nos ha privado de las biografías de Filipo el Arabe (244-249), Decio (249-251), Treboniano Galo (251-253) y Emiliano (253). De Valeriano, que se convirtió en emperador en el 253 y cayó prisionero de Sapor I en el 259, sólo conservamos los capítulos finales de su biografía, cf. *Intr.*, p. 11.

<sup>2</sup> Parece aludir a la conquista de Roma por los galos en el año 390 a. de C., tras su victoria junto al río Alia.

<sup>3</sup> Puede referirse a las continuas victorias de Aníbal sobre los romanos durante la Segunda Guerra Púnica.

quizá menos importantes <sup>4</sup>. Mitrídates el Póntico <sup>5</sup> dominó todo el Asia Menor; pues bien, fue vencido y actualmente el Asia Menor es de los romanos. Si quieres mi consejo, aprovecha la ocasión de paz y devuelve a Valeriano con los suyos. Yo me alegro de tu buena suerte, pero sólo si sabes servirte de ella.» 6

2 Veleno, rey de los cadusios <sup>6</sup>, escribió como sigue: «Recibí con alegría, íntegras e incólumes, las tropas auxiliares, que yo te había enviado. Pero no me alegro tanto de que Valeriano, príncipe entre los príncipes, haya sido capturado; me alegraría más si fuese devuelto. Pues, los romanos son más terribles cuando son vencidos. Por ello, actúa como conviene al hombre prudente y que la fortuna, que a muchos engañó, no te envanezca. Valeriano tiene un hijo Emperador y un nieto César <sup>7</sup>, ¿y qué me dices de todo el mundo romano, que unido se levantará contra ti? Deja en libertad, por tanto, a Valeriano y haz la paz con los romanos, provechosa también para nosotros a causa de las tribus del Ponto.» <sup>8</sup> 2

3 Artabases <sup>9</sup>, rey de los armenios, envió la siguiente carta a Sapor: «A mi me corresponde una parte de tu gloria, pero me temo que, más que vencer, has plantado semillas de guerra. Su hijo recla- 2

<sup>4</sup> Aceptamos aquí la lectura de Obrecht, *inferioribus*. El *interioribus* de los mss. P y E, admitido, por Hohl, parece fuera de contexto.

<sup>5</sup> La Primera Guerra Mitrídática terminó con la victoria de Sila en el 85. La Segunda, favorable también a las armas romanas, representadas en este caso por Pompeyo, finalizó en el 66.

<sup>6</sup> Pueblo del nordeste de la Media, que habitaba una región bañada por el Mar Caspio.

<sup>7</sup> Galieno y Salonino, cf. *Los dos Galienos*.

<sup>8</sup> El Ponto Euxino o Mar Negro. Los habitantes de aquella región, aliados del pueblo romano, dejarían de hostigar al rey sasánida y a sus aliados. La intención del texto parece ser demostrar los numerosos aliados con que contaba Valeriano; cf. 4.

<sup>9</sup> No se conoce la existencia de ningún rey armenio de este nombre en el siglo III d. de C.

ma a Valeriano y su nieto y los generales romanos y toda la Galia y toda África y toda Hispania y toda Italia y todos los pueblos del Ilírico, de Oriente y del Ponto, todos los que están de acuerdo con los romanos o sometidos a su autoridad. Has capturado a un anciano, pero te has hecho enemigo de todos los pueblos del mundo y quizá lo mismo nos ocurra a nosotros, pues enviamos tropas auxiliares, somos vuestros vecinos y siempre trabajamos para vosotros, luchando a vuestro lado.»

4 Bactrianos <sup>10</sup>, íberos <sup>11</sup>, albanos <sup>12</sup> y tauroescitas <sup>13</sup> no aceptaron las cartas de Sapor, por contra escribieron a los generales romanos prometiendo tropas auxiliares para liberar a Valeriano de su cautiverio.

Sin embargo, mientras Valeriano envejecía entre los persas, Odenato de Palmira <sup>14</sup> reunió un ejército y restableció el Estado romano casi en sus antiguos límites. Capturó los tesoros del rey parto, incluso sus concubinas, a las que estos reyes tienen en más estima que sus tesoros. Sapor temió más, entonces, a los generales romanos y rápidamente, por miedo a Odenato y Balista <sup>15</sup>, se refugió en su reino. Y este fue, por algún tiempo, el fin de la guerra pérsica.

5 Esto es lo que merece ser conocido acerca de Valeriano, cuya vida, loable a lo largo de setenta años, ascendió a tal grado de gloria, que, después de ejercer todos los cargos y magistraturas de manera insigne, fue hecho emperador no, como suele ocurrir, en una asamblea tumultuaria del pueblo, ni en una

<sup>10</sup> *Bactriani*. Habitantes de la Bactriana, región asiática que actualmente se incluiría en el Turquestán afgano.

<sup>11</sup> *Hiberi*. Situados al norte del Cáucaso.

<sup>12</sup> *Albani*. Habitantes de Albania, antigua región caucásica.

<sup>13</sup> *Tauroscythae*. Habitaban la parte norte de la actual Crimea, al sur de Rusia.

<sup>14</sup> Cf. *Treinta usurpadores*, 15.

<sup>15</sup> Cf. *Treinta usurpadores*, 18.

revuelta de soldados, sino por la justicia de sus méritos y casi con la unánime opinión de todo el mundo. Ciertamente, si a todos se diera la posibilidad de decidir qué emperador desean, no sería elegido ningún otro. 2

Y para que conozcas la enorme importancia que tuvieron los merecimientos públicos de Valeriano, escribiré algunos decretos del senado en los que todos podrán advertir qué opinión tuvo siempre sobre él este ilustrísimo estamento. 3

Siendo cónsules los dos Decios, como se celebrase, a instancias del emperador, una sesión del senado en el templo de Cástor y Pólux <sup>16</sup> el sexto día antes de las calendas de noviembre, se inquirió la opinión de cada uno de los senadores sobre a quien debería encomendarse la censura <sup>17</sup> (pues los Decios habían dejado este asunto bajo la potestad del nobilísimo senado). En primer lugar, el pretor preguntó: «¿Cuál es vuestro deseo, padres conscriptos, en lo que a la elección del censor se refiere?»; después requirió la opinión de aquél, que en ausencia de Valeriano (pues él estaba entonces con Decio en el campo de batalla) era el *princeps* del senado <sup>18</sup>. Entonces, todos, contra la costumbre normal al emitir sus votos, dijeron unánimemente: «La vida de Valeriano es una censura. Aquél, que es el mejor para todos, nos juzgará a todos. Aquél, que no ha cometido ningún delito, juzgará al senado. Aquél, a quien nada puede reprocharse, emitirá su opinión sobre nuestra vida. Valeriano fue censor desde la niñez. Valeriano ha sido censor durante 4 5 6

<sup>16</sup> Cf. *Maximinos*, n. 35.

<sup>17</sup> Desde los primeros tiempos del imperio la censura fue asumida por los propios emperadores entre sus atribuciones (cf. 4,8) o simplemente suprimida. Como indica Magie (*op. cit.*, III, p. 8 y n. 3) este intento de restablecer la magistratura que se señala en el texto es probablemente falso y forma parte de la tendencia del biógrafo a magnificar la importancia del senado en la política del imperio.

<sup>18</sup> Cf. *Gordianos*, 9,7.

toda su vida. Senador prudente, senador moderado, senador sereno. Amigo de los buenos, enemigo de los tiranos, enemigo de los delitos, enemigo de los vicios. Todos le acogemos como censor. Todos queremos imitarle. El es el primero por su linaje, noble por su sangre, intachable en su vida, ilustre por su educación y singular en sus costumbres siguiendo el ejemplo de los antiguos.» Tras repetir estos pensamientos varias veces, añadieron: «Todos estamos de acuerdo.» Así, se terminó la sesión.

6 Cuando Decio recibió este decreto del senado, convocó a todos los cortesanos, mandó llamar también al mismo Valeriano y, en esta reunión de los hombres más distinguidos, leyó en voz alta el decreto del senado y dijo: «Feliz tú, Valeriano, por la opinión que de ti tiene todo el senado, o mejor aún, por la opinión que de ti tienen los espíritus y corazones de todo el orbe humano. Recibe la censura, que a ti te entrega el Estado romano, pues sólo tú la mereces. Habrás de juzgar sobre la conducta de todos, también sobre nuestra propia conducta. Tú determinarás quienes deben permanecer en la Curia, restablecerás la clase ecuestre y la situarás en su antiguo estado<sup>19</sup>, fijarás el límite de los diferentes censos, asegurarás, distribuirás, y establecerás los impuestos y controlarás los asuntos públicos, se te dará autoridad para escribir leyes y habrás de juzgar sobre los escalafones militares; tendrás a tu cargo el armamento y habrás de emitir un juicio sobre nuestro Palacio, nuestros jueces y los prefectos más eminentes; salvo el prefecto de la

<sup>19</sup> El *ordo equester* adquirió gran importancia en la vida imperial; en él se reclutaban altos cargos como el prefecto del Pretorio, el de Egipto o el *praefectus annonae*. A partir de Severo, esta clase social quedó abierta a los militares de condición humilde, ya que el centurionado podía constituir el primer escalón en la carrera de un caballero; tal vez, ese restablecimiento del que habla el texto se refiere a la necesidad de impedir que los militares de carrera ingresaran en tal *ordo*.



ciudad de Roma, los cónsules ordinarios <sup>20</sup>, el rey de los sacrificios <sup>21</sup> y la suprema virgen Vestal <sup>22</sup> —mientras se mantenga pura— dictarás sentencia sobre todo. Pero incluso aquéllos sobre los que no puedes juzgar se esforzarán en complacerte.» Estas fueron las palabras de Decio, a las que Valeriano replicó de esta manera: «Te pido, venerable emperador, que no me asignes la responsabilidad de juzgar al pueblo, a los soldados, al senado y al conjunto de los jueces, tribunos y generales. Es por ello por lo que tú tienes el nombre de Augusto; el oficio de censor te corresponde a ti y no puede ser ejercido por un simple ciudadano. Por tanto te pide la indulgencia para este cargo, que está en desacuerdo con mi vida, no guarda proporción con mi capacidad y está en contra de estos tiempos, pues la naturaleza de los hombres no desea ya la censura.»

7 Podría contar muchos otros decretos del senado y juicios de los más notables sobre Valeriano, si no fueran conocidos en su mayor parte por vosotros y no experimentara cierto pudor al ensalzar de tal manera a un hombre, que fue vencido por su inexorable destino. Ahora me referiré a Valeriano el Menor.

8 Valeriano el Joven, hijo de madre distinta que la de Galieno, atractivo por su aspecto, admirable por su moderación, ilustre por su erudición si tenemos en cuenta su edad, respetable por sus costumbres y alejado de la vida libertina de su hermano, fue nombrado César por su padre cuando estaba ausente y, según dice Celestino <sup>23</sup>, recibió de su hermano el título de Augusto <sup>24</sup>. Nada hay digno de

<sup>20</sup> Cf. Caracalla, n. 10.

<sup>21</sup> *Rex sacrorum*. Institución muy antigua —se piensa incluso que puede proceder de la época monárquica— que se encontraba entre las más importantes de la jerarquía religiosa.

<sup>22</sup> Didio Juliano, n. 9.

<sup>23</sup> Autor desconocido.

<sup>24</sup> Cf. *Galienos*, 14, 9-11.

mención en su vida a no ser que nació en un linaje noble, fue educado espléndidamente y murió de manera desgraciada.

Y puesto que sé que muchos, cuando leen en su sepultura la inscripción «Valeriano emperador», se equivocan al creer que fue devuelto el cuerpo del Valeriano capturado por los persas, pensé que debía escribir, para que no se deslice ningún error, que Valeriano el joven fue enterrado en los alrededores de Milán y que por orden de Claudio se agregó esta inscripción: «Valeriano emperador.» 3

No creo que nada más se deba indagar acerca del Viejo o el Joven Valeriano. Y puesto que tengo miedo de excederme en los límites de este volumen si incluyo en él a Galieno —el hijo de Valeriano, del que ya os hemos contados muchas cosas, quizás demasiadas, en la vida de su padre— y a Salonino, el hijo de Galieno, a quien la historia de su tiempo llamó también Galieno, pasaré, como he prometido, a otro volumen. Pues, siempre me someteré a vosotros y a la fama, a la que nada podemos negar <sup>25</sup>. 4 5

---

<sup>25</sup> La traducción de este pasaje ha sido realizada con ayuda de las conjeturas que Peter introdujo para completar las lagunas existentes en él.

## 23. LOS DOS GALIENOS

(Trebelio Polión)

- 1 Capturado Valeriano (¿dónde, en efecto, debe iniciarse la vida de Galieno <sup>1</sup>, a no ser en esta gran desgracia que arruinó su vida?), con un Estado tambaleante, pues Odenato <sup>2</sup> se había hecho con el poder en Oriente, y con un Galieno que se alegraba al descubrir la cautividad de su padre, los ejércitos vagaban sin rumbo fijo <sup>3</sup>, los generales murmuraban en cualquiera de las provincias y en todos había tristeza porque Valeriano, el emperador romano, era retenido en Persia como si fuera un esclavo. Pero la tristeza era mayor porque Galieno, tras ocupar el poder, estaba arruinando al Estado con su conducta tanto como su padre lo había hecho al ser víctima del destino. Entonces, siendo cónsules 2 Galieno y Volusiano, se reúnen Macriano y Balista<sup>4</sup>, convocan los restos del ejército y, como el imperio romano de Oriente se encontraba en situa-

---

<sup>1</sup> Galieno es un emperador particularmente maltratado por la *Historia Augusta*, ya sea por su desconsideración hacia el senado al privarle de los mandos militares, ya sea para dar mayor realce a la figura de Claudio, ascendente de Constancio Cloro. Sin embargo, la crítica moderna tiende a revalorizar su figura y se considera que sin su labor la obra de restauración de los emperadores ilíricos hubiera resultado imposible.

<sup>2</sup> *Treinta usurpadores*, 15.

<sup>3</sup> A partir de aquí seguimos hasta el párrafo 2 las conjeturas de Obrecht y Peter, que han servido para completar las lagunas existentes en el manuscrito P.

<sup>4</sup> Cf. *Treinta usurpadores*, 12 y 18.

ción inestable, buscan a quién hacer emperador. Pues Galieno se comportaba tan negligentemente que ni siquiera se hizo mención de él ante el ejército. Finalmente, pareció bien nombrar emperadores a Macriano y sus hijos con el fin de que asumieran la defensa del Estado. De este modo, el poder imperial fue entregado a Macriano; las causas de que él, en compañía de sus hijos, dirigiese el imperio fueron éstas <sup>5</sup>: primero, que ninguno en aquél tiempo era considerado más sabio para gobernar ni más apto para administrar el Estado; en segundo lugar, era riquísimo y podía suplir con su propia fortuna el gasto público; a ello se añadía que sus hijos, jóvenes muy valerosos, se entregaban a la guerra con toda su capacidad, de modo que constituían un ejemplo para las legiones en todas las obligaciones militares.

- 2 Entonces, Macriano, tras ocupar las regiones que estaban a su alcance, solicitó ayuda de todas partes y dirigió bajo su mando la guerra, superando todas las medidas, que habían podido imaginarse contra él <sup>6</sup>. Macriano destinó a Pisón <sup>7</sup>, uno de los nobles y principales del senado, a Acaya para que derrocara a Valente <sup>8</sup>, que gobernaba aquella región del Estado con el título de procónsul. Sin embargo, Valente, cuando descubrió que Pisón venía contra él, asumió el poder imperial. Pisón, entonces, se retiró a Tesalia, donde murió junto a otros muchos, derrotado por los ejércitos enviados contra él por Valente. También Pisón fue designado emperador con el sobrenombre de Tesálico. Entretanto, Macriano, cuando el Oriente se hubo estabilizado, dejó allí a uno de sus hijos y marchó primero a Asia

<sup>5</sup> Pasaje lacunoso en P que Hohl ha completado en parte con las lecturas de Σ.

<sup>6</sup> De nuevo pasaje lacunoso.

<sup>7</sup> Cf. *Treinta usurpadores*, 21.

<sup>8</sup> Cf. *Treinta usurpadores*, 19.

y luego al Ilírico. En el Ilírico se enfrentó a Domi- 6  
 ciano<sup>9</sup>, un general del emperador Aureolo que se  
 había alzado con el poder en contra de Galieno,  
 con un ejército de treinta mil soldados, que dirigía 7  
 conjuntamente con uno de sus hijos. Pero Macria-  
 no y su hijo —que se llamaba también Macriano—  
 fueron vencidos y todo el ejército se entregó al em-  
 perador Aureolo<sup>10</sup>.

3 Mientras el Estado se encontraba en gran confu-  
 sión, prácticamente en todas sus regiones, Odena-  
 to, cuando descubre que Macriano y su hijo han  
 muerto, que Aureolo gobierna y que Galieno ejer-  
 ce su autoridad con más indolencia, se apresura a  
 capturar, por si la suerte tiene a bien concedérselo,  
 al otro hijo de Macriano y a su ejército. Pero los 2  
 que se hallaban con el hijo de Macriano —cuyo  
 nombre era Quieto<sup>11</sup>—, como estaban de acuerdo  
 con Odenato por la instigación de Balista, prefecto  
 de Macriano, mataron al joven y, tras arrojar su  
 cuerpo por la muralla, se entregaron de forma ma-  
 siva a Odenato. Así, Odenato se convirtió en 3  
 emperador de casi todo Oriente, mientras Aureolo re-  
 tenía el Ilírico y Galieno conservaba Roma. El mis-  
 mo Balista mató, además de a Quieto y al guardián 4  
 del tesoro, a muchos ciudadanos de Emesa<sup>12</sup>, ciu-  
 dad, a la que habían huido los soldados de Macria-  
 no, que fue prácticamente destruida. Entre tanto, 5  
 Odenato, como si estuviese del lado de Galieno, or-  
 denaba que todo lo que ocurría le fuera anunciado  
 a éste con rigurosa veracidad.

Sin embargo, Galieno, cuando supo que Macria- 6  
 no y sus hijos habían muerto, como si estuviese se-  
 guro de los acontecimientos y su padre ya hubiese

<sup>9</sup> Cf. *Treinta usurpadores*, 12, 14.

<sup>10</sup> En este tiempo, Aureolo era todavía un general de Galieno, pues no se proclamó emperador hasta el 268.

<sup>11</sup> Cf. *Treinta usurpadores*, 14.

<sup>12</sup> Ciudad de la Celesiria, hoy Homs.

7 sido recuperado, se entregó al placer y a la lujuria. 7  
 Dio espectáculos circenses, escénicos, gimnásticos,  
 incluso una cacería y luchas de gladiadores, y con-  
 vocó al pueblo, como en los días triunfales, para la  
 celebración y el aplauso. Y aunque muchos lamen- 8  
 tasen la cautividad de su padre, él se alegraba des-  
 medidamente y, pretextando honrarle, decía que su  
 padre había sido capturado por su afán de virtud. 9  
 Se sabe con certeza que él no hubiera podido so-  
 portar las recriminaciones de su padre y que su de-  
 seo más ardiente era no tener que soportar sobre  
 sus hombros el peso de la autoridad paterna.

4 Por aquellos tiempos, Emiliano <sup>13</sup> asumió el po-  
 der imperial en Egipto y, tras apoderarse de los gra-  
 neros, derrotó a muchas ciudades con el agobio del  
 hambre. Sin embargo, Teódoto, general de Galie- 2  
 no, trabó combate con él, le capturó, le despojó de  
 sus galas imperiales y le entregó vivo al empera-  
 dor <sup>14</sup>.

Mientras Galieno continuaba apegado al lujo y 3  
 la corrupción, se ocupaba en diversiones y orgías  
 y no gobernaba, sino como lo hacen los niños que  
 juegan a ejercer el poder, los galos, en quien es ca-  
 racterístico no poder tolerar a los gobernantes in-  
 dolentes, alejados de la virtud romana e inclinados  
 al lujo, nombraron a Póstumo emperador <sup>15</sup>; éste  
 contaba con el apoyo de los ejércitos, que detesta-  
 ban a un emperador entregado por completo a los  
 placeres. Galieno condujo su ejército contra éste, 4  
 pero, cuando empezaban a sitiar la ciudad en la que  
 Póstumo se había refugiado, al rodear los muros  
 que los galos defendían, fue herido por una flecha. 5  
 Póstumo gobernó las Galias durante siete años y  
 las defendió con gran energía de las incursiones bár-

<sup>13</sup> Cf. *Treinta usurpadores*, 22.

<sup>14</sup> Para la traducción del pasaje 4 y 2 hemos aceptado parcialmente algunas de las conjeturas que da Obrecht para completar la laguna de P.

<sup>15</sup> Cf. *Treinta usurpadores*, 3.

6  
 7  
 8  
 9  
 5

baras. Galieno, obligado por las desgracias, hizo la paz con Aureolo para luchar contra Póstumo, con quien entabló una larga guerra, en la que, con fortuna variable, se sucedieron los asedios y combates. A tales males se añadía que los escitas <sup>16</sup> habían invadido Bitinia y destruido sus ciudades. Fue entonces cuando, tras incendiarla, devastaron la ciudad de Astaco, que después fue llamada Nicomedia. En fin, como si todas las regiones del imperio se hubieran sublevado, como si se hubiese producido la conjuración de todo el mundo, surgió también en Sicilia una especie de guerra servil, secundada por ladrones y vagabundos, que muy a duras penas pudo ser subyugada.

Y todo esto se hacía por desprecio a Galieno; pues no hay una situación que favorezca más la aparición de la osadía entre los malvados o de las ilusiones entre los buenos que el temor a un mal emperador o el desprecio a un emperador corrompido.

2  
 3  
 4  
 5

Siendo cónsules Galieno y Fausiano, entre tantas calamidades bélicas, se produjo además un gravísimo terremoto y hubo oscuridad durante muchos días. Se escuchó también un trueno que provenía del retumbar de la tierra, y no del tronar de Júpiter. A consecuencia del terremoto muchas construcciones se derrumbaron cuando sus habitantes se encontraban en el interior y muchos hombres murieron de miedo. Este desastre fue más funesto en las ciudades de Asia, pero también Roma y Libia se vieron afectadas por él. La tierra se abrió en muchos lugares y por las hendiduras brotó agua salada. El mar inundó muchas ciudades. Entonces se buscó el favor de los dioses; consultados los libros Sibilinos y de acuerdo con lo prescrito por ellos, se hicieron sacrificios a Júpiter Salvador <sup>17</sup>.

<sup>16</sup> Tal invasión parece que tuvo lugar el año 258. El biógrafo suele referirse con el término escitas a los godos.

<sup>17</sup> Epíteto de Júpiter, equivalente al Σωθῆρ de los griegos, que es relativamente frecuente en algunas inscripciones romanas.

Pues había surgido una epidemia de peste tan grande en Roma y en las ciudades griegas que en un solo día murieron por la misma enfermedad cinco mil hombres.

6 Cuando la fortuna se mostraba cruel, mientras, 6  
 en un sitio un terremoto, en otro las hendiduras del  
 suelo y en todas partes la peste devastaban el mun-  
 do romano, mientras Valeriano permanecía en cau-  
 tividad y los galos estaban sitiados casi por com-  
 pleteo, mientras Odenato hacía la guerra, Aureolo  
 cercaba el Ilírico <sup>18</sup> y Emiliano había ocupado  
 Egipto, una parte de los godos <sup>19</sup>... cuyo nombre,  
 como he dicho más arriba, ha pasado a los godos,  
 tras devastar Tracia, invadió Macedonia y puso si-  
 tio a Tesalónica <sup>20</sup>, y en ninguna parte, ni siquiera  
 en un grado intermedio, hubo tranquilidad. Todo 7  
 esto se hacía, como hemos comentado frecuentemente,  
 por desprecio hacia Galieno, el hombre más  
 apegado al lujo y mejor dispuesto para cualquier  
 6 acto vergonzoso que no implicara riesgo. Contra  
 estos godos se luchó en Acaya, de donde se retira-  
 ron tras ser vencidos por los aqueos, que estaban a  
 las órdenes de Marciano. Sin embargo, los escitas, 2  
 es decir, una parte de los godos, devastaron Asia;  
 fue espoliado e incluso incendiado el Templo de la  
 Luna de Efeso <sup>21</sup>, cuyo nombre es famoso entre los  
 pueblos. Avergüenza contar lo que Galieno decía 3  
 casi en broma en estos tiempos, cuando se sucedían  
 estos hechos y las desgracias del género humano  
 eran continuas. Así, cuando le fue anunciado que 4  
 Egipto se había separado se dice que comentó: «¿Y  
 qué?, ¿no podemos estar sin el lino egipcio?» Y 5

<sup>18</sup> Aceptamos la conjetura *Illyricum* de Eyssenhardt para completar la laguna de P.

<sup>19</sup> Laguna en el texto.

<sup>20</sup> Según Zósimo (I 29,2), el sitio de Tesalónica por los godos tuvo lugar el 253 ó 254.

<sup>21</sup> Dedicado, como se sabe, a Artemis; sobre esta invasión, cf. 7, 3.



cuando descubrió que Asia había sido devastada por la acción de los elementos y las incursiones escitas, afirmó: «¿Qué?, ¿no podemos pasarnos sin afronitro?» Y después de perder la Galia, se dice que riendo comentó: «¿Acaso está más seguro el Estado con los mantos de los atrabates?»<sup>22</sup>. En fin, de este modo bromeaba sobre todas las regiones del mundo, cada vez que alguna de ellas se perdía, con idea de aparentar que había sido privado de cosas sin importancia. Y para que en la época de su reinado no faltase ninguna desgracia, la ciudad de Bizancio, famosa por las guerras navales y puerto del Ponto, fue destruida de tal manera por los soldados del propio Galieno que no hubo ni un solo superviviente<sup>23</sup>. Y no se podría encontrar entre los bizantinos una familia antigua si no fuera porque alguno, ocupado en un viaje o enrolado en el ejército, se libró de la matanza y pudo representar la antigüedad o nobleza de su linaje. Galieno, entonces, emprendió la guerra contra Póstumo con Aureolo y con el general Claudio, que después sería emperador, el primero del linaje de nuestro César Constancio<sup>24</sup>. Póstumo, ayudado por múltiples tropas auxiliares provenientes de los celtas y de los francos, marchó a la guerra con Victorino<sup>25</sup>, a quien había hecho copartícipe de su poder imperial. Después de entablar numerosos combates con alternativas diversas, la victoria correspondió al bando de Galieno. Tenía éste la audacia que surge del valor repentino, pues algunas veces reaccionaba con violencia ante las injurias recibidas. Finalmente, marchó a Bizancio para vengar a sus habitantes y, aunque no pensaba que pudiera ser recibido den-

<sup>22</sup> Pueblo de la Galia Bélgica.

<sup>23</sup> Cf. 7, 2, donde se habla del castigo infligido a los autores de tal matanza.

<sup>24</sup> Cf. Claudio 13, 2.

<sup>25</sup> Cf. Treinta usurpadores, 6.

tro de los muros de la ciudad, se le permitió la entrada al día siguiente mediante un acuerdo; pero después, rompió éste y dio muerte a todos los soldados, que desarmados se hallaban rodeados en círculo por los contingentes del emperador <sup>26</sup>. También en aquellos tiempos los escitas fueron arrasados en Asia gracias al valor e inteligencia de los generales romanos, y, a continuación, regresaron a sus lugares de origen. 3

Tras masacrar a los soldados de Bizancio, Galieno, como si hubiese realizado algo grande, voló a Roma en rápida carrera y, después de convocar al senado, celebró las *decennalia* <sup>27</sup>, con nuevos tipos de espectáculos, con un esplendor inusitado y con una muestra escogida de toda clase de diversiones: 4

8 Tan pronto como llegó, marchó hacia el Capitolio entre los senadores, vestidos con la toga, los miembros del orden ecuestre, y los oficiales vestidos de blanco; precediéndoles avanza todo el pueblo, y abren la marcha casi todos los siervos y las mujeres con lámparas y antorchas de cera. Delante marchan, 2

además, a izquierda y derecha, cien bueyes blancos con los cuernos entrelazados con cintas doradas, resplandecientes a causa de los dorsales de seda de diferentes colores; doscientas ovejas, admirables 3

por su blancura avanzan también por ambos lados, y, al lado, diez elefantes, que había entonces en Roma; mil doscientos gladiadores, adornados con gran pompa con los mantos dorados de sus matronas, y a ellos se unen doscientos animales domésticos de toda clase, revestidos con ornatos esplén-

<sup>26</sup> Se desconoce por qué motivos los soldados llevaron a cabo la matanza de Bizancio referida en 6, 8.

<sup>27</sup> La organización de estos juegos se remonta a Augusto, quien los celebraba cada vez que se producía la prórroga de sus poderes por diez años. Estas *decennalia* de las que habla el texto parecen haber tenido lugar en el 262, diez años después de que Galieno y Valeriano fueran nombrados emperadores; algunas monedas conmemorativas son testimonio de ello.

didos, carrozas con mimos y todo tipo de histri-  
 ones y púgiles con correas <sup>28</sup>, no como los que se en-  
 frentan en las luchas normales. Todos los bufones  
 representaron «Ciclopeas» <sup>29</sup>, algunas eran asom-  
 brosas y dignas de admiración. Los caminos reso- 4  
 naban por todas partes con los vítores, los gritos y  
 los aplausos. El emperador, en medio, marcha ha- 5  
 cia el Capitolio con la toga triunfal y la túnica pal-  
 mada, entre los senadores, como hemos dicho, y  
 en compañía de todos los sacerdotes, vestidos con 6  
 la toga pretexta. Flanqueándole el camino, había 6  
 lanzas doradas, distribuidas de quinientas en qui-  
 nientas, centenares de banderas sin contar las que  
 son propias de cada corporación, y los emblemas  
 de las cohortes y las estatuillas de los templos <sup>30</sup> y  
 los estandartes de todas las legiones. Desfilaban, 7  
 además, individuos que representaban a diferentes  
 naciones, a los godos, sármatas, francos y persas,  
 9 no menos de doscientos en cada grupo. Con este  
 desfile aquel hombre incapaz cree engañar al pue-  
 blo romano. Sin embargo —así son las bromas de  
 los romanos—, uno declara favorecer a Póstumo,  
 otro a Regiliano <sup>31</sup>, otro a Aureolo o a Emiliano y  
 otro a Saturnino <sup>32</sup>, pues también éste se conside-

<sup>28</sup> *Flacculis*. Es un hapax del que se han dado diferentes traducciones: Balbino García (op. cit., p. 928 y n. 19) considera que la palabra concierda con *púgiles* e indica el sentido falso de éstos respecto a los auténticos púgiles; su traducción es: «... púgiles flacos representando parodias de lucha.» Sin embargo, la traducción de Magie nos parece más acertada: «and boxers who fought, not in genuine combat, but with the softer straps» (op. cit., III, p. 32 y n. 1); este autor considera que los *flacculi* eran unas correas que protegían las manos de los pugilistas de las que habla Pausanias en VI 23, 3 (cf. ἰμάντες οἱ μαλακώτεροι).

<sup>29</sup> *Cyclopea*. Representaciones burlescas que tenían por objeto parodiar la figura de los Cíclopes. A ellas se refiere también Horacio (cf. S. I 5,64 y E. II 2,125).

<sup>30</sup> Se refiere a las estatuas patronales de los distintos campamentos de las legiones.

<sup>31</sup> Cf. *Treinta usurpadores*, 10.

<sup>32</sup> Cf. *Treinta usurpadores*, 23.

raba ya emperador. Y en medio de todo ello, existía un enorme descontento por la cautividad del padre, a quien su hijo había abandonado sin venganza, aunque los extraños habían intentado vengarle de una u otra manera <sup>33</sup>. Pero no se conmovía Galieno por tal asunto, pues tenía el corazón embotado por los placeres, sino que preguntaba a los que estaban alrededor de él: «¿Qué tenemos para comer?, ¿qué diversiones se han preparado?, ¿qué tipo de representación y qué clase de juegos circenses habrá mañana? Así, tras acabar el desfile y después de celebrar las hecatombes <sup>34</sup>, vuelve a su regia residencia y, cuando terminaron los banquetes y festines, fijó otros días para nuevas diversiones públicas. No debe quedar en silencio cierta broma, que ha llegado a ser muy conocida: un grupo de persas era llevado en la procesión, como si se tratase de prisioneros (cosa ridícula); entonces ciertos bufones se mezclaron con ellos, indagando todo con avidez y examinando con particular detenimiento el rostro de cada uno de ellos. Al preguntárseles porqué actuaban de manera tan insólita, los bufones respondieron: «Buscamos al padre del emperador.» Cuando esto llegó a oídos de Galieno no fue conmovido por la vergüenza, la clemencia o el amor filial, y ordenó quemar vivos a los bufones. El pueblo soportó esta acción con más tristeza de la que nadie hubiera supuesto. Los soldados, a su vez, se apenaron de tal manera que no mucho después le devolvieron el golpe.

10 Siendo cónsules Galieno y Saturnino, Odenato, rey de Palmira, se convirtió en emperador de todo Oriente, y ello sobre todo porque, mientras Galieno no hacía nada o a lo sumo acciones ridículas, inútiles y placenteras, él se declaró, por sus valientes hazañas, digno de las insignias de tan gran au-

<sup>33</sup> Cf. 10, 1-3.

<sup>34</sup> Cf. *Maximinos*, n. 47.

toridad. En seguida emprendió una guerra contra 2  
 los persas para intentar la venganza de Valeriano,  
 de la que su hijo se había olvidado. Pronto ocupó 3  
 Nisibis y Carras; los habitantes de ambas ciudades  
 se entregaron a él y rechazaron a Galieno. No fal- 4  
 tó, sin embargo, una muestra de respeto de Ode-  
 nato hacia Galieno, pues le envió —casi como in-  
 sulto hacia él y jactancia de sí mismo— unos sátra-  
 pas<sup>35</sup> que había capturado. Cuando éstos llegaron 5  
 a Roma, aunque Odenato había sido el vencedor,  
 Galieno celebró el triunfo; pero no se hizo men-  
 ción del padre, a quien ni siquiera hubiera divini-  
 zado, cuando se enteró de que estaba muerto, si no  
 se le hubiera obligado —aunque, en realidad, el pa-  
 dre aún vivía, pues los rumores acerca de su muer-  
 te eran falsos—. Odenato asedió en Ctesifonte a 6  
 multitud de partos y, tras devastar todos los luga-  
 res de alrededor, mató a innumerables hombres. 7  
 Pero cuando los sátrapas de todas las regiones acu-  
 dieron a Ctesifonte para llevar a cabo una defensa  
 conjunta, los combates fueron largos, con alterna-  
 tivas diversas, y la victoria romana se demoró aún  
 más. Sin embargo, como Odenato no pretendía otra 8  
 cosa sino liberar a Valeriano, insistía día tras día y  
 se esforzaba como el mejor de los comandantes,  
 arrostrando el suelo extranjero las dificultades de  
 aquellos parajes. Mientras estos acontecimientos se  
 producían en suelo persa, los escitas invadieron Ca-  
 padocia. Tras capturar las ciudades de aquella re-  
 gión en una guerra también larga y de diversas al-  
 ternativas, se dirigieron a Bitinia. Por todo ello, los 2  
 soldados pensaron otra vez en la necesidad de un  
 nuevo emperador. Entonces, Galieno, como no  
 consiguió aplacarlos y reducirlos a su autoridad, se-  
 gún su costumbre, los mató a todos.

Mientras los soldados buscaban un príncipe dig- 3

<sup>35</sup> Entre los persas recibían tal nombre los gobernadores provincia-  
 les.

no de ellos, Galieno se convertía en arconte —es decir, el sumo magistrado— de Atenas, impulsado por aquella vanidad, que le hacía pretender no sólo ser inscrito como ciudadano, sino estar presente en todos los ritos sagrados. Esto no lo habían hecho ni Adriano en la época más feliz del imperio ni Antonino en aquella paz floreciente, a pesar de que ambos emperadores se habían dedicado con tal entrega a las letras griegas que, a juicio de los más grandes hombres, apenas eran inferiores a los más sabios <sup>36</sup>. Además, Galieno, despreciando las cuestiones de Estado, deseaba ser incluido entre los miembros del Areópago <sup>37</sup>, pues fue, no puede negársele, ilustre en la oratoria, en la poesía y en todas las artes. Suyo es aquél epitalamio, que entre cien poetas resultó ganador. Pues cuando casó a los hijos de sus hermanos, todos los poetas, tanto griegos como latinos, recitaron epitalamios durante varios días, y él, cogiendo las manos de los desposados, según algunos transmiten, recitó estos versos:

«Id, jóvenes míos, marchad, sentid juntos el  
 que se desprende de vuestros apasionados  
 que las palomas no superen vuestros su-  
 que las hiedras no aventajen a vuestros bra-  
 que la unión de las conchas no sea superior  
 [a la de vuestros besos.» <sup>38</sup>

<sup>36</sup> Adriano fue arconte de Atenas antes de subir al poder (cf. *Adriano* 19, 1). Tanto él como Marco Aurelio se iniciaron en los Misterios eleusinos (cf. *Adriano* 13, 1 y *Marco* 27, 1).

<sup>37</sup> El Areópago es el consejo o tribunal más ilustre y antiguo de la Historia de Atenas, que siguió existiendo bajo la dominación romana al menos hasta el siglo IV. En principio se reclutaba entre los antiguos arcontes, pero el sentido del pasaje parece indicar que en esta época los arcontes habían perdido ese antiguo derecho.

<sup>38</sup> Cf. Baehrens, P. L. M., IV, pp. 103-104.

Es largo enumerar los versos y discursos, que le permitieron brillar entre los poetas y oradores de su tiempo. Pero una cosa se exige al emperador y otra se requiere del poeta o del orador.

12 Con toda justicia se alaba una óptima acción de Galieno. En efecto, en el consulado de su hermano Valeriano y de su pariente Lucilio, cuando descubrió que los persas habían sido doblegados por Odenato, que tanto Nisibis como Carras habían pasado de nuevo a poder romano, que toda Mesopotamia era nuestra, *llegándose por fin hasta Ctesifonte*, que el rey había huido, que se había capturado a los sátrapas y que muchos persas habían muerto, llamó Augusto a Odenato y, tras hacerle partícipe del poder imperial, mandó que se acuñase una moneda en su honor en la que se reflejase la cautividad de los persas. El senado, la Ciudad y las gentes de toda edad aprobaron tal decisión. Galieno fue, además, muy ingenioso y desde luego agrada contar algunas acciones en las que se demuestra su ingenio: En cierta ocasión en que un toro inmenso fue enviado a la arena y se hizo salir a un cazador para abatirlo, Galieno, aunque aquél no consiguió matarlo después de tenerlo a tiro diez veces, le arrojó una corona, y al preguntar todos por qué hacía eso, cómo coronaba a un hombre tan inútil, él ordenó al heraldo que dijese: «Es cosa difícil no herir a un toro con tantas oportunidades.» Otra vez un individuo vendió a su mujer piedras preciosas de vidrio como si fuesen auténticas y ella, tras conocer la verdad quiso vengarse entonces; Galieno pareció ordenar que el vendedor fuese entregado a los leones, pero de la jaula salió un gallo capón; admirados todos por tan absurdo proceder, ordenó anunciar al heraldo: «Un engaño cometió y otro ha padecido.» Después dejó marchar al comerciante.

Mientras Odenato se ocupaba en la guerra con los persas y Galieno, como solía, se dedicaba a ac-

tividades inútiles, los escitas llegaron a Heraclea <sup>39</sup> con una escuadra naval y desde allí regresaron a su patria con el botín, aunque muchos, tras ser derrotados en un combate naval, perecieron en el naufragio.

- 13 Poco después, Odenato murió, víctima de las asechanzas de su primo <sup>40</sup>, en compañía de su hijo Herodes <sup>41</sup>, a quien también había proclamado emperador. Entonces, Zenobia <sup>42</sup>, su mujer, 2  
 puesto que los hijos que le quedaban, Hereniano <sup>43</sup> y Timolao <sup>44</sup>, eran muy pequeños, asumió el poder y reinó durante mucho tiempo, no mujerilmente ni 3  
 según los modos femeninos, sino con más coraje y sabiduría no sólo que Galieno —mejor que él cualquiera, incluso una doncella, hubiera podido gobernar—, sino también que otros emperadores. Ga- 4  
 lieno preparó la guerra contra los persas y con ella la tardía venganza de su padre, tan pronto como le fue anunciado que Odenato había muerto. Después 5  
 de reunir un ejército por medio de su general Heracliano llevó a cabo la acción de un príncipe sabio. Sin embargo, este Heracliano, cuando marchaba contra los persas, fue vencido por los palmiranos y perdió todas las tropas que había reunido, pues Zenobia gobernaba virilmente entre los palmiranos y la mayoría de los orientales. Entretanto, 6  
 los escitas, navegando a través del mar Negro, penetraron en el Danubio y llevaron a cabo graves devastaciones en suelo romano <sup>45</sup>. Cuando Galieno se dio cuenta de ello, nombró a los bizantinos Cleodamo y Ateneo para que organizaran y fortificaran las ciudades; se luchó alrededor del mar Negro, y 7

<sup>39</sup> Situada en la costa norte de Bitinia.

<sup>40</sup> Su nombre era *Maeonius*, cf. *Treinta usurpadores*, 15, 5 y 17.

<sup>41</sup> Cf. *Treinta usurpadores*, 16.

<sup>42</sup> Cf. *Treinta usurpadores*, 30.

<sup>43</sup> Cf. *Treinta usurpadores*, 27.

<sup>44</sup> Cf. *Treinta usurpadores*, 28.

<sup>45</sup> Se trata de la invasión de los hérulos del año 267.



los bárbaros fueron vencidos por los generales bizantinos. También los godos fueron derrotados en un combate naval por el general Veneriano, aunque éste cayó dignamente en el campo de batalla. Luego, los godos devastaron Cízico, el Asia Menor y toda Grecia, pero fueron vencidos por los atenien-  
 ses al mando de Dexipo <sup>46</sup>, un escritor de aquella época <sup>47</sup>. Expulsados de allí, vagaron por el Epiro, Macedonia y Mesia. Galieno, mientras tanto, impulsado al fin por las desgracias públicas, se enfrentó a los godos, que merodeaban por el Ilírico y por un raro azar abatió a gran número de ellos. Al enterarse de esto, los escitas, tras hacer una barricada con sus carros, intentaron huir a través del monte Gesaces <sup>48</sup>. Entonces, Marciano se enfrentó a los escitas con desigual fortuna <sup>49</sup>... Estas medidas llamaron a la rebelión a todos los escitas.

- 14 El general Heracliano mostró en todos estos hechos una gran dedicación al Estado. Sin embargo, como ni él ni Marciano pudieran tolerar las continuas iniquidades de Galieno, emprendieron un plan con el objetivo de que uno de los dos asumiera el poder <sup>50</sup>... Fue elegido Claudio, el mejor de todos, como diremos en su momento, quien, aunque no tomó parte en la conspiración, era respetado unánimemente por los conjurados, y por ello parecía, como más tarde se pudo comprobar, digno del poder imperial. Éste es el Claudio de quien procede Constancio, nuestro muy diligente César. Tomó parte también en la conjura contra Galieno un tal Ceronio o Cecropio, gobernador militar de Dalma-

<sup>46</sup> En la batalla del río Nestos, entre Macedonia y Tracia; en ella participó también Galieno, aunque el biógrafo lo oculta deliberadamente.

<sup>47</sup> Cf. *Alejandro Severo*, n. 62.

<sup>48</sup> Desconocido. Magie (*op. cit.*, III, p. 44 y n. 4) apunta la posibilidad de que se trate del monte Rodope en Tracia.

<sup>49</sup> De nuevo, lagunas en el texto.

<sup>50</sup> Nueva laguna en el texto. Más información sobre estos acontecimientos en Zósimo I 40 y Zonaras XII 25.

cia, quien ayudó a éstos de manera inteligente y moderada. Pero como no podía alcanzar el poder mientras Galieno estuviera vivo, pensaron que debía realizarse un atentado contra su persona con el objetivo de apartar de la dirección del género humano, en un momento en que la república estaba cansada de tantas desgracias, a tan miserable ruina humana. Así, evitarían que el Estado, acostumbrado al teatro y al circo durante tanto tiempo, pereciese a causa del encanto de las diversiones. Tal fue el plan que tramaron: Galieno estaba enfrentado a Aureolo porque éste había asumido para sí la más alta jerarquía del Estado y diariamente esperaba la llegada peligrosa e intolerable de este improvisado emperador.

Conociendo esto, Marciano y Cecropio ordenaron súbitamente que se anunciase a Galieno la inminente llegada de Aureolo. El reunió a sus tropas y se encaminó a la batalla como si fuera cierto, y entonces fue asesinado por los sicarios enviados para tal fin. Se dice que Galieno fue abatido por la espada de Cecropio, el gobernador de Dalmacia, y hay quien afirma que su muerte se produjo en las cercanías de Milán, donde también fue asesinado, de manera inmediata, su hermano Valeriano, un hombre del que muchos aseguran que fue Augusto, muchos que César y muchos que ninguna de las dos cosas. Esto último es improbable, pues, después de ser capturado Valeriano, encontramos escrito en los fastos: «Durante el consulado del emperador Valeriano.» ¿Qué otro Valeriano puede ser, sino el hermano de Galieno? Tenemos noticia de su linaje, pero no conocemos su rango o, como otros han empezado a llamarlo, su dignidad imperial<sup>51</sup>.

<sup>51</sup> El autor emplea los términos *dignitas* y *maiestas*, que nosotros hemos traducido aquí, respectivamente, por «rango» y «dignidad imperial».

- 15 Después de morir Galieno se produjo una gran rebelión de los soldados, movidos por la esperanza de botines y de espolio público, decían para provocar el odio, que les había sido arrebatado un emperador útil e indispensable para ellos, y al mismo tiempo poderoso y competente. Por esta causa, se llevó a cabo una reunión de los principales jefes, para que calmasen a los soldados de Galieno de aquella manera con la que suelen ser aplacados. Entonces, después de que Marciano les prometiera y ellos aceptaran veinte áureos para cada uno (pues tenía a su disposición abundancia de tesoros), los soldados, por propia iniciativa, hicieron que Galieno apareciera en los fastos como un usurpador. Así, aplacados los soldados, Claudio, hombre venerable y justamente respetado, querido por todos los hombres buenos, amigo de la patria, amigo de las leyes, grato al senado y muy reconocido por el pueblo, recibió el poder imperial. 2
- 16 Esta fue la vida de Galieno, que yo he contado con brevedad en estas páginas, un individuo que, engendrado para comer, beber y disfrutar de los placeres, perdió sus días y sus noches en el vino y las orgías y provocó que el mundo entero fuera devastado por la aparición de casi veinte <sup>52</sup> usurpadores, entre los que había mujeres que gobernaron mejor que él. Y para que no quede sin mención su deplorable habilidad, digamos que en primavera hacía alcobas con las rosas y realizaba castillos con la fruta. Conservó uvas durante tres años y sirvió melones en medio del invierno. Enseñó de qué manera se podía tener mosto durante todo el año. Siempre ofrecía fuera de estación higos frescos y otras frutas recién cortadas del árbol. Siempre cubrió sus mesas con manteles recamados en oro. Hizo vasos 3

<sup>52</sup> Aunque aquí dice *viginti*, después se nos narrará las biografías de los *Tyranni triginta*, que serán definitivamente 32, cf. *Treinta usurpadores*, n. 1.

adornados con piedras preciosas que también eran de oro. Rociaba con polvo de oro sus propios cabellos. A menudo se paseaba con la corona radiada<sup>53</sup>. En Roma, donde los emperadores aparecían siempre con la toga, se le vio vestido con una clámide purpúrea, que tenía broches de oro y piedras preciosas. Tenía una túnica viril de púrpura y oro, con mangas. Usaba un tahalí con brillantes y se ataba con correas, adornadas de gemas, unas sandalias a las que solía llamar «reticuladas»<sup>54</sup>. Acostumbraba a ofrecer banquetes en público. Ablandó al pueblo con donaciones y desde su asiento repartía regalos al senado. Admitió a las matronas en su Consejo, y él mismo les entregaba cuatro monedas de oro con su nombre cuando éstas besaban su mano.

17 Al saber que su padre Valeriano había sido capturado, se dice que dijo acerca de él lo que el mejor de los filósofos afirmó, tras la pérdida de su hijo: «Sabía que le había engendrado mortal.»<sup>55</sup> Y no faltó Anio Cornícula<sup>56</sup> para falsamente alabar a Galieno con sus palabras, como si fuera un valeroso emperador. Frecuentemente hacía su aparición al sonido de la flauta y se retiraba con el sonido del órgano<sup>57</sup>, ordenando que sonase la música cuando salía o regresaba. En verano se lavaba seis o siete

<sup>53</sup> Símbolo del poder que en principio se reservaba para los emperadores divinizados, pero después fue llevada por muchos emperadores del siglo III, a medida que se iba produciendo la orientalización del régimen imperial.

<sup>54</sup> *Campagus reticulatus*. El *campagus* era una sandalia utilizada por los patricios que, sujeta en el talón y entre los dedos, dejaba el pie al descubierto. Las correas del *campagus*, atadas a la pierna, podían formar una red que se adornaba con pedrería.

<sup>55</sup> Atribuida por Cicerón a Anaxágoras, cf. *Tusc.* III 30 y 58. Cf., también, Séneca, *Polyb.* 11,2.

<sup>56</sup> Desconocido en otras fuentes.

<sup>57</sup> El órgano hidráulico, que fue inventado por *Ctesibius* de Alejandría en el siglo III a. de C., fue muy utilizado en la antigüedad. Sobre las circunstancias en que fue inventado, cf. B. García (*op. cit.*, p. 934, n. 30).

veces al día; en invierno, dos o tres. Bebió siempre 5  
 en copas de oro, despreciando el vidrio, pues en su  
 opinión no había nada más vulgar. Variaba siem- 6  
 pre los vinos y nunca bebió en un banquete dos co-  
 pas del mismo vino. Las concubinas se recostaron 7  
 con frecuencia en sus triclinios y casi siempre tuvo  
 dispuesta una segunda mesa para bufones y mimos. 8  
 Cuando iba a los jardines, que llevaban su nombre,  
 siempre le seguían todos los funcionarios de Pala-  
 cio. Le acompañaban los prefectos y jefes de todos  
 los servicios, quienes eran invitados a los banquete-  
 tes y se bañaban en las piscinas al mismo tiempo  
 que el príncipe. A menudo también las mujeres eran 9  
 admitidas: con él las jóvenes hermosas, con aqué-  
 llos las viejas deformes. Y con frecuencia decía que  
 se divertía, mientras por todas partes toleraba la  
 18 ruina del mundo entero. Mostró, sin embargo, gran  
 crueldad hacia los soldados, matando, a veces, en  
 un solo día a tres y cuatro mil.

Ordenó que se hiciera una estatua para él, más 2  
 grande que el Coloso<sup>58</sup> y ataviada como el sol,  
 pero murió antes de acabarla. Había empezado a  
 hacerse con unas medidas tan grandes que parecía  
 tener doble tamaño que el Coloso. Había querido 3  
 ponerla en lo más alto del monte Esquilino y que  
 tuviera una lanza, por cuyo mango un niño pudie-  
 se ascender a lo más alto. Sin embargo, después, tal 4  
 proyecto pareció estúpido, tanto a Claudio como a  
 Aureliano, sobre todo porque también había orde-  
 nado que se hiciesen caballos y un carro de un ta-  
 maño acorde con el de la estatua y, además, que  
 fuera colocada en una base muy alta. Había pro- 5  
 yectado que el pórtico Flaminio<sup>59</sup> se prolongase  
 hasta el puente Mulvio y que tuviera cuatro hileras  
 de columnas o, como otros dicen, cinco; la prime-  
 ra hilera estaría compuesta por pilastras, en cuyo

<sup>58</sup> Cf. *Adriano*, n. 89.

<sup>59</sup> Es decir, construido a lo largo de la vía Flaminia.

frente aparecerían columnas con estatuas; la segunda, la tercera y el resto tendrían simplemente columnas, formando una fila de cuatro.

Es largo escribir todos los hechos que llevó a cabo. El que quiera conocerlos que lea a Palfurio Sura <sup>60</sup>, quien escribió el diario de su vida. Nosotros refirámonos a Salonino.

### SALONINO GALIENO

19 Era hijo de Galieno y nieto de Valeriano. Pocas cosas merecen escribirse sobre él, salvo que nació de noble linaje, fue educado regiamente y murió no por su propia culpa, sino por la de su padre. Existe gran confusión acerca de su nombre. Muchos historiadores se refieren a él con el nombre de Galieno y otros tantos con el de Salonino. Quienes dicen que se llamaba Salonino explican que recibió tal nombre a partir de su nacimiento en Salona <sup>61</sup>, y aquéllos que aseguran que su nombre era Galieno, dicen que tal nombre proviene de su padre y de su abuelo Galieno, quien, en otro tiempo, ocupó un destacado lugar en el Estado. Hasta hoy se ha conservado una estatua suya al pie del monte de Rómulo <sup>62</sup>, esto es, delante de la Vía Sacra, entre el templo de Faustina y el de Vesta, junto al arco Fabiano <sup>63</sup>; en ella se lee la inscripción: «A Galieno el joven», y al lado, «A Salonino». A partir de lo cual su nombre podrá ser comprendido.

Es suficientemente conocido que Galieno superó los diez años de mandato. Digo esto porque mu-

<sup>60</sup> Autor desconocido.

<sup>61</sup> Ciudad de la costa dálmata; parece más acertado el origen del nombre que se propone en 21, 3.

<sup>62</sup> El Palatino. Como es sabido, en la disputa con Remo, Rómulo ascendió al Palatino, mientras aquél se dirigió al Capitolio para observar el vuelo de las aves; cf. Livio I 6,4.

<sup>63</sup> Construido, al parecer, por Quinto Fabio Máximo el Alobrógico.

chos han dicho que fue asesinado en el año noveno de su imperio. En su momento contaremos que 6  
bajo su reinado hubo otros usurpadores. Pues nos pareció bien incluir en un volumen único a los veinte<sup>64</sup> aspirantes al trono, ya que no mucho puede decirse sobre ellos, y en la Vida de Galieno ya hemos narrado bastantes cosas.

Sobre Galieno será suficiente lo que hemos dicho en este libro. Pues ya hemos contado muchas cosas en la Vida de Valeriano y en el libro que hemos de escribir sobre los treinta usurpadores narraremos muchas otras que parece poco útil reiterar y mencionar con tanta frecuencia. A ello se añade que 8  
intencionadamente he omitido ciertos hechos para que sus descendientes no se sintiesen heridos por la publicación de muchos detalles. Tú sabes que los 20  
hombres entablan grandes disputas con éstos, que escribieron algo sobre sus antepasados, y creo que no te será desconocido lo que Marco Tulio dice en su «Hortensio»<sup>65</sup>, escrito a imitación del «Protréptico»<sup>66</sup>. Sin embargo, yo voy a contar una anécdota, que, aunque es intrascendente, tiene cierta gracia y trajo una nueva costumbre: En cierta ocasión 3  
en que la mayoría de los soldados, que habían acudido a un banquete, se despojaron de sus armas en el momento en que éste daba comienzo, se cuenta que el niño Salonino —o Galieno— les arrebató sus cinturones, adornados de oro y piedras preciosas, y, como era difícil hacer una reclamación en Palacio por algo que se había perdido, los hombres soportaron su pérdida en silencio, pero a partir de entonces, cuando fueron invitados al banquete, se sentaron siempre con las armas, que llevaban ceñidas, y como se les preguntase por qué no se des- 4

<sup>64</sup> Cf. n. 52.

<sup>65</sup> Obra perdida de Cicerón.

<sup>66</sup> No se conserva esta obra aristotélica, en la que se exhortaba al estudio de la filosofía.

pojaban de sus cinturones, se dice que respondieron: «Evitamos a Salonino.» Desde entonces se implantó la costumbre de reclinarse con los cinturones puestos cuando se está con el emperador. Yo 5 no puedo negar que para muchos esta costumbre tiene un origen distinto; dicen que los hombres acudían al almuerzo militar (*prandium*) ceñidos con sus armas, pues se llamó «preparación» (*parandium*), porque «prepara» (*paret*) a los soldados para el combate<sup>67</sup>; en apoyo de tal idea encontramos el hecho de que aún hoy se cene sin armas con el emperador. He escrito tales cosas porque me parecen dignas de conocerse y recordarse.

21 Ahora pasemos a hablar de los veinte usurpadores<sup>68</sup> que surgieron en tiempos de Galieno por el desprecio que provocaba un emperador tan desafortunado. Acerca de ellos debemos decir pocas cosas y narrarlas con brevedad, pues muchos de ellos 2 no merecen que sus nombres se utilicen para completar un libro, aunque algunos, al parecer, no estaban exentos de valor y fueron muy provechosos para el Estado.

Son tan diversas las opiniones acerca del nombre 3 de Salonino que el autor que cree hablar con más veracidad asegura que fue llamado así por Salonina, su madre, a la que Galieno amó perdidamente<sup>69</sup>. También amó<sup>70</sup> a la hija de un rey bárbaro, de nombre Pipara<sup>71</sup>, por lo cual<sup>72</sup> Galieno y los 4

<sup>67</sup> Esta relación semántica parece inexistente, pues *prandium* proviene de *prandeo* «comer», y no de *paro* «preparar».

<sup>68</sup> Aunque en el capítulo 19, 7 ha hablado ya de «Treinta tiranos», aquí vuelve a decir *viginti tyranni*, cf. n. 52.

<sup>69</sup> Preferimos aquí la lectura *quam is* de *Salmasius* que el *quamvis* de P., aceptado por Hohl.

<sup>70</sup> Aceptamos aquí la conjetura de *Magie et dilexit* para cubrir la laguna de P. que Hohl ha asumido.

<sup>71</sup> Según Aurelio Víctor (*Caes.* 33,6) era hija de un rey marcómano a quien Galieno cedió parte de Panonia.

<sup>72</sup> *Magie* introduce *quare* para cubrir la laguna de P.



que le rodeaban siempre se teñían el pelo de amarillo.

En cuanto al número de años que duró el imperio de Valeriano y Galieno, se han transmitido afirmaciones totalmente falsas, pues aunque es suficientemente conocido que ellos gobernaron quince años —es decir, que Galieno alcanzó el decimoquinto año de reinado— como Valeriano fue capturado en el sexto, unos han escrito que Galieno gobernó nueve años; otros, que casi diez. Sin embargo, es patente que celebró unas *decennalia* en Roma, y que, después de estos juegos, venció a los godos, hizo la paz con Odenato, inició la unión con Aureolo, luchó contra Póstumo, contra Loliانو, y, en fin, realizó acciones que constituyen un elogio para él. Con todo, son más numerosas las que alimentan su deshonra, pues, se dice, que por las noches frecuentaba siempre las tabernas y que vivió entre mimos, bufones y rufianes. 5 6

## 24. LOS TREINTA USURPADORES <sup>1</sup>

(Trebelio Polión)

1 Tras haber escrito varios libros con un estilo impropio de un historiador y más próximo a lo vulgar que a lo erudito, llegamos a esa época durante los años en que Galieno y Valeriano gobernaron el Estado, en la que surgieron treinta usurpadores; pues mientras Valeriano se ocupaba en las grandes obligaciones de la guerra con los persas, Galieno, como se ha demostrado en su lugar, no sólo era despreciado por los hombres sino también por las mujeres. Sin embargo, puesto que la oscuridad de estos hombres, que volaban desde diversas partes del mundo hacia el poder imperial, es tan grande que sobre ellos son pocas las cosas que pueden ser dichas o investigadas por los estudiosos, y como en la obra de todos los historiadores, que escribieron 2

---

<sup>1</sup> El autor titula este capítulo *Tyranni triginta*, con el fin, sin duda, de crear un paralelismo entre la Historia de Roma y la de Atenas, pero, en realidad, tales individuos no fueron «tiranos», sino simplemente usurpadores o aspirantes al poder; además, sólo tenemos certeza de que nueve de ellos usurparon el poder: Póstumo (258-268); Leliano, Mario, Ingenuo (258), Regaliano (258), Aureolo (268) y Macriano y sus dos hijos (260-261). De los demás, algunos pueden ser invención del biógrafo (Saturnino, Trebeliano y Celso), otros nunca detentaron el poder imperial (Odenato, Meonio, Zenobia, etc.), y, en fin, otros son de época distinta a la de Galieno (Valente, Victorino, Tétrico).

Por otro lado, el capítulo contiene treinta y dos nombres; los dos últimos, como explica el propio autor (31, 7-12), no son de la época de Galieno y tienen por objeto completar el número de treinta si se hace exención de Zenobia y Victoria.

tanto en griego como en latín, hasta tal punto pasan inadvertidos que ni siquiera sus nombres aparecen con frecuencia, y, finalmente, puesto que los detalles que muchos nos han transmitido sobre aquéllos nos han llegado con versiones muy diferentes, yo los he reunido en un solo libro, breve además, sobre todo porque muchos de los hechos que a ellos se refieren ya han sido contados en las vidas de Valeriano y Galieno y no hay necesidad de repetirlos.

### CIRIADES

- 2 Este hombre <sup>2</sup>, rico y noble, huyendo de su padre Ciriades, venerable anciano al que apesadumbraba con sus malas costumbres y su afán por el placer, se refugió junto a los persas, tras haber robado una gran parte del oro paterno e incluso una enorme cantidad de plata. Allí se unió y asoció con el rey Sapor y, después de aconsejarle que llevase la guerra contra los romanos, arrastró al territorio romano primero a Odomaste <sup>3</sup> y después al propio Sapor. Tras conquistar Antioquía y Cesarea <sup>4</sup>, se ganó el sobrenombre de Cesareano; luego fue nombrado Augusto, y conmovió todo el Oriente con el terror que sus fuerzas y su osadía provocaban; sin embargo, después de haber asesinado a su padre (hecho que niegan algunos historiadores), él mismo murió, víctima de las asechanzas de los suyos, en el momento en que Valeriano se encaminaba ya hacia la guerra con los persas. A la historia no ha lle-

<sup>2</sup> Magie (*op. cit.* III, p. 66 y n. 1) le identifica con el aventurero Me-reades, un sirio de Antioquía que se alió con Sapor tras ser expulsado de su patria por malversación de fondos públicos (cf. Amiano Marcelino, XXIII 5,3).

<sup>3</sup> Quizá se refiera a Oromastes, el hijo de Sapor.

<sup>4</sup> Ciudad de Capadocia, cuyo nombre actual es Kaisariyeh.

gado nada más que parezca ser digno de mención acerca de este hombre, al que su famosa huida, su parricidio, su cruel tiranía y su notoria inclinación a los placeres llevaron a las letras.

### PÓSTUMO

- 3 Este hombre muy valiente en la guerra e inquebrantable en la paz, tuvo tal rectitud durante toda su vida que Galieno le puso junto a Salonino, su propio hijo —cuando éste se hizo cargo del gobierno de las Galias—, para que fuese guardián y guía de su vida, sus costumbres y sus actos imperiales. Sin embargo, según han afirmado algunos autores 2 (aunque el hecho no es acorde con sus costumbres), después rompió su lealtad y, tras morir Salonino, asumió el poder. Con más verosimilitud otros han transmitido que los galos, como odiaban con vehemencia a Galieno y no podían soportar que su hijo les gobernase, nombraron emperador a aquél, que por delegación ejercía de hecho el poder y, tras enviar a unos soldados con tal fin, dieron muerte al joven. Cuando éste murió, Póstumo fue recibido 4 con alegría por todo el ejército y por todos los galos, y se entregó a la reorganización de las Galias durante siete años, mientras Galieno frecuentaba los placeres y las tabernas, y envejecía amando a una mujer bárbara <sup>5</sup>. Entonces, Galieno inició una guerra contra Póstumo en la que fue herido por una flecha. Sin duda, en el corazón de todos los 6 pueblos galos existía una estima profunda hacia Póstumo porque, tras rechazar a todos los pueblos de la Germania, había devuelto la antigua seguridad al imperio romano. Sin embargo, como se 7 comportase con absoluta rectitud, los galos, hacien-

<sup>5</sup> Cf. *Galienos*, 21, 3-4.

do honor a aquella antigua costumbre que siempre les impulsa a desear las revoluciones, le asesinaron bajo la instigación de Loliano.

Si alguno quiere conocer los méritos de Póstumo, lea el juicio que acerca de él tenía Valeriano en esta carta que aquel emperador envió a los galos: «Hemos nombrado comandante del *limes* del Rin y gobernador de la Galia a Póstumo, el hombre más digno de la austeridad de los galos. Mientras él esté presente, el soldado estará a salvo en el campamento, se mantendrán los derechos en el foro, la ley en los tribunales de justicia y la dignidad en su palacio; él velará por lo que es particular y propio de cada uno; yo espero que me déis las gracias por enviaros a este hombre, que merecería en justicia el lugar del príncipe y ante el que yo me descubro delante de todos. Pues, si me engañase en la opinión que tengo del él, habéis de saber que en ninguna parte del mundo encontraría a alguien que pudiera recibir mi completa aprobación. He otorgado el tribunado de los voconcios<sup>6</sup> a su hijo, Póstumo de nombre, quien, aunque es joven, se mostrará en su conducta digno del padre.

### PÓSTUMO EL JOVEN

4 Acerca de este hombre nada puede contarse, sino que, después de ser nombrado César por su padre y de recibir el título meramente honorífico de Augusto, fue, según se dice, asesinado junto a su padre, cuando Loliano, tras aceptar el poder imperial que los galos le habían ofrecido, ocupó el lugar de Póstumo. Sin embargo, tuvo —es el único detalle que merece mencionarse— tal predisposición para la elocuencia que se dice que sus «Controversias»<sup>7</sup>

<sup>6</sup> Pueblo de la Galia Narbonense entre el Ródano y el Durance.

<sup>7</sup> Puede referirse a las *Declamationes* o *Controversiae*, atribuidas a

se hallaban insertas en la obra de Quintiliano, quien, como la lectura de un solo capítulo mostrará al primer vistazo, fue el más ingenioso orador del pueblo romano.

## LOLIANO

- 5 A causa de la rebelión encabezada por este hombre <sup>8</sup>, Póstumo, el hombre más valiente de todos, murió en la Galia, después de haber restituido a su antigua condición el poder romano, cuando las Galias estuvieron a punto de perderse por los excesos de Galieno. También Loliano fue, sin duda, muy valiente, pero ante el temor de una rebelión no 2  
mostró entre los galos la autoridad que sus fuerzas le permitían. Murió a manos de Victorino, hijo de 3  
Vitruvia o de Victoria <sup>9</sup>, quien después fue llamada Madre de los Campamentos y recibió incluso el nombre de Augusta, aunque ella, por sí misma, para esquivar el peso de una carga tan grande, entregó el mando primero a Mario y después a Tétrico y a su hijo <sup>10</sup>. Ciertamente, también Loliano resultó 4  
provechoso para la república en algún aspecto, pues restituyó a su antigua condición algunas ciudades de la Galia y algunos campamentos que, edificados por Póstumo en suelo bárbaro durante los siete años de su gobierno <sup>11</sup>, habían sido destrui-

---

Quintiliano; una serie de pleitos legales imaginarios que se empleaban en las clases de retórica.

<sup>8</sup> Loliano se rebeló contra Póstumo y tomó el poder imperial, pero sólo momentáneamente, pues éste, según se desprende de los testimonios de A. Víctor (*Caes.* 33,8) y Eutropio (IX 9), consiguió derrotarle y acabó con su vida. Por tanto, la afirmación que hace aquí nuestro biógrafo parece totalmente errónea.

<sup>9</sup> Cf. 31.

<sup>10</sup> Cf. 24-25.

<sup>11</sup> No hay acuerdo sobre la fecha en que se produjo la usurpación de Póstumo, pero normalmente se considera que estuvo dos años en el poder, entre el 258 y el 268.

dos e incendiados por una repentina invasión de los germanos. Después fue asesinado por sus propios soldados por ser excesivamente riguroso con el trabajo.

Así, mientras Galieno conducía el Estado a la ruina, en la Galia se sublevaron, como defensores del nombre de Roma, primero Póstumo, después Loliano, luego Victorino y por último —pues de Mario nada diremos— Tétrico. Yo creo que a todos ellos se les había otorgado un don divino para que, mientras aquella peste era incapaz de moverse ante las desgracias que provocaban sus increíbles excesos, no les fuese dada a los germanos la posibilidad de apoderarse del territorio romano. Pues si ellos hubieran penetrado entonces del mismo modo en que lo hicieron godos y persas, la acción conjunta de los pueblos extranjeros en suelo romano habría provocado la desaparición del venerable imperio del pueblo romano. La vida de Loliano, como la de Póstumo, es desconocida en muchos puntos, sobre todo en sus aspectos privados. La fama que disfrutaron en vida fue producto del valor, no de la importancia del rango.

## VICTORINO

6 Cuando Póstumo el Viejo supo que Galieno venía contra él con tropas muy numerosas y que se hacía necesaria no sólo la ayuda de los soldados sino también la de otro príncipe, llamó a Victorino<sup>12</sup>, un hombre de gran valía en cuestiones militares, para que participase del poder imperial, y con su ayuda se enfrentó a Galieno. Sin embargo, aunque prolongaron la guerra durante mucho tiempo 2

<sup>12</sup> De acuerdo con A. Víctor (*Caes.* 33,12) y Eutropio IX 9, Victorino no compartió el poder imperial con Póstumo, sino que lo asumió después de Mario y bajo el imperio de Claudio.

con gran cantidad de tropas auxiliares llegadas de Germania, finalmente fueron vencidos. Luego, después de que Loliano fuera también asesinado, sólo Victorino se mantuvo en el poder. Este, por ocupar su tiempo en romper los matrimonios de sus soldados y oficiales, también fue asesinado; en efecto, tras formarse una conjura contra él, murió en Agripina<sup>13</sup> a manos de un intendente militar<sup>14</sup> a cuya mujer había deshonrado. También el hijo de Victorino, que había sido nombrado César por la madre de éste, Vitruvia —o Victoria— a la que después se llamó Madre de los Campamentos, fue ejecutado, aunque era todavía un niño, instantes después de que su padre muriera en Agripina. Acerca de Victorino, por el hecho de ser muy valiente y a no ser por sus lujuriosas inclinaciones, un emperador excelente, muchas cosas nos han sido transmitidas por numerosos autores. Creemos, sin embargo, que será suficiente intercalar aquí un fragmento de cierto libro de Julio Ateriano<sup>15</sup>, en el que habla así sobre Victorino: «Yo considero que ninguno ha de anteponerse a Victorino, el que gobernó las Galias después de Julio<sup>16</sup> Póstumo, ni Trajano por su valor, ni Antonino por su bondad, ni Nerva por su dignidad, ni Vespasiano por su buen gobierno del erario, ni Pértinax o Severo por la austeridad de toda su vida o por su severa disciplina militar. Sin embargo, su deseo y su pasión por los placeres que las mujeres proporcionan arruinó hasta

<sup>13</sup> *Agrippinensis Colonia*, actual Colonia.

<sup>14</sup> El texto dice *actuarius*, que en los autores de esta época significa intendente militar, aunque en principio el *actuarius* era aquél que tomaba al dictado las palabras del que hablaba. El término, no obstante, parece tener una significación genérica y se aplica a los empleados en tareas administrativas al servicio público o privado.

<sup>15</sup> Autor desconocido.

<sup>16</sup> El nombre completo de Póstumo, según sabemos por otras fuentes, era *M. Cassianus Latinus Postumus Augustus*. El nombre *Iulius* que se da aquí es incorrecto.



tal punto todas sus buenas cualidades que ninguno se atrevería a escribir las virtudes de alguien que, en opinión de todos, mereció ser castigado.» Por tanto, ya que los escritores tuvieron esta opinión acerca de Victorino, me parece que yo he dicho ya bastante sobre su carácter. 8

### VICTORINO EL JOVEN

7 Acerca de él no ha llegado a las letras sino el hecho de que fue nieto de Victoria e hijo de Victorino, y que, tras ser nombrado César por su madre o abuela en el momento en que Victorino murió, fue ejecutado inmediatamente por los soldados que estaban en pleno furor. En fin, aún pueden verse en los alrededores de Agripina unos sepulcros humildes, cubiertos por un mármol de reducidas proporciones, en los que se lee esta inscripción: «Aquí yacen los dos Victorinos que usurparon el poder imperial.» 2

### MARIO

8 Después de la muerte de Póstumo, Victorino y Loliano, Mario, un antiguo herrero —según se dice—, alcanzó el poder imperial por espacio tan sólo de tres días. Lo que más se desea saber sobre su persona yo lo desconozco, excepto el hecho de que su brevísimo mandato le hizo más ilustre. Pues como aquel cónsul que, ocupando el consulado en calidad de sustituto durante las seis horas del mediodía, fue ridiculizado por Cicerón<sup>17</sup> con esta broma: «Hemos tenido un cónsul tan severo y rígido que durante su magistratura ninguno ha al- 2

<sup>17</sup> Cf. *Fam.* VII 30,1. Se refiere al cónsul C. Caninio Rébilo, *suffectus* el 31 de diciembre del año 45 a. de C.

morzado, ninguno ha cenado, ninguno ha dormi-  
 do», también parece que sobre Mario podría decir-  
 se lo mismo, ya que un día fue hecho emperador,  
 otro día intentó gobernar y el tercero fue asesina-  
 do<sup>18</sup>. Fue, sin duda, un hombre valiente que alcan- 3  
 zó el poder imperial tras recorrer varios grados  
 del ejército; a él, por tratarse de un herrero, la ma-  
 yoría le llamaron Mamurio y algunos Veturio<sup>19</sup>. 4  
 Sin embargo, ya hemos dicho muchas cosas sobre  
 este usurpador, acerca de quien bastará añadir  
 aquello de que tenía las manos más fuertes que na-  
 die, tanto para golpear como para empujar, pues,  
 según parece, en los dedos tenía nervios pero no ve-  
 nas. Se dice que retenía con el dedo índice los carros 5  
 en marcha y que, con un solo dedo, golpeaba de  
 tal manera a los más fuertes que se dolían como si  
 hubieran sido sacudidos por el contacto de una  
 maza de madera o de hierro. Con la fuerza de dos  
 dedos aplastó muchos objetos. Fue asesinado por 6  
 un soldado al que, cuando era general o, después,  
 al asumir el poder, había despreciado por tratarse  
 de un antiguo trabajador de su herrería. Dícese que  
 el asesino exclamó: «Ésta es la espada que tú mis- 7  
 mo has forjado.» La primera arenga de Mario, se-  
 gún se cuenta, fue así: «Sé, compañeros, que se me 8  
 puede echar en cara mi antiguo oficio, del que to-  
 dos sois testigos. Sin embargo, que cada uno diga 9  
 lo que quiera. Ojalá yo trabaje siempre el hierro y

<sup>18</sup> En otras fuentes hay también coincidencia sobre la brevedad de su mandato; cf. A. Víctor 33,12: *Hoc iugulato, post biduum Victorinus deligitur*.

<sup>19</sup> Mamurio Veturio forjó los escudos de los sacerdotes salios (llamados *ancilia*) y su nombre aparecía en el *carmen saliare*. Cf. Ovidio, *Fast.* III 380 y ss.: «Numa... comprendiendo que el destino del imperio estaba ligado a aquel escudo, tomó una sagaz determinación: ordena fabricar varios escudos más, cincelados a semejanza del primero, para confundir a quienes intentaran sustraerlos. El trabajo fue realizado por Mamurio, de quien resulta difícil decir si descollaba más por sus buenas costumbres o por su talento artístico».

no muera entre vino, flores, mujerzuelas y tabernas, como hace Galieno indigno de su padre y de la nobleza de su linaje. Que mi oficio de herrero me sea reprochado, mientras las naciones extranjeras reconozcan en sus desastres que yo he manejado el hierro. En fin, yo me esforzaré para que toda Alamania, toda Germania y todos los pueblos que están alrededor, consideren al pueblo romano como a una nación de hierro y teman en nosotros especialmente el hierro. Sin embargo, quisiera que vosotros consideráseis que habéis convertido en emperador a alguien que nunca supo tratar con algo distinto del hierro. Esto lo digo porque sé que nada puede ser usado contra mí por aquella pestífera crápula excepto el hecho de que yo sea un forjador de espadas y lanzas.»

### INGENUO

- 9 Siendo cónsules Tusco y Baso<sup>20</sup>, como Galieno se dedicara al vino y a los manjares, pasase el tiempo entre alcahuetes, mimos y meretrices y perdiese lo bueno de su origen en la continua dependencia del placer, Ingenuo, que entonces gobernaba la Panonia, fue nombrado emperador por las legiones de Mesia a petición de los soldados de Panonia. En ningún otro momento pareció que los soldados pudiesen tomar una decisión mejor para el Estado que en aquella ocasión, cuando, ante la irrupción de los sármatas, nombraron emperador a alguien que por su capacidad podía remediar los males de la república. Sin embargo, la causa que le impulsó a asumir el poder fue su temor a resultar sospechoso

<sup>20</sup> El año 258, aunque A. Víctor (*Caes.* 33,2) mantiene que la vuelta de Ingenuo se produjo con posterioridad a la captura de Valeriano, es decir, después del 260.

para los emperadores <sup>21</sup>, ya que era muy poderoso, necesario para el Estado, y —lo que más alarma a los gobernantes— despertaba gran simpatía entre los soldados. Pero Galieno, que, si en contadas ocasiones se comportaba como un completo depravado, cuando la necesidad le obligaba, era veloz, fuerte, enérgico y cruel, derrotó finalmente a Ingenuo en la batalla <sup>22</sup> y, cuando éste fue ejecutado, descargó su odio de la forma más rigurosa sobre todos los habitantes de Mesia, tanto civiles como militares. Ninguno se libró de su crueldad; fue hasta tal punto duro y sanguinario que en muchas ciudades no dejó con vida a ningún individuo del sexo masculino. Se dice que Ingenuo, después de ser capturada la ciudad donde se hallaba se sumergió él mismo en el agua, poniendo así fin a su vida, para no caer en manos del sanguinario tirano. Aún se conserva una carta de Galieno, escrita a Céler Veriano <sup>23</sup>, en la que se muestra su extraordinaria crueldad. Por esta razón yo la he introducido aquí, para que todo el mundo comprenda que un hombre disoluto, si la necesidad lo exige, puede ser muy cruel: «Galieno a Veriano. No me dejarás satisfecho si sólo matas a los soldados, a los que también al azar habría podido quitar la vida en las guerras. Debe perecer todo varón, incluso los ancianos y los que aún no han llegado a la pubertad pueden ser ejecutados sin mi censura. Ha de morir todo aquél que deseó el mal para mí, todo el que habló en mi contra, en contra del hijo de Valeriano, en contra del padre y hermano de tantos príncipes. Ingenuo fue nombrado emperador. Hierre, mata, asesina, comprende mi estado de ánimo; debes encolerizar-

<sup>21</sup> Naturalmente, Galieno y Valeriano.

<sup>22</sup> Dudoso si fue en Mursa o en Sirmio, ambas ciudades de Panonia. Cf. A. Víctor, *Caes.* 33,2 y Eutropio IX 8,1.

<sup>23</sup> Autor desconocido.

te con el mismo odio que yo, que he escrito esto con mi propia mano, te estoy demostrando.»

### REGALIANO <sup>24</sup>

10 Era destino del Estado que en época de Galieno cualquiera que tenía posibilidades se encumbrase hacia el poder imperial. Así, Regaliano, que ocupaba la jefatura militar en el Ilírico, fue declarado emperador con el impulso de los mesios, que, antes con Ingenuo, habían sido derrotados, y con cuyos parientes Galieno se había ensañado horriblemente. Este llevó a cabo con valentía numerosas hazañas 2  
contra los sármatas, pero murió a manos de los roxolanos <sup>25</sup> con el consentimiento de los soldados, ya que los habitantes de la provincia estaban temerosos de que Galieno realizase de nuevo acciones tan crueles.

Si yo cuento cuál fue el origen de su gobierno, 3  
parecerá, tal vez, pura fabulación. Pues, ciertamente, alcanzó el poder merced a una broma funesta: 4  
En cierta ocasión en que Regaliano se hallaba cenando en compañía de algunos soldados, un lugarteniente del tribuno se levantó y dijo: «¿De dónde hemos de creer que proviene el nombre de Regaliano?» Inmediatamente otro afirmó: «Yo creo que viene de reino.» Entonces uno de los que estaban 5  
presentes, que había sido estudiante, empezó a declinar como lo hacen los gramáticos, diciendo: «*Rex, regis, regi, Regalianus*». En seguida, uno de 6  
los soldados, que constituyen un tipo de individuos

<sup>24</sup> De acuerdo con la numismática su nombre correcto es Regaliano, aunque en los manuscritos encontramos *Regilianus*, lectura que Hohl ha mantenido. Magie (*op. cit.*, III, p. 86 y n. 1) opina que el nombre *Regilianus* responde al deseo de mantener la singular etimología que se ofrece en X 3 y ss.

<sup>25</sup> Pueblo de Sarmacia, entre el Tanais (Don) y el Borístenes (Dniéper).

inclinado a llevar a efecto lo que piensa, dijo: «Entonces, ¿puede ser rey?», y otro: «¿Puede ejercer su poder real sobre nosotros?», y otro: «Dios te impuso el nombre de rey.» Para qué más. El día después de que tales frases fueran pronunciadas, cuando salió por la mañana, fue saludado como emperador por los soldados de primera línea <sup>26</sup>. De este modo, lo que a otros les fue entregado mediante la audacia o una razonada elección, a éste se lo dio una aguda broma. 7

Fue, no puede negarse, un hombre que siempre mereció la aprobación en los asuntos militares y que desde hacía tiempo resultaba sospechoso para Galieno porque parecía digno del poder supremo; era de origen dacio, pariente de Decébalos <sup>27</sup>, según se dice. Se conserva una carta del divino Claudio, entonces un simple ciudadano, en la que da las gracias a Regaliano, gobernador militar del Ilírico, por haber recuperado esta provincia, cuando todo se perdía por la indolencia de Galieno. Yo la encontré en su forma original y consideré que debía ser introducida aquí, pues tuvo un carácter oficial: 8  
 «Claudio a Regaliano con el saludo más afectuoso. Afortunado el Estado que ha merecido tener en sus campamentos militares a un hombre como tú, afortunado Galieno, aunque nadie le da a conocer la verdad, ni de lo bueno ni de lo malo. Bonito y Celso, los asistentes de nuestro emperador, me transmitieron cómo te comportaste en la batalla de Escupo <sup>28</sup>, cuántos combates realizaste en un solo día y con qué rapidez. Serías digno del triunfo si aún estuvieran vigentes las antiguas costumbres <sup>29</sup>. 9  
 10  
 11  
 12

<sup>26</sup> *Príncipes*. Su posición en el ejército implicaba un mayor prestigio e influencia sobre los demás soldados.

<sup>27</sup> Rey de los dacios, que causó numerosos problemas a Domiciano y fue vencido por Trajano, el año 107.

<sup>28</sup> Ciudad de Mesia, hoy Uskub.

<sup>29</sup> La posibilidad de celebrar la ceremonia del triunfo quedó restringida, a partir de Augusto, a los emperadores; sin embargo, durante la

Pero, ¿para qué decir más? Yo quisiera que tuvieras presente a cierto hombre y que cuando obtuvieses alguna victoria actuases más cautelosamente. Me gustaría que me enviases algunos arcos sarmáticos y dos capotes militares, pero provistos de hebillas, pues yo te he enviado algunos de los nuestros.»

Esta carta muestra cómo pensaba Claudio sobre Regaliano, una opinión que, en aquel tiempo era sin duda muy considerada. 13

Este hombre no fue apoyado en sus ascensos por Galieno, sino por su padre Valeriano, como Claudio, Macriano, Ingenuo, Póstumo y Aureolo, que fueron asesinados, todos ellos, mientras detentaban el poder imperial, aunque eran dignos de él. Es de admirar en el emperador Valeriano el hecho de que a todos aquellos a los que convirtió en generales, alcanzaran después el poder imperial con la aprobación de los soldados; de ellos se desprende que el anciano emperador se mostró en la elección de los generales del Estado, como la felicidad romana —si los hados hubiesen permitido que continuase el gobierno de un buen príncipe— lo exigía. ¡Ojalá hubiera sido posible que aquéllos que alcanzaron el poder hubieran podido gobernar por más tiempo, o que el gobierno del hijo de Valeriano hubiera durado menos, para que nuestro Estado se mantuviera en la posición que le corresponde! Pero la Fortuna fue demasiado complaciente consigo misma, cuando junto a Valeriano se llevó consigo a los buenos emperadores y mantuvo a Galieno más tiempo del que convenía al Estado. 14 15 16 17

---

república podía ser celebrada por cualquier magistrado con *imperium*, que cumpliera los demás requisitos exigidos para que pudiera llevarse a efecto; cf. J. Guillén, *Urbs Roma*, III, p. 529 y ss.

## AUREOLO

11 También este hombre, cuando dirigía los ejércitos de Iliria con desprecio hacia Galieno —como todos en aquel tiempo—, fue obligado por los soldados a asumir el poder imperial. Cuando Macriano con su hijo Macriano<sup>30</sup> se levantó contra Galieno con tropas muy numerosas, Aureolo derrotó a su ejército y atrajo a su causa a algunos soldados que se dejaron corromper. Y como a partir de entonces Aureolo se convirtió en un poderoso emperador, Galieno, tras intentar inútilmente dominar a un hombre tan fuerte, hizo la paz con él, en el momento en que se disponía a emprender la guerra contra Póstumo. Sobre este asunto ya se han dicho muchos detalles y aún habremos de contar alguno más. Después de que Galieno fue asesinado, Claudio trabó combate con Aureolo y le derrotó junto a ese puente que ahora se llama Puente de Aureolo<sup>31</sup>; allí Claudio le erigió un sepulcro, pero humilde, como corresponde a un usurpador. Todavía ahora se conserva un epitafio en griego que dice así:

«Claudio, después de muchos combates vencedor de este usurpador, dichoso al fin, otorga a Aureolo esta sepultura para honrar su muerte; él, que con toda justicia le ha sobrevivido, hubiera querido respetar su vida si su egregio ejército lo hubiera tolerado; pero con todo derecho sus soldados no han permitido que vivieran aquéllos que son indignos de él, y mucho menos Aureolo.

<sup>30</sup> Nos separamos de Hohl al rechazar la lectura *Macrino* de su edición y admitir, en cambio, la de *Macriano*, que aparece en Σ.

<sup>31</sup> Al Norte de Milán, sobre el río Adda, hoy se llama Pontirolo.



Claudio, que, sin embargo, es clemente, le ha  
 [consagrado un puente con su nombre,  
 y un sepulcro para conservar los últimos res-  
 [tos de su cuerpo».

Yo he escrito estos versos tal como han sido tra- 6  
 ducidos por un desconocido gramático; pues, aun-  
 que podían estar mejor traducidos, mi intención es  
 mantener la literalidad para que la verdad históri-  
 ca, que yo pienso he de guardar por encima de  
 todo, no se pierda, pues no me preocupo en abso-  
 luto de la elegancia de mi estilo. En efecto, yo me 7  
 he propuesto transmitir hechos y no sólo palabras,  
 sobre todo cuando los hechos son tan numerosos  
 como los que se encuentran reunidos en la vida de  
 los treinta usurpadores.

### MACRIANO <sup>32</sup>

12 Cuando fue capturado Valeriano, que durante  
 mucho tiempo fue uno de los hombres más ilustres  
 del Estado, después un valeroso emperador y por  
 último el más desgraciado de todos los mortales  
 —no sólo porque ya viejo pasó sus últimos años en-  
 tre los persas, sino también porque dejó descen-  
 dientes indignos de él—, Balista <sup>33</sup>, prefecto de Va-  
 leriano, y Macriano <sup>34</sup>, su general más relevante,  
 comprendiendo que Galieno no era digno de esti-  
 ma y que los soldados reclamaban otro emperador,  
 se reunieron en cierto lugar para ver qué podía ha-  
 cerse. Entonces se acordó que, puesto que Galieno 2

<sup>32</sup> Según la numismática el nombre correcto es Macriano y no Ma-  
 crino como aparece en ocasiones en los manuscritos de la *Historia Au-*  
*gusta* y en otros autores.

<sup>33</sup> Cf. 18.

<sup>34</sup> Algunos detalles de su sublevación nos son ya conocidos por *Ga-*  
*lienos*, 1,2.

se encontraba alejado y Aureolo había usurpado el poder imperial, debía nombrarse un príncipe —sin duda el hombre más capacitado— para que no surgiera ya ningún otro usurpador. A continuación Balista (según lo transmitido por Meonio Astianacte <sup>35</sup> que estuvo presente en esta reunión) pronunció estas palabras: «Mi edad, mi vocación y mi deseo me alejan en gran manera del poder imperial, pero yo —no puedo negarlo—, estoy buscando un buen príncipe. ¿Pero quién hay que pueda llenar el lugar de Valeriano a no ser quien sea tal como tu eres, fuerte, tenaz, íntegro, probado en las labores del Estado y —lo que es más conveniente para quien ocupa el poder—, poseedor de una gran fortuna? Por tanto, ocupa el lugar que corresponde a tus méritos. Mientras tu lo desees, podrás utilizarme como prefecto. Ojalá que tu sirvas al Estado de manera tan positiva que todo el mundo romano se alegre de que te hayas convertido en emperador.» A estas palabras Macriano contestó: «Yo sé, Balista, que no en vano el poder imperial se otorga al hombre prudente. Quiero, en efecto, auxiliar al Estado y apartar a aquella calamidad del timón de sus instituciones, pero esto no es propio de mi edad: soy anciano, no puedo dar ejemplo como jinete, debo bañarme con mayor frecuencia y al comer soy más delicado; las riquezas me apartaron ya hace tiempo de las costumbres militares. Debemos buscar a algunos jóvenes, y no a uno, sino a dos o tres muy valerosos, que, desde las diferentes partes del mundo, puedan restablecer el Estado que Valeriano, por su destino, y Galieno, con su género de vida, han echado a perder.» Después de estas palabras, Balista comprendió que Macriano, al hablar así, parecía estar pensando en sus hijos, y por eso replicó de este modo: «Hemos entregado el Estado

<sup>35</sup> Autor desconocido.

a tu sabiduría: confíalo a tus hijos, Macriano y Quieto, jóvenes valerosos, que ya hace tiempo fueron nombrados tribunos por Valeriano, pues, por el hecho de ser hombres buenos, no pueden estar a salvo mientras impere Galieno.» Entonces, Macriano, dándose cuenta de que sus pensamientos habían sido comprendidos, dijo: «Accedo a ello y de mi propio dinero daré una doble paga a los soldados. Pero tu has de ayudarme con la responsabilidad de la prefectura y debes procurar el aprovisionamiento necesario en los lugares convenientes. Ya me encargaré yo de que Galieno, un ser despreciable incluso entre las mujeres, conozca a los generales de su padre.» Entonces, Macriano, después de que con el consentimiento de todos los soldados fue nombrado emperador junto con sus hijos, Macriano y Quieto, inició enseguida la marcha contra Galieno, dejando sin solucionar los asuntos de Oriente. Pero cuando marchaba con un ejército de cuarenta y cinco mil soldados, se enfrentó a Aureolo en el Ilírico o en los límites de Tracia y, tras ser derrotado, fue asesinado junto a su hijo. Luego, treinta mil soldados se pasaron al bando de Aureolo. A Macriano le venció Domiciano<sup>36</sup>, el general más valeroso y enérgico de Aureolo, que decía descender de Domiciano y Domitila<sup>37</sup>.

Al tratar de Macriano, me parece inexcusable pasar en silencio la opinión de Valeriano, expresada por él en el discurso que desde la frontera con los persas envió al senado. Entre otras cosas leemos en el discurso del divino Valeriano: «Yo, padres conscriptos, estando ocupado en la guerra périca, he confiado a Macriano, en lo que concierne a los aspectos militares, la organización de todo el Esta-

<sup>36</sup> Cf. 13,3 y *Galienos* 2,6.

<sup>37</sup> Domitila era la nieta del emperador Domiciano, aunque esta descendencia parece falsa.

do <sup>38</sup>. El es fiel a vosotros, leal a mí y tan amado como temido por los soldados. Cuando dirija sus ejércitos, llevará a cabo sus propósitos del modo que sea. Y esto, padres conscriptos, no es nuevo ni 17 inopinado para vosotros. Su valor ha sido bien probado en Italia de niño, de adolescente en la Galia, de joven en Tracia, en África cuando era un hombre maduro, y finalmente, cuando su vida ya declinaba, en el Ilírico y Dalmacia, pues en diversos combates se comportó, para ejemplo de los demás, de manera muy valerosa. A esto debemos añadir 18 que él tiene hijos jóvenes dignos <sup>39</sup> de figurar en nuestra corporación de Roma y de nuestra amistad.» Y así seguía.

### MACRIANO EL JOVEN

- 13 Al escribir sobre el gobierno de su padre, se han expuesto ya muchos detalles acerca de este hombre, que nunca hubiera sido nombrado emperador si a los ojos del padre no pareciese digno de ello. Sobre el joven Macriano se han contado muchas ha- 2 zañas maravillosas, relativas a la valentía de sus años jóvenes. Sin embargo, ¿qué puede hacer la valentía de un solo hombre frente al destino, o de qué es capaz en el curso de las guerras? Pues, aunque era 3 un hombre enérgico y tenía la compañía de un sapientísimo padre —por cuya intervención había empezado a gobernar—, fue, como hemos dicho más arriba, vencido y despojado de treinta mil soldados por Domiciano. Noble por parte de su madre, por su padre sólo valiente y preparado para la guerra, alcanzó con enorme brillantez, la más alta

<sup>38</sup> Consideramos innecesaria la inclusión de la partícula *et*, que realiza Hohl.

<sup>39</sup> Volvemos a separarnos de Hohl, al considerar aquí más probable la lectura *dignos* que da Σ y acepta Magie.

jerarquía, después de haber ocupado los grados más bajos de la milicia.

## QUIETO

14 Este, como dijimos, era hijo de Macriano. Fue nombrado emperador con su padre y su hermano de acuerdo con la opinión de Balista. Pero cuando Odenato, que desde hacía algún tiempo ocupaba el Oriente, descubrió que Macriano, padre de Quieto, había sido vencido junto con su hermano por Aureolo, y que los soldados se habían apartado de su mando, como si reivindicase la causa de Galieno, mató enseguida al joven Quieto y con él a Balista, prefecto desde hacía mucho tiempo. Quieto fue un joven digno del imperio romano, que demostró ser hijo de Macriano y hermano de Macriano, quienes juntos fueron capaces de conducir el Estado en los momentos difíciles. 2

No me parece que deba omitirse al tratar de la familia de los Macrianos —la cual todavía hoy resplandece— algo que sus miembros han tenido siempre como característica peculiar. La imagen de Alejandro Magno de Macedonia aparecía siempre labrada en las monedas y en los anillos de los hombres y en las diademas<sup>40</sup>, brazaletes<sup>41</sup>, anillos y todo tipo de adornos de las mujeres; la costumbre se observaba hasta tal punto que aún hoy se conservan en esta familia túnicas, cinturones y capas de mujer, que muestran el retrato de Alejandro con bordados de diversa confección. Hace poco vimos a Cornelio Macro, varón de esta misma familia, mientras se celebraba una cena en el templo de Hér- 3 4 5

<sup>40</sup> *Reticulum*. Cf. *Maximinos*, n. 54.

<sup>41</sup> El *dextrocherium* era un brazalete que se llevaba en el brazo derecho, mientras el *spinter* adornada el izquierdo.

cules <sup>42</sup>, beber a la salud de un pontífice de una pátera de electro <sup>43</sup> que tenía en medio el rostro de Alejandro y alrededor contenía toda su historia en pequeñas y minúsculas pinturas, y cómo después mandó que ésta se pasase entre todos los admiradores de un hombre tan glorioso. Yo he puesto esto aquí porque dicen que son ayudados en todas sus obras quienes llevan labrada en oro o plata la imagen de Alejandro.

### ODENATO

- 15 Si Odenato <sup>44</sup>, príncipe de Palmira, no hubiera asumido el poder imperial, cuando Valeriano fue capturado y los recursos del Estado romano se encontraban agotados, todo se hubiera perdido en Oriente. Por esta razón, tras asumir, como primero de su linaje el título de rey, reunió un ejército y marchó contra los persas en compañía de Zenobia <sup>45</sup>, su mujer, de su hijo mayor, que se llamaba Herodes, y de Hereniano y Timolao <sup>46</sup>, los hijos menores. Primero sometió Nisibis y la mayor parte de Oriente con toda la Mesopotamia, después derrotó al mismo rey y le obligó a huir. Por último, persiguió a Sapor y a sus hijos hasta Ctesifonte, y, tras capturar a las concubinas y recoger su gran botín, volvió al oriente romano con la esperanza de poder derrotar a Macriano, que había empezado a gobernar contra Galieno, pero aquél

<sup>42</sup> Es difícil saber a qué templo se refiere, ya que existían en Roma varios templos dedicados a Hércules.

<sup>43</sup> Mezcla de cuatro partes de oro con una de plata que da el color del ámbar.

<sup>44</sup> Rey de Palmira que recibió de Galieno el gobierno de todas las provincias asiáticas y de Egipto. No existe constancia en otras fuentes de que se rebelara contra Galieno y asumiera el título de Augusto.

<sup>45</sup> Cf. 30.

<sup>46</sup> Cf. 27-28.

había marchado ya contra Aureolo y Galieno. como Macriano hubiese muerto <sup>47</sup>, Odenato mató a su hijo Quieto, mientras Balista, según afirman la mayoría, usurpó el poder imperial para evitar ser ejecutado. Entonces, después de restablecer la situación en gran parte de Oriente, fue asesinado con su hijo Herodes —quien había recibido el título de emperador junto a su padre al regreso de Persia— por su primo Meonio <sup>48</sup>, que también había asumido el poder imperial. Yo creo que los dioses estaban encolerizados con el Estado, cuando, desaparecido Valeriano, no quisieron conservar a Odenato. Con toda seguridad, él, en compañía de su mujer Zenobia hubiera restablecido no sólo el Oriente, al cual había llevado ya a su antigua situación, sino todas las partes del mundo entero. Hombre enérgico en la guerra y, según cuentan la mayoría de los escritores, famoso siempre por sus inolvidables cacerías, quien desde edad temprana consagró sus esfuerzos, como es deber de un hombre, a capturar leones, leopardos, osos y demás animales salvajes y vivió siempre en montes y selvas, soportando el calor, las lluvias y todas las calamidades que en sí contienen los placeres de la caza. Endurecido por ellas, soportó el sol y el polvo en las guerras pérsicas; y su esposa, que en opinión de muchos era más fuerte que su marido, no tenía costumbres diferentes, a pesar de ser la más noble de todas las mujeres de Oriente y, según afirma Cornelio Capitolino <sup>49</sup>, la más hermosa.

<sup>47</sup> Vencido por Domiciano, general de Aureolo, cf. 12.14.

<sup>48</sup> Cf. 17 y *Galienos* 13,1.

<sup>49</sup> Autor desconocido.

*HERODES*

- 16 Herodes, que no era hijo de Zenobia, sino de una mujer anterior de Odenato, recibió el título de emperador a la vez que su padre; fue un hombre sin igual en sus refinamientos e inclinado a los lujos de Oriente y Grecia, que tenía las tiendas de campaña adornadas con estatuillas, los pabellones engalanados con telas de oro y todos los detalles que son propios de los persas. Por ello Odenato, con el talento que le caracterizaba, y movido por el indulgente afecto de un padre, le entregó las concubinas del rey <sup>50</sup>, las riquezas y las piedras preciosas que había capturado. Zenobia mostraba hacia él la conducta propia de una madrastra y con ello consiguió que fuese el más querido de sus hijos para Odenato. Y nada más se ha conservado que pueda decirse sobre Herodes.

*MEONIO*

- 17 Este hombre, primo de Odenato, no estuvo movido, en el asesinato de aquel excelente emperador, por otra causa que no fuera una envidia despreciable, pues no tenía nada que reprocharle excepto el afán de lujo de su hijo Herodes. Dicen que previamente se había puesto de acuerdo con Zenobia, quien no podía soportar que su hijastro Herodes ocupase la más alta jerarquía antes de que sus hijos, Hereniano y Timolao, recibieran el título de príncipes. Lo cierto es que Meonio era también un ser inmundo y por eso, aunque por una equivocación fue aclamado emperador, enseguida fue ejecutado a manos de los soldados por los merecimientos contraídos con sus desmanes.

<sup>50</sup> Sapor I. Cf. 15,4.



## BALISTA

- 18 Acerca de éste, disputan los escritores entre sí sobre si llegó a ser emperador. Muchos dicen que, tras morir Quieto a manos de Odenato, Balista, aunque fue perdonado, se convirtió en emperador porque no se fiaba ni de Galieno, ni de Aureolo ni de Odenato. Otros afirman que, alejado ya de los 2  
cargos públicos, fue asesinado en una finca que había comprado para sí junto a Dafne <sup>51</sup>. Muchos han 3  
dicho que asumió la púrpura para gobernar según la costumbre romana, que se puso al frente del ejército e hizo muchas promesas sobre su gobierno, pero fue ejecutado por aquéllos a quienes Aureolo había enviado para apresar a Quieto, el hijo de Marciano, a quien Balista consideraba su propia presa. Fue un hombre ilustre, capaz en el gobierno del Estado, enérgico en sus decisiones, brillante en las 4  
campañas militares, excepcional en el aprovisionamiento de víveres, hasta tal punto grato a Valeriano que le elogió en una carta con tales argumentos: «Valeriano a Ragonio Claro <sup>52</sup>, prefecto del Ilírico y de las Galias. Claro, pariente mío, si en ti hay buen juicio —y yo sé que lo hay— sigue las 5  
disposiciones de Balista y administra a su manera. ¿Te das cuenta de cómo él deja sin gravámenes a 6  
los habitantes de las provincias, de cómo guarda los caballos allí donde hay forraje y consigue el aprovisionamiento de los soldados de lugares donde hay trigo, de cómo no obliga ni al habitante de la provincia ni al propietario de tierras a dar trigo cuando ellos carecen de él ni a apacentar caballos donde es imposible hacerlo. No hay mejor aprovisionamiento que solicitar en cada lugar aquello que se 7  
produce, de ese modo no se grava al Estado con los gastos de transporte y otros desembolsos. Galacia 8

<sup>51</sup> Localidad próxima a Antioquía, en Siria.

<sup>52</sup> Autor desconocido.

tiene abundancia de trigo, Tracia tiene sus graneros repletos y el Ilírico rebosa en su producción; es en esos lugares donde debe acampar la infantería, aunque en Tracia también podría invernar la caballería sin perjuicio de los provinciales, pues de sus campos se recoge gran cantidad de heno. Y el vino, el tocino y los otros alimentos deben ser proporcionados por aquellas regiones en las que tales productos se den con abundancia. Todos estos son consejos de Balista, quien ordenó que cada provincia suministrase sólo un producto, aquél del que tuviese excedente, y que el ejército se apartase de ella. Una resolución que fue oficialmente decretada.»

Se conserva también otra carta de Valeriano en la que da las gracias a Balista y muestra los consejos que por éste le fueron dados para gobernar el Estado, alegrándose de que, gracias a ellos, entre sus colaboradores no hubiese ningún tribuno figurativo —es decir, desocupado— ningún asistente que, realmente, careciese de trabajo, ningún soldado que, en verdad, no luchase nunca.

En fin, se dice que este hombre, cuando yacía en su tienda de campaña, fue asesinado por un soldado raso que pretendía ganarse el favor de Odenato y Galieno. Yo no he descubierto con suficientes garantías la verdad acerca de la persona de Balista, pues los escritores de aquel tiempo nos han tramitado muchos detalles sobre su prefectura, pero pocos sobre su reinado.

### VALENTE

19 Este hombre, un militar estimado también por el renombre de sus virtudes civiles, detentaba el gobierno de Acaya, cargo que le fue otorgado en aquél tiempo por Galieno. Macriano, que le temía profundamente porque sabía que era un hombre sobresaliente en todas las facetas de la vida y porque

se daba cuenta de que, a causa del odio que las buenas cualidades despiertan, Valente era un enemigo para él, ordenó que fuera asesinado tras enviar a Pisón, miembro de una familia que, entonces, era muy noble y de rango consular. Valente, que tomó <sup>3</sup> precauciones y se puso en guardia con gran diligencia, viendo que no podía auxiliarse a sí mismo de otro modo, asumió el poder imperial y, en breve tiempo, fue asesinado por los soldados.

### VALENTE EL VIEJO

- 20 Oportunamente se nos ocurre, al hablar de este Valente, mencionar también algunas cosas acerca de aquel Valente <sup>53</sup> que fue asesinado en tiempos de los anteriores emperadores. Pues, según se dice, fue <sup>2</sup> tío abuelo del Valente que asumió el poder bajo Galieno. Otros, sin embargo, aseguran que era su tío. De cualquier modo, la fortuna fue similar para <sup>3</sup> ambos, pues éste fue asesinado tras haber sido emperador en el Ilírico durante unos pocos días.

### PISÓN

- 21 Éste <sup>54</sup>, enviado por Macriano para asesinar a Valente, cuando, previendo el futuro, se dio cuenta de que éste sería nombrado emperador, se retiró a Tesalia y allí de acuerdo con no muchos más, asumió el poder imperial. Luego, después de recibir el sobrenombre de Tesálico, fue asesinado. Era un

<sup>53</sup> Mientras Decio marchaba a la guerra contra los godos en el año 250, este Valente usurpó en Roma el poder, pero pronto fue asesinado, cf. A. Víctor, *Caes.* 29,3. Seguramente, su inclusión aquí se debe al intento del biógrafo de completar el número de «Treinta usurpadores».

<sup>54</sup> Ningún otro autor nombra a este Pisón y la numismática no atestigua su existencia.

hombre de gran integridad, conocido en su tiempo con el nombre de *Frugi*<sup>55</sup> y que descendía de aquella familia de Pisones, a la que Cicerón se unió para aproximarse a la nobleza<sup>56</sup>. Fue un hombre muy estimado por todos los emperadores. El mismo Valente, quien se dice que envió a los hombres que le asesinaron, afirmó, según se cuenta, que él no estaba a bien con los dioses infernales, al haber ordenado que Pisón fuera ejecutado, pues aunque era su enemigo, el Estado romano no tenía hombre que pudiera igualársele. 2

Con agrado he introducido un decreto del senado sobre Pisón, con objeto de que se conozca su grandeza: el séptimo día antes de las calendas de julio, cuando se anunció que Pisón había sido asesinado por Valente y que éste último había muerto a manos de los suyos, Aurelio Fusco<sup>57</sup>, ciudadano de rango consular, que, tras reemplazar a Valeriano, era el primero en expresar su opinión, dijo: «Cónsul, consulta», y, después de ser interrogado, añadió: «Propongo honores divinos para Pisón, padres conscriptos; confío en que Galieno, Valeriano y Salonino, nuestros emperadores, han de aprobar tal determinación. No hubo hombre mejor ni más recto.» Consultados los demás, después de éste, decretaron para Pisón una estatua entre los generales triunfantes y un carro de cuatro caballos. Su estatua aún puede verse, pero la cuádriga que ellos decretaron, fue erigida con idea de que pudiera ser transportada y aún no ha sido repuesta en su antiguo lugar, pues se encontraba en estos parajes en los que fueron edificadas las Termas de Diocleciano, de nombre tan eterno como sagrado. 3 4 5 6 7

<sup>55</sup> *Frugi*. Adjetivo indeclinable que designa al hombre moderado, sobrio y honrado.

<sup>56</sup> Cicerón casó a su hija Tulia con Gayo Calpurnio Pisón Frugi.

<sup>57</sup> Cf. *Aureliano* 40,4, donde se habla de un individuo del mismo nombre que fue pryncónsul de Asia en el 274-275.

## EMILIANO

22 Es propio del pueblo egipcio, como de gentes de-  
 mentes o enloquecidas, situar al Estado en los más  
 graves riesgos a partir de cuestiones sin importan-  
 cia; frecuentemente, por saludos descuidados, por 2  
 no ceder el sitio en los baños públicos, por la carne  
 o las verduras intervenidas, por cuestiones relativas  
 al calzado de los esclavos u otras cosas similares,  
 llegaron en sus revueltas a poner en grave peligro  
 al Estado hasta tal punto que fue necesario dispo-  
 ner tropas en su contra. Así, pues, con el furor que 3  
 les caracteriza, cierto día en que un esclavo del cu-  
 rial<sup>58</sup>, que entonces gobernaba en Alejandría, fue  
 asesinado por un soldado, porque había dicho que  
 sus sandalias eran mejores que las militares, la mul-  
 titud, una vez congregada, se dirigió a la casa del  
 general Emiliano y le hostigó con toda la cólera y  
 todos los utensilios que son propios de los moti-  
 nes: se le arrojaron piedras, se le atacó con la es-  
 pada y no faltó ninguna de las armas usuales en una  
 rebelión. Obligado por tales hechos, Emiliano asu- 4  
 mió el poder imperial, pues en su fuero interno sa-  
 bía que de cualquier modo iba a morir. El ejército 5  
 de Egipto se mostró de acuerdo con él, sobre todo  
 por odio hacia Galieno. Y no le faltó vigor para go- 6  
 bernar el Estado, pues recorrió la Tebaida y toda  
 la provincia de Egipto, y, hasta donde le fue posi-  
 ble, apartó a los bárbaros con su firme vigor. En 7  
 fin, en gracia a sus virtudes se le llamó Alejandro  
 o Alejandrino (pues incluso esto es incierto). Cuan- 8  
 do preparaba una campaña contra los indios, el ge-  
 neral Teódoto, que había sido enviado por orden  
 de Galieno, le hizo prisionero y, según se dice, fue

<sup>58</sup> El *curator rei publicae*, institución municipal de suma importancia en el siglo III. Era nombrado por la *curia* pero el nombramiento exigía la ratificación imperial. Controlaba la administración y las finanzas de la ciudad en que gobernaba.

estrangulado en la cárcel, como ocurría con los antiguos presos <sup>59</sup>.

No creo que deba omitir, al referirme a Egipto, un hecho que transmiten los antiguos historiadores y que está al mismo tiempo relacionado con Galieno. Cuando éste quiso otorgar el poder proconsular a Teódoto, los sacerdotes se lo impidieron, diciendo que no era lícito llevar las insignias consulares a Alejandría. Esto —como bien sabemos— lo recuerda también Cicerón en su discurso contra Gabinio <sup>60</sup>, y, en fin, aún hoy tenemos la conciencia de que este asunto está vigente; por ello, conviene saber que, cuando vuestro padre Herenio Celso <sup>61</sup> aspira al consulado, no es lícito lo que desea. Pues, se dice, que en las cercanías de Menfis hay una columna áurea en la que está escrito en letras egipcias que Egipto sólo será libre cuando a esta provincia lleguen las togas pretextas y las fasces de los romanos. Lo que puede leerse en el gramático Próculo <sup>62</sup>, el hombre más sabio de su tiempo, cuando habla sobre las naciones extranjeras. 9  
10  
11  
12  
13  
14

## SATURNINO

23 Saturnino <sup>63</sup>, un hombre elegido por Valeriano, fue el mejor de los generales que hubo en la época de Galieno. También él, incapaz de soportar el de- 2

<sup>59</sup> Fue una práctica bastante común en tiempos de la república matar en el Tulliano (calabozo del Estado, llamado así por ser obra de Servio Tulio) a los jefes extranjeros que caían en manos de los generales romanos; recuérdense entre otros los casos de Yugurta o Vercingétorix.

<sup>60</sup> Gabinio fue un lugarteniente de Pompeyo que contribuyó con sus tropas a que Ptolomeo Auletes fuese restablecido en el trono. Cuando regresó a Roma, en el 54, Cicerón le atacó en un discurso que no conservamos.

<sup>61</sup> Desconocido.

<sup>62</sup> Probablemente, se refiere a Eutiquio Próculo, profesor de Marco Aurelio (cf. *Marco* 2,3).

<sup>63</sup> Cf. *Galienos* 9,1 y *Firmo* 11,1.

senfreno de Galieno, que ya pasaba las noches en públicas diversiones, empezó a dirigir a los soldados, a su manera, no como lo hacía su emperador, y recibió el poder imperial de manos del ejército. Fue un hombre de sabiduría inigualable, ilustre por su dignidad, por sus gratas costumbres y porque obtuvo victorias conocidas en todas partes, incluso entre los bárbaros. El mismo día en que fue revestido por los soldados con la túnica de los emperadores, se dice que pronunció estas palabras ante la asamblea: «Compañeros, habéis perdido un buen general y habéis hecho un mal príncipe.» En fin, después de llevar a cabo valerosas hazañas en el curso de su reinado, como adoptase una actitud disciplinada y severa hacia los soldados, fue asesinado por los mismos que le habían nombrado emperador. Una de sus disposiciones le ha hecho famoso, la de haber ordenado a los soldados que se sentasen a comer con los sayos para que sus piernas no estuvieran desnudas, en invierno con los más tupidos y en verano con otros más ligeros.

### TÉTRICO EL VIEJO

- 24 Después de que Victorino y su hijo fueran asesinados <sup>64</sup>, su madre Victoria —o Vitruvia—, recomendó para el imperio a Tétrico, senador del pueblo romano que dirigía el gobierno en la Galia; la razón para tal recomendación estribaba en el parentesco, que, según dicen muchos, existía entre ambos; luego hizo que se le llamase Augusto y nombró César a su hijo. Sin embargo, Tétrico, después de haber llevado a cabo muchas felices acciones y de haber gobernado durante mucho tiempo,

<sup>64</sup> Cf. 6-7.

fue vencido por Aureliano <sup>65</sup> y, como no pudiera soportar la desvergüenza y atrevimiento de sus propios soldados, se entregó, voluntariamente, a este príncipe tan duro y severo. Se ha transmitido, incluso, la cita de un verso, escrito inmediatamente por él a Aureliano:

«Libérame, Invicto de estas desgracias» <sup>66</sup>.

Sin embargo, Aureliano, de natural desconfiado y nada proclive a la reconciliación o a la clemencia, condujo en su triunfo a Tétrico, aunque era un senador del pueblo romano, de rango consular, que, con la autoridad de un gobernador, había dirigido el gobierno de todas las provincias galas; y lo mismo hizo, en aquel tiempo, con Zenobia <sup>67</sup>, la mujer de Odenato y con los dos hijos de éste, Hermiano y Timoleao <sup>68</sup>. Sin embargo, Aureliano, que era un hombre demasiado rígido, se sintió vencido por su conciencia y nombró a Tétrico, a quien había paseado en su triunfo, inspector <sup>69</sup> de toda Italia, esto es, de Campania, del Samnio, de la Lucania brucense, de la Apulia calabresa, de Etruria y Umbría, del Piceno, de la Flaminia y de toda región productora de trigo <sup>70</sup>; y no sólo consintió que Tétrico viviera, sino que incluso le mantuvo en la más ele-

<sup>65</sup> Según Eutropio (IX 13,1) en Catalaunos. Más detalles en A. Víctor, *Caes.* 35,4-5.

<sup>66</sup> Cf. *Eneida*, VI 365, donde Palinuro dirige a Eneas estas mismas palabras.

<sup>67</sup> Cf. 30,24-26.

<sup>68</sup> Cf. 27 y 28.

<sup>69</sup> *Corrector*. La finalidad y atribuciones de este cargo han sido muy discutidas; aunque fue creado a finales del siglo I no se convirtió en regular hasta el siglo III. Su labor de vigilancia no se circunscribía únicamente a las tareas financieras, sino que también atañía al orden público.

<sup>70</sup> En el siglo III Italia quedó dividida en dos regiones: la *annonaria*, que coincidía prácticamente con la Italia superior, y la *suburbicaria* (Italia central y meridional); según el autor, Tétrico fue nombrado *corrector* de toda Italia, pues las regiones que cita en primer lugar se corresponden casi con la Italia *suburbicaria*; cf. B. García, *op. cit.*, p. 953 y n. 24.



vada posición, llamándolo a menudo colega, algunas veces compañero y, de vez en cuando, incluso emperador.

### TÉTRICO EL JOVEN

25 Éste <sup>71</sup>, siendo niño, fue nombrado César por Victoria, después de que ella misma recibiera de manos del ejército el título de Madre de los Cam- 2  
pamentos. Aunque fue paseado en el triunfo de Aureliano junto a su padre, desempeñó después todos los cargos senatoriales; además, conservó intacto el patrimonio, que legó después a sus descendientes, y, según dice Aurelio Fusco <sup>72</sup>, fue siempre un hombre distinguido. Mi abuelo <sup>73</sup> solía contar que 3  
era amigo suyo y que nadie gozó de mayores preferencias delante de Aureliano o de los príncipes que le sucedieron. Se conserva en la actualidad la casa 4  
de los Tétricos, situada en el monte Celio, entre dos bosques y frente al templo de Isis, que construyó Metelo <sup>74</sup>; es muy hermosa, y en ella hay una pintura en la que se ve a Aureliano otorgando a los dos Tétricos la pretexto y la dignidad senatorial y recibiendo de ellos el cetro, la corona y la cíclada. La pintura es un mosaico <sup>75</sup> y, según se dice, el día de su inauguración los dos Tétricos ofrecieron un banquete a Aureliano.

<sup>71</sup> De acuerdo con las inscripciones y monedas su nombre era Pío Esvio Tétrico César. Se discute si fue o no nombrado Augusto.

<sup>72</sup> Cf. n. 57.

<sup>73</sup> Las alusiones al padre o abuelo del biógrafo (*Firmo*, 9,4; *Caracalla* 12,3; 14,1; 1; etc.) son imitación de Suetonio (*Otón*, X 1 y *Cal.* XIX 3).

<sup>74</sup> Desconocemos quién fue el Metelo que construyó este ejemplo, pero sabemos que existió un santuario consagrado a Isis en la cara norte del Celio.

<sup>75</sup> Preferidos aquí la lectura *musiuo* de Magie que la de *museo* que da P y admite Hohl.

## TREBELIANO

26 Avergüenza ya exponer cuántos usurpadores  
 hubo bajo Galieno por culpa de los vicios de aquel  
 hombre libertino, pues sus excesos eran tales que  
 hubiera merecido que el número de hombres que  
 se levantó contra él fuera más elevado, y su crueldad  
 era tan grande que con razón se le temía. Esta 2  
 crueldad la ejerció contra Trebeliano <sup>76</sup>, que fue he-  
 cho príncipe en Isauria <sup>77</sup> cuando los isaurianos 3  
 quisieron tener su propio jefe. Y, aunque algunos  
 le llamaban jefe de piratas <sup>78</sup>, él se otorgó a sí mis-  
 mo el título de emperador. Incluso, ordenó acuñar  
 moneda <sup>79</sup> y edificó un palacio en una ciudadela de  
 Isauria. Luego se replegó a las regiones recónditas  
 y seguras de los isaurios y, protegido por los mon-  
 tes y las estrecheces de aquellos lugares, mantuvo,  
 durante algún tiempo, el poder en Cilicia. Sin em- 4  
 bargo, Camsisoleo <sup>80</sup>, general de Galieno de origen  
 egipcio y hermano del Teódoto que había captura-  
 do a Emiliano, tras arrastrarle a campo abierto, le  
 venció y después le asesinó. A partir de entonces, 5  
 no se ha podido llevar a los isaurianos, que temían  
 que Galieno se ensañara con ellos, a terreno llano,  
 ni siquiera con la mediación humanitaria de algún  
 emperador. De hecho, a partir de Trebeliano se les 6  
 consideró bárbaros; su país, situado en suelo ro-  
 mano, se halla defendido, según el nuevo tipo de  
 protección, similar al *limes*, por los parajes y no  
 por los hombres. Pues no sobresalen por su tama- 7  
 ño ni tienen reconocido valor, son desconocedores

<sup>76</sup> Sólo conocido por la *Historia Augusta*.

<sup>77</sup> Comarca del Asia Menor, en la región montañosa del Tauro, entre la Pisidia y la Celicia.

<sup>78</sup> *Archipirata*. La Isauria era un famoso refugio de piratas y bandidos.

<sup>79</sup> No se ha conservado ninguna y puede que sea pura invención del biógrafo.

<sup>80</sup> Desconocido en otras fuentes.

del manejo de las armas e imprudentes en sus decisiones, pero están seguros en su territorio, porque si se sitúan en los lugares elevados no pueden ser atacados. El divino Claudio estuvo a punto de conseguir que abandonasen sus propias regiones y se establecieran en Cilicia, pues tenía la intención de entregar el territorio que estaba en poder de los isaurios a uno de los amigos que le eran más fieles, para que ninguna rebelión volviera a surgir desde aquellas tierras.

### HERENIANO

- 27 Cuando Odenato murió, dejó dos hijos, Hereniano y su hermano Timolao <sup>81</sup> en nombre de los cuales, Zenobia, tras usurpar para sí el poder imperial, gobernó más tiempo del que es conveniente e una mujer. A sus hijos, vestidos con el traje púrpuro, propio del emperador romano, los llevaba a las asambleas públicas, a las que asistía como lo haría un hombre, ensalzando, entre otros ejemplos, las figuras de Dido, Semiramis <sup>82</sup> y Cleopatra, fundadora de su estirpe <sup>83</sup>. Sobre la muerte de sus hijos todo es incierto; muchos dicen que fueron ejecutados por Aureliano y muchos otros que fallecieron de muerte natural, pues los descendientes de Zenobia todavía hoy se encuentran entre los nobles de Roma. 2

<sup>81</sup> También desconocidos en otras fuentes.

<sup>82</sup> Reina de los asirios que fue regente entre los años 810 y 805 a. de C. Según la leyenda, conquistó Media, Persia, Armenia, Egipto y Libia, y se mostró como una gran soberana.

<sup>83</sup> Cf. 30,2.

## TIMOLAO

- 28 Acerca de éste, consideramos digno de conocerse lo que ya hemos mencionado en relación a su hermano. Hay sólo un detalle que le separa de Hereniano, el haber puesto tanto afán en los estudios romanos que, en poco tiempo, consiguió confirmar lo que su maestro había insinuado sobre él, e incluso que se dijese que él hubiera podido convertirse en el más grande de los retóricos latinos. 2

## CELSO

- 29 Cuando las provincias galas, las orientales e incluso las del Ponto, Tracia y el Ilírico se encontraban separadas del imperio, y mientras Galieno frecuentaba las tabernas y pasaba la vida en los baños públicos y en las casas de placer, también los africanos, a instancias de Vibio Pasiene, procónsul de Africa, y de Fabio Pomponiano, general en jefe del *limes* de Libia, nombraron emperador a Celso <sup>84</sup>, revistiéndole con el peplo de la diosa Celeste <sup>85</sup>. Este hombre, que antiguamente había sido un tribuno destinado a África, vivía en sus posesiones como un simple particular, pero tal era su afán por la justicia y era tan grande el tamaño de su cuerpo que parecía digno del poder imperial. Trás ser nombrado emperador, fue asesinado, el séptimo día después de haber alcanzado el poder imperial, por una mujer de nombre Galiena, prima hermana de Galieno, y, por ello, apenas es mencionado entre los príncipes menos conocidos. A instancias de los sicenses <sup>86</sup>, que habían conservado su lealtad a Ga 2 3 4

<sup>84</sup> Nada nos es conocido en otras fuentes tanto de este Celso como de esos Pasiene o Pomponiano a los que acaba de citar.

<sup>85</sup> Cf. *Pértinax*, n. 16.

<sup>86</sup> Habitantes de Sicca, ciudad de Numidia, hoy el-Kef.

lieno, su cuerpo fue devorado por los perros, y, con un nuevo tipo de injuria, su imagen fue colocada en la cruz, mientras el vulgo se regocijaba como si estuviera viendo al propio Celso clavado en el patíbulo.

## ZENOBIA

30 Ya no quedaba ningún pudor; en las penosas circunstancias por las que pasaba el Estado, se llegó a tal punto que, mientras Galieno se comportaba de un modo incalificable, las mujeres, incluso, gobernaron de manera brillante, y aún las extranjeras. En efecto, una extranjera, de nombre Zenobia, de la que ya se han dicho muchas cosas, quien se jactaba de proceder del linaje de las Cleopatras y los Ptolomeos, después de la muerte de su marido Odenato, cubrió sus hombros con el manto imperial, adornándose con las vestiduras de Dido y admitiendo incluso la diadema<sup>87</sup>. Ocupó el imperio en nombre de sus hijos, Hereniano y Timolao, más tiempo del que una persona del sexo femenino podía soportar. Pues esta orgullosa mujer desempeñó las funciones de un rey, durante el mandato de Galieno y mientras Claudio se encontraba ocupado en la guerra con los godos, y sólo cuando con gran dificultad fue vencida por Aureliano y llevada en su triunfo, se sometió a la ley de Roma. 2 3

Se conserva una carta de Aureliano que testimonia el cautiverio de esta mujer. En efecto, como algunos le recriminaron que él, el más valeroso de los hombres, llevase en su triunfo a una mujer, como si se tratase de un general cualquiera, él, enviando una carta al senado y al pueblo romano, se 4

<sup>87</sup> La diadema era un tributo comúnmente utilizado por los reyes helénísticos; su empleo por parte de Zenobia, reina de Palmira, era completamente normal.

defendió en tales términos: «Oigo, padres coscriptos, que se me acusa de no actuar virilmente por llevar a Zenobia en el paseo triunfal. Aquéllos que por esto me reprenden no podrían alabarme bastante si supieran qué mujer es ésta, si conocieran su sabiduría en las decisiones, su firmeza en las disposiciones y su severidad frente a los soldados; cuán generosa es cuando la necesidad lo requiere, y cuán rígida cuando la disciplina lo exige. Puedo decir que fue por su intervención por lo que Odenato venció a los persas y, tras poner en fuga a Sapor, llegó a Ctesifonte<sup>88</sup>. Puedo asegurar que infundió tan gran temor entre los pueblos de Oriente y de Egipto que ni los árabes, ni los sarracenos, ni los armenios se revelaron contra su autoridad. Y no hubiera respetado su vida si no se supiera que ella fue muy útil al Estado romano, al retener para sí o para sus hijos el poder imperial en Oriente. Así, pues, que éstos, a los que nada complace, guarden para sí el veneno de sus propias lenguas. Pues si no es conveniente vencer y llevar en el triunfo a una mujer, ¿qué opinan de Galieno, para cuyo menosprecio ésta gobernó sabiamente el imperio?, ¿qué del divino Claudio, venerable y respetado general, que, según se dice, toleró que ella ejerciese el poder porque se encontraba ocupado en su expedición contra los godos? Y Claudio hizo esto calculada y sabiamente, para que, mientras ella guardaba la frontera oriental del imperio, él pudiera llevar a cabo con mayor seguridad lo que había determinado realizar.»

Este discurso muestra el juicio de Aureliano sobre Zenobia. De ella se dice que era tal su castidad que si no hubiera tenido el propósito de concebir, ni siquiera hubiera conocido a su marido. Pues, si en alguna alguna ocasión se acostaba con él, man-

<sup>88</sup> Cf. 15, 3-4.

tenía su continencia hasta que llegaba la menstruación, por ver si estaba embarazada, y sólo en caso contrario le daba de nuevo la oportunidad de tener hijos. Vivió con pompa real. Prefería ser venerada según los modos persas y dio banquetes a la manera en que lo hacen los reyes de esta nación. Según la costumbre de los emperadores romanos, marchaba a las asambleas públicas cubierta con un casco y ceñida con una faja de color púrpura, de cuya orla colgaban piedras preciosas, y que tenía en medio un brillante de forma de caracol, prendido como si fuera un broche de mujer y, frecuentemente, con uno de sus brazos desnudo. Era de rostro oscuro, de color moreno, con unos ojos negros que irradiaban un vigor extraordinario, de espíritu divino, de una belleza increíble. Sus dientes eran tan blancos que muchos pensaban que tenía perlas en lugar de dientes. La voz, clara y semejante a la de un hombre. La dureza de los tiranos, cuando la necesidad lo exigía; la clemencia de los buenos príncipes, cuando la indulgencia lo reclamaba. Prudentemente generosa se encargaba de la custodia del erario mejor de lo que es habitual en el género femenino. Se servía de un carruaje, rara vez de un coche de mujer<sup>90</sup>, y con frecuencia motaba a caballo. Se dice que a menudo caminaba con los soldados tres o cuatro millas<sup>91</sup>. Cazaba con la pasión de los hispanos. Bebía frecuentemente con los generales, aunque normalmente era muy sobria; también bebía con persas y armenios con el fin de mostrarse superior a ellos. Utilizó vasos de oro con piedras preciosas en los banquetes, sirviéndose de aquéllos que habían

<sup>89</sup> *Cochlis*. Brillante con forma de caracol, procedente de Arabia; cf. Plinio, N. H., XXXVII, 194.

<sup>90</sup> El *carpentum* era un carruaje de carga, utilizado a veces con fines militares. El *pilentum* era una carroza con suspensión, normalmente empleada por las damas romanas.

<sup>91</sup> La milla romana, como es sabido, equivalía a 1480 ms.

pertenecido a Cleopatra. En el servicio tenía eunucos de edad avanzada, rara vez doncellas. Ordenó a sus hijos que hablaran en latín, de manera que se expresaban en griego con dificultad y en pocas ocasiones. Ella misma no era totalmente desconocedora del latín, pero lo hablaba cohibida por la vergüenza; por contra, se expresaba en egipcio de manera perfecta. Conocía de tal modo la historia de Alejandro y de Oriente, que, según se dice, ella misma escribió un epítome. No obstante, leía en griego la historia latina.

Cuando Aureliano la hizo prisionera, tras ser conducida a su presencia, la inculpó en estos términos: «¿Por qué, Zenobia, te has atrevido a desafiar a los emperadores romanos?». Dicen que entonces ella contestó: «A ti, que has vencido, te reconozco como emperador, a Galieno, a Aureolo y a los demás príncipes no los consideraré tales. Confío en que Victoria <sup>92</sup> fuera semejante a mí, deseé, si la magnitud del territorio lo hubiese permitido, compartir con ella el poder real.» Así, fue conducida en un paseo <sup>24</sup> triunfal tan pomposo como ningún otro de los presenciados por el pueblo romano. Engalanada, en primer lugar, con unas gemas tan enormes que se fatigaba por el peso de sus adornos. Pues, según se dice, esta mujer tan valerosa se detenía a menudo diciendo que no podía soportar el peso de sus joyas. Además, sus pies estaban atados con cadenas de oro; sus manos, con unas esposas del mismo metal, y en su cuello no faltaba un grillete, también de oro, que sostenía delante de ella un bufón persa. Le fue perdonada la vida por Aurelio y dicen que desde entonces vivió con sus hijos, como lo hace una matrona romana, en una hacienda de Tívoli que le fue concedida; ésta, todavía hoy, lleva el nombre de Zenobia y está sigua-

<sup>92</sup> Cf. 31.



da no lejos del palacio de Adriano <sup>93</sup> y de ese lugar al que se le da el nombre de Concha.

### VICTORIA

31 No sería muy digno que también Vitruvia —o Victoria— ocupase un lugar en las letras, si las costumbres de Galieno no hubieran conseguido que incluso las mujeres fueran consideradas dignas de mención.

Ciertamente, Victoria, cuando vio que su hijo y 2  
su nieto habían sido ejecutados por los soldados y que Póstumo, después Loliano e incluso Mario <sup>94</sup> (a quien los soldados habían nombrado emperador) habían sido asesinados, aconsejó a Tétrico, de quien hemos hablado más arriba <sup>95</sup>, para el imperio, pues siempre acometía acciones propias de un hombre. Además, se distinguió también por el título de Madre de los Campamentos <sup>96</sup>, con que era conocida. Se emitieron monedas suyas de bronce, de oro y 3  
de plata <sup>97</sup>, cuyo cuño se conserva aún hoy entre los treviros <sup>98</sup>. Victoria no vivió mucho tiempo; fue 4  
asesinada cuando Tétrico detentaba el poder, según dicen algunos, mientras otros afirman que murió cuando la ley natural lo había prefijado.

Esto es lo que a mí me parece que debe mencionarse en relación con los treinta usurpadores. He 5  
reunido a éstos en un único volumen, pues si hubiese contado pormenorizadamente los hechos de cada uno, habría provocado un cansancio inmerecido e intolerable para el lector. Ahora voy a pasar 6

<sup>93</sup> Cf. *Adriano*, n. 102.

<sup>94</sup> Cf. 3, 5 y 8.

<sup>95</sup> Cf. 24.

<sup>96</sup> Este título fue regularmente empleado por las emperatrices a partir de Faustina (cf. *Marco*, 26,8).

<sup>97</sup> No se conserva ninguna.

<sup>98</sup> Pueblo de la Galia Bélgica.

al emperador Claudio. Acerca de éste a mí me parece que ha de publicarse, por los méritos que con-  
trajo durante su vida, un volumen aparte, aunque sea breve, incluyendo en él a su hermano<sup>99</sup>, un hombre sin igual, de modo que puedan referirse al menos unas cuantas cosas sobre una familia tan noble y venerable.

Yo he introducido a las mujeres intencionadamente en este libro, con el fin de burlarme de Galieno, el monstruo más grande que hubo de soportar el Estado romano. Ahora voy a añadir dos usurpadores más, que, por así decirlo, son supernumerarios, ya que no son de esta época, pues uno vivió en tiempos de Maximino y el otro durante el mandato de Claudio; de esta forma, en este volumen, estarán incluidos treinta hombres que usurparon el poder imperial. Te ruego a ti, que habías recibido el libro ya completo, que me comprendas y quieras incluir en tu volumen a éstos a quienes, igual que a Valente el Viejo<sup>100</sup> en este libro, yo pretendía incluir, después de Claudio y Aureliano, entre esos que vivieron entre Tácito y Diocleciano. Pero la exactitud de tus conocimientos, al recordar la historia, corrigió mi error. Así, pues, doy gracias porque la generosidad de tu sabiduría haya completado mi título. Ninguno podrá decir en el templo de la Paz<sup>101</sup> que yo he incluido mujeres entre los usurpadores, es decir, usurpadoras o «usurpatrices», como ellos suelen, entre risas y bromas, echarme en cara. Tienen el número completo, reunido en mi obra desde los más ocultos secretos de la historia. Pues he añadido<sup>102</sup> a Tito y a Censo-

<sup>99</sup> Su nombre era Quintilo; cf. *Claudio* 12.

<sup>100</sup> Cf. 20.

<sup>101</sup> Edificio majestuoso, construido por mandato de Vespasiano en el año 75 de C., que contaba con una gran biblioteca y, por lo que aquí se dice, era lugar de reunión de críticos y literatos.

<sup>102</sup> Aceptamos aquí la conjetura *addentur* de Peter para llenar la laguna de P.

rino —el primero, como ya dije, vivió bajo el mandato de Maximino y el otro en tiempos de Claudio—, quienes fueron asesinados por los mismos soldados que antes les habían revestido con la púrpura imperial.

## TITO

- 32 Cuanta Dexipo, y no lo ocultan Herodiano y todos los que transmitieran tales relatos a la posteridad, que Tito <sup>103</sup>, un tribuno de los mauritanos a quien Maximino había reducido a la condición de simple ciudadano, por miedo a una muerte cruenta, según aquéllos refieren, pero de mala gana y obligado por los soldados, como afirma la mayoría, se alzó con el poder imperial; y añaden que él fue asesinado por sus propios soldados, pocos días después de que hubiera sido sometido el levantamiento que el consular Magno <sup>104</sup> dirigió contra Maximino. Dicen, sin embargo, que fue emperador durante seis meses. La actitud de este hombre hacia el Estado, tanto en la patria como en el extranjero, fue siempre elogiabile, pero en su mandato imperial se mostró poco afortunado. Por otra parte, algunos aseguran que fue nombrado emperador por los arqueros armenios <sup>105</sup>, a quienes Maximino, por ser partidarios de Alejandro, detestaba y había dado motivos de ofensa. No debes sorprenderte de que haya tan gran diversidad de opiniones acerca de este hombre, pues su nombre apenas nos es conocido. Calpurnia era su esposa, una mujer respetada y venerable del linaje de los Cesoninos —es decir, de

<sup>103</sup> Cf. *Maximinos*, 11, 1-4. Herodiano (VII 1,9-10) se refiere a él con el nombre de *Quartinus*.

<sup>104</sup> Cf. *Maximinos*, 10.

<sup>105</sup> En *Maximinos*, 11,1 se dice que eran osroenos.

los Pisones <sup>106</sup> — a la que nuestros antepasados re-  
 verenciaron, como sacerdotisa casada una sola vez,  
 entre las más venerables mujeres y cuya estatua ve-  
 mos todavía en el templo de Venus, de piedra la  
 parte superior y el resto de oro. Se dice que poseía 6  
 unas perlas muy grandes, que habían pertenecido a  
 Cleopatra, y una fuente <sup>107</sup> de plata de cien libras  
 de peso, que han recordado muchos poetas, y en la  
 que aparecía inscrita la historia de sus antepasados.

A mí me parece que he ido más lejos de lo que 7  
 el asunto requería. Pero, ¿qué voy a hacer?; el sa-  
 ber, por una inclinación natural, resulta prolijo. Por 8  
 eso vuelvo a Censorino, hombre de noble cuna,  
 pero que, según se dice, gobernó durante siete días,  
 más para perjuicio que para bien del Estado.

### CENSORINO

33 Era un hombre entregado por completo a la mi-  
 licia y a la antigua dignidad de la Curia, que fue  
 dos veces cónsul, dos veces prefecto del Pretorio,  
 tres veces prefecto de la Ciudad, cuatro veces pro-  
 cónsul, tres veces legado de rango consular, dos ve-  
 ces de rango pretorio, cuatro veces de rango edili-  
 cio y tres del cuestorio, y que fue encargado de una  
 legación extraordinaria a los persas y otra a los sár-  
 matas <sup>108</sup>.

Sin embargo, después de todos estos cargos, 2  
 cuando envejecía en su hacienda, cojeando incluso  
 de un pie a causa de una herida que había recibido

<sup>106</sup> El segundo *cognomen* de L. Calpurnio Pisón Cesonio, cónsul del  
 año 148 a. de C., pasó a sus descendientes.

<sup>107</sup> *Lanx*. Bandeja honda, de gran tamaño, que realizaba con metales  
 preciosos tenía un uso decorativo. Muy estimadas en Roma, además de  
 por su valor material, por el valor artístico de sus adornos.

<sup>108</sup> Es imposible que un individuo que hubiera ejercido tantas y tan  
 importantes funciones no haya dejado huella en ninguna otra parte; o  
 nunca existió o su importancia fue mucho menor.

en la guerra contra los persas, en tiempos de Valeriano, fue hecho emperador y por broma de los bufones se le dio el nombre de Claudio <sup>109</sup>. Pero como actuara con enorme serenidad y se hiciera insoportable para los soldados a causa de su rígida disciplina, fue asesinado por los mismos que le habían nombrado. Se conserva su sepulcro en los alrededores de Bolonia y en él se han inscrito con grandes letras todos los cargos que desempeñó; pero en la última línea se ha añadido: «Afortunado en todas las cosas, desafortunadísimo emperador.» Su familia todavía existe, muy conocida por el nombre de los Censorinos, una parte de la cual, por aversión a los asuntos de Roma, marchó a Tracia, otra a Bitinia. Su casa, muy hermosa y emplazada junto a la Mansión de los Flavios <sup>110</sup>, también se conserva y, según se dice, en otro tiempo perteneció al emperador Tito.

Tienes completo el número de los treinta usurpadores, tú, que disputabas conmigo en unión de los malintencionados, aunque, sin duda, con buena intención. Ahora da a quien tú quieras este librito, escrito no tan elegante como fidedignamente. A mí me parece que yo no he prometido elegancia, sino hechos, pues estos libros, que yo he compuesto sobre la vida de los príncipes, no los escribo, sino que los dicto, y los dicto con esa rapidez que —como si yo hubiese prometido algo o tú me lo hubieras pedido— me exigés, de tal modo que no tengo posibilidades de respirar.

<sup>109</sup> *Claudus*, en efecto, significa «cojo».

<sup>110</sup> Situada en el Quirinal, fue construida por Vespasiano y convertida en templo por Domiciano, (cf. Suetonio, *Dom.* I 1). El término *Gentes* tiene en este pasaje la significación propiamente material de «Mansión».

## 25. EL DIVINO CLAUDIO

(Trebelio Polión)

1 Hemos llegado al emperador Claudio <sup>1</sup>, quien, por respeto al César Constancio <sup>2</sup>, debe ser tratado en nuestros escritos con la debida solicitud.

En efecto, yo no pude negarme a escribir acerca de él cuando he escrito acerca de otros emperadores elegidos tumultuariamente, es decir, reyezuelos, en ese libro que he redactado sobre los treinta usurpadores y que ahora contiene incluso el linaje de Cleopatra <sup>3</sup> y el de Victoria <sup>4</sup>; pues las cosas llegaron a tal punto que yo he escrito las vidas de las mujeres por hacer una comparación con el mal gobierno de Galieno. Ciertamente no era lícito pasar en silencio a este príncipe que dejó tan notables descendientes de su linaje <sup>5</sup>; que con su propio valor puso fin a la guerra con los godos; que cuando fué vencedor intentó resolver los desastres públicos; que, aunque no fue el artífice de la conjura, al em-

---

<sup>1</sup> Conocido normalmente como Claudio II, el primero de los emperadores ilíricos (cf. 9,9); ocupó el poder entre los años 268 y 270.

<sup>2</sup> El parentesco existente entre Claudio y Constancio Cloro, a quien se refiere en el pasaje, no está claro en las fuentes. Más adelante (cf. 13), este biógrafo sostiene que Constancio era sobrino nieto de Claudio; sin embargo, en Eutropio (IX 22) y Zonaras (XII 26) se dice que Constancio era nieto de Claudio. Esta disparidad en las fuentes ha provocado que muchos críticos duden de la existencia real de tal parentesco.

<sup>3</sup> Alusión a Zenobia; cf. *Treinta Usurpadores*, 30,2.

<sup>4</sup> Cf. *Treinta Usurpadores*, 31, 1-4.

<sup>5</sup> Constancio Cloro, Constantino, etc.

pezar a gobernar para bien del género humano, apartó a Galieno, un monstruoso emperador, del timón del Estado; que, si se hubiera mantenido más tiempo a la cabeza de la república, nos habría devuelto con su fuerza, sus consejos y su cautela a los Escipiones, a los Camilos y a todos aquellos hombres de la antigüedad. El tiempo que aquél se mantuvo en el poder fue, no puedo negarlo, breve, pero breve habría sido el mandato de un hombre como él, aunque hubiera podido gobernar tanto tiempo como dura la vida de los hombres. ¿Qué hay en él que no sea admirable? ¿Qué hay que no llame la atención? ¿Qué, que no deba anteponerse a aquellos antiguos triunfadores? En él se hallaban presentes el valor de Trajano, la piedad de Antonino, la moderación de Augusto y las buenas cualidades de los grandes príncipes en un grado tal que no necesitaba el ejemplo de otros, antes al contrario, si aquéllos no hubieran existido, él hubiera dado el ejemplo a seguir por los demás. Los más sabios astrólogos consideran que al hombre le han sido otorgados ciento veinte años para vivir y repiten que a ninguno se le han concedido más; añaden, incluso, que sólo Moisés, el amigo de Dios, como dicen los libros de los judíos, vivió ciento veinticinco años<sup>6</sup>, y que, cuando se quejó de morir joven, se le respondió, según dicen, a través de una desconocida divinidad que ninguno viviría más que él. Por lo cual, aunque Claudio hubiera vivido ciento veinticinco años, su vida, admirable y asombrosa, nos muestra que nadie habría visto su muerte como algo ineludible o esperable, como dice Tulio acerca de Escipión<sup>7</sup>. ¿Pues qué tuvo aquel hombre que no fuera grande tanto en la patria como en el extranjero? Amó a los padres, lo que no es sorprendente. Amó también a sus hermanos, lo que ahora es casi

<sup>6</sup> Según *Deuteronomio* XXXIV 11, Moisés vivió ciento veinte años.

<sup>7</sup> Cicerón, *Mil*, 16, al referirse a Escipión Emiliano.

asombroso. Amó incluso a sus allegados, y esto, en nuestros tiempos, debe ser ya considerado como un milagro. No envidió a nadie, pero persiguió a los malvados. Condenó pública y abiertamente a los jueces corrompidos y mostró hacia los necios una casi negligente condescendencia. Promulgó leyes 7  
excelentes. Fue tan provechoso para el Estado que 8  
los más grandes príncipes eligieron a sus descendientes para ocupar el poder imperial y un senado muy mejorado se inclinó por tal opción.

3 Alguno puede pensar que yo hablo así para ganarme el favor del César Constancio, pero tu buen juicio y mi propia vida son testigos de que yo nunca he pensado, he dicho o he hecho nada para complacer a alguien <sup>8</sup>. Yo estoy hablando del emperador Claudio, a quien su vida, su bondad y todas las acciones que llevó a cabo en favor del Estado, otorgaron tan gran renombre entre las generaciones que le sucedieron, que el senado y el pueblo romano le recompensaron con nuevos honores después de su muerte: en reconocimiento hacia él, el 3  
senado, con el consentimiento de todos, colocó en la Curia romana un *clypeus aureus* —o, como dicen los gramáticos, un *clypeum aureum* <sup>9</sup>— de manera que aún hoy puede verse su rostro en el busto que está grabado en él. En su honor —lo que nunca antes se había realizado— el pueblo romano con 4  
sus propios recursos le erigió una estatua aurea de diez pies de alto <sup>10</sup> en el Capitolio, enfrente del templo de Júpiter Óptimo Máximo. En su recuerdo 5  
do, con la aprobación de todo el mundo, se colocó

<sup>8</sup> Consciente el propio biógrafo del carácter exageradamente panegirista de esta vida, rechaza en varios pasajes las imputaciones de adulación (cf. 6,5; 8,2; 9,5).

<sup>9</sup> El *clipeus* era un escudo donde solían estar representados bustos de dioses o grandes hombres. La forma masculina en *us* es más frecuente que la neutra *um*, aunque ambas alternan en nuestros textos.

<sup>10</sup> Un pie son 29,6 cm, por tanto la estatua medía casi tres metros de alto.



en los *Rostra* <sup>11</sup> una columna que sostenía una estatua suya de mil quinientas libras <sup>12</sup> de plata, en la que vestía la túnica palmada <sup>13</sup>. Fue él quien, pensando en el futuro, agrandó la Mansión de los Flavios <sup>14</sup>, que había pertenecido a Vespasiano, a Tito y —me cuesta pronunciar su nombre— a Domiciano. El, quien, en un breve espacio de tiempo, puso fin a la guerra con los godos <sup>15</sup>. Por ello, el senado y el pueblo romano, las naciones extranjeras y las provincias se han mostrado adulatoras de su recuerdo, pues todos los órdenes sociales, todas las edades y todas las ciudades han honrado al buen príncipe con estatuas, insignias, coronas, templos y arcos triunfales.

4 Es interesante para aquéllos que imitan a los buenos príncipes y para todo el género humano, conocer los decretos del senado emitidos acerca de este hombre, para que todos conozcan la opinión oficial que de él se tenía. En efecto, cuando el noveno día antes de las calendas de abril, el día de la Sangre <sup>16</sup>, se anunció en el santuario de la Madre que Claudio había sido nombrado emperador, aunque no se pudo reunir al senado a causa de la celebración de los ritos sagrados, los senadores se vistieron con sus togas y marcharon al templo de Apolo <sup>17</sup>, y allí, una vez leída la carta del príncipe Clau-

<sup>11</sup> Ya sabemos que recibía tal nombre la tribuna desde donde los oradores arengaban al pueblo, adornada con los espolones de las naves tomadas al enemigo.

<sup>12</sup> La libra romana equivalía a 327 gramos y era su unidad superior de peso.

<sup>13</sup> Cf. *Gordianos*, n. 12.

<sup>14</sup> Cf. *Treinta Usurpadores*, n. 110.

<sup>15</sup> Cf. 6-9.

<sup>16</sup> Los *Galli* o sacerdotes de la *Magna Mater*, Cibeles, celebraban el 24 de marzo, segundo día de las fiestas en honor de la diosa, en el Palatino, un ritual que consistía en origen en la castración de los mencionados sacerdotes y, posteriormente, se redujo a un corte simbólico en el brazo del *Archigallus*, el sumo sacerdote, para derramar unas gotas de sangre.

<sup>17</sup> Construido por Augusto en el Palatino.

dio, pronunciaron estas aclamaciones en su honor: 3  
 «Augusto Claudio, ¡qué los dioses te guarden!»  
 Esto se dijo sesenta veces. «Augusto Claudio, siem-  
 pre deseamos tenerte a ti como príncipe o a alguien  
 semejante a ti.» Se dijo cuarenta veces. «Augusto  
 Claudio, el Estado te necesitaba.» Se dijo cuarenta  
 veces. «Augusto Claudio, tu eres un hermano, un  
 padre, un amigo, un buen senador, un auténtico 4  
 príncipe.» Se dijo ochenta veces. «Augusto Clau-  
 dio, líbranos de Aureolo.» Se dijo cinco veces. «Au-  
 gusto Claudio, líbranos de los palmiranos.» Se dijo  
 cinco veces. «Augusto Claudio, líbranos de Zeno-  
 bia y de Vitruvia.» Se dijo siete veces. «Augusto  
 Claudio, Tétrico no realizó nada.» Se dijo siete ve-  
 ces.

5 Tan pronto como fue nombrado emperador, Cla-  
 udio entabló combate con Aureolo<sup>18</sup>, que había  
 sido una pesada carga para el Estado por compla-  
 cer en exceso a Galiano, le apartó del timón del Es-  
 tado y le consideró un usurpador en las proclamas  
 enviadas al pueblo y en los mensajes dirigidos al se-  
 nado. Además, este duro e inflexible emperador no 2  
 escuchó a Aureolo cuando con sus ruegos solicitaba  
 un tratado de paz, sino que le rechazó con tal res-  
 puesta: «Esto deberías haberlo solicitado de Galie-  
 no, que tenía costumbres similares a las tuyas y ade-  
 más te habría tenido miedo». Finalmente, por 3  
 decisión de sus propios soldados, Aureolo tuvo, cer-  
 ca de Milán, una muerte digna de su vida y de sus  
 costumbres; y, sin embargo, algunos historiadores  
 han intentado alabarlo, exponiéndose, sin duda, al  
 ridículo. Pues Galo Antípater<sup>19</sup>, esclava de los car-  
 gos y deshonor de los historiadores<sup>20</sup>, al referirse 4

<sup>18</sup> Cf. *Treinta Usurpadores*, 11.

<sup>19</sup> Autor desconocido.

<sup>20</sup> *Ancilla honorum et historicorum debonestamentum*; la frase, tal como apunta Magie (*op. cit.*, III, p. 160 y n. 3), puede ser imitación de Salustio (*Historiae* I, frag. 55,22): *ancilla turpis, bonorum omnium debonestamentum*.

a Aureolo, comenzó así: «Llegamos a un emperador que hace honor a su propio nombre». Como si con el nombre del oro se designe una excelsa virtud; pero yo sé que entre los gladiadores a menudo se da este nombre a los buenos combatientes. Recientemente tu libro sobre los juegos recogía este nombre en la lista de los luchadores.

6 Pero volvamos a Claudio. Pues, como más arriba dijimos, aquellos godos, que se habían escapado después de las persecuciones de Marciano <sup>21</sup>, y éstos, a los que Claudio había impedido la huida <sup>22</sup>, para evitar que ocurriese lo que entonces se cumplió, concitaron a todos los pueblos de su entorno para conseguir el botín de Roma. Finalmente, las diversas tribus de los escitas, los peucinos, los grutungos ostrogodos, tervingos, visigodos, gipedes, celtas e, incluso, hérulos, en su afán de pillaje, irrumpieron en territorio romano y allí devastaron muchas regiones, mientras Claudio se ocupaba de otras cuestiones y preparaba, como lo hace un buen comandante, la guerra que después emprendió. Entonces, pareció que el destino de Roma se detenía ante los lentos preparativos del buen príncipe, pero yo creo que la gloria de Claudio creció de este modo, y que su victoria le hizo más ilustre en todas las partes del mundo. Había, entonces, trescientos veinte mil hombres de aquellos pueblos dispuestos a luchar. Quien nos acusa de adulación, que diga ahora si Claudio no merecía ser querido. Trescientos veinte mil guerreros. ¿Que alguien me diga si Jerjes <sup>23</sup> tuvo tantos!, ¡si alguna leyenda ideó un número tan elevado!, ¡si algún poeta lo concibió! Había trescientos veinte mil soldados. Añade a sus

<sup>21</sup> Cf. *Galieno*, 6,1.

<sup>22</sup> Claudio, como general de Galieno, obtuvo una gran victoria sobre los alamanes, que le valió el sobrenombre de Germánico.

<sup>23</sup> Según Herodoto, Jerjes cruzó el Helesponto con 1.700.000 infantes y 80.000 jinetes.

esclavos, añade a sus familias, añade sus carabanas y piensa en los ríos desecados, en los bosques destruidos y en el cansancio de la misma tierra, que soportó a una masa tan ingente de bárbaros.

7 Existe una carta suya, enviada al senado para ser leída ante el pueblo, en la que alude al número de bárbaros; la carta es como sigue: «El emperador Claudio al senado y al pueblo romano». (Se dice que él mismo la dictó y yo no quiero la versión del *magister memoriae*)<sup>24</sup>. «Padres conscriptos, oid con admiración lo que es verdad. Trescientos veinte mil guerreros bárbaros han venido al territorio romano: si yo los venciese agradeced mis servicios; si no venciese, sabed que yo intenté luchar después del gobierno de Galieno. Todo el Estado está exhausto; vamos a luchar ahora, después de Valeriano, después de Ingenuo, después de Regaliano, después de Loliano, después de Póstumo, después de Celso, después de otros mil que se separaron del Estado por desprecio hacia el emperador Galieno. Ya no quedan escudos, ni espadas, ni lanzas. Las Galias e Hispania, los pilares del Estado, se encuentran en poder de Tétrico, y todos los arqueros —avergüenza decirlo— pertenecen a Zenobia. Cualquier cosa que hagamos será bastante grande».

Luego, Claudio venció a estos pueblos gracias a su innato valor y en poco tiempo los aniquiló, permitiendo sólo a algunos de ellos regresar al territorio patrio. Me pregunto qué valor tiene ante tan gran victoria un escudo en la curia o qué clase de recompensa es una estatua de oro<sup>25</sup>. Dice Ennio<sup>26</sup> refiriéndose a Escipión: «¿Qué estatua, qué columna hará el pueblo romano para representar tus hazañas?». Podemos decir que Flavio<sup>27</sup> Claudio, un

<sup>24</sup> Cf. *Pescenio Nigro*, 7,4 y n. 11.

<sup>25</sup> Cf. 3,1 y ns. 9 y 10.

<sup>26</sup> Un pasaje del poema *Scipio*, en el que Ennio elogiaba a Escipión Africano.

<sup>27</sup> El nombre Flavio que se da aquí a Claudio es inexacto y responde

emperador sin rival en todo el mundo, no se sirvió de columnas, ni de estatuas, sino del poder de su renombre.

- 8 Tenían, además, dos mil naves, es decir, dos veces el número con el que toda Grecia y toda Tesalia intentaron atacar en otro tiempo las ciudades de Asia<sup>28</sup>. Pero este número lo imaginó la pluma de un poeta y la cifra que nosotros damos se apoya en datos históricos. Y, sin embargo, los escritores adu- 2  
lamos a Claudio, un hombre que destruyó, aplastó y aniquiló a dos mil naves y a trescientos veinte mil guerreros bárbaros, que unas veces ordenó quemar y otras entregó a la servidumbre romana, junto con sus familias, un convoy tan grande como el que tal multitud de guerreros pudo preparar y disponer para sí. Esto lo prueba una carta suya que escribió 3  
a Junio Broco<sup>29</sup>, encargado entonces de defender el Ilírico: «Claudio a Broco. Hemos aniquilado a 4  
trescientos veinte mil godos, hemos hundido dos mil naves. Los ríos están tapados por sus escudos, 5  
todas las playas están cubiertas de sus espadas y sus lanzas. Los campos se ocultan debajo de sus huesos; ningún camino está limpio, el inmenso convoy ha sido abandonado. Hemos capturado a tan gran 6  
número de mujeres que el soldado vencedor puede unirse con dos o con tres. ¡Ojalá el Estado no hubiera tenido que sufrir a Galieno! ¡Ojalá no hubiera tenido que soportar a los seiscientos usurpadores! ¡Cuánto se hubiera engrandecido la república se estuvieran indemnes los soldados que fueron castigados por tantos combates, si se hallaron a salvo las legiones que Galieno, un mal vencedor<sup>30</sup>, des-

---

al deseo del biógrafo de relacionarlo con Flavio Valerio Constancio Cloro.

<sup>28</sup> Alusión a la guerra de Troya.

<sup>29</sup> Desconocido en otras fuentes.

<sup>30</sup> A su pesar, el biógrafo reconoce aquí las victorias de Galieno sobre los godos y Aureolo (cf. *Galienos* 13,6 y 14,1).

truyó! Sin duda, mi actividad une ahora los miembros de ese naufragio político al cuerpo del Estado romano».

Se luchó junto a los mesios y hubo muchos combates cerca de Marcianópolis<sup>31</sup>. Muchos hombres murieron en los naufragios, muchos reyes fueron capturados, mujeres nobles de los diferentes pueblos fueron conducidas como cautivas, las provincias romanas se llenaron con los esclavos bárbaros y los agricultores escitas<sup>32</sup>. El que antes era godo se convirtió en colono del *limes* bárbaro. No hubo región alguna que no dispusiera de esclavos godos como adornos de su triunfo. ¿Y qué podría decir de esos bueyes bárbaros que vieron nuestros antepasados? ¿Y de esas ovejas? ¿Y de esas yeguas celtas que la fama ha divulgado? Todo eso contribuye a la gloria de Claudio. Pues, Claudio no sólo dio seguridad al Estado sino también abundancia de riquezas. Se luchó también en Bizancio, comportándose con gran valentía los bizantinos que habían logrado sobrevivir. Se luchó en Tesalónica, que había sido sitiada por los bárbaros, mientras Claudio estaba ausente. Se luchó en diversas regiones y en todas ellas, bajo los auspicios de Claudio, los godos fueron vencidos, hasta tal punto que ya entonces parecía preparar un Estado seguro para su futuro nieto, el César Constancio<sup>33</sup>.

10 Oportunamente recuerdo que es necesario contar un oráculo, que, según se dice, recibió Claudio en Comagene<sup>34</sup>, con objeto de que todos conozcan que el linaje de Claudio fue instituido por vo-

<sup>31</sup> Ciudad de la Mesia inferior, fundada por Trajano, a la que dio el nombre de su hermana Marciana.

<sup>32</sup> Sabemos por otras fuentes que muchos de los pueblos bárbaros derrotados se asentaron en suelo romano en calidad de granjeros, cf. Zósimo I 46.

<sup>33</sup> Cf. n. 2.

<sup>34</sup> Ciudad del Danubio, a unos 35 Kms al Norte de Viena.

luntad divina para la felicidad del Estado. Cuando, 2  
 tras convertirse en emperador, preguntó cuánto  
 tiempo habría de ocupar el poder, surgió el siguiente  
 oráculo <sup>35</sup>:

«Tú, que ahora gobiernas las regiones patrias 3  
 y riges los destinos del mundo, enviado de  
 [los dioses,  
 tu superarás con tus descendientes a los anti-  
 guos;

pues tus sucesores reinarán  
 y harán reyes a sus sucesores».

Igualmente, cuando preguntó en el Apenino sobre 4  
 su futuro, recibió tal respuesta:

«Hasta que el tercer verano le haya visto rei-  
 [nando en el Lacio» <sup>36</sup>.

Del mismo modo, cuando preguntó acerca de sus 5  
 descendientes:

«Yo no pondré límites ni a su poderío ni a la  
 [duración de su mandato» <sup>37</sup>.

Y cuando se interesó por el futuro de su herma- 6  
 no Quintilo <sup>38</sup>, al que pretendía tener como aso-  
 ciado en el poder imperial, se le respondió:

«A él los hados no harán más que mostrarlo  
 [sobre la tierra» <sup>39</sup>.

Yo he contado estos oráculos para que todos per- 7  
 cibian con claridad que Constancio, hombre de li-  
 naje divino, nuestro venerabilísimo César, procede  
 de una familia de Augustos y ha de darnos muchos

<sup>35</sup> Cf. *Alejandro Severo*, 4,6 y *Firmino*, 3,4.

<sup>36</sup> Cf. *Eneida*, I 265.

<sup>37</sup> Cf. *Eneida*, I 278.

<sup>38</sup> Cf. 12.

<sup>39</sup> Cf. *Eneida*, VI 669; también citado en *Elio* 4,1 y *Gordianos*, 20,5.

Augustos, con la mayor garantía para los Augustos Diocleciano y Maximiano y para su hermano Gale-  
rio.

11 Pero mientras el divino Claudio llevaba a cabo estas cosas, los palmiranos, bajo la conducción de sus generales Saba y Timagenes, hacen la guerra contra los egipcios <sup>40</sup>, quienes resultan vencedores gracias a la firmeza egipcia y a su incansable continuidad en la lucha. Sin embargo, Probató, el jefe de los egipcios, fue asesinado por las asechanzas de Timagenes. No obstante, todos los egipcios se entregaron al emperador romano, jurando lealtad a Claudio, aunque no estaba presente. 2

Siendo cónsules Aticiano y Orfito, el favor divino colaboró con las decisiones de Claudio. Pues, una gran multitud de bárbaros, formada con los supervivientes de todos los pueblos, tras reunirse en el Hemimonto <sup>41</sup>, fue castigada por el hambre y por tal epidemia de peste que Claudio desdeñó vencerlos además con las armas. Por fin, la más cruel de las guerras terminó y se alejaron los terrores de la nación romana <sup>42</sup>. Mi rectitud me obliga a decir la verdad, pero también el deseo de que éstos, que quieren que yo sea considerado un adulator, sepan que yo no dejo pasar en silencio aquello que la historia exige que sea contado: en aquel tiempo en que se había alcanzado la victoria de manera total, un grupo numeroso de soldados de Claudio, empujado por el éxito, que perturba incluso los ánimos 3  
4  
5  
6

<sup>40</sup> Saba era un general de Zenobia (cf. *Aureliano*, 25,3) que en compañía del egipcio Timágenes conquistó Egipto (cf. *Zósimo* I 44). Probató, un general de Claudio, intentó su reconquista, pero al parecer, ésta no se produjo hasta los tiempos de Aureliano.

<sup>41</sup> Se refiere al monte *Haemus*, en Tracia (cf. *Zósimo* I 45). El nombre de Hemimonto corresponde a los tiempos de Diocleciano; era una de las seis provincias en que fue dividida la diócesis de Tracia.

<sup>42</sup> Como consecuencia de esta victoria Claudio asumió el *cognomen Gothicus* (cf. *Magie, op. cit.*, III, p. 173 y n. 3).



de los más sabios <sup>43</sup>, se dedicó irreflexivamente al saqueo, sin pensar que un reducido contingente de enemigos podía ponerlos en fuga mientras ellos, se dedicaban, entregados en cuerpo y espíritu, a recoger el botín. Así, cuando se produjo la victoria, murieron a manos de algunos bárbaros, que ya habían sido dispersados, casi dos mil soldados. Sin embargo, cuando Claudio se enteró de esto, tras reunir el ejército, detuvo a todos los que se habían mostrado rebeldes y los envió encadenados a Roma para que sirvieran de distracción en los juegos públicos. De este modo, los sinsabores que la fortuna o el soldado habían causado, fueron reparados por la energía de un buen príncipe. No sólo consiguió la victoria sobre el enemigo sino también el desquite. En esta guerra que Claudio llevó a cabo, sobresalió el inmenso valor de la caballería dálmata, pues Claudio, al parecer, declaraba haber nacido en esta provincia; otros, sin embargo, han dicho que era un dárdano y que por sus venas corría la sangre de Ilo, fundador de Troya, e incluso del mismo Dárdano <sup>44</sup>. En estos tiempos, los escitas intentaron devastar Creta y Chipre, pero fueron vencidos en todas partes al sufrir su ejército la peste y el hambre.

Al finalizar la guerra con los godos, se originó una gravísima epidemia; entonces, Claudio, afectado también por la enfermedad, abandonó su vida mortal y marchó a un cielo que le era ya familiar por sus propias virtudes. Mientras se dirigía hacia los dioses y las estrellas, su hermano Quintilo, hombre venerable y para decirlo claramente, un hermano de su hermano, asumió el poder imperial,

<sup>43</sup> Cf. Salustio, C., XI 7: *Quiippe secundae res sapientium animos fatigant.*

<sup>44</sup> Dárdano, hijo de Zeus y Electra, y rey de Troya a la muerte de Teucro. El biógrafo parece confundir la región de Dardania, situada en el Ilírico, con la dardánica Troya; por lo demás, dicha confusión contribuye al engrandecimiento de Claudio.

que le fue entregado con el consentimiento de todos, no como algo hereditario, sino en atención a sus propias virtudes; pues hubiese sido nombrado emperador aunque no fuera hermano del príncipe. Bajo su imperio, los bárbaros, que aún sobrevivían, intentaron devastar Anquialos<sup>45</sup> e incluso apoderarse de Nicópolis<sup>46</sup>, pero fueron aplastados gracias al valor de los habitantes de aquella provincia. Quintilo, por lo breve de su mandato, no pudo llevar a cabo nada que fuera digno del poder imperial, pues transcurridos diecisiete días, fue asesinado, como antes ocurriera a Galba<sup>47</sup> y a Pértinax<sup>48</sup>, por mostrarse severo y rígido con los soldados y por haber prometido comportarse como un auténtico príncipe. Dexipo no dice que Quintilo fuera asesinado, sino sólo que murió; pero no añade que muriera por enfermedad, de manera que parece tener dudas.

- 13 Puesto que ya hemos hablado de su comportamiento en la guerra, debemos decir algunas cosas al menos acerca del linaje y la familia de Claudio, para que no parezca que pasamos en silencio lo que debe ser conocido por todos: los hermanos eran Claudio, Quintilo y Crispo. Claudia era hija de Crispo; de ella y de Eutropio, el hombre más noble del pueblo dárdano, nació el César Constancio<sup>49</sup>. También tenían hermanas, una de las cuales, que se llamaba Constantina y estaba casada con un tribuno de los asirios, murió en los primeros años de su juventud. Acerca de sus antepasados nosotros conocemos pocas cosas, pero muchos autores han transmitido diferentes datos. El propio Claudio era insigne por la gravedad de sus costumbres, in-

<sup>45</sup> Ciudad de la costa septentrional de Tracia, a orillas del Mar Negro.

<sup>46</sup> Actual Stari Nikub, en la Bulgaria meridional.

<sup>47</sup> Cf. Tácito, *H*, I 18 y ss. y Suetonio, *Galb*, XV y ss.

<sup>48</sup> Cf. *Pértinax*, 11.

<sup>49</sup> Cf. n. 2.

signe por su vida singular y su sin par castidad; mo-  
 derado con el vino, pero inclinado al alimento; ele-  
 vado de estatura, de ojos ardientes y rostro ancho  
 y lleno, con unos dedos tan fuertes que a menudo  
 sacaba los dientes a los caballos y a los mulos de  
 un puñetazo. Esto lo había hecho también en la mi- 6  
 licia, siendo joven, cuando hacía una demostración  
 de lucha entre otros forzudos en los juegos del 7  
 Campo de Marte. Pues, habiéndose irritado con un  
 individuo que en lugar del cinturón le agarró los  
 testículos, le sacó todos los dientes de un puñeta-  
 zo. Este asunto mereció el perdón por ser la ven- 8  
 ganza del pudor ofendido; pues, Decio, que era en-  
 tonces emperador y se hallaba presente cuando  
 ocurrió el hecho, no sólo alabó públicamente el va-  
 lor y el pudor de Claudio sino que le recompensó  
 con brazaletes y collares <sup>50</sup>, pero le ordenó apartar-  
 se de los combates de los soldados, temiendo que  
 realizase algo con más violencia de lo que el ejerci-  
 cio de la lucha requiere. Claudio no tuvo hijos, pero  
 Quintilo dejó dos y Crispo, como hemos dicho, 9  
 una hija.

14 Ahora hagamos referencia a las opiniones que ex-  
 presaron diferentes príncipes sobre él, con un cariz-  
 tal, que se hizo evidente que Claudio iba a ser em- 2  
 perador en cualquier momento. Una carta de Va-  
 leriano a Zosimión <sup>51</sup>, procurador de Siria: «He-  
 mos entregado al tribuno Claudio un hombre de  
 origen ilirio, nuestra valiente y fidelísima quinta le-  
 gión Marcia, pues él está por encima de los más va-  
 lientes y leales veteranos. A éste le darás de nues- 3  
 tro tesoro particular las siguientes provisiones: tres  
 mil modios anuales de trigo, seis mil de cebada, dos  
 mil libras de tocino, tres mill quinientos sextarios  
 de vino viejo, ciento cincuenta sextarios de aceite

<sup>50</sup> Premios que usualmente se otorgaban a los soldados que vencían  
 en este tipo de combates, cf. *Maximinos*, 2,4.

<sup>51</sup> Desconocido en otras fuentes.

bueno y seiscientos sextarios del de calidad inferior, veinte medios de sal y ciento cincuenta libras de cera; de heno, paja, vinagre, hortalizas y hierbas cuánto sea necesario y treinta decenas de pieles para las tiendas de campaña; además, también cada año, seis mulos, tres caballos, diez camellas, nueve mulas, cincuenta libras en objetos de plata y ciento cincuenta Filipeos <sup>52</sup> con mi efigie; en las fiestas, como regalo <sup>53</sup>, cuarenta y siete Filipeos y ciento sesenta monedas de un tercio de Filipeo <sup>54</sup>. Igualmente en vasos, copas y jarras once libras. También cada año, dos túnicas militares de color rojo, dos capotes militares, dos fíbulas de plata dorada, una fíbula de oro con un pasador de Chipre, un talabarte de plata dorada, un anillo con dos gemas de una onza, un brazalete de siete onzas, un collar de una libra, un casco dorado, dos escudos con incrustaciones de oro y una coraza que deberá devolver. Dos lanzas herculeanas <sup>55</sup>, dos jabalinas <sup>56</sup>, dos hoces normales y cuatro de las que se emplean para cortar heno. Además, un cocinero y un mulero que deberá devolver y dos mujeres hermosas, elegidas entre las cautivas. Un vestido blanco de mezcla de seda con púrpura de Girba <sup>57</sup> y una túnica interior adornada <sup>58</sup> con púrpura mora. Un escriba y un en-

4

5

6

7

8

9

<sup>52</sup> Este nombre, que originariamente se otorgó al *stater* de oro acuñado por Filipo II de Macedonia, se aplicaba en ocasiones al *aureus* romano.

<sup>53</sup> Las *strenae* eran regalos que se hacían los días de fiesta como signo de buen presagio.

<sup>54</sup> Los *trientes*, acuñados por primera vez por Alejandro Severo (cf. 39).

<sup>55</sup> Parece un anacronismo del autor. Algunas armas romanas recibieron el nombre de «herculianas» a partir del título *Herculius* asumido por Maximiano.

<sup>56</sup> *Aclides*. Jabalina cilíndrica de 66 cms con un gancho a cada lado que se arrojaba por medio de una correa y podía ser recuperada después de herir al enemigo.

<sup>57</sup> Actual Djerba, una isla emplazada frente a las costas tunecinas.

<sup>58</sup> *Subarmalis*. Especie de chal que se arrollaba al cuerpo por debajo de los brazos.

cargado de servir <sup>59</sup> la mesa, que habrá de devol- 10  
 ver. Dos pares de cojines chipriotas, dos camisas  
 blancas, dos <sup>crasale</sup> medias de hombre <sup>60</sup> y una toga y un  
 laticlavo, que deberá devolver. Dos cazadores que 11  
 sirvan como asistentes, un constructor de coches,  
 un mayordomo, un aguador, un pescador y un con-  
 fitero. Mil libras de leña cada día, si hay abundan- 12  
 cia de provisiones, en caso contrario, cuánto haya y  
 dónde quiera que se encuentre, y cuatro braseros  
 de carbón vegetal cada día. Un bañero y astillas 13  
 para calentar el baño, pero si no hay, que utilice los  
 baños públicos. Todas aquellas cosas que por su in- 14  
 significancia no pueden ser detalladas aquí, se las  
 entregarás comedidamente, pero nada debe abonar-  
 se en dinero, y si en algún sitio falta algo, no debe  
 suministrarse ni tampoco pagarse en dinero. Yo le 15  
 he otorgado todas estas cosas de un modo excep-  
 cional, como si se tratase de un general y no de un  
 tribuno, pues es un hombre de tal clase que aún ha-  
 brían de ser concedidas muchas cosas más».

15 En otra carta de Valeriano, dirigida a Ablavio  
 Murena <sup>61</sup>, prefecto del Pretorio, hemos encontra-  
 do entre otras, las siguientes manifestaciones: «Deja  
 ya de quejarte porque Claudio sea tribuno y no di-  
 rija nuestros ejércitos con el grado de general, de  
 lo que, según tú, también se lamentan el senado y  
 el pueblo. Ha sido nombrado general y general de 2  
 todo el Ilírico. Tiene bajo su mando los ejércitos  
 de Tracia, Mesia, Dalmacia, Panonia y Dacia. Este 3  
 hombre, que en mi opinión también es eminente,  
 puede esperar el consulado y, si no está reñido con  
 su forma de ser, puede recibir, cuando lo desee, la  
 prefectura del Pretorio. Has de saber que yo le he 4  
 asignado la misma cantidad de provisiones que a la

<sup>59</sup> El *structor* era el esclavo encargado de poner la mesa y disponer en ella de forma adecuada los platos y bandejas.

<sup>60</sup> Cf. *Alejandro Severo* 40,11.

<sup>61</sup> Desconocido en otras fuentes.

prefectura de Egipto, el mismo número de vestidos que hemos entregado al proconsulado de África, la misma cantidad de plata que recibe el administrador de las minas del Ilírico y tantos sirvientes como yo mismo me he asignado en cada una de las ciudades; así, todos comprenderán cuál es mi opinión acerca de este hombre».

- 16 Existe igualmente una carta de Decio en la que se menciona a Claudio: «Decio saluda a Mesala<sup>62</sup>, gobernador de Acaya». Entre otras cosas leemos: «Sin embargo, a nuestro tribuno Claudio, joven excelente, enérgico soldado e integrísimo ciudadano, que es tan necesario a los campamentos como al senado y al Estado, le ordenamos ir a las Termópilas, encomendándole, además, el gobierno de los peloponesios, pues somos conscientes de que nadie cumplirá mejor todo lo que hemos ordenado. A él le asignarás doscientos soldados del distrito dardánico<sup>63</sup>, cien coraceros<sup>64</sup>, sesenta jinetes, sesenta arqueros créticos, y de los nuevos reclutas le darás mil, bien armados. Es, sin duda, una buena decisión confiarle a él los nuevos ejércitos, ya que no se encuentra a nadie más leal, más valiente y más sereno que él».
- 17 Del mismo modo, cuando a Galieno le fue anunciado por sus inspectores<sup>65</sup> que Claudio se había encolerizado a causa de su voluptuosa forma de vida, escribió en una carta: «Nada me afecta tanto como lo que me contaste en tu informe, a saber, que Claudio, nuestro pariente y amigo, se ha enfadado gravemente porque le han sido insinuadas muchas falsedades. Por tanto, te pido, querido Venusto, si quieres mostrarme tu lealtad, que trates de calmarle por mediación de Grato y Herenia-

<sup>62</sup> Igualmente, desconocido en otras fuentes.

<sup>63</sup> Cf. n. 44.

<sup>64</sup> *Cataphractarii* o *cataphracti*. Cf. *Alejandro Severo*, n. 69.

<sup>65</sup> *Frumentarii*, cf. *Adriano*, n. 56.

no <sup>66</sup>, sin que los soldados de Dacia, que ya están enfurecidos, se enteren de ello, pues así evitaremos que éstos lleven las cosas aún más lejos. Yo mismo le ha enviado unos regalos, que tú debes conseguir que sean bien recibidos por él. Además, has de procurar que no se entere de que yo sé esto, a fin de que no piense que me he enojado con él y, obligado por las circunstancias, adopte una última decisión. Yo le he enviado dos pateras adornadas con gemas de tres libras de peso, dos copas de oro tachonadas con gemas de tres libras, una bandeja de plata con la forma de un racimo de hiedra de veinte libras, una fuente de plata con relieves de pámpanos de treinta libras, una vasija de plata con la forma de una hoja de hiedra de veintres libras, un plato de pescado de plata de veinte libras, dos jarrones de plata engastados en oro de seis libras y en vasos pequeños un total de veinticinco libras de plata; diez cálices egipcios y otras obras de orfebrería, dos clámides bordadas con púrpura de auténtico brillo, dieciseis vestidos diferentes, un alba de seda mezclada, una túnica con bordados de tres onzas de peso <sup>67</sup>, tres pares de sandalias párticas de mi propio suministro, diez túnicas de Dalmacia <sup>68</sup>, un manto dardánico, una casaca iliricana, un *bardoculum* <sup>69</sup>, dos capuchas recubiertas de pelo y cuatro pañuelos de Sarepta <sup>70</sup>; además, ciento cincuenta áureos de Valeriano y trescientas monedas de un tercio de áureo con la imagen de Salonino».

18 También el senado le concedió juicios muy favorables, antes de llegar al poder. Así, cuando fue anunciado que él, junto con Marciano <sup>71</sup>, había lu-

<sup>66</sup> Estos nombres nos son desconocidos por otras fuentes.

<sup>67</sup> *Paraganda*. Túnica con mangas de espesas orlas y bordados, que proporcionan al tejido gran rigidez.

<sup>68</sup> Cf. *Cómodo*, 8,8 y n. 22.

<sup>69</sup> Vestidura de paño burdo con capuchón.

<sup>70</sup> Ciudad fenicia, próxima a Sidón y famosa por su púrpura.

<sup>71</sup> Cf. *Galieno* 6,1.

chado valerosamente contra los pueblos del Ilírico, el senado le aclamó de este modo: «¡Claudio, nuestro jefe más valeroso, salve! , ¡saludamos tus virtudes y tu lealtad! ¡Todos ordenamos que se dedique una estatua a Claudio! Deseamos que Claudio sea cónsul. Quien ama al Estado actúa así, quien ama a los príncipes, actúa así, así obraron los antiguos soldados. Dichoso tú, Claudio, por la buena opinión que de ti tienen los príncipes, dichoso tú por las buenas cualidades que posees, ¡Tú cónsul!, ¡tú prefecto! ¡Ojalá vivas mucho tiempo, Valerio<sup>72</sup>, y goces del amor de nuestro emperador!». Es largo escribir el gran número de elogios que aquel ilustre hombre mereció; hay, sin embargo, un detalle que yo no debo omitir, a saber, que tanto el senado como el pueblo le tuvieron en tan gran aprecio, antes de que fuera emperador, cuando lo fue y después de serlo, que es admitido por todos que ni Trajano ni los Antoninos ni ningún otro emperador fue tan querido.

<sup>72</sup> De nuevo, el deseo de relacionar a Claudio con Constancio Cloro impulsa al biógrafo a llamar a aquél con el nombre de Valerio.



## 26. EL DIVINO AURELIANO

(Flavio Vopisco Siracusano)

1 Una vez concluidas las fiestas de Cibeles <sup>1</sup>, en las que sabemos que deben hacerse y decirse toda clase de cosas jocosas, el prefecto de la Ciudad Junio Tiberino <sup>2</sup>, hombre célebre y que merecía que se pronunciara su nombre anticipando una reverencia, me acogió en su carruaje, un coche como el que utilizaban los jueces. Como su espíritu se hallaba en aquel momento libre y desembarazado de los asuntos judiciales y de las actividades públicas, inició una larga charla que duró desde Palacio hasta los jardines de Vario y que versó especialmente sobre la vida de los emperadores. Y cuando llegamos al templo del Sol <sup>3</sup>, que había sido consagrado por el emperador Aureliano, puesto que él mismo hacía derivar su sangre en cierto grado de la familia de éste, me preguntó quién había escrito su vida. Cuando yo le contesté diciendo que no había leído a ninguno de los escritores latinos, pero sí a algunos de los griegos, este venerable varón expresó el dolor que manifestaban sus ge

---

<sup>1</sup> Se trata de las fiestas llamadas *Hilaria*, cf. *Alejandro Severo*, 37, 6, n. 47.

<sup>2</sup> Junio Tiberino fue cónsul en el año 281 y 291.

<sup>3</sup> Cf. 35,3. Estaba situado, según las *Notitiae* en el campo de Agripa, pero su identificación es problemática, cf. Magie, *op. cit.*, III, 9. 264, n. 1.

midos, con estas palabras: «O sea, que a Tersites <sup>4</sup>, <sup>5</sup>  
 a Sinón <sup>5</sup> y a aquellos restantes azotes de la anti-  
 güedad los conocemos bien nosotros, y nuestros  
 descendientes también podrán recordarlos a menu-  
 do, y, en cambio, ¿será posible que la posteriori-  
 dad desconozca <sup>6</sup> el divino Aureliano, príncipe de ex-  
 traordinario prestigio y emperador de gran autori-  
 dad, gracias al cual le ha sido devuelto todo el orbe  
 al poder de Roma? Que Dios impida tamaña locu- <sup>6</sup>  
 ra. Y, sin embargo, si bien tengo entendido, posee-  
 mos los escritos de unas efemérides de este prínci-  
 pe. También noticias sobre sus guerras, redactadas  
 al estilo de la historia. Desearía que tú te hicieras  
 con ellas y que las pusieras por escrito ordenada- <sup>7</sup>  
 mente, agregando aquellos aspectos que atañen a su  
 vida. Tú podrás informarte de todas estas cosas, de  
 acuerdo con tu habitual diligencia, leyendo los li-  
 bros línteos <sup>6</sup>, en los que él había mandado consig-  
 nar por escrito sus acciones diarias. Yo procuraré <sup>8</sup>  
 que te los traigan de la biblioteca Ulpia <sup>7</sup>. Tú acce-  
 de a mi deseo y, según tus posibilidades, escribe la <sup>9</sup>  
 vida de Aureliano *tan cual es*». Obedecí tus órde-  
 nes, mi querido Piniano, tomé los libros griegos y  
 puse a mano todas las obras que me eran neces-  
 rias, de las que saqué aquellas noticias que eran dig-  
 nas de mención y las reuní en un solo libro. Deseo <sup>10</sup>  
 que aceptes favorablemente mi obra y que, si no te  
 conformas con ello, releas a los autores griegos e in-  
 vestigues también los libros línteos, que te propor-  
 cionará la biblioteca Ulpia cuando tú quieras.

2 Y, cuando trabajamos en este mismo carruaje una

<sup>4</sup> El vilipendiador de Agemenón, cf. *Iliada* II, 212 ss.

<sup>5</sup> El traidor que persuadió a los troyanos a introducir el caballo en la ciudad, cf. Virgilio, *Aen.*, II, 67 ss.

<sup>6</sup> Libros escritos en tela que, según Livio, narraban una crónica muy antigua que utilizaron los antiguos analistas, y que se guardaban en el templo de *Iuno Moneta*.

<sup>7</sup> Situada en el Foro de Trajano.

conversación sobre Trebelio Polión <sup>8</sup>, que redactó para la posteridad tanto las vidas de los emperadores ilustres, como la de los que son desconocidos, desde los dos Filipo hasta el divino Claudio y su hermano Quintilo, al asegurar Tiberiano que Polión había relatado muchas cosas negligentemente y otras muchas sumariamente, mientras que yo le contradecía afirmando que no había habido ningún escritor del género histórico al que no se le hubiera escapado alguna mentira, y le mostraba aquello en lo que Livio, Salustio, Cornelio Tácito y, finalmente, Trogo <sup>9</sup> podían ser refutados con pruebas evidentes, cambiando de opinión y estrechándome la mano en plan jocosó añadió a lo que había dicho: 2  
 «Escribe como quieras. Podrás decir lo que quieras seguro, pues tendrás como compañeros de mentiras a aquellos autores que admiramos por su elocuencia histórica».

- 3 Pero, para no introducir en estos preámbulos muchas cosas y sin sustancia, señalaré que, según la mayor parte de los autores, el divino Aureliano nació en Sirmio <sup>10</sup> de una familia bastante desconocida y, según algunos autores, en la Dacia ripense <sup>11</sup>. Sin embargo, yo recuerdo haber leído un autor que afirmaba que había nacido en Mesia <sup>12</sup>. Efectivamente, acontece a veces que se desconoce el lugar de nacimiento de aquellas personas que, por ser de un país humilde, se inventan a menudo ellos también un suelo natal, para conferir así brillantez a sus descendientes por el esplendor de los distintos países en los que han fingido nacer. No obstante, 3  
 entre las circunstancias a tener en cuenta res-

<sup>8</sup> Uno de los autores de la Historia Augusta, escritor de las *Vitae* desde Filipo a Claudio, como se indica en el texto, cf. *Introducción*, n. 9.

<sup>9</sup> Pompeyo Trogo, escritor de las *Historias Philippicae*.

<sup>10</sup> En la Panonia superior, cerca del Danubio y en los límites de la Dacia y la Panonia inferior.

<sup>11</sup> La nueva provincia creada por Aureliano, cf. 39, 7.

<sup>12</sup> Provincia romana al Norte de Tracia y Macedonia.

pecto a los grandes príncipes, no es lo más importante saber dónde nació cada uno de ellos, sino cómo se comportó en la república. ¿Acaso le confiere más mérito a Platón el hecho de haber sido ciudadano ateniense que el de haber brillado como un regalo excepcional de la sabiduría? o ¿tal vez nos parecen más pequeños Aristóteles el Estagirita, Zenón de Elea <sup>13</sup> o Anacarsis <sup>14</sup> de Escitia porque nacieron en aldehuelas sin importancia, siendo así que a ellos los elevó hasta el cielo la perfección de toda su filosofía?

4 Pues bien, volviendo al hilo de nuestro relato, Aureliano que nació de padres modestos y fue desde sus primeros años de un talento agudísimo y famoso por su fuerza física, no dejó pasar ni un solo día, aunque fuera festivo o de asueto, sin realizar algún ejercicio con la jabalina, con el arco y con otras clases de armas. Calícrates de Tiro, un escritor que aventajaba en erudición al resto de los escritores griegos, dice que su madre fue sacerdotisa del templo del Sol invicto en la aldea donde habitaban sus padres. Más aún, dice que poseyó un cierto olfato adivinatorio hasta tal punto que, una vez que reñía con su marido, al mismo tiempo que le censuraba su necedad y bajeza, decía: «Mirad al padre de un emperador». Con ello queda patente que aquella mujer tuvo conocimiento del destino. El mismo autor dice que los auspicios que auguraron el poder imperial a Aureliano fueron éstos: al principio, siendo aún niño, una serpiente <sup>15</sup> se enroscó muchas veces a su palangana y jamás fue posible

<sup>13</sup> Discípulo de Parménides (finales del siglo VI), natural de Elea también como éste, y que vivió a comienzos del siglo V. Intentó demostrar la imposibilidad del movimiento con distintos argumentos, siendo el más famoso el de Aquiles y la tortuga.

<sup>14</sup> Famoso autor de aporías del siglo V.

<sup>15</sup> La serpiente estaba considerada como un *genius*, una especie de angel tutelar del hogar, por lo que había muchas casas romanas que mantenían estos reptiles.

darla muerte, hasta que al fin su madre, que había contemplado este prodigio, no consintió que la mataran, como si fuera de la casa. Añade, además, que su madre la sacerdotisa, según dicen, confeccionó para su hijo unos juguetes del pequeño manto de púrpura que el emperador de su tiempo había ofrecido al Sol. Agrega también este otro prodigio: «Un águila levantó de la cuna a Aureliano fajado con sus pañales, sin hacerle ningún daño, y luego le colocó en un altar situado junto a un pequeño santuario que por azar se encontraba sin fuego. Este mismo escritor dice que a su madre le nació un novillo de dimensiones sorprendentes y de color blanco, pero con manchas de color púrpura dispuestas de tal manera que formaban en un costado el saludo «ave» y en el otro una corona.

- 5 Recuerdo que he leído en este mismo autor otros muchos prodigios infundados como, por ejemplo: asegura que después de nacer Aureliano brotaron en el patio de la casa esta misma mujer rosas de color púrpura, con olor de rosa pero con pétalos de oro. Después, cuando ya servía en el ejército, le acontecieron también múltiples augurios de que alcanzaría el poder, tal como luego confirmaron los hechos. Efectivamente, cuando entró en Antioquía en un carruaje porque no podía hacerlo a caballo a causa de una herida, un manto de púrpura que habían extendido en su honor se vino abajo cubriéndole los hombros. Y, como deseaba trasladarse a un caballo, porque entonces estaba mal visto utilizar carruajes en la ciudad, le acercaron un caballo del emperador, y se montó en él pues tenía prisa. Pero, cuando se dio cuenta de dicha circunstancia, se cambió de nuevo al suyo propio. Además, cuando partió a Persia como legado, le regalaron una pátera, como la que el rey de los persas suele ofrecer al emperador, en la que estaba grabado un sol con la misma indumentaria con la que era adorado el Sol del templo en que

su madre había sido sacerdotisa. También le regalaron un elefante extraordinario, pero él se le ofreció al emperador, y así Aureliano fue el único ciudadano particular que poseyó un elefante propio. 6

6 Pero, dejando a un lado estos y otros sucesos similares, Aureliano era elegante y encantador, de hermosura varonil, bastante alto, de fortísimos músculos, aficionado, aunque poco, a la comida y a la bebida, poco lujurioso, de gran severidad, de extraordinaria formación y pronto a desenvainar la espada. En efecto, como había en el ejército dos tribunos con el nombre de Aureliano, éste y otro que fue apresado con Valeriano, los soldados añadieron al nombre de emperador el distintivo de «espada en mano», para que, si por casualidad alguien preguntaba qué Aureliano había realizado determinada acción o había llevado a cabo determinada hazaña, se le pudiera contestar «Aureliano el de la espada en mano», y así pudiera ser identificado. 2

Se recuerdan aún muchas de las singulares proezas que realizó cuando aún era un ciudadano particular. Por ejemplo, cuando los sármatas irrumpieron en el Ilírico, los derrotó él sólo con trescientos soldados de una guarnición. Teoclio, que escribió sobre la época en que reinaron los Césares, refiere que Aureliano dio muerte con su propia mano en la guerra contra los sármatas a cuarenta y ocho enemigos en un solo día y a novecientos cincuenta en distintos días, de tal modo que hasta los niños compusieron en honor suyo canciones y danzas para poder ejecutarlas como los soldados en los días de fiesta: 3 4

«Hemos degollado mil, mil, mil. 5  
 ¡Un sólo hombre! hemos degollado mil.  
 Beba mil veces el que ha matado mil.  
 Nadie tiene tanto vino, como sangre él ha  
 [derramado].»

Veo que estas cosas son excesivamente frívolas, 6  
pero he creído que no debía silenciarlas porque el  
autor antes citado las insertó en sus escritos tal  
como aparecen aquí en latín.

7 Cuando era tribuno de la legión sexta Galicana,  
derrotó en Maguncia de tal manera a los francos  
que invadieron el territorio, tras vagar de un lado a  
otro por toda la Galia, que mató a setecientos y  
vendió en público subasta a trescientos prisioneros  
de ellos. Por esta hazaña compusieron en su honor 2  
una segunda cantinela que decía:

«A mil sármatas y a mil francos  
hemos pasado a cuchillo de una vez, de una  
[sola vez.

Tratamos de encontrar a mil persas.»

Por otra parte, Aureliano suscitó tanto temor en- 3  
tre los soldados que, después de que corrigió una  
vez con gran severidad las faltas habituales en el  
ejército, ninguno transgredió el reglamento bajo su  
mando. En fin, fue el único general que infligió el 4  
siguiente castigo a un soldado que había cometido  
adulterio con la esposa de su huésped: dobló hasta  
el suelo las copas de los árboles, las ató a los pies  
del soldado y a continuación las soltó con el fin de  
que éste se quedara colgado en los árboles rajado  
en dos partes, lo cual originó un gran temor en to-  
dos los soldados. Se conserva una carta suya que re- 5  
dactó en campaña y entregó a su lugarteniente, escrita  
en estos términos: «Si quieres ser tribuno, es más,  
si quieres vivir, sujeta las manos a tus soldados. Que  
ninguno robe un pollo ajeno ni toque a una oveja.  
Que nadie robe uvas, ni deteriore las mieses, ni exija  
aceite, sal o leña y que cada uno se contente con  
su ración de víveres. Que los soldados obtengan  
sus víveres del botín capturado a los enemigos, no  
de las lágrimas de los habitantes de las provincias. 6  
Que las armas defensivas estén limpias, las ofensi-

vas bien pulidas y que el calzado sea consistente. Que la ropa vieja se sustituya por nueva. Que el soldado guarde su estipendio en el cinto y no lo dilapide en la taberna. Que vaya provisto además de collar, brazaletes y anillo. Que cada uno limpie su caballo y su acémila y no venda el forraje destinado a los animales y que todos cuiden en común del mulo centuriado. Que se muestre complaciente uno con otro, como si en..., pero que nadie obedezca como si fuera un esclavo, que los médicos les asistan gratuitamente, que no den nada a los arúspices; que se comporten honestamente en los albergues y que el que promueva litigios sea azotado».

8 Encontré hace poco entre los libros de la biblioteca Ulpia una carta del divino Valeriano sobre el emperador Aureliano. La he copiado, como convenía, al pie de la letra. Valeriano Augusto al cónsul Antonino Galo: «Me reprochas en una carta confidencial tuya el que haya confiado mi hijo Galieno a Póstumo, y no a Aureliano, siendo así que tanto el niño como el ejército se debían haber confiado al más severo. Pero no seguirías pensando lo mismo durante más tiempo, si conocieras bien cuán grande es la severidad de Aureliano. Es extremado, importuno y riguroso, y no actúa ya de acuerdo con nuestros tiempos. Pongo por testigo a todos los dioses que yo también he temido que él castigará con excesiva severidad a mi hijo, cuando éste planeara alguna frivolidad mayor «—pues es propenso por naturaleza a la diversión—». Esta carta demuestra cuán grande fue la severidad de Aureliano, puesto que hasta el mismo Valeriano asegura que llegó a temerle.

9 Existe otra carta del propio Valeriano que narra los elogios de que fue objeto. La he sacado de los archivos de la prefectura de la Ciudad. En efecto, se le habían decretado al llegar a Roma los honorarios que le correspondían por su cargo. Copia de la carta: «Valeriano Augusto al prefecto de la Ciu-



dad Ceyonio Albino. Quisiéramos proporcionar a todos aquéllos que se consagran de una manera especial a la política mayores ganancias que las que su dignidad exige, sobre todo cuando su vida recomienda la concesión de tales honores —porque, además de la dignidad, se les debe imputar a los méritos algún otro valor—, pero el rigor de las obligaciones públicas hace que nadie pueda recibir de los impuestos de las provincias más de lo que le corresponde por el puesto de la clase a la que pertenece. Hemos encargado la inspección y organización de todos los campamentos a Aureliano, hombre de gran coraje, al cual debemos tanto nosotros y toda la república, según la unánime confesión de todo el ejército, que es difícil que encontremos alguna recompensa, por muy grande que sea, como la que él merece. Pues ¿qué hay en él que no sea ilustre? ¿Hay algo en lo que no se le pueda comparar a los Corvinos<sup>16</sup> y Escipiones? Él es el libertador del Ilírico, el restaurador de las Galias, el general ejemplar para todos. Y, no obstante, nada puedo añadir a un varón tan eximio para agradecerle sus funciones —no lo permite un Estado que debe ser gobernado con rectitud y sobriedad— por lo cual, mi queridísimo pariente, tu integridad debe entregar a este hombre, durante el tiempo que esté en Roma, dieciséis panes militares de los mejores, cuarenta panes militares de campaña, cuarenta sextarios de vino de mesa, la mitad de un cerdo pequeño, dos pollos, treinta libras de carne de puerca, cuarenta libras de carne de buey, un sextario de aceite, un sextario de jugo de buey, un sextario de sal y las hierbas y legumbres que precise. Además, puesto que hay que asignarle algo en particular, durante el tiempo que permanezca en Roma, le concederás cantidades de

<sup>16</sup> M. Valerio Corvino, vencedor de los volscos y samnitas en el siglo III a. de. C., y sus descendientes, sobre todo, M. Mesala Corvino, famoso general de Augusto y protector del poeta Tibulo.

forraje extraordinarias y, para sus gastos personales, dos áureos Antoninianos diarios, cincuenta minútuos Filipeos de plata <sup>17</sup> y cien denarios de cobre. Los prefectos del erario le suministrarán el resto».

- 10 Estos detalles le parecerán a alguien tal vez frívolos y de escasa importancia; pero la curiosidad no desdeña nada. Ejerció muchas veces el oficio de general, muchísimas el de tribuno, casi cuarenta veces el de suplente de algún general o tribuno en distintas ocasiones, hasta el extremo de que reemplazó a Ulpio Crinito que se consideraba descendiente de la familia de Trajano (hombre realmente aguerridísimo y de gran parecido con Trajano, que fue pintado con Aureliano en el templo del Sol y al que Valeriano había determinado elegir en el cargo de César), tomó el mando del ejército, restableció las fronteras, dio el botín a los soldados, enriqueció con bueyes, caballos, esclavos y prisioneros a las Tracias, expuso en Palacio los despojos arrancados al enemigo y reunió en una quinta, que era propiedad particular de Valeriano, quinientos esclavos, dos mil vacas, mil yegüas, diez mil ovejas y quince mil cabras, siendo entonces cuando Ulpio Crinito dio las gracias públicamente en las termas a Valeriano, que se encontraba en Bizancio, diciéndole que había tenido una buena opinión sobre él, puesto que había dado a Aureliano como lugarteniente. Por ello decidió adoptarle.
- 11 Interesa conocer las cartas que se escribieron sobre Aureliano y el mismo relato de la adopción. Carta de Valeriano a Aureliano: «Si hubiera otro individuo, queridísimo Aureliano, que pudiese hacer las veces de Ulpio Crinito, me gustaría hablar contigo sobre su virtud y su diligencia; pero como

<sup>17</sup> Cf. *Aureliano* 28, 8. La aplicación del término Filipeo a los áureos era normal, pero problemática respecto a los minútuos, cf. Magie, *op. cit.*, III, p. 210, n. 1.

no he podido encontrar a nadie que te supere en prestigio, encárgate de la guerra de la zona de Nicópolis a fin de que la enfermedad de Crinito no nos resulte perjudicial. Haz lo que puedas. Soy breve. En tu poder estará la dirección del ejército. Dispones de trescientos arqueros itireos, seiscientos armenios, ciento cincuenta árabes, doscientos sarracenos, cuatrocientos auxiliares de Mesopotamia; tienes a tu disposición a la legión tercera Feliz y a ochocientos coraceros de caballería. Estará contigo Hariomundo, Haldagates, Hildomundo y Cariovisco<sup>18</sup>. Los prefectos han dispuesto en todos los campamentos los aprovisionamientos necesarios. A ti te compete, utilizando las cualidades y la astucia que te son características, emplazar los cuarteles de invierno y de verano en lugares que dispongan de todo lo preciso, enterarte además de la situación de los convoyes de los enemigos y saber a ciencia cierta su número y su ralea, con el fin de no consumir en vano los víveres o de no desperdiciar los dardos, pues en estas dos medidas reside el arte de la guerra. Yo, con la protección de la divinidad, espero tanto de tí cuanto la república podría esperar de Trajano, si viniera ahora. Y, en realidad, no es de menor valía aquél, al que yo he elegido para que le sustituyas y hagas sus veces. Es lógico que tú esperes obtener con dispendios del Estadio el consulado del año próximo al mismo tiempo que tu colega Ulpio Crinito, para sustituir a Galieno y Valeriano a partir del día once de las calendas de junio. En efecto, debe aliviarse la pobreza de aquellos que siguen siendo pobres, a pesar de haberse consagrado durante mucho tiempo a la política, y no la de otro alguno. También esta carta revela la grandeza de Aureliano; y la verdad es que nadie llegó jamás a la cima del poder si no ascendió antes

<sup>18</sup> Distintos caudillos germanos alistados en el ejército romano.

desde sus primeros años por los distintos escalones de la virtud.

- 12 Carta sobre el consulado de Aureliano: «Valeriano Augusto al prefecto del tesoro Elio Xifidio. A Aureliano, al que hemos otorgado el consulado, a causa de su pobreza, por la que ha adquirido cierta grandeza y superioridad ante los demás, le entregarás para que pueda celebrar los juegos circenses trescientos áureos Antoninianos, tres mil minútu-  
los Filipeos de plata, cincuenta mil sestercios de co-  
bre, diez túnicas de lino, dos pares de manteles de Chipre, diez tapetes africanos, diez tapices moros, cien puercos y cien ovejas. Ordenarás que sirvan un banquete público a los senadores y caballeros ro-  
manos y que se ofrenden dos víctimas adultas y cuatro menores».

Y puesto que yo había hecho la promesa de re-  
latar algunos detalles que atañen a la adopción de tan gran príncipe, ruego que nadie me considere ex-  
cesivamente importuno y locuaz en este tema, que para mayor veracidad creí oportuno incluir aquí ex-  
trayendo sus datos de los libros de Acolio, que fue jefe de audiencias del príncipe Valeriano, concretamente del libro noveno de sus hechos.

- 13 En una ocasión en que Valeriano Augusto se sentó en las termas en la ciudad de Bizancio, en presencia del ejército y de los oficiales del palacio, sentándose a su lado el cónsul ordinario Numio Tusco, el prefecto del pretorio Bebio Macro <sup>19</sup> y el gobernador de Oriente Quinto Ancario, y sentándose también a su parte izquierda Avulnio Saturnino, general de la frontera de la Esticia, Murrentio Mauricio, designado para gobernar Egipto, Julio Trifón, general de la frontera oriental, Mecio Brundisino, prefecto del abastecimiento de víveres de Oriente, Ulpio Crinito, general de la frontera de

<sup>19</sup> Éste y los personajes que siguen son desconocidos.

Ilíria y de la Tracia y Fulvio Boyo, general de la frontera de la Recia, Valeriano Augusto dijo: «la república te da gracias, Aureliano Augusto, por haberla liberado del poder de los godos. Por ti somos ricos en botín, por ti somos ricos en gloria y en todos aquellos bienes con los que aumenta la felicidad del pueblo romano. Recibe, pues, a cambio, de las acciones que has realizado, cuatro coronas murales<sup>20</sup>, cinco coronas vallares<sup>21</sup>, dos coronas navales<sup>22</sup>, dos coronas cívicas<sup>23</sup>, diez lanzas sin hierro<sup>24</sup>, cuatro banderas de dos colores, cuatro túnicas rojas de general, dos mantos proconsulares, una toga pretexta, una túnica adornada con palmas, una toga pintada, un amplio subarmal<sup>25</sup> y una silla de marfil. En efecto, hoy te nombro cónsul y voy a escribir al senado para que te asigne el cetro<sup>26</sup> y

<sup>20</sup> La corona era una guirnalda hecha de flores, hojas u otros materiales reales o artificiales para adornar la cabeza. Se la empleaba principalmente para recompensar determinadas acciones meritorias, como en los casos que siguen, o como adorno en las fiestas. Se diferenciaban por el material de que estaban hechas o por el destino que tenían. Aquí se alude a varios tipos. La corona *muralis* se concedía como premio al soldado que escalaba el primero un muro. Solía estar decorada con torres y almenetas.

<sup>21</sup> La corona *castrensis* o *uallaris* se concedía al primer soldado que había franqueado alguna empalizada (*uallum*). Estaba adornada con empalizadas.

<sup>22</sup> La corona *classica*, *naualis* o *rostrata* era un corona de oro hecha imitando los espolones de las embarcaciones (*rostra*), y se ofrecía al almirante que había destruido una flota y quizá también al primer marino que había abordado una nave enemiga.

<sup>23</sup> Cf. *Marco*, 12, 8.

<sup>24</sup> Es decir, las lanzas llamadas *puras* porque estaban desprovistas de punta de hierro (*cuspis*), como el antiguo cetro con que el general romano recompensaba al soldado que se había distinguido en una batalla, cf. Tácito, *Ann.*, III, 21; Virgilio, *Aen.*, VI, 769.

<sup>25</sup> El latín dice *subarmale profundum*. Sobre la prenda del *subarmale*, cf. *Severo*, 6, 11. El término *profundus* significaría, al parecer, «sin límites, incommensurable, amplio».

<sup>26</sup> En latín *scipio*, del griego σκίπων, una variante de *sceptrum*, también derivado del griego σκήπτρον, ambos de la raíz que subyace en el verbo σκήπτω «lanzar, arrojar». Es una especie de cetro o bastón

para que también te asigne los haces, pues el emperador no suele otorgar estas insignias, sino que, al contrario, suele él recibirlas del senado, cuando es nombrado cónsul».

- 14 Después de estas palabras de Valeriano, Aurelio se levantó y se acercó a las manos de éste dándole gracias con expresiones propias de un soldado, que yo he estimado que debía transcribir con exactitud y al pie de la letra. Aureliano dijo: «También yo, soberano Valeriano y emperador Augusto, he realizado todo, he recibido con paciencia estas heridas y he estimulado a mis caballos y a los que se han conjurado conmigo, con la única intención de que me lo agradezca el Estado y mi propia conciencia. Pero tú has hecho cosas mayores. Doy gracias a tu bondad y acepto el consulado que me otorgas. Hagan los dioses y el dios Sol invicto que también el senado opine lo mismo de mí». Así, pues, cuando todos los presentes mostraban su agradecimiento, Ulpio Crinito se levantó y pronunció este discurso: «Oh Augusto Valeriano!, entre nuestros antepasados existió una costumbre, peculiar de mi familia y de la que ella hacía gala, por la que sus miembros más distinguidos elegían siempre a los varones más robustos, para que la fecundidad de la nueva prole enalteciera a las familias que ya envejecían o a los partos de sus matrimonios, ya débiles. Por tanto, al adoptar a Aureliano, a quien has nombrado lugarteniente mío siguiendo el dictamen de su autoridad, he pensado que se debía repetir lo que hizo Coceyo Nerva en la adopción de Trajano, lo que hizo Trajano en la de Adriano, lo que hizo Adriano en la de Antonino y lo que hicieron el resto de los emperadores, según una sugestión ya ancestral. Manda, por tanto, que se actúe con ley y

---

que portaba antaño el general vencedor y que, a partir del siglo II, añadieron los consulares a su atuendo de etiqueta.

que Aureliano sea el heredero del culto, del nombre, de los bienes y de todos los derechos legales de Ulpio Crinito, quien ya posee el rango consular, y que él mismo sea enseguida consular por tu decisión».

15 Es prolijo exponer todos los detalles. En efecto, Valeriano dio las gracias a Crinito y la adopción se llevó a cabo como era habitual. Recuerdo haber leído en un libro griego algo que no me ha parecido oportuno callar, a saber, que Valeriano encargó a Crinito adoptar a Aureliano, sobre todo porque era pobre; pero pienso que ésto debe quedar en suspenso.

Y, puesto que ya he transcrito anteriormente una carta por la que se le asignaba una suma para el desempeño de su consulado, pienso que debo explicar porqué he relatado esta circunstancia, que parece de poco interés. Hemos visto hace poco que el consulado de Furio Plácido se ha hecho público en el circo con tanto boato, que daba la impresión de que se entregaban a los aurigas no regalos, sino bienes patrimoniales, pues se les galardonaba con túnicas al cien por cien de seda, paragaudas de lino e incluso caballos, en medio de las consiguientes lamentaciones de los hombres morigerados. En efecto, se ha logrado que el consulado sea en cuestión de riquezas, no de personas porque, realmente, si se otorga en atención a los méritos, no debe arruinar a su titular. Perecieron ya aquellos tiempos en los que reinaba la integridad y perecerán en adelante por las intrigas por obtener el favor popular. Pero nosotros, como nos es habitual, dejaremos también este problema en suspenso.

16 Así, pues, apoyado por todas estas opiniones y favores que acabamos de exponer, descolló tanto en vida de Claudio que, después de la muerte de éste y de su hermano Quintilo, ostentó él sólo el imperio una vez que dieron muerte a Aureolo, con quien Galieno había concertado la paz. En este aspecto

es tal la discrepancia de los historiadores, incluyendo también los griegos, que unos dicen que Aureolo fue asesinado por Aureliano contrariando la voluntad de Claudio, otros, que por mandato y deseo de éste, otros, que dicho personaje fue asesinado por Aureliano cuando ya era aún emperador, y otros, en cambio, que se ejecutó el asesinato cuando éste era aún un ciudadano privado. Pero dejaremos en suspenso estos pormenores que habrá que investigar en aquellos autores que los han transmitido. Una cosa es segura: que el divino Claudio no confió a ningún otro, sino a Aureliano, el conjunto de las operaciones bélicas contra los meótidas <sup>27</sup>.

17 Existe una carta que he considerado oportuno incluir aquí por amor a la fidelidad, como es habitual en mí, o mejor aún, porque veo que otros escritores de anales así lo han hecho: «Flavio Claudio saluda a su querido Aureliano. Nuestra república te reclama los servicios que sueles prestarla: asúmelos. ¿Porqué te demoras? Deseo que los soldados aprovechen tu magisterio y los tribunos tu dirección. Hay que atacar a los godos, hay que expulsarlos de Tracia. En efecto, la mayor parte de aquéllos que se pusieron en fuga, cuando tú les atacaste, atacan ahora Hemimonto y Europa. Pongo en tus manos todos los ejércitos de Tracia, todos los de Iliria y toda la frontera. Ea, muéstranos tu coraje habitual. Mi hermano Quintilo, una vez que se haya presentado a ti, se quedará contigo. Yo, que estoy atareado con otros menesteres, confío a tu talento la dirección de la guerra. Te he enviado diez caballos, dos corazas y otros utensilios con los que la necesidad obliga a proteger a aquél que va a la guerra».

Así pues, aprovechando los éxitos de sus batallas

<sup>27</sup> Habitantes de las riberas del lago Meotis, en el mar Azov.



y bajo los auspicios de Claudio, Aureliano devolvió a la república a su antiguo estado, e inmediatamente, como dijimos antes, fue elegido emperador por acuerdo unánime de todas las legiones.

18 Antes de alcanzar la dignidad imperial, asumió durante el gobierno de Claudio el mando de toda la caballería, porque los jefes de este cuerpo habían cometido una ofensa al emperador, al emprender la lucha a la ligera y sin que él lo hubiera ordenado.

Por esta época, el propio Aureliano luchó con gran arrojo contra los suebos y los sármatas y logró una espléndida victoria. Sin embargo, bajo su mando, los romanos sufrieron un tremendo descalabro por los marcomanos, a causa de un error táctico que cometió. En efecto, fueron devastados con grandes estragos todos los campos de los alrededores de Milán, pues no se preocupó de afrontar la súbita acometida de aquéllos, sino que se dedicó a perseguirlos por la retaguardia. No obstante, posteriormente fueron derrotados también estos mismos pueblos.

En medio del pánico que suscitaron los marcomanos devastándolo todo, se originaron grandes motines en Roma, pues todos temían que pudieran repetirse los desastres de la época de Galieno. Por esta razón también se consultaron los libros Sibílicos que eran célebres por los servicios prestados al Estado, y se averiguó que debían hacerse sacrificios, en determinados lugares que los bárbaros no pudieran franquear. En fin, se realizaron todas las prescripciones de los libros Sibílicos, celebrando cultos muy variados y, gracias a ellos, detuvieron su marcha los bárbaros, a los que dio muerte en su totalidad, pues <sup>eran</sup> andaban errantes desperdigados.

Me place ahora explicar el texto del decreto del senado por el que la autoridad de esta ilustrísima asamblea ordenó que se inspeccionaran dichos libros:

19 En el tercer día de los idus de enero, el pretor ur-

bano Fulvio Sabino dijo: «Os damos cuenta de la sugerencia de los pontífices y de la carta del emperador Aureliano en la que éste ordena que se inspeccionen los libros del destino que contienen la promesa de acabar la guerra contando con el poder sagrado de los dioses. En efecto, vosotros mismos sabéis que se han consultado estos libros siempre que ha ocurrido algún tumulto de cierta gravedad y que los males públicos no han acabado hasta que no se ha autorizado a realizar sacrificios de acuerdo con ellos». Entonces se levantó Ulpio Silano, al que correspondía opinar en primer lugar, y habló así: «Demasiado tarde, senadores, nos decidimos a consultar sobre la salud de nuestra nación, tarde volvemos a inspeccionar los preceptos del destino, actuando como los enfermos, que no mandan llamar a los mejores médicos hasta que no se encuentran en la situación más desesperada, como si fueran los hombres más experimentados los que deberían cuidar más de la salud, cuando en realidad es mejor prevenir todas las enfermedades. Recordáis, senadores, que yo repetí muchas veces en esta asamblea, tan pronto como tuvimos noticia de los ataques de los marcomanos que era preciso consultar las disposiciones de la Sibila, que había que aprovecharse de los beneficios de Apolo y seguir las órdenes de los dioses inmortales, y que, en cambio, algunos senadores lo rechazaron incluso con violentas e injustas críticas, pues afirmaban en tono adulator que el valor de Aureliano era tan grande que le eximía de la necesidad de consultar a los dioses, como si él, varón venerable, no debiera adorar a los dioses, ni esperar nada de los dioses inmortales. ¿Qué más voy a añadir? Acabamos de oír la carta en la que él ha suplicado el auxilio de los dioses —algo que jamás ha supuesto desdoro para nadie— ¡Ojalá un hombre de tan extraordinario coraje reciba su ayuda! Acudid, por tanto, ¡oh pontífices!, puros, limpios, castos y adecuadamente vestidos y

con espíritu reverente, subid al templo, poned en orden los asientos de laurel, cubrid vuestras manos para abrir los libros sagrados, averiguar el destino de nuestra nación, que es inmortal. A los niños cuyos padres viven aún, señaláδες el canto que deben entonar. Nosotros fijaremos los gastos para los ritos sagrados, nosotros dispondremos los preparativos para los sacrificios, nosotros dispondremos a toda prisa los altares». Después de este discurso, habiéndose sido interrogados los senadores, muchos de ellos expusieron sus orígenes, que resulta pesado detallar aquí. A continuación, en vista de que unos alzaban las manos y otros se dirigían a pie a presentar sus votos y que la mayor parte expresaba su conformidad de palabra, se redactó el decreto del senado. Después se dirigieron al templo, repasaron los libros sagrados, publicaron los versos fatales, recorrieron la Ciudad, cantaron himnos, celebraron una procesión en torno a la Ciudad<sup>28</sup>, se anunciaron los Ambaruales<sup>29</sup>, y de esta forma cumplieron los ritos sagrados que se habían prescrito.

Carta de Aureliano sobre los libros Sibilinos. La he incluido aquí también para que se dé crédito a los hechos. «Me admira, senadores, que vosotros hayáis dudado durante tanto tiempo si debéis abrir o no los libros Sibilinos, como si os encontrarais en una iglesia de cristianos y no en el templo de todos los dioses. Actuad, por tanto, y, valiéndoos de la virtud de los pontífices y de ritos solemnes, ayudad a un príncipe que está inquieto por la situación crítica de su pueblo. Que se consulten los libros Si-

<sup>28</sup> El llamado *amburbium*, una procesión por las calles de la Ciudad acompañada de plegarias y de un sacrificio.

<sup>29</sup> Los *ambarvalia*, unas fiestas que se celebraban para impetrar de la diosa Cérés la fecundidad del campo. En ellas se paseaba la ofrenda del sacrificio (*ambarualis hostia*), consistente generalmente en una *suo-vetaurilia* o sacrificio de un cerdo, una oveja y un toro, y se ofrecían las víctimas mientras se cantaba el *carmen aruale* acompañado de una danza.

bilinos y se celebren las ceremonias, en caso de que se haya prescrito su celebración: no me niego a ofrendar, antes al contrario, ofrezco gustoso cualquier dispendio, prisioneros de cualquier pueblo, y los animales reales necesarios, pues no es ningún baldón vencer al enemigo con la ayuda de los dioses. Así es como nuestros mayores comenzaron y concluyeron muchas guerras. He entregado una carta al prefecto del erario, con las órdenes de que aporte los dispendios precisos. Además, vosotros tenéis bajo vuestro poder el arca del Estado, que sé que está más llena de lo que deseo».

21 Sin embargo, cuando Aureliano pretendía atacar simultáneamente a todos sus enemigos, alistando en su ejército un gran número de soldados, recibió al lado de Placencia una derrota tan descomunal, que estuvo a punto de sucumbir el imperio romano. Ciertamente, la causa de este peligro residió en la perfidia y astucia de los movimientos de los bárbaros. En efecto, al no poder combatir en lucha abierta, se adentraron en espesísimos bosques y así, al oscurecer, cayeron sobre los nuestros. Finalmente, los romanos no hubieran alcanzado la victoria si, tras la consulta de los libros Sibilinos y la celebración de sacrificios diversos, los dioses no les hubieran ayudado con ciertos prodigios y apariciones sobrenaturales que desconcertaron a los bárbaros.

Cuando acabó la lucha que mantenía con los marcomanos, como Aureliano era muy feroz por naturaleza, se dirigió a Roma lleno de indignación ansiando llevar a cabo la venganza que reclamaba la violencia de las sediciones que se habían suscitado. Finalmente, haciendo uso del poder con excesiva altivez, él, que en otras ocasiones había sido un hombre excelente, acabó con los cabecillas de las sediciones y reprimió con gran crueldad aquellos movimientos que debía haber aplacado con mayor flexibilidad. En efecto, fueron ejecutados también algunos senadores nobles, aún cuando hubie-

ra sido un único testigo, o un testigo falaz o indocumentado, el que les hubiera acusado de alguna falta de poca importancia o que hubiera podido ser desdeñada por un príncipe más benigno. Y 7  
 ¿para qué referir más detalles? Mancilló con el impacto de su mala reputación, que resultó muy funesta, aquel principado que ya había sido grande y que, no sin razón, había alentado la esperanza. Comenzó a ser temido un príncipe excelente y a perder el afecto, pues unos aseguraban que un príncipe semejante no era digno de ser deseado sino de ser profundamente odiado, y otros decían que era un buen médico, ciertamente, pero que curaba con un régimen perjudicial. Después de estos actos, 8  
 cuando Aureliano se percató de que podría ocurrir algo similar a lo que ocurrió bajo el gobierno de Galieno, tras aceptar la opinión del senado, amplió las murallas de la ciudad de Roma. Pero no fue entonces cuando amplió el pomerio <sup>30</sup>, sino más tarde. En este sentido, a ningún emperador le está permitida su ampliación, a no ser que antes haya enriquecido al Estado romano con la conquista de alguna parte de un territorio bárbaro. Sin embargo, 9  
 Augusto hizo una ampliación, otra Trajano y otra Nerón, bajo cuyo reinado fueron sometidos a la jurisdicción romana el Ponto Polemoniaco <sup>31</sup> y los Alpes Cotios <sup>32</sup>. 10  
 11

22 Así pues, una vez que concluyó los proyectos relativos al amurallamiento, a la estabilidad de la Ciu-

<sup>30</sup> El *pomerium* era una especie de paseo sagrado a un lado y otro del surco principal (*sulcus principalis*) abierto en la tierra en el momento de la fundación de la Ciudad. Estaba reservado para la consulta de los auspicios por los augures por lo que no era edificable. Aunque en principio ese espacio no coincidía con los muros defensivos, tendió luego a confundirse con éstos debido a su etimología (*postmurum*). Se amplió en distintas ocasiones, pero no están documentadas en ninguna otra parte las ampliaciones atribuidas por Vopisco a Nerón y Trajano.

<sup>31</sup> Región al sur del mar rojo.

<sup>32</sup> Región situada en la frontera francoitaliana.

dad y de los problemas de la población civil, se dirigió contra los palmirenos, es decir, contra Zenobia, que ostentaba el poder imperial en Oriente en nombre de sus hijos. Las guerras que llevó a cabo en el camino fueron numerosas e importantes. Así, en las Tracias y en el Ilírico derrotó a los bárbaros que le hicieron frente, es más, dio muerte también en el otro lado del Danubio a Canaba o Canabau-de, jefe de los godos, y a cien mil de sus hombres. Y, desde allí, después de atravesar Bizancio, se adentró en Bitinia apoderándose de ella sin ningún combate. Fueron muchos y muy famosos sus dichos y hechos, pero no podemos relatarlos todos en un libro sin dar lugar al hastío, ni queremos hacerlo así, sino que entresacaremos algunos de ellos para que se pueda comprender así su carácter y su coraje. En efecto, cuando llegó a Tiana<sup>33</sup> y la encontró cerrada, dice que exclamó airado: «No dejaré ni un perro en esta ciudad». Y al punto fue capturada la ciudad gracias al arrojo con que atacaron sus soldados, impulsados por la esperanza del botín, y a la traición de un individuo llamado Heraclamón, que temía caer asesinado entre el resto de sus conciudadanos.

- 23 Pero Aureliano, con espíritu realmente imperial, ofreció enseguida dos muestras particulares de su carácter: la una revelaba su severidad y la otra su benignidad. En efecto, a pesar de su victoria, actuó sabiamente al ordenar ejecutar a Heraclamón por traicionar a su patria y, cuando los soldados le pedían que destruyera a la ciudad apoyándose en aquella frase por la que él había asegurado que no dejaría ni un perro en Tiana, les respondió con estas palabras: «Aseguré que no dejaría ni un perro en esta ciudad: pues matadlos a todos». Grandiosa fue la frase del príncipe, pero más grandiosa fue la

<sup>33</sup> Ciudad situada al Suroeste de Capadocia.

actuación de los soldados. En efecto, la jocosa frase del príncipe por la que se negaba el botín y se salvaba la ciudad, la interpretó el ejército en el sentido de que se le iba a colmar de riquezas. Carta sobre Heraclamón: «Aureliano Augusto a Malio Qui-lón. He permitido la muerte de aquél por cuyo favor, por así decirlo, tomé Tiana. No pude mostrar afecto alguno a un traidor y por ello toleré complacientemente que los soldados le asesinaran, pues pienso que tampoco a mí me hubiera podido ser fiel una persona que traicionó a su patria. En fin, a él sólo, de entre todos los que estaban sometidos a asedio, el campo le recibió en su seno. No puedo negar que era un hombre rico, pero he restituido sus bienes a sus hijos, para que nadie me pueda calumniar diciendo que he permitido que se diera la muerte a un hombre opulento, a causa de sus riquezas».

24 La ciudad fue tomada de una manera sorprendente. En efecto, habiendo mostrado Heraclamón un lugar elevado por una especie de monte natural por donde podría subir Aureliano con el atuendo imperial, éste subió a él y se mostró a los habitantes del interior de la ciudad y a los soldados de fuera dejando ver su clámide de púrpura, y de este modo la ciudad fue capturada, pensando que todo el ejército de Aureliano estaba dentro de las murallas.

No debe silenciarse un hecho que concierne a la gloria de este venerable príncipe. Porque se dice que había pensado en serio destruir la ciudad y que había hablado sinceramente sobre ello; pero que Apolonio de Tiana, sabio de gran renombre y autoridad, filósofo ya anciano, un amigo verdadero de los dioses, digno también él de recibir honores divinos, se le presentó inesperadamente cuando iba a entrar en su tienda con su figura habitual y le dijo las siguientes palabras en latín, para que pudiera entenderlas un hombre de Panonia como era él: «Au-

reliano, si quieres vencer, no debes pensar en la muerte de mis conciudadanos. Aureliano si quieres ostentar el imperio, abstente de sangre de inocentes. Aureliano, si quieres vivir, actúa con clemencia». El emperador conocía el rostro de este venerable filósofo porque había visto su imagen en muchos templos. En fin, sobrecogido inmediatamente de pánico, le prometió un cuadro, estatuas y un templo y rectificó sus propósitos. Estas noticias las conozco yo por boca de personas de gran respeto y las he vuelto a leer en los libros de la biblioteca Ulpia y las he creído en atención a la autoridad de Apolonio sobre todo. Pues ¿qué persona ha habido entre los hombres más santa, más venerable, más noble y más divina que él? Él devolvió la vida a los muertos, él dijo e hizo muchas cosas sobrehumanas. El que quiera conocerlas, que lea los libros griegos que se han escrito sobre su vida. Por lo que a mí toca, si me queda aún vida y si por entonces aún permanece floreciente el prestigio de este hombre, escribiré, aunque sea brevemente, las acciones de tan gran personaje, no porque las gestas de un hombre como él precisen de mis servicios, sino para que todos proclamen con su voz aquellas acciones que merecen ser admiradas.

25 Una vez recuperada Tiana y tras haber prometido a todos la impunidad, se apoderó de Antioquía después de un breve combate junto a Dafne y desde entonces fue más humano y clemente, pues, según se admite, obedecía los consejos de aquel venerable varón llamado Apolonio. Después de esto luchó en un gran combate cerca de Emesa contra Zenobia y su aliado Zaba, para hacerse con el arbitraje de la situación. Y, cuando las tropas de caballería de Aureliano estaban a punto de abandonar el combate y dar la espalda agobiadas por la fatiga, súbitamente se sintieron reanimadas por una imagen divina que, como se puso después de manifiesto, les alentaba con el impulso de su poder, y por la actuación



también de las tropas de infantería. Zenobia y Zaba fueron puestos en fuga y con ello se consiguió una victoria total. Habiendo recuperado, pues, el gobierno de Oriente, entró en Emesa como vencedor e inmediatamente se dirigió al templo de Heliogáballo, para cumplir los votos como si se tratara de un deber público. Pero allí descubrió la misma imagen divina que vio que le ayudaba en el combate. Por esta razón erigió también en aquella ciudad diversos templos proveyéndoles de grandes tesoros y construyó en Roma un templo dedicado al Sol que consagró con mayor boato, como dijimos en su lugar.

26 Después de esto se volvió a Palmira con el fin de asaltar la ciudad y dar término así a sus empresas. Pero durante la marcha sufrió numerosos ataques de los ladrones de Siria, siendo acogido a menudo hostilmente su ejército y, en el transcurso del asedio de la ciudad, se arriesgó hasta el punto de que casi le alcanzó una flecha.

Se conserva aún una carta que dirigió a Mucapor, en la que, sobrepasando el decoro debido a un emperador, reconoce la dificultad que suponía esta guerra: «Los romanos dicen que yo combato sólo contra una mujer, como si Zenobia luchara sola conmigo y con sus propias fuerzas, pero realmente el número de enemigos es equiparable a los que tendría si tuviera que atacar a un hombre, dado que ella es más peligrosa a causa de su complejo de culpabilidad y de su temor. No puede decirse cuántas flechas hay aquí, qué clases de máquinas de guerra, cuántos dardos o cuántas piedras. No hay ninguna parte de la muralla que no esté protegida por dos o tres ballestas; también sus catapultas lanzan fuegos. ¿Para qué añadir más detalles? Tiene miedo como mujer que es, pero lucha como los que temen un castigo. Pero creo que los dioses ayudarán al Estado romano, ya que nunca dejaron de secundar nuestros proyectos».

Cansado, al fin, y exhausto por estos males, Aureliano envió una carta a Zenobia pidiendo su rendición y prometiendo conservar su vida. De ella he ofrecido este extracto: «Aureliano, emperador del orbe romano y que ha recobrado el Oriente, a Zenobia y a los demás que están unidos a ella en alianza para la guerra. Debisteis hacer por propia iniciativa lo que ahora os mando en mi carta. Pues os ordeno la rendición, prometiéndooos la vida con total libertad, de tal manera que tú, Zenobia, puedas pasar tus días con los tuyos donde yo te instalare, de acuerdo con lo que dictamine nuestro prestigiosísimo senado. Entregad al erario romano las piedras preciosas, el oro, la plata, la seda, los caballos y camellos. A los palmirenos se les conservará su derecho».

27 Cuando recibió esta carta, Zenobia contestó al emperador con más altanería e insolencia que la que permitía su propia situación política, creo que al dictamen de su temor. Efectivamente, he insertado también una copia de su carta: «Zenobia, reina en Oriente, a Aureliano Augusto. Hasta ahora nadie, salvo tú, es capaz de pedir por carta lo que tu exiges. La valentía debe ser el motor de cualquier actuación bélica. Pides mi rendición, como si no supieras que la reina Cleopatra prefirió morir a vivir con cualquier otra dignidad. A nosotros no nos van a faltar los auxilios de los persas, que ya estamos esperando, a favor nuestro están los sarracenos, a favor nuestro, también, los armenios. Aureliano, los ladrones de Siria han derrotado tu ejército. ¿Qué más? Porque, si llega aquél contingente de tropas que esperamos de todas las partes, entonces depondrás sin duda ese entrecejo arrogante con el que ahora me exiges la rendición, como si fueras un vencedor universal».

Nicómaco dice que tradujo esta carta al griego de la lengua siria en la que había dictado la propia Zenobia. En efecto, la anterior que hemos citado de Aureliano estaba escrita en griego.

- 28 Cuando recibió esta carta, Aureliano no se avergonzó, sino que se irritó, y reuniendo inmediatamente a su ejército y a sus generales, dio la orden de asediar Palmira por todas las partes y, como era hombre enérgico, no renunció a nada que pudiera parecer que lo dejaba incompleto o inacabado. Interceptó las tropas auxiliares que habían enviado los persas, descompuso los cuerpos de caballería de los sarracenos y de los armenios y los hizo pasar a sus filas, bien con arrogancia, bien con sagacidad, y por fin derrotó a aquella poderosísima mujer tras muchos esfuerzos. Así pues, cuando Zenobia huía después de su derrota con unos camellos, a los que los de allí llaman dromedarios, y se dirigía en ellos hacia Persia, fue capturada por un escuadrón de caballería enviado por Aureliano y luego puesta a su disposición. Y en consecuencia, Aureliano, que había salido victorioso y era dueño ya de todo Oriente, puesto que tenía entre cadenas a Zenobia, trató con los persas, armenios y sarracenos aquellos negocios que exigía la ocasión con excesivo orgullo e insolencia. Entonces se llevaron al templo del Sol las vestiduras que vemos aún hoy, recamadas de piedras preciosas, entonces se llevaron también dragones persas, tíasas y una púrpura especial que ya no ha ofrecido después ningún otro país y que el orbe romano no ha visto más. Sobre esta clase de púrpura nos place decir, al menos, unas palabras.
- 29 Recordáis que hubo en el templo de Júpiter Óptimo Máximo un manto pequeño de lana de color púrpura junto al que los vestidos de púrpura de las matronas y del propio Aureliano parecían que cambiaban su color por el color de ceniza, si los acercaban, al contraste con el brillo divino que aquél poseía. Se dice que el rey de los persas compró este manto y que luego se lo regaló a Aureliano, escribiéndole: «Acepta este manto de púrpura como el que yo utilizo». Pero esto no fue verdad. En efecto, Aureliano posteriormente y Probo y Diocle-

ciano, más recientemente, buscaron con gran celo esta clase de púrpura enviando a Persia a negociantes diligentísimos y, sin embargo, no pudieron encontrarlo. Porque dicen que es el sándix de la India el que produce esta púrpura, si se le trata adecuadamente.

- 30 Pero volvamos al hilo de la narración: todos los soldados con gran clamor pedían que Zenobia fuera castigada con la muerte. Pero Aureliano, considerando que era indigno hacer morir a una mujer, una vez ejecutada la mayor parte de los cómplices con los que ella había impulsado, preparado y llevado a cabo la guerra, la reservó para su triunfo, con la intención de que sirviera de espectáculo a los ojos del pueblo romano. Cuentan que fue una decisión funesta condenar a muerte, entre otros, al filósofo Longino <sup>34</sup>, de quien se dice que Zenobia se había servido como maestro de literatura griega. En realidad, se dice que Aureliano le asesinó por esto, porque corrían rumores de que aquella carta insolentísima de la reina había sido redactada según sus consejos, aunque había sido compuesta en lengua siria.

Así, pues, una vez pacificado el Oriente, Aureliano volvió como vencedor a Europa y derrotó allí a las tropas de los carpos y, como el senado le concedió el título de Cárpico durante su ausencia, dicen que escribió a esta asamblea en tono jocoso: «sólo falta, senadores, que me llaméis también Carpísculo». El carpísculo, en efecto, como es suficientemente sabido, es un tipo de calzado. Le parecía que dicho título era algo vulgar, dado que ya poseía el de Gótico, Salmático, Arménico, Pártico y Adiabénico.

- 31 Es raro, y más aún difícil, que los sirios mantengan la fidelidad. Así, los palmiranos que ya habían

<sup>34</sup> Filósofo neoplatónico, retórico y filólogo.

sido vencidos y aplastados promovieron una grave revuelta, mientras Aureliano se ocupaba de la situación de la zona de Europa. En efecto, mataron a Sandarión, a quien Aureliano había encargado el gobierno de esta zona, y a setecientos arqueros, disponiendo el poder imperial para un individuo llamado Aquileo pariente de Zenobia. Pero, como Aureliano estaba preparado realmente, se volvió desde Ródope y destruyó la ciudad porque se hizo merecedora de tal castigo. En fin, la crueldad de Aureliano, o como otros dicen, su severidad llegó a tal extremo que se puede citar una carta suya que muestra la confesión de su cruelísima cólera. Ésta es una copia de aquélla: «Aureliano Augusto a Cerronio Baso. No conviene que las espadas de los soldados lleguen más lejos. Bastantes palmiranos han sido asesinados y pasados a cuchillo. No hemos perdonado a las mujeres, hemos asesinado a los niños, hemos decapitado a los ancianos y hemos aniquilado a los campesinos ¿A quién dejaremos, finalmente, estas tierras y esta ciudad? Es preciso perdonar a los que aún sobreviven. Creemos, en efecto, que un número tan reducido habrá quedado escarmentado con los castigos de muchos. Deseo también que se devuelva su antigua estructura al templo del Sol, que los aquilíferos de la tercera región asolaron en la ciudad de Palmira juntamente con los portaestandartes, el dragonero, los cornetas y los trompetas. Tienes a tu disposición tres libras de oro procedentes de los cofrecillos de Zenobia, tienes también mil ochocientas libras de plata de los bienes de los palmiranos y tienes también piedras preciosas de la casa real. Haz que se adorne el templo con todos estos tesoros: así nos causarás a mí y a los dioses inmortales una gran alegría. Yo escribiré al senado pidiéndole envíe un pontífice para que consagre el templo». Como vemos, esta carta indica que ya había quedado satisfecha la ferocidad de este emperador inflexible.

- 32 Al fin, ya más seguro, regresó de nuevo a Europa donde, haciendo gala de su conocido valor, desbarató a todos los enemigos que pululaban aquí y allá. Mientras Aureliano realizaba magníficas hazañas en Tracia y en toda Europa, apareció un tal Firmo que se apoderó de Egipto sin asumir las insignias reales, como si se tratara de un Estado independiente de Roma. Inmediatamente se dirigió contra él Aureliano, al que tampoco le faltó en aquel caso su fortuna habitual. En efecto, recuperó al punto Egipto y, como era feroz de espíritu y vengativo de pensamiento y estaba profundamente irritado, porque aún Tétrico ocupaba las Galias, se dirigió a Occidente y, merced a que éste traicionó a su propio ejército porque no podía soportar sus actos de indisciplina, Aureliano tomó el mando de las legiones que aquél le entregó. Por tanto, una vez que dejó pacificado el Oriente, las Galias y las tierras de todo el mundo y se convirtió en príncipe de todo el mundo, decidió marchar a Roma para celebrar ante los ojos de los romanos su triunfo sobre Zenobia y Tétrico, es decir, sobre Oriente y Occidente. 2  
3  
4
- 33 No está fuera de lugar saber cómo se celebró el triunfo de Aureliano, pues fue, en efecto, brillantísimo. Hubo en el desfile tres carros reales, uno de los cuales era el de Odeonato, labrado y adornado con plata, oro y piedras preciosas, otro, el que regaló a Aureliano el rey de los persas, cuya fabricación era similar a la de aquél, y el tercero, el que había mandado fabricar Zenobia para sí, puesto que esperaba acudir con él a visitar la ciudad de Roma; y su esperanza no quedó fallida, pues entró en la Ciudad con aquel carro, pero cautiva y como un rehén triunfal. Hubo también otro carro tirado por cuatro ciervos, que dicen que pertenecía al rey de los godos. En él, según la versión de un gran número de autores, Aureliano fue transportado hasta el Capitolio para sacrificar allí los ciervos que di- 2  
3

cen que había prometido ofrecer a Júpiter Optimo Máximo cuando los capturó junto con el carro al que iban uncidos. Precedieron veinte elefantes, fieras domesticadas de la Libia y doscientas fieras de Palestina de distintas especies, que Aureliano regaló enseguida a particulares para no sobrecargar los gastos del fisco con su sustento; después cuatro tigres, jirafas, alces y otros animales de la misma clase, que era conducidos en fila, ochocientas parejas de gladiadores —además de los prisioneros de los pueblos extranjeros— blemios, exomitas, árabes, eudemones, indios, bactrianos, iberos, sarracenos y persas, todos ellos con sus regalos; godos, alanos, roxolanos, sármatas, francos, suevos, vándalos y germanos, con las manos atadas, como si fueran prisioneros. Abrían la marcha también, entre ellos, los príncipes de la ciudad de Palmira, que habían sobrevivido, y los egipcios a causa de su sublevación.

34 Eran conducidas también en el cortejo diez mujeres que habían sido capturadas peleando entre los godos con atuendo varonil, mientras que otras compañeras suyas perecieron. Un cartel indicaba que eran amazonas: precedían al cortejo carteles que llevaban escritos los nombres de distintos pueblos. Entre ellos desfiló Tétrico vestido con la clámide de púrpura, la túnica de color verde y las bragas galas, y a su lado su hijo, al que había nombrado emperador de la Galia. Desfilaba también Zenobia, adornada con sus piedras preciosas y maniatada con cadenas de oro que otros la ayudaban a llevar. Llevaban delante las coronas de oro de todas las ciudades, colocadas en unos carteles que se alzaban a lo alto. A continuación seguía el mismo pueblo romano, luego los guiones de las distintas corporaciones y de los distintos cuarteles, los soldados catafractarios, las fuerzas reales y todo el ejército y el senado (aunque bastante triste porque veía que también se exhibían senadores como rehe-

nes triunfales) proporcionaron gran fastuosidad. En 5  
 fin, no pudo llegar al Capitolio casi hasta la hora  
 nona, y más tarde aún al Palacio. En los días su- 6  
 cesivos se ofrecieron al pueblo distintos espectácu-  
 los escénicos y circenses, cacerías, combates gladia-  
 torios y naumaquias.

35 Parece que no se debe omitir un hecho que el  
 pueblo romano conserva en su memoria y que la fe  
 histórica ha difundido con frecuencia, a saber, que  
 Aureliano, por aquella época en que se disponía a  
 partir para Oriente, prometió repartir al pueblo co-  
 coronas de dos libras, si volvía victorioso, pero que,  
 al no poder o no querer dárselas de oro como el  
 pueblo esperaba, las confeccionó con los panes que  
 ahora llaman «siliginos»<sup>35</sup> y las distribuyó como  
 regalo a todos los ciudadanos, de tal manera que  
 durante todo su reinado cada persona recibiera a  
 diario un pan de esta clase y transmitiera este dere- 2  
 cho a sus descendientes. Por otra parte, el propio  
 Aureliano distribuyó también carne de cerdo al  
 pueblo romano, como se hace actualmente.

Promulgó muchísimas leyes y ciertamente, útiles 3  
 todas. Instituyó sacerdocios. Construyó un templo  
 dedicado al Sol y le consolidó dotándole de unos  
 pórticos y destinó fondos para su conservación y  
 la atención de sus ministros. 6

Hecho esto, se dirigió a las Galias y libró a los 4  
 vindélicos de los ataques de los bárbaros, después  
 regresó al Ilírico y, tras reunir un ejército más nu-  
 meroso que poderoso, declaró la guerra a los per-  
 sas a los que había derrotado ya por la época en  
 que derrotó a Zenobia, consiguiendo así una enor-  
 me reputación. Pero, cuando realizaba la marcha 5  
 contra ellos, Aureliano fue asesinado gracias a la as-  
 tucia de su secretario y por mano de Mucapor, en

<sup>35</sup> Pan fabricado con la flor de la harina o con harina de pan candeal.



Cenofrurio, una mansión <sup>36</sup> imperial situada entre Heraclea y Bizancio.

36 Explicaré brevemente cuál fue la causa de su muerte y cómo se llevó a cabo, para que nadie ignore un hecho tan importante. Aureliano, no se puede negar, fue un emperador rígido, cruel y sanguinario. Habiendo llegado su rigurosidad hasta el extremo de haber dado la muerte a la hija de su hermana por un motivo insignificante y que no merecía tal castigo, éste se ganó, primero, el odio de los suyos. Pero, como ocurren fatalmente las cosas, a esta circunstancia se sumó el hecho de que, por no sé qué sospechas, hizo con sus amenazas más acérrimo enemigo suyo a un tal Mnesteo <sup>37</sup>, que había sido su secretario, y también liberto suyo, según algunos. Mnesteo, que sabía que Aureliano no tenía la costumbre de amenazar en vano ni de olvidar, si había hecho alguna amenaza, escribió una lista de nombres mezclando aquéllos contra los que el emperador estaba realmente enemistado junto con aquéllos otros sobre los que no pensaba ejercer ninguna violencia, añadiendo también su nombre para hacer creer que se había mostrado solícito, y luego leyó la lista a cada uno de los que figuraban en ella, diciéndoles que Aureliano había decidido acabar con todos y que, si eran verdaderos hombres, debían salvar su vida. Habiéndose irritado, por temor, los que merecían el castigo, y los inocentes, por dolor de que Aureliano se mostrase desagradecido a sus servicios y favores, acometiendo súbitamente al emperador durante su viaje en el lugar reseñado, le dieron muerte.

<sup>36</sup> Se llamaban *mansiones* los lugares de descanso situados a cierta distancia a lo largo de las grandes vías de comunicación. Se aprovechaban para estacionar tropas, para albergarse los particulares, relevar los caballos de los correos, etc.

<sup>37</sup> Es problemático este nombre, pues Zósimo y Zonaras lo llaman Eros.

37 Éste fue el fin de Aureliano, príncipe útil, más que bueno. Cuando se descubrieron las circunstancias que habían envuelto su muerte, sus asesinos ofrecieron en su honor un magnífico sepulcro y un templo. Mnesteo fue prendido después clandestinamente y expuesto luego a un poste para que le comieran las fieras, como lo prueban unas estatuas de mármol que se colocaron a ambos lados del lugar del suplicio, donde también se emplazaron dos estatuas sobre unas columnas dedicadas al divino Aureliano. El senado sintió profundamente su muerte, pero la sintió más aún el pueblo que solía llamar a Aureliano «El pedagogo<sup>38</sup> de los senadores». Ostentó el poder imperial durante seis años y cinco meses menos algunos días y se le hizo figurar entre los dioses por las grandes hazañas realizadas.

Me he visto obligado a incluir aquí un hecho que aparece expuesto en ciertos relatos históricos, porque está relacionado con Aureliano<sup>39</sup>. En efecto, un gran número de autores dicen que Quintilio, el hermano de Claudio, cuando recibió la noticia de la muerte de éste en una guarnición de Italia donde se encontraba, asumió el poder imperial, pero que, poco después, cuando se supo que Aurelio era ya emperador, fue abandonado por todo el ejército por esta misma causa, y que, como se puso a pronunciar una arenga en contra de Aureliano y los soldados no le escucharon, se cortó las venas y pereció a los veinte días de haberse proclamado emperador.

Aureliano hizo desaparecer de todo el orbe de la tierra todos los crímenes, todos los malos sentimientos, todas las profesiones siniestras y todas las bandas existentes.

<sup>38</sup> Era el preceptor y acompañante de los niños hasta que recibían la toga viril. Eran de condición servil.

<sup>39</sup> Los capítulos que siguen (37,5 a 41,15), según Magie, *op. cit.* p. 269, 2.2, son una especie de apéndice con repeticiones de lo ya dicho.

- 38 Creo que esto también atañe al tema que tratamos, a saber, que Zenobia retuvo el imperio que había en nombre de su hijo Vabalato, no en el de Timolao y Hereniano <sup>40</sup>. Ocurrió también bajo Aureliano la guerra de los monederos, siendo su instigador el contable Felicísimo. La reprimió con gran dureza y rigor, pero perecieron en ella mil soldados de su ejército, como lo prueba esta carta que escribió a Ulpio Crinito, tres veces cónsul, el cual le había adoptado a él anteriormente: «Aureliano Augusto a su padre Ulpio. Una sedición surgida dentro de Roma ha provocado una guerra perniciosísima para mí, como si el destino actuara en contra mía, haciendo que todo tipo de turbaciones dificulten aún más todas las guerras que emprendo. Los monederos manifestaron sus sentimientos hostiles contra mí, instigados por Felicísimo, el último de mis esclavos, a quien yo había encomendado la administración del fisco. Han sido reprimidos, pero han perecido siete millares de soldados lembarios, riparenses, castrianos <sup>41</sup> y dacios. Esto indica que los dioses inmortales no me han concedido ninguna victoria sin dificultades».
- 39 A Tétrico, sobre el que había triunfado, le nombró inspector de Lucania, mientras que su hijo permanecía en el senado. Exigió el templo majestuosísimo del Sol. Extendió la muralla de Roma de tal manera que su circuito llegó a medir más de cincuenta millas. Persiguió con gran severidad a los cuadruplatores y delatores. En una ocasión ordenó quemar en el foro de Trajano los archivos públicos, para infundir tranquilidad a los ciudadanos que debían algo. También, durante su gobierno se de-

<sup>40</sup> Cf. *Treinta Usurpadores*, 30, 1-3.

<sup>41</sup> Limbarios eran los soldados que militaban en la flota del Danubio, llamados así por el término *limbus* «barco», «chalupe». Riparienses, los apostados en guarniciones a orillas (*ripae*) del Danubio. Castrianos, los de las guarniciones de los *castra* fronterizos.

cretó una amnistía de los delitos políticos, a ejemplo de los atenienses, como recuerda Tulio Cicerón en las Filípicas. Persiguió rebasando los límites de la disciplina militar a los acusados de concusión y a los reos de peculado <sup>42</sup>, llegando a infligirlos grandes suplicios y torturas. Entregó al templo del Sol oro en abundancia y muchas piedras preciosas. Cuando vio que el Ilírico había sido devastado y que se había perdido la Mesia, dejó la Dacia Transdanubiana, que Trajano había convertido en provincia romana, y retiró el ejército y los habitantes de dicha provincia, desconfiando ya de poder conservarla y, después de haber hecho salir a los pueblos que la ocupaban, los estableció en la Mesia, a la que dio el nombre de Dacia Aureliana y que actualmente separa las dos Mesias. Se dice además que fue de una crueldad tal que, para poder acabar con más facilidad con la vida de un gran número de senadores, les echó en cara falsamente la constitución de una asociación para conspirar y alzarse con el poder. Algunos añaden que él asesinó no a la hija, sino al hijo de su hermana; sin embargo, la mayor parte de los autores dice que mató también al hijo de su hermana.

- 40 La circunspección de que hizo gala aquel senado venerable y la ponderación y prudencia del ejército demuestran las grandes dificultades que existen para elegir a un emperador como sucesor de otro de grandes cualidades: en efecto, después del asesinato de un príncipe tan rígido, el ejército confió al senado la misión de elegir al nuevo emperador, porque pensaba que la elección no debía recaer sobre ninguno de aquéllos que habían participado en el asesinato de aquél príncipe tan grande. Pero el senado, a su vez, declinó esta elección en el ejército,

<sup>42</sup> Se trata del *crimen repetundarum*, equivalente al cohecho o corrupción con dádivas de personas que ejercen funciones públicas, delito muy frecuente entre los magistrados provinciales romanos y del *peculatus*, que consistía en la malversación de fondos públicos.

consciente de que ya los soldados no aceptaban con agrado a los emperadores que elegía el senado. En fin, la operación se repitió por tres veces, de tal manera que el mundo romano permaneció durante seis meses sin emperador y se mantuvieron en sus puestos todos los magistrados que había elegido el senado o Aureliano, a excepción de Faltonio Probo que fue nombrado procónsul de Asia en sustitución de Arelio Fusco. 4

- 41 Me complace incorporar aquí la misma carta que el ejército envió al senado: «Las tropas afortunadas y aguerridas al senado y al pueblo romano. Nuestro emperador Aureliano ha sido asesinado merced a la astucia de un sólo hombre y por la equivocación de otros hombres honrados y malvados. ¡Oh senadores respetables y venerables señores!, elevadle al rango de los dioses, y enviadnos como emperador a alguien de nuestro estamento que consideréis digno. En efecto, nosotros no toleraremos que nos mande ninguno de aquéllos que actuaron por equivocación o con mala intención». La contestación se hizo según un decreto del senado. Cuando el día tres de las nonas de enero el senado celebró una asamblea plenaria en la Curia Pompiliana, el cónsul Aurelio Gordiano dijo: «Senadores, vamos a consultaros sobre una carta de nuestro ejército que ha obtenido extraordinarios éxitos». Una vez que hubieron leído la carta, Aurelio Tácito, que era el primero en dar su opinión (se trata del mismo que fue proclamado emperador después de Aureliano con el consentimiento de todos), habló así: 2  
«Los dioses habrían actuado con rectitud y regularidad, si hubieran permitido que los buenos emperadores hubieran resultado invulnerables a la espada, de tal forma que pudieran vivir durante mucho tiempo, y si las personas que maquinan en su men- 3  
4  
5

<sup>43</sup> Nombre aplicado aquí, y en Tácito, 3, 2, falsamente a la curia *Iulia*.

te siniestra asesinatos monstruosos no tuvieran poder contra ellos. Entonces aún viviría nuestro príncipe Aureliano, que aventajó a todos en energía y servicios al Estado. Nuestra república, ciertamente, había comenzado a respirar con el gobierno de Claudio, después del infortunio de Valeriano y de las desdichas de Galieno; pero Aureliano la ha restituido a su antiguo estado gracias a las victorias que ha obtenido en todo el orbe. Él nos dio las Galias, él liberó Italia, él descargó a los vindélicos del yugo de la esclavitud bárbara. Merced a su victoria se recuperó la Iliria y se sometió de nuevo a las Tracias a la obediencia de las leyes romanas. Él, ¡oh, vergüenza!, recuperó para el dominio romano el Oriente que estaba oprimido por el yugo de una mujer, él dispersó, auyentó y aniquiló a los persas que se jactaban aún de la muerte de Valeriano. Los sarracenos, blemios, exomitas, bactranos, seros, iberos, albanos, armenios, e incluso los pueblos de la India, le adoraron como si estuviera presente y casi como a un dios. El Capitolio está repleto de los regalos que él obtuvo entre los países bárbaros. Un sólo templo posee quince mil libras de oro, fruto de su liberalidad, y todos los santuarios enclavados en Roma brillan con los destellos de sus presentes. Por esto, senadores, me asiste el derecho para acusar incluso a los mismos dioses por haber permitido el asesinato de tal emperador, a menos que les haya movido el anhelo de tenerle a su lado. Por tanto, propongo que se le tributen honores divinos, y pienso que todos vosotros debéis hacer la misma propuesta. Y, por lo que atañe a la elección del emperador, pienso que hay que encomendarla al propio ejército. En efecto, en una decisión de este tipo, el elegido se expondrá al peligro y el elector al odio, si no se hace lo que se dice». La propuesta de Tácito fue aprobada; pero, como las mismas para la elección se repetían una u otra vez, al fin fue nombrado Tácito en virtud de un decreto

del senado que reproduciremos en la vida de este emperador.

- 42 Aureliano dejó solamente una hija, cuyos descendientes viven actualmente en Roma. Y es nieto suyo el procónsul de Cilicia llamado Aureliano, un senador excepcional y respetado por su rectitud y por sus costumbres, que actualmente vive en Sicilia. 2

«¿A qué diría yo que se debe el que haya habido tan pocos príncipes buenos, siendo así que ya han ocupado el trono tantos Césares? En efecto, los registros públicos contienen la serie de purpurados que han existido desde Augusto hasta Diocleciano y Maximiano. Pero, entre ellos, los más eximios fueron el mismo Augusto, Flavio Vespasiano, Flavio Tito, Coceyo Nerva, el divino Trajano, el divino Adriano, los Antoninos Pío y Marco, Severo el Africano, Alejandro el hijo de Mamea, el divino Claudio y el divino Aureliano, pues a Valeriano, aunque fue un extraordinario emperador, el infortunio le separó de todos los demás emperadores. Mira, por favor, cuán escasos son los príncipes buenos, de suerte que se afirmó con razón por un actor de mimos de la época de Claudio y bufón de este emperador que podían inscribirse y representarse en un sólo anillo los príncipes buenos». Por el contrario, ¿cuál es la lista de los príncipes perversos? pues, en el supuesto de que omitamos a los Vitelios, Calígulas y Nerones, ¿quién será capaz de aguantar a los Maximinos, a los Filipos y a la vez de aquel confuso tropel de emperadores? aunque deba exceptuar a los Decios, cuya vida y muerte merece parangonarse con la de los antepasados. 3 4 5 6

- 43 Ciertamente, se suele preguntar por la causa que vuelve malos a los príncipes: en primer lugar, amigo mío, es el libertinaje; después, la abundancia de bienes y, aparte de estas causas, los amigos perversos, los servidores execrables, los eunucos cargados de codicia, los cortesanos necios o detestables y, sin lugar a duda, la ignorancia de la administración del

Estado. Pero yo escuché de labios de mi padre que 2  
 el emperador Diocleciano, cuando ya era un hom-  
 bre particular, dijo que no había nada más difícil  
 que gobernar bien. Se reúnen cuatro o cinco per- 3  
 sonas y adoptan la común decisión de engañar al  
 príncipe, en cuyo caso, le dicen qué es lo que debe  
 aprobar. El emperador, que está encerrado en su 4  
 casa, no conoce la verdad. Se ve constreñido a sa-  
 ber solamente lo que aquéllos le dicen, nombra jue-  
 ces que no debería nombrar y aparta de la admi-  
 nistración a las personas que debía mantener en ella.  
 ¿qué más? Como decía el propio Diocleciano, de  
 esta manera es traicionado el emperador bueno, el  
 prudente y el más perfecto. Estas son las palabras 5  
 de Diocleciano que he incluido aquí para que tu  
 prudencia advierta que nada hay más escaso que un  
 buen príncipe.

44 Sin duda, muchos escritores no colocan a Aure-  
 liano ni entre los príncipes buenos, ni entre los ma-  
 los, porque le faltó la clemencia, la primera cuali-  
 dad de los emperadores. Verconio Hereniano <sup>44</sup>, 2  
 prefecto del Pretorio de Diocleciano, contaba mu-  
 chas veces, según atestigua Asclepiodoto, que este  
 emperador dijo frecuentemente al reprender la se-  
 veridad de Maximino que Aureliano debería haber  
 sido general más que emperador. En efecto, detes-  
 taba su excesiva crueldad.

Tal vez parezca sorprendente un hecho que des- 3  
 cubrió Diocleciano y que, según dice Asclepiodo-  
 to, aquél comunicó a su consejero Celsino; pero las  
 futuras generaciones juzgarán sobre ello. Decía, en 4  
 efecto, que en cierta ocasión Aureliano acudió a  
 consultar a las Druidas de la Galia <sup>45</sup> para averiguar  
 si el trono iba a permanecer entre sus descendien-  
 tes y que, según él, ellas le habían respondido que  
 ningún nombre llegaría a ser tan ilustre como el de

<sup>44</sup> Cf. *Probo*, 23,3.

<sup>45</sup> Se trata de mujeres adivinas, cf. *Alejandro*, 40,6 y *Caro*, 14,3 ss.



los descendientes de Claudio. Y, efectivamente, ya 5  
 es emperador Constancio, un vástago de su misma  
 sangre, cuyos descendientes, según creo, llegarán a  
 alcanzar aquella gloria que vaticinaron las Druidas.  
 He relatado este hecho en la vida de Aureliano por-  
 que fue él quien hizo la consulta y quien recibió la  
 respuesta.

45 Aureliano estableció que desde Egipto se enviara  
 a la ciudad de Roma un tributo consistente en vi-  
 drio, papel, lino, cáñamo y otras clases de bienes 2  
 con los que se cobraba una tasa perpétua. Proyectó  
 la construcción de unas termas para invierno en un  
 barrio del otro lado del Tíber, porque allí había es-  
 casez de agua fría. Comenzó a cimentar un foro  
 que llevaba su nombre en Ostia, al lado del mar.  
 Después se construyó en él un pretorio público. 3  
 Enriqueció a sus amigos, aunque con prudencia y  
 moderación, para que, por una parte, eludieran las  
 miserias de la pobreza y, por otra, evitaran la en-  
 vidia que suscitan las riquezas haciendo un uso mo-  
 derado de su patrimonio.

No conservó presonalmente en su ropero ningún 4  
 vestido de seda pura, ni permitió a otros que los uti-  
 lizaran. Y un día que su mujer le pidió permiso para 5  
 ponerse un manto singular de seda de color púrpu-  
 ra, le respondió: «No quieran los dioses que yo  
 compre seda con oro». Efectivamente, en aquellos  
 momentos una libra de seda equivalía a una de oro.

46 Tuvo la intención de prohibir que se enviara oro  
 para decorar las habitaciones, recamar las túnicas y  
 las pieles y mezclarlo con la plata, alegando que en  
 las mismas había más oro que plata, pero que el oro  
 desaparecía debido a los distintos usos a que se des-  
 tinaban sus láminas, hilos y distintas fundiciones,  
 mientras que la plata se conservaba intacta para los 2  
 usos habituales. Había dado permiso para que los  
 que quisieran utilizaran vasos y copas de oro. Ade- 3  
 más, otorgó a los particulares la posibilidad de dis-  
 poner de coches plateados, mientras que hasta en-

tonces los carruajes habían sido adornados con bronce o marfil. Permitted igualmente que las matronas vistieran túnicas y otros trajes de púrpura, siendo así que con anterioridad los habían usado de distintos colores y, con mucho, de color de acanto. También fue el primero en permitir que los soldados rasos utilizaran hebillas de oro, siendo así que anteriormente los habían usado de plata, y el primero que repartió entre los soldados vestidos con fajas bordadas de oro, siendo así que anteriormente éstos no los habían recibido sino dotados con unas rayas rectas de color púrpura, en algunos casos por cierto, con una sola franja, en otros con dos, en otros con tres, y, a veces, hasta con cinco, como los vestidos de lino que se usan actualmente.

47 Añadió a los panes que se usaban en Roma una onza de peso que sacaba de los tributos de Egipto. como él mismo se jacta en una carta que envió al prefecto del abastecimiento de víveres de la Ciudad: «Aureliano Augusto a Flavio Arabiano, prefecto del aprovisionamiento. Entre los restantes medios con los que hemos ayudado al Estado romano, con el beneplácito de los dioses, ninguno es para nosotros más noble que el haber enriquecido con el aumento de una onza de peso todos los aprovisionamientos que se reparten por la Ciudad. Y, para que esta innovación se aplique permanentemente, he apostado nuevos armadores que hagan la travesía del Nilo en Egipto y otros que hagan la del Tíber en Roma, he levantado las riberas de este río, he dragado su lecho, que estaba encenagado, he decidido que se hagan votos a los dioses y a la Perennidad y he consagrado una estatua a la prolífica Ceres. Ahora, queridísimo Arabiano, es deber tuyo procurar que no resulten inútiles mis disposiciones. En efecto, no hay nada que cause más alegría que el pueblo romano cuando está saturado.

48 Había decidido también distribuir vino gratuita-

mente al pueblo romano para que, de la misma manera que se suministraba gratuitamente aceite, pan y carne de cerdo, así se hiciera también con el vino, pues había pensado que con esta medida perpetuaría dicha distribución. Se extienden en Etruria a los largo de la vía Aurelia <sup>46</sup> hasta los Alpes Marítimos campos inmensos que son fértiles y que están cubiertos de selvas. Aureliano se había propuesto pagar su precio a los propietarios que quisieran vender aquellos terrenos abandonados y establecer en ellos esclavos cautivos, plantar de vides las montañas y distribuir el vino que se recolectara, de tal forma que el fisco no recibiera ninguna renta por ellas sino que las cediera en su totalidad al pueblo romano. Se había hecho el cálculo de las dogas, cubas, naves y jornales que se necesitaban. Pero muchos dicen que alguien aconsejó a Aureliano que no acometiera esta empresa, otros dicen que fue su prefecto del Pretorio el que se lo impidió, según ellos, con estas palabras: «Si también damos vino al pueblo romano, sólo falta que le demos pollos y patos». Sirve como argumento para probar que Aureliano realmente tuvo esta idea, o mejor aún, que estuvo dispuesto a llevarla a cabo y que la ejecutó en parte, el hecho de que se almacenase vino del fisco en los pórticos del templo del Sol, no con el fin de que se sacara gratuitamente para distribuirlo al pueblo, sino mediante el pago de una cantidad. No obstante, conviene saber que Aureliano distribuyó tres veces congiarios, que regaló también túnicas blancas provistas de mangas, procedentes de distintas provincias del imperio, otras de lino puro de África y de Egipto, y que él fue el primero que regaló pañuelos al pueblo romano para que los utilizara en las aclamaciones.

<sup>46</sup> Esta vía corría a lo largo de la costa Etrusca hasta Pisa, continuada desde allí hasta Génova por la vía de Emilio Escauro.

- 49 Cuando estaba en Roma no le gustaba habitar en Palacio, sino que prefería vivir en los jardines de Salustio o en los de Domicia. Adornó el pórtico de mil pasos de longitud que había en los jardines de Salustio en el que se ejercitaba a sí mismo y a sus caballos hasta el agotamiento, aunque no disfrutaba de buena salud. Ordenaba castigar en su presencia a los esclavos y servidores de su casa que habían cometido alguna falta, según unos, para mantener la disciplina y, según otros, por su inclinación a la crueldad. Castigó con la pena de muerte a una criada suya que había cometido adulterio con un compañero de esclavitud. Entregó a los tribunales públicos, para que les juzgaran de acuerdo con la ley, a muchos esclavos de su propia casa que habían cometido alguna falta. Había expresado el deseo de devolver a las damas romanas su senado o *senaculum*<sup>47</sup>, con la condición de que ocuparan sus primeros puestos aquellas mujeres que por decisión del senado hubieran obtenido algún cargo sacerdotal. Prohibió a todos los hombres el uso de zapatos de color salmonete, amarillo, blancos y del color de la hiedra, pero permitió su uso a las mujeres. Permitted a los senadores disponer de mensajeros con el mismo atuendo que tenían los suyos. Prohibió tener concubinas de condición libre. Limitó el número de eunucos, de acuerdo con las declaraciones de bienes de los senadores, porque habían alcanzado precios muy elevados. Sus vasos de plata nunca sobrepasaron las treinta libras de peso. Comió preferentemente carne asada. Tuvo especial predilección por el vino tinto.
- 50 Cuando se encontraba enfermo, nunca llamaba al médico, sino que se curaba él mismo a base de dieta principalmente. Estableció la celebración de unas Sigilarias anuales en honor de su esposa y de su

<sup>47</sup> Cf. *Helióbalos*, 4, 3, n. 14.

hija, como si fuera un particular. Cuando llegó a 3  
emperador, proporcionó a sus esclavos los mismos  
vestidos que cuando era un simple ciudadano, sal-  
vo a dos ancianos a los que mostró gran deferencia,  
como si fueran libertos, a saber, a Antistio y Gi-  
lón, que fueron manumitidos después de su muer-  
te por un decreto del senado. Asistía a los juegos 4  
sólo en alguna ocasión, pero encontraba un extra-  
ño placer en los mimos, y disfrutó extraordina-  
riamente con la actuación de un comilón <sup>48</sup>, que en-  
gullía grandes cantidades de alimento, hasta el pun-  
to de que se comió en un sólo día ante su mesa un  
jabalí entero, cien panes, un carnero y un lechón,  
y se bebió, después de que le acoplaran un embu-  
do, más vino de lo que cabe en un tonel.

Gozó de una época venturosísima, eclipsada sólo  
por algunos motines internos. El pueblo romano le  
amó, pero el senado le temió.

---

<sup>48</sup> En latín *fago*, del griego φαγών.

## 27. TÁCITO

(Flavio Vopisco Siracusano)

1 Según refieren en sus obras los pontífices, en cuyas manos estuvo la facultad de escribir la historia, aquel procedimiento que se empleó después de la muerte de Rómulo, cuando el imperio de la ciudad de Roma era aún reciente, a saber, que se iniciara un interregno <sup>1</sup> mientras se buscaba un buen príncipe que sucediera a otro también bueno, ese mismo procedimiento se empleó al morir Aureliano, suscitándose entre el senado y el ejército romano una rivalidad que no radicaba en la envidia ni en la amargura sino en la generosidad y en el respeto y que duró seis meses completos. Sin embargo, el caso que tratamos difiere de muchas maneras del problema planteado en época de Rómulo. Efectivamente, en primer lugar, cuando comenzó el interregno al morir éste, se nombraron regentes y todo aquel año se repartió en períodos de cinco, de cuatro o tres días para que se turnaran en el gobierno cien senadores, de tal manera que los que tenían más prestigio desempeñaran la función de regentes al menos una vez. Con lo cual se consiguió que el

---

<sup>1</sup> El interregno era el periodo de tiempo comprendido entre la muerte de un rey y la elección del sucesor. El primero fue el que medió entre la muerte de Rómulo y el nombramiento de Numa Pompilio (Livio, I,17). Se llamó *interrex* a la persona que ostentó el poder durante el interregno, así como al magistrado que después durante la república ejerció una magistratura vacante. En este caso el *interrex* fue el propio senado.

interregno se mantuviera por un plazo superior a un año, para que nadie que poseyera la misma dignidad quedara marginado del gobierno de Roma. A esto hay que añadir que hubo regentes también 4 bajo los cónsules y los tribunos militares investidos con el poder consular <sup>2</sup>, si alguna vez se produjo un interregno, y que, de este modo, jamás la república romana se vio desprovista de este título, de manera que no se nombrara algún regente, aunque sólo fuera para dos días o para tres. Me doy cuenta 5 de que se me puede objetar que en época de nuestros antepasados no hubo durante un cuatrienio magistrados curules <sup>3</sup>, pero sí tribunos de la plebe dotados del poder tribunicio, que constituye la parte más importante del poder real. No obstante, nadie ha dicho que en aquella época no hubiera regentes, más aún, se ha proclamado por los historiadores más fidedignos en sus relatos que los cónsules fueron creados más tarde por los regentes, para que celebraran los comicios donde se elegía a los otros magistrados. 6

- 2 Así pues, el senado y el pueblo romano toleraron que la república no tuviera emperador durante seis meses, mientras buscaban un buen candidato, lo cual constituyó un hecho incómodo y anormal ¿Cuál fue la concordia entre los soldados? ¿Cuánta 2 la calma entre el pueblo? ¿Cuán firme la autoridad del senado? No surgió entonces ningún tirano. Todo el orbe fue gobernado quedando sometido al parecer del senado, del ejército y del pueblo roma-

<sup>2</sup> En los albores de la república, cuando se requerían más de dos oficiales investidos de poder supremo, se eligieron de dos a seis de estos tribunos consulares en lugar de los cónsules.

<sup>3</sup> Magistrados que tenían derecho a la *sella curulis*, un taburete de pies curvos y brazos, formando una x, que se podía abrir y cerrar cómodamente como nuestras sillas plegables. Traspasadas de Etruria, donde la usaban los reyes, a Roma, se consideró un privilegio su uso exclusivo por los magistrados con *imperium*, rey, interrey cónsul, etc., que por ello recibieron el apelativo de *curules*.

no. Estos colectivos no temían a ningún príncipe para actuar con rectitud, ni tampoco al poder tribunicio, sino que —y esto es lo mejor en la vida— se temían entre sí.

No obstante, es preciso decir la causa que motivó tan faustas demoras, y se habrá de observar por la posteridad del género humano ese mismo admirable ejemplo de moderación, para que, los que desean reinar, lleguen a la convicción de que los imperios no se roban, sino que se adquieren por los méritos: después de que Aureliano fue asesinado arteramente, como ya hemos dicho en el libro anterior <sup>4</sup>, por la sagaz intervención de un esclavo muy malvado y por error de los soldados (como entre ellos tiene gran incidencia cualquier comentario, pues unas veces escuchan airados, la mayor parte de las veces borrachos y casi siempre desprovistos realmente de opiniones propias), cuando todos recuperaron el buen sentido y el ejército castigó con rigor a los culpables, se comenzó a preguntar quién de entre los candidatos debería ser elegido emperador. Entonces el ejército, que solía hacer esta elección apresuradamente, impulsado por el odio a sus jefes, envió al senado la carta de la que hablamos ya en el libro anterior <sup>5</sup>, pidiendo que eligieran un príncipe entre los senadores. Pero esta <sup>6</sup> ~~elección~~ <sup>asamblea</sup>, como sabía que los príncipes que ella había elegido no eran del agrado de los soldados, declinó el nombramiento en el ejército y así, tras hacer este ofrecimiento muchas veces, transcurrieron seis meses <sup>6</sup>.

<sup>3</sup> Pero es interesante saber cómo fue nombrado Tácito emperador.

El día siete de las calendas de enero, cuando el estamento más prestigioso celebraba asamblea en la <sup>2</sup>

<sup>4</sup> Cf. *Aureliano*, 36.

<sup>5</sup> *Ibid.*, 41,1-2.

<sup>6</sup> Cf. 1,1 y *Aureliano*, 40,4.



curia Pompiliana <sup>7</sup>, el cónsul Cornificio Gordiano dijo: «Os proponemos, padres conscriptos, la cuestión que ya os hemos propuesto muchas veces: es preciso elegir un emperador, por que el ejército no puede mantenerse seguro durante mucho tiempo sin un príncipe y, al mismo tiempo, porque la necesidad obliga a ello. En efecto, dicen que los germanos han roto las fronteras de la otra orilla del Rin y que han ocupado ciudades fuertes, famosas, ricas y poderosas. Y, aunque no hay ninguna noticia de movimiento alguno entre los persas, tened en cuenta que los espíritus de los sirios son tan inconstantes que prefieren que los gobiernen incluso mujeres antes de soportar nuestra santa autoridad. ¿Qué decir de África? ¿Qué del Ilírico? ¿Qué de Egipto y de los ejércitos de todas estas partes del mundo? ¿Hasta cuándo creemos que pueden permanecer sin príncipe? Por tanto, ¡animo!, padres conscriptos, elegid ya un emperador, pues el ejército aceptará el que vosotros elijáis o, si lo rechaza, él nombrará otro».

- 4 Después de esto, cuando Tácito, que era consular con derecho a hablar el primero, pretendía exponer su opinión —no sabemos cuál—, todos los senadores prorrumpieron en aclamaciones: «Tácito Augusto, que los dioses te protejan. A ti te elegimos, a ti te nombramos emperador, a ti te confiamos el gobierno de la república y del orbe. Acepta por mandato del senado el imperio al que te has hecho acreedor, pues lo merece tu rango, tu conducta y tu inteligencia. Con razón el príncipe del senado recibe el título de Augusto, con razón el que expone el primero su opinión sea proclamado emperador. ¿Hay alguien acaso capaz de gobernar mejor que un hombre ponderado? ¿Hay alguien acaso capaz de gobernar mejor que un hombre ilus-

<sup>7</sup> Cf. *Aureliano*, 41,3 y n. 43.

trado? que tu gobierno sea feliz, próspero y salu-  
 dable, pues has vivido muchos años como un sim-  
 ple ciudadano, tú sabes cómo debes gobernar, pues  
 has soportado a otros príncipes; tú sabes cómo de-  
 bes gobernar pues ya has dado una opinión sobre  
 otros príncipes. Pero él replicó: «Me asombra, pa- 5  
 dres conscritos, que pretendáis elegir como prínci-  
 pe a un anciano para suceder a Aureliano, empera-  
 dor de gran decisión. Buscad unos miembros que 6  
 sean capaces de lanzar la jabalina, de blandir la lan-  
 za, de agitar el escudo y de montar frecuentemen-  
 te a caballo para dar ejemplo a los soldados. No-  
 sotros apenas ejercemos ya las funciones de sena-  
 dor, apenas exponemos ya las opiniones que nos  
 obliga defender nuestro rango. Mirad con mucha 7  
 atención a qué anciano sacáis de su dormitorio y  
 de la sombra de su casa para exponerle a las escar-  
 chas o a los ardores del sol. Pero ¿pensáis que los  
 soldados van a aceptar a un anciano como empera-  
 dor? Fijaos, no vayáis a dar a la república como prínci- 8  
 pe a aquél, a quien vosotros no deseáis, y que co-  
 mience a perjudicarme a mí únicamente esto: el que  
 me hayáis elegido unánimemente.

5 Después de esto, el senado prorrumpió en acla-  
 maciones: «También Trajano accedió al trono  
 de anciano». Repitieron diez veces. «También  
 Adriano accedió al trono de anciano». Repitieron  
 diez veces! «También Antonino accedió al trono de  
 anciano» Repitieron diez veces. «Y tú has leído: y  
 la barba cana del rey de Roma»<sup>8</sup>. Repitieron diez ve-  
 ces. «¿Quién será capaz de gobernar mejor que un  
 anciano?» Repitieron diez veces. «Te hacemos em-  
 perador, no soldado». Repitieron veinte veces. 2  
 «Manda a los soldados a luchar». Repitieron trein-  
 ta veces. «Eres inteligente y tienes un hermano que  
 es bueno». Repitieron diez veces. «Severo dijo que

<sup>8</sup> Virgilio, *Aen.*, V, 809-810.

quien gobernaba era la cabeza, no los pies». Repitieron treinta veces. «Elegimos tu alma, no tu cuerpo». Repitieron veinte veces. «Tácito Augusto, que los dioses te protejan», y después dijeron: «De acuerdo, de acuerdo, de acuerdo». Después de estas aclamaciones, cuando se pidió la opinión al senador consular que se sentaba después de Tácito, Mecio Faltonio Nicómaco, éste pronunció el siguiente discurso:

6 «Siempre, padres conscriptos, esta magnífica asamblea ha velado con acierto y prudencia por la república y de ningún otro pueblo del orbe de la tierra se ha esperado jamás una sabiduría más firme; no obstante, nunca en este santuario se ha expresado una opinión más ponderada ni más prudente. Hemos elegido como emperador a un anciano y a un hombre que es capaz de velar por todos como un padre. No hay que temer que él tome alguna medida intempestiva, apresurada o rigurosa. Hay que presagiar, por el contrario, que todas sus órdenes serán dignas, enérgicas, y como si fuera la propia república quien las diera. En efecto, él sabe cuál fue el príncipe por el que siempre suspiró y no puede por tanto ofrecernos otro distinto del que él deseó y quiso tener. Ahora bien, si deseáis recordar aquellos monstruos de épocas pasadas, me refiero a los Nerones, a los Heliogábalos, a los Cómodos, o mejor dicho, siempre Incómodos, os daréis cuenta de que sus vicios fueron realmente una consecuencia de su época, más que producto de su condición humana. Los dioses no permitan que se elijan como príncipes a niños y como padres de la patria a impúberes, a los que sus maestros de gramática tengan que sujetar la mano para firmar y a los que provoquen a conferir consulados los dulces, los pastelillos o cualquier otro capricho pueril. ¡Qué locura! no hay razón para contar con un emperador que no sepa cuidar de su reputación, que no sepa en qué consiste la política, que tema a su

protector, que haga caso a su nodriza, que esté siempre sobrecogido por el temor a los golpes de las férulas de sus maestros y que nombre consulares, generales y jueces a aquéllos cuyas vidas, méritos, edades, familias y obras desconoce. Pero ¿para qué prolongo por más tiempo mi discurso, padres conscriptos? alegrémonos de tener a un emperador anciano y no recordemos aquellos tiempos que fueron más que deplorables para los que los sufrían. Por tanto, doy gracias a los dioses y a ellos quedo agradecido en mi nombre y en el de toda la república, y a tí, Tácito Augusto, acudo en actitud suplicante, pidiéndote vivamente y reclamándote con toda franqueza, por nuestras leyes y por nuestra patria común, que no declares herederos del imperio romano a tus hijos, aún jóvenes, si el destino te sorprendiera más pronto de lo previsto, para que no legues en testamento la república, los senadores y el pueblo romano, como si se tratara de una pequeña finca tuya, de tus colonos o de tus esclavos. Sé por tanto circunspecto, imita a los Nervas, a los Trajanos y a los Adrianos. Amar a la república más que a sus hijos es la inmensa gloria de un príncipe que está en el trance de la muerte». Este discurso conmovió vivamente al mismo Tácito y emocionó a todo el estamento senatorial, que al punto exclamó: «Todos de acuerdo, todos de acuerdo».

7 Desde allí se dirigieron al Campo de Marte <sup>9</sup>. Allí subió al tribunal de los comicios, desde donde el prefecto de la Ciudad Elio Ceseciano habló de la siguiente manera: «Vosotros, soldados respetabilísimos, y vosotros, ciudadanos venerabilísimos, te-

<sup>9</sup> Se llamaba así la antigua llanura que extendía sus límites desde el foro romano y la isla del Tíber con el recodo que éste formaba hasta el *Mausuleum Augusti* y la *Via Lata*, la actual carrera de Umberto. Era un lugar de esparcimiento para los romanos, donde también se reunía la juventud romana para adiestrarse en los ejercicios deportivos. Luego se fue cubriendo de edificios, los *Saepta*, el Pórtico de Octavia, el *Ara Pacis*, etc.

néis un emperador que ha elegido el senado con el consentimiento de todos los ejércitos: me refiero a Tácito, augustísimo señor, que hasta hoy ha servido a la república con sus consejos y que ahora ojalá la sirva con sus mandatos y decretos». El pueblo prorrumpió en aclamaciones: «Felicísimo Tácito Augusto, que los dioses te protejan» y el resto que se suele decir en estos casos.

No debo omitir aquí que la mayor parte de los autores escribieron que Tácito fue nombrado emperador cuando estaba ausente e instalado en Campania: es verdad y no puedo negarlo. Porque cuando surgió el rumor de que iban a proclamarle emperador, se marchó de Roma, y permaneció durante dos meses en Bayas. Pero, después de que le hicieron venir de allí, asistió a esta deliberación del senado, como si realmente fuera un ciudadano particular y una persona que rechazaba sinceramente el trono. Y para que nadie piense que yo he escrito a la ligera la opinión de algún escritor griego o latino, le recuerdo que tiene a su disposición en la biblioteca Ulpia, en el sexto armario, un libro de marfil en el que está escrito este decreto del senado, que firmó el mismo Tácito con su puño y letra, pues durante mucho tiempo estos decretos concernientes a los emperadores se redactaban en libros de marfil.

Después se encaminó al ejército. Allí también, en el momento que ocupó la tribuna, el prefecto del Pretorio Mesio Galicano habló en estos términos: «Venerabilísimos camaradas, el senado os ha dado el príncipe que le pedisteis; esta nobilísima asamblea secundó las recomendaciones y el deseo del ejército. No puedo deciros más cosas puesto que el emperador se halla ya presente entre vosotros. Por tanto, escuchadle con cortesía a él mismo, que es quien debe velar por nosotros». Cuando acabó de hablar, Tácito Augusto dijo: «También Trajano asumió el poder cuando era ya anciano, pero a él le eligió un hombre sólo; en cambio, a mí, muy res-

petables camaradas, primero vosotros, que sabéis elegir a vuestros príncipes, y luego el senado en pleno me juzgasteis dignos de este nombre: me preocuparé, me esforzaré y haré porque no os falte, si no actos heroicos, al menos consejos dignos de un emperador y de vosotros».

- 9 Después de esto, prometió una paga y un donativo, según costumbre, y pronunció ante el senado su primer discurso que fue así: «Ojalá yo pueda, padres concriptos, gobernar el imperio de tal manera que quede constancia de que he sido elegido por vosotros, pues he decidido acomodar mis actos a vuestra opinión y autoridad. Vuestro deber es, por tanto, ordenar y ratificar aquellas decisiones que os parezcan dignas de vosotros, dignas de un ejército sin pretensiones, y dignas del pueblo romano». En este mismo discurso decretó que se elevara una estatua de oro en el Capitolio en honor de Aureliano, una de plata en la Curia, otra en el templo del Sol <sup>10</sup> y otra en el foro del divino Trajano. Pero no se emplazó la de oro, sino que se consagraron solamente las de plata. En este mismo discurso advirtió que si alguien mezclaba para uso público o privado plata con cobre, plata con oro, o plomo con cobre, sería castigado con la pena de muerte y con la confiscación de sus bienes. En este mismo discurso dispuso que los esclavos no fueran interrogados en procesos contra las vidas de sus señores, ni siquiera en las causas de lesa majestad. Impuso a todos la obligación de tener un retrato de Aureliano. Ordenó que se erigiera un templo a los emperadores divinizados en el cual se debían emplazar estatuas de los príncipes buenos, de tal manera que se les ofrecieran libaciones en los días de su aniversario, en las Palilias <sup>11</sup>, en las calendas de enero

<sup>10</sup> Cf. *Aureliano*, 35,3

<sup>11</sup> Fiestas que se celebraban el 21 de abril en honor de Pales, divinidad femenina de naturaleza rústica y cuyo cometido era proporcionar

y en el día de los Votos <sup>12</sup>. En el mismo discurso pidió el consulado para su hermano Floriano, pero no lo consiguió, porque el senado había cerrado todos los plazos para presentar la candidatura a cónsul suplente <sup>13</sup>. Sin embargo, se dice que se alegró mucho de que esta asamblea procediera con libertad al denegarle el consulado que había pedido para su hermano. Cuentan, en fin, que exclamó: «el senado sabe a qué emperador ha elegido».

- 10 Adjudicó al tesoro público sus bienes familiares, que él había puesto a crédito por una cantidad de dos mil ochocientos millones de sestercios. Gastó el dinero que había ahorrado en su casa para pagar a las tropas. Utilizó las mismas togas y túnicas que llevaba cuando era ciudadano normal. Prohibió que se mantuvieran casas de prostitución dentro de la ciudad de Roma, lo que realmente no pudo observarse por mucho tiempo. Ordenó que todas las termas se cerraran antes de que se encendieran las lámparas, con el fin de que no se originara ninguna sedición nocturna. Ordenó que se depositara en todas las bibliotecas públicas un Cornelio Tácito, escritor de la Historia Augusta <sup>14</sup>, porque decía que era pariente suyo. Y, para que no se destruyera por la incuria de los lectores, mandó que cada año se transcribiesen diez copias del libro de los escritores públicos y que se depositaran en las bibliote-

---

alimento y defender a los pastores, rebaños y pastos, cf. G. Dumezil, «Les deux Palès» REL, 40, 1962, 109-117. Ella dio lugar a la denominación del *Palatinum*.

<sup>12</sup> Se refiere a la proclamación solemne de los votos el 3 de enero, la *nuncupatio Votorum*, que hacían oficialmente los sacerdotes por la salud del emperador, cf. *Adriano*, 23,16, n. 105 y *Elio*, 48.

<sup>13</sup> Cf. *Alejandro, Severo*, n. 33. Como allí dijimos, las *Nundinae* eran las ferias o mercados que tenían lugar cada nueve días, indicando luego *Nundinium* un período de duración fija, y en concreto, la duración del consulado y *Nundinia* las fechas de toma de posesión de esta magistratura.

<sup>14</sup> Famosísimo pasaje del que Casaubón, filólogo del siglo XVI-XVII, dedujo el título de *Historia Augusta*, cf. *Introducción*, p. 8.

cas. Prohibió a todos los hombres vestir trajes de 4  
 seda pura. Mandó derruir su casa y ordenó cons-  
 truir a sus expensas unas termas públicas en el lu- 5  
 gar que había estado emplazada. Regaló a los ha-  
 bitantes de Ostia, también de su propio peculio,  
 cien columnas de mármol de Numidia, de veinti- 6  
 tres pies de altura. Entregó las posesiones que te-  
 nía en Mauritania asignándolas al Capitolio para  
 mantenerle en perfecto estado. La vajilla de plata  
 que utilizaba en su mesa antes de llegar a empera-  
 dor, la destinó para el servicio de los convites que  
 se celebraban en los templos. Manumitió a todos 7  
 los esclavos de ambos sexos que tenía en la Ciu-  
 dad, pero sin sobrepasar el número de cien, para  
 que no se pensara que transgredía la ley Caninia <sup>15</sup>.

11 Fue muy morigerado en sus costumbres, de tal  
 manera que nunca llegó a beber un sextario <sup>16</sup> de  
 vino al día y muchas veces menos de una hémina <sup>17</sup>. 2  
 Por otra parte, su comida consistía en un gallo, pero  
 añadía también sesos y huevos. Le servían toda cla-  
 se de verduras y en gran cantidad, pero prefería y  
 comía con pasión las lechugas, pues decía que así  
 compraba el sueño con la prodigalidad de aquel  
 gasto. Le gustaban mucho los alimentos un tanto  
 amargos. Rara vez utilizó los baños y se mantuvo 3  
 muy sano en su vejez. Le causaban gran placer los  
 distintos tipos de vidrios y los trabajos realizados  
 en ellos. Sólomente comía pan seco y aderezado con  
 sal u otros condimentos. Era muy versado en las ar- 4  
 tes, apasionado al mármol, de elegancia senatorial  
 y aficionado a la caza. Finalmente nunca honró su 5  
 mesa con productos que no fueran del campo.  
 Tampoco ofreció faisán salvo en los aniversarios de  
 su nacimiento y en los de los suyos y en los días festi-

<sup>15</sup> La *lex Fufia Caninia* de 2 a. de C. que fijaba el número de esclavos que se debían manumitir.

<sup>16</sup> Medida de líquidos equivalente aproximadamente a un litro.

<sup>17</sup> Equivalente a medio litro.



vos. Restituyó siempre a su casa las víctimas que había ofrendado y ordenó que los suyos se alimentaran con ellas. No permitió que su esposa utilizara 6  
 piedras preciosas y la prohibió usar vestidos con franjas de oro. Por otra parte, se dice que fue también él quien instigó a Aureliano para que hiciera retirar el oro de los vestidos de los artesonados y de las pieles. Se le atribuyen a él otras muchas disposiciones, pero resulta largo reseñarlas por escrito. Si alguien desea conocer todo lo que hizo este príncipe, que lea a Suetonio Optaciano que ha escrito su biografía con mucho detalle. Siendo ya anciano leía de forma sorprendente letras muy diminutas y jamás dejó pasar una noche en la que no escribiera o leyera algo, salvo la del día siguiente de las calendas. 7

12 No se debe ocultar, y hay que hacerlo público frecuentemente, que fue tan grande la alegría del senado por haber recuperado este importantísimo estamento la función de elegir al emperador, que se decretaron suplicaciones, se prometió una hecatombe y, en fin, que todos los senadores escribieron a los suyos, más no sólo a ellos, sino también a los extranjeros, y se enviaron además a las provincias cartas que decían: que todos los aliados y todas las naciones debían saber que la república había vuelto a su antiguo estado y que el senado elegía a los emperadores, más aún, que el propio senado se había erigido en caudillo, que las leyes había que pedir las al senado, que al senado tenían que dirigir sus súplicas los reyes bárbaros y que los problemas de la paz y de la guerra debían tratarse bajo la guía del senado. En fin, para que no falte nada a mi información, he incluido al final de este libro la mayor parte de estas cartas que, según yo pienso, se van a leer con avidez y sin hastío. 8 9

13 La primera preocupación de Tácito, nada más ser nombrado emperador, fue acabar con todos los asesinos de Aureliano, fueran buenos o malos, a pesar de que ya había quedado vengado. Y, cuando mu- 2

cho**s** bárbaros procedentes de la zona del lago Meotis habían irrumpido ya en el imperio, Tácito los rechazó con decisión y valor, aunque estos mismos meótidas se concentraban como si, por invitación de Aureliano, hubieran acudido a prestar ayuda a los nuestros en la guerra contra los persas, si la necesidad así lo exigía. Marco Tulio dice que era más honroso para él decir cómo había ejercido el consulado que cómo lo había obtenido; en cambio, en el caso de este hombre lo honroso fue haber asumido el imperio con tanta gloria sin haber realizado nada importante, sin embargo, por la brevedad de su reinado. Perdió la vida por una conspiración militar a los seis meses, según unos, o como consecuencia de una enfermedad, según otros. Con todo, se sabe con certeza que le faltó valor y espíritu cuando se vio sorprendido por distintas sublevaciones. Este mismo hombre ordenó que se llamara Tácito al mes de septiembre, porque él había nacido y había sido proclamado emperador en dicho mes. Le sucedió en el imperio su hermano Floriano, sobre el cual se dirán pocas cosas.

- 14(1) Floriano fue hermano carnal de Tácito, quien después de la muerte de éste se apoderó del poder, no por decisión del senado sino por su propio deseo, como si se tratara de algo hereditario, puesto que sabía que a Tácito se le había pedido con insistencia en el senado que, cuando entrara en agonía, no proclamara emperadores a sus hijos sino al mejor candidato. En fin, mantuvo el trono apenas durante dos meses, siendo asesinado en Tarsis por los soldados que habían oído que Probo ya ocupaba el trono, pues le había elegido todo el ejército. Probo poseía una formación tan grande en el arte militar, que por ello el senado optó por él, los soldados le eligieron y el mismo pueblo romano le pidió a gritos. Floriano imitó las costumbres de su hermano, pero no en todo. En efecto, Tácito, que era frugal, le reprochaba su prodigalidad, y esta

misma ansia por ocupar el trono indica que su modo de vivir difería del de su hermano.

Así pues, en una sola familia hubo dos emperadores, de los cuales uno gobernó durante seis meses, el otro casi durante dos, como auténticos regentes, por así decirlo, entre Aureliano y Probo. 5

15(2) Hubo en Interamno <sup>18</sup> dos estatuas de ellos de treinta pies de altura talladas en mármol, puesto que allí estuvieron emplazados dos cenotafios en un solar de su propiedad; pero fueron derribadas por un rayo haciéndolas tantos pedazos, que yacen en trozos diseminadas por el suelo. Por aquel tiempo los arúspices predijeron que de la familia de ellos, por vía masculina o por vía femenina, saldría algún día un emperador romano que nombraría jueces para los partos y los persas, que sometería a los francos y a los alamanos a la legislación romana, que no dejaría a un sólo bárbaro en toda la región africana, que impondría un gobernador a los taprobanos, que enviaría un procónsul a la isla Juverna <sup>19</sup>, que actuaría como arbitro de todos los sármatas, que haría suya toda la tierra hasta donde la circunda el Océano, tras apoderarse de todos los pueblos que la habitan, pero que después devolvería el poder al senado y viviría de acuerdo con las leyes antiguas, para prolongar su existencia durante cien años y morir sin herederos. Sin embargo, dijeron que él llegaría a emperador después de mil años a partir del día en que cayó un rayo e hizo pedazos sus estatuas. La ingeniosidad de los arúspices que aseguraron el advenimiento de un príncipe semejante después de transcurridos mil años no fue muy grande, porque si su predicción hubiera sido para el plazo de cien años, sus falacias tal vez podrían descubrir- 2  
3  
4

<sup>18</sup> La actual Terna, a 60 millas al Norte de Roma.

<sup>19</sup> La actual Irlanda.

se con facilidad... <sup>19 bis</sup> mas no era fácil hacerlo ofreciendo un plazo de tantos años, pues difícilmente podría conservarse durante tanto tiempo esta historia. Sin embargo, he creído que debía insertar en este volumen estos detalles, para que nadie crea cuando me lea que yo no me he informado suficientemente. 5

16(3) Tácito apenas dio un congionario al pueblo en el período de seis meses. Su retrato está expuesto en la casa de los Quintilios en un cuadro quíntuple, en el que en un panel está pintado con toga, en otro con clámide, en el siguiente armado, en otro con manto y en el último con atuendo de cazador. Un compositor de epigramas se burló de este cuadro diciendo: «No reconozco a aquel anciano armado, ni a aquél que lleva la clámide» y así sucesivamente, «sino a aquél que lleva la toga». Floriano y Tácito tuvieron muchos hijos, cuyos descendientes, según creo, están esperando el año milésimo. Contra ellos se han escrito muchos epigramas en los que también se zahiere a los arúspices que les prometieron el trono. 2 3 4

Éstas son las cosas que yo recuerdo haber encontrado dignas de mención sobre las vidas de Tácito y de Floriano. Ahora debo escribir la de Probo, varón prestigioso en su patria y en el extranjero y que ha de ser considerado superior a Aureliano, a Trajano, a Adriano, a los Antoninos, a Alejandro y a Claudio, porque, si bien éstos poseyeron cualidades diversas, todas las más principales se hallaron reunidas en éste, que fue elegido emperador después de Tácito por decisión de todos los nobles y gobernó el orbe de la tierra que se mantuvo en profundo sosiego, después de haber aniquilado a los pueblos bárbaros y haber eliminado a muchos ti- 5 6

<sup>19 bis</sup> Pasaje difícil por la existencia de una laguna. La suplo completando el sentido de *pollicentes* con la frase «mas no era fácil... tantos años».

ranos que surgieron en su tiempo, y de quien se ha dicho ya que mereció llamarse Probo, aunque no fuera éste su nombre. Algunos dicen que los libros Sibilinos habían vaticinado que, si él hubiera vivido más tiempo, el orbe de la tierra no poseería ya bárbaros. Yo he creído que debía anticipar brevemente estos detalles sobre Probo en la vida de otros emperadores, por si se diera el caso de que el día, la hora o un instante reclamaran algo para sí, perjudicándome con un destino fatal, y muriera por ello sin haber celebrado a Probo. Ahora, puesto que he satisfecho de momento mi deseo, concluiré este volumen con la idea de que ya he cumplido mi empeño y anhelo.

17(4) Tácito tuvo los siguientes presagios de su acceso al trono: un poseso, con los miembros rígidos, gritó siete veces consecutivas en el templo de Silvano: «La púrpura de Tácito, la púrpura de Tácito», con lo cual se consideró más tarde como un augurio. El vino con el que Tácito iba a hacer libaciones en el templo de Hércules, en Fondi, se volvió de color de púrpura en un instante. Una vid que daba uvas blancas de Aminia las dio de color de púrpura el año en que él asumió el trono...y muchísimas cosas tomaron el mismo color. Los presagios de su muerte fueron éstos: el sepulcro de su padre se abrió, rompiéndose súbitamente las puertas. La sombra de su madre se les apareció a pleno día a Tácito y a Floriano, como si estuviera viva, pues se decía que eran hijos de distinto padre. Todos los dioses de su capilla privada cayeron al suelo, por azar o como consecuencia de un terremoto. La estatua de Apolo que ambos veneraban fue descubierta en su lecho, lejos de lo más alto de su pedestal, sin que la hubiera colocado allí la mano de ningún hombre. Pero ¿hasta dónde prolongaremos nuestros relato? Otros autores cuentan estos prodigios. Reservémonos nosotros para celebrar a Probo y cantar sus insignes proezas.

18(5) Y puesto que he prometido <sup>20</sup> que iba a ofrecer algunas cartas, para que ellas nos hagan ver los sentimientos de alegría que embargaron al senado, cuando Tácito fue nombrado emperador, las agregaré aquí y así pondré fin a mi exposición.

Cartas públicas:

«El prestigiosísimo senado de Roma saluda a la 2  
 asamblea de Cartago. Ha vuelto a nosotros el de-  
 recho de conceder el imperio, de nombrar al em-  
 perador y de conceder públicamente el título de  
 Augusto. ¡Ojalá que ello sea útil, favorable, fecun-  
 do y saludable para la república y para el mundo 3  
 romano! Consultadnos, pues, en todos los temas  
 de importancia. Toda apelación será competencia 4  
 del prefecto de la Ciudad <sup>21</sup> pero ella deberá pro-  
 ceder de los procónsules y de los jueces ordinarios.  
 Con ello creemos que también vuestra dignidad ha  
 vuelto a adquirir la situación que tenía, puesto que  
 este estamento nuestro es el primero que, recupe-  
 rando su influencia, hace que se mantenga intacto  
 el derecho de los demás». Otra carta: 5  
 «El prestigiosísimo senado de Roma saluda a la asamblea  
 de Tréveris. Creemos que os alegráis de ver que  
 sois libres y que siempre lo fuisteis. Ha vuelto al  
 senado el derecho de nombrar al emperador y si-  
 multáneamente se ha decretado que todas las ape- 6  
 laciones se hagan al prefecto de la Ciudad». Se en-  
 viaron cartas con un contenido similar al de éstas a  
 las asambleas de Antioquía, de Aquileya, de Milán,  
 de Alejandría, de Tesalónica, de Corintio y de Ate-  
 nas.

19(6) Las cartas de carácter privado fueron éstas: «Au-  
 tronio Tiberiano a su padre Autronio Justo, salud:  
 padre inviolable, debiste ahora asistir a esta ilustrí-  
 sima asamblea del senado, debiste ahora expresar  
 tu opinión, dado que ha crecido tanto la autoridad de

<sup>20</sup> Cf. 12,2.

<sup>21</sup> Por ser él el representante del senado, cf. *Probo*, 13,1.

este estamento prestigiosísimo, que ya somos nosotros quienes designamos a los príncipes de la república, que así ha sido restituida a su antiguo estado, nosotros proclamamos emperadores y nosotros, en fin, nombramos augustos. Procura, pues, restablecer para asistir a la antigua asamblea. Nosotros recuperamos la autoridad proconsular, y al prefecto de la Ciudad han vuelto las apelaciones de todos los magistrados y de todos los rangos». Otra dice: «Claudio Sapiliano saluda a su tío paterno Cereyo Meciano. Hemos conseguido, padre inviolable, lo que siempre hemos deseado: el senado ha vuelto a su antigua dignidad. Hacemos príncipes y nuestro estamento ostenta las magistraturas. Damos gracias al ejército romano, y auténticamente romano: él nos ha devuelto el poder de que siempre gozamos. Deja el retiro de Bayas y de Puzol. Vuelve a la Ciudad, reincorpórate al senado. Roma recupera su esplendor, la república entera rejuvenece; nombramos emperadores, elegimos príncipes. Podemos también vetarlos, puesto que hemos comenzado ya a actuar. Lo dicho es suficiente para el que es sabio».

Resulta pesado reunir aquí todas las cartas que yo he encontrado y leído. Me limitaré a constatar que fue tan grande la alegría que embargó a todos los emperadores, que inmolaban en sus casas víctimas blancas, descubrían en muchos sitios las imágenes de los dioses, asistían a las reuniones en túnica blanca, ofrecían banquetes con gran suntuosidad y pensaban que les había sido devuelto el tiempo pasado.

## PROBO

(Flavio Vopisco Siracusano).

1 Es verdad lo que los historiadores Salustio Crispo, Marco Catón y Gelio escribieron a modo de aforismo, que todas las virtudes de los hombres son tan grandes como han querido presentarlas, valiéndose de sus cualidades literarias, aquellos escritores que han narrado sus hazañas <sup>1</sup>. Esta es la razón por la que Alejandro Magno el Macedonio, cuando se presentó ante el sepulcro de Aquiles, dijo entre profundos suspiros, deseando que se entendiera que se refería a Homero, que forjó un Aquiles tan grande por sus anhelos de virtud, como él mismo destacaba por su talento: «Feliz de ti, joven, que encontraste un cantor tan sublime para tus virtudes.» 2

Tal vez intentes saber, querido Celsino, a qué se refieren estas palabras. En estos momentos apenas conocemos por falta de historiadores al emperador Probo, bajo cuyo gobierno el Oriente y el Occidente, el Mediodía y el Septentrión y todas las partes del mundo volvieron a disfrutar de una total seguridad. Se perdió para siempre ¡Oh vergüenza! la biografía de un hombre tan grande y tan famoso que no han proporcionado otro igual las guerras púnicas, ni el terror inspirado por los galos ni las rebeliones del Ponto, ni la astucia Hispana. Pero yo, que hace poco tiempo escogí como objeto de mi narración la vida de Aureliano, expuesta ya en la medida que me ha sido posible, después de haber escrito las de Tácito y Florianio, no dejaré de 3 4 5



remontarme hasta los hechos de Probo, para luego hablar, si me queda aún vida, de todos los emperadores restantes hasta Maximiano y Diocleciano. Ahora bien, en ellas no prometo derrochar talento y elocuencia, sino narrar simplemente unos hechos que no tolero que se pierdan en el olvido. 6

- 2 Con el objeto de no frustrar en ningún sentido la intimidación con que tu me acoges, que es gratísima, he utilizado principalmente los libros de la biblioteca Ulpia <sup>2</sup>, que en mi época estaban en las termas de Diocleciano y los de la casa de Tiberio <sup>3</sup>, y he utilizado también las memorias de los escribanos del pórtico de Porfirio <sup>4</sup> y las actas del senado y del pueblo. Y, puesto que me ha otorgado una gran ayuda para recopilar las gestas de tan gran hombre la efemérides <sup>5</sup> de Túrdulo Galicano, ciudadano de gran honorabilidad e integridad, he considerado un deber no silenciar el favor de este amigo anciano. 2

¿Quién conocería a Gneo Ompeyo, cubierto de esplendor por la consecución de los tres triunfos obtenidos en las guerras que libró contra los piratas, contra Sertorio y contra Mitridates y engrandecido por la magnificencia de otras muchas gestas? ¿quién, en fin, le conocería si Marco Tulio y Tito Livio no le hubieran incluido en sus escritos? 4 Pero es que no poseerían aún y ocultarían en su seno las tinieblas del olvido a Publio Escipión el

<sup>1</sup> Se trata de un resumen del pensamiento de Salustio (*Cat.*, 8,4) y de Catón, según Aulo Gelio, III, 7, 19. Cf. V. Picón, «Diversificación del género biográfico», *Actas del VI Cong. Esp. de Estudios Clásicos*, Madrid, 1983, p. 100 ss.

<sup>2</sup> Aureliano, 1, 7.

<sup>3</sup> Cf. Antonino 10, 4.

<sup>4</sup> En el foro de Trajano, cf. *Adriano*, 7, 6.

<sup>5</sup> Las efemérides eran cuadernos o libros de notas en que se reflejaban los hechos diarios, del griego ἐφημερίς. Recibían también este nombre los registros que recogían las acciones de los emperadores, cf. *Galieno*, 18 y *Probo*, 2, 3 y 5.

Africano, mejor dicho, a todos los Escipiones, tanto los llamados Lucios como a los Nasicas, si no hubiesen existido historiadores ilustres o sin apenas reputación que hubiesen escrito sus panegíricos? Resultaría largo ~~de~~ reunir todos los casos que deberían mencionarse como ejemplos de este tipo, incluso si nosotros guardamos silencio. Yo sólo quiero dejar constancia de estos dos extremos: que he escrito unos hechos que alguien podría exponer con más decoro y en un estilo más elevado, si así lo desea, y que, al narrar las vidas y épocas de los emperadores, he tenido la intención de imitar no a escritores como Salustio, Livio, Tácito, Trogo <sup>6</sup> y todos los que poseyeron una extraordinaria elocuencia, sino a Mario Máximo, Suetonio Tranquilo, Fabio Marcelino <sup>7</sup>, Gargilio Marcial <sup>8</sup>, Julio Capitolino, Elio Lampridio y los restantes que transmitieron a la posteridad estos hechos y otros similares, ~~más~~ no tanto con elegancia como con veracidad. En efecto, yo soy una persona curiosa, no puedo negarlo, y además me estimulas tú que, aun sabiendo muchas cosas, deseas saber más. Y, para no hablar más de mis intenciones, comenzaré ya la biografía de este emperador noble, ilustre y de tales cualidades como nuestra historia no recuerda otra igual.

- 3 Probo, que era oriundo de Panonia, de la ciudad de Sirmio, más noble por parte de su padre que de su madre, de patrimonio modesto y de familia de poca relevancia social, brilló extraordinariamente por la nobleza de sus virtudes tanto durante su vida privada, como cuando fue emperador. Según algunos escritores consignaron en sus obras, el padre de Probo se llamaba Máximo, quien, tras haber ejercido con gran honorabilidad el cargo de centu-

<sup>6</sup> Cf. *Aureliano*, 2, 1.

<sup>7</sup> Cf. *Alejandro*, 48, 6.

<sup>8</sup> *Ibid.*, 37, 9.

rión, murió en Egipto después de haber alcanzado el tribunado, habiendo dejado esposa y dos hijos, un varón y una hembra. Muchos autores dicen que Probo fue pariente del extraordinario y venerabilísimo emperador Claudio, pero dejaremos en suspenso esta noticia, porque ha sido relatada por uno sólo de los escritores griegos. Sin embargo, me limito a reseñar una sola cosa, que recuerdo haber leído en unas efemérides: que Probo fue sepultado por su hermana Claudia. Cuando era aún un muchacho, Probo se hizo tan famoso por su vigor corporal, que recibió el tribunado por decisión de Valeriano sin haberle despuntado aún la barba. Se conserva una carta de Valeriano a Galieno en la que alaba al joven Probo y le propone a todos como modelo. De ello se desprende que nadie llegó jamás a alcanzar la cima de la virtud a la edad madura, sino quien, endurecido antes de niño en un fecundísimo semillero de virtudes, ofreció ya alguna acción insigne.

- 4 Carta de Valeriano: «Valeriano Augusto a su hijo Galieno Augusto. Siguiendo la opinión que yo he tenido desde un principio del joven Probo y la de todas las personas rectas, que le identifican con el hombre que lleva su nombre, le he otorgado el tribunado, confiándole seis cohortes de sarracenos y tropas auxiliares galas junto con aquél escuadrón de persas que el sirio Artabasis dejó. Mi queridísimo hijo, te ruego que tengas a este joven, al que yo quisiera que imitaran todos los niños, tanta consideración cuanta exigen sus virtudes y sus méritos, teniendo en cuenta lo que se le debe a él por la claridad de su inteligencia». Otra carta del mismo Valeriano al prefecto del Pretorio, en la que se habla del salario: «Valeriano Augusto a Mulvio Galicano, prefecto del Pretorio. Tal vez te asombres de que haya elevado al tribunado a un joven aún imberbe, contraviniendo el parecer del divino Adriano, pero no te asombrarás tanto si piensas en Pro-

bo; es un muchacho realmente probo; efectivamen- 4  
 te, cuando pienso en él, jamás se me viene al pen-  
 samiento otra cosa que el nombre de Probo, que si  
 no lo tuvo como nombre, pudo tenerlo como so-  
 brenombre. Por consiguiente, puesto que posee una 5  
 escasa fortuna, para que la dignidad que ostenta se  
 vea arropada con distintas ayudas, darás la orden  
 de que le entreguen dos túnicas rojas, dos mantos  
 bordados, una bandeja de plata bruñida de diez li-  
 bras de peso, cien Antoninianos de oro, mil Aure-  
 lianos de plata y diez mil Filipeos de bronce; asi- 6  
 mismo recibirá, como salario diario... (diez) libras  
 de carne de buey, seis de carne de cerdo y diez de  
 carne de cabra, un pollo y un sestario de aceite cada  
 dos días y diez sestarios de vino diarios junto con  
 tocino, galletas, sal, legumbres y toda la leña que  
 necesite. Ordenarás además que le proporcionen al- 7  
 bergues, como a los tribunos de las legiones».

5 Estas son, al menos, las noticias que se exponen  
 en las cartas. Ahora expongo cuánto he podido reu-  
 nir de su diario: habiendo realizado múltiples ac-  
 tos de valentía en el transcurso de la guerra contra  
 los sármatas, tras atravesar el Danubio ya como tri-  
 buno, fue galardonado públicamente en una asam-  
 blea con cuatro lanzas sin hierro, dos coronas va-  
 llares, una cívica, cuatro estandartes blancos sin  
 adornos, dos brazaletes de oro, un collar de oro y  
 una copa de cinco libras de peso para los sacrifi-  
 cios. Por entonces también libró de un tropel de 2  
 cuados a Valeriano Flaco, un muchacho aristócrata  
 que tenía parentesco con Valeriano. Por lo cual éste  
 le concedió una corona cívica. Estas fueron las pa- 3  
 labras de Valeriano pronunciadas ante la asamblea:  
 «Probo, recibe estas recompensas en nombre de la  
 república, recibe esta corona cívica en nombre de  
 tu pariente». Por cierto, por este tiempo le confío 4  
 también la tercera legión con un escrito como el  
 que sigue. Carta sobre la concesión de la tercera le- 5  
 gión: «Tus hazañas, queridísimo Probo, hacen que

de la impresión de que yo te confío demasiado tarde mis tropas más importantes; y, sin embargo, te las voy a entregar rápidamente. Recibe bajo tu mando la legión tercera Félix que hasta ahora no he confiado a nadie que no fuera ya de avanzada edad; a mí también se me confió esta legión cuando ya me vio cubierto de canas el que me la confiaba para agradecer mis servicios. Pero yo, tratándose de ti, no espero a la edad, puesto que eres ya ilustre por tus virtudes y apreciado por tu carácter. He ordenado que te den tres uniformes, te he asignado doble salario y un abanderado».

6 Resultaría largo si yo recorriera una por una las acciones que realizó un varón tan eximio cuando aún era un ciudadano particular, durante los reinados de Valeriano, de Galieno, de Aureliano y de Claudio, las veces que escaló una muralla, arrancó una empalizada, mató con su propia mano a algún enemigo, mereció las recompensas de los emperadores y cómo, gracias a su valor, devolvió a la república a su antigua situación. Una carta que Galieno remitió a sus tribunos demuestra quién fue realmente Probo: «Galieno Augusto a los tribunos de los ejércitos Ilíricos. Aunque a mi padre le sorprendió una muerte fatal en la guerra contra los persas, tengo aún, sin embargo, a mi pariente Aurelio Probo, con cuyo concurso puedo vivir seguro. Si él hubiera estado presente, nunca se hubiera apoderado del trono aquél tirano, que ni siquiera merece que se le nombre. Por esto deseo que todos vosotros sigáis los consejos de aquél que ha merecido la aprobación de mi padre y del senado».

Tal vez te parezca que no es importante el juicio de un príncipe tan afeminado como Galieno, pero hay una cosa que no puede negarse, que ninguna persona distinta se entrega a la protección de otro si piensa que las virtudes de él no le van a ser útiles. Pero concedamos que sea así, prescindamos de la carta de Galieno ¿qué crédito nos merece la opi-

nión de Aureliano? Él confió a Probo el mando de los «decumanos», los soldados más aguerridos de su ejército y con los que él había llevado a cabo grandes proezas, y lo hizo con el siguiente testimonio: «Aureliano Augusto a Probo, salud. Para que veas la gran estima en que te tengo, acepta el mando de mis «decumanos» que Claudio me confió. Porque éstos son unos soldados que, por cierto augurio de felicidad, no están acostumbrados a tener por jefes sino a futuros emperadores.

Por esto se pudo deducir que Aureliano tuvo la intención de hacer a Probo emperador, en el supuesto de que le ocurriera algo, como preveía y sabía que iba a suceder. Resulta pesado aducir los juicios de Claudio o de Tácito sobre Probo, aunque se dice que Tácito, cuando le ofrecieron el imperio, señaló ante el senado que a quien deberían elegir era a Probo. Ahora bien, yo no he encontrado este decreto del senado.

Por otra parte, el propio Tácito, cuando era ya emperador, remitió esta primera carta a Probo: «Tácito Augusto a Probo. El senado me ha nombrado emperador siguiendo los deseos del ejército, que se ha mostrado sagaz. Sin embargo, debes saber que el Estado se ha apoyado ahora más sobre tus hombros, pues todos sabemos, y el senado lo sabe también, quién eres y la grandeza que posees. Ayúdanos, por tanto, en nuestras necesidades y, como es ya habitual en ti, suma a los desvelos de tu familia los que proporciona el Estado. Tras confiarte mediante un decreto el mando de todo el Oriente, hemos quintuplicado tu salario, hemos duplicado tus ornamentos militares y hemos decretado que asumas con nosotros el consulado para el año próximo; te aguarda, pues, la túnica capitolina adornada con palmas, como recompensa de tus virtudes».

Algunos autores dicen que Probo consideró como un presagio de su futuro reinado la frase que

Tácito escribió al final: «Te aguarda la túnica capitolina adornada con palmas». Pero siempre se escribía a todos los cónsules utilizando esta expresión.

8 El amor que los soldados tuvieron a Probo fue siempre extraordinario, pero él no toleró que jamás faltaran a su deber. Más aún, muchas veces hizo desistir a Aureliano de castigarlos con graves penas. 2 Pasaba personalmente revista a cada manípulo, inspeccionaba su calzado y su uniforme y, cuando lograron algún botín, lo distribuyó de tal manera que sólo se reservaba para sí las armas y los dardos. Más 3 aún, en una ocasión en que, entre el botín capturado a los alanos o no se sabe a qué otro pueblo, se encontró un caballo, ni hermoso ni grande, pero que, según comentaban los prisioneros, podría recorrer cien millas diarias y repetir este recorrido durante ocho o diez días consecutivos, cuando todos creían que Probo se iba a reservar para sí este animal, primeramente dijo: «Este caballo cuadra más a un soldado desertor que a un soldado valiente». Después ordenó que los soldados metieran su 4 nombre en una urna, para que se lo llevara aquél a quien le cupiera en suerte. Y, al darse la circunstancia de que en el ejército militaban otros cuatro soldados con el nombre de Probo, aconteció por azar que el primer nombre que salió fue el de Probo, aunque el nombre del propio general Probo no se había incluido en ella. Ahora bien, como los cuatro 6 soldados competían entre sí y defendían cada uno de ellos que la suerte le había sido favorable, ordenó de nuevo que se agitara la urna, pero volvió a salir también por segunda vez el nombre de Probo; y, cuando hizo repetir por tres y cuatro veces la operación, la urna orrojó el nombre de Probo por cuarta vez. Entonces todo el ejército regaló 7 el caballo al emperador, sumándose a la decisión los cuatro soldados cuyos nombres habían sido agraciados con la suerte.

9 Luchó también con gran coraje en África contra

los marmáridas. Los derrotó, y luego se trasladó desde Libia a Cartago a la que libró de varias rebeliones. Luchó también en África en una contienda singular contra un individuo llamado Aradión y le derrotó completamente, pero al haber constatado el gran valor y la extraordinaria firmeza de este hombre, le honró con un sepulcro grandioso que persiste todavía actualmente, elevado sobre un túmulo de doscientos pies de largo por los soldados, a los que nunca permitió que se mantuvieran ociosos. Aún se conservan en muchas ciudades de Egipto obras suyas, que construyó valiéndose de los soldados. Realizó tan abundantes obras en el Nilo, que sólo él facilitó de esta forma el cobro del impuesto de trigo. Construyó con mano de obra militar puentes, templos, pórticos, basílicas; franqueó las desembocaduras de muchos ríos; desecó un gran número de pantanos y los transformó en llanuras de tierra y campos de mieses. Luchó también contra los habitantes de Palmira, que defendían Egipto favoreciendo al partido de Odenato y Cleopatra<sup>9</sup>, al principio con éxito, pero después con tanta temeridad que estuvo a punto de ser capturado y, por fin, tras rehacer sus fuerzas, sometió Egipto y la mayor parte de Oriente al poder de Aureliano.

10 Así, pues, al ver que destacaba por el número y la magnitud de sus virtudes, cuando Tácito fue asesinado fatalmente y Floriano intentaba usurpar el poder imperial, le nombró emperador todo el ejército oriental. No es una historia importuna ni aburrida mostrar cómo Probo obtuvo el poder: cuando llegó al ejército la noticia de la muerte de Tácito, lo primero que se les ocurrió a los soldados fue intentar adelantarse a los ejércitos de Italia, para que el senado no volviera a nombrar un emperador. Pero cuando discutían entre sí sobre quién debería ser elegido emperador y los tribunos les aren-

<sup>9</sup> Cf. Tácito, 18, 3.



gaban en el campo por escuadrones, diciéndoles que era preciso elegir como emperador a algún hombre valiente, recto, modesto, clemente y probo, y repetían esto por los múltiples corrillos que formaban los soldados, como suele acontecer, éstos a una, como por impulso divino aclamaron por todas las partes: «Probo Augusto, que los dioses te protejan». Enseguida se reunieron junto a una tribuna de césped y le nombraron emperador ofreciéndole como adorno un manto de púrpura que quitaron a una estatua de un templo y desde allí le condujeron de nuevo a Palacio, a pesar de que se oponía a ello, de que se negaba a avanzar y de que repetía una y otra vez: no os conviene soldados, no vivireis bien conmigo. Porque yo no puedo mostrarme blando con vosotros».

La primera carta que entregó al prefecto del Pretorio Capitón fue como sigue: «Jamás deseé el imperio y lo acepté en contra de mi voluntad. Pero ya no me es lícito renunciar a él, aunque me resulta muy enojoso. Tengo que representar el personaje que los soldados me han asignado. Te ruego, Capitón, que disfrutes conmigo una vez que ya está a salvo la república y que acopies para los soldados trigo, vituallas y de todo lo que precisen en cada caso. Yo, en cuanto me sea posible, no nombraré a otro prefecto, si todos tus actos de gobierno son rectos.

Así pues, al enterarse los soldados de que Probo ya era emperador y, comprendiendo que nadie tenía la posibilidad de gobernar con más dignidad que él, dieron muerte a Floriano que se había apoderado del trono como si se tratase de algo hereditario. De este modo, sin ningún inconveniente, se le ofreció el imperio de todo el orbe de la tierra por decisión del senado y del ejército.

11 Y puesto que hemos mencionado al senado, conviene saber el contenido de la carta que escribió al senado y lo que esta ilustrísima asamblea le contes-

tó. Primer discurso de Probo al senado: «Vuestra clemencia actuó con corrección y regularidad el año pasado, padres conscriptos, al ofrecer al orbe de la tierra un príncipe, eligiéndole de entre vosotros, que sois los príncipes del mundo, siempre lo habéis sido y lo seguiréis siendo en vuestros descendientes. Y ójala Floriano hubiera esperado vuestra elección y no se hubiera apropiado el imperio como si fuera hereditario, pues vuestra majestad habría elegido a él o a otro cualquiera. Ahora, por haberse apoderado del trono, los soldados me han ofrecido a mí el título de Augusto y lo que es más, aquellos soldados que poseen mayor sagacidad le han castigado a él por dicha usurpación. Os ruego que juzgueis sobre mis méritos, pues voy a intentar hacer lo que vuestra clemencia ordene». Igualmente, éste es el decreto del senado firmado el día tres de las nonas de febrero, en el templo de la Concordia. Entre otras cosas, el cónsul Elio Escorpiano dijo: «Ya habéis escuchado la carta de Aurelio Valerio Probo: ¿qué pensáis sobre ella?» Entonces exclamaron: «¡Probo Augusto, que los dioses te guarden! Desde hace mucho tiempo eres un jefe experimentado, valiente, justo y bueno y un buen general; un modelo para el ejército, un modelo de autoridad ¡que los dioses te guarden! Defensor de la república, ¡que reines feliz! Conductor del ejército, ¡que tengas un gobierno feliz! ¡Que los dioses te protejan a ti y a los tuyos! También el senado te eligió hace tiempo. Eres inferior a Tácito en edad, pero superior en lo demás. Recibe nuestra gratitud por haber asumido el trono. Defiéndenos, defiende a la república. Con razón hemos confiado en ti, pues tú nos ha salvado hasta el presente. Tú ostentas el título de Fránico, Gótico, Sarmático, Pártico y, en una palabra, todos los títulos. Ya antes fuiste en todo momento digno del imperio, digno de los triunfos, ¡Ojalá vivas feliz! ¡Ojalá reines felizmente!».

12 Después de este discurso, Manlio Estaciano, que en aquel momento tenía derecho a hablar el primero, dijo así: «Padres conscriptos, gracias a los dioses inmortales y, antes que a ningún otro, a Júpiter Óptimo, que nos han dado un príncipe como el que siempre deseábamos. Si pensamos cuerda- 2  
mente, no hecharemos de menos ni a Aureliano, ni a Alejandro, ni a los Antoninos, ni a Trajano, ni a Claudio. En este príncipe sólo se encuentran reunidas todas las dotes: el conocimiento de la táctica militar, una disposición clemente, una vida irreprochable, un modelo para aprender a gobernar y una prenda de todas las virtudes. Realmente ¿Qué parte del mundo hay que Probo no haya conocido con sus victorias? Testigos son los marmaridas, que fueron vencidos en tierras africanas; testigos son los francos, aniquilados en sus inaccesibles lagunas; testigos los germanos y los alemanes, alejados más allá de las riberas del Rin. Pero, además, para qué 4  
voy a hablar de los sármatas, de los godos, de los partos, de los persas y de todo el territorio del Ponto. En todas las partes florecen los signos del valor de Probo. Resulta largo de enumerar la gran cantidad de reyes de naciones poderosas que ha puesto en fuga, la multitud de caudillos que mató con su propia mano y el arsenal de armas que él mismo 5  
capturó antes de acceder al imperio. Testigos son las cartas que se conservan en nuestros monumentos públicos de cómo le rindieron su agradecimiento los emperadores que le precedieron. ¡Oh dioses bondadosos! ¡cuántas veces fue galardonado con recompensas militares! ¡cuántos elogios ha merecido de sus soldados! Cuando era aún un muchacho, recibió el tribunado y, no mucho después, el mando de las legiones. Júpiter Óptimo Máximo, 7  
Juno Regina y tú, Minerva, protectora de las virtudes; tú, Concordia del mundo y también tú, Victoria Romana, conceded este favor al pueblo y al senado romano, concedédselo al ejército y conce-

dédsele también a nuestros aliados y a las naciones 8  
 extranjeras: ¡que reine de la misma manera que sir-  
 vió en el ejército! Por tanto, padres concriptos, de-  
 creto para él con vuestro voto unánime el nombre  
 de emperador, el de César y el de Augusto; le otorgo,  
 además, el poder proconsular, la consideración  
 de Padre de la patria, el pontificado máximo, el de-  
 recho a presentar tres mociones en el senado y la  
 autoridad tribunicia». Al acabar, la asamblea exclamó:  
 «Todos asentimos, todos de acuerdo».

13 Así pues, tras aceptar este decreto del senado,  
 mediante un segundo discurso a la asamblea permiti-  
 ó a los senadores dictar sentencia en las apelaciones  
 de los jueces superiores <sup>10</sup>, nombrar procónsules,  
 proponer los legados consulares, otorgar a los  
 gobernadores provinciales el derecho de los pretores  
 y sancionar con decretos específicos del senado  
 las leyes que dictara Probo.

Inmediatamente después, castigó con diversos 2  
 suplicios a los asesinos de Aureliano que aún que-  
 daban con vida, ahora bien, actuó con ellos con más  
 flexibilidad y moderación que la que mostró primero  
 el ejército y después Tácito. A continuación 3  
 castigó también a aquéllos que conspiraron contra  
 éste. Perdonó a los partidarios de Floriano, porque  
 creían que seguían al hermano de su emperador, no  
 a un tirano cualquiera. Después asumió el mando 4  
 de todos los ejércitos de Europa que habían nombrado  
 emperador a Floriano y luego le habían hecho asesinar.

Tras realizar estos actos, se dirigió con un poderoso 5  
 ejército a las provincias de las Galias, que se  
 habían visto envueltas todas ellas en desórdenes,  
 después de la muerte de Póstumo, y que habían

<sup>10</sup> El texto dice *in excubiis*. Las *excubiae* eran las guardias de día frente a las *vigiliae* que eran las guardias de noche. Pero también se utiliza el término para indicar, como aquí, guardia en general, e incluso, guardia.

sido ocupadas por los germanos al morir Aureliano. Allí entabló tantos combates y los libró con 6  
tanto éxito, que los bárbaros le entregaron sesenta  
ciudades famosísimas de todas las Galias y después  
todo el botín que poseían, por el que, sin tener en  
cuenta otras riquezas, eran ensalzados hasta confe-  
rirlos celebridad. Y, cuando ya campaban por sus 7  
repetos sin preocupación alguna por nuestras cos-  
tas, e incluso por todo el territorio de las Galias,  
después de matar casi a cuatrocientas mil personas  
que se habían aposentado en territorio romano,  
hizo huir a los restantes hasta más allá del río Ni-  
cro y del Alba. Arrebató a los bárbaros un botín 8  
tan cuantioso como el que ellos habían capturado  
a los romanos. Emplazó en territorio bárbaro di-  
versos campamentos, situándolos frente a las ciu-  
14 dades romanas, y dejó tropas en ellos. Proveyó de  
tierras, almacenes, casas y víveres a todos los que  
ocupaban el otro lado del Rin y, por supuesto, a  
los que había apostado en las guardias. Y la lucha 2  
no cesó en ningún momento, dándose la circuns-  
tancia de que todos los días le llevaban cabezas de  
soldados bárbaros, entonces ya al precio de una  
moneda de oro cada una, hasta que nueve reyezue-  
los de diversas tribus vinieron a verle y se arroja-  
ron a sus pies. Primero, les exigió rehenes y al mo- 3  
mento se los entregaron; después, les pidió trigo y,  
finalmente, vacas y ovejas. Dicen que les ordenó, 4  
un tanto rigurosamente, no utilizar más sus armas  
y que deberían esperar a que los romanos les de-  
fendieran, en caso de que algún enemigo intentara  
castigarlos. Pero se vio que esta orden no podía lle- 5  
varse a efecto, a no ser que se ensanchara la fron-  
tera romana y se convirtiera toda la Germania en  
una única provincia. Sin embargo, con el consenti- 6  
miento de los propios reyes, Probo castigó espe-  
cialmente a aquéllos que no devolvieron fielmente  
el botín que habían obtenido. Recibió, además, 7  
dieciseis mil reclutas que distribuyó en su totalidad

por las distintas provincias, incorporando cincuenta o sesenta de ellos en las distintas unidades y entre los soldados que defendían las fronteras, pues decía que no había que limitarse a ver cuándo el romano es ayudado por las tropas auxiliares bárbaras, sino que había que sentirlo físicamente.

- 15 Una vez resueltos los problemas de las Galias, remitió esta carta al senado: «Doy gracias a los dioses inmortales, padres conscriptos, porque ha quedado confirmada la opinión que teníais sobre mi. 2 Todo el territorio por el que se extienden los dominios de Germania ha quedado sometido, de modo que los nueve reyes de sus diversas tribus se arrojaron postrándose en actitud suplicante a mis pies, o mejor dicho, a los vuestros. En estos momentos, todos los bárbaros labran para vosotros, os sirven a vosotros y luchan contra los pueblos más lejanos. Por tanto, decretad acciones de gracias a los dioses. En efecto, han sido abatidos cuarenta 3 mil enemigos, se nos han entregado dieciseis mil hombres armados, han sido rescatados de la cautividad del enemigo setenta ciudades de gran fama y todas las provincias de las Galias han conseguido la plena libertad. He consagrado a vuestra clemencia, 4 padres conscriptos, las coronas de oro que me ofrecieron todas las ciudades de las Galias. Ofrecedlas con vuestras propias manos a Júpiter Óptimo Máximo y a los demás dioses y diosas inmortales. Hemos recuperado todo el botín e incluso hemos 5 capturado otro mayor que el que se nos había arrebatado. Los campos de la Galia ya los están labrando bueyes bárbaros y las yuntas de los germanos, cautivos, ofrecen sus testudes a nuestros agricultores; los rebaños de estos diversos pueblos pacen para alimentar a los nuestros, su ganado caballar se fecunda para nutrir nuestra caballería y nuestros graneros están repletos de trigo bárbaro. ¿Qué más? A ellos les hemos dejado sólo el suelo, mientras que nosotros poseemos todas sus cosas. Nos 7

habíamos propuesto, padres conscriptos, nombrar un nuevo gobernador para Germania, pero lo hemos aplazado hasta que se cumplan satisfactoriamente vuestros votos. Pensamos, sin duda, que esta medida será útil cuando la divina providencia ayude con más profusión a nuestros ejércitos».

16 Después de esto se dirigió al Ilírico. Pero, antes de llegar allí, impuso una paz tan firme a las provincias de Recia que eliminó toda sospecha de que pudiera surgir algún motivo de terror. Derrotó de tal manera en el Ilírico a los sármatas y a otras tribus, que casi sin lucha recuperó todo lo que estos pueblos habían robado. Después, continuó su itinerario por las Tracias y aceptó la sumisión o la amistad de todos los pueblos géticos, aterrados por la fama de sus acciones y cautivados por la autoridad de su antiguo nombre. Hecho esto, se dirigió a Oriente y en el camino, después de prender y condenar a muerte a un bandido poderosísimo llamado Palfurio, libertó a toda la Isauria, volviendo a imponer las leyes romanas a sus pueblos y ciudades. Se adentró, por la fuerza o utilizando la diplomacia, en las zonas ocupadas por los bárbaros que viven entre los isauros y, después de haberlas pateado, dijo: «Es más fácil mantener alejados de estos lugares a los ladrones que eliminarlos». Adjudicó a los veteranos todas las zonas privadas que eran de difícil acceso, imponiéndoles la obligación de enviar a la milicia a sus hijos una vez cumplidos los dieciocho años, si eran varones, con el fin de que no aprendieran jamás a robar.

17 Finalmente, tras haber impuesto la paz en todas las partes de Panfília y de las restantes provincias limítrofes a la Isauria, emprendió viaje a Oriente. Subyugó también a los blémiás e hizo conducir a Roma a algunos de ellos como prisioneros de guerra, los cuales exhibieron sus extraordinarias figuras ante la estupefacción del pueblo romano que los contemplaba. Sometió de nuevo a las leyes ro-

manas a las ciudades de Copta y Ptolomaida tras haberlas arrancado de la servidumbre de los bárbaros. Todo ello le proporcionó un prestigio tan grande que los partos le enviaron legados confesando su temor y pidiéndole la paz, pero él los recibió con gran altanería y los despidió a su tierra con más temor que antes. Se dice que repudió los dones que el rey Narses le había enviado y que le escribió esta carta: «Me sorprende que tu me hayas enviado tan escasos presentes de todo lo que ha de ser nuestro bien pronto. Mientras tanto, quédate con todas esas riquezas que aún disfrutas. En caso de que nosotros deseemos adquirirlas, ya sabemos cómo tenemos que apropiárnoslas». Cuando recibió esta carta, Narses quedó profundamente aterrado, sobre todo porque se enteró de que Probo había libertado a Copta y Ptolomaida del poder de los blemias y de que había pasado a cuchillo hasta su exterminio a estos pueblos, que habían sido anteriormente el terror de las demás tribus.

18 Así pues, después de firmar la paz con los persas, volvió a las Tracias y estableció en territorio romano a cien mil bastarnos que se mantuvieron siempre fieles en su totalidad. Pero, habiendo trasladado igualmente un gran número de colonos de otros pueblos, a saber, de los gipedos, grautungos, y vándulos, todos ellos rompieron el juramento de fidelidad a Roma y anduvieron errantes por tierra y por mar por casi todo el orbe, mientras Probo se hallaba distraído luchando con los usurpadores, y causaron gran perjuicio al prestigio de Roma. Con todo, Probo los derrotó en diversas ocasiones y con victorias muy variadas, de modo que sólo unos pocos lograron volver a casa vanagloriándose de haber escapado de las manos del emperador. Éstas fueron las hazañas que Probo llevó a cabo contra los bárbaros.

Pero dominó también sublevaciones importantes de algunos tiranos. En efecto, venció a Saturnino,



que había usurpado el poder imperial en Oriente, en distintos combates y haciendo gala de su conocido valor. Después de esta victoria, la tranquilidad que reinó en Oriente fue tan grande, que, como solía decir la gente, nadie podía oír un ratón rebelde. Después, cuando Próculo y Bonoso se adueñaron del trono en Colonia, ciudad de la Galia, reclamando para sí todas las provincias de Bretaña, de Hispania y de la Galia Bragada <sup>11</sup> les venció con la ayuda de los bárbaros. Pero, para que no pida más información sobre Saturnino, Próculo o Bonoso, los incluiré en un libro aparte, con el fin de narrar unos pocos detalles, como cuadra a su personalidad y como la necesidad exige. Un hecho realmente conviene tener en cuenta, a saber, que cuando Próculo trató de exigir que todos los germanos le presentaran su auxilio, éstos prefirieran servir a Probo que ejercer el mando con Bonoso y Próculo. Después dio permiso a todos los habitantes de la Galia, de Hispania y de Bretaña para que plantaran vides y elaboraran vino. Ordenó que los soldados cavaran hoyas en el monte Alma, situado en la Iliria, en los alrededores de Sirmio, y lo plantó después él mismo con vides escogidas.

- 19 Ofreció al pueblo de Roma espectáculos realmente célebres pues se distribuyeron también congiarios. Celebró un triunfo sobre los germanos y los blemios, haciendo preceder a la pompa <sup>12</sup> triunfal cuerpos de tropas de todos estos pueblos de hasta cincuenta hombres. Ofreció una soberbia cacería en el circo permitiendo que el pueblo se dispu-

<sup>11</sup> Es decir, la *Galia bracata*, nombre tomado de la prenda de vestir llamada *braca* (cf. *Aureliano*, n. 55). Es la actual Narbonense.

<sup>12</sup> Se llamaba *pompa* (del griego πομπή) al cortejo fúnebre con el que se acompañaba a un muerto y que estaba formando por tocadores de tibias, acompañados de flautas y trompetas, portadores de antorchas, planíderas o *praeeficae*; pero, como aquí, se daba también este nombre a la procesión triunfal que acompañaba a los generales en la celebración del triunfo.

tara la posesión de todos los despojos. El espectáculo se presentó de esta forma: los soldados arrancaron a cuajo robustos árboles y los clavaron a bigas entrecruzadas a lo largo y a lo ancho y después cubrieron este entramado con tierra, de tal forma que todo el circo, plantado como un bosque, se cubrió de follaje adquiriendo un extraño verdor. Después, se soltaron por todos los accesos mil avestruces, mil ciervos y mil jabalíes; a continuación, gamos, cabras montesas, ovejas salvajes y otros animales herbívoros, cuantos pudieron ser cazados o alimentados. Y, a renglón seguido, se dejó entrar a la gente del pueblo y cada cual cogió lo que quiso. Otro día hizo salir en una sola carrera en el anfiteatro a cien leones de largas crines, los cuales parecían emitir grandes truenos con sus rugidos. Fueron todos ellos abatidos por la espada sin ofrecer un gran espectáculo al morir, pues sus embestidas ya no eran como suelen ser las de las fieras cuando salen de las jaulas; además, un buen número de ellos que no querían seguir la dirección pretendida fueron matados a flechazos. Después, se representaron al público cien leopardos de Libia y, a continuación, cien de Siria, cien leones y trescientos osos a la vez. Ahora bien, se sabe que el espectáculo que proporcionaron todas estas fieras no resultó agradable, aunque sí grandioso. Ofreció además un combate de trescientas parejas de gladiadores, en el que lucharon la mayor parte de blemios que fueron exhibidos en su entrada triunfal, un gran número de germanos y sármatas y también algunos ladrones isaurios.

20. Al acabar estos espectáculos, cuando se preparaba a luchar contra los persas, sus soldados le quitaron la vida mediante una emboscada en el transcurso de una marcha que realizaba a través del Ilírico. Las causas de su muerte fueron éstas: en primer lugar, no haber permitido que los soldados permanecieran ociosos, ya que llevó a cabo muchos

de sus trabajos con mano de obra militar, alegando que el soldado no debía comer gratuitamente los alimentos que se le proporcionaban. A éstas añadió otra, la pronunciación de esta frase, onerosa para ellos, si alguna vez se ponía en práctica, pero saludable para la república: «Que en breve los soldados ya no serían necesarios». ¿Qué era lo que él había concebido en su espíritu al decir esto? pero ¿acaso no había sometido él ya todas las naciones bárbaras y había conseguido que todo el mundo fuera romano? «En breve tiempo», dijo, «no tendremos soldados forzosos», lo que es lo mismo que decir: pronto no habrá ningún soldado romano; después la república, segura, extenderá su dominio por todas las partes y se adueñará de todo, ningún lugar del mundo fabricará armas, ni suministrará vituallas para el ejército, los bueyes serán retenidos por el arado, el caballo nacerá para que se le utilice pacíficamente, no habrá guerra alguna, ni existirán prisioneros, por todas las partes se impondrán las leyes romanas y juzgarán nuestros jueces.

- 21 Movido por el amor hacia este emperador extraordinario, he ido más lejos de lo que demanda un estilo prosaico. Por ello, voy a añadir solamente el hecho que apresuró, más que ningún otro, la muerte fatal de tan eximio varón. En efecto, cuando llegó a Sirmio con el proyecto de ensanchar y hacer más fértil el suelo de su patria, destinó simultáneamente a muchos millares de soldados a desecar un pantano, ordenando que construyeran una fosa gigantesca para utilizarla desviando sus canales al Savo, con el fin de sanear aquellos terrenos que de ese modo podrían ser aprovechados por los siemienses. Pero los soldados, soliviantados por ello, le dieron muerte en el quinto año de su reinado, en el momento en que trataba de huir a una torre guarnecida con hierro, que había ordenado construir a gran altura para utilizarla como atalaya. No obstante, todos los soldados, de común acuer-

do, le erigieron poco después un sepulcro, tras levantar un gran terraplén para ello, e hicieron colocar una inscripción grabada en mármol que decía: «Aquí yace el emperador Probo, que es verdaderamente probo, vencedor de todos los pueblos bárbaros, vencedor también de los tiranos».

- 22 Al tratar de comparar al emperador Probo con los demás emperadores me doy cuenta de que este hombre, o fue igual que casi todos los generales romanos que fueron en unos casos valientes, en otros prudentes y en otros dignos de admiración, o, si no lo contradice una violenta antipatía, mejor que ellos. En efecto, durante el quinquenio que ejerció el poder imperial llevó a cabo por todo el orbe de la tierra tantas guerras, dirigiéndolas personalmente, que causa admiración cómo pudo afrontar tantas batallas. Realizó muchas proezas con su propia mano e instruyó a famosísimos generales, pues se formaron con sus enseñanzas Caro, Diocleciano, Constantino, Asclepiodoto <sup>13</sup>, Anibaliano, Leónides, Cecropio, Pisoniano, Hereniano, Gaudioso, Ursiniano y otros a los que nuestros padres admiraron y de entre los cuales algunos fueron buenos emperadores. A quien le plazca, que compare ahora con su reinado los veinte años que gobernaron Trajano y Adriano, que compare los años, casi igual en número del reinado de los Antoninos. Y ¿qué voy a decir de Augusto, cuando es casi imposible sobrevivir los años de su gobierno? Respecto a los príncipes malos, guardo silencio. Las mismas palabras de Probo indican bien claramente lo que él esperaba haber podido realizar, puesto que afirmaba que pronto los soldados no serían necesarios.
- 23 Pero, consciente de sí mismo, no temió ni a los bárbaros ni a los tiranos. En fin, ¿cuánta felicidad

<sup>13</sup> Excepto los emperadores, Julio Asclepiodoto y Afranio Anibaliano, cónsules del año 292, y Hereniano (tal vez Verconio Hereniano mencionado en *Aureliano*, 44, 2 (los demás son desconocidos).

hubiera brillado para el imperio, si no hubiera habido soldados durante su gobierno? Ningún habitante de las provincias tendría que tributar para el avituallamiento, no se pagaría ninguna soldada extrayéndola de los donativos públicos, la república romana dispondría de tesoros inagotables, el emperador no realizaría ningún gasto y los propietarios no pagarían impuesto alguno: ciertamente, Probo prometía un siglo de oro. No habría en adelante campamentos, en ninguna parte se oiría el clarín de guerra, no se fabricarían ya armas, este pueblo de guerreros, que ahora trastorna la república con guerras civiles, se dedicaría a labrar la tierra, se entregaría al estudio, se instruiría en las artes y se ejercitaría en la navegación. Añade a todo ello que nadie moriría ya en la guerra. ¡Oh dioses bondadosos! ¿qué ofensa tan grande ha cometido contra vosotros la república romana a la que habéis arrebatado tan gran emperador? Váyanse los que preparan a los soldados para las guerras civiles, los que desean armar las diestras de sus hermanos para que den muerte a sus hermanos, exhortar a los hijos a que hieran a sus padres y negar a Probo la divinidad, siendo así que nuestros hijos emperadores juzgaron prudentemente que debía ser inmortalizada con imágenes, honrada con templos y glorificada con la celebración de juegos circenses.

24 Los descendientes de Probo, impulsados por el odio o por temor a la envidia, huyeron de Roma y establecieron sus lares en Italia cerca de Verona, junto a los lagos de Benaco y Lario. Ciertamente, no he podido pasar por alto esto: que, cuando la estatua de Probo emplazada en un lugar de Verona se vio afectada por el impacto de un rayo de manera que la pretexto que cubría el cuerpo cambió de color, los arúspices vaticinaron que los descendientes de su familia alcanzarían tanta fama que todos llegarían a desempeñar los más altos cargos. Pero, en realidad, nosotros no hemos conocido a

*Senda y como*

ninguno de ellos, aunque su descendencia parece disfrutar de la eternidad y no tener un límite.

El senado acogió la muerte de Probo con gran pesadumbre, igual que el pueblo. Y cuando llegó la noticia de que había asumido el poder imperial Caro, hombre bondadoso pero de costumbres muy diferentes de las de Probo por la influencia de su hijo Carino, que había llevado siempre una vida muy degenerada, tanto el pueblo como el senado se llenaron de horror. En efecto, todos temían a un príncipe tan siniestro, pero aún más a su perverso heredero.

Esto es lo que conocemos sobre Probo, o lo que hemos considerado digno de mención. Ahora hablaremos de Firmo, Saturnino, Bonoso y Próculo, en otro libro que será breve. En efecto, no era apropiado mezclar la vida de estos cuatro tiranos con la de un príncipe bueno. Después, en caso de que me quede aún vida, comenzaré a redactar la biografía de Caro junto con la de sus hijos.

## 29. FIRMO, SATURNINO, PRÓCULO Y BONOSO

(Flavio Vopisco Siracusano).

1 Sé que la mayor parte de los escritores no han hablado de los usurpadores de escasa importancia o no los han mencionado sino de pasada. Por ejemplo, Suetonio Tranquilo, escritor veracísimo y de gran imparcialidad, omitió las biografías de Antonio y de Vindex<sup>1</sup>, limitándose a hacer una referencia rápida de ellos, y Mario Máximo incluyó a Avidio en la época de Marco y Albino y Nigro en la época de Severo, no en las biografías dedicadas a ellos, sino en las de otros príncipes. Y en cuanto a 2 Suetonio, no nos parece extraño, pues le fue conatural amar la concisión. Pero, ¿qué decir de Mario Máximo, el más locuaz de todos los hombres, que se enredó en la composición de obras fabulosas? ¿descendió acaso a tanta exactitud y detalle? 3 Por el contrario, Trebelio Polión fue de una escrupulosidad y diligencia tal a la hora de editar las biografías de los buenos y de los malos emperadores, que incluyó en un solo libro, brevemente, los treinta usurpadores que hubo en tiempos de Valeriano y de Galieno y de los príncipes no mucho anteriores o posteriores a ellos. Por ello también nosotros, 4 a pesar de la premura con que actuamos, hemos observado una gran diligencia para no guardar silen-

---

<sup>1</sup> Vindex fue un gobernador de la Galia Narbonense que se rebeló contra Nerón en el año 68 d. de C. Para L. Saturnino Antonio, cf. *Pescenio Nigro*, 9, n. 7.

cio sobre Saturnino, Bonoso, Próculo y Firmo que vivieron bajo Aureliano, una vez expuestas ya las vidas de Aureliano, Tácito, Floriano e incluso la del magnífico y extraordinario emperador Probo, aunque aún tengamos que escribir la de Caro, Carino y Numeriano.

- 2 Bien sabes, Baso mío <sup>2</sup>, la violenta discusión que tuvimos hace poco con Marco Fonteyo, hombre apasionado por los cuentos, pues decía que Firmo, que había ocupado Egipto en tiempo de Aureliano, había sido un ladronzuelo, no un príncipe, mientras que, al contrario, Rufio Celso, Ceyonio Juliano, Fabio Sosiano y yo nos oponíamos a ello defendiendo que no sólo había vestido la púrpura, sino que además había recibido el título de Augusto en las monedas que había acuñado, como lo demuestra el hecho de que Severo Acontio mostró también algunas monedas suyas y probó mediante el testimonio de libros griegos y egipcios que en sus edictos se llamaba a sí mismo autócrata <sup>3</sup>. Pero, <sup>2</sup> en realidad, la única razón que alegó Fonteyo cuando nos contradecía fue, según él, que Aureliano, en un edicto que hizo público, no escribió que él había matado a un tirano, sino que él había alejado a cierto bandolero de la república, como si fuera una honra que un príncipe de tanta nombradía diera el nombre de usurpador a un hombre desconocido o que los grandes emperadores no hubieran dado siempre el nombre de ladrones a todos aquéllos que llegaron a matar para conseguir la púrpura. Yo mismo, <sup>3</sup> en la vida de Aureliano, antes de conocer más detalles sobre Firmo, no le consideré como uno de los purpurados, sino como un ladrón cualquiera; y he hecho esta salvedad para que nadie piense que

<sup>2</sup> Este y los personajes que siguen son desconocidos.

<sup>3</sup> Vopisco utiliza el término griego que indica el título que en Grecia se confería al emperador por considerar que éste tenía poderes absolutos.



me he olvidado de lo que yo mismo he dicho. Pero 4  
 pasemos ya a la vida de Firmo, para no multiplicar  
 las noticias en un libro que prometí que sería muy  
 breve.

3 La patria de Firmo fue Seleucia, aunque la ma-  
 yor parte de los escritores griegos le atribuyen otra,  
 porque desconocen que por entonces hubo tres Fir-  
 mos, de los cuales uno fue prefecto de Egipto, otro,  
 jefe de las fronteras de África y también procón-  
 sul, y el tercero, el cómplice y amigo de Zenobia  
 que, impulsado por el entusiasmo que caracteriza a  
 los egipcios, se apoderó de la ciudad de Alejandría,  
 y al que Aureliano derrotó con el éxito que solía  
 acompañar a su coraje. Corrían muchos rumores 2  
 sobre sus riquezas. En efecto, se dice que había  
 amueblado su casa donándola de espejos cuadra-  
 dos fijados con asfalto y otros preparados, y que te-  
 nía una cantidad tan grande de libros, que comen-  
 taba muchas veces en público que podía alimentar  
 un ejército con cola y pergamino. Mantuvo una 3  
 solidísima alianza con los blemios y con los sarrace-  
 nos. Envió también frecuentemente naves a las In-  
 dias para comerciar. Se dice también que poseía dos 4  
 colmillos de elefante de diez pies de largos, con los  
 que Aureliano había decidido, añadiendo otros dos  
 colmillos más, hacer un sitial en el que se pudiera  
 aposentar una estatua de Júpiter tallada en oro, ta-  
 chonada de piedras preciosas y vestida con una pre-  
 texta especial, para exponerlo a la veneración en el  
 templo del Sol y al que; tras consultar las suertes  
 de los Apeninos <sup>4</sup>, había decidido que le dieran el  
 nombre de Júpiter Cónsul o Consejero. Pero, poco 5  
 después, Carino regaló estos mismos colmillos a  
 una mujer que, según cuentan, se hizo un lecho con  
 ellos. Su nombre me lo callo, no sólomente porque

<sup>4</sup> Cf. *Alejandro Severo*, 6,6 y *Claudio*, 10,4. Para el sentido del tér-  
 mino «suertes», cf. *Adriano*, 2,8, n. 12.

se conoce aún actualmente, sino porque no aprovechará nada saberlo a las generaciones futuras. De este modo este regalo de la India ofrendado en un principio a Júpiter Óptimo Máximo, se convirtió, según parece, por decisión de este príncipe tan malvado, en precio e instrumento de lujuria.

4 Firmo fue de gran estatura, de ojos desorbitados, de cabellos rizado. Tenía la frente cubierta de cicatrices, el rostro un tanto oscuro, el resto del cuerpo blanco, pero belludo e *hirtuso*, de tal manera que la mayoría de las personas le llamaban Cíclope <sup>5</sup>. Se alimentaba a base de grandes cantidades de carne y cuentan que se comió una avestruz en un día. Bebía poco vino, pero muchísima agua. Tenía una extraordinaria firmeza de carácter y una musculatura tan fuerte, que aventajaba en este aspecto a Tritano <sup>6</sup>, de quien hace mención Varrón. Efectivamente, llegó a aguantar un yunque colocado sobre su pecho, mientras otros lo golpeaban sin cesar, manteniéndose suspendido sobre sus manos e inclinado hacia atrás formando un arco. Además, cuando los generales de Aureliano querían probarle, no dudó en competir con ellos a ver quién bebía más. Pues bien, un día que le provocó a beber un borracho famosísimo llamado Búrburo, que servía en una unidad de vexilarios, se trincó dos cubos de vino puro, pero se mantuvo sereno después durante todo el banquete; y cuando Búrburo le dijo: «Por qué no te has bebido las heces», él le contestó: «Necio, la tierra no se bebe». Pero me estoy entreteniendo en nimiedades, siendo así que se deben narrar los hechos de mayor importancia.

5 Así, pues, Firmo se apoderó del imperio contra

<sup>5</sup> Los cíclopes eran seres mitológicos hermanos de los Titanes, de gran corpulencia, belludos y de un solo ojo en la frente. Realizaron grandes azañas.

<sup>6</sup> Nombre de un soldado de Pompeyo, cuyas proezas describe Plinio, *Nat Hist.*, VII, 81.

Aureliano para defender las regiones que aún permanecían bajo el poder de Zenobia. Pero fue derrotado por aquél cuando volvía de Tracia. Muchos dicen que se quitó la vida ahorcándose; pero Aureliano da a entender otra cosa distinta en sus edictos. En efecto, después de haber alcanzado la victoria sobre él, ordenó que se expusiera públicamente en Roma este edicto: «Aureliano Augusto saluda al pueblo romano, que le ama sobremanera. Después de haber pacificado todas las regiones del mundo y los pueblos que las habitan, para no entrar en más detalles, hemos puesto en fuga, asediado, enviado a la tortura y dado muerte también a Firmo, ese ladrón egipcio que se embravecía sacando partido de los tumultos de los bárbaros y congregaba a los últimos seguidores de una mujer desvergonzada. Ya no hay nada que podáis temer, ciudadanos romanos, hijos de Rómulo. La contribución que aportaba Egipto, y que había interceptado ese malvado ladrón, volverá a llegar a Roma íntegra. Mantened la concordia con el senado, la amistad con el orden ecuestre y la buena disposición de siempre con los pretorianos. Yo conseguiré que no exista ninguna preocupación en Roma. Entregaos a los juegos, entregaos a las competiciones del circo. Que a nosotros nos mantengan ocupados las necesidades públicas; que a vosotros, en cambio, os tengan absorbidos las diversiones. Por ello, venerabilísimos ciudadanos», etc.

6 Tú debes saber que son éstos los hechos que yo conozco sobre Firmo; me refiero a los que son dignos de mención. Porque, si tú deseas conocer aquellas otras noticias que escribió sobre él más pormenorizadamente Aurelio Festivo, liberto de Aureliano, deberás leer su obra, sobre todo aquellos pasajes en los que cuenta que Firmo nadaba entre cocodrilos, tras embadurnarse con grasa de estos animales, que había guiado elefantes y montado sobre hipopótamos y que se había hecho arrastrar senta-

do sobre grandes avestruces, haciendo que volaba. 3  
 Pero ¿qué utilidad tiene saber todo esto? También  
 Livio y Salustio silenciaron los detalles sin impor-  
 tancia de aquellos personajes sobre los que escri- 4  
 bieron. En efecto, no sabemos cómo eran los mu-  
 los que tenía Clodio <sup>7</sup> o las mulas que tenía Mi-  
 lón <sup>8</sup>, o si era etrusco o sardo el caballo que cabal-  
 gó Catilina o de qué clase era la clámide que usaba  
 Pompeyo, si era de púrpura o no. Por tanto, aca- 5  
 bemos la vida de Firmo e iniciemos la de Saturnino  
 que, enfrentándose a Probo, reivindicó para sí el  
 imperio en la región oriental.

7 Saturnino fue galo de nacimiento, de una raza de  
 hombres turbulentísima y que estaba siempre ávi-  
 da o de nombrar a un nuevo príncipe o de consti- 2  
 tuir un imperio. Aureliano le eligió entre los res-  
 tantes generales para confiarle el mando de la fron-  
 tera oriental, porque le creía realmente el hombre  
 más prestigioso, ordenándole con gran sensatez que  
 no visitara nunca Egipto. Efectivamente, este hom- 3  
 bre tan sagaz pensaba, por lo que se ve, en el ca-  
 rácter de los galos, temiendo que, si Saturnino vi-  
 sitaba aquel violentísimo país, se dejaría arrastrar,  
 como consecuencia también de la amistad con sus  
 habitantes, a donde su propia inclinación le impul-  
 saba. Porque los egipcios son, como tu sabes, pre- 4  
 suntuosos, irritables, jactanciosos, injustos y tan  
 casquivanos, lincenciosos y ávidos de novedades  
 que llegan a celebrarlas en canciones populares, ver-  
 sificadores, epigramáticos, astrólogos, arúspices y 5  
 médicos. Entre ellos viven cristianos, samaritanos  
 y otras personas que censuran siempre con extre-

<sup>7</sup> P. Clodio Pulcro muerto en el 52 a. de C., tribuno de la plebe en el año 52, para pasar a la cual modificó la ortografía de su propio nombre (*Claudius Clodius*). Hizo desterrar a Cicerón acusándole de haber condenado ilegalmente a Catilina y murió asesinado en el año 52 por Milón, cf. n. siguiente.

<sup>8</sup> T. Anio Milón, aristócrata enemigo de Clodio, a quien defendió Cicerón del asesinato de Clodio con su famoso discurso *Pro Milone*.

<sup>9</sup> Cf. *Adriano*, 16,1.

ma libertad los tiempos presentes. Y, para que ningún egipcio se irrite contra mí y piense que lo que he escrito es invención mía, expondré una carta de Adriano, sacada de los libros de su liberto Flegonte<sup>9</sup>, que describe perfectamente las costumbres de los egipcios.

- 8 «Adriano Augusto al cónsul Serviano, salud. Bien se, queridísimo Serviano, que Egipto, al que tu me alabas, es un país completamente frívolo, inseguro y que vuela de acá para allá, según los distintos impulsos de la fama. Allí, los que honran a Serapis son cristianos, y están consagrados a este dios los que se llaman obispos de Cristo; allí no hay ningún jefe de la sinagoga de los judíos, ningún samaritano, ningún prebístico de los cristianos que no sea astrólogo o arúspice o curandero<sup>10</sup>. El mismo patriarca, cuando llega a Egipto, es obligado por unos a adorar a Serapis y por otros a adorar a Cristo. Es una raza de hombres muy levantisca, muy frívola y propensa a la injuria; su capital es próspera, rica, fecunda y en ella nadie puede vivir ocioso. Unos soplan el vidrio, otros confeccionan el papel, todos en realidad son tejedores de lino y, según parece, poseen cualquier otra habilidad; los cojos tienen una tarea específica, los eunucos y los ciegos también, y ni siquiera los que padecen la gota en las manos se hallan entre ellos ociosos. Su único dios es el dinero. A éste adoran los cristianos, los judíos y todos, incluso los gentiles. Ojalá las costumbres fueran mejores en esta ciudad que por su riqueza y por su magnificencia merece ser la capital de todo el Egipto. Yo la he hecho todo tipo de concesiones, la he devuelto sus antiguos privilegios y

<sup>10</sup> En latín *aliptes* o *alipta* (del griego ἀλείπτης), persona que ungía y frotaba a los atletas con aceite y otros ungüentos antes y después de la lucha en la palestra, por lo cual se le exigía tener conocimiento de anatomía y medicina. No se daba confundir con el *unctor*, esclavo que había en los baños para secar y ungrir a los bañistas (cf. Séneca, *Ep.*, 56).

la he concedido otros nuevos, de tal manera que, cuando estuve allí, me dieron las gracias. Pero, tan pronto como salí del país, lanzaron contra mi hijo Vero múltiples improperios e hicieron correr sobre Antinóo diversos rumores, que creo que tu conoces. Yo no les deseo más que se coman sus propios pollos, a los que crían de una forma que da vergüenza decirlo. Te he enviado unas copas tornasoladas de distinto color, que me ofreció a mí el sacerdote del templo y que yo he dedicado de una manera especial a mi hermana y a tí. Mi deseo es que tú las utilices en los convites que ofrezcas los días de fiesta. Sin embargo, procura que nuestro Africano <sup>11</sup> no las use a su capricho».

9 Por tanto, como pensaba así sobre los egipcios, Aureliano había dado la orden a Saturnino, y sin duda con inteligencia divina, de que no visitara Egipto. En efecto, tan pronto como los egipcios vieron que una altísima dignidad llegaba a su tierra exclamaron: «Saturnino Augusto, que los dioses te protejan». Pero como él era —no se puede negar—, un hombre prudente, en seguida se marchó de Alejandría y volvió a Palestina. No obstante, como había comenzado a sospechar que allí no estaría seguro si vivía como un ciudadano particular, se cubrió con un manto de púrpura arrebatado a una estatua de Venus y con la toga cíclada <sup>12</sup> de su esposa en presencia de los soldados que le rodeaban y al punto recibió su adoración. Oí a mi abuelo decir muchas veces que él estuvo presente en el momento en que Saturnino era adorado. «Lloraba», decía mi abuelo, «y decía»: «la república ha perdido un ciudadano indispensable, si se me permite hablar sin arrogancia. Yo he reorganizado, realmente, las Galias, yo he devuelto Africa que estaba en poder de

<sup>11</sup> Un sobrino de Adriano del que se desconocen sus datos biográficos.

<sup>12</sup> Del griego κυκλάς: toga redonda y larga.

los moros, yo he pacificado las provincias de *Hispania*. pero, ¿de qué me sirve? pues todo ello ha resultado inútil, en cuanto he aspirado al trono».

- 10 Y, como aquéllos que le habían revestido con la púrpura le animaban a que defendiera su vida o a que se mantuviera en el trono, él les habló así: «No sabéis amigos, que desgracia es ser emperador. Se ciernen sobre nuestras cabezas espadas que penden de un hilo y por todas partes te apuntan lanzas y dardos. Se teme a los guardianes propios y la propia escolta causa temor. No se come con placer, ni se viaja con voluntad, ni se pelea por propia decisión, ni se utilizan las armas por gusto. Suma a estas desventajas que, cuando se es emperador, cualquier edad está expuesta a la censura: si es uno anciano, le consideran inepto; en cambio, si es joven, dicen que se abrasa de entusiasmo. Entonces ¿por qué afirmo yo que Probo es amado por todos? Cuando deseáis que yo trate de imitarle a él, a quien cedo gustoso el puesto y de quien yo deseo ser su general, me arrastráis a la fatalidad de la muerte. Pero tengo un consuelo para mi muerte: que no podré perecer solo». Marco Salvidieno dice que es verdad que este discurso es de Saturnino, y no hay duda de que él fue muy erudito, pues había sido discípulo de un retórico en África y había frecuentado las pérgolas <sup>13</sup> donde enseñaban los maestros en Roma.

- 11 Pues bien, para no ser más prolijo, he de decir algo que afecta de una manera especial a Saturnino: que algunos se equivocan al identificarle con aquel Saturnino que se apoderó del trono imperial en época de Galieno, pues éste es otro hombre totalmente distinto, que fue asesinado sin que Probo apenas opusiera resistencia. Sin embargo, se dice que Probo le escribió varias cartas en las que se

<sup>13</sup> Galerías en las que se habilitaban las escuelas.

mostraba clemente con él y que le prometió el perdón, pero que los soldados que habían estado con él no se lo creyeron. Finalmente, tras haber sido sitiado en un fuerte, fue asesinado por los soldados que había enviado Probo, contraviniendo su voluntad. 3

Resulta pesado exponer los detalles insustanciales, uno por uno, e importuno decir cuál fue su estatura, su constitución corporal, su atractivo y qué es lo que comía y bebía. Sean otros los que relaten estos pormenores que no tienen casi ninguna utilidad para proponerlos como ejemplo. Nosotros retomemos el hilo de aquello que aún nos queda por exponer. 4

- 12 La patria de Próculo fue Albingauno <sup>14</sup>, ciudad situada en los Alpes que lindan con el litoral. Era de familia noble, aunque sus antepasados se dedicaban al pillaje y, por este motivo, era bastante rico en ganados y esclavos y en otros bienes que él mismo había robado. Se dice, en fin, que armó dos mil esclavos suyos en la época en que se apoderó del imperio. Su esposa, que le impulsó a semejante locura, era una mujer de carácter varonil, llamado Samsó, nombre que le impusieron más tarde en sustitución del antiguo de Vitúriga. Su hijo era Hereniano, al que, si hubiera llegado a cumplir los cinco años, le habría enriquecido, como él decía, con el imperio. Un hombre, lo cual no se puede negar... y muy valiente, que estaba habituado a tomar parte en actos de piratería y que, no obstante, vivió entregado a las armas. En efecto, estuvo al frente de muchas legiones como tribuno y realizó actos heroicos. Y, puesto que los actos insignificantes son también agradables y ofrecen cierto encanto cuando se leen, no hay que silenciar un hecho del que se gloria él personalmente en una carta suya que yo 2 3 4 5 6

<sup>14</sup> La moderna Albenga a 50 millas aproximadamente al Suroeste de Génova.



prefiero incluir aquí, en lugar de hablar extensamente sobre ella. «Próculo a su pariente Meciano, salud. He capturado a los sármatas cien vírgenes. He desflorado a diez en una sola noche, pero a todas ellas las hice mujeres en el plazo de quince días, pues tenía potencia sexual para ello».— Como ves, se gloria de una acción torpe y bastante lasciva y cree que se le incluirá entre los hombres fuertes, si se encallece multiplicando los crímenes. 7 8

- 13 Este hombre, aún cuando después de haber conseguido los honores militares se conducía de forma obscena y desenfrenada, pero con valentía, a instancias de los lionenses que se consideraban gravemente humillados por Aureliano y que temían intensísimamente a Probo, fue proclamado emperador en una especie de chanza o de juego que recuerda Onésimo <sup>15</sup>, pero que no he encontrado en ningún otro autor. En efecto, un día que jugaba al juego de los ladrones <sup>16</sup> en un banquete y le tocó por diez veces consecutivas hacer de emperador, un bufón que era bastante conocido le dijo: «Yo te saludo, Augusto» y tomando un paño de lana de color de púrpura le cubrió los hombros y le adoró; a partir de aquel momento, los cómplices del acto empezaron a temer y consiguientemente trataron de seducir al ejército y de obtener el trono para Próculo. No obstante, Próculo les fue muy útil a los galos, porque derrotó, no sin alcanzar un gran prestigio, a los alamanos que aún se llamaban germanos, a pesar de que luchó siempre con la estrategia de un bandolero. Pero Probo le derrotó y le quitó la vida tras hacerle huir hasta las tierras más lejanas, y cuando se disponía a pedir ayuda a los francos, de los que él decía que derivaba su origen, fueron 2 3 4

<sup>15</sup> Autor de una vida de Probo, según 14,4 y *Caro*, 4,2.

<sup>16</sup> Se trata del *ludus latruncularum* al que se jugaba sobre una plancha llamada *Tabula latruncularia*, que tenía cierto parecido con nuestro juego de damas.

los mismos francos los que le traicionaron, pues en ellos es un hábito romper el juramento de fidelidad con la sonrisa entre los labios. Sus descendientes viven todavía hoy con los albigaunos y suelen decir en bromas que a ellos no les gusta ser ni emperadores ni ladrones. 5

Éstas son las cosas dignas de mención que recuerdo haber llegado a saber sobre Próculo. Pásemos a Bonoso, sobre quien he redactado muchas menos noticias aún. 6

14 Bonoso fue descendiente de una familia hispana, britano de origen, aunque <sup>su</sup> madre era gala, e hijo, como él mismo decía, de un profesor de retórica, o como yo he descubierto por otros autores, de un profesor de literatura. Perdió a su padre cuando era aún un niño, habiendo sido educado después por su madre, que era muy enérgica, ya no aprendió nada de literatura. Sirvió primero en el ejército como soldado en una legión, después entre los caballeros; a continuación ostentó el grado de centurión, desempeñó distintos tribunados, fue jefe de la frontera de Recia y bebía más que ningún otro hombre. Aureliano decía muchas veces de él: «Ha nacido para beber, no para vivir»<sup>17</sup>. Con todo, le mantuvo en su estima durante mucho tiempo por el servicio que le prestaba. En efecto, si alguna vez llegaban bárbaros desde cualquier parte del mundo, se les invitaba a beber, para embriagarlos y adquirir información de todos sus planes, valiéndose del vino para ello. Pero él, por mucho que bebiera, se mantenía sereno y despejado y, según dice Onésimo, autor de la vida de Probo, se mostraba más sagaz cuando había bebido. Tenía además la ventaja admirable de que meaba cuanto bebía y de que nunca su pecho, su vientre o su vejiga sintieran malestar. 2 3 4 5

15 Este mismo hombre, como en cierta ocasión los

<sup>17</sup> Juego de palabras: *uiuere* «vivir» *bibere* «beber».

germanos incendiaron unas naves de crucero que tenían los romanos en el Rin, ante el temor de que tendría que sufrir algunas penas por ello, se apoderó del trono y lo conservó en su poder más tiempo de lo que merecía. Al fin, después de haber sido derrotado por Probo tras una dura y larga batalla, puso fin a su vida con un lazo, por lo que se difundió un chascarrillo que decía que lo que colgaba era una anáfora, no un hombre. 2

Dejó dos hijos, a los que Probo otorgó el perdón, manteniendo también en su aprecio a la esposa de aquél, a la que concedió una pensión hasta su muerte. Se dice, en efecto, como también decía mi abuelo, que ésta fue una mujer de una ejemplaridad singular y de familia noble, aunque de raza gala. Aureliano se la había concedido a Bonoso como esposa, para conocer por él todos los proyectos de los galos, pues era una doncella de estirpe real. Se conserva una carta escrita al legado de las Tracias sobre esta boda y sobre los regalos que Aureliano ordenó que con motivo de ella se le dieran al general Bonoso, carta que he incluido aquí: «Aureliano Augusto a Galonio Avito, salud. Te he dado las órdenes oportunas, en una carta anterior, para que distribuyas en Perinto a las jóvenes de la aristocracia goda y he decretado para ellas determinadas asignaciones, no para una a una por separado, sino para que coman simultáneamente en grupos de siete, pues si la reciben una a una, resulta insuficiente y el Estado gasta excesivamente. Sin embargo, puesto que he determinando que Hunila sea entregada en matrimonio a Bonoso, le darás a él también, de acuerdo con el breve documento que adjunto, todo lo que he prescrito y harás celebrar sus bodas con dinero procedente del Estado». 3 4 5 6 7

Ésta era la lista de regalos: dos túnicas palioladas<sup>18</sup> de color de jacinto y al cincuenta por ciento 8

<sup>18</sup> La túnica paliolada (*túnica palliolata*) era una prenda que reunía

de seda, una túnica en la misma proporción de seda con bandas de oro y de una libra de peso, dos túnicas interiores con dos bandas de color y otras cosas que cuadran a una mujer casada. A él mismo le darás cien Filipeos de oro, mil Antoninianos de plata y diez mil sestericios de cobre».

Estas son las cosas que yo recuerdo haber leído <sup>9</sup> sobre Bonoso. En realidad, también yo podía haber omitido la vida de estos usurpadores sobre los que nadie quería investigar; no obstante, para no faltar un ápice a la verdad, he procurado también dar a conocer las noticias que yo había adquirido sobre ellos. Pero aún me quedan Caro, Carino y <sup>10</sup> Numeriano, pues Diocleciano y sus sucesores deben ser biografiados en un estilo más elevado.

---

las características de la *túnica* y del *pallium* (cf. Adriano, 22,4, n. 96), lo que los gramáticos llamaban *tunicopallium*, nombre acuñado para indicar la naturaleza especial del vestido llamado *palla*, pues la parte superior del ropaje que formaba la toga de ceremonia de las damas ricas, actores, músicos, etc. (*palla*) se colocaba imitando un pequeño manto (*palliolum*) colocando sobre las espaldas y el pecho, en lugar de sobre la cabeza.

### 30. CARO, CARINO Y NUMERIANO

(Flavio Vopisco Siracusano)

1 La muerte de Probo <sup>D. 7</sup> <sup>1</sup> demuestra suficientemente que la república es gobernada por el destino y que por él es encumbrada a lo más alto o reducida a las condiciones más deplorables. En efecto, después de que soportó casi todos los sufrimientos que la naturaleza humana soporta en la vida de un hombre, tras haber sido dirigida a lo largo de los tiempos por distintas conmociones que unas veces la debilitaban y otras la reanimaban, cambiando a causa de alguna tempestad o de algún acontecimiento favorable, parecía que después de tan variados males iba a permanecer ya segura y en perpétua felicidad al acabar el gobierno de Aureliano <sup>2</sup>; príncipe severo, cuando Probo moderaba las leyes y gobernaba el timón del Estado ateniéndose a la voluntad del pueblo y del senado. Pero, cuando los soldados atizados por el destino quitaron de en medio a este príncipe, una gran catástrofe similar a un naufragio o a un incendio redujo los deseos del pueblo a una desesperación tal, que todos temían a los Domitianos, Vitelios y Neronos. En efecto, el carácter veleidoso de un emperador provoca más temor que esperanza, sobre todo en aquella república que,

<sup>1</sup> Último rey de Roma, entre el 534-509.

<sup>2</sup> Rey del Epiro al que Tarento pidió ayuda para defenderse de Roma. Tras varias victorias sobre los romanos, sufrió en el año 275 un gran descalabro en Benevento.

desgarrada por recientes heridas, ha deplorado la cautividad a que le sometió Valeriano y la disolución de Galieno, soportando el caos a que dieron lugar cerca de treinta tiranos que reivindicaban cada uno para sí los miembros despedazados de sus propios compatriotas.

- 2 Efectivamente, si pretendemos recordar los cambios que la república romana ha experimentado desde que se fundó la ciudad de Roma, constataremos que ninguna otra alcanzó más brillo bajo el gobierno de príncipes bondadosos, ni padeció tanto por el gobierno de los malos. Y, para comenzar por Rómulo, verdadero padre y fundador de la república, ¿cuál fue la felicidad de aquél que fundó, consolidó e hizo poderosa a la república y que dejó una Ciudad perfecta, como no hizo ningún otro fundador? Después, ¿qué diré de Numa que protegió con la coraza de las instituciones religiosas a una Ciudad que rugía con las guerras y que se veía abrumada por los triunfos? Y así continuó floreciendo nuestra patria hasta los tiempos de Tarquinio el Soberbio; pero, tras soportar la adversidad como consecuencia del carácter de este rey, se vengó a sí misma, no sin una imponente destrucción. Después adquirió mayor prestigio hasta la época de la confrontación con los galos; pero, sumergida en una especie de naufragio, cuando fue capturada toda la Ciudad excepto la fortaleza, experimentó entonces un castigo casi superior al éxito de que se ensoberbecía. Volvió a recobrar su integridad, pero se vio abrumada por el peso de las guerras púnicas y por el espanto suscitado por Pirro hasta tal punto, que llegó a sentir los mismos sufrimientos de los mortales por el temor que prendió en sus entrañas.

- 3 Después de la victoria sobre Cartago y de extender su imperio más allá del mar, se hizo más poderosa, pero, debilitada a causa de las guerras civiles y apagada la sensación de felicidad de que dis-

frutaba, envejeció extenuada por las discordias ci-  
 viles hasta el reinado de Augusto. Después fue res-  
 taurada por Augusto, si se puede llamar restaura- 2  
 ción a la destrucción de la libertad. Pero en cual-  
 quier caso, aunque fue desdichada en el interior,  
 floreció entre los pueblos extranjeros. A continua-  
 ción, tras soportar un buen número de Nerones, le- 3  
 vantó la cabeza gracias al gobierno de Vespasiano.  
 Y no habiendo disfrutado de la felicidad plena del  
 reinado de Tito, después de haber sido lastimada  
 por la crueldad de Domiciano, pero siendo más  
 afortunada que de costumbre durante los reinados  
 de Nerva y Trajano hasta el advenimiento de Mar-  
 co Aurelio, se vio atormentada por la locura y  
 crueldad de Cómodo. Después de esto, no experi- 4  
 mentó ningún otro bien salvo el de la solicitud de  
 Severo hasta que reinó Alejandro, el hijo de Ma-  
 mea. Es muy pesado narrar todas las vicisitudes que 5  
 siguen después: en efecto, no pudo aprovecharse  
 del principado de Valeriano y tuvo que soportar el  
 de Galieno durante quince años. La fortuna, propi- 6  
 cia siempre al cambio y enemiga permanente de la jus-  
 ticia, privó a Claudio de un largo reinado. De tal ma- 7  
 nera se llevó a cabo el asesinato de Aureliano, la  
 aniquilación de Tácito y la matanza de Probo, que  
 se constata que nada es tan grato a la fortuna como  
 transformar los planes que afectan a la administra-  
 ción del Estado, mediante diversos acontecimien-  
 tos. Pero ¿con qué objeto nos entretenemos en ta- 8  
 les quejas y en las vicisitudes de las distintas épo-  
 cas? Pasemos a Caro, un hombre de cualidades in-  
 termedias, por así decirlo, y que debe ser cataloga-  
 do más bien entre los príncipes buenos que entre  
 los malos, y que hubiera sido mucho mejor aún, si  
 no hubiera dejado a Carino por heredero.

4 La mayoría de los autores hablan de la patria de  
 Caro con tanta ambigüedad, que no puedo decir,  
 ante un cúmulo tan grande de opiniones, cuál de  
 ellas es la verdadera. Efectivamente, Onésimo, que 2

escribió con muchísimo detalle la biografía de Probo, defiende que Caro nació y fue educado en Roma, pero que sus padres eran de Iliria. En cambio, Fabio Ceriliano<sup>3</sup> que describió con gran habilidad la época de Caro, Carino y Numeriano, asegura que no nació en Roma, sino en la Iliria y que sus padres no eran de Panonia sino cartagineses. Yo recuerdo haber leído en unas efemérides que Caro había venido al mundo en Milán, pero que había sido inscrito en el registro de la Curia de la ciudad de Aquileya. Él mismo deseó que le consideraran romano, dato que es imposible negar, como lo revela una carta que siendo procónsul envió a su lugarteniente, exhortándole a ejercer sus honrosos deberes.

Carta de Caro: «Marco Aurelio Caro, procónsul de Cilicia, a Junio su lugarteniente. Los príncipes romanos que nos precedieron, a la hora de elegir a sus lugartenientes, tuvieron la costumbre de ofrecer una muestra de sus propias virtudes por medio de aquéllos a los que confiaban el gobierno del Estado. En lo que a mí respecta, empero, aunque no hubiera sido así, no habría actuado de otro modo. En efecto, no he actuado de otro modo y no quedaré defraudado si tú me ayudas. Procura, por tanto, que no discrepemos de nuestros antepasados, es decir, de los ciudadanos romanos». Ya ves, por el sentido de toda la carta, que él desea que sus antepasados sean considerados romanos.

5 Y también un discurso suyo dirigido al senado muestra la misma presunción sobre su linaje. En efecto, tan pronto como fue elegido emperador, escribió lo que sigue al senado, entre otras cosas: 2 «Hay que alegrarse pues, padres conscriptos, porque ha sido nombrado emperador un miembro de vuestro estamento y de vuestra raza. Esforcémo-

<sup>3</sup> Escritor desconocido.



nos, por tanto, en no permitir que se crea que son mejores los extranjeros que vuestros compatriotas». 3  
También en este pasaje se ve con bastante claridad que él quería que le considerasen romano, es decir, originario de Roma.

Así, pues, después de que fue elegido por Probo 4  
prefecto del Pretorio, tras ocupar distintos grados de la vida civil y militar, como atestiguan las inscripciones de sus estatuas, logró que los soldados le tuvieran tanto afecto que, una vez asesinado un príncipe tan grande como Probo, a todos les pareció que no había otro candidato más digno del trono que él.

6 No se me oculta que la mayor parte de los escritores sospechan que Probo fue eliminado por una facción partidaria de Caro y que así lo han constatado ellos en los fastos 4; pero ni la conducta de Probo hacia Caro, ni las costumbres de Caro permiten que se crea su versión, ya que además éste vengó la muerte de Probo con extraordinaria crueldad y pertinacia. Y, respecto a la opinión que Probo tenía de Caro, una buena muestra es esta carta 2  
que aquél dirigió al senado sobre los honores que le tributó:

«Probo Augusto saluda al senado, al que ama sobre manera»: Y, entre otras cosas, continuaba: «Nuestra patria sería dichosa, si tuviera en los cargos públicos a muchos como Caro o como la mayor parte de vosotros. Por ello pienso que, si os parece bien, debe decretarse para un hombre que observa las costumbres ancestrales una estatua ecuestre, añadiendo la petición de que se le construya un palacio a expensas públicas, con distintos tipos de 3

<sup>4</sup> Los fastos designaban originariamente los días aptos (de *fas* «lícito») para tratar asuntos judiciales y civiles; pero el término indica también el mismo calendario en su conjunto, así como las listas de los magistrados, de triunfos, etc., y los comentarios o crónicas de distintos hechos.

mármol que yo traeré de una cantera. Porque conviene que recompensemos la integridad de un hombre como éste», etc.

- 7 Pero, para no añadir todo tipo de nimiedades y de pormenores que se pueden encontrar en otros autores, diré que, tan pronto como asumió el imperio, con el consentimiento general del ejército, confirió a sus hijos el título de Césares y luego comenzó la guerra contra los persas, que preparaba Probo, adoptando la siguiente estrategia: destinar a Carino a la Galias para que las defendiera con tropas de las más selectas, mientras que él se llevaba a Numeriano, joven muy distinguido y de extraordinaria elocuencia. Y, por cierto, dicen que repetía con frecuencia que era un desdichado por haber enviado a las Galias como príncipe a Carino y porque Numeriano aún no había alcanzado la edad adecuada para poderle confiar el imperio galo, cuyo gobierno reclamaba un príncipe de una firmeza excepcional. Pero reservaremos estos pormenores para otra ocasión. En efecto, existe también una carta de Caro en la que se lamenta ante su prefecto de las costumbres de Carino, con lo que se confirma la veracidad de la afirmación de Onésimo cuando dice que Caro tuvo la intención de arrebatarse a Carino el poder que tenía como César. Pero, como ya hemos dicho, hablaremos de esto en otro momento en la biografía del mismo Carino <sup>5</sup>. Ahora volvamos al hilo del relato.

- 8 Después de haber acabado en gran parte la guerra que mantenía con los sármatas, merced a los grandes dispositivos bélicos y al conjunto de tropas que había alistado Probo, dirigiéndose contra los persas, se apoderó de Mesopotamia sin que ningún enemigo le saliera al paso, llegó hasta la ciudad de Ctesifonte y, como los persas se hallaban absorbi-

*absorbtos*

<sup>5</sup> Cf. 17,6.

dos por una rebelión intestina, consiguió <sup>que</sup> le otor- 2  
 garan el título de emperador de Persia. Pero, al ha-  
 ber penetrado más de lo debido en el país, movido  
 por el deseo de gloria y, aún más, por las instan-  
 cias de su prefecto quien, deseando obtener el po-  
 der, buscaba su destrucción y la de sus hijos, mu-  
 rió abatido por una enfermedad, según unos, o ful- 3  
 minado por un rayo, según otros. No puede negar-  
 se que en el momento de su muerte se produjeron  
 tantos truenos que, según cuentan, muchas perso-  
 nas murieron presas de terror. Según esta versión,  
 cuando yacía postrado en su tienda por una enfer-  
 medad, perdió la vida al desencadenarse una vio-  
 lenta tempestad acompañada de grandes relámpa-  
 gos y de truenos aún más espantosos, como ya di- 4  
 jimos. Su secretario Julio Calpurnio entregó esta  
 carta sobre la muerte de Caro al prefecto de la Ciu- 5  
 dad. Entre otras cosas, decía: «Cuando Caro, nues-  
 tro príncipe realmente Caro <sup>6</sup>, se hallaba enfermo,  
 surgió inesperadamente un temporal que produjo  
 una tormenta tan grande que todo quedó oscure-  
 cido y nadie se reconocía entre sí; a continuación,  
 una vibración continua de centellas y truenos, si-  
 milar a la de los destellos de una estrella encendida  
 nos privó a todos nosotros de conocer lo que pa- 6  
 saba. En efecto, súbitamente, pero de un modo es-  
 pecial después de aquél trueno que había ocasiona-  
 do el terror general, surgió un griterío unánime  
 anunciando la muerte del emperador. A estos he- 7  
 chos, se sumó la circunstancia de que los ayudas de  
 cámara de Caro, afligidos por su muerte, incendia-  
 ron su tienda. Por esto rápidamente surgió el ru-  
 mor de que el emperador había sido fulminado por  
 un rayo cuando, por lo que podemos saber, hay  
 constancia de que pereció por una enfermedad».

9 He insertado aquí esta carta porque la mayor

<sup>6</sup> Juego de palabras: *Carus* «Caro» (nombre propio) *carus* «querido» (adjetivo).

parte de los autores dicen que existe un decreto del destino, según el cual ningún emperador romano puede pasar más allá de Ctesifonte, y que, precisamente por ello, Caro fue fulminado por un rayo cuando pretendía traspasar aquellos límites que habían sido fijados por el destino. Pero dejemos que la cobardía, a la que hay que aplastar a base de valor, mantenga sus artilugios. Es y será lícito desde luego, (y así lo ha probado nuestro sacratísimo César Maximiano) vencer a los persas y traspasar sus fronteras, y pienso que esto ocurrirá algún día, si los nuestros no descuidan la protección que la divinidad les ha prometido.

Hay muchos hechos que demuestran que Caro fue un buen príncipe, entre ellos esta maniobra que utilizó con los sármatas: apenas conseguida la dignidad imperial, cuando los sármatas se mostraban tan audaces ante la muerte de Probo que amenazaban invadir no sólo el Ilírico, sino incluso las Tracias e Italia, los debilitó con tanta habilidad aislando los combates, que en muy pocos días pudo obsequiar con una seguridad absoluta a las Panonias, después de haber dado muerte a dieciseis mil sármatas y haber capturado a diez mil prisioneros de ambos sexos.

10 Creo que esto es suficiente sobre Caro. Pasemos a Numeriano. Su biografía está más unida a su padre que la de Carino y se hizo más célebre, al parecer, por el crimen de su suegro. Y, aunque Carino fue mayor en edad y recibió el título de César antes que Numeriano, es necesario, no obstante, que hablemos primero de éste que murió después de su padre, y a continuación de Carino, a quien un hombre providencial para la república como Diocleciano Augusto le quitó la vida después de haber mantenido diversos combates con él.

11 Numeriano <sup>7</sup>, hijo de Caro, poseyó virtudes ex-

<sup>7</sup> Su nombre completo era M. Aurelio Numeriano Augusto.

cepcionales y fue realmente digno del trono, destacando también por su elocuencia hasta tal punto que, ya de niño, declamó en público y aún circulan obras célebres compuestas por él, aunque más ajustadas al género declamatorio que al estilo ciceroniano. Por otra parte, se dice que fue tan hábil en la versificación que superó en este arte a todos los poetas de su tiempo. En efecto, no sólomente compitió con Olimpio Nemesiano<sup>8</sup>, que escribió tratados de piscicultura, de cinegética y navegación y que se hizo famoso porque dominaba todos los recursos estilísticos, sino que también, cuando se publicaron las cosas que había recitado en público, eclipsó como con un rayo de sol al poeta satírico Aurelio Apolinar, que había escrito las gestas de su padre. Dicen que el discurso que envió al senado era tan elocuente que esta asamblea le decretó una estatua, no en calidad de César sino de retórico, para que la emplazaran en la biblioteca Ulpia con la siguiente inscripción: «Al César Numeriano, el más prestigioso orador de su tiempo».

- 12 Numeriano acompañó a su padre en la guerra contra los partos. A la muerte de éste, aprovechando la circunstancia de que había comenzado a padecer una afección ocular, un tipo de dolencia que fue habitual en él por estar agotado debido a su excesivo insomnio, y cuando era transportado en una litera, fue asesinado por los partidarios de su suegro Apro, que intentaba apoderarse del trono. Pero, cuando los soldados preguntaban un día y otro por la salud del emperador y se descubrió la verdad por el hedor del cadáver, en contra de las afirmaciones de Apro que proclamaba públicamente que no se le podía ver porque debía proteger sus ojos enfermos del viento y del sol, todos se lanza-

<sup>8</sup> M. Aureliano Olimpio Nemesiano. Se conservan cuatro églogas en las que imita a Virgilio y unos fragmentos de un poema didáctico titulado *Cynegetica*.

ron contra Apro, cuya artimaña no pudo permanecer oculta, y le arrastraron hasta las banderas del cuartel general. A continuación se celebró una concurrendísima asamblea y se construyó un tribunal.

- 13 Y, cuando se preguntaban unos y otros a quién debería confiarse, por ser el más digno, la venganza de Numeriano y quién debería ser elegido príncipe de la república por sus buenas cualidades, todos con extraordinaria unanimidad nombraron Augusto a Diocleciano<sup>9</sup>, a quien decían que se le habían dado ya muchos presagios del imperio, en aquel momento comandante de la guardia de corps, un hombre insigne, hábil, fiel a la república, amante de los suyos y convenientemente dispuesto a lo que cada circunstancia exigía, que mantenía siempre elevados designios y a veces mostraba un rostro insensible, aunque reprimía los impulsos de su turbulento corazón con prudencia y gran firmeza. 2  
Después de que subió al tribunal y recibió el título de Augusto, cuando le preguntaban cómo había sido asesinado Numeriano, desenvainando su espada y apuntando al prefecto del Pretorio Apro, le atravesó con ella agregando estas palabras: «Este es el autor de la muerte de Numeriano». De esta manera Apro, que vivía una vida vergonzosa y albergaba horribles proyectos, tuvo el fin que merecía por sus costumbres. Mi abuelo me contó que asistió a la asamblea en la cual Apro fue asesinado a manos de Diocleciano; y decía que la frase que pronunció Diocleciano al herir a Apro fue: «Gloríate, Apro», 3

«Caes bajo la diestra del gran Eneas»<sup>10</sup>.

frase que yo me extraño de que la pronunciara un militar, aunque sé a ciencia cierta que hay un gran número de militares que utilizan expresiones en 4

<sup>9</sup> Se trata de C. Aurelio Diocleciano Augusto, emperador de 284 a 305.

<sup>10</sup> Virgilio, *Aen.*, X,830.

- griego o latín de comediógrafos u otros poetas semejantes. En fin, hasta los mismos cómicos en muchas ocasiones introducen soldados en escena haciéndoles decir proverbios antiguos. Por ejemplo, «Tú también comes liebre, pero reclamas pulpamento»<sup>11</sup>, es también un proverbio de Livio Andronico<sup>12</sup>, y así otros muchos que consagraron Plauto y Cecilio.
- 14 No considero que sea indiscreto ni demasiado vulgar relatar una anécdota sobre Diocleciano Augusto, que cuadra a este lugar y que constituyó para él un presagio del imperio. —Mi abuelo me dijo que la había conocido por boca del propio Diocleciano—. «En una ocasión en que éste», decía mi abuelo, «se detuvo algún tiempo en una posada de la Galia en la región de los tungros, cuando aún militaba en los grados más inferiores del ejército y echaba las cuentas con una Druida de los víveres que había comido cada día, y ésta le decía: «Diocleciano, eres demasiado avaro y demasiado ahorrativo», Diocleciano, según se dice, la respondió, no en serio, sino en broma: «Ya seré generoso cuando llegue a emperador». Y, al escuchar estas palabras, dicen que la Druida exclamó: «Diocleciano, no pretendas mofarte, pues serás emperador cuando hayas dado muerte a Apro»<sup>13</sup>.
- 15 Diocleciano mantuvo siempre en su espíritu el deseo del trono y de ello era consciente Maximiano y mi abuelo, al que él personalmente le refirió las palabras que le había dicho la Druida. Pero como era astuto, se lo tomó a risa y guardó silencio. No obstante, mató siempre los jabalíes con su

<sup>11</sup> *Pulpamentum*, nombre con el que se designaban trozos de carne o pescado o determinados platos de carne guisada.

<sup>12</sup> La frase es de Terencio, *Eun.*, 426, aunque es posible que remonte a Livio Andronico, el primer poeta romano (280-204).

<sup>13</sup> Frase con doble sentido, pues *aper* significa «jabalí» y *aper* «apro», nombre propio.

propia mano en las cacerías, cuando se le presentó oportunidad de hacerlo. En fin, como Aureliano, 3  
 Probo, Tácito y el propio Caro alcanzaron sucesivamente el trono, Diocleciano exclamó: «Yo siempre mato jabalíes, pero otro se come la carne». Por 4  
 lo demás, es conocida y está suficientemente divulgada la frase que pronunció, según cuentan, cuando mató al prefecto del Pretorio: «Al fin he dado muerte al Apro, señalado por el destino». Mi abuelo 5  
 también decía que Diocleciano había afirmado que su único propósito, al dar la muerte a aquel hombre con su propia mano, había sido el de cumplir la predicción de la Druida y asegurarse el trono. Efectivamente, él no hubiera deseado mostrarse tan cruel, sobre todo en los primeros años de su reinado, si la necesidad no le hubiera arrastrado a cometer aquel atroz asesinato. 6

- 16 Ya he hablado de Caro y de Numeriano; pero aún me falta hablar de Carino, el más impuro de los hombres, adúltero; y corruptor pertinaz de la juventud, quien además hizo mal uso de los placeres de su propio sexo. Éste, cuando ejercía el poder 2  
 concerniente a un César, tras haberle sido confiados por un decreto las Galias, Italia, el Ilírico, las Hispanias, las Bretañas y el África, donde su padre le había dejado con dicho título, pero con la condición de desempeñar todas las funciones que correspondían a un Augusto, se mancilló con vicios desmesurados cayendo en una gigantesca degradación, alejó a los amigos más virtuosos, eligió 3  
 y mantuvo a su lado a los más malvados e hizo prefecto de la Ciudad a uno de sus ujieres <sup>14</sup>, la acción más abominable que jamás pudo pensarse o decirse. Mató a su prefecto del Pretorio; en su lugar 4 5  
 nombró a un antiguo alcahuete llamado Macronia-

<sup>14</sup> Traducción de *unum ex cancellariis suis*, pues el *cancellarius* era un oficial que montaba la guardia ante la tienda del emperador o de su dormitorio, cuyo acceso estaba protegido por un enrejado (*cancelli*).



no, uno de sus secretarios al que había tenido siempre como cómplice y colaborador de sus estupros y placeres. Se presentó en público como cónsul, contraviniendo la voluntad de su padre. Escribió al senado cartas arrogantes. Prometió los bienes de los senadores al populacho de la ciudad de Roma, como si se tratara del pueblo romano. Tomó a nueve mujeres como esposas tras sucesivos matrimonios y divorcios, repudiando a la mayor parte de ellas cuando se hallaban preñadas. Llenó el Palacio de actores de baja estofa, meretrices, pantomimos<sup>15</sup>, cantores y alcahuetes. Sentía tal hastio de firmar documentos, que encomendó esta tarea a un hombre degradado con el que gastaba siempre bromas al mediodía, y al que reprochaba en muchas ocasiones que imitara correctamente su firma.

- 17 Llevaba piedras preciosas en sus zapatos. No usaba broches que no estuvieran adornados con perlas y su tahalí también muchas veces estaba guarnecido de pedrería. En fin, la mayor parte de los ilirios le daban el título de rey. Nunca salía a recibir a los prefectos ni a los cónsules. Otorgó muchos honores a hombres perversos y los invitaba habitualmente a sus festines. En ellos ofrecía con frecuencia cien libras de aves, cien libras de peces y mil libras de carne variada. Hacía servir grandes cantidades de vino. Nadaba entre frutas y melones. Alfombraba sus triclinios y sus dormitorios con rosas de Milán. Tomaba baños fríos, a la temperatura que suelen estar las habitaciones de los sótanos, pues los tomaba en cámaras refrigeradas constantemente con nieve. Una vez, cuando llegó durante la estación invernal a un lugar en el que había un manantial del que solía manar de forma natural durante el invierno agua muy tibia y se bañó en una

<sup>15</sup> Actores parecidos a nuestros bailarines de ballet. Utilizaban máscaras y representaban historias amorosas y mitológicas, escandalizando con sus procacidades.

piscina utilizando aquel agua, dicen que comentó a los bañeros: «Me habéis preparado un baño propio de mujeres», y se dice que esta frase fue la más famosa que pronunció. Su padre, cuando recibía noticias de las cosas que hacía, exclamaba: «Éste no es mi hijo». En fin, había decidido dar muerte a su padre, según dice Onésimo, y elegir para que le sustituyera a Constancio <sup>16</sup>, que entonces se ocupaba del gobierno de la Dalmacia y después fue nombrado César, porque no había en aquellos momentos, al parecer, ningún hombre más virtuoso que él. Resultaría prolijo que yo pretendiera ofrecer muchas noticias sobre su lujuria. El que desee conocer su vida en detalle que lea también a Fulvio Aspriano que expone la totalidad de sus ademanes hasta llegar a aburrir.

18 Cuando Carino supo que su padre había sido fulminado por un rayo, que su hermano había sido eliminado por su suegro y que Diocleciano había sido elegido emperador, exhibió mayores vicios y cometió delitos más graves, como si la muerte de los suyos le hubiera liberado de los frenos que le imponía el respeto hacia su familia. Sin embargo, no le faltó coraje a su espíritu para reivindicar el trono, pues luchó contra Diocleciano en numerosos combates, pero cayó vencido en la última batalla en la que se enfrentaron cerca de Margo <sup>17</sup>.

Este fue el fin que tuvieron estos tres príncipes, Caro, Numeriano y Carino. Después de ellos, los dioses nos otorgaron a Diocleciano y a Maximiano, y, junto a tan ilustres personalidades, a Galerio y Constancio, de los que el uno nació para borrar la ignominia que supuso el cautiverio de Valeriano y el otro para someter de nuevo a las Galias a las leyes de Roma. Ciertamente, estos cuatro caudillos del mundo fueron aguerridos, sabios, benignos y

<sup>16</sup> Es decir, Constancio Cloro o Constancio I.

<sup>17</sup> La actual Moravia.

muy generosos, de idénticas ideas políticas, sumamente respetuosos con el senado romano, medidos, amigos del pueblo, muy piadosos, ponderados, religiosos y príncipes como los que hemos suplicado. Claudio Eustenio, que fue secretario de Diocleciano, escribió sus biografías dedicando a cada una de ellas un libro, detalle que he reseñado aquí para que nadie me exija una tarea tan árdua, máxime cuando no se puede narrar la vida de los príncipes que aún viven, sin exponerse a la censura.

19 El reinado de Caro, Carino y Numeriano tuvo como hecho más memorable la concesión al pueblo romano de unos juegos realzados con nuevos espectáculos, que hemos contemplado en unas pinturas de Palacio cerca del pórtico de las caballerizas. En efecto, se exhibió un funambulista que se movía con sus coturnos como sostenido por el viento, un escalador de muros que corrió por una pared eludiendo a un oso, y otros osos representando un mimo, a cien trompetistas tocando al unísono, a cien tañedores de cuernos, a cien flautistas de los que acompañan los coros y a otros cien de los que celebran los combates píticos, a mil pantomimos y gimnastas y, además, un teatro móvil cuya escena se consumió por las llamas y que Diocleciano después reconstruyó con mayor suntuosidad. Hizo venir a actores de mimos de todas las partes. Ofreció también los juegos Sarmáticos, que superan en diversión a todos los demás. Ofreció una representación alusiva a los Cíclopes<sup>18</sup>. Se concedieron regalos en oro y plata a los artistas griegos, a los gimnastas, a los actores y a los músicos, y se les regaló también vestidos de seda.

20 Pero, aunque todas estas cosas tienen una insospechada aceptación ante el pueblo, no tienen valor alguno ante los príncipes buenos. En fin, corre en-

<sup>18</sup> Cf. *Firmo*, n. 5.

tre la gente una frase que Diocleciano pronunció cuando uno de sus tesoreros elogiaba el espectáculo de Caro diciendo que aquellos emperadores habían sido muy grandes debido a las representaciones teatrales y circenses que habían procurado: «Por ese motivo», dijo aquél, «con razón Caro ha sido motivo de risa en su propio reinado». En fin, aunque Diocleciano ofreció unos espectáculos a los que invitó a asistir a todos los pueblos, fue muy remiso en su liberalidad, alegando que era conveniente que los juegos fueran más decorosos cuando a ellos asistía algún censor.

Ojalá lea este pasaje Junio Mesala, a quien yo me atrevo a censurar sin cortapisas. En efecto, él entregó sus bienes patrimoniales a unos comediantes y se los negó a sus herederos, entregando la túnica de su madre a una actriz y el manto de su padre a un pantomimo —y correctamente, si un actor trágico podía haber usado ya como disfraz trágico el manto de púrpura y oro de su abuela—. Todavía se conserva escrito el nombre de la esposa de Mesala en el manto de púrpura violeta de un flautista que se ufana de dicha prenda como si se tratara de un despojo conquistado a la nobleza. Y, ¿para qué voy hablar de los vestidos de lino importados de Egipto? ¿para qué de los importados de Tiro y Sidón muy transparentes debido a su finura, brillantes por su púrpura y famosísimos por sus trabajosos bordados? Distribuyó como regalos capotes <sup>19</sup> importados del país de los atrabatos, de Canusio y de África, lujosas prendas que hasta entonces no se habían contemplado sobre la escena.

21 Por cierto, he publicado estos pormenores movido por el deseo de que el pudor invite a los futuros organizadores de espectáculos públicos a

<sup>19</sup> Los famosos *birri* de estos lugares, prendas que guardaban bien el calor (en relación con el griego πύρ «fuego»).

no asignar sus patrimonios a pantomimos y maleantes en detrimento de sus legítimos herederos.

Acepta, amigo mío, este regalo que, como he repetido muchas veces, he dado a la luz pública no por su elocuencia, sino por su exactitud informativa, intentando sobre todo esto: que, si algún escritor elocuente desea contar las acciones de los emperadores, no tenga que buscar ya material para ello, pues podrá contar con mis libros como instrumentos auxiliares de su elocuencia. Te ruego, pues, que te sientas contento con mi regalo y que comprendas que yo he intentado escribir la obra lo mejor que me ha sido posible.

### III. Índice de nombres

#### 1. *Abreviaturas*

A	=	Adriano
AP	=	Antonino Pío
AS	=	Alejandro Severo
Aur	=	Aureliano
Av	=	Avidio Casio
C	=	Cómodo
Ca	=	Caro, Carino, Numeriano
Car	=	Caracalla
Cl	=	Claudio
ClA	=	Clodio Albino
D	=	Diadumeno
DJ	=	Didio Juliano
E	=	Elio
F	=	Firmo, Saturnino, Próculo y Bonoso
G	=	Galieno
Ge	=	Geta
Go	=	Gordianos
H	=	Heliogábalo
M	=	Maximinos
MA	=	Marco Aurelio
Max	=	Maximino y Balbino
Ma	=	Macrino
P	=	Pértinex
Pro	=	Probo
PN	=	Pescenio Nigro
SS	=	Septimio Severo
T	=	Tácito
TU	=	Treinta Usurpadores
V	=	Vero
Va	=	Valeriano

En el índice se recogen todos los nombres, salvo los de Roma, Ciudad (referido a Roma), Estado; los de tratamiento, como Clemencia; los de los títulos de Augusto/a, César y algunos otros. Los hemos castellanizado en general, exceptuando sólo aquéllos casos en los que hacerlo supondría violentar su forma, consagrada ya fuertemente por el uso, como en *Caracalla*, *Escitia*, *Ennio*, *Pértinax*, *Víndex* y algunos más. Hemos recurrido a la utilización del paréntesis para introducir en él elementos que permitan una mejor identificación del nombre a que se alude o para completar con él la forma de éste. Así mismo, se introducen en él las distintas referencias a títulos, sobrenombres, etc., mediante la abreviación *r.*, por ejemplo, (*r. Aureliano*) = «referido a Aureliano». Téngase en cuenta, por último, que bajo el nombre de los emperadores se recogen las distintas denominaciones que éstos poseyeron.

## 2. *Indice*

Abgaro: AP 9,6; SS 18,1.

Ablavio Murena: Cl 15,1.

Abrahán: AS 29,2.

Academia: A 26,5.

Acaya: A 13,1 y 2; AP 5,5; C 7,7; G 2,2 y 6,1; TU 19,1; Cl 16,1.

Adiabénico: (*r. Aureliano*) Aur 30,5.

Adria: A 1,1; 19,1.

Adriano: cf. *Vida* por Elio Esparciano y E 1,1; 1,2; 2,1,6,9; 3,1,4,7-9; 4,2-3, 5,7,8; 5,1,4,5; 6,1,4,5,7 y 10; 7,1-3; AP 2,4,6,11 *bis*, 3,5,8; 4,1,2,4,5 *bis*, 6,10; 5,2,3; 6,3; 8,2 *bis*; 9,6; MA 1,10; 4,1,5,6; 5,1,3 *bis*, 6; 6,1,2; 7,10; 11,6,7; 16,6; 17,4; 19,9; V 1,3,6; 2,1 *bis*, 5; 3,6; 11,1; Av 2,5; 8,6; C 17,4; SS 1,6; 20,1; PN 4,3; ClA 2,5; Ge 2,3; H 7,8; AS 30,6; 37,2; 43,6 *bis*; G 11,4; TU 30,27; Aur 14,6 *bis*; 42,4; T 5,1; 16,6; Pro 4,3; 22,4; F 7,6; 8,1.

Adriano, cf. Elio.

Adrianópolis: A 20,4.

Adrianos: T 6,9.

Adrianoterias: A 20,13.

Aerópago: G 11,5.

África: A 13,4 y 6; 22,14; C 9,1; P 4,1; DI 2,3; SS 1,1; 2,3,4,5,8; 8,7; 24,3; PN 5,4,5; Cla 1,3; 4,5; 5,1; 10,7; 13,6; Ma 4,3,6; M 13,6; 14,2; 16,1,2; 19,1,3; Go 2,4; 4,2; 5,1,2,3; 7,2; 9,4,7; 10,1; 13,3; 14,7; 15,1; 16,2,3; 17,1; 20,4; 22,4; 23,4,5; 30,8; Max 1,1; 3,4; 7,2; 9,5; 16,6; Va 3,2; TU 12,17; 29,2; Cl 15,4; Aur 48,5; T 3,6; Pro 9,2; F 3,1; 10,4; Ca 16,2; 20,6.

- Africana: (flota) C 17,7.  
 Africana Comodiana Herculea: C 17,8.  
 Africano: (r. Gordiano) Go 9,3 *bis*; 17,2.  
 Africano: (r. Severo) PN 8,1; Ma 9,1.  
 Africano: (T. Sextio Africano; sobrino de Adriano) F 8,10.  
 Afro: (Septimio; primo hermano paterno de Caracalla) Car 3,6.  
 Afeminado: (r. Cómodo) C 17,10.  
 Agaclito: MA 15,2; V 9,3; 10,5.  
 Agarrador: (r. Pértinax) SS 17,6.  
 Agrícola, cf. Calpurnio.  
 Agripa: A 19,10; AP 8,2.  
 Agripina: AS 26,7.  
 Agripina: (colonia) TU 6,3 *bis*; 7,2.  
 Agripino, cf. Casperio.  
 Agripo: (L. Elio Aurelio Apolausto Menfio) V 8,10.  
 Alado: (r. caballo de Vero) V 6,3.  
 Alado: (nombre de un cáliz) V 10,9.  
 Alamania: TU 8,11.  
 Alamánico: (r. Caracalla) Car 10,6.  
 Alba: (río) DJ 1,7; Pro 13,7.  
 Albano: (ciudad) Av 9,8.  
 Albano: (monte) M 23,6.  
 Albingauno: F 12,1.  
 Albino, cf. Ceyonio.  
 Albino, cf. Clodio.  
 Albino, cf. Numio.  
 Albino, cf. Pescenio.  
 Albinos, cf. CIA 4,1,7; 13,5.  
 Albo: (distrito de Germania) P 13,7.  
 Alcionas: Go 3,2.  
 Alejandría: (ciudad) A 12,1; 20,2; MA 25,4; 26,1; V 5,3; 8,11;  
 Av 7,4; C 17,8; SS 16,9; 17,2; Car 6,2,3; Ma 8,4; AS 28,7;  
 TU 22,3,10; T 18,6; F 3,1; 9,2.  
 Alejandría: (hija de Av.) MA 26,12; Av 9,3; C 17,7.  
 Alejandría Comodiana: (r. Cartago) C 17,8.  
 Alejandría: Go 3,3.  
 Alejandrina: (basílica) AS 26,7.  
 Alejandrina: (púrpura) AS 40,6.  
 Alejandrino: (acueducto) AS 25,3.  
 Alejandrino: (r. Emiliano) TU 22,7.  
 Alejandrinos: (corporación) AS 63,3.  
 Alejandrinos: (higos) AS 60,5.  
 Alejandro: (Julio Alejandro; conspirador) C 8,3.



- Alejandro Aurelio: (r. AS) M 29,1.  
 Alejandro Cotiense: MA 2,3.  
 Alejandro: (r. Emiliano) TU 22,7.  
 Alejandro Magno: A 4,9; MA 27,11; Car 2,1,2; AS 5,1 *bis*, 2,5; 6,1; 11,4; 13,1,4; 30,3; 31,5; 35,1,4; 39,1; 50,4; 62,3; 64,3; TU 14,4 *bis*, 5,6; 30,22.  
 Alejandro Severo: cf. *Vida* por Elio Lampridio y, bajo distintos nombres, SS 24,5; Ma 4,1; H 5,1; 10,1; 13,1,2,6; 14,2 *bis*, 3; 15,3; 16,5; 17,9; 29,5; 30,8; 35,2; M 1,3; 5,3,4; 7,1,3,4,5,6; 8,1; 9,7,8; 10,3; 11,1,7,9; 13,4; 14,2; 29,5; 30,5 *bis*; Go 2,4; 4,1; 5,1,2; 18,5,6; 33,1; TU 32,3; Aur 42,4; T 16,6; Pro 12,2; Ca 3,4.  
 Alio Fusco: C 7,6.  
 Alma: (monte) P 18,8; Pro 18,8.  
 Alpes: AP 12,4; MA 14,6; V 9,7; 21,3; Max 12,3; Aur 48,2; F 12,1.  
 Alpes Cotios: Aur 21,11.  
 Altino: V 9,11 *bis*.  
 Amazona: C 11,9 *bis*; Cla 2,4.  
 Amalio Cilón: Aur 23,4.  
 Amazonio: (r. diciembre) C 11,8 y 9.  
 Aminia: T 17,3.  
 Anacarsis de Escitia: Aur 3,5.  
 (Q.) Ancario: Aur 13,1.  
 Andrón: MA 2,2.  
 Ania, cf. Faustina.  
 Ania Cornificia (hermana de MA) MA 1,8.  
 Ania Faustina: (esposa de AP) AP 1,6; 5,2; 6,7; 8,1; MA 1,3; Av 10,1.  
 Ania Faustina: (hija de AP, esposa de MA) AP 10,2; MA 1,8; 6,6; 19,2,3 y 7; 20,7; 24,6; 26,4,7 y 9; 29,10; V 10,1,5; Av 7,1; 9,6,9 y 11; 10,1; 11,1 y 3; C 1,3; Car 11,6.  
 Aníbal: PN 11,4-5.  
 Anibalino: Pro 22,3.  
 Aninio Macro: MA 2,4.  
 Anio Cornícula: G 17,2.  
 Anio Fusco: PN 1,3.  
 Anio Libón: MA 1,3.  
 Anio Severo: Go 6,4 y 5.  
 Anio Verísimo: (r. MA) MA 1,10.  
 Anio Vero: (bisabuelo de MA) MA 1,2 y 4.  
 Anio Vero: (falso nombre de Vero) A 24,2; AP 6,10.  
 Anio Vero: (hijo de MA) MA 21,3; C 1,10.  
 Anio Vero: (r. MA) MA 1,10; 5,5.

- Anio Vero: (padre de MA) MA 1,1.  
 Anio vero: (suegro de AP) AP 1,6; MA 1,2; P 15,6.  
 Ancio: (acueducto) AP 8,3.  
 Anquialos: Cl 12,4.  
 Anteo: M 6,9.  
 Antímaco: A 16,2.  
 Antinoo: A 14,5; F 8,8.  
 Antio Lupo: C 7,5.  
 Antioquía: A 5,9 y 10; AP 9,2; MA 8,12; 20,6; 25,11; 26,1; V 7,1,3; Av 6,5; 9,1; P 1,6; SS 16,8; Car 1,7; AS 28,7; 53,2; 55,2; Go 26,5 *bis*, 27,5; TU 2,2; Aur 5,3; T 18,6.  
 Antioquiano: H 14,8.  
 Antípater, cf. Celio.  
 Antípater, cf. Galo.  
 Antístio: Aur 50,3.  
 Antístio, cf. Capela.  
 Antístio Burro: P 3,7; C 6,11.  
 Antoníniada: Go 3,3.  
 Antoninianas: (niñas) D 2,10.  
 Antoninianas: (termas) Car 9,9.  
 Antoninianas Caracallas: (vestidos) Car 9,8; D 2,8.  
 Antoniano: (edicto) D 2,9.  
 Antoniano: (flamen) MA 15,4.  
 Antonianas: (enseñas y banderas) D 3,1.  
 Antonianos: (áureos) Aur 9,7; 12,1; Pro 4,5; F 15,8.  
 Antonianos: (cofrades) AP 13,4; MA 15,4; 18,8; Car 11,6.  
 Antonianos: (flámenes) MA 18,8.  
 Antonianos: (niños) D 2,10.  
 Antonianos: (patios) H 24,6.  
 Antonino: (r. Gordiano) Go 4,7.  
 Antonino: (r. Gordiano el Joven) Go 4,7; 17,5.  
 Antonino: (hijo de Mamertino) C 7,6.  
 Antonino: (r. septiembre) P 10,1.  
 Antonino: (nombre de un plebeyo) Ge 3,5.  
 Antonino: (victimario) Ge 3,8.  
 Antonino: los emperadores llamados así, según Capitolino (cf. Ma 3,3 ss.) son ocho: Pío, Marco, Vero, Cómodo, Caracalla, Geta, Diadumeno y Heliogábalo. No obstante, reciben también este nombre Pértinax (D 6,3), Didio Juliano (D 6,3), Severo (D 6,8), Opilio Macrino (Ma 2,1) y Vero (E 5,12).  
 Antonino, cf. Arrio.  
 Antonino Galo: Aur, 8,2.  
 Antonino Pío: cf. Vida por Julio Capitolino y A 24,1,3,6,9 *bis*, 10; 25,5,6,8; 26,6; 27,2,4; E 2,9; 6,9; 7,2; MA 5,1; 5,5,6;

- 6,1,2,3,7,9; 7,3,5; 8,1,6; 16,7; 19,2; 29,6; V 1,3; 2,2,3; 3,1,2,6  
*bis*, 7,8; Av 1,5; 8,7; 10,1; SS 20,1; 21,4; PN 8,5; 12,1; Car  
 4,2; Ge 2,4; Ma 1,4; 3,1,2,4,7; 7,7; D 1,3; 5,4,5; 6,5; 7,4; H  
 1,2; 2,4; 7,9; AS 9,1; 10,5; 57,7; M 27,6; Go 3,3; 17,4; G  
 11,4; TU 6,6; Cl 3,3; Aur 14,6; 42,4; T 5,1.
- Antoninos: E 5,13; MA 13,4; SS 20,1; 21,4; 22,2; 23,3; 24,2;  
 PN 12,6; ClA 6,1; Car 8,3; 9,12; Ge 1,7; 2,2; Ma 3,3-5,7;  
 6,2; 7,7; D 1,3; 6,3; 7,4; H 1,7; 18,1 *ter*; 34,6 *ss.*; AS 1,1; 7,3  
*ss.*; 10,4,7; Go 4,7 *bis*; 9,5; 17,1 y 2; Cl 18,4; T 16,6; Pro  
 12,2; 22,4.
- Antonio: (r. Gordiano) Go 4,7.
- Antonio: (r. Gordiano el Joven) Go 17,2 y 5.
- Antonio: (Saturnino) PN 9,2; AS 1,7; F 1,1.
- Antonio Balbo: SS 13,2.
- Antonios: H 18,1; 34,7; Go 9,5; 17,1.
- Anubis: C 9,4,6; 16,4; PN 6,9; Car 9,11.
- Apamena: H 21,2.
- Apenino: Cl 10,4.
- Apeninos: P 1,2; F 3,4.
- Apia: Ge 7,2.
- Apicio Celio: E 5,9; H 18,4; 20,5; 24,3.
- Apis: A 12,1.
- Apolausto: (r. Agripo) V 8,10; C 7,2.
- Apolinar: (Aurelio Apolinar) Car 6,7.
- Apolinar, cf. Sulpicio.
- Apolo: MA 6,9; V 8,2; PN 8,1; ClA 5,4; AS 37,6; M 22,2; 26,2;  
 Max 1,1; Cl 4,2; Aur 19,4; T 17,5.
- Apolodoro: A 19,13.
- Apolonio: (retórico) V 2,5.
- Apolonio de Calcedonia: AP 10,4 *bis*; MA 2,7; 3,1; V 2,5.
- Apolonio de Tiana: AS 29,2; Aur 24,3 y 7; 25,1.
- Apolonio Siro: A 2,9.
- Apro: (tío paterno de Severo) SS 1,2.
- Apro: (suegro de Numeriano) Ca 12,1,2 *bis*; 13,2 *bis*, 3 *ter*;  
 14,3; 15,4.
- Apro: (cónsul) C 2,4; 12,4.
- Apro: (P. Septimio) SS 1,2.
- Apro, cf. Trosio.
- Apro, cf. Vectio.
- Apulia: V 6,9.
- Apulia Calabresa: TU 24,5.
- Apuleyo: (escritor) ClA 12,12.
- Apuleyo Rufino: SS 4,4.
- Aquileya: MA 14,2; V 9,7 *bis*, 10; M 21,6; 22,1,4; 24,3; 25,2;

- 28,4 y 8; 33,3 *bis*; Max 11,2; 12,2 y 3; 15,4; 16,7; T 18,6; Ca 4,4.
- Aquileo: Aur 31,2.
- Aquiles: AS 31,4; M 4,9; Pro 1,2 *bis*.
- Aquileida: Go 3,3.
- Aquilio: DJ 5,8; PN 2,6.
- Aquilón: E 5,10.
- Aquino: PN 1,1.
- Arabia: A 14,4; AP 9,4 *bis*, 5; Av 6,5; DJ 2,3; SS 9,9; 12,6; D 8,4.
- Arabiano: D 9,1.
- Arabiano, cf. Claudio.
- Arabiano, cf. Flavio.
- Arabiano, cf. Septimio.
- Arábico: (r. Caracalla) Car 10,6.
- Arábico: (r. Septimio Severo) SS 9,10.
- Aradión: Pro 9,2.
- Arato: Go 3,2.
- Arca Cesarea: AS 1,2; 5,1; 13,5.
- Arcario, cf. Quinto.
- Arcia: M 28,8.
- Arcontio, cf. Severo.
- Arelio Fusco: (consular) TU 21,3.
- Arelio Fusco: (escritor) TU 25,2.
- Arelio Fusco: (procónsul) Aur 40,4.
- Argunte: Go 31,1.
- Aristómaco: H 14,8.
- Aristóteles: Go 7,1.
- Armenia: MA 9,1; V 7,1; Av 6,5; D 8,4; AS 58,1.
- Arménico: (r. Aureliano) Aur 30,5.
- Arménico (r. MA y V) MA 9,1; V 7,2.
- Arquimea: M 31,3.
- Arrastrado: (r. Heliogábalo) H 17,5.
- Arria Fadila: AP 1,4.
- Arriano: (cónsul) Go 29,1.
- Arrio: (r. Herodiano) M 33,3; Go 2,1; Max 2,2.
- Arrio Antonino: C 7,1 *bis*; P 3,7.
- Arrio Antonino: (nombre imaginario de AP) A 24,1; AP 4,1.
- Arrio Antonino: (abuelo de AP) AP 1,4.
- Artabases: Va 3,1.
- Artabases: Pro 4,1.
- Artajerjes: AS 55,1; 56,6; Go 26,5.
- Artaxata: MA 9,1.
- Articuleyo: A 3,1.

- Asclepiodoto: Aur 44,2,3.  
 Aselio Claudiano: SS 13,1.  
 Aselión, cf. Marco.  
 Asia: A 13,1,6; AP 3,2; 9,1; V 6,9; 7,1,7; Car 5,8; D 8,4; Go 31,1; Max 7,2; Va 1,5 *bis*; G 2,5; 5,3; 6,1,5;; 7,3; 13,8; Cl 8,1; Aur 40,4.  
 Aspriano, cf. Fulvio.  
 Astaco: G 4,8.  
 Astianacte, cf. Meonio.  
 Atalo: C 7,1.  
 Atelanas: A 26,4.  
 Atenas: MA 27,1; V 6,9; G 11,1; T 18,6.  
 Ateneo: P 1,3; Go 3,4.  
 Ateneo: (general de Galieno) G 13,6.  
 Atención: M 9,6.  
 Ateriano, cf. Julio.  
 Ateyo Santo: C 1,6.  
 Atiano, Celio: A 5,5 y 9; cf. Celio.  
 Aticiano: Cl 11,3.  
 Atico, cf. Herodes.  
 Atico: Go 26,3.  
 Atidio Corneliano: MA 8,6.  
 Atilio Severo: C 4,11.  
 Atilio Ticiano: AP 7,3.  
 Aufidio Victorino: MA 3,8; 8,8.  
 Augur, Arrio: MA 1,5.  
 Augusto: (Octaviano) A 6,4; 12,3; Av 8,6; 11,6; SS 3,4; 21,3; PN 12,1; H 1,2; AS 10,4; 28,6; Go 21,5; Cl 2,3; Aur 21,11; 42,3; T 4,5; Pro 22,4; Ca 3,1 *bis*.  
 Augusto: (nombre de mes r. Cómodo) C 11,8.  
 Aurelia: (familia) MA 5,5; V 2,10.  
 Aurelia: (vía) A 1,8; Aur 48,2.  
 Aurelia Mesalina: (madre de Clodio) CIA 4,3.  
 Aureliano: cf. Vida por Flavio Vopisco y H 35,2; AS 64,1; G 18,4; TU 24,2,3,4,5; 25,2,3,4 *bis*; 27,2; 30,3,4,12,23,27; T 1,1; 2,4; 4,5; 9,5; 11,6; 13,1,3; 14,5; 16,6; Pro 1,5; 6,1,5,6,7; 8,1; 9,5; 12,2; 13,2,5; F 1,4 *bis*; 2,1,2,3; 3,1,4; 4,3; 5,1,2,3; 6,2; 7,2; 9,1; 13,1; 14,3; 15,4,5 *bis*; 6; Ca 1,2; 3,7; 15,3.  
 Aureliano: (conspirador contra Av) PN 7,1.  
 Aureliano: (nieto de Aureliano y procónsul de Sicilia) Aur 42,2 *bis*.  
 Aureliano: (tribuno) Aur 6,2.  
 Aureliano Festivo: F 6,2.  
 Aureliano, cf. Pescenio.

- Aurelianos: (áureos) Pro 4,5.  
 Aurelianos: (corporación) MA 7,11.  
 (L.) Aureliano: (nombre dado al padre de Elio Ceyonio Cómodo) E 2,7.  
 (T.) Aurelio, cf. Antonino Pío.  
 Aurelio Alejandro, cf. Alejandro Severo.  
 Aurelio Cómodo, cf. Cómodo.  
 Aurelio Festivo: F 6,2.  
 Aurelio Filippo: AS 3,2.  
 Aurelio Fulvo: (abuelo de AP) AP 1,2.  
 Aurelio Fulvo: (padre de AP) AP 1,3.  
 Aurelio Fulvo Boyonio, cf. Antonino Pío.  
 Aurelio Gordiano: (cónsul) Aur 41,3.  
 Aurelio Probo Augusto, cf. Probo.  
 Aurelio Probo: (jefe de tintoreros) AS 40,6.  
 Aurelio Tácito, cf. Tácito (emperador).  
 Aurelio Vero: (nombre falso dado a Elio) E 2,6.  
 Aurelio Vero: (escritor) AS 48,6.  
 Aurelio Víctor: Ma 4,2.  
 Aureolo: cf. Vida por Trebelio Polión y G 2,6,7; 3,1,3; 4,6; 5,6; 7,1; 9,1; 14,6; TU 10,14; 12,2; 13,3,14 *bis*; 14,1; 15,4; 18,1,3; 30,23; Cl 4,2; 5,1,2,3,4; Aur 16,1.  
 Aureolo: (puente de) TU 11,4.  
 Aurunculeyo Corneliano: SS 13,2.  
 Autronio Justo: T 19,1.  
 Autronio Tiberiano: T 19,1.  
 Avidio Casio: cf. Vida por Vulcacio Galicano y MA 15,6; 21,2; 24,5,7 y 8; 25,1,2 *bis*; 3,8,12; 26,3,10,11,12 *bis*; 13; V 7,1; 8,3; C 2,3; P 2,10; ClA 6,2; 10,9 y 11; 12,10; AS 1,7; F 1,1.  
 Avidio Severo: (abuelo de Avidio Casio) Av 1,1.  
 Avito, cf. Galieno.  
 Avito, cf. Loliano.  
 Avulnio Saturnino: Aur 13,1.  
 Auxiliadora: (legión) A 2,2.  
 Ajax: M 4,9.
- Babilonia: V 7,1; 8,2.  
 Baco: H 28,2.  
 Balbino: M 20,1,5,6 *bis*; 8; 24,2,3,7,8; 25,3; 26,1,2,4 *bis*; 5; 28,3; 31,1; 32,3; 33,3; Go 19,9; 22,1,5.  
 Balbo, cf. Antonio.

- Balbo, cf. Cornelio.  
 Balbo Cornelio Teófanos: Max 7,3.  
 Balbo, Junio: Go 4,2.  
 Balista: Va 4,4; G 1,2; 3,2 y 4; TU 12,1,3,7,9; 14,1 *bis*; 15,4.  
 Basiano, cf. Caracalla y Heliogábalo.  
 Basiano, Elio: ClA 4,5 y 6, cf. Elio Basiano.  
 Basiano, Valerio: C 7,6, cf. Valerio Basiano.  
 Baso: (amigo de Vopisco) F 2,1.  
 Baso: (cónsul) TU 9,1.  
 Baso, cf. Ferronio.  
 Baso: (prefecto de la Ciudad) SS 8,8.  
 Bayas: A 25,5; AP 5,1; MA 6,1; AS 26,9 y 10; T 7,6; 19,5.  
 Bayo, cf. Fulvio.  
 Bebio Longo: MA 3,8.  
 Bebio Macriano: AS 3,3.  
 Bebio Macro: (prefecto de la Ciudad) A 5,5.  
 Bebio Macro: (prefecto del Pretorio) Aur 13,1.  
 Beleno: M 22,1.  
 Bélgica: (Galia) DJ 1,7.  
 Belona: C 9,5; SS 22,6.  
 Benaco: (lago) Pro 24,1.  
 Bética: (Hispania Bética) SS 2,3,4 *bis*.  
 Bitinia: DJ 2,3; PN 5,2; ClA 6,2; Ma 10,3; 15,1; Max 5,8; 7,2; G 4,7; 11,1; TU 33,5; Aur 22,3.  
 Bizancio: SS 8,12; Car 1,7; G 6,8; 7,2,4; Cl 9,7; Aur 22,3; 33,5.  
 Blanco: (r. Albino) ClA 1,4.  
 Bolonia: TU 33,4.  
 Bonito: TU 10,11.  
 Bonoso: cf. *Vida* por Flavio Vopisco y Pro 18,5; 24,7; F 1,4; 13,6; 14,1.  
 Bóreas: E 5,10.  
 Bósforo: AP 9,8.  
 Bovonia Procila: AP 1,4.  
 Boyonio Antonino Pío, cf. Antonino Pío.  
 Bragada: (Galia) Pro 18,5.  
 Bretaña: A 12,1; C 6,2; 13,5; P 1,6; 3,5 y 8; DJ 5,1; SS 6,10; 19,1; 24,1; ClA 13,4 y 7; AS 59,6; Pro 18,5 y 8; Ca 16,2.  
 Brindisi: MA 9,4; 27,3; SS 15,2.  
 Broco, cf. Junio.  
 Brundisino, cf. Mecio.  
 Brucio Presente: MA 27,8.  
 Bucólicos: (soldados) MA 21,2; Av 6,7.  
 Buena Diosa: (templo de la) A 19,11.  
 Búrburo: F 4,4 *bis*.

Burro, cf. Antístio.

Busiris: M 8,5.

Cádiz: A 1,2.

Calcis: AP 10,4 *bis*.

Caldeos: (adivinos) SS 4,3: 15,5.

Caleno: MA 3,8.

Calícrates de Tiro: Aur 4,2.

Calígula: Av 8,4; H 1,1; 34,1; C 10,2.

Calígulas: Aur 42,6.

Calpurnia: TU 32,5.

Calpurnio: Av 10,9.

Calpurnio Agrícola: MA 8,8.

Calpurnio, cf. Julio.

Calvila, cf. Domicia.

Calvisio Tulio: MA 1,3.

Camilo Furio: SS 21,1; PN 12,1.

Camilo, cf. Ovidio.

Camilos: Cl 1,2.

Campania: A 9,6; AP 7,11; MA 10,7; Go 4,6; TU 24,5; T 7,5.

Campo de Marte: A 9,1; MA 13,6; AS 26,7; M 31,5; Go 32,6;

Cl 13,6; T 7,2.

Camsisolio: TU 26,4.

Cánaba o Canabaude: Aur 22,2.

Cándido: A 3,4.

Cándido, cf. Vespronio.

Caninio Celer: MA 2,4; V 2,5.

Cano, cf. Sulpicio.

Canope: A 26,5.

Capadocia: A 13,7; G 11,1.

Capela Antístio: C 1,6.

Capeliano: M 19,1,3: 20,6; Go 15,1,2,3; 11,2,3.

Capitolino, cf. Julio.

Capitolio: MA 29,4; P 5,4; DJ 4,6; SS 7,1; 14,7; Car 3,2; H

15,7; 30,4; AS 43,5; 57,1; Go 4,4; 22,8; Max 3,2; 8,2,4; G

8,1,5; Cl 3,4; Aur 33,3; 34,5; 41,11; T 10,5; P 9,2; 10,5.

Capitón: Pro 10, 6, 7.

Capitón, cf. Egnacio.

Capri: C 5,7.

Capua: MA 8,10; V 6,7; Av 10,7; DJ 8,3.

Caracalla: cf. *Vida* por Elio Esparciano y SS 10,3; 14,3; 16,3;



18,9 y 10; 19,2; 20,2; 21,6,9, 11 *bis*; 22,3; 23,7; PN 8,5; CIA 7,5; Ge 1,4; 7; 2,8; 3,36; 4,2,4; 5,3,6; 6,2,3,4,6,7; 7,4,6; Ma 2,1,3; 3,4,8; 4,7; 5,2,3,9; 6,4 *bis*; 8; 7,1,3,5,6,8; 8,3 *bis*; 4; 9,1,4; 13,1; D 1,1,2; 2,7,8 *bis*; 3,1; 6,8,9,10; 9,4; H 1,4,5; 2,1,3; 3,1; 17,8,9; AS 5,3; 7,4; 9,1; 10,5; 25,6; M 4,4,6; 30,6,7; Go 4,1,3.

Carinas: (barrio) Max 16,1.

Carino: cf. *Vida* por Flavio Vopisco y Pro 24,4; F 1,4; 3,5; 15,10; Ca 3,8; 4,3; 7,1,2,3 *bis*; 4; 10,1 *bis*.

Carnunto: SS 5,1.

Caro: cf. *Vida* por Flavio Vopisco y Pro 22,3; 24,4 y 8; F 1,4; 15,10; Ca 11,1; 15,3; 16,1; 18,3; 19,1; 20,2 *bis*.

Cárpico: (r. Aureliano) Aur 30,4.

Carpísculo: (r. Aureliano) Aur 30,4.

Carras: Car 6,6; 7,1,3; Go 26,5; 27,6; 10,2; 12,1.

Cartago: A 20,4; AP 9,2; C 17,8; Ma 3,1; M 14,4; Go 4,2; 9,6; 23,4; Max 17,8; T 18,2; Ca 3,1.

Caristos: Go 32,2.

Casio: (monte) A 14,3.

Casio, cf. Avidio.

Casio Papirio: CIA, 10, 11, 12.

Casios: Av 1,1.

Casperio Agripino: SS 13,3.

Casperio Emiliano: SS 13,4.

Cástor: M 16,1; Va 5,4.

Catilina: Av 3,5; CIA 13,2; F 6,4; cf. Sergio.

Catilio Severo: (r. a MA) MA 1,9.

Catilio Severo: (consejero de AS) AS 68,1.

Catilio Severo: (gobernador de Siria) A 5,10; 15,7; 24,6,7; AP 2,9; MA 1,4.

Catón el Censor: A 5,3; 10,3; 16,6; Av 14,4; Go 5,5; Pro 1,1.

Catón de Utica: Max 7,7.

Catón: (r. Fabio Sabino) AS 68,1.

Catones: SS 21,1.

Catulino, cf. Valerio.

Catulo: (abuelo de Memia) AS 20,3.

Catulo, cf. Cina.

Catulo: (filósofo) MA 3,2, cf. Cina.

Cayeta: (puerto) AP 8,3.

Cecilio: Av 10,9.

Cecropio: G 14,4,7,9.

Cecropio: (general) Pro 22,3.

Céler, cf. Caninio.

- Céler Veriano: TU 9,5 y 6.  
 Celerino, cf. Cuspidio.  
 Celeste: P 4,2; Ma 3,1; TU 29,1.  
 Celestino: Va 8,1.  
 Celiano: (retórico) D 8,9.  
 Celio: (monte) MA 1,5; C 16,3; H 30,4; TU 25,4.  
 Celio: A 1,4; 4,2; 8,7; 9,3 *bis*; 15,2, cf. Atiano.  
 Celio: (historiador) A 16,6.  
 Celio Félix: C 7,6.  
 Celsa, cf. Nonia.  
 Celsino: Pro 1,3.  
 Celsino: (consejero de Diocleciano) Aur 44,3.  
 Celsino, cf. Clodio.  
 Celso: cf. *Vida* por Trebelio Polión y CL 7,4.  
 Celso: (cónsul) A 4,3; 7,2.  
 Celso: (conspirador) Av 10,1.  
 Celso: (consejero) TU 10,11.  
 Celso Eliano: Max 17,2.  
 Celso, cf. Elio.  
 Celso, cf. Furio.  
 Celso, cf. Herenio.  
 Celso, cf. Juvencio.  
 Celso, cf. Ragonio.  
 Celso, cf. Rufio.  
 Cenofrurio: Aur 35,5.  
 Censorino: cf. *Vida* por Trebelio Polión y TU 31,12; 32,8.  
 Censorinos: TU 33,5.  
 Centuncelas: C 1,9. *avita vediva*  
 Cerdeña: SS 2,4 y 5.  
 Cerelio Faustiniiano: SS 13,6.  
 Cerelio Juliano: SS 13,6.  
 Cerelio Macrino: SS 13,6.  
 Cereyo Meciano: T 19,3.  
 Ceres: MA 27,1; Aur 47,3.  
 Ceriliano, cf. Fabio.  
 Ceronio: G 14,4, cf. Cecropio.  
 Cerronio Baso: Aur 31,5.  
 César (Julio): E 7,5; Av 11,6; SS 21,2; ClA 13,7; AS 62,3; M  
 18,2; Go 33,4; Max 7,7.  
 César, cf. Elio.  
 Cesarea: TU 2,2.  
 Cesareano: (r. Ciríades) TU 2,2.  
 Ceseciano, cf. Elio.

- Cesonio Vectiliano: Av 5,5.  
 Cesoninos: TU 32,5.  
 Ceyonio Albino: (asesinado por SS) SS 13,3.  
 Ceyonio Albino: (prefecto de la Ciudad) Aur, 9,2.  
 Ceyonio Cómodo: E 2,7.  
 Ceyonio Juliano: F 2,1.  
 Ceyonio Postumiano: CIA 6,2.  
 Ceyonio Póstumo: CIA 4,3 y 6.  
 Ceyonios: CIA 4,1 y 7; 10,7; 12,8; 13,5.  
 Cíbeles: H 7,2; AS 37,6; Aur 1,1.  
 Cicerón, cf. Tulio.  
 Cíclope: M 8,5; Max 11,1.  
 Ciclópeas: G 8,3.  
 Cíclopes: Ca 19,3.  
 Cierzo: E 5,10.  
 Cilícia: V 6,9; TU 26,3,7; Ca 4,6.  
 Cilón: Car 3,2; 4,5 y 6, cf. Fabio.  
 Cina Cátulo: MA 3,2.  
 Cina, cf. Cátulo.  
 Cincio Severo: SS 13,9.  
 Cingio Severo: C 20,3.  
 Circesio: Go 34,2.  
 Ciriades: cf. *Vida* por Trebelio Polión.  
 Ciriades: (padre) TU 2,1.  
 Cirilo, cf. Tacio.  
 Cirro: MA 25,11.  
 Cívica: MA 9,4.  
 Cízico: AP 3,4; SS 8,16; 9,1; PN 5,8; G 13,8.  
 Clara Emilia: DJ 1,2.  
 Claro, P 15,6. cf. Erucio.  
 Claro, cf. Ragonio.  
 Claro, cf. Septicio.  
 Claudia: (hermana de Probo) Pro 3,4.  
 Claudia: (sobrina de Claudio) Cl 13,2.  
 Claudiano, cf. Aselio.  
 Claudio: cf. *Vida* por Trebelio Polión y H 35,2; Va 8,3; G 7,1;  
 14,2,3; 15,3; 18,4; TU 10,9,10,13,14; 11,4 *bis*, 5 *bis*; 26,7;  
 30,3,11 *bis*; 31,6,7,8,12; 33,2; Aur 2,1; 16,1,2,4; 17,5; 18,1;  
 37,5; 41,7; 42,4,5; 44,4; T 16,6; Pro 3,3; 6,1,6; 7,1; 12,2; Ca  
 3,6.  
 Claudio Arabiano: SS 13,7.  
 Claudio: (barbero) H 12,1.  
 Claudio Eustenio: Ca 18,5.

- Claudio, cf. Flavio.  
 Claudio Juliano: Max 17,2.  
 Claudio Lucano: C 7,7.  
 Claudio Máximo: MA 3,2.  
 Claudio: (Tiberio Claudio) AS 65,5.  
 Claudio Pompeyano: (yerno de MA) MA 20,6; Av 10,3; 11,8;  
 12,2; C 5,12; P 2,4; 4,10; DJ 8,3; Car 3,8.  
 Claudio Pompeyano (Quintiano): C 4,2 y 4.  
 Claudio Rufo: SS 13,2.  
 Claudio Sapiiano: T 19,3.  
 Claudio Severo: (filósofo) MA 3,3.  
 Claudio Sulpiciano: SS 13,3.  
 Claudio Venaco: AS 68,1.  
 Claudio: (acueducto) AS 30,4.  
 Cleandro: C 6,3,5,6,8,10,12; 7,1,3; 17,5.  
 Cleodamo: G 13,6.  
 Cleopatra: TU 27,1; 30, 19; 32,6; Cl 1,1; Aur 27,3; Pro 9,5  
 Cleopatras: TU 30,2.  
 Clodia: (vía) V 8,8.  
 Clodio: (Clodio Pulcro) F 6,4.  
 Clodio Albino: cf. Vida por Julio Capitolino y SS 6,9;  
 10,1,2,7,8; 11,1,3 *bis*, 6,8; 12,1,5,6,7; PN 2,1; 4,7; 6,2; 8,1;  
 9,3; AS 1,7; F 1,1.  
 Clodio: Go 10,1, cf. Balbino.  
 Clodio Celsino: SS 11,3.  
 Clodio Rufino: SS 13,5.  
 Coceyo: Aur 14,6; 42,4 cf. Nerva.  
 Coceyo Vero: SS 13,4.  
 Coedes: V 9,5.  
 Colonia: Pro 18,5.  
 Coloso: (estatua) A 19,12; C 17,9; G 18,2 *bis*.  
 Comagene: CL 10,1.  
 Comodiana: (r. casa palatina) C 12,7.  
 Comodiana: (r. Roma) C 8,6,9.  
 Comodiana Hercúlea: (r. flota) C 17,8.  
 Comodiano: (r. siglo de oro) C 14,3.  
 Comodiano: (r. pueblo romano) C 15,5.  
 Cómodo Antonino: cf. Vida por Elio Lampridio y MA 16,1;  
 17,3; 18,4; 19,1,4,7; 22,12; 27,5,12; V 9,6; Av 10,3; 13,2,4,7;  
 P 3,5,8; 4,3,4,5,7,10; 5,1 *bis*, 2,3,7; 6,2,3,6,10; 7,4,6,8; 8,1,2,9;  
 9,8; 12,8 *bis*; DJ 2,1,6; 3,7; 4,8; 6,2; SS 4,3,4; 5,1; 6,9;  
 11,3,4; 19,3; PN 1,5 *bis*; 2,1; 3,5; 4,6; 6,8; 7,2; 10,8; CIA

- 2,1; 3,1; 6,3,4,5,7 *bis*; 13,7; 14,2; Car 5,5; 9,11; Ma 3,4; 4,2; 7,7; 13,1; D 6,7; 7,2,3 *bis*; AS 7,4; 9,2; 10,5; Ca 3,3.
- Concordia: P 4,9; AS 6,2; Max 1,1; Pro 11,5; 12,7.
- Concha: TU 30,27.
- Condiano: C 4,9.
- Constancio: (Cloro) G 7,1; 14,3; Cl 1,1; 3,1; 9,9; 10,7; 13,2; Aur 44,5; Pro 22,3; Ca 17,6; 18,3.
- Constancios: (áureos) H 2,4.
- Constantina: Cl 13,3.
- Constantino: (emperador) Ge 1,1; H 2,4; 34,1; AS 65,1; M 1,1; Go 34,6.
- Controversias: TU 4,2.
- Copta: Pro 17,3,6.
- Cordio: H 6,3; 12,1; 15,2.
- Cordo: ClA 5,10; 7,2; 11,2; Ma 1,3; M 4,1; 6,8; 12,7; 27,7; 28,10; 29,10; 31,4; Go 4,6; 5,6; 12,1; 14,7; 17,3; 19,8; 21,3,4; 22,2; Max 4,3,5 *bis*; 12,4.
- Cordo, cf. Valerio.
- Cordueno, cf. Elio.
- Corfuleno, cf. Estatilio.
- Corinto: V 6,9; T 18,6.
- Coriolano, cf. Marcio.
- Corneliano, cf. Atidio.
- Corneliano, cf. Aurunculeyo.
- Cornelio Balbo: PN 4,1.
- Cornelio Capitolino: TU 15,8.
- Cornelio Dolabela: AP 1,8.
- Cornelio Frontón: (orador) MA 2,5 *bis*. V 2,5.
- Cornelio Mácro: TU 14,5.
- Cornelio Repentino: DJ 3,6.
- Cornelio Tácito: Aur 2,1; T 10,3.
- Cornelio Teófanés, cf. Balbo.
- Cornelio Victoriano: AP 8,8.
- Cornícula, cf. Anio.
- Cornificia, cf. Ania.
- Cornificia: (amante de Pértinax) P 13,8.
- Cornificio, cf. Velio.
- Corvinos: Aur 9,4.
- Cotios, cf. Alpes.
- Craso: A 5,6.
- Craso, cf. Sulpicio.
- Cretólogo: (r. Pértinax) P 13,5.
- Creta: Cl 12,1.

- Crinito: Aur 15,1,2; cf. Ulpio.  
 Crispino: M 21,6; Max 12,2.  
 Crispino, cf. Tulio.  
 Crispo: Cl 13,2 *bis* y 9.  
 Cristo: AS 29,2; 43,6; F 8,2.  
 Ctesifonte: SS 16,1; Go 27,6; G 10,6,7; 12,1; TU 15,4; 30,6;  
 Ca 8,1.  
 Cuadrato: (Asinio Cuadrato, historiador) V 8,4 Av 1,2.  
 Cuadrato: (conspirador) C 4,1,4.  
 Cuadrato; cf. Umidio.  
 Cuarto, cf. Marcio.  
 Cupido: E 5,10.  
 Cures: A 2,8.  
 Curia: MA 10,8; P 4,9,11; DJ 4,2,3,5; Ge 6,5; AS 6,2; Go 11,2;  
 22,7; Max 2,2,3; 3,5; 13,2; TU 33,1; Cl 3,3; Aur 41,3; T 9,2;  
 Ca 4,4.  
 Curio Fortunaciano: Max 4,5.
- Chipre: Go 3,7; Cl 12,1; 14,5.
- Dacia: A 6,7; 7,3; C 13,5; P 2,4,10; Cl 15,2; 17,3.  
 Dacia Aureliana: Aur 39,7.  
 Dacia Ripense: Aur 3,1.  
 Dacia Transdanubiana: Aur 39,7.  
 Dafne: MA 8,12; V 7,3; Av 5,5; 6,1; AS 54,7; TU 18,2; Aur  
 25,1.  
 Dalmacia: MA 21,7; C 6,1; DJ 1,9; G 14,9; TU 12,17; Cl 15,2;  
 17,6; Ca 17,6.  
 Danubio: MA 21,10; Av. 4,6; P 2,10; G 13,6; Aur 22,2; Pro 5,1.  
 Dardania: (en Yugoslavia) MA 21,7.  
 Dardania: (en Asia Menor) Cl 11,9.  
 Dárdano: Cl 11,9.  
 Dásumo: MA 1,6.  
 Deberes: (Los) AS 30,2.  
 Decéballo: TU 10,8.  
 Decriano: A 19,12.  
 Decio: Va 5,4; 6,1,7; Cl 13,8; 16,1 *bis*.  
 Decios: Va 5,4 *bis*; Aur 42,6.  
 Delos: AS 26,8.  
 Demóstenes: SS 21,2; AS 62,3.  
 Dexipo: (Herenio Dexipo) AS 49,3; M 32,3; 33,3; Go 2,2; 9,6;  
 19,9; 23,1; Max 1,2; 15,5; 16,3,6; G 13,8; TU 32,1; Cl 12,6.

Déxtro, cf. Domicio.

Diaboleno: AP 12,1.

Diademado: (nombre originario de Diadumeno) D 4,4 *bis*.

Diadumeno Antonino, cf. Vida por Elio Lampridio y Ma 2,5; 3,4,8; 5,1,7; 6,2,6; 7,5; 10,3,4; 12,9; 14,1; H 1,4; 3,1; 8,4; AS 9,3; 10,5.

Diana: (estatua) H 7,6.

Didia Clara: DJ 3,4.

Didio Juliano: cf. Vida por Elio Esparciano y P 14,4 *bis*; 5,9; SS 1,1; 2,2; 5,1,5,7,9 *bis*; 10; 6,1,5; 7,4; 8,3; 17,5; PN 2,1 *bis*; 2,3,4; 3,1 *bis*; 2; CIA 14,2,6; Ma 3,6; D 6,3; AS 1,7.

Didio, cf. Petronio.

Didio Próculo: (hermano de Didio Juliano) DJ 1,2.

Didio: TU 27,1; 30,2.

Diocleciano: (Augusto) E 1,1 *bis*; MA 19,12; V 11,4; Av 3,3; SS 20,4; Ma 15,4; TU 21,7; 31,8; Cl 10,7; Aur 29,3; 42,2; 43,2; Pro 1,5; 2,1; 22,3; F 15,10; Ca 10,1; 13,1,3 *bis*; 14,1 *bis*; 2 *bis*; 3; 15,3,5; 18,1,2,3,5; 19,2; 20,2,3.

Diogneto: MA 4,9.

Dolabela, cf. Cornelio.

Domicia Calvila: (o Domicia Lucila Menor; madre de MA) MA 1,3.

Domicia Lucila: (madre de MA) DJ 1,3.

Domicia Paulina: (madre de Adriano) A 1,2.

Domicia: (jardines de) AP 5,1; Aur 49,1.

Domiciano: (Augusto) A 2,3; 20,3; MA 28,10; Av 2,6; S 19,2; AS 65,5; Cl 3,6; Aur 43,4,5; 44,2,3; Ca 3,3.

Domiciano: (general de Aureolo) G 2,6; TU 12,14 *bis*; 13,3.

Domicianos: CIA 13,5; Ca 1,3.

Domicio Dextro: SS 8,8.

Domicio Ulpiano: AS 68,1.

Domitila: TU 12,14.

Druida/s: (adivinas de la Galia) Aur 44,4,5; 60,6; Ca 14,3; 15,1,5.

Druenciano: (yerno de Casio) Av 9,3.

Drunciano: MA 26,12, cf. Druenciano.

Dulio: (Dulio Silano) C 7,5.

Eboraco: SS 19,1.

Ebro: H 7,7.

Ebuciano: 6,12.

Ecio: (yerno de SS) SS 8,1.

Eclecto: V 9,5,6; C 15,1; P 4,5,6.

Edesa: Car 6,6; 7,1.

Efeso: V 7,7; G 6,1.

Efestión: V 2,5.

Egipto: A 5,2; 7,3; AP 5,5; MA 21,2; C 2,3; SS 8,7; PN 5,5; 7,7; H 28,3 *bis*; AS 28,7; G 4,1; 5,6; 6,4; TU 22,5,6,9,13; 30,7; Cl 15,4; Aur 13,1; 32,2,3; 45,1; 47,1,3; 48,5; T 3,6; Pro 3,2; 9,3,5 *bis*; F 2,1; 3,1; 5,4; 7,2; 8,4,7; 9,1.

Egnacio Capitón: C 4,10.

Egnatuleyo Honorato: SS 13,5.

Elia: (familia) V 2,1.

Elio: cf. *Vida* por Elio Esparciano y A 23,10,11 *bis*, 14,15; 24,1; AP 4,1,5; MA 2,7; 4,5; 6,2; V 1,6; 11,1; P 10,2; ClA 2,5; F 8,8.

Elio: (nombre de un mes) C 12,2.

Elio, cf. Cordo.

Elio, cf. Vero.

Elio Adriano: (padre de Adriano) A 1,2.

Elio Adriano: (tío paterno de Adriano) A 2,4.

Elio Basiano: (padre de ClA) ClA 4,5,6.

Elio Celso: SS 13,2.

Elio César: (padre de Vero) V 11,1.

Elio Ceseciano: T 7,1.

Elio Cordueno: PN 4,4.

Elio Escorpiano: Pro 11,5.

Elio Esparciano: E 1,1.

Elio Gordiano: (padre de Gordiano) AS 68,1.

Elio Lampridio: Pro 2,7.

Elio Mauro: SS 20,1.

Elio Sabino: M 32,1.

Elio Severiano: AS 68,1.

Elio Vero César, cf. Elio.

Elio Xifidio: Aur 12,1.

Elios: E 2,6.

Eleusinos: (misterios) A 13,1; AS 18,2.

Emesa; Ma 9,1; G 3,4; Aur 25,2,4.

Emilia, cf. Clara.

Emilia: (vía) P 2,2.

Emiliano: cf. *Vida* por Trebelio Polión y G 4,1; 5,6; 9,1; TU 26,4.

Emiliano, cf. Casperio.

Emiliano: (Aselio Emiliano) SS 8,13,15; PN 5,7 *bis*.

Emilio Leto, (Q): C 17,1.



- Emilio: (puente) H 17,2.  
 Emilio Junco: C 4,11.  
 Emilio Parteniano: (historiador) Av 5,1.  
 Emona: M 21,1,5; 31,3.  
 Encolpio: AS 17,1; 48,7.  
 Eneas: Ca 13,3.  
 Eneida: Go 3,3.  
 Ennio: A 16,4; Cl 7,5.  
 Epicteto: A 16,10.  
 Epiro: G 13,8.  
 Erucio Claro: SS 1,3.  
 Erucio Claro: (Julio Erucio Claro) P 15,6; SS 13,4.  
 Escantila, cf. Malia o Manlia.  
 Escauro: (Quinto Terencio Escauro) V 2,5.  
 Escaurino: (Terencio Escaurino) V 2,5; AS 3,3.  
 Escaurino: (Terencio Escaurino; hijo de Escaurino) AS 3,3.  
 Escévola: MA 11,10.  
 Escipión Africano: Cl 7,6; Pro 2,4.  
 Escipión Asiático: Go 21,5.  
 Escipión: (Publio Cornelio Escipión Emiliano) A 10,2;  
 AP 9,10; SS 21,1; H 26,2; Cl 2,5.  
 Escipión: (r. Gordiano el Viejo) Go 5,5,7.  
 Escipión: (r. Heliogábalo) H 26,2.  
 Escipiones: A 1,1; PN 12,2; Go 5,7; 9,4,6; 17,2; Cl 1,2;  
 Aur 9,4; Pro 2,4.  
 Escirón: M 8,5.  
 Escitia: A 16,3; Aur 13,1.  
 Escítica: (legión) SS 3,6.  
 Escorpiano, cf. Elio.  
 Escupo: TU 10,11.  
 Esparciano, cf. Elio.  
 Espartaco: M 9,6.  
 Esperanza: (jardines de la) H 13,5.  
 Esperato: (r Cómodo) C 18,10.  
 Espolones: (casa de) Go 3,6.  
 Esquilino: G 18,3.  
 Estaciano, cf. Manlio.  
 Estacio: Go 3,3.  
 Estacio Prisco: (Licinio Itálio) MA 9,1; V 7,1.  
 Estacio Valente: AS 48,6.  
 Estatilio Corfuleno: ClA 12,11.  
 Estilión: AS 3,3.  
 Estilón, (L.): SS 13,4.

Etna: A 13,3.

Etruria: A 19,1; E 2,8; AP 3,5 *bis*; V 1,9; Go 4,6; TU 24,5;  
 Aur 48,2.

Eudemón: A 15,3.

Eudémones: (r. árabes) Ma 12,6.

Euforión: MA 2,2.

Eufrates: A 5,3; V 7,6.

Eugamio: M 27,5.

Eupator: (Julio) AP 9,8.

Europa: Aur 17,2; 30,3; 31,1; 32,1; Pro 1,4.

Eurupiano, cf. Larcio.

Eustenio, cf. Claudio.

Eutiquio Próculo: MA 2,3.

Eutropio: (padre de Constancio Cloro) Cl 13,2.

Fabia: (Ceyonia; hija de Elio y hermana de Vero) MA 29,10;  
 V 10,3,4.

Fabia Orestila: Go 17,4.

Fabiano: (arco) G 19,4.

Fabiano, cf. Masticio.

Fabilo: M 27,3.

Fabio Ceriliano: Ca 4,3.

Fabio Cilón: C 20,1.

Fabio Gurges: (r. Heliogábalo) H 26,2, cf. Gurgés.

Fabio Marcelino: AS 48,6; Pro 2,7.

Fabio Paulino: SS 13,3.

Fabio Pomponiano: TU 29,1.

Fabio Repentino: AP 8,8.

Fabio Sabino: AS 68,1.

Fabio Sosiano: F 2,1.

Fadila, cf. Arria.

Fadila: (Aurelia Fadila, hija de MA) Av 10,6.

Fadila, cf. Julia.

Fadila, cf. Junia.

Faenza: A 7,2; E 2,8; V 1,9.

Falaris: M 8,5.

Falcón: (Q. Sosio Falcón) P 10,1,4,5,9; 15,6.

Faltonio, cf. Mecio.

Faltonio Probo: Aur 40,4.

Farasmanes: A 13,9; 17,12; AP 9,6.

Faro: AP 8,2.

- Fausiano: G 5,2.  
 Faustina, cf. Ania Faustina *maior*.  
 Faustina, cf. Ania Faustina *minor*.  
 Faustina Ania: (Ania Fundania Faustina; prima de MA) C 7,7.  
 Faustina, cf. Mecia.  
 Faustina, cf. Rupilia.  
 Faustina, cf. Vitrasia.  
 Faustina: (templo) Car 11,6; G 19,4.  
 Faustianas: (corporación) AP 8,1; MA 26,6.  
 Faustiniانو, cf. Cerelio.  
 Faustinianos: (corporación) AS 57,7.  
 Faustino: (r. octubre) AP 10,1.  
 Fausto, cf. Papio.  
 Favorino: A 15,12; 16,10.  
 Felición: Go 25,2.  
 Felicísimo: (r. Aureliano) Aur 38,2,3.  
 Felix, cf. Celio.  
 Feliz: (r. Cómodo) C 8,1.  
 Feliz: (r. Macrino) Ma 7,5; 11,2.  
 Feliz: (legión) Aur 11,4.  
 Fenicia: A 14,1.  
 Festivo, cf. Aureliano.  
 Festo: Ma 4,4.  
 Festo, cf. Pescenio.  
 Fiestas Latinas: MA 4,6.  
 Filemón: M 27,5.  
 Filípicas: Aur 39,3.  
 Filipeos: (áureos) Cl 14,3 *ter*; Aur 9,7; 12,1 Pro 4,5; F 15,8.  
 Filipo: (padre nutricio de AS) AS 13,4.  
 Filipo el Arabe: Go 3,7; 28,1,5; 29,1,2,3,6 *bis*; 30,1 *bis*,  
 2,3,6,7,9; 31,2,3,5,7; 33,1,3; 34,5.  
 Filipo, cf. Aurelio.  
 Filipo de Macedonia: A 13,1; MA 27,11; AS 24,4.  
 Filipos: Go 33,4; 34,3,4; Aur 2,1; 42,6.  
 Filipos: (campos de) Go 34,4.  
 Firmo, cf. Vida por Flavio Vopisco y Aur 32,2; Pro 24,7; F 1,4;  
 2,1,3,4.  
 Flaco, cf. Persio.  
 Flaco, cf. Valeriano.  
 Flaminia: Go 4,6; TU 24,5.  
 Flaminio: (pórtico) G 18,5.  
 Flavia Ticiana: (esposa de Pértinax) P 5,4.  
 Flavio Arabiano: Aur 47,2,4.

- Flavio Claudio: Aur 17,1.  
 Flavio Domiciano: AP 1,8. cf. Domiciano.  
 Flavio Genial: DJ 3,1; 8,6.  
 Flavio Juvenal: SS 6,5, cf. Jevenal.  
 Flavio Sulpiciano: P 13,7.  
 Flavio: Aur 42,4; cf. Tito.  
 Flavio Vespasiano: Aur 42,4, cf. Vespasiano.  
 Flavios: (mansión de los) TU 33,6; Cl 3,6.  
 Flegónte: A 16,1; SS 20; F 7,6.  
 Flora: H 6,5.  
 Floriano: *Vida* por Flavio Vopisco: T 9,6; 13,5; Pro 1,5; 10,1,8; 11,3; 13,4; F 1,4.  
 Floro: (P. Anio Floro) A 16,3,4.  
 Fondi: T 17,2.  
 Fonteyo: F 2,1.  
 Formiano: Av 10,6,8; 11,3.  
 Formias: Av 10,7.  
 Fortuna: AP 12,5; MA 7,3; SS 23,5,6; AS 4,6; Marx 8,6; TU 10,7.  
 Fortunaciano, cf. Curio.  
 Francico: (r. Probo) Pro 11,9.  
 Frontino, cf. Julio.  
 Frontón: MA 2,4,5, cf. Cornelio.  
*Fruigi*: (r. Pisón) TU 21,1.  
 Frugo Craso: A 5,5.  
 Fucino: (lago) A 22,12.  
 Fulvia Pia: (madre de SS) SS 1,2.  
 Fulvio: (Plauciano) PN 5,2.  
 Fulvio Aspriano: Ca 17,7.  
 Fulvio Boyo: Aur 13,1.  
 Fulvio Pío: (abuelo paterno de SS) SS 1,2.  
 Fulvio Sabino: Aur 19,1.  
 Fulvo, cf. (T.) Aurelio.  
 Furio Celso: AS 58,1.  
 Furio Plácido: Aur 15,4.  
 Furio Victorino: MA 14,5.  
 Fusciano: C 12,9; P 4,3.  
 Fusco: A 23,3, cf. Anio.  
 Fusco, cf. Arelio.  
 Gáballo: (r. Heliogáballo) AS 1,2.  
 Gabinio: TU 22,11.

Galacia: Max 7,2; TU 18,8.

Galba: Av 8,5; Cl 12,5.

Galería Faustino Augusta: MA 1,3, cf. Ania Faustina.

Galerio: Cl 10,7; Ca 18,3.

Galia/s: A 10,1; 12,1; MA 22,1; SS 5,3; 10,1; 11,1; 12,3; PN 2,1; 3,4,9; 6,7; CIA 1,1,2; 6,3; 9,1; 13,6; Car 5,1; AS 59,2,6; 63,3; M 7,4,6; Max 5,8; 7,2; Va 3,2; G 4,5; 6,6; TU 3,3,9; 5,1 *bis*, 4,5; 6,6; 12,7; 18,5; Cl 7,5; Aur 9,4; 32,3,4; 34,2; 35,4; 41,8; 44,4; Pro 13,5,6; 15,1,3,4,6; 18,5 *bis*; F 9,5; Ca 7,1,2; 14,2; 16,2; 18,3.

Galicana: (legión) Aur 7,1.

Galicano: M 20,6; 22,8.

Galicano, cf. Mesio.

Galicano, cf. Mulvio.

Galicano, cf. Túrduo.

Galiena: (prima de Galieno) TU 29,3.

Galieno, cf. Vida por Trebelio Polión y CIA 4,2; Va 8,1,5 *bis*; TU 1 *bis*, 2; 3,1,3 *bis*, 5; 5,1,5; 6,1 *bis*; 8,9; 9,1,3,5,6; 10,1 *bis*, 2,8,9,10,14,17; 11,1,2,3,4; 12,1,2,8,10,11,12; 14,1; 15,4; 18,1,8; 19,1; 20,2; 21,4; 22,5,8,9; 23,1,2; 26,1,4,5; 29,1,3 *bis*, 4; 30,1,3,10,23; 31,1,7; Cl 1,2 *bis*; 5,1,2; 7,3,4; 9,1 *bis*; 17,1; Aur 8,2; 11,8; 16,1; 18,4; 21,9; 41,7; Pro 3,6; 4,1; 6,1,2 *bis*, 4,5; F 1,3; 11,1; Ca 1,4; 3,5.

Galieno: (padre del emperador) G 19,3.

Galieno: Va 8,5, cf. Salonino.

Galieno Avito: F 15,6.

Galo: A 2,7.

Galo Antípater: Cl 5,4.

Galo; cf. Antonino.

Gargilio: AS 37,9; Pro 2,7.

Gaudio: Go 25,3.

Gaudio: Pro 22,3.

Gavio Máximo: AP 8,7.

Gayo: V 4,6, cf. Calígula.

Gelia: AS 38,1,2 *ter*.

Gelio: (historiador) Pro 1,1.

Gémino: (actor cómico) MA 2,2.

Gémino: (liberto) MA 15,2; V 9,3.

Genial: DJ 8,6; cf. Flavio.

Gentiano, cf. Loliano.

Gentiano, cf. Terencio.

Geórgicas: CIA 11,8.

Germania: A 2,5; 10,2 MA 8,7; C 12,2; 13,5; P 2,2; DJ 1,6,7,9;

- SS 4,4,7; 5,1; CIA 1,2; AS 61,8; M 11,7; 12,1 *bis*, 5; 13,1; Go 14,1; TU 3,6; 6,2; 8,11; Pro 14,5; 15,2,7.
- Germánico: (r. Marco Aurelio) MA 12,9.
- Germánico: (r. Cómodo) C 11,14.
- Germánico: (r. Caracalla) Car 5,6; 6,6; 10,6.
- Gesaces: G 13,9.
- Geta Antonino; cf. Vida por Elio Esparciano y SS 10,5; 14,8; 16,4; 19,2; 20,2; 21,7; 22,3; CIA 7,5; Car 1,1; 2,7,8; 3,3,4; 4,3; 8,4,7; 10,6; 11,1; Ma 3,4; D 6,9; M 2,4.
- Geta: (P. Septimio Geta; padre de SS) SS 1,2; Ge 2,1.
- Geta: (P. Septimio Geta; hermano de SS) SS 8,10; 10,3,5; 14,10.
- Getas: (godos) Car 10,6.
- Gigante: M 8,5.
- Gilón: Aur 50,3.
- Girba: Cl 14,2.
- Gordiana, cf. Ulpia.
- Gordiano el Viejo, cf. Vida por Julio Capitolino y AS 68,1; M 13,6; 14,2,3; 15,7; 16,2,3; 17,7; 18,1; 19,1 20,6; Max 1,1; 3,4.
- Gordiano el Joven: cf. Vida por Julio Capitolino y M 15,7; 19,2.
- Gordiano Tercero: cf. Vida por Julio Capitolino y M 16,7 *quarter*; 20,2,8; 24,2,8; 25,3; 26,4 *bis*, 5; 28,3; Max 3,3; 8,3 *bis*; 9,4 *bis*; 13,1,5; 14,7; 15,6; 16,6.
- Gordiano, cf. Aurelio.
- Gordiano, cf. Elio.
- Gordiano: Go 30,1, cf. Mecio.
- Gordianos: CIA 4,2; Ma 3,5; D 6,3; H 18,1; M 14,5; 15,6; 16,6; 18,2; 19,3; 20,1; 23,2,3; 26,3,5; 32,3; Max 1,1,2,4; 4,1; 15,5; 16,6.
- Gótico: (r. Aureliano) Aur 30,5.
- Gótico: (r. Probo) Pro 11,9.
- Graco, cf. Nonio.
- Gracos: Go 2,2.
- Graniano, cf. Julio.
- Grato: Cl 17,3.
- Grecia: SS 8,12; PN 5,6; Max 5,8; G 13,8; TU 16,1; Cl 8,1.
- Grecoestadio: AP 8,2.
- Hababa: M 1,6.
- Hadrumeto: DJ 1,2; SS 11,3; CIA 1,3; 12,8.
- Halala: MA 26,4.

- Haldagates: Aur 11,4.  
 Hariomundo: Aur 11,4  
 Harpocración: V 2,5.  
 Héctor: M 4,9.  
 Helesponto: SS 8,16.  
 Heliodoro: (hijo de Avidio Casio) MA 26,11.  
 Heliodoro: A 15,5; 16,10.  
 Heliogábalo: (divinidad) MA 26,9; Ma 9,3; D 9,5; H 1,5,6; 3,4  
*bis*, 5; 6,7; 17,8; 24,7; Aur 25,4.  
 Heliogábalo, cf. *Vida* por Elio Lampridio y, bajo distintos nombres, Car 9,2; 11,7; Ma 3,4; 4,1; 7,6,8; 8,2,4; 9,2,3,5; 10,2,3  
*ter*; 15,1,2; D 9,4,5; AS 1,1,2; 2,4; 4,1,6; 5,4; 7,4; 10,5; 17,3;  
 18,3; 21,9; 22,2; 23,5,6; 24,2; 26,5; 33,3; 34,3,5; 37,2,12;  
 39,6,9; 45,4; 49,5; 59,5,6; 60,7; 64,4; M 4,6,7,9; 5,3; 7,2;  
 Go 18,4; Aur 1,1.  
 Helvianos: (corporación) P 15,4; SS 7,8.  
 Helvio, cf. Pértinax.  
 Helvio Pértinax: (hijo de Pértinax) Car 10,6; Ge 6,6.  
 Helvio Suceso: (padre de Pértinax) P 1,1.  
 Hemimonto: Cl 11,3; Aur 17,2.  
 Heraclamón: Aur 22,6; 23,2,4; 24,1.  
 Heraclea: G 12,6. Aur 35,5.  
 Heracliano: G 13,5 *bis*; 14,1.  
 Heráclito: SS 6,10; PN 5,2.  
 Hércules: A 13,1; C 9,1; 10,9; 16,4; P 8,4; AS 35,4; M 4,9; 6,9;  
 TU 14,5; T 17,2.  
 Hércules: (r. septiembre) C 11,8.  
 Hércules: (r. octubre) C 11.13,14.  
 Hércules: (r. Cómodo) D 7,2,3.  
 Herculeano Comodiano: (flamen) C 17,11.  
 Hereniano, cf. *Vida* por Trebelio Polión y G 13,2; TU 15,2;  
 17,2; 24,4; 28,2; 30,2; Aur 38,1.  
 Hereniano: (consejero) Cl 17,3.  
 Hereniano: (general) Pro 22,3.  
 Hereniano: (hijo de Próculo) F 12,4.  
 Hereniano, cf. Verconio.  
 Herenio Celso: TU 22,12.  
 Herenio Nepote: SS 13,7.  
 Herodes Atico: MA 2,4; V 2,5.  
 Herodes, cf. *Vida* por Trebelio Polión y G 13,1; TU 15,2,5;  
 17,1,2.  
 Herodiano: (historiador) ClA 1,2; D 2,5; AS 57,3; M 13,4;  
 Max 15,3,5; 16,6; TU 32,1, cf. Arriano.

Hierocles: H 6,5; 15,4.  
 Hildomundo: Aur 11,4  
 Hispania/s: A 1,1; 12,3,4; MA 1,4; 22,11; ClA 13,6; Va 3,2;  
 Cl 7,5; Pro 1,4; 18,5,8; F 9,5; Ca 16,2.  
 Historia Augusta: T 10,3.  
 Homero: A 16,6; SS 21,2; Pro 1,2.  
 Hómulo: AS 65,5, cf. Valerio.  
 Honorato, cf. Egnatuleyo.  
 Horacio: AS 30,2.  
 Hortensio: G 20,1.

Iliria: DJ 5,1; TU 11,1; Pro 18,8; C 42,4.  
 Ilírico: A 5,10; MA 14,6; DJ 5,2; AS 58,1; Go 14,1; Max 5,9;  
 Va 3,2; G 2,5,6; 3,3; 5,6; 13,9; TU 10,1,9; 12,13,17; 18,5,8;  
 20,3; 29,1; Cl 8,3; 15,2,4; 18,1; Aur 6,3; 9,4; 13,1; 17,3; 35,4;  
 48,1; Pro 16,1,2; 20,1; Ca 9,4; 16,2.  
 Ilo: Cl 11,9.  
 India: Aur 29,3; F 3,3,6.  
 Ingenuo: TU 10,14; Cl 7,4.  
 Interamno: SS 6,2; T 15,1.  
 Invicto: (r. octubre) C 11,8; 12,1.  
 Isauria: AS 58,1; TU 26,2 *bis*; Pro 16,4; 17,1; 19,8.  
 Isis: C 9,4,6 *bis*; PN 6,8; TU 25,4.  
 Istria: Max 16,3.  
 Italia: A 6,5; 22,3,13; AP 2,11; 3,1; MA 11,3,6,8; 22,2; 27,3;  
 DJ 2,1; SS 12,3; 23,2; PN 8,6; D 8,7; AS 40,7; M 21,1,3; 24,4;  
 Go 10,2; 27,3; Max 17,2; Va 3,2; TU 12,17; 24,5; Pro 10,3;  
 24,2; Ca 16,2.  
 Itálica: A 1,1; 12,4.  
 Impuro: (r. Heliogábalo) H 17,4.  
 Incómodos: (r. Cómodos) T 6,4.  
 Ixionios: (parásitos) H 24,5.

Jano: C 16,4; Go 26,3.  
 Jerjes: Cl 6,5.  
 Julia: (*Domna*) SS 3,9; 18,8; 20,2; ClA 7,5; Ma 9,1; Ge 1,5;  
 3,1,3.



- Julia Fadila: AP 1,5.  
 Juliano, cf. Cerelio.  
 Juliano, cf. Ceyonio.  
 Juliano, cf. Didio.  
 Juliano: (Prefecto del Pretorio de Cómodo) C 7,4; 11,3.  
 Juliano, cf. Pescenio.  
 Juliano, cf. Salvio.  
 Juliano: (Prefecto de Macrino) Ma 10,1,2.  
 Julio Ateriano: TU 6,5.  
 Julio: E 7,5; Av 1,4, cf. César.  
 Julio Calpurnio: Ca 8,4.  
 Julio Capitolino: Pro 2,7.  
 Julio Frontino: AS 3,3.  
 Julio Graniano: AS 3,3.  
 Julio Leto: DJ 8,1.  
 Julio Lupo: AP 1,6.  
 Julio Paulo: AS 68,1.  
 Julio Próculo: C 7,7.  
 Julio Rufo: SS 13,2.  
 Julio Trifón: Aur 13,1.  
 Julio: D 8,7.  
 Junco, cf. Emilio.  
 Junia Fadila: M 27,6.  
 Junio: (legado de Caro) CA 4,6.  
 Junio Balbo: Go 4,2.  
 Junio Broco: Cl 8,3,4.  
 Junio, cf. Cordo.  
 Junio Mesala: CA 20,4,5.  
 Junio Palmato: AS 58,1.  
 Junio Rústico: MA 3,2.  
 Junio Severo: ClA 14,1.  
 Junio Tiberiano: Aur 1,1.  
 Juno Regina: Pro 12,7.  
 Júpiter: SS 22,2; D 1,7 *bis*; H 1,5; 17,8, AS 17,4; 40,8 G 5,3; F 3,4.  
 Júpiter Cónsul: F 3,6.  
 Júpiter Nicéforo: A 2,9.  
 Júpiter Olímpio: A 13,6.  
 Júpiter Óptimo: 26,2; Pro 12,1.  
 Júpiter Óptimo: Máximo: MA 21,5; C 18,7; D 1,7; Cl 3,4;  
 Max 17,2; Aur 29,1; Pro 12,7; 15,4.  
 Júpiter Óptimo: Máximo Capitolino: Aur 29,1.  
 Júpiter Protector: Max 5,3.  
 Júpiter Salvador: G 5,5.

- Júpiter Sirio: Car 11,7.  
 Júpiter Vengador: P 11,10.  
 Justo, cf. Autronio.  
 Juvenal: Ge 2,7 *bis*.  
 Juvenal, cf. Flavio.  
 Juvencio Celso: A 18,1.  
 Juverna: T 15,2.
- Laberio Máximo (M): A 5,5.  
 Labicana: DJ 8,10.  
 Labico: ClA 11,3.  
 Lacedemonia: H 24,6; AS 25,6.  
 Lacio: Cl 10,4.  
 Lamia Silano: AP 1,7.  
 Lampridia: PN 1,3.  
 Lampridio, cf. Elio.  
 Lanuvio: AP 1,8; 8,3; MA 27,4; C 1,2; 8,6; 16,5.  
 Laodicea: V 7,3.  
 Larcio Eurupiano: C 7,6.  
 Lario: Pro 24,1.  
 Laterano: MA 1,7.  
 Laterano, cf. Sextio.  
 Latinas: (Fiestas) MA 14,6.  
 Latino: (derecho) A 21,7.  
 Laurenses, cf. Livio.  
 Lelio: Go 5,5.  
 Leónides: Pro 22,3.  
 Leptis: SS 1,2; 2,6.  
 Leptitana: (esposa de Severo) SS 15,7.  
 Leto: (Q. Emilio) C. 15,7; P 4,5,6; 5,2 *bis*; 10,8,9; 11,7; DJ 6,2;  
 SS 4,4, cf. Emilio.  
 Leto: SS 15,6, cf. Julio.  
 Leto: (Mecenio) Car 3,4.  
 Libia: A 5,2; SS 8,7; M 14,1; G 5,3; TU 29,1; Aur 33,4; Pro 9,1;  
 19,7.  
 Libitana: (puerta) C 16,7.  
 Libón: (primo de Marco Aurelio) V 9,2,3, cf. Anio.  
 Licinio: Go 34,5.  
 Liceo: A 26,5.  
 Liguria: P 3,3,4.  
 León: SS 3,8; PN 3,3; ClA 12,3.

- Liviano: (Claudio) A 4,2.  
 Livio: (Tito) Aur 2,1; Pro 2,7.  
 Livio Andrónico: Ca 13,5.  
 Livio Laurens: C 20,1.  
 Loliano: G 21,5; TU 3,6; 4,1; 6,3; 8,1; 31,2; Cl 7,4.  
 Loliano Avito: P 1,5.  
 Loliano Genciano: P 7,7.  
 Loliano Ticiano: DJ 8,3.  
 Lolio Sereno: ClA 6,1.  
 Lolio Urbico: (historiador) D 9,2.  
 Lolio Urbico: AP 5,4.  
 Longo, cf. Bebio.  
 Lorio: AP 1,8.  
 Lucania: Aur 39,1.  
 Lucania Brucense TU 24,5.  
 Lucano, cf. Claudio.  
 Lucero: M 27,4.  
 Lucila: (hija de Marco Aurelio) y esposa de Pompeyano)  
 MA 7,7; V 2,4; 7,7; 10,3; C 4,1,4; 5,7; 8,3; Car 3,8.  
 Lucila, cf. Domicia.  
 Lucilio: P 9,5.  
 Lucilo: (cónsul) G 12,1.  
 Lucio Aurelio Vero: (nombre de Elio) E 2,6.  
 Lucio César, cf. Elio.  
 Lucio Elio Vero: (padre de L. Vero) V 1,6.  
 Lucio Vindex: PN 9,2; AS 1,7.  
 Lucios: (r. Escipiones) Pro 2,4.  
 Luna: Car 7,5; G 6,1.  
 Luno: Car 6,6; 7,1,3,5.  
 Lupia: MA 1,6.  
 Lupo, cf. Antio.  
 Lupo, cf. Julio.  
 Lusio Quieto: A 5,8; 7,2.  
 Lusitania: MA 22,11.  
 Lustral, cf. Sergio.
- Macedonia: A 5,3; PN 5,6; G 5,6; 13,8; TU 14,4.  
 Macedonio: (r. Alejandro Magno) AS 50,4.  
 Mecedonio: (asesino del usurpador Tito) M 11,4.  
 Macelino: (r. Macrino) Ma 13,3.  
 Macriano, cf. *Vida* por Trebelio Polión y G 1,2,3 *bis*; 2,1,2,5,7;

- 3,1 *bis*, 2 *bis*, 4,6; TU 10,14; 11,2; 12,1; 14,1 *bis*, 2; 15,4 *bis*; 18,3; 19,2; 21,1.
- Macriano el joven: G 2,7; TU 11,2; 14,2.
- Macriano: AS 3,3, cf. Bebio.
- Macriano: (suegro de Alejandro Severo) AS 49,3,4.
- Macrianos: TU 14,3.
- Macrino: SS 13,6, cf. Cerelio.
- Macrino, cf. Opilio.
- Macrino, cf. Vario: AS 58,1.
- Macrino: DJ 7,5, cf. Veturio.
- Macro: (abuelo materno de Septimio Severo) SS 1,2.
- Macro, cf. Aninio.
- Macro, cf. Bebio.
- Macroniano: Ca 16,5.
- Madre de los dioses: H 3,4; 7,1; 28,2; Cl 4,2.
- Madre de los campamentos (r. Faustina) MA 26,9.
- Madre de los campamentos: (r. Victoria) TU 5,3; 6,3; 25,1; 31,2.
- Magno: AS 5,2,4, cf. Alejandro.
- Magno: (conspirador) M 10,1,2; TU 32,1.
- Magno: (r. Alejandro Severo) AS 5,5; 11,3,4.
- Magno, cf. Pactumeyo.
- Maguncia: Aur 7,1.
- Malemnio: (rey Salentino) MA 1,6.
- Malia o Manlia Escantila: DJ 3,4; 8,10.
- Mamea: Ma 9,2; AS 3,1; 5,2; 20,3; 26,9 *bis*; M 7,5; 29,1; Aur 42,4; Ca 3,4.
- Mameanas/os: (agrupación de niñas y niños) AS 57,7.
- Mameo: (estanque del palacio de Bayas) AS 26,9.
- Mamertino, cf. Petronio.
- Mamurio: TU 8,3.
- Malio Quilón: Aur 23,4.
- Manlio Estaciano: Pro 12,1.
- Marcelina, cf. Pescenia.
- Marcelino, cf. Fabio.
- Marcelino, cf. Valerio.
- Marcelo, cf. Publicio Marcelo: A 15,4.
- Marcelo: (Claudio Marcelo, M.) AS 4,6.
- Marcelo: (teatro de) AS 44,8.
- Marcelo, cf. Quintilo.
- Marcelo, cf. Ulpio.
- Marcia: C 8,6; 11,9; 17,1; DJ 6,2; P 5,2.
- Marcia: (esposa de Septimio Severo) SS 3,2.
- Marcia: (legión) Cl 14,2.

- Marcial: (Julio) Car 6,7; 7,2.  
 Marcial: (Valerio; poeta) E 5,9; AS 38,1,3.  
 Marcial, cf. Gargilio.  
 Marciano: G 6,1; 13,10; 14,1,7; 15,2; Cl 6,1; 18,1.  
 Marcianos: (cofradía) P 15,4; SS 7,8.  
 Marcianópolis: Cl 9,3.  
 Marcio Agripa: Car 6,7.  
 Marcio Coriolano: PN 12,1.  
 Marcio Cuarto: C 6,8.  
 Marcio Turbón: A 5,8; 6,7.  
 Marco Vero: V 7,1; Av 9,7.  
 Marco: (personaje de un epigrama de Marcial) AS 38,2.  
 Marco: (r. Macrino) Ma 14,2; D 2,3.  
 Marco Antonino: cf. *Vida* por Julio Capitolino y A 24,1; E 5,12 *bis*; 6,9 *bis*; 7,2; AP 1,7; 4,5; 6,9; 10,2,4,5; 12,5; V 1,1; 1,2 *bis*; 4; 2,2,3 *bis*; 4,10; 3,2,3,7,8; 4,2,3 *bis*; 5,11; 5,6,8; 6,2,7; 7,2,7 *ter*; 8,5,9; 9,1,2 *bis*; 3 *bis*; 4,6,7,8,9; 10,2,4,5; 11,2,3,4; Av 1,2; 2,1,8 *bis*; 3,6; 4,9; 5,4,9; 6,6,7; 7,1,2 *bis*; 4 *bis*; 5,6,7,8,9; 8,1,2,7; 9,2,4,5,11; 10,1; 11,1,2,8; 12,1,2,7; 13,1,2; 14,3,5,7; C 1,1,2,5; 2,2; P 2,4 *bis*; 6,7,9 *bis*; 3,1; 15,4; DJ 1,3,5; SS 1,5; 3,1,3; 10,6; 19,2,3; 20,1; 21,4,5; PN 4,1; 7,2; 12,1; ClA 10,4,6,9; Car 3,8; Ge 2,2,3 *bis*; Ma 1,4; 3,4; 7,7; 14,2; D 2,3; 6,5,7; 7,4; H 1,2; 2,4; 9,1; 19,1; AS 7,3; 9,1; 10,5; Go 3,3; Aur 42,4; F 1,1; Ca 3,3.  
 Marco Aselión: SS 13,7.  
 Marcomania: MA 24,5.  
 Marcománica: (guerra) H 9,2.  
 Margo: Ca 18,2.  
 Mario: (r. Avidio Casio) Av 3,8; (admirado por Pescenio Nigro) PN 1,3,5; 12,1.  
 Mario: (poema de Cicerón imitado por Gordiano) Go 3,2.  
 Mario, cf. *Vida* por Trebelio Polión y TU 5,3,5; 31,2.  
 Mario Máximo: A 2,10; 12,4; 20,3; 25,4; E 3,9; 5,5; AP 11,3; MA 1,6; 25,10; Av 6,6,7; 9,5,9; C 13,2; 15,4; 18,2; P 2,8; 15,8; SS 15,6; ClA 3,4; 9,2,5; 12,14; Ge 2,1; H 11,6; AS 5,4; 21,4; 30,6; 48,6; 65,4; Pro 2,7; F, 1,1,2.  
 Marilino: A 1,2.  
 Marna: (r. Alejandro Severo) AS 17,4.  
 Marsella: SS 3,6.  
 Marte: (Campo de) A 9,1; MA 13,6; AS 26,7; M 31,5; Go 32,6; Cl 13,6; T 7,1  
 Marte: MA 4,3.  
 Marulo: MA 8,1, cf. Mecio.

- Masticio Fabiano: SS 13,2.  
 Materiano, cf. Pescenio.  
 Materno Lascivo, cf. Triario.  
 Matidia:(suegra de Adriano) A 5,9.  
 Maurencio: DJ 3,1.  
 Mauricio: Go 7,4.  
 Mauricio, cf. Murrentio.  
 Mauritania: A 5,8; 6,7; E 2,3; AS 58,1; Go 3,7; 23,4; T 10,5.  
 Mauro, cf. Elio.  
 Maximiano: (emperador) E 2,2; H 35,4; Cl 10,7; Aur 42,3; 44,2; Pro 1,5; Ca 15,1; 18,3.  
 Maximiano, César, cf. Galerio.  
 Maximino, cf. *Vida* por Julio Capitolino y AS 59,7; 61,8; 63,2,6; Go 7,2 *bis*, 3; 8,1,6; 9,2,3; 10,1,2,3,5 *bis*, 6,8; 11,1,3,6,9 *bis*; 12,4; 13,1,3,5,7; 14,1,5; 15,1; 18,6; 22,1,6; Max 1,1,2 *bis*,4; 2,3,11; 8,4; 9,5; 10,1,3; 11,1,4; 12,2,3,6,7; 13,2; 15,4,5 *bis*, 7; 16,5,6,7 *bis*; 18,2; TU 31,7,12; 32,1 *bis*, 3.  
 Maximino: (histrión) V 8,7.  
 Maximinos: Go 22,5; Aur 42,6.  
 Máximo, cf. *Vida* por Julio Capitolino y M 20,1,4,6,8; 21,1; 22,2; 24,2,3,5,8; 25,2; 26,2,4 *bis*, 5; 28,1; 31,1; 32,3; 33,3 *ter*; 33,4; Go 10,1; 19,9; 22,1,5.  
 Máximo: (padre de Probo) Pro 3,2.  
 Máximo, cf. Claudio.  
 Máximo, cf. Gabio.  
 Máximo, cf. Laberio.  
 Máximo, cf. Mario.  
 Máximo, cf. Tacio.  
 Mecenas: M 20,6; Go 22,8.  
 Mecia Faustina: Go 4,2.  
 Meciano: (Volusio Meciano) MA 25,4; Av 7,4.  
 Meciano: (pariente de Próculo) F 12,7.  
 Meciano, cf. Cereyo.  
 Meciano, cf. Volusio.  
 Mecio Brundisino: Aur 13,1.  
 Mecio Faltonio Nicómaco: T 5,3.  
 Mecio Gordiano: Go 30,1.  
 Mecio Marulo: Go 2,2.  
 Media: V 7,1.  
 Médico: (r. Vero) V 7,2.  
 Mediodía: Pro 1,3.  
 Megalenses: (fiestas) Car 6,6.  
 Memia: AS 20,3.

- Memio Rufino: SS 13,4.  
 Memnón: SS 17,4.  
 Menfis: SS 17,4; TU 22,13.  
 Menófilo: M 21,6; 22,2; Max 12,2.  
 Meónio: TU 15,5.  
 Meonio Astianacte: TU 12,3.  
 Mesa: Ma 9,1,4,5, cf. Varia.  
 Mesala: M 29,4.  
 Mesala: (gobernador de Claudio) Cl 16,1.  
 Mesala, cf. Junio.  
 Mesala, cf. Aurelia.  
 Mesia: A 2,3; 6,6; AP 9,4; P 2,1; Go 26,4; 13,8; TU 9,1,3;  
 Cl 15,2; Aur 3,2; 39,7 *bis*.  
 Mesio Galicano: T 8,3.  
 Mesopotomia: A 21,12; G 12,1; TU 15,2; Aur 11,3; Ca 8,1.  
 Metelo: A 10,2.  
 Metelo: (Cecilio Metelo, Q.) AS 8,5.  
 Metelo: (templo de Isis de) TU 25,4.  
 Metelos: AS 44,3.  
 Mezencio: Ma 12,8,10.  
 Mica: M 1,6.  
 Micipsa: SS 21,10.  
 Milán: DJ 1,2; Ge 3,1; Va 8,3; G 14,9; Cl 5,3; Aur 18,3; T 18,6;  
 Ca 4,4; 12,3.  
 Milesios: (cuentos) ClA 11,8.  
 Milón de Crotona: M 6,9.  
 Minerva: Pro 12,7.  
 Minervia: (legión) A 3,6.  
 Minucio: C 16,5.  
 Mirismo: H 15,2.  
 Mitra: C 9,6.  
 Mitrídates: Va 1,5; Pro 2,3.  
 Mnesteo: Aur 36,4,5.  
 Moderato: MA 29,1.  
 Modestino: M 27,5.  
 Moisés: Cl 2,4.  
 Montano: Go 25,3.  
 Motileno: C 9,2.  
 Mucio: Go 5,5.  
 Mucapor: Aur 26,2; 35,5.  
 Mulvio: G 18,5.  
 Mulvio Galicano: Pro 4,3.  
 Mumio Secundino: SS 13,1.

Murena, cf. Ablavio.

Murrentio Mauricio: Aur 13,1.

Nápoles: A 19,1.

Narbona: AP 9,1.

Narbonense: Car 5,1.

Narciso: SS 14,1.

Narses: Pro 17,5,6.

Nasicas: (r. Escipiones) Pro 2,4.

Neápolis: SS 9,5.

Negro: (mar) G 13,6 *bis*.

Negro: (r. Nigro) PN 8,1.

Nemesiano: (Aurelio Nemesiano) Car 6,7.

Nemesiano, cf. Olimpio.

Némesis: Max 8,6.

Nepote, cf. Herenio.

Nepote, cf. Platorio.

Neptuno: A 19,10.

Neracio Prisco: A 4,8 *bis*; 18,1.

Nerón: (emperador) A 19,13; MA 28,10; V 1,8; 4,6; 10,8; Av 8,4; C 17,10; 19,2; ClA 13,8; H 1,1; 18,4; 31,5; 33,1; AS 25,3; Aur 21,11.

Nerones: ClA 13,5; AS 9,4; Aur 42,6; T 6,4; Ca 1,3; 3,2.

Nerva: (emperador) A 2,5,6; 3,7; AP 1,4; AS 28,6; TU 6,6; Aur 14,6; 42,4; Ca 3,3.

Nervas: T 6,9.

Nicomedes: V 2,8.

Nicomedia: H 5,1; G 4,8.

Nicópolis: Cl 12,4; Aur 11,1.

Nicro: (río) Pro 13,7.

Nigrino: (Avidio Nigrino) A 7,1,2; 23,10.

Nigro, cf. Pescenio.

Nigro: (prefecto del Pretorio) C 6,6; DJ 5,1; SS 9,3.

Nilo: A 14,5; PN 7,7; Go 3,2; Aur 47,3; Pro 9,3.

Nimes: A 12,2; AP 1,1.

Nisibis: Go 26,5; 27,6; G 10,2; 12,1; TU 15,2.

Nonia Celsa: D 7,5.

Nonio Graco: SS 13,3.

Nonio Murco: ClA 2,3.

Norbana: C 4,4.

Norbano: C 4,4.



- Nórico: P 2,6.  
 Noto: E 5,10.  
 Novio Rufo: SS 13,7.  
 Numa Pompilio: AP 2,2; 13,4; MA 1,6; SS 21,1; Ca 2,3.  
 Numeriano, cf. *Vida* por Flavio Vopisco y F 1,4; 15,10; Ca 4,3; 10,1; 11,3; 16,1; 18,3; 19,1.  
 Numidia: Go 32,2; T 10,5.  
 Numio Albino: DJ 1,2.  
 Numio Tusco: Aur 13,1.
- Occidente: Aur 32,3,4; Pro 1,3.  
 Océano: SS 18,2; M 27,4; T 15,2.  
 Océano: (nombre de bañera) AS 25,5.  
 Octaviano: A 10,3; SS 7,6, cf. Augusto.  
 Odenato de Palmira, cf. *Vida* por Trebelino Polión y Va 4,2,4; G 1,1; 3,1,2 *bis*, 3,5; 5,6; 10,1,4,5,6,8; 12,1 *bis*, 6; 13,1,4; 21,5; TU 14,1; 16,1,2,3; 17,1; 18,1 *bis*, 12; 24,4; 27,1; 30,2,6; Aur 33,2; Pro 9,5.  
 Odomaste: TU 2,2.  
 Olbiópolis: AP 9,9.  
 Olímpias: AS 13,3.  
 Olímpio Nemesiano: Ca 11,2.  
 Onesicrates: C 1,6.  
 Onésimo: F 13,1; 14,4; Ca 4,2; 7,3; 16,1; 17,6.  
 Opilio Macrino, cf. *Vida* por Julio Capitolino y Car 4,8; 6,6; 8,9; 11,5; D 1,1 *bis*, 3,6,7 *bis*; 2,1,4,6,8; 5,5; 7,1,5 *bis*; 8,1,4; H 1,4; 2,3 *bis*; 3,3; 5,1 *bis*; 8,4; AS 1,2; M 4,6.  
 Optaciano, cf. Suetonio.  
 Orco: H 1,6.  
 Oresta: H 7,7,8.  
 Orestes: H 7,5,6.  
 Orestila, cf. Fabia.  
 Orfeo: AS 29,2.  
 Orfito: (prefecto de la Ciudad) AP 8,6.  
 Orfito: MA 29,1.  
 Orfito: (Escipión Orfito; cónsul) C 11,14; 12,6.  
 Orfito: (Virio Orfito; cónsul) Cl 11,3.  
 Oriente: A 13,6; AP 9,6; MA 12,13; 24,6; 27,1; V 6,9; Av 7,1; SS 8,6; 9,4; PN 5,3,6; ClA 1,1; Car 5,4; 10,6; AS 5,4; 63,5; M 7,5,6; 11,8; Go 27,3; Va 3,2; G 1,1,2; 2,5; 3,3; 10,1; TU 2,3; 12,12; 14,1; 15,1,2,5,7,8; 16,1; 30,7,8,22; Aur 13,1;

- 22,1; 25,4; 26,7; 27,2; 28,4; 30,4; 32,4 *bis*; 35,1; 41,9; Pro 1,3; 7,4; 9,5; 16,4; 17,1; 18,4 *bis*.
- Osdroe: A 13,8.
- Ostia: AP 8,3; CIA 111,3; Aur 45,2; T 10,5.
- Otón: (emperador) Av 8,4; H 18,4.
- Ovidio: (Ovidio Nasón, P.) E 5,9.
- Ovinio Camilo: AS 48,2,6.
- Pacoro: AP 7,6.
- Pactumeyo Magno: C 7,6.
- Padre de la patria: A 6,4; AP 6,6; MA 9,3; P 5,6; DJ 4,5; AS 56,9; Pro 12,8.
- Palacio: C 16,3 *bis*; P 5,7; 6,5; 7,8; 11,4,6; 13,4; 14,9; DJ 3,5; 4,1; 8,6,8; SS 5,10; 7,1; 22,7; Car 2,4; 3,2; 8,8; H 13,5; 14,2,3; 24,6; AS 15,2; 19,3; 23,5; 25,7; 26,9; 41,6; 42,1; 48,1,2; 51,8; 54,6; 57,4; 67,2; M 26,7; Max 14,3,5; Va 6,6; G 17,8; 20,3; Aur 1,2; 10,2; 34,5; 49,1; Pro 10,5; Ca 16,7; 19,1.
- Paladión: H 3,4; 6,8.
- Palatina: (casa) P 10,2; SS 22,7.
- Palatina Comodiana: (casa) C 12,7.
- Palatino: H 3,4; 30,4; Go 4,4; Max 8,3.
- Palestina: A 5,2; SS 14,6; Aur 33,4; F 9,2.
- Palfurio: Pro 16,4.
- Palfurio Sura: G 18,6.
- Palilias: (fiestas) T 9,5.
- Palma: (Cornelio) A 4,3; 7,2.
- Palmato, cf. Junio.
- Palmira: Va 4,2; G 10,1; TU 15,1; Aur 26,1; 28,1; 31,7; 33,5; Pro 9,6; 17,1.
- Panfilia: MA 6,9; Pro 17,1.
- Panonia: A 3,9; 6,7; 23,13; 25,3; E 3,2; MA 17,3; V 9,10; SS 10,7; AS 27,6; TU 9,1 *bis*; Cl 15,2; Aur 24,3; Pro 3,1; Ca 4,3.
- Panonias: C 13,5; SS 4,2; Ca 9,4.
- Panteón: A 19,10.
- Papiano: Car 4,2.
- Papiniano: (Emilio) SS 21,8; PN 7,4; Car 3,2; 4,1; 8,1,2,3,5,8; Ge 6,3 *bis*; AS 26,6.
- Pepio Fausto: SS 13,2,6.
- Papirio: CIA 10,12, cf. Casio.
- Papo: (cónsul) Go 29,1.

- Papo, cf. Sosio.  
 Paralio: C 4,4.  
 Paris: H 5,4.  
 Paris: (r. al actor Maximino) V 8,7.  
 Partamasiris: A 5,4.  
 Parteniano, cf. Emilio.  
 Partia: SS 16,1,5.  
 Pártica: (legión) Car 6,7.  
 Pártico: (r. Alejandro Severo) AS 56,9.  
 Pártico: (R. Aureliano) Aur 30,5.  
 Pártico: (r. Caracalla) Car 6,5; 10,6.  
 Pártico: (r. Probo) Pro 11,9.  
 Pártico: (r. Septimio Severo) SS 9,10,11; 16,2,5.  
 Pártico: (r. Vero) MA 7,2.  
 Pártico Máximo: (r. Geta) Ge 6,6.  
 Parto: (rey.) Ma 8,3.  
 Pasieno, cf. Vibio.  
 Paterno: C 4,7,8 *ter*; 14,8; cf. Tarruteno.  
 Patruino: Car 4,2.  
 Paulina, cf. Domicia.  
 Paulina: (hermana de Adriano) A 1,2.  
 Paulino, cf. Fabio.  
 Paulo: PN 7,4; AS 26,5; 27,2, cf. Julio.  
 Paz: (templo de la) TU 31,10.  
 Pecile: A 26,5.  
 Pelusio: A 14,4; MA 23,7.  
 Penates: AP 3,5; MA 18,6.  
 Penuleo o Penulario: (r. Diadumeno) D 2,8.  
 Perene: C 5,1,6,13; 6,1,2,4,5,6; 8,1; 14,8; P 3,3,5.  
 Perinto: SS 8,13; F 15,6.  
 Persia: G 1,1; TU 15,5; Aur 5,5; 28,3; 29,3; Car 8,1.  
 Pérsica: (túnica) H 23,3.  
 Pérsico: (r. Alejandro Severo) AS 56,9 *bis*.  
 Persio Flaco: AS 44,9.  
 Pértinax, cf. Vida por Julio Capitolino y C 17,4; 18,7; 20,1;  
 DJ 1,1; 2,3 *ter*, 6 *bis*; 3,7,8,10; 4,8 *bis*, 10; 8,5; SS 5,3; 7,8;  
 17,6; 23,4; PN 2,3; 3,1; CIA 1,1; 14,2 *bis*, 6; Car 10,6;  
 Ge 6,6,8; Ma 3,6; D 6,3; TU 6,6; Cl 12,5.  
 Pértinax, cf. Helvio.  
 Pértinax: (r. Macrino) Ma 11,2.  
 Pescenia Marcelina: Max 5,7.  
 Pesceniana: PN 12,4.  
 Pescenio Albino: SS 13,6.

- Pescenio Aureliano: SS 13,6.  
 Pescenio Festo: SS 13,6.  
 Pescenio Juliano: SS 13,6.  
 Pescenio Materiano: SS 13,6.  
 Pescenio Nigro, cf. *Vida* por Elio Esparciano y DJ 4,7; 5,1;  
 SS 5,8; 6,7,10; 8,6,11, 12 *bis*, 13,15,17; 9,1,2,4,5,6,8,9; 10, 1  
*bis*; 14,6; 15,4; ClA 1,1,4 *bis*; 3,4; 6,8; 7,1,2 *bis*, 4; 11,1; 12,7;  
 Car 1,7; AS 1,7; 35,1; F 1,1.  
 Pescenio Princo: ClA 7,5.  
 Pescenio Veraciano: SS 13,6.  
 Perennidad: Aur 47,3.  
 Petronio Didio Severo: DJ 1,2.  
 Petronio Mamertino: C 7,5 *bis*.  
 Petronio el joven: SS 13,5.  
 Petronios: C 7,5.  
 Pía, cf. Fulvia.  
 Piceno: A 1,1; Go 4,6; TU 24,5.  
 Pinaro Valente: Max 4,4; 5,5.  
 Piniano: Aur 1,9.  
 Pinio: (r. Aurelio Víctor) Ma 4,2.  
 Pío: (r. Cómodo) C 8,1.  
 Pío: (r. Pescenio Nigro) PN 12,1.  
 Pío: (r. Macrino) Ma 7,2; 11,2; 14,2.  
 Pío: (r. Diadumeno) D 2,3.  
 Pío: (r. Alejandro Severo) AS 4,5.  
 Pío: (r. mes) C 12,9.  
 Pío, cf. Fulvio.  
 Pipara: G 21,3.  
 Pirro: Ca 2,6.  
 Pisiteo: Av 10,8.  
 Pisón; cf. *Vida* por Trebelio Polión y G 2,2,3 *bis*, 4; TU 19,2.  
 Pisón: (Calpurnio Pisón Frugo Liciniano) PN 9,2.  
 Pisón: (Calpurnio Pisón; cónsul) C 12,1.  
 Pisón: (conspirador contra Nerón) ClA 12,10.  
 Pisoniano: Pro 22,3.  
 Pisones: TU 21,1; 33,5.  
 Placencia: Aur 21,1.  
 Plácido, cf. Furio.  
 Platón: A 16,6; AS 30,1; Go 7,1; Aur 3,4.  
 Platón: (r. Virgilio) AS 31,4.  
 Platorrio Nepote: A 4,2; 15,2; 23,4.  
 Plauciano: SS 6,10; 14,5,7,8 *bis*; 15,4; Car 1,7; Ge 4,4; H 8,6.  
 Plaucio Quintilo: DJ 6,6.

- Plauto: SS 21,2; Ca 13,5.  
 Plautilo: CIA 10,7.  
 Pletoria: MA 10,12.  
 Plotina: (esposa de Trajano) A 2,10; 4,1,4,10; 5,9.  
 Plutarco: MA 3,2.  
 Polienu: A 15,4.  
 Polión: (gramático) MA 2,3.  
 Polión: (Pomponio Próculo Vitrasio; cónsul) C 2,4.  
 Polión: (Futirio; cónsul) C 11,13; 12,4.  
 Polión: Aur 2,1, cf. Trebelio.  
 Pólux: M 16,1; Va 5,4.  
 Pompeyano: Go 23,5.  
 Pompeyano: Av 10,3; 11,8; 12,2, cf. Claudio Pompeyano.  
 Pompeyano: (Claudio Pompeyano; nieto de Marco Antonio e hijo del anterior) Car 3,8.  
 Pompeyo: A 14,4; AS 11,4; 62,3; Go 2,3; 3,6; 6,5; 17,2; 21,5 bis; Max 7,3; F 6,4.  
 Pompiliana: (Curia) Aur 41,3; T 3,2.  
 Pompilio, cf. Numa.  
 Pomponiano, cf. Fabio.  
 Pontífice Máximo: A 22,10; Ma 7,2; AS 40,9; 56,9.  
 Ponto: AP 9,9; Max 7,2; Va 2,3; 3,2; G 6,8; TU 29,1; Aur 21,11; Pro 1,4; 12,4.  
 Pórfido: (mármol de) AS 25,7.  
 Porfirio: (r. Albino) CIA 5,9.  
 Porfirio: (pórtico) Pro 2,1.  
 Posidipo: MA 15,6.  
 Postumiano, cf. Ceyonio.  
 Postumio Severo: SS 13,2.  
 Postumios: CIA 4,1; 13,5.  
 Póstumo: cf. *Vida* por Trebelio Polión y G 4,3,4,5,6; 7,1 bis; 9,1; 21,5; TU 4,1; 5,1,4,5,8; 6,1,6; 8,1; 10,14; 11,3; 31,2; Aur 8,2; Pro 13,5.  
 Póstumo el Joven: cf. *Vida* por Trebelio Polión y TU 3,9.  
 Póstumo, cf. Ceyonio.  
 Preneste: MA 21,3; AS 4,6.  
 Prenestina: (vía) Go 32,2.  
 Presente: C 12,7, cf. Brutio.  
 Pretextato: Go 26,3.  
 Príamo: Go 19,4 bis.  
 Príapo: Go 19,4.  
 Prima: Max 5,1.  
 Primigenia: (legión) DJ 1,6.

- Princo, cf. Pescenio.  
 Prisciano: AP 7,4.  
 Prisco, cf. Estacio.  
 Prisco, cf. Neracio.  
 Probiana: (púrpura) AS 40,6.  
 Probato: Cl 11,1.  
 Probo: cf. *Vida* por Flavio Vopisco y Aur 29,3; T 14,2,5; 16,6  
*bis*; 7; 17,5; F 1,4; 6,5; 10,3; 11,3; 13,1,4; 14,4; 15,3; Ca 1,1,2;  
 3,7; 4,2; 5,4 *bis*; 6,1 *ter*, 2 *bis*; 7,1; 8,1; 9,4; 19,1; 20,2 *bis*.  
 Probo: (yerno de Severo) SS 8,1 *bis*.  
 Probo: (soldado) Pro 8,5,7.  
 Probo, cf. Aurelio.  
 Probo, cf. Falconio.  
 Procila, cf. Boyonia.  
 Próculo: cf. *Vida* por Flavio Vopisco y Pro 18,5,6,7 *bis*; 24,7;  
 F 1,4.  
 Próculo: (gramático) TU 22,14.  
 Próculo, cf. Didio.  
 Próculo: MA 3,5, cf. Eutiquio.  
 Próculo, cf. Julio.  
 Protréptico: G 20,1.  
 Protogenes: H 6,3.  
 Ptolemaida: Pro 17,3,6.  
 Ptolomeo Evergetes: Car 6,3.  
 Ptolomeos: M 29,8; TU 30,2.  
 Pudente: C 11,13.  
 Pupieno: M 33,3,4; Go 10,1; 19,9; 22,1, cf. Máximo.  
 Puzol: A 25,7; 27,3; T 19,5.

- Quieto: cf. *Vida* por Trebelio Polión y G 3,2,4; TU 12,10,12;  
 15,4; 18,1,3.  
 Quieto, cf. Lusio.  
 Quilón, cf. Malio.  
 Quintio: PN 12,1.  
 Quintiliano: TU 4,2.  
 Quintilio Marcelo: AS 68,1.  
 Quintilios: T 16,1.  
 Quintilo: (Aurelio Claudio; hermano de Claudio) Cl 10,6;  
 12,3,5,6; 13,2,9. Aur 2,1; 16,1; 17,3; 37,5.  
 Quintilo, cf. Plaucio.  
 Quirites: AS 52,3; 53,10; 54,3.

- Ragonio Celso: PN 3,9.  
 Ragonio Claro: TU 18,5 *bis*.  
 Ravena: DJ 6,3; M 24,5; 25,2; 33,3; Max 11,1,2; 12,1,5; 16,7.  
 Recia: P 2,6; Aur 13,1; Pro 16,1; F 14,2.  
 Regaliano: Cl 7,4.  
 Regiliano: G 9,1, cf. Regaliano.  
 Regilo: C 7,4.  
 Repentino: DJ 8,6, cf. Cornelio.  
 Repentino, cf. Fabio.  
 República: (sobre la; de Cicerón) AS 30,1.  
 Reverendo: Go 25,3.  
 Rhoemetalce: AP 9,8.  
 Rin: Max 5,9; TU 3,9; Pro 14,1.  
 Rodano: SS 11,9.  
 Rodas: AP 9,1.  
 Rómulo: SS 21,1; M 18,1; G 19,4; F 5,4.  
 Rostra: Cl 3,5.  
 Rufino, cf. Apuleyo.  
 Rufino, cf. Clodio.  
 Rufino, cf. Memio.  
 Rufio Celso: F 2,1.  
 Rufo, cf. Claudio.  
 Rufo, cf. Julio.  
 Rufo, cf. Novio.  
 Rufo, cf. Velio.  
 Rupilia Faustina: MA 1,4.  
 Rustico, cf. Junio.  
 Rutilio: Go 5,5.

- Saba: Cl 11,1.  
 Sabina: (esposa de Adriano) A 1,2; 11,3; 23,9.  
 Sabino: H 16,2,3.  
 Sabiniano: Go 23,4 *bis*.  
 Sabino: (cónsul) Go 23,4.  
 Sabino: (prefecto de la Ciudad) M 15,1; Go 13,9.  
 Sabino: (hermano de Fabio Sabino) AS 68,1.  
 Sabino: M 32,1, cf. Elio.  
 Sabino, cf. Fabio.  
 Sabino, cf. Fulvio.  
 Sabino, cf. Vecio.  
 Sacra: (vía) G 19,4.

- Salambo: H 7,3.  
 Salas de Mamea: AS 26,9.  
 Salentino: (rey) MA 1,6.  
 Salona: G 19,3.  
 Salonina: G 21,3.  
 Salonino: cf. *Vida* por Trebelio Polión y Va 8,5; TU 3,1,2; 21,4; Cl 17,7.  
 Salustio: (Salustio Crispo; historiador) A 16,6; SS 21,2,10; Max 7,7; Aur 2,1; 49, 1,2; Pro 1,1; F 6,3.  
 Salvidieno: F 10,4.  
 Salvio Juliano: (bisabuelo de Didio Juliano) A 18,1; DJ 1,1; SS 17,5.  
 Salvio Juliano, (P.): C 3,2 *bis*; 4,8,9; DJ 1,2; 2,1.  
 Salvio Juliano: (tío materno de Didio Juliano) AS 1,2.  
 Salvio Valente: AP 12,1.  
 Samnio: P 8,2; TU 24,5.  
 Samónico Sereno: Car 4,4; Go 18,2.  
 Samónico Sereno: (hijo) AS 30,1; Go 18,2.  
 Samsó o Vitúriga: (esposa de Próculo) F 12,3.  
 Sandarión: Aur 31,2.  
 Sangre: (día de) Cl 4,2.  
 Santo, cf. Ateyo.  
 Saotero: C 3,6; 4,5 *bis*,7.  
 Sapiliano, cf. Claudio.  
 Sapor: Go 26,5; Va 1,1; 3,1; 4,1,4; TU 2,2 *bis*; 15,4; 30,6.  
 Sarecta: Cl 17,7.  
 Sarmático: (r. Aureliano) Aur 30,5.  
 Sarmático: (r. Probo) Pro 11,9.  
 Sarmático Máximo: (r. Geta) Ge 6,6.  
 Sarmáticos: (Juegos) Ca 19,1.  
 Saturnales: A 17,3.  
 Saturnino: cf. *Vida* por Trebelio Polión y G 9,1; 10,1; F 11,1.  
 Saturnino: cf. *Vida* por Flavio Vopisco y Pro 18,6; 24,7; F 1,4; 6,5.  
 Saturnino, cf. Avulnio.  
 Saturnino: (cónsul) G 10,1.  
 Saturno: MA 9,7.  
 Savo: (río) Pro 21,2.  
 Secundino, cf. Mumio.  
 Segundo, cf. Vitruvio.  
 Seleucia: V 8,3; F 3,1.  
 Semiramis: TU 27,1.  
 Septentrión: Pro 1,3.



- Septicio Claro: A 9,5; 11,3; 15,2.  
 Septimianas: (termas) SS 19,5.  
 Septimio: AS 17,2; 48,7.  
 Septimio Arabiano: AS 17,3,4.  
 Septimio Severo, cf. Severo.  
 Septimio Severo: (pariente de Severo) SS 1,2,5.  
 Septizonio: SS 19,5; 24,3.  
 Serapamón: Go 25,2.  
 Serapión: AS 3,3.  
 Serapis: SS 17,4; AS 26,8; F 8,2,3.  
 Sereno, cf. Lolio.  
 Sereno Samónico: Ge 5,6, cf. Samónico.  
 Sergio: (r. Casio) Av 3,5.  
 Sergio: F 6,4, cf. Catilina.  
 Sergio Lustral: SS 13,3.  
 Sertorio: Pro 2,3.  
 Serviano: (Julio Urso) A 1,2; 2,6 *bis*; 3,8; 8,11 *bis*; 15,8; 23,2,8;  
 25,8; F 8,1 *bis*.  
 Servilio: C 7,5.  
 Setos, los: A 19,10.  
 Severiano, cf. Elio.  
 Severo: cf. *Vida* por Elio Esparciano y C 17,11,12; P 15,1 *bis*,  
 2,5; DJ 5,2,3,5,7,8; 6,1,2,3 *bis*, 4,5,8; 7,5,6,7,11; 8,1,4,7,8 y  
 10; PN 2,1 *bis*, 2,5,7; 3,2,3,5,9; 4,1,5,6,7,8; 5,1,2,6 *bis*, 7;  
 6,2,3,10; 7,4; 8,1,6; 9,3; 12,3,7; CIA 1,1,4; 2,3; 3,2,3,4,6;  
 5,5; 7,1,2,3; 8,1,3,4; 9,1 *bis*, 3,4,5; 10,1,3; 11,5; 12,1,2,5,6;  
 Car 1,1 *bis*, 2,7; 8,2,3; 11,3; Ge 1,2,3; 2,1,2,4,6; 3,1 *bis*, 4,5;  
 4,2; 7,2 *bis*; Ma 3,6; 4,3; 5,7; 6,8; 9,1; 11,2; 12,1; D 6,3,8,9;  
 H 17,8; 27,7; 35,6; AS 1,7; 5,4; 13,6; 22,2; 33,4; M 1,4;  
 2,3,4,6; 3,1,3,4,5; 4,6; 5,4; TU 6,6; Aur 42,4; T 5,2; F 1,1;  
 Ca 3,4.  
 Severo: (tío paterno de SS) SS 1,2.  
 Severo: (cónsul) SS 1,3.  
 Severo: (delator) DJ 2,1.  
 Severo, Go 6,4,5, cf. Anio.  
 Severo, cf. Atilio.  
 Severo Arcontio: F 2,1.  
 Severo, cf. Catilio.  
 Severo, cf. Cingio.  
 Severo, cf. Junio.  
 Severo, cf. Postumio.  
 Severo: (r. Macrino) DJ 7,2; Ma 2,1; 5,7; 11,2.  
 Severo Pértinax el Africano: (r. Septimio Severo) Ma 9,1.

- Sextio Laterano: V 3,3.  
 Sexto: (hijo de Condiano) C 4,9.  
 Sexto: (filósofo) V 2,5.  
 Sexto de Queronea: MA 3,2.  
 Seyo Fusciano: MA 3,8.  
 Sibarítico: (plato) H 30,6.  
 Sibila: Aur 19,4.  
 Sibilinos: (libros) Go 26,2; 20,4,5; Aur 18,5,6; 20,4,5,7; 21,4;  
 T 16,6.  
 Sica: MA 2,3.  
 Sicilia: A 2,3; 4,2,3; G 4,9; Aur 42,2.  
 Sicilia: (aldea) AS 59,6.  
 Sicilia: (recinto de Palacio) P 11,6.  
 Sidón: Car 20,5.  
 Sigilarias: (fiestas) A 17,3; Car 1,8; Aur 50,2.  
 Sila: C 8,1.  
 Silano: M 16,1, cf. Junio.  
 Silano, cf. Lamia.  
 Silano, cf. Ulpio.  
 Silanos: C 7,5.  
 Silvano: T 17,1.  
 Simiamira: H 2,1; 4,4; 14,4; 18,2.  
 Símile: A 9,6.  
 Sinada: Go 32,2.  
 Sinón: Aur 1,5.  
 Siria: A 4,6; 14,1; MA 8,12; 9,5; 12,7; V 4,4,5; 7,7 *bis*, 9,10;  
 8,7,10,11; 9,2 *bis*; Av 5,9; C 2,3; P 1,6; 2,11; 3,1; DJ 5,1,2;  
 SS 3,9; 5,8; 6,7; 15,2,3; 16,5,7,8; PN 1,5; 2,1; 5,5; CIA  
 1,1; H 1,6; Go 26,5; 30,8; Cl. 14,2; Aur 26,1; 27,5; Pro 19,7.  
 Sirio: (r. Alejandro Severo) AS 28,7 *bis*; 38,4; 44,3; 64,3; 68,4.  
 Sírmio: M 13,1; Pro 3,1; 18,8; 21,2; Aur 3,1.  
 Siro, cf. Apolonio.  
 Sol: (divinidad) A 19,13; H 1,5; Aur 1,3; 4,2,5; 5,5; 10,2; 14,3;  
 25,6; 28,5; 31,7; 35,3; 39,2; 48,4; T 9,2.  
 Sosiano, cf. Fabio.  
 Sosio Papo: A 4,1.  
 Sotérides: Av 10,8.  
 Sublicio: AP 8,2.  
 Suburano: A 3,8.  
 Suceso, cf. Helvio.  
 Sucuba: MA 1,4.  
 Suetonio Optaciano: T 11,7.  
 Suetonio Tranquilo: A 11,3; C 10,2; Max 4,5; Pro 2,7; F 1,1,2.

Sulpiciano: DJ 2,4,6,7; 3,6; cf. Flavio.  
 Sulpicio: (barrio) H 17,8.  
 Sulpicio: (padre de Mamea) AS 20,3.  
 Sulpicio Apolinar: P 1,4.  
 Sulpicio Cano: SS 13,7.  
 Sulpicio Craso: C 7,7.  
 Sulpicio, cf. Claudio.  
 Sura: (Licinio) A 2,10; 3,10.  
 Sura: G 18,6, cf. Palfurio.  
 Sura: (Petronio) C 7,5.

Tacio Cirilo: M 1,2.  
 Tácito: cf. *Vida por Flavio Vopisco y TU 31,8; Aur 41,15 bis; T 14,1 bis,4; 16,1,4,5,6; 17,1 ter,2,4; 18,1; Pro 1,5; 7,1 bis,2,5; 10,1; 11,7; 13,2; F 1,4; Ca 3,7; 15,3.*  
 Tácito: (sobrino de Floriano) T 14,1.  
 Tácito: (r. septiembre) T 13,6.  
 Tácito, cf. Cornelio.  
 Tarquinio el Soberbio: Ca 2,4.  
 Tarsis: T 14,2.  
 Tarracina: A 7,2; DJ 8,3.  
 Tarragona: A 12,3,4,5; SS 3,4.  
 Tarruteno Paterno: C 4,1.  
 Tacio Máximo: AP 8,7.  
 Tauro: (monte) Car 11,7; MA 26,4.  
 Tausio: P 11,9.  
 Tebaida: TU 22,6.  
 Tebas: PN 12,4 *bis,6*.  
 Terencio: Genciano: A 23,5.  
 Télefo: V 2,5.  
 Tempe: A 26,5.  
 Teoclia: M 29,1,2.  
 Teódoto: G 4,2; TU 22,8,10; 26,4.  
 Teófanos: (Balbo Cornelio) Max 7,3.  
 Terenciano: (Vulcacio) Go 21,5.  
 Termópilas: Cl 16,1.  
 Terni: SS 6,2.  
 Tersites: Aur 1,5.  
 Tértulo: MA 29,1 *bis*.  
 Terracina: (puerto) AP 8,3.  
 Tesalia: G 2,3; TU 21,1; Cl 8,1.

- Tesálico: (r. Pisón) TU 21,1.  
 Tesalónica: G 5,6; Cl 9,8; T 18,6.  
 Tétrico: cf. *Vida* por Trebelio Polión y TU 5,3,5; 31,2,4; Cl 4,4; 7,5; Aur 32,3,4; 34,2; 39,1.  
 Tétricos: TU 25,4 *ter*.  
 Tiana: Aur 22,5; 23,2,4; 24,2; 25,1.  
 Tíber: A 19,11; 21,6; AP 9,3; MA 8,4; C 17,4; H 17,3,6; 30,4; 33,7; Aur 45,2; 47,3.  
 Tiberiano: Aur 2,1.  
 Tiberiano, cf. Junio.  
 Tiberino: (r. Heliogábalo) H 17,5.  
 Tiberio: (emperador) Car 2,2; H 33,1.  
 Tiberio: (casa de) AP 10,4; MA 6,3; V 2,4; 6,4; Pro2,1.  
 Tíciana, cf. Flavia.  
 Ticiano: A 15,6, cf. Atilio.  
 Ticiano: (julio) M 27,5.  
 Ticiano: (Julio; el viejo) M 27,5.  
 Ticiano, cf. Loliano.  
 Tifón: M 8,5.  
 Tigidio: C 4,7.  
 Tigris: A 5,3.  
 Timágenes: Cl 11,1,2.  
 Timesiteo: Go 23,6; 24,2; 25,1,6,7; 27,2,4,7,8,9,10; 28,1; 29,2; 31,1; 32,7.  
 Timolanó: cf. *Vida* por Trebelio Polión y G 13,2; Tu 15,2; 17,2; 24,4; 27,1; 30,2; Aur 38,1.  
 Tinchanio: Go 14,7.  
 Tinurcio: SS 11,1.  
 Tiro: Ca 20,5.  
 Tito: (emperador) A 1,3; MA 1,2; PN 12,1; H 1,2; AS 10,3; Max 1,4; TU 33,6; Cl 3,6; Ca 3,3.  
 Tito; cf. *Vida* por Trebelio Polión y M 11,2,4; TU 31,12.  
 Tívoli: A 23,7; 26,5; TU 30,27.  
 Toxocio: M 27,6.  
 Tracia: SS 8,12; Car 5,8; M 1,5; 4,4; Go 26,5; Max 7,2; G 5,6; TU 12,13,17; 18,8 *bis*; 29,1; 33,5; Cl 15,2; Aur 17,2; 32,1; F 5,1.  
 Tracias: PN 5,6; Aur 22,2; 41,8; Pro 16,1; 18,1; F 15,5; Ca 9,4.  
 Trajano: (emperador) A 1,1,4; 2,2,5,6 *bis*, 7 *bis*, 10; 3,1,2,3,6,7,8,10,11; 4,7,8,9,10; 5,2,4,9; 6,1 *bis*, 3 *bis*; 7,7,8; 9,1,2; 10,2; 21,11,12; E 2,2; AP 9,7; MA 17,4; 21,9; Av 8,6; C 2,1; P 9,3; SS 21,3; PN 4,3; ClA 12,10; Ma 1,4; 13,1; H 1,2; AS 10,2; 13,2; 25,5; 26,4,11 *bis*; 39,1; 48,6; 65,5; Go 2,2;

- Tu 6,6; Cl 2,3; 18,4; Aur 10,2; 11,7; 14,4; 21,11; 39,3,7; 42,4;  
 T 8,5; 9,2; 16,6; Pro 12,2; 22,4; F 2,3.  
 Trajanos: T 6,9.  
 Trales: AP 3,3.  
 Tranquilo, cf. Suetonio.  
 Transitorio: (foro) AS 28,6.  
 Trasíbulo: AS 62,2.  
 Trebelio Polión: Aur 2,1; F 1,3.  
 Tréveris: T 18,5.  
 Triario Materno Lascivo: P 6,4.  
 Triciano: (Elio Decio) Car 6,7.  
 Trifón, cf. Julio.  
 Trípoli: SS 18,3.  
 Triste: (r. Máximo) Max 6,1.  
 Tritano: F 4,2.  
 Triunfador: (r. noviembre) C 11,8.  
 Trogo: (Pompeyo) Pro 2,7.  
 Trosio Apro: MA 2,3.  
 Troya: Cl 11,9.  
 Tulio, cf. Calvisio.  
 Tulio Crispino: DJ 3,1; 6,4; 7,4,6; 8,1.  
 Tulio Cicerón: A 16,6; 25,7; SS 21,2; AS 8,5; 30,2; 31,4; 42,4;  
 62,3; Go 3,2 *bis*; 7,1; G 20,1; TU 8,2; 21,1; 22,11; Cl 2,5;  
 Aur 39,4; T 13,4; Pro 2,3.  
 Turbón: A 4,2; 5,8; 7,3; 9,4; 15,7, cf. Marcio.  
 Túrdulo Galicano: Pro 2,2.  
 Turino: AS 36,1,2 *ter*; 67,2, cf. Verconio.  
 Tusco: D 9,1.  
 Tusco: TU 9,1, cf. Numio.  
 Tusco: (caballo) F 6,4.  
 Tusdro: M 14,3; Go 7,4; 8,5.  
 Tutilio: (Ponciano Genciano) MA 29,1.  
  
 Ulpia: (biblioteca) Aur 1,7,10; 8,1; 24,7; T 8,1; Pro 2,1.  
 Ulpia Gordiana: Go 2,2.  
 Ulpiano: PN 7,4; H 16,2,4 *bis*; AS 15,6; 26,5,6; 27,2; 31,3; 34,6;  
 51,4; 67,2,68,1; cf. Domicio.  
 Ulpio: (foro) MA 22,7.  
 Ulpio Crinito: Aur 10,2,3; 11,1 *bis*; 8; 13,1; 14,4,7; 15,1,2.  
 Ulpio Marcelo: AP 12,1.

- Ulpio Silano: Aur 19,3.  
 Ulpio Trajano: A 1,4, cf. Trajano.  
 Ulpios: Max 2,1.  
 Umbría: P 8,4; Go 4,6; TU 24,5.  
 Umidio Cuadrato: A 15,7; MA 7,4.  
 Urbico: D 9,2, cf. Lolio.  
 Ursiniano: Pro 22,3.  
 Uxorio: Go 3,2.
- Vabalato: Aur 38,1.  
*Vada Sabatia*: P 9,3; 13,4.  
 Valente: cf. *Vida* por Trebelio Polión y G 2,3 *bis*,4; TU 20,1,2; 21,1,2,3.  
 Valente el Viejo: cf. *Vida* por Trebelio Polión y TU 31,8.  
 Valente, cf. Estacio.  
 Valente, cf. Pinarío.  
 Valente, cf. Salvio.  
 Valeriano: cf. *Vida* por Trebelio Polión y Go 9,7; G 1,1 *bis*; 5,6; 10,2,8; 12,1; 14,10; 17,1; 19,1,7; 21,5 *bis*; TU 1,1 *bis*,2; 2,3; 3,8; 9,8; 10,14,15,16,17; 12,1 *bis*, 5,8,10,15 *bis*; 15,1,6; 18,4,5,11; 21,3,4; 23,1; 33,2; Cl 7,4; 14,2; 15,1; 17,7; Aur 6,2; 8,1,2; 9,1,2; 10,2 *bis*,3; 11,1; 12,1,4; 13,1; 14,1,2,5; 15,1,2; 41,7,9; 42,4; Pro 3,5,6; 4,1,3 *bis*; 5,2,3; 6,1; F 1,3; Ca 18,3.  
 Valeriano el joven: cf. *Vida* por Trebeliano Polión y G 12,1; 14,9,10 *bis*; Aur 11,8.  
 Valeriano: (profesor) P 12,7.  
 Valeriano Flaco: Pro 5,2.  
 Valerio Basiano: C 7,6.  
 Valerio Catulino: P 5,7; SS 13,7.  
 Valerio Cordo: AS 3,2.  
 Valerio Marcelino: Max 4,5.  
 Valerio Hómulo: AP 11,8; 13,3; MA 6,9.  
 Varia: H 10,1; 31,4; AS 1,2.  
 Vario, cf. Heliogábalo.  
 Vario: (padre de Alejandro Severo) AS 1,2.  
 Vario Macrino: AS 58,1.  
 Varrón: (Terencio) AS 8,4; F 4,2.  
 Vaticano: (monte) V 6,4; H 23,1.  
 Vectiliana: (villa) C 16,3; P 5,7.  
 Vectiliano, cf. Cesonio.  
 Vectio Apro: DJ 2,4.

- Vectio Sabino: Max 2,1,10; 4,4.  
 Veleno: Va 2,1.  
 Velio Cornificio Gordiano: T 3,2.  
 Velio Rufo: C 4,10.  
 Velsolo: Va 1,1.  
 Venaco, cf. Claudio.  
 Vencedor: (r. noviembre) C 12,4.  
 Veneriano: G 13,7.  
 Venus: H 5,4,5; AS 51,3; Max 6,1; TU 32,5; F 9,3.  
 Venus Calva: (templo de) M 33,1.  
 Venusto: Cl 17,3.  
 Venusto: (cónsul) Go 23,4.  
 Veraciano: SS 13,6, cf. Pescenio.  
 Verconio Hereniano: Aur 44,2.  
 Verconio Turino: AS 35,5; 36,2 *ter*; 67,2.  
 Veriano: (Céler) TU 9,5,6.  
 Verísimo: (r. Marco Antonino) D 6,5, cf. Anio.  
 Vero: Vida por Julio Capitolino y E 6,9 *bis*; 7,2,3; AP 4,5 *bis*; 10,3; MA 5,2; 7,5,7; 8,5,6,9,10,11 *bis*, 12; 9,4; 12,7,9; 15,2,5; 16,3,4; 20,5; 29,6; Av 1,6,7; 2,8; 9,5,7; P 10,2; SS 20,1; Car 3,8; Ma 3,4; 4,4; 7,7; D 6,6; 7,4; AS 7,4; 9,1; 10,5.  
 Vero: (nombre incorrecto en lugar de Elio) E 2,6; 3,8 *bis*; 4,1,3; 5,5; 6,7.  
 Vero: (r. Macrino) Ma 14,2.  
 Vero: (r. Diadumeno) D 2,3.  
 Vero: (padre de Elio Vero) E 2,7, cf. Ceyonio Cómodo.  
 Vero, cf. Anio.  
 Vero, cf. Coceyo.  
 Vero, cf. Marcio.  
 Vero, cf. Vindio.  
 Vero César: (hijo de Marco Antonino) MA 21,3; C 1,10.  
 Verona: Pro 24,2.  
 Vespasiano: (emperador) MA 1,1; PN 12,1; H 1,2; AS 10,2; TU 6,6; Cl 3,6; Ca 3,2.  
 Vespronio Cándido: DJ 5,6.  
 Vesta: H 3,4; 6,7; G 19,4.  
 Vestal: H 6,8; Va 6,6.  
 Vestales: P 6,5.  
 Vetrasino: MA 12,3.  
 Veturio: TU 8,3.  
 Veturio: (Tito) AS 3,2.  
 Veturio Macrino: DJ 7,5.  
 Vibio Pasierno: TU 29,1.

- Victoria, cf. *Vida* por Trebelio Polión y TU 5,3; 6,3; 7,1; 24,1; 25,1; 30,23; Cl 1,1.  
 Victorias: (estatuas) SS 22,2.  
 Victoria Romana: AS 14,2; Pro 12,7.  
 Victorino: cf. *Vida* por Trebelio Polión y G 7,1; TU 5,3,5; 7,1 *bis*; 8,1; 24,1.  
 Victorino, cf. Aufidio.  
 Victorino, cf. Cornelio.  
 Victorino, cf. Furio.  
 Viminacio: SS 10,3.  
 Vindio Vero: AP 12,1.  
 Vindex, cf. Lucio.  
 Virgilio: (Virgilio Marón) A 16,6; E 5,9; SS 21,2; AS 14,5; M 27,4; Go 3,3; 7,1.  
 Vitaliano: M 14,4; Go 10,5,6,8.  
 Vitelio: (emperador) V 4,6; Av 8,4; Ge 3,1; H 1,1; 24,4; 34,1;  
 Vitelios: Cl A 13,5; AS 9,4; Aur 42,6; Ca 1,3.  
 Vitrasia Faustina: C 4,10.  
 Vitruvia: TU 5,3; 6,3; 24,1; Cl 4,4, cf. Victoria.  
 Vitruvio Segundo: C 4,8.  
 Vitúriga: F 12,3.  
 Vologeso: MA 8,6.  
 Volusiano: G 1,2.  
 Volusio: AP 12,1; MA 3,6; cf. Meciano.  
 Votos: (día de los) T 9,5.  
 Vulcacio Terenciano: Go 21,5;

Xifidio, cf. Elio.

Zaba: Aur 25,2,3.

- Zenobia: cf. *Vida* por Trebelio Polión y G 13,2,5; TU 15,2,7; 16,1,3; 17,2; 24,4; 27,1,2; Cl 4,4; 7,5; Aur 25,2,3; 26,3,6,7,8; 27,1,2,6; 28,3,4; 30,1,3; 31,2,8; 32,4; 33,2; 34,2,3; 35,4; 38,1; F 3,1; 5,1.  
 Zenón de Elea: Aur 3,4.  
 Zosimión: Cl 14,2.  
 Zótico: H 10,2,3,5 *bis*.